

Dom Columba Marmión

Jesucristo en sus Misterios



DOM COLUMBA MARMIÓN, O. S. B.

JESUCRISTO EN SUS MISTERIOS

CONFERENCIAS ESPIRITUALES

Traducción del francés por

E. E. y V. G.

Benedictinos de Santo Domingo de Silos

TERCERA EDICIÓN



EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.
BARCELONA

LICENCIA DE LA ORDEN

Por las presentes declaramos que no hay obstáculo alguno para que sea impresa y publicada la segunda edición española de «JESUCRISTO EN SUS MISTERIOS» de Dom Columba Marmión.

Santo Domingo de Silos, 10 de noviembre de 1941.

† FR. LUCIANO SERRANO
Abad

LICENCIA DIOCESANA

Nihil obstat. El censor, GABRIEL SOLÀ BRUNET, Cang.^o
Barcelona, 18 de septiembre de 1948

Imprimase:
† GREGORIO
Obispo de Barcelona

Por mandato de S. Excia Rdma.
Dr. LUIS UNPÍ CARBONELL, Maestla.
Canciller Secretario

Impreso en España el año 1948

ES PROPIEDAD

Talleres Gráficos AGUSTÍN NÚÑEZ - París, 208 - Teléfono 70600 - Barcelona

PRÓLOGO

Al autorizar la impresión de las Conferencias *Jesucristo vida del alma*, proponíase el autor solamente exponer los caracteres fundamentales de la vida cristiana en conformidad con el Evangelio, con las Epístolas de San Pablo y con las enseñanzas de la Teología. Como esa vida es esencialmente sobrenatural, no puede extraerse sino de Cristo, modelo único, precio infinito y causa eficiente de toda santidad.

Las Conferencias que integran este volumen son lógicamente la continuación de las anteriores.

La vida de Cristo, Ejemplar divino, accesible a la vida cristiana, se ha hecho visible a nuestras miradas mediante los estados y misterios, mediante las virtudes y actos de su sagrada humanidad. Aunque humana en su expresión exterior, la vida del Verbo encarnado es, no obstante esto, totalmente divina en su origen.

Por eso, los misterios del Hombre-Dios no sólo son modelos dignos de nuestra consideración, sino que encierran en sí mismos incomparables tesoros de mérito y de gracia. De su virtud omnipotente, Jesucristo siempre vivo, opera la perfección interior y sobrenatural de sus estados en todos aquellos que se sienten movidos por el deseo sincero de imitarle y que por medio de la fe y del amor se ponen en contacto directo con Él.

A la luz, pues, de estas verdades, ha expuesto el autor los principales misterios de Jesús.

El plan es sencillo: Dos conferencias a guisa de prólogo nos muestran hasta qué punto los misterios de Cristo

son nuestros, y cómo podemos, en general, asimilarnos sus frutos. Para comprender bien el valor de dichos misterios, su admirable esplendor, su trabazón y enlace íntimos, es necesario considerar antes a Aquel que los ha vivido por nosotros. Por eso, en la primera parte hemos trazado los rasgos esenciales de la persona de Jesús, del Verbo eterno, hecho carne, que vino a rescatar al mundo por medio de su sacrificio.

La segunda parte está consagrada a la contemplación de los misterios del Hombre-Dios. Con los datos que nos suministra el Evangelio y los textos litúrgicos, ha procurado el autor probar a la vez cómo Cristo se va revelando verdadero Dios y hombre, y descubrir su honda significación con las aplicaciones piadosas que se derivan para el alma fiel. En cuanto a la elección de estos misterios, le ha parecido mejor concretarse a los que la Iglesia nos propone en su ciclo litúrgico. ¿Quién, en efecto, conoce mejor que ella el secreto de su Esposo? ¿Quién mejor que ella sabrá llevarnos a Él?

La acogida tan benévola que el público, y especialmente el secular, ha hecho al volumen *Jesucristo vida del alma* no sólo ha dado alientos al autor, sino que es un síntoma de los más consoladores en medio de las tristezas y preocupaciones de una época de tanta agitación.

Porque demuestra que aun bajo la presión de los acontecimientos, no pocas almas, fieles a la voz de Dios, han vuelto en sí, y ávidas de salvación, de paz y de luz, se han tornado hacia Aquel que es el camino infalible, la Verdad que alumbra a todo hombre en este mundo, y la Vida que salva de la muerte.

En Él, como dice San Pablo, es menester restaurar todas las cosas: *Omnia instaurare in Christo*; pues, según el pensamiento del mismo Apóstol, fuera de este fundamento divino, no puede haber duración ni estabilidad. Al permitir el autor que se publicaran estas Conferencias, no tuvo otra ambición que la de contribuir con sus débiles fuerzas a esa gran obra de restauración cristiana.

Dígnese Cristo Jesús bendecir estas páginas escritas en

obsequio suyo, que sólo hablan de Él. ¡Ojalá lleguen a revelar más aún a las almas los secretos del amor de un Dios que apareció entre nosotros! ¡Ojalá que muchas almas vayan a apagar su sed con mayor frecuencia aún en las fuentes de agua viva que brotan para nuestra salud y gozo del Corazón traspasado de Jesús! *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.*

Este volumen, lo mismo que el anterior, se compone de notas tomadas por los oyentes, y el autor se apresura a hacer constar aquí su agradecimiento a todos los que las fueron recogiendo, y de un modo más especial al infatigable colaborador que se ha impuesto la delicada empresa de coordinar las notas y presentar estas Conferencias en la actual disposición y forma.

D. C. M.

CARTA DE SU SANTIDAD AL AUTOR

Querido hijo: Salud y bendición apostólica:

Habiendo recorrido estos días, en cuanto lo han permitido nuestras ocupaciones, los dos libros tuyos que nos has ofrecido, como grato homenaje, titulados JESUCRISTO, VIDA DEL ALMA y JESUCRISTO EN SUS MISTERIOS, hemos reconocido fácilmente que con razón deben ser alabados como aptos para excitar y mantener en las almas la llama del divino amor. Y aunque no se exponen en ellos todas las cosas que en las conferencias has explicado a tus hermanos acerca de Jesucristo como ejemplar y autor de toda santidad, con todo, la exposición que en ellos haces de tu doctrina, es de suma utilidad para las almas que aspiran a imitar a Jesucristo y vivir de Aquel «que es hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención».

Por tanto, buen acuerdo fué dar a luz estos libros, en los cuales, no solamente tus hermanos, sino también muchos otros, pueden hallar documentos para su aprovechamiento; pues, según nos refieren, están ya esparcidos por muchas partes y aun en manos de seculares. Por esto, al darte gracias, y como nuncio de celestiales dones, con paternal benevolencia te enviamos, querido hijo, la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el 10 de octubre de 1919.
Sexto año de nuestro pontificado.

BENEDICTO PAPA XV

A Dom Columba Marmion, abad de Maredsous.

Págs.

I. — LOS MISTERIOS DE CRISTO SON NUESTROS MISTERIOS	3
Toda la doctrina de San Pablo se resume en el conocimiento del misterio de Cristo	3
I. — La misión del Apóstol no tiene otro objeto que predicar a Cristo crucificado y hacer comprender a los fieles que «todo» lo hallamos en Cristo	4
II. — Cristo nos enseña que la vida eterna consiste en conocer a Él y al Padre; todas nuestras miradas deben reconcentrarse en Cristo; así lo exige de nosotros el Padre eterno	6
III. — Este conocimiento del misterio de Cristo constituye el fundamento de nuestra piedad; gozo que el alma experimenta al contemplar a Cristo y penetrar en sus misterios	8
IV. — Los misterios de Jesús los ha vivido Él mismo por nosotros; Cristo, modelo de perfección, se muestra nuestro ejemplar en cada uno de sus misterios: en el pensamiento divino no formamos más que una misma cosa con Cristo; Jesús nos hace participar de todos sus méritos y riquezas	9
V. — La virtud de los misterios de Cristo alcanza a todos los hombres, perdura para siempre. Jesús intercede por nosotros y nos comunica el fruto de sus misterios; confianza que debe causar en nosotros esta verdad	15
II. — CÓMO NOS ASIMILAMOS EL FRUTO DE LOS MISTERIOS DE JESÚS	17
Para participar de los mismos es menester conocerlos y ponerse en contacto con ellos	17

	<u>Págs.</u>
I. — Esto se adquiere en la lectura del Evangelio; después uniéndose a la liturgia de la Iglesia; ella es una prolongación de la Encarnación en el curso de los siglos; el unirse a ella en la liturgia es camino seguro para comprender los misterios de Jesús y asimilarse sus frutos	18
II. — Utilidad y oficio que prestan los elementos exteriores de la liturgia; cómo todos los misterios de Cristo producen en nosotros la gracia interior que Él mereció en vida; nuestra imitación de Cristo no es un trabajo puramente humano; sólo el Espíritu Santo puede reproducir en nosotros de un modo sobrenatural la imagen del Hijo de Dios	20
III. — Disposiciones que se requieren para que nuestra participación en los misterios de Cristo sea fecunda: fe, reverencia, amor; dichosa el alma que bebe en esas fuentes de agua viva	24

I. — LA PERSONA DE CRISTO

III. — <i>In sinu Patris</i>	33
Cristo ha pasado por varios estados, pero siempre mora <i>in sinu Patris</i> ; su divinidad, primer objeto de nuestra contemplación	33
I. — Dios es fecundo; desde toda eternidad engendra su Verbo; por la unidad de naturaleza, el Hijo de Dios es igual a su Padre, es uno con Él; procesión del Espíritu Santo; Jesucristo nos ha revelado la Trinidad de las personas en la unidad de naturaleza	35
II. — La primera función del Verbo es reconocer al Padre como su principio: en el Evangelio continuamente insiste Nuestro Señor en que todo le viene del Padre; segunda función del Verbo, ser imagen viva, adecuada del Padre; el Verbo entra en relación con el Padre por amor, y esto es lo que constituye la tercera función que desempeña	39
III. — Debemos imitar al Verbo en sus «estados»: reconociendo que todo le viene del Padre; proclamando nuestra absoluta dependencia de Dios como criaturas; como hijos, somos engendrados divinamente por la gracia en un sentido muy real; sí-	

- guese por lo mismo que toda nuestra actividad debe venir de algún modo de Dios; debemos imitar al Verbo siendo, como Él, imagen del Padre, en especial por la gracia santificante, elemento fundamental de semejanza divina, y por nuestras virtudes 43
- IV. — Por el solo derecho de nuestra creación, somos fruto de un pensamiento eterno contenido en el Verbo; íntima relación con el Verbo que nos comunica la adopción divina; por Jesucristo llegamos a ser hijos de Dios. *Elegit nos in ipso*; realización de este decreto divino por la encarnación del Verbo 46
- V. — Es necesario vivir unidos con el Hijo, único camino que lleva al Padre; medios conducentes a esa unión; creer en el Hijo de Dios es unirse con Él y participar de su filiación divina; esta fe debe ser perfecta; observancia de los preceptos de Cristo; recepción de la Eucaristía, sacramento de unión; enseñarnos, Señor, dulce Jesús, a ser como Vos y en Vos, hijos de Dios 49
- VI. — Estas verdades constituyen el fundamento del cristianismo; toda nuestra santidad se reduce a ser, mediante la gracia, lo que Jesús es por naturaleza: Hijo de Dios; este ideal, aunque sublime, no es una ilusión, Dios nos ha dado su Hijo, y Él es quien os ha de conducir al seno de su Padre 52
- IV. — «...Y EL VERBO SE HIZO CARNE» 53
- Necesidad de contemplar el misterio de la Encarnación para comprender el valor infinito de los actos de Jesús 56
- I. — Cristo es Dios perfecto; es también hombre perfecto, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado; esta unión inefable de lo divino y de lo humano se nos manifiesta en el Evangelio 59
- II. — Modo de verificarse la unión de las dos naturalezas en Cristo: están unidas en una sola Persona; el Verbo es quien comunica a la naturaleza humana su «subsistencia» personal; ambas naturalezas conservan su actividad propia; la actividad humana de Jesús tiene su principio remoto en la divinidad; consecuencia de esta doctrina: todos los actos del Verbo encarnado tienen un

	valor infinito; por qué razón la vida de Cristo es tan agradable a su Padre; es Hijo propio de Dios; posee su alma la plenitud de la gracia, gracia de unión y gracia santificante; su humanidad santísima está adornada de todas las virtudes y de todos los dones del Espíritu Santo . . .	59
III. —	La primera disposición que el Padre eterno exige de nosotros es la fe en la divinidad de Cristo; esta fe es el principio de nuestra adoración; en ese acto de adoración debe el alma entregarse al Verbo y vivir en dependencia absoluta de la divinidad	62
IV. —	No basta confesar la divinidad de Cristo; nuestra piedad y homenajes deben hacerse extensivos a su humanidad; Dios ha querido realizar nuestra salvación por medio de la humanidad de Jesús; esta humanidad tiene derecho a nuestra adoración; durante su vida mortal, confería Cristo la gracia y obraba milagros al contacto de su humanidad; ahora todavía es instrumento de la gracia para nuestras almas; es el camino que nos lleva a su Padre	65
V. —	SALVADOR Y PONTÍFICE	70
	Necesidad de contemplar la obra y la misión del Verbo encarnado para comprender mejor su persona, consagrado como rey, profeta, pontífice; con su sacrificio salva al género humano, y por eso, al nombre de «Cristo» hay que unir el de Jesús	70
I. —	Lo que es el sacerdote; en Cristo, el carácter sacerdotal es trascendental; Jesús es hecho Pontífice desde el momento de su encarnación; su sacerdocio es una consecuencia necesaria e inmediata de su encarnación	74
II. —	Cómo Cristo inaugura su sacrificio desde su entrada en este mundo; su primer acto: <i>Ecce venio</i> ; toda la vida de Nuestro Señor va ordenada al sacrificio del Calvario y está marcada con el sello de la Cruz. Cristo tenía vivas ansias de dar a su Padre la gloria que había de proporcionarle su sacrificio	78
III. —	El ofrecimiento que Cristo hace de Sí mismo abraza diferentes actos: adoración, acción de gracias, expiación, impetración, oración sacerdotal de Jesús .	80

- IV. — Jesucristo cumple en el cielo su oficio de mediador por medio de su sacerdocio eterno. Sin duda ya no merece, pero presenta sin cesar al Padre sus satisfacciones. Cuán grande debe ser nuestra fe en Jesucristo; no hay gracia alguna que no podamos esperar si la pedimos en su nombre 83
- V. — Cristo en la santa misa renueva el sacrificio del Calvario; la única mediación de Cristo se prolonga mediante el ministerio sacerdotal; la Iglesia no celebra ninguno de los misterios de Jesús sin ofrecer el santo sacrificio de la misa. En la sagrada Comunión, nos da las gracias especiales del misterio que celebramos 87

II. — LOS MISTERIOS DE JESUCRISTO

- VI. — LAS PREPARACIONES DIVINAS 93
- Designio eterno de Dios: enviar a su Hijo a este mundo para rescatar al género humano 93
- I. — Cómo preparaba la Sabiduría eterna a las almas de los justos del Antiguo Testamento para la venida de Cristo al Mundo; a continuación de la caída de nuestros primeros padres, promete Dios un Redentor; puntualiza su promesa a los patriarcas. Suscita profetas que señalan de antemano los divinos rasgos del Mesías 95
- II. — Dios prepara además la venida del Mesías, dirigiendo los destinos de las naciones paganas; termina por fin sus preparativos con el envío de San Juan Bautista. Dignidad y santidad del Precursor; grandeza de su misión 99
- III. — La Iglesia nos recuerda cada año y procura hacer revivir en nuestras almas las disposiciones de los antiguos gustos, que esperaban el advenimiento del Mesías. Estas preparaciones fortalecen nuestra fe; Cristo no vino solamente para sus contemporáneos; cada fiesta de Navidad nos confiere las gracias que el Verbo nos mereció con su venida 102
- IV. — Estas disposiciones son: Pureza: el seno de Dios, morada natural del Verbo; por su virginal pureza, María ofrecía al Verbo encarnado un tabernáculo que era como el reflejo de ella. Humildad: suple en nosotros la pureza inmaculada de la Virgen; Dios acoge al pecador que se

humilla. Confianza: El que viene hasta nosotros es un Dios que posee en toda su plenitud las gracias que podemos esperar para comunicarnos. Fervorosos deseos. El pensamiento de la Virgen María llena la liturgia del Adviento	105
VII. — <i>O admirabile commercium!</i>	111
Cómo conmemora la Iglesia la aparición de Cristo en la tierra Gracia especial del misterio de Navidad	111
I. — Primer acto de este «trueque»: Dios toma nuestra naturaleza para unirla en unión Personal; el triple advenimiento de Cristo que se celebra con las tres misas del día de Navidad; unión inefable de las dos naturalezas en Cristo	114
II. — Segundo acto: El Verbo hecho carne comunica al género humano una participación de su naturaleza divina, nos hace hijos de Dios; por lo mismo, existe en nosotros la vida natural y la vida sobrenatural	116
III. — Este «comercio» aparece más admirable aún por el modo de obrarse; la Encarnación hace a Dios visible; Jesús nos revela el amor y todas las perfecciones de Dios; Dios ha querido hacerse visible para instruirnos y ser nuestro modelo	119
IV. — La Encarnación hace a Dios pasible. La Humanidad del Verbo con sus padecimientos expiará nuestros pecados y rescatará al mundo; desde su nacimiento inaugura Jesús su misión salvadora, con su humildad, obediencia y pobreza, viene Cristo a curar nuestro orgullo, desobediencia y apetitos	121
V. — Cuán admirable aparece este «cambio»: es para nosotros fuente de gozo; disposición requerida para que produzca en nosotros sus frutos; modos diversos de amar al Verbo; la fe nos permite contemplar el misterio como Dios lo ve; de qué manera asegura la sagrada Comunión este Comercio divino	124
VIII. — LA MANIFESTACIÓN A LOS MAGOS	129
Dios es luz divina, y para nosotros inaccesible; el velo de la humanidad reprime los resplandores de la divinidad	129

	Págs.
I. — El llamamiento de los Magos significa la vocación de las naciones paganas a la fe; el Verbo encarnado se manifiesta primero a los judíos; los gentiles serán llamados a la luz del Evangelio; la estrella ha brillado para cada uno de nosotros; debemos dar gracias a Dios y pedirle se haga extensivo dicho don a todas las almas	131
II. — Es preciso que imitemos la fidelidad y largueza de los Magos; todos somos llamados a la santidad; el Padre eterno hace resplandecer la estrella que nos conducirá hasta Jesús; sigamos con prontitud el llamamiento divino	136
III. — ¿Qué hacer si la estrella desaparece? A ejemplo de los Magos, pedir luz y dirección a los representantes de Dios	139
IV. — Cuán profunda es la fe de los Magos en Belén; simbolismo de los dones por ellos ofrecidos al Niño Dios; presentes que podemos ofrecer; ofrezcamos a Dios su propio Hijo Jesús	141
IX. — LA VIRGEN MARÍA; LOS MISTERIOS DE LA INFANCIA Y DE LA VIDA OCULTA	146
Dios quiso tomar de nuestro linaje la humanidad que que había resuelto unir personalmente a su Verbo; la Virgen María dió al Verbo esta naturaleza humana	146
I. — El cambio entre la divinidad y la humanidad se efectúa cuando la Virgen acepta y el Verbo se hace carne; María entona el <i>Magnificat</i> ; da a luz a su divino hijo; su fe, su adoración, su incommensurable amor hacia Aquel que es a la vez su Dios y su Hijo; Jesús se complace en el amor que le tiene su Madre; inefable unión de sus almas	148
II. — María hace circuncidar a Jesús; le presenta en el Templo; el Salvador ingresa como un «Dios oculto»; oblación al Padre; la Virgen se une a esta ofrenda de su Hijo y se convierte en corredentora; profecía de Simeón	153
III. — A los doce años Jesús va a celebrar la Pascua en Jerusalén; profundo dolor de la Madre por haberle perdido; cómo María y José encuentran al Niño Jesús al cabo de tres días de andar buscándolo; primeras palabras del Verbo encarnado referidas por el Evangelio	157

	<u>Págs.</u>
IV. — Vida oculta en Nazaret; vida de trabajo, de silencio, de obediencia; enseñanzas que nos da este misterio; todos los actos de Jesús tributan una gloria infinita al Padre Eterno a causa de su filiación divina: nuestros actos no tienen valor alguno si no están animados por la gracia	162
V. — Qué fueron para la Virgen esos treinta años pasados en unión tan íntima con Jesús; ardiente fe de María; esa fe es raudal de gozo	165
X. — EL BAUTISMO Y LA TENTACIÓN DE JESÚS . .	169
En los diferentes misterios de Cristo, vemos siempre las humillaciones del Verbo encarnado ensalzados por una revelación de su divinidad	169
I. — Presentándose Jesús ante San Juan para recibir el bautismo de penitencia, cumple un acto de profunda humildad; siendo Él la cabeza de la humanidad caída, se hace solidario de nuestros pecados; al recibir el bautismo, quiere «practicar la justicia»; el bautismo del Precursor era figura del de Cristo	170
II. — Jesús glorificado por su Padre al salir del Jordán; cómo el testimonio del Padre constituye a la vez el punto de partida de toda la vida pública de Jesús, y el fundamento de nuestra fe: el bautismo, sacramento de la iniciación cristiana, contiene en germen toda la obra de nuestra santificación . .	173
III. — Inmediatamente del bautismo, se encamina al desierto para ser tentado por el demonio; para nosotros la tentación va como eslabonándose sobre toda nuestra existencia; Adán, sometido a la prueba, sucumbió; era menester que el segundo Adán, jefe de los predestinados, saliese vencedor de la tentación; convenía igualmente que, siendo Cristo quien nos había de librar de la esclavitud de Satanás, combatiese con el demonio y lo venciera	177
IV. — Triple tentación de Jesús; cómo triunfa cada vez de los asaltos del enemigo; el demonio se retira y los ángeles se aproximan para servir a Cristo, puesto que Nuestro Señor quiso padecer la tentación, no debe extrañarnos el que tengamos que pasar por el mismo camino; Jesús venció al diablo como cabeza de la Iglesia; en Él y por Él triunfamos de las sugerencias del espíritu rebelde .	181

	Págs.
V. — Sufriendo Cristo la tentación, nos adquirió las fuerzas que necesitamos para quedar victoriosos en la lucha; Jesús era inaccesible al pecado, a la imperfección; razón fundamental de su impecabilidad: es el Hijo de Dios, la santidad infinita; el alma santa de Cristo queda fija en la impecabilidad esencial y absoluta por la visión beatífica; los bienaventurados que ven a Dios son impecables. Salmo 90; promesas de invulnerabilidad espiritual del salmo 90	185
VI. — La fe es la que nos hace invencibles en la tentación; eficacia de las palabras de la Sagrada Escritura para rechazar al demonio; Cristo nos ayuda en el combate con su gracia y con su oración	189
XI. — ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS	192
La vida pública de Nuestro Señor es asunto inagotable	192
I. — Cómo Cristo manifiesta su divinidad con sus palabras y con sus actos; da testimonio de que es Hijo de Dios: perdonando los pecados y obrando milagros con su propio poder: afirma claramente su divinidad delante de los Apóstoles; ante Caifás; en el Evangelio de San Juan especialmente vimos sostener que es una misma cosa con su Padre	193
II. — Cristo atestigua su divinidad para confirmar nuestra fe; esta fe en la divinidad de Jesucristo es en realidad de verdad la base de nuestra vida espiritual, la raíz de nuestra justificación	197
III. — El Verbo encarnado nos declara con hechos humanos las perfecciones divinas; de todas las perfecciones divinas, la que Nuestro Señor se complace en revelarnos es el amor que Jesús manifiesta en todas las circunstancias	199
IV. — Amor misericordioso de Cristo hacia los pecadores: parábola del hijo pródigo; conversación de Jesús con la Samaritana; María Magdalena; la mujer adúltera	203
V. — Esta misericordia del Salvador nos invita a la confianza; Cristo vino a buscar a los pecadores; elige a Pedro como fundamento de su Iglesia; acepta la presencia de Magdalena al pie de la Cruz, al lado de su Madre; crece nuestra confianza con la penitencia; último rasgo que prueba la ternura del corazón humano de Jesús	210

	Págs.
VI. — Severidad de Nuestro Señor con los fariseos: orgullo e hipocresía de éstos; cómo los denuncia Cristo; es uno de los ardides del demonio para arrastrar a las almas a una piedad falsa . . .	215
XII. — EN LA CUMBRE DEL TABOR	224
La Transfiguración es un manantial de luces y gracia, porque ella irradia con mayor esplendor la divinidad de Jesús	224
I. — Relato de la Transfiguración	226
II. — Significado del misterio de la Transfiguración para aquellos apóstoles que fueron testigos: Cristo quiere prevenirlos, por medio de la manifestación de la divinidad, contra el «escándalo» de su pasión; la voz del Padre eterno, que proclama a Jesús Hijo suyo, consolida la fe de los Apóstoles	227
III. — Después de la Resurrección de Jesús descubrieron los Apóstoles por boca de Pedro los resplandores que habían visto; también para nosotros se obró la Transfiguración; ella confirma nuestra fe; siempre debemos tener presente el testimonio del Padre, que nos dice que Jesús es su Hijo. El resplandor que ilumina a Cristo en el Tabor es un destello de la divinidad; nuestra santidad es un reflejo de la vida divina en nuestras almas	231
IV. — Medio de conseguir el estado de gloria, que nos espera y que la Transfiguración deja vislumbrar: «Oír a Jesús»; el Padre celestial se sirve de su Hijo para hacernos llegar a sí; cómo nos habla Jesús; para escuchar bien, menester es callar; es necesaria la oración; hay que escuchar ante todas las cosas por una fe práctica, que se traduce en obras; seamos fieles a Jesús, sigámosle en la alegría y en la lucha, hasta que llegue el día en que participemos de su gloria	237
XIII. — CRISTO AMÓ A LA IGLESIA Y SE ENTREGÓ POR ELLA PARA SANTIFICARLA	242
La pasión es el punto culminante de la obra de Cristo en la tierra; «su hora» llama Jesús al momento de su inmolación	242

I. — Por amor quiso Jesucristo padecer la muerte de cruz, por amor de su Padre; por amor nuestro; libertad con que Cristo se ofrece	244
II. — Jesús se ofrece a Sí mismo y entrega su alma y su cuerpo al dolor; su agonía en el Jardín de los Olivos; relato de la Pasión	246
III. — Cómo santificó Cristo a la Iglesia por medio de la oblación: por su sacrificio destruyó el pecado, y nos restituyó la gracia; nos mereció todas las gracias que habemos menester; la eficacia de los sacramentos procede de la Cruz; nuestra confianza en Jesucristo debe ser ilimitada	250
IV. — Nos es necesario participar de la Pasión de Jesucristo; esta participación se lleva a cabo de diversos modos: contemplando los dolores de Jesús, asistiendo al sacrificio de la Misa, aceptando los sufrimientos en unión con Jesucristo y por amor suyo; Jesús ha querido llevar su cruz, aceptemos de su mano la <i>nuestra</i> ; contemos, para llevarla, con la fuerza que Él nos mereció; cómo Jesucristo se ha complacido en dejar en su cuerpo místico una parte de su padecimiento	253
V. — La Pasión termina con el ciclo de los misterios de Jesús; por medio de sus dolores entra Jesús en la gloria y, precisamente por eso, al conmemorar la Iglesia los padecimientos de su Esposo, mezcla, con los sentimientos de compasión, acentos de triunfo	257
XIV. — SOBRE LOS PASOS DE JESÚS DEL PRETORIO AL CALVARIO	260
La misa renueva cada día el recuerdo y realidad de la Pasión de Jesús; la preparación inmediata del Salvador para su sacrificio del Calvario, fué recorrer la vía dolorosa, con la Cruz a cuestas; cómo nació la devoción del «Vía Crucis»	260
I. — Eficacia de esta devoción: a) la Pasión de Jesucristo es su obra por excelencia; ni un solo detalle es insignificante en ella; b) Jesús manifiesta singularmente sus virtudes en el curso de su Pasión; c) siempre vivo, Cristo da al alma que le contempla la gracia de practicar las virtudes de que Él nos ha dado ejemplo en los momentos	

	Págs.
de sus dolores y de su inmolación; qué se requiere para sacar los frutos del «Vía Crucis» .	261
II. — Meditación de las XIV estaciones del «Vía Crucis» .	264
XV. — <i>Si consurrexistis cum Christo</i>	278
El misterio de la Pasión nos muestra a Cristo en el abismo de humillaciones y dolores; el de la Resurrección nos le presenta viviendo una vida gloriosa y perfecta	278
I. — Como se realiza en Jesucristo crucificado el primer elemento de la santidad; su humanidad está ya exenta de toda enfermedad; separación completa de todo cuanto es terreno, criatura o debilidad	280
II. — Él segundo elemento de la santidad se halla también en Jesucristo crucificado; vive sólo para su Padre .	282
III. — Esta vida de Cristo resucitado es el modelo de la nuestra; desde el bautismo participamos de la gracia de la resurrección, mas para que pueda desarrollarse en nosotros debemos morir sin cesar para el pecado; desasirnos de todo lo terreno, de todo lo criado; este es el primer elemento de nuestra santidad	283
IV. — El segundo elemento se realizará en nosotros por una vida de entera dependencia de Dios; esta «vida para Dios» nos la comunica Jesucristo; Cristo vive en nosotros en la medida que reina en nuestra alma	286
V. — Medios de fortalecer en nosotros la gracia de la Pascua: la contemplación del misterio hecha con fe; la Comunión Eucarística: Jesús viene a nosotros para que vivamos de su vida de resucitado, enteramente orientada hacia su Padre	289
VI. — El misterio de la Resurrección de Cristo se extiende también a nuestros cuerpos: dogma de la resurrección de los muertos; en este mundo, nuestra vida es una vida oculta y también una prueba; pero una vez que hayamos tomado parte en los dolores de Cristo, un día «nos veremos con Él en la gloria»; esta esperanza es fuente de alegría	291

XVI. — Y AHORA, PADRE, GLORIFICA A TU HIJO . . .	295
La Ascensión es la mayor entre todas las fiestas del Señor; es la glorificación suprema de Cristo Jesús.	295
I. — En el misterio de la Ascensión, vemos a la santa humanidad de Jesús subir visiblemente hacia el cielo. Nuestro Señor recorre todos los cielos, penetra en el santuario de la divinidad y se sienta a la diestra de Dios. Cristo Jesús es la única fuente de gracia y de vida	296
II. — Dos causas capitales de esta maravillosa exaltación de Jesús: es el mismo Hijo de Dios; su humanidad, unida como está a la persona del Verbo, tiene derecho a la gloria divina; se humilló en las ignominias de la Pasión, y por eso el Padre celestial le da como premio de sus humillaciones esta glorificación suprema; el monte de los Olivos, que fué testigo de la agonía de Jesús, lo es también de su triunfo	298
III. — Gracia del misterio de la Ascensión: a Cristo sólo pertenece el entrar en el cielo, pero cuantos han llegado a ser sus miembros por medio del bautismo, tienen cabida con Jesús en la gloria y en la bienaventuranza; desde ahora debemos con el pensamiento y el deseo vivir en el cielo.	301
IV. — La Ascensión del Señor suscita en nosotros múltiples sentimientos; el primero es el gozo; como nos invita la Iglesia en su liturgia a celebrar con alegría esta exaltación de su Esposo; regociémonos de este triunfo y glorificación de Jesús, que también son nuestros	305
V. — Cristo penetra en el cielo como Pontífice y Mediador nuestro; y la entrada del Sumo Pontífice en el Sancta Sanctorum simbolizaba a Cristo subiendo al cielo el día de su Ascensión; por toda la eternidad reconocerán los escogidos que su felicidad es el precio de los méritos de Cristo; en el cielo, el Pontífice supremo, «siempre vivo», intercede por nosotros	307
VI. — Si nos unimos a Nuestro Señor, sobre todo en la sagrada Comunión, nos lleva Él a su Padre; palabras de Santa Gertrudis; fiados en Jesucristo, podemos estar siempre <i>in sinu Patris</i> ; Él nos «preservará del mal» en medio de las aflicciones y pruebas de la vida presente	312

	Págs.
XVII. — LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO	315
La misión visible del Espíritu Santo sobre los Apóstoles pertenece a Jesucristo en su naturaleza divina	315
I. — Las procesiones divinas; lo que es el Espíritu Santo en la Trinidad	317
II. — Por qué sólo después de la Ascensión tuvo lugar la venida del Espíritu Santo: este don del Espíritu Santo que nos lo había merecido con los dolores de su humanidad santísima, era justo que se nos enviase cuando su humanidad fuese glorificada; segunda razón que dan los Padres de la Iglesia: la fe en Jesucristo era necesaria para recibir el Espíritu Santo; esta fe era imperfecta en los Apóstoles mientras vivía con ellos	320
III. — Operaciones divinas del Espíritu Santo en el alma de los Apóstoles; lo muy útil que es recordar la doctrina de la «apropiación», para comprenderlas bien; las obras de santificación y de perfección se atribuyen principalmente al Espíritu Santo; el Espíritu Santo colmó a los Apóstoles de verdad, de amor, de fortaleza, de consuelo	322
IV. — La asamblea del Cenáculo representaba a toda la Iglesia; el Espíritu Santo viene «para quedarse con ella»; su acción es maravillosa; es asimismo incesante; la gracia de Pentecostés perdura; por eso la Iglesia pone en nuestros labios fervorosas aspiraciones para pedir la venida del Espíritu Santo; «porque somos sus hijos, Dios nos da el Espíritu de su Hijo»	327
V. — Manera como el Espíritu Santo obra en nuestras almas; cuidémonos bien de no extinguir el «Espíritu» con el pecado, de «contristarle» con nuestras infidelidades; nos da a conocer al Padre; nos manifiesta a Jesús; disposiciones para recibir los dones del Espíritu Santo: la oración y el convencimiento de nuestra indigencia espiritual	331
XVIII. — IN MEI MEMORIAM	334
La fe es necesaria para contemplar los misterios de Jesús	334
I. — La Eucaristía tiene un carácter de memorial, primero como sacrificio; la misa representa y re-	

produce el sacrificio del Calvario; si bien la Eucaristía recuerda, en primer término, la Pasión de Jesús, no excluye, con todo, la memoria de los otros misterios y los contiene todos	335
II. — La Eucaristía considerada como sacramento maravillosamente figurada por el maná	338
III. — En la Eucaristía, como en el maná, encontramos el gusto de todos los misterios de Cristo; cómo es fuente de las gracias: por la Comunión se comunica a nuestras almas <i>toda</i> la vida de Cristo; bajo las especies eucarísticas no se halla otra cosa que la sustancia del cuerpo <i>glorioso</i> de Jesucristo; pero quien está presente es el mismo Cristo, que ha vivido todos los misterios de su niñez, de su vida pública, de su pasión; podemos, pues, encontrar en la Eucaristía a Jesús en cualquiera de sus misterios	341
IV. — Medios de participar en este inefable sacramento: la asistencia al santo sacrificio de la misa; durante la misma estamos unidos a Cristo y con Él trasladados al santuario de la Divinidad; la disposición principal para sacar todos los frutos es una suma reverencia; la visita al Santísimo Sacramento	345
V. — Esta reverencia hacia el Santísimo Sacramento es un homenaje de fe, y por la fe se efectúa nuestra unión con Jesucristo en la recepción de la Eucaristía; la sagrada Comunión no sólo nos une a Cristo, sino también al Padre y al Espíritu Santo	349
XIX. — EL CORAZÓN DE JESÚS	353
El amor explica todos los misterios de Jesús; la Iglesia nos propone este amor como objeto del culto en la festividad del Sagrado Corazón	353
I. — Qué hay que entender por devoción a Jesucristo; por la devoción al Sagrado Corazón honramos al Verbo encarnado, que nos manifiesta su amor y nos muestra su Corazón como símbolo de este amor; la justificación de esta devoción tiene su origen en el dogma cristiano	356
II. — Elementos de esta devoción; el objeto propio y directo es el corazón físico de Jesucristo, ya que él merece adoración; el Corazón es el símbolo ante todas las cosas del amor creado de Jesús; profundidad y ternura de este amor humano del	

	<u>Págs.</u>
Salvador, estando unida personalmente al Verbo la santa humanidad de Jesús, su amor creado procedía del amor increado, cuya manifestación es .	360
III. — El origen de nuestra devoción práctica al Sagrado Corazón es la contemplación de los beneficios que Jesús ha obrado para con nosotros; nuestro amor debe tener dos miras: ser afectivo y efectivo; Nuestro Señor es en esto nuestro modelo; cómo hemos de demostrar nuestro amor a Jesús; fecundidad que el amor proporciona a toda nuestra vida	363
IV. — Por qué debemos amar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; nos hace tomar poco a poco la verdadera actitud que debe caracterizar nuestras relaciones con Dios; nuestra vida espiritual depende en gran parte de la idea que habitualmente nos formamos de Dios: diversidad de aspectos por los cuales podemos considerar a Dios como un maestro, un bienhechor	369
V. — Jesucristo es el único que nos revela la verdadera actitud del alma en presencia de Dios: la de un hijo para con su padre; actitud que favorece particularísimamente la devoción al Corazón de Jesús.	373
XX. — JESUCRISTO, REY DE LA CREACIÓN ENTERA .	377
I. — Jesucristo reúne en sí mismo todos los títulos de nuestra humana naturaleza, pero existe un título que sobrepuja a todos, y es el de Rey de todos los hombres y de todos los reinos; lo que dicen las sagradas Escrituras	377
II. — De dónde arranca la realeza de Jesucristo. Lo es por derecho de herencia, de conquista y de redención .	380
III. — Testimonio de San Pedro. Jesucristo como propietario y soberano tiene el poder de disponer de las naciones; su reinado se extiende a las familias y también a la sociedad civil. Palabras de León XIII	381
IV. — El reinado de Jesucristo se refiere principalmente a cosas espirituales; cualidades que exige de sus súbditos	383
V. — Consecuencias prácticas derivadas de las anteriores conclusiones; frutos que reporta la aceptación del reinado de Jesucristo para el individuo, la familia, los Estados y, de una manera especial, para la Iglesia	384

	Págs.
XXI. — CRISTO, CORONA DE TODOS LOS SANTOS .	387
Todos los misterios de Cristo se encaminan a santificar a la Iglesia; Jesucristo es inseparable de su cuerpo; razón de por qué la Iglesia, terminado su ciclo, celebra la festividad de Todos los Santos	387
I. — Motivos que tenemos para aspirar a la santidad; la voluntad de Dios que halla su satisfacción en nuestra santidad; el precio infinito con que Jesús pagó nuestra perfección	388
II. — Carácter fundamental de nuestra santidad; es la realización sobrenatural del plan divino sobre nosotros; nuestra predestinación está cifrada en vivir acordes con el Verbo encarnado, en ser por la gracia lo que es Él por naturaleza: hijos de Dios .	391
III. — Jesucristo es, pues, para nosotros, la fuente de toda santidad, de igual suerte que es el Camino; la Verdad; la Vida	394
IV. — Esta enseñanza produce en nosotros dos sentimientos que deben estimularnos para correr en busca de la santidad; una profunda humildad; una confianza sin límites; ningún obstáculo nos puede estorbar el llegar a la santidad, si nuestra fe en Jesucristo es ilimitada	398
V. — Conclusión práctica de estas verdades: honrar e invocar a los santos; su caridad para con nosotros: tratar al mismo tiempo de parecernos a ellos permaneciendo unidos a Jesucristo; no nos desalentemos ni por nuestras miserias ni por las acusaciones	402
VI. — La providencia divina desea, efectivamente, que la obra de nuestra santificación se elabore en la firmeza y en las pruebas, para que la gloria redunde toda en honor de Jesucristo: Él es la fuente de la gracia en este mundo, como lo es de toda gloria y de toda dicha en el cielo: honrar a los Santos es dar gloria al Hijo de Dios; cómo contemplando a Jesucristo en sus misterios, y procurando imitarle y vivir unidos a Él, llegaremos a participar de la gloria	406

Conferencias preliminares

I. Los misterios de Jesucristo son nuestros misterios

SUMARIO. — I. Cómo puso san Pablo de relieve el misterio de Cristo. — II. Cuánto desea Dios que este Misterio sea conocido. — III. Este conocimiento es el verdadero fundamento de nuestra piedad y fuente de alegría. — IV. Triple motivo por el cual los misterios de Jesús son los nuestros. los ha vivido Él mismo por nosotros; se muestra nuestro ejemplar, y nos une como miembros de su cuerpo místico. — V. Virtud siempre eficaz de estos misterios.

Cuando uno lee atentamente las Epístolas de san Pablo, procurando sintetizar la doctrina y obra del gran Apóstol, sin mucho trabajo logra ver que, según él, todo se reduce al conocimiento del misterio de Cristo.

«Recorriendo mis líneas, escribe a los de Efeso, podéis conocer la inteligencia que tengo en el misterio de Cristo... pues a mí, el ínfimo entre todos los Santos, se me dió esta gracia de anunciar a los gentiles las riquezas inescrutables de Jesucristo y de poner a la vista de todos cuál sea la dispensación del misterio que después de tantos siglos había estado escondido en Dios»¹. De este misterio, aunque inefable, espero, con la gracia de Dios, hablaros, mostrando, en esta primera reunión, la relación íntima que con nosotros tiene.

Mas antes de dar principio a la exposición de esta verdad tan capital y benéfica, importa considerar algunos instantes cómo la desarrolla san Pablo, ya que el mismo Jesucristo le constituyó en heraldo suyo. Y ¿de quién otro mejor que de él, podremos aprender cuán fecundo y vital sea para las almas el conocimiento de este misterio?

1. EFES., III, 4. 8-9.

I

Al siguiente día de su conversión, según sabéis, recibió san Pablo la misión de dar a conocer el nombre de Jesús. Su único anhelo desde entonces fué cumplir este mandato. Si emprende numerosos viajes llenos de peligros¹, si predica sin cesar en las sinagogas, en el Arcópagos, delante de los judíos, de los sabios de Atenas, de los procuradores romanos; si hasta desde la misma prisión escribe largas cartas a los fieles y sufre mil persecuciones², es porque ansía llevar el nombre de Cristo a todas las naciones, y a los reyes, y a los hijos de Israel³. Sobre todo en su predicación a las naciones paganas, cuyo Apóstol había sido constituido, es donde mejor se ve cuán hondamente penetrado de este misterio vivía san Pablo. Preséntase al mundo pagano para regenerarlo, renovarlo y salvarlo. Y ¿qué ofrece a aquella sociedad tan corrompida como él la pinta, cuando en términos tan aterradores describe su profunda depravación?⁴. ¿Opóneles acaso superioridad de linaje? ¿La sabiduría de los filósofos? ¿La ciencia de los doctos? ¿La fuerza de los conquistadores? Nada de eso posee el Apóstol.

Escribiendo a los Corintios se presenta a ellos como un hijo abortivo⁵ y como acobardado⁶; recuerda a los Gálatas que, cuando por primera vez les predicó el Evangelio, estaba consumido de ahogos y enfermedades⁷. Así que no lleva consigo la seducción de su persona, ni el prestigio de la ciencia, ni la autoridad del natural saber, ni el brío de la elocuencia, ni el encanto del humano lenguaje; todo eso es, en su sentir, digno de desprecio⁸.

¿Qué lleva, pues? Sólo a Jesucristo, y éste, crucificado⁹. Toda su predicación se reduce a esa ciencia, y cifra toda su doctrina en este misterio. Y tan penetrado está de ella, que la pide también en su misma oración para sus discípulos. «Doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo para que os dé con abundancia la fuerza de su Es-

1. II COR., I y sig.

2. *Ibid.*, XI, 26.

3. ACT., IX, 15.

4. ROM. I, 24-32.

5. I COR., XV, 8.

6. *Ibid.*, II, 3.

7. GAL., IV, 13.

8. I COR., II, 1.

9. *Ibid.*, II, 2.

píritu y se forme en vosotros el hombre interior, a fin de que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura y longitud y la altura y profundidad de este misterio de su Hijo; le pido también que lleguéis a conocer la caridad de Cristo, que rebasa a todo humano conocimiento, para que seáis plenamente colmados de los dones de Dios» ¹.

¡Qué oración, y cómo se siente por entre esas líneas la íntima convicción del Apóstol; cómo ansía su alma comunicarla a todos los hombres! Así es que esa viene a ser su oración constante. «No cesamos, dice, de orar por vosotros y de pedir a Dios que alcancéis pleno conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual» ².

¿Por qué, pues, insiste tanto san Pablo en este punto y llega hasta tenerlo como el único tema doctrinal de su predicación? ¿Por qué eleva a Dios por sus queridos cristianos tan fervientes súplicas? ¿Por qué está ardiendo en deseos de ver, no sólo conocido, sino también vivido por todos los cristianos el misterio de Cristo? Pues habéis de notar que no dirige sus Epístolas a unos cuantos iniciados, sino a todos los fieles de las iglesias por él fundadas. Sus escritos eran destinados a leerse en público ante la asamblea cristiana. ¿Qué motivo le impele a obrar de esta manera? El mismo Apóstol nos lo declara en su Epístola a los Colosenses cuando dice: «Deseo tengáis conocimiento de mi continua solicitud por vosotros, y cuánto ansío que vuestros corazones se enriquezcan con una cumplida inteligencia del misterio de Dios Padre y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de sabiduría y de ciencia» ³. Esta última frase nos revela la razón de todo el modo de obrar de san Pablo: está convencido de que «todo lo encontramos en Cristo» ⁴, de que teniendo a Él, nada nos falta ⁵, y ese mismo Cristo que existía ayer, vive hoy y permanecerá por todos los siglos ⁶.

San Pablo no trae otro medio para renovar la sociedad pagana y levantar el mundo caído si no es a Cristo, y a Cristo crucificado. Será este misterio «objeto de escándalo para los judíos y necedad para los sabios de Grecia» ⁷; pero

1. EPHES. III, 14, 16 y 18-19.

2. COL., I, 9.

3. Ibid., II, 1-3.

4. ROM., VIII, 32.

5. COR., 4, 7.

6. HEBR., XIII, 8.

7. I COR., I, 23.

contiene la virtud del Espíritu Divino¹, el único capaz de «renovar la faz de la tierra»². Sólo en Cristo se halla «toda sabiduría, toda justicia, toda santificación, toda redención»³; cosas de que en todo tiempo han de menester las almas, y por eso mismo reduce san Pablo toda la formación del hombre interior al conocimiento práctico del misterio de Jesús⁴.

II

En toda esta enseñanza no es el Apóstol instruído por Cristo, mismo durante tres años, sino el eco fiel de su divino Maestro.

En aquella inefable oración que siguió a la cena, y en la cual dejando nuestro benditísimo Salvador exhalar ante sus discípulos absortos de admiración el íntimo sentir de su alma; en aquel momento supremo de su existencia en la tierra, al decir estas palabras: «¡Padre! la vida eterna consiste en reconocerte a Ti por verdadero Dios y al que enviaste Jesucristo»⁵, entonces aprendimos de los labios mismos de Jesús, Verdad infalible, cómo toda la vida cristiana, cuyo íntegro desarrollo y término natural es la vida eterna, se reduce al conocimiento práctico de Dios y de su Hijo. — Me diréis sin duda que nosotros no vemos a Dios⁶. Es cierto que no conoceremos perfectamente a Dios sino cuando le veamos cara a cara en la eterna bienaventuranza; pero ya en este mundo se nos manifiesta Dios por medio de su Hijo Jesucristo, el Verbo encarnado, que es la gran revelación de

1. I COR., II, 4-5.

2. Salmo CIII, 39.

3. I COR., I, 30.

4. Cf. EPHES., III, 16. — Cf. COL., I, 27 — ¡Cuántas veces perdemos el tiempo en estériles especulaciones, laboriosos rodeos, cuando tenemos a mano un medio tan sencillo cual es Cristo, para ir recto a Dios y vivir en continua unión con él! Cuando los portavoces del Verbo Eterno, en vez de comunicar a las almas al que es la resurrección y la vida, esto es, a Cristo, hacen que se disgusten de Dios dándoles por comida y bebida esas insípidas diluciones del pensamiento humano, o de una literatura sin consistencia, no puede uno por menos de exclamar con San Pablo: ¿Dónde están los fieles dispensadores del Evangelio? Card. D. J. Mercier, *La devotion au Christ et à sa sainte Mère*.

5. JOAN., XVII, 1, 3.

6. *Ibid.*, I, 18.

la Divinidad al mundo¹. Cristo es Dios que alterna con los hombres y conversa con ellos en Judea y les muestra con su vida humana cómo vive un Dios entre los hombres para que éstos sepan cómo deben ellos vivir para ser gratos a Dios. Así que todas nuestras miradas deben enderezarse y converger en Cristo. Abrid, si no, el Evangelio y veréis que sólo tres veces se deja oír la voz del Padre Eterno. Y ¿qué nos dice esa voz divina? «He aquí mi Hijo muy amado en quien tengo puestas todas mis complacencias»; contemplad a este mi Hijo y escuchadle para amarle e imitarle; porque, siendo mi Hijo, es también Dios. Y debemos contemplarle en su persona, en todos los actos de su vida y de su muerte, en todos los estados de su gloria, porque siendo Nuestro Señor Dios, las más insignificantes circunstancias y pormenores de su vida y misterios merecen nuestra atención. Nada es pequeño en la vida de Jesús, pues no hay acción en toda ella que no mire el Padre Eterno con mayor agrado aún que a todo el Universo junto. Antes de la venida de Cristo, todo lo hace converger Dios en Él, y después de su Ascensión gloriosa, todo lo reconcentra en Él. Cuanto se refiere a Cristo ha sido previsto y predicho; los pormenores importantes de su existencia, los detalles de su muerte fueron prefijados por la eterna Sabiduría y anunciados por los Profetas mucho antes que sucedieran. ¿Por qué, pues, prepara Dios con tanta antelación y cuidado la venida de su Hijo? ¿Por qué nos ha dejado tantas enseñanzas? ¿Por qué ha inspirado el Espíritu Santo a los sagrados Escritores, que apuntasen tantos detalles al parecer insignificantes? ¿Por qué han escrito los Apóstoles epístolas tan largas y apremiantes a las cristiandades? ¿Acaso para que todas esas enseñanzas quedasen como letra muerta en los mismos Libros sagrados? No tal, sino para que, como desea san Pablo, escudriñemos el misterio de Cristo, contemplemos su Persona, estudiemos sus acciones reveladoras de sus virtudes y quereres; las contemplemos, no con vista meramente especulativa y fría, sino con un alma «informada de celestial sabiduría», la cual nos hace buscar en el don de Dios la verdad que guía nuestra vida; y contemplemos a Cristo para conformar nuestra vida con

1. II COR., IV, 6.

la de ese modelo que nos hace asequible a Dios y nos permite tomar en Él la posesión de la vida divina en toda su plenitud.

III

Este conocimiento, adquirido en la oración por medio de la fe y las luces del Espíritu Santo, «es manantial de aguas vivas, que saltan hasta la vida eterna»¹; pues, como veremos en el curso de estas instrucciones, es un dogma de primer orden que el Padre Eterno ha depositado en Jesucristo para provecho nuestro todas las gracias, todos los dones santificadores destinados a las almas. «Nadie, dice, puede ir al Padre sino por Cristo»²; nada tenemos en Cristo, mas en Él todo lo tenemos, con Él *todo* lo podemos³, por morar en Él la Divinidad en toda su plenitud⁴. Aquel que, comprendiendo el misterio de Cristo, hiciere de Él objetivo y blanco de su vida, ese encontrará aquella preciadísima perla del Evangelio⁵, más rica que todos los tesoros del mundo, pues nos adquiere por sí la vida eterna⁶. Cuanto más conozcamos a Cristo, y profundicemos los misterios de su divina persona y de su vida, más penetraremos, en la oración, las circunstancias y detalles que la Revelación nos ha comunicado, más verdadera y maciza será nuestra piedad y nuestra santidad.

La piedad debe estribar en la fe y conocimiento que Dios nos ha dado de las cosas sobrenaturales y divinas. La piedad que sólo se funda en la sensibilidad es tan frágil y efímera como el mismo sentimiento que le sirve de base; es una casa edificada sobre arena, que al primer embate se derrumba. Cuando, por lo contrario, nuestra piedad está cimentada en la fe y en convicciones que sean como resultancias de un hondo conocimiento de los misterios de Jesús, verdadero y único Dios, juntamente con el Padre y

1. JOAN., IV, 14.

2. *Ibid.*, XIV, 6.

3. PHIL., IV, 13.

4. COL., II, 9.

5. MATTH., XIII, 46.

6. BLOSIS., *Canon vite spiritualis*, c. 26.

con el Espíritu Santo, entonces venimos a ser como edificio asentado en roca inexpugnable¹. Este conocimiento es además fuente perenne de placer, de un placer y gozo regaladísimos que nacen en el alma cuando advierte el bien e inmenso tesoro que posee. El bien de nuestra inteligencia es la verdad y, cuanto más abundante y luminosa sea ella, más profundo será también el gozo del espíritu. Cristo nos comunica esa verdad, por ser Él la Verdad misma, toda llena de dulzura, y reveladora de la liberalidad y munificencia de nuestro Padre celestial; pues desde el seno del Padre, donde vive siempre Cristo, hace públicos los secretos divinos que poseemos por la fe².

¡Qué festín! ¡Qué hartura y regalo para el alma fiel contemplar a Dios, ser infinito e inefable, en la Persona de Jesucristo! ¡El escuchar a Dios mismo en las palabras de Jesús, el descubrir, por decirlo así, los sentimientos de Dios en los sentimientos del corazón de Jesús; el mirar las obras divinas y penetrar en el misterio, para beber, como en límpida fuente, la vida misma de Dios! ¡Oh divino Jesús, Dios y redentor nuestro, revelación del Padre, hermano y amigo nuestro, haced que os conozcamos! Purificad los ojos de nuestro corazón, para que podamos contemplaros con gozo; haced que cese el ruido y estrépito de las criaturas para que podamos seguirlos sin obstáculo alguno. Revelaos vos mismo a nuestras almas, como lo hicisteis con los discípulos de Emmaús, explicándoles las sagradas páginas que hablaban de vuestros misterios, y sentiremos arder nuestros corazones para amaros y fundirnos en Vos.

IV

En las instrucciones siguientes tendremos el gusto de detenernos en cada uno de los principales misterios de Jesús para considerar sus actos y meditar sus palabras. Veremos lo extraordinariamente divino y profundamente humano de todos los hechos del Verbo encarnado; veremos cómo cada uno de sus misterios contiene su enseñanza propia y pecu-

1. MATTH., VII, 25.

2. JOAN., I, 18.

liar, cómo comunica especial luz y es para nuestras almas fuente y venero de alguna gracia particular cuyo objeto es formar a Jesús dentro de nosotros.

En esta primera conferencia, quisiera mostraros cómo la nota característica de los misterios de Jesús, es que *son suyos tanto como nuestros*.

Es una verdad fundamental que nunca meditaremos bastante desde el principio de estas páginas y que tampoco debemos nunca perder de vista, por ser sumamente fecunda para nuestra vida sobrenatural. Saber, en efecto, que por medio de Jesús nos hallamos íntimamente ligados a cada uno de sus misterios es para el alma piadosa fuente inagotable de confianza. Esta verdad hace que el alma prorrumpe en actos de agradecimiento y de amor, y que se entregue toda entera a Aquel que con tanta generosidad quiso darse y unirse con ella.

¿Os parece acaso esto un sueño, una quimera, o es tal vez una realidad? Sí, por cierto, y realidad de origen divino, que sólo se recibe por la fe, y sólo el amor puede otorgarla¹. ¿Cómo los misterios de Cristo pueden ser nuestros misterios?

Por tres razones:

Primera, porque *Cristo los vivió para nosotros*. El móvil principal de todos los actos de la vida del Verbo encarnado fué, a no dudarlo, el amor de su Padre, conforme lo declaró el mismo Cristo a los Apóstoles al terminar su Obra². En esta admirable oración, enderezada al Padre, declara Jesús haber cumplido ya con su misión de glorificarle sobre la tierra³. En cada instante de su vida pudo decir con toda verdad que no había buscado otra cosa sino la voluntad y beneplácito de su Padre.⁴

Mas no es sólo el amor al Padre el que hace latir el corazón de Cristo; también a nosotros nos ama, y con amor infinito. Por nosotros realmente bajó de los cielos, para obrar nuestro rescate y salvarnos de la muerte⁵, pues no tenía Él necesidad de satisfacer ni de merecer, siendo como es Unigénito de Dios, igual al Padre, sentado a su diestra

1. JOAN., IV, 16.

2. *Ibid.*, XIV, 31.

3. *Ibid.*, XVII, 4.

4. *Ibid.*, VII, 29.

5. *Ibid.*, X, 10.

en lo más encumbrado de los cielos; y, no obstante, esto, todo lo ha padecido por nosotros.

Por nosotros únicamente y por nuestro amor se encarnó, nació en Belén, vivió en la obscuridad de una vida de trabajo, predicó e hizo milagros, murió y resucitó, subió a los cielos, nos envió al Espíritu Santo y mora en la Eucaristía. Cristo, dice san Pablo, amó a su Iglesia, esto es, el reino formado por los escogidos, y se ha sacrificado por ella, a fin de purificarla, santificarla y hacer de ella prenda inmaculada¹.

Así que vivió Jesús todos sus misterios en favor nuestro, para darnos más tarde un puesto junto a Sí en la gloria de su Padre. Cada uno, sí, puede decir con san Pablo²: «Jesús me amó y se entregó por mí». Y esa su inmolación no es más que el coronamiento de los misterios de su vida terrenal realizada para mí y por amor de mí.

¡Gracias os doy, Dios mío, por este incomparable don que me habéis hecho en la persona de vuestro Hijo, nuestra salvación y nuestra redención!³.

Otra razón de que nos pertenezcan los misterios de Jesús es porque *en todos ellos se muestra Cristo nuestro modelo*.

No vino tan sólo el Verbo encarnado para anunciar la salvación y redimirnos, sino para ser el ejemplo e ideal de nuestras almas. Jesucristo es Dios vivo en medio de nosotros; es Dios que se manifiesta, se hace visible, tangible, se pone a nuestro alcance, nos muestra tanto con su vida como con sus palabras el camino seguro de la santidad, sin que tengamos que buscar fuera de Él otro modelo de perfección. Cada uno de los misterios es una revelación de sus virtudes. La humildad del pesebre, el trabajo y obscuridad de su vida oculta, el celo de su vida pública, el anonadamiento de su inmolación, la gloria de su triunfo, son virtudes que debemos imitar, sentimientos que debemos procurar, estados que hemos de compartir.

En la última Cena, después de haber lavado Nuestro Señor los pies a sus Apóstoles, siendo Maestro y Señor, para darles ejemplo de humildad, les decía: «Os he dado ejemplo,

1. EPHES., V, 25.

2. GAL., II, 20.

3. II COR., IX, 15.

*para que vosotros hagáis lo que me habéis visto hacer*¹; y eso mismo pudo decir de todo cuanto hizo acá en este mundo. También dice en otro lugar: «Yo soy el camino², camino para ir delante de nosotros: El que sigue en pos de mí, no anda en tinieblas, sino que llega a la vida eterna³».

Jesús, en sus misterios, ha ido, por decirlo así, señalando las diversas etapas que tenemos que recorrer con Él y tras Él en nuestra vida sobrenatural, o mejor; Él mismo arrastra el alma fiel en su marcha de gigante⁴. Te he criado a mi imagen y semejanza, decía Nuestro Señor a santa Catalina de Sena; aún más, me he hecho semejante a ti, tomando tu naturaleza, y, por consiguiente, no ceso de trabajar para hacerte tan semejante a mí cuanto eres capaz de serlo, y procurar renovar en vuestras almas, cuando caminan al cielo, todo cuanto se realizó y tuvo lugar en mi cuerpo⁵. De ahí proviene que la contemplación de los misterios de Cristo sea tan fecunda para el alma, pues la vida, la muerte, la gloria de Jesús son el ejemplar de nuestra gloria. No olvidemos nunca la verdad de que no agradaremos al Padre Eterno sino en la medida en que imitemos y copiemos en nosotros la imagen de su Hijo. Y ¿por qué? Porque, desde la eternidad, nos tenía predestinados a esa misma semejanza.

No hay más forma de santidad que la que nos ha mostrado Jesucristo, ni otra medida de perfección que la fijada por Él mismo según el grado en que le imitemos.

Hay, por fin, otra razón más íntima y profunda de por qué son nuestros los misterios de Jesús: no sólo porque los ha vivido Jesús por nosotros, no sólo porque son modelos que imitar, sino porque Cristo, en sus misterios, se hace uno con nosotros. No hay verdad en que más haya insistido san

1. JOAN., XIII, 15.

2. *Ibid.*, XIV, 6.

3. *Ibid.*, VIII, 12.

4. *Salmo XVIII*, 6.

5. *Vida de la Santa*, por el R. Raimundo de Capua, p. I, c. II. A la misma santa se dignaba el Padre Eterno decirle: Hija de saber, hija mía, que todos los misterios, todas las acciones realizadas en este mundo por mi Verdad, con los discípulos o sin ellos, eran figurativos de todo cuanto pasa en el interior del alma de mis fieles servidores. De todos estos hechos, puedes sacar una enseñanza y norma de vida. Medítense a la luz de la razón, y tanto las inteligencias más vulgares como las más elevadas podrán sacar provecho espiritual. *Diálogo*. — Trad. P. Hurtaud, II, 213-214.

Pablo; por eso deseo vivamente que comprendáis todo su alcance.

En el pensamiento divino formamos una sola y misma cosa con Cristo. En Él nos eligió Dios Padre¹, no fuera de Él, pues Dios no nos separa de su Hijo Jesús; y si nos predestina a que nos conformemos con su Hijo, es para que su Hijo sea el primogénito entre sus numerosos hermanos². Es tan estrecha la unión que Dios quiere realizar entre su Hijo Jesús y los escogidos, que, en frase de san Pablo, se compara a la existente entre los miembros y la cabeza de un mismo cuerpo. La Iglesia, dice el gran Apóstol, es el cuerpo de Cristo, y Cristo es la cabeza³; unidos entrambos forman lo que san Agustín llama el *Cristo total*: «Cristo es todo, cabeza y cuerpo: el Unigénito de Dios es la cabeza, y la Iglesia su cuerpo»⁴. Tal es el plan Divino⁵. Cristo es la cabeza del cuerpo místico constituido por la Iglesia, porque es su jefe y soberano, y la fuente de vida para todos sus miembros. La Iglesia y Cristo son, por decirlo así, un solo y mismo ser: «Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos»⁶.

Es tal el modo con que Dios Padre realiza la unión de su divino Hijo con los escogidos que todos los misterios los vivió Cristo como *Cabeza de la Iglesia*. San Pablo es en esto muy explícito. Dios, dice, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó, aun cuando, por nuestras ofensas, estábamos muertos para la vida eterna, nos dio vida juntamente en Cristo, nos resucitó con Él, y con Él también nos hizo sentar en los cielos, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en vista de la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo⁷. Este pensamiento reaparece más de una vez en la pluma del Apóstol: «Dios nos ha sepultado con Cristo»⁸, quiere que seamos *uno* con Cristo en su Resurrección y en su Ascensión.

Nada hay tan seguro y diáfano en el pensamiento divino como la unión de Cristo con sus escogidos; los misterios de Jesús son nuestros también, porque el Padre Eterno nos vio con su Hijo en cada uno de los misterios por Jesús

1. EPHES., I, 4.

2. ROM., VII, 29.

3. I COR., XII, 12.

4. *De unitate Ecclesiae*, 4.

5. EPHES., I, 22.

6. *Ibid.*, V, 30.

7. *Ibid.*, II, 4-7.

8. ROM., VI, 4.

vivididos, y porque los realizó precisamente en cuanto era Cabeza de la Iglesia. Por eso mismo apuramos aún más la afirmación: los misterios de Jesús son más nuestros que suyos, pues Cristo, como Hijo de Dios, no habría padecido las humillaciones y abatimientos de la Encarnación, los trabajos y dolores de la Pasión; no hubiera necesitado del triunfo de la Resurrección que venía tras las ignominias del Calvario. Pasó por todos estos sufrimientos, tomó nuestras miserias y flaquezas en cuanto jefe de la Iglesia¹, quiso pasar por donde habíamos de pasar nosotros para merecernos la gracia de caminar en pos de Él en cada uno de sus misterios². Tampoco nos separa Jesús de todo cuanto obra. Él nos dice que es la viña, nosotros los sarmientos³.

¿Qué mayor unión puede darse que ésta, siendo así que circula la misma savia y la misma vida por la cepa y los sarmientos? Únenos de tal modo Cristo consigo, que todo cuanto hiciéremos a cualquier alma lo considera como hecho a sí mismo⁴. Quiere que la fusión con sus discípulos por medio de la gracia sea la misma que la que existe entre él y el Padre⁵. Tal es el fin sublime a que quiere conducirnos mediante sus misterios.

Por eso mismo, las gracias que nos mereció con cada misterio son destinadas al provecho de los fieles. Recibió del Padre la gracia en toda su plenitud; mas no para sí solo, puesto que añade san Juan inmediatamente, que todos participamos de su plenitud por ser Él nuestro Caudillo a quien el Padre tiene sometido todo cuanto existe.

De modo que su sabiduría, justicia, santidad y fortaleza se han convertido en nuestra sabiduría, en nuestra justicia y fortaleza⁶, todo cuanto tiene nos pertenece; somos ricos con sus riquezas, y santos con su santidad. Si deseas, dice el Venerable Luis Blossio, amar de veras a Dios, mira cuán rico eres en Cristo, por más pobre y necesitado que tú seas, pues humildemente puedes apropiarte cuanto Cristo ha hecho

1. ISA., LIII, 4.

2. Como desarrollo de estas ideas, remitimos al lector a nuestra obra *Jesucristo, vida del alma*, en la conferencia «La Iglesia, cuerpo místico de Cristo». Vienen aquí también de perlas aquellas palabras de San León Magno. (S. Leo, Sermo XXVI, in Nativitate Domini, VI, 21.)

3. JOAN., XV, 5.

4. MATH., XXV, 40.

5. JOAN., XVII, 21.

6. I COR., I, 30.

y padecido por ti¹. Cristo nos pertenece, puesto que somos su cuerpo místico; sus satisfacciones, méritos, goces y gloria son nuestros. ¡Oh condición inefable la del cristiano, tan íntimamente asociado a Jesús y a sus estados! ¡Oh excelsas grandezas las de un alma que no carece de ninguna de las gracias que Cristo en sus misterios nos mereciera!

V

Verdad es que si miramos la duración histórica y material de los misterios de la vida de Cristo, es una realidad que ya pasó, mas perdura su virtud y continúa siempre obrando la gracia, que nos hace participar de ellos.

Cristo, ya glorioso, no merece; sólo pudo merecer durante su vida mortal hasta la hora en que exhaló el último suspiro en la cruz; pero no cesa de procurar hagamos nuestros los méritos que nos tiene adquiridos. Lo que Cristo era ayer, lo es hoy, y lo será por los siglos de los siglos². No olvidemos que Cristo quiere sea santo su cuerpo místico, y a establecer la santidad propenden y se enderezan todos sus misterios³. Mas ¿qué Iglesia es ésta? ¿Será acaso la mínima porción de seres que tuvieron el privilegio de conocer al Hombre-Dios en la tierra? De ninguna manera. Nuestro Señor no vino al mundo por sólo los habitantes de Palestina contemporáneos suyos, sino por todos los hombres de todos los siglos⁴. La mirada de Jesús, que era divina, alcanzaba a todas las almas; extendíase su amor a cada una de ellas y su voluntad santificadora persiste todavía hoy tan soberana, tan eficaz, como el día en que derramaba su sangre por salvar el mundo. Aunque ya cesó para Él el tiempo de merecer, perdura siempre el de comunicar el fruto de sus méritos hasta el último de los escogidos, pues que Cristo continúa siempre vivo⁵. Elevemos nuestro pensamiento hasta el cielo, hasta el santuario adonde Cristo subió cuarenta días después de su resurrección, y allí veamos a Nuestro Señor colocado siempre ante la faz de su Pa-

1. *Canon ritae spiritualis*, c. 37.

2. HERR., XIII, 8.

3. EPIST., V, 25.

4. II COR., V, 15.

5. HERR., VII, 25.

dre¹. ¿Mas por qué está Cristo constantemente ante la faz de su Padre? Porque es su Hijo e Hijo único, sin que sea pretensión alguna el proclamarle igual a Dios², puesto que es verdadero Hijo de Dios, y mirándole el Padre Eterno, le dice: «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado»³. En este mismo instante en que os hablo, está Cristo ante su Padre diciéndole⁴: Tú eres mi Padre y yo tu verdadero Hijo. Y como Hijo de Dios, tiene derecho a mirar cara a cara a su Padre y tratar con Él como entre iguales, y reinar con Él por los siglos de los siglos.

Añade san Pablo que, si Cristo usa de ese derecho y está delante del Padre, es por nosotros. ¿Qué quiere decir todo esto sino que, a más de ser su Hijo, es nuestro Mediador? Se llama Jesús, es decir, Salvador, nombre divino que trae su origen de Dios, y que Él mismo le impusiera⁵. Jesús está en el cielo a la diestra del Padre como representante nuestro, como pontífice y mediador nuestro, y en virtud de este título, realizó en este mundo, hasta en los más mínimos detalles, la voluntad de su Padre; quiso vivir todos sus misterios, y vivir ahora a la diestra de Dios para presentarle sus méritos y comunicar por la santificación a nuestras almas el fruto de sus misterios.

Poderoso motivo de confianza es saber que Cristo, cuya vida leemos en el Evangelio y cuyos misterios celebramos, está siempre alerta y siempre pronto a interceder por nosotros; que la virtud de su divinidad es siempre activa, y que el poder que poseía su sacratísima humanidad, como instrumento unido al Verbo, de curar enfermos, consolar afligidos y vivificar las almas, prosigue siendo siempre el mismo. Cristo es todavía lo que fué entonces: el camino recto que lleva a Dios, la verdad que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, la vida que salva de la muerte.

Así lo creo, Señor y Jesús mío. ¡Acrecentad mi fe! Tengo entera confianza en la realidad y plenitud de vuestros méritos; pero todavía podéis afianzarla más. Os amo a Vos, pues que nos habéis manifestado tanto amor en todos vuestros misterios. ¡Encended aún más mi tibio amor!

1. HEBR., IX, 24.

2. PHIL., II, 6.

3. Salmo II, 7.

4. Ibid., XXXVIII, 27.

5. MATT., I, 21.

II. Cómo nos asimilamos el fruto de los misterios de Jesús

SUMARIO. — I. Asociémonos a los misterios de Cristo meditando el Evangelio, y sobre todo, uniéndonos por medio de la liturgia de la Iglesia, esposa de Jesús. — II. Variedad y fecundidad de la gracia de los misterios representados en la liturgia. — III. Disposiciones que debemos tener para beneficiarnos de todos los frutos: fe, adoración, amor.

- En los misterios que Jesucristo, Verbo encarnado, realizó en la tierra y vivió por nosotros, aparece nuestro modelo, y sobre todo procura hacerse uno con nuestras almas, constituyendo Él la cabeza y nosotros los miembros de su Cuerpo místico. Es tal la virtud de estos misterios y llega a tanto su actividad y eficacia, que Jesucristo desde el cielo, donde está sentado a la diestra de su Padre, continúa comunicando a las almas el fruto de sus actuaciones en la tierra para realizar en ellas una como copia de su divina fisonomía. Así, pues, la participación de los misterios de Jesús exige también un concurso por nuestra parte.

Nos revela Dios los secretos del amor que nos tiene para que los aceptemos y entremos en sus miras y pensamientos y nos adaptemos al plan eterno, fuera del cual no hay santidad ni salvación posibles. Si Cristo nos abre los tesoros incomparables de las acciones y misterios, quiere también que los hagamos fructificar, so pena de ser desechados en el último día como lo fué el siervo infiel del Evangelio arrojado del reino temporal a las tinieblas que no tienen fin.

Y como quiera que nadie busca una cosa que desconoce, ni la voluntad se va tras los bienes que no le hayan sido presentados antes por la inteligencia: *ignoti nulla cupido*, ahora que Cristo nos tiene privados de su presencia sen-

200 — *Ho. en sus misterios*

sible, ¿cómo llegaremos a conocer sus misterios, su belleza, su armonía, su virtud y su poder? ¿Cómo, sobre todo, nos pondremos en contacto vivificador con dichos misterios para sacar aquellos frutos que paulatinamente transformen nuestras almas y operen en ellas la unión con Cristo, condición que nos es indispensable para ser contados en el número de sus discípulos? Es lo que nos queda por ver para terminar la exposición de esta verdad tan fecunda: los misterios de Jesucristo son tanto nuestros como suyos.

I

El conocimiento de Jesús y de las diversas situaciones de su vida lo hallamos primero en el Evangelio. Sus páginas, sagradas e inspiradas por el Espíritu Santo, contienen la descripción y enseñanzas de la vida terrenal de Jesús. Bástanos leer esas páginas tan sencillas como sublimes, pero leerlas con la debida fe, para ver y oír a Cristo mismo. El alma piadosa que recorra con frecuencia en los ratos de oración este libro excepcional, llegará poco a poco a conocer a Jesús y sus misterios, a penetrar en los secretos de su sagrado corazón, a comprender aquella magnífica revelación de Dios al mundo, que es Jesús¹. Este libro inspirado es luz y fuerza que ilumina y fortalece los corazones rectos y sinceros. ¡Dichosa el alma que le hojea cada día y bebe en el manantial mismo de sus vivas aguas! Otro modo de conocer los misterios de Jesús es asociarse a la Iglesia en su liturgia. Ya antes de subir al cielo, dijo Jesucristo a los Apóstoles sobre quienes fundaba su Iglesia: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra...². Os envío como me envió mi Padre...³. El que a vosotros oye, a mí me oye»⁴. Por eso la Iglesia, que es como una prolongación de la Encarnación en el curso de los siglos, hace las veces de Jesús entre nosotros, pues ha heredado de su celestial Esposo divinal ternura; de Él ha recibido como dote,

1. JOAN., XIV, 9.

2. MAT., XXVIII, 18.

3. JOAN., XX, 21.

4. LUC., X, 16.

además del poder de santificar a las almas, las riquezas de gracia adquiridas por Jesús en la cruz el día de sus místicos desposorios.

Puede decirse, en cierto modo, de la Iglesia lo que su Esposo decía de Sí mismo: que es para nosotros el camino, la verdad y la vida. El camino, porque no podemos llegar a Dios sino por Jesucristo, ni podemos unirnos a Cristo sino incorporándonos de hecho o por deseo a la Iglesia por el bautismo. — La verdad, porque con toda la autoridad de su Fundador guarda el sagrado depósito y propone a nuestra creencia las verdades reveladas. — En fin, la vida, pues por el culto público, que a ella sola puede dispensar, distribuye entre las almas y mantiene en ellas la vida de la gracia.

Veis ya cómo nos vamos santificando a medida que nos dejamos guiar e instruir por la Iglesia, porque dice Jesús a su Esposa: «Quien os oye, a Mí me oye»; y oír a Jesús ¿no es lo mismo que oír al Padre?

La Liturgia es el gran medio educador de que dispone la Iglesia, mediante el cual va perfeccionando las almas de sus hijos hasta hacerlas semejantes a Jesús, hasta dar las últimas pinceladas en esa «Copia de Cristo, que es el deseado mismo de nuestra predestinación»¹.

Guiada por el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús, la Iglesia despliega ante los ojos de todos sus hijos, desde Navidad a la Ascensión, el ciclo completo de los misterios de Cristo, resumiéndolos unas veces y proponiéndolos otras en perfecto orden cronológico, cual sucede en Semana Santa y en Tiempo Pascual. Así es como hace revivir ante nosotros, por modo animado y dramático, todos y cada uno de los misterios de su divino Esposo y nos permite ir en su seguimiento por todas las etapas de su vida mortal y gloriosa. — Si sabemos ir en pos de la Iglesia, llegaremos seguramente a conocer los misterios de Jesús, y, lo que es más, a penetrar en los sentimientos de su divino corazón. Pero ¿cómo acaecerá esto?

La Iglesia, que conoce los secretos de su Esposo, saca del Evangelio las páginas donde más de relieve se ponen cada uno de esos misterios; luego, con arte exquisito, los ilustra con palabras de los Salmos, de los Profetas, de las

¹ ROM., VIII, 29.

Epístolas de san Pablo y demás Apóstoles, de citas con los Santos Padres, de modo que aparezcan más visibles y claras las doctrinas del divino Maestro, los por menores de su vida, la sustancia de sus misterios.

Además, con las citas elegidas de los Libros Santos y los autores sagrados, con las aspiraciones que nos sugiere, con su simbolismo y sus ritos, fuerza al alma a tomar la actitud que reclama el sentido de los misterios, y hace que nazcan en nuestros corazones las disposiciones precisas mediante las cuales vamos asimilándonos, en cuanto cabe, el fruto espiritual de todos ellos.

II

Y es de notar que, aun cuando no haya sino un solo Salvador, un solo Jesús que labora en la obra de nuestra santificación, pero con todo eso, cada misterio constituye, con relación a nuestras almas, como una nueva manifestación de Jesucristo; cada uno tiene su encanto especial y particular esplendor, así como su gracia propia. La gracia que dimana de la fiesta de Navidad, tiene otra modalidad, otro carácter que el que nos trae la celebración de la Pasión. Navidad es tiempo de alegría, y, en cambio, todo nos provoca a penitencia cuando contemplamos los acerbos dolores de Cristo paciente, que expía con ellos nuestras culpas y pecados. Llegada la santa Pascua, la alegría interior inunda nuestras almas, pero esa alegría fluye de otra fuente, tiene un brillo muy distinto y harto mayor que el de aquella otra alegría con que saludábamos al Salvador recién venido a la tierra.

Los Padres de la Iglesia hablan repetidas veces de la virtud, de la fuerza y significación propia del misterio, que ellos suelen llamar *vis mysterii*¹. En verdad que podemos aplicar a cada uno de los misterios de Cristo aquello que san Gregorio Nacianceno escribía de la solemnidad pascual: «¿Se puede tal vez ofrecer a Dios un don que le

¹ S. Greg. Nacianc. *Orat. I, In sanc. Pascha IV.*

sea tan agradable como el ofrecernos nosotros mismos a Él mediante la cabal inteligencia del misterio?»

Hay espíritus que no ven otra cosa en la celebración de los misterios de Cristo que la perfección de las ceremonias, la suave melodía, los ricos ornamentos, la armonía de los ritos.

Todo esto está bien y puede darse efectivamente, todo ello es excelente. En primer lugar, porque siendo la Iglesia Esposa de Cristo, y habiendo regulado por sí misma todos los detalles del culto de su Esposo, parece natural que su perfecta observancia haya de honrar a Dios y a su divino Hijo.

Además, es ley psicológica de nuestra naturaleza — mitad materia, mitad espíritu — que vayamos de lo visible a lo invisible. Los elementos exteriores de la celebración nos han de servir como de peldaños por los cuales se pueda remontar nuestra alma a las encumbradas cimas de la contemplación y al amor de las realidades celestiales y sobrenaturales; sin contar que ésta es también la economía de la Encarnación misma, conforme se canta en Navidad: «Para que conociendo visiblemente a Dios, seamos elevados por Él al amor de las cosas invisibles»¹.

Estos elementos externos tienen, pues, su utilidad; mas no nos detengamos en ellos, porque no son sino la orla del vestido de Jesús.

La gloria, el esplendor y la virtud de sus misterios son ante todas cosas interiores y espirituales, y tras ellos hemos de ir y poner nuestra principal mira. La santa Iglesia pide a las veces a Dios, como uno de los frutos de la comunión, nos dé a conocer la virtud propia y peculiar de cada misterio, para que así nos podamos compenetrar con él y vivir de él². Así se llega a conocer a Jesucristo como lo quería san Pablo «en toda sabiduría e inteligencia espiritual».

Porque los misterios de Cristo, al propio tiempo que modelos y temas de contemplación, son también inagotables veneros de gracia.

Dice de Jesús el Evangelio que cuando andaba por este suelo, «salía tal virtud de su divina Persona, que sanaba

1. Sess. XXII, c. 5.

2. Postcomunión de la Epifanía y de la Transfiguración.

a los enfermos»¹. Pues él continúa siendo siempre el mismo. Si contemplamos con fe sus misterios, ya en el Evangelio, ya en la Liturgia de la Iglesia, producirá en nosotros la gracia que nos mereció cuando los vivía.

Esta contemplación nos enseñará cómo Jesús, nuestro modelo, practicó las virtudes y cómo hemos de asimilarnos los sentimientos particulares que animaron a su Corazón sacratísimo en cada uno de aquellos estados, y, sobre todo, la manera de recoger las gracias especiales que entonces nos mereciera.

Los misterios de Jesús son otros tantos estados de su santa Humanidad. A ésta comunicó su divinidad cuantas gracias en sí tiene con el fin de hacer participar de ellas a cada uno de los miembros de su cuerpo místico². Al tomar de nuestra raza la naturaleza humana, el Verbo se desposó, por decirlo así, con la humanidad toda; y cada alma participa — en una medida de solo Dios conocida y proporcionada según el grado de nuestra fe — de la gracia que inunda el alma santa de Jesucristo.

Como quiera que todo misterio de Jesús representa un estado de la santa humanidad, nos ofrece también una especial participación de su divinidad. — En Navidad, por ejemplo, celebramos el nacimiento de Jesús en este mundo y cantamos aquel «admirable cambio» *admirabili commercium* que se verifica en Él entre la divinidad y la humanidad: Él toma nuestra carne para darnos su divinidad; y cada fiesta de Navidad santamente celebrada viene a ser para nuestra alma — por una comunicación más copiosa de su gracia — como un nuevo nacimiento a la vida divina. — En el Calvario morimos para el pecado con Cristo; Jesús nos da la gracia de detestar de todas veras todo aquello que le ofende. — Durante el Tiempo Pascual participamos de aquella libertad de espíritu, de aquella vida más intensa y endiosada de que es modelo en su Resurrección. — El día de la Ascensión nos remontamos con Él al cielo y con Él nos sentamos por la fe y los santos deseos cabe nuestro Padre celestial³, en la intimidad del santuario divino.

Siguiendo de este modo a Cristo en todos sus misterios,

1. LUC., VI, 19.

2. EPHES., IV, 7.

3. JOAN., I, 18.

y uniéndonos a Él, vamos poco a poco y a diario participando de su vida divina ¹. Lo que un día se realizó en Cristo, se va renovando espiritualmente en nuestras almas por la celebración reiterada de sus misterios, según aquella hermosa frase de san Agustín ².

Bien se puede decir que cuando contemplamos por su orden sucesivo los diversos misterios de Cristo, lo hacemos no sólo para evocar el recuerdo de aquellos augustos sucesos, que ya se cumplieron para salvación nuestra, y para glorificar a Dios con nuestras alabanzas y acciones de gracias, y saber cómo vivió Jesús y ver de imitarle, sino también para que nuestras almas participen, a su vez, de un estado especial de su santa Humanidad, y beban en cada uno de ellos aquella gracia propia que plugo al Señor vincular en ellos, y que mereció para su cuerpo místico, como cabeza que era de la Iglesia.

De ahí que el Santo Pontífice Pío X, de gloriosa memoria, pudiera escribir que «la participación activa de los fieles en los sacrosantos misterios y en la oración pública y solemne de la Iglesia es *la fuente primaria e indispensable del espíritu cristiano*» ³.

Hay aquí, en efecto, una verdad de importancia potísima y, por desgracia, hartó ignorada, o, cuando menos, muy olvidada de los cristianos. De dos modos puede el hombre imitar a este su divino ejemplo. Podrá esforzarse por ver de conseguirlo mediante un trabajo de orden meramente natural como aquel que se imagina que está reproduciendo un ideal humano ofrecido por un héroe, o un personaje que se admira. Hay quienes se figuran ser ésa la manera de imitar a Jesucristo y de reproducir en nosotros los rasgos de su adorable persona. Pero van muy errados. Por ese camino sólo se llega a la imitación de Jesús según las ruines

1. Estas ideas quedan expuestas, aunque más por extenso, en la conferencia *Vox sponsae* de nuestro volumen anterior, *Jesucristo, vida del alma*.

2. *Sermo CCXX, in vigilia Paschae, II.*

3. He aquí cómo se expresaba el Vicario de Cristo: «Deseando ardientemente que el verdadero espíritu cristiano florezca del todo y se mantenga en todos los fieles, es necesario mirar ante todo por la santidad y dignidad del templo en que los fieles se reúnen precisamente para encontrar allí ese mismo espíritu en su *fuente primaria e indispensable*, que es la participación activa en los misterios sacrosantos y en la oración pública y solemne de la Iglesia». Pío X, *Motu proprio* de 23 de noviembre de 1903.

ideas de los hombres. Porque entonces se pierde de vista que Cristo es un modelo *divino*. Su hermosura y sus virtudes humanas son como otros tantos destellos esplendorosos de su divinidad. Podemos ciertamente, y debemos también, ayudados de la gracia, hacer un esfuerzo grande por conocer a Jesús, e ir modelando nuestras virtudes y nuestros actos en los suyos; pero sólo el Espíritu Santo — «dado en la diestra del Padre» — será capaz de reproducir en nosotros la verdadera imagen del Hijo, pues nuestra imitación ha de ser de orden sobrenatural.

El divino Artista realiza este trabajo sobre todo en la oración fundada en la fe y encendida en amor. Al contemplar con la vista de la fe encendida en amor, que sólo trata de entregarse al amado, los misterios de Cristo, el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, obra en la intimidad de nuestra alma, y con sus toquecitos suaves, pero eficaces, va moldeando hasta llegar a reproducir en ella, como por virtud sacramental, los rasgos del divino modelo.

He ahí por qué la contemplación de los misterios de Jesús es en sí misma tan fecunda, y por qué el contacto esencialmente sobrenatural en que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, nos pone, por medio de la liturgia, con los estados de su Esposo, crea en nuestras almas una corriente de vida. No hay ciertamente camino más seguro ni medio tan infalible para irnos asemejando a Cristo.¹

III

Así y todo, esta contemplación de los misterios de Jesús no producirá en nosotros tan óptimos frutos como no aportemos ciertas *disposiciones*, que pueden reducirse a tres: *fe, reverencia y amor*.

La *fe* es disposición primordial, si nos hemos de poner en contacto con Cristo; porque no celebramos sino misterios, esto es, signos humanos y visibles de una realidad di-

1. Véase al fin de esta conferencia una nota de uno de los grandes maestros del espíritu, que no insertamos aquí por ser muy larga.

vina, poco visible; si hemos de comprender y palpar esa misma realidad, requiérese la fe; Cristo es Dios al par que hombre, y en Él lo humano anda íntimamente unido con lo divino.

He ahí por qué vemos aparecer en cada uno de los misterios al hombre y a Dios, y á Dios muy escondido a las veces, cual sucede en la Natividad y en la Pasión, en que la divinidad parece ocultarse más que en lo ordinario de su vida. Para sentirla, para rasgar el velo y llegar hasta ella, para ver a todo un Dios en aquel Niño reclinado en un pesebre y en el «maldito»¹, que cuelga de un leño en el Calvario, o bien bajo las Especies eucarísticas, preciso es tener mucha fe. «Supla la fe las deficiencias de los sentidos»².

Sin la fe no penetraremos jamás en lo íntimo de los misterios de Jesús; mas con ella, nada tenemos que envidiar a los contemporáneos del Salvador. No veremos ciertamente a Nuestro Señor como le veían los que con Él vivieron; pero la fe nos permite contemplarle y estar con Él, y unirnos a Él por modo no menos eficaz que aquéllos.

Decimos a veces: ¡Quién me diera haber vivido en su tiempo para poder seguirle con las turbas y con sus discípulos, para servirle como Marta y escucharle de rodillas como Magdalena! — Esto no obstante, Él nos dijo³: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron». ¿Pos qué «bienaventurados»? Porque el contacto con Jesucristo por la fe, no es ni menos fecundo para nuestras almas, ni, sobre todo, menos glorioso para Jesús, a quien honramos todavía más que aquéllos, al creer en Él sin haberle visto. Nada tenemos que envidiar a los discípulos que con Él vivieron. Si tenemos fe, estaremos tan unidos con Jesús como lo pudieron estar los que tenían la dicha de verle y tocarle. Y aún diré más; y es que la medida de nuestra fe prefiija y determina el grado de nuestra participación en la gracia de Jesús contenida en sus misterios.

Ved lo que pasó durante su vida mortal a los que con Él vivieron y gozaron de su compañía, como los pastores, los magos, los apóstoles, los judíos, san Juan y la Magdale-

1. GAL., III, 13.

2. Himno *Pange lingua*.

3. JOAN., XX, 29.

na al pie de la cruz, los discípulos que le vieron resucitado y subir al cielo, en una palabra, todas las almas que le buscaban, recibían la gracia en razón de su fe. A la fe concede Jesús cuantos milagros se le piden; y todas las páginas del Evangelio nos están pregonando que hizo de la fe condición indispensable para conceder la gracia.

Mas nosotros no podemos ya ver a Jesús una vez que se nos fué al cielo. Pues ahí está la fe que sustituye a esa vista corporal; el grado de esa misma fe, junto con el del amor, será para nosotros, como para los contemporáneos de Jesús, el grado de nuestra unión con Él. No olvidemos jamás esta importante verdad: Cristo Jesús, sin el cual nada podemos, y de cuya plenitud todo lo esperamos recibir, no nos dará participación en su gracia sino a medida de nuestra fe; y san Agustín nos dice que llegamos a nuestro Salvador no tanto caminando cuanto creyendo¹.

Cuanto más viva y profunda sea nuestra fe en Jesús, Verbo encarnado e Hijo de Dios, de modo más íntimo nos uniremos con Él. Por otra parte, a impulsos de la fe brotan en nuestra alma otros sentimientos que complementan su actitud en presencia de Jesucristo: el respeto y el amor. A Jesús hemos de acercarnos siempre con reverencia grande. Porque Cristo Jesús es Dios, y por lo mismo, todopoderoso; es el Ser Infinito que posee toda sabiduría, toda justicia, todas las perfecciones; es el Amo y Soberano de todas las cosas. El creador de todo cuanto existe, y el fin último de los seres creados, la fuente de toda dicha y bienandanza.

En cualquier parte donde esté Jesús, le veremos en su condición de Dios, y aun cuando Él se aviene con nosotros y se nos da con mayor liberalidad y bondad, aun entonces no deja de ser aquel ante quien los mismos ángeles cubren de confusión su rostro. De niño se deja coger en brazos; en su vida pública permite ser tocado, y aun, según el Evangelio, permite que las turbas le aprieten por doquier². En su pasión se deja azotar, abofetear e insultar; pero sigue siendo Dios. — Aun cuando le azotan y cubren su cara con inmundos esputos, y expira en la cruz, aun entonces es Dios, el que con sólo su poder creó, y con su sabiduría gobierna, cielos y tierra. Así que cualquiera que sea la página del

1. *Tract. in Joan.*, XXVI, 3.

2. *MARC.*, V, 31.

Evangelio que estemos leyendo, o el misterio de Jesús que celebremos, allí debe presentarse también nuestra rendida adoración.

Cuando la fe es viva, llega a ser tan honda esta reverencia, que nos fuerza a prosternarnos ante ese Hombre-Dios y a adorarle ¹: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo ².

La adoración es el primer movimiento del alma que por la fe se acerca a Cristo. El segundo es el amor. Ya os lo decía no ha mucho: el amor bulle en los misterios todos de Cristo. La humildad del pesebre, la obscuridad de su vida oculta y las fatigas de la pública, los tormentos de su Pasión y la gloria de su Resurrección, todo ello es debido al amor: «Como amase a los suyos los amó hasta lo sumo» ³. Lo que mejor aparece y brilla en los misterios de Jesús es el amor, y el amor será también el que nos los hará comprender.

Para contemplar con fruto los misterios de Cristo, es preciso hacerlo con fe, con reverencia, y más todavía, con amor, con aquel amor sincero que no busca sino darse al amado y entregarse al divino beneplácito, deseoso de cumplirle siempre con todas sus fuerzas. De esta suerte, la contemplación de los misterios de Jesús resulta verdaderamente fecunda ⁴. «Si alguien me ama, Yo mismo me mostraré a él». ¿Qué significan esas palabras? Si alguien me ama en fe, y me contempla en mi humanidad y en los estados de mi encarnación. Yo le descubriré también los secretos de mi divinidad.

¡Dichosa y mil veces dichosa el alma en que se realiza tan magnífica promesa! Cristo Jesús le revelará «el don divino» ⁵; por su Espíritu, que «sondea las profundidades de Dios» ⁶, le hará internarse en el *sacramentum absconditum* ⁷, que son los misterios; le abrirá «las bodegas del Rey» ⁸ de que habla el Cantar, donde el alma se embriaga de verdad y de alegría. Sin duda que esta manifestación íntima de Jesús al alma no llegará en este mundo a igualar a la visión beatífica, siendo ésta privilegio de los bienaventurados en el cielo; pero sí proyectará en ella claridades divinas que la esforzarán en su ascensión hacia Dios.

1. MATT., XVI, 16.
2. JOAN., IX, 38.
3. *Ibid.*, XIII, 1.
4. *Ibid.*, XIV, 21.

5. *Ibid.*, IV, 10.
6. I COR., II, 10.
7. EPIST., III, 9.
8. CANT., I, 3.

Ésa es verdaderamente la fuente de vida eterna que para nuestro provecho brota hasta la vida eterna; porque «la vida eterna, Dios mío, ¿en qué consiste sino en conocerte a Ti y conocer a tu divino Hijo Jesucristo», en proclamar alto con nuestros labios y nuestra vida que Jesús es tu Hijo muy amado, en quien tienes puestas todas tus complacencias, y en quien quieres que lo busquemos todo?

NOTAS

I

Sacada del Catecismo de la doctrina cristiana, publicado por mandato de S. S. Pío X.

«Las fiestas fueron instituidas para dar a Dios en común y en su santo templo el culto supremo de adoración, de alabanza, de acción de gracias y de reparación. Y está todo tan perfectamente dispuesto y adaptado a las circunstancias: las ceremonias, las palabras, el canto, el conjunto exterior con todos sus detalles, que tienen virtualidad para grabar hondamente en el espíritu los misterios, las verdades o los hechos que celebramos, y de producir en nosotros los sentimientos y actos correspondientes. Si los fieles estuvieran bien instruidos en esto y celebraran las fiestas como quiso la Iglesia fuesen celebradas al instituir las, se obtendría una renovación y notable acrecentamiento de fe, de piedad, de instrucción religiosa, y, por ende, la vida interior de los cristianos sería más intensa y robusta.»

«Que todo buen cristiano trate — mediante la predicación o algún libro apropiado al efecto — de comprender y de hacer suyo el espíritu de cada fiesta, atendiendo sobre todo a su objeto y fin especial, meditando la verdad, la virtud, el prodigio o el beneficio conmemorado, y buscando en ello todos los medios de santificarse y mejorar su alma. De este modo conocerá mejor y amará con más ardor a Dios, a Jesucristo Señor nuestro, a la Virgen Santísima y a los Santos; se aficionará a la santa liturgia, a la predicación, a la Iglesia, y hasta procurará arrastrar en pos de sí a los demás. Toda fiesta será desde luego para él un día de Dios, un fausto acontecimiento que regocijará su alma, restaurará sus quiebras, le devolverá el templo tal vez perdido, le infundirá de nuevo vigor para sobrellevar las penas y luchas diarias durante la semana.»

II

«...El gran secreto para llevar una vida cristiana libre, pura y ya casi sobrehumana (de que la vida de Jesús en la tierra al salir del sepulcro es el tipo, y a cuya imitación estamos obligados en virtud de nuestro bautismo) no consiste tanto en considerar la vanidad del mundo o lo frágil y mezquino de la presente vida, o bien ponderar su propia gracia, sus defectos y pecados, que, por lo demás, se han de odiar y deplorar siempre (todo eso es ciertamente muy útil y como indispensable; toda alma prudente piensa en ello de cuando en cuando, mas no es para que lo estemos revolviendo de continuo, o cuando menos, no es lo que más eficaz nos resulta); lo más eficaz aquí como en todo,

lo más determinante, lo que mejor triunfará, ha de ser el mirar muy arriba, y esto habitualmente, en cuanto ello es posible; es considerar a Dios y a Jesús, las divinas perfecciones de Dios, sus llamamientos, sus provocaciones, sus esperas, sus miras, sus promesas; los misterios de Jesús y las gracias enteramente divinas que fluyen de cuanto El dice, o hace, o manda, o sufre; el acordarse siempre de que El es el punto de partida y la meta de la vida cristiana; que la gran virtud del bautismo consiste en incorporarnos a El, nos dé su vida, nos haga de su linaje, y derrame en nosotros su Espíritu, esto es, fuerza y luz, que no sólo nos inmunizarán contra el pecado, sino que, como lo dice expresamente San Juan¹, nos permitirán juzgarlo todo², distinguir cuál es nuestro camino y seguirlo; y, sabiendo de claridad en claridad, de libertad en libertad, llegar algún día al estado interior de aquel que decía: «Para mí, el vivir es Jesucristo»³. — Mgr. Gay, *Elevations sur la vie et la doctrine de Notre Seigneur Jesus-Christi*, Elevación 91.

1. *Qui natus est ex Deo non peccat*, I JOAN., III, 9.

2. *Spiritualis judicat omnia*. I COR., II, 15.

3. PHILIPP., II, 21.

I

La persona de Jesucristo

III. *In sinu Patris*

SUMARIO. — Jesucristo es ante todas las cosas el Hijo de Dios. — I. Dogma de la fecundidad divina: Dios es Padre. — II. «Funciones» del Verbo en la Trinidad: reconoce que todo le viene del Padre; es su imagen; se comunica a él por amor. — III. Debemos imitar al Verbo Divino en sus «estados». — IV. Como Jesucristo es el medio establecido por Dios para realizar en nosotros la participación en la filiación del Verbo. — V. Consecuencia práctica: permanecer unido con el Verbo Encarnado por la fe, las buenas obras, el Sacramento de la Eucaristía. — VI. Estas verdades, aunque sublimes, constituyen el fondo del Cristianismo y la substancia de su santidad.

Los misterios de Jesucristo son también nuestros. Jesucristo quiere trabar tan estrecha unión con nuestras almas, y en tal grado, que todas las cosas nos sean comunes con Él; es tan liberal, que quiere participemos de las gracias inagotables que nos mereció en cada uno de sus misterios, a fin de comunicarnos el espíritu de sus «estados», y realizar así en cada uno de nosotros esa semejanza con Él, lo cual es señal infalible de predestinación eterna.

Jesucristo pasó por muy diversos estados, porque fué niño, adolescente, doctor de la verdad, víctima del pecado, humillado en su Pasión y glorioso en su Resurrección y Ascensión. Al recorrer así, una tras otra, todas las etapas de su existencia terrenal dejó santificada toda la vida humana.

Pero existe un estado que no puede jamás abandonar, conviene a saber: ser «siempre el Hijo único de Dios, que vive en el seno del Padre»¹.

1. JOAN., I, 18.

3. — *Jto. en sus misterios*

Jesucristo es el Hijo de Dios, el Verbo hecho carne. Antes de hacerse hombre, Jesucristo era Dios sin dejar de serlo al hacerse hombre¹. Ya se le considere niño en el pesebre, ya trabajando en el taller de Nazaret, ya predicando en Judea, o muriendo en la Cruz, ya manifestando su gloria a los Apóstoles en su Resurrección, y elevándose sobre los cielos. Jesucristo es siempre y ante todo el Hijo del Padre.

Hemos, pues, de considerarle como Dios antes de hablar de los misterios que derivan del hecho de la Encarnación; todos los misterios de Jesucristo se fundan en su divinidad y de ahí les viene toda su grandeza, toda su fecundidad.

Nota san Agustín² que existe una gran diferencia en el modo de comenzar el Evangelio de san Juan y el de los otros Evangelistas. Éstos empiezan describiendo la genealogía humana de Jesús, a fin de demostrar cómo desciende de la estirpe real de David. Pero san Juan, desdeñando posar sus pies en la tierra, se cierne cual águila caudal por las alturas para describirnos lo que pasa en el santuario de la Divinidad.

Antes de relatarnos este evangelio la vida de Jesús, nos dice lo que Jesucristo era antes de su encarnación. ¿En qué términos se expresa? — «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios». Para garantizar su testimonio, añade inmediatamente que nadie ve a Dios, pero el Hijo único que está en el seno del Padre, Él mismo nos ha revelado los secretos del cielo.

En efecto, durante tres años, Jesús explicó a sus discípulos los secretos divinos; y en vísperas de su muerte, se los volvió a recordar, diciéndoles cómo con ello les daba una prueba de amistad, reservada a los que le oían y a cuantos después creyeran en su palabra³.

Para conocer, pues, lo que es Jesús y lo que era, bástanos oír al discípulo que nos refiere sus palabras, o mejor dicho, a Él mismo. Pero oigámosle con fe, con amor, con adoración; porque el que se nos descubre es el mismo Hijo de Dios.

1. Ant. del Oficio de la Circuncisión.

2. *Tract. in Joan.*, XXXVI, 1.

3. *JOAN XV*, 15.

Las palabras que nos dirige no son palabras que podamos comprender con sólo las luces de la razón natural; son palabras enteramente celestiales y de vida eterna¹. Sólo el alma humilde y fiel es capaz de comprenderlas.

No nos extrañemos tampoco de que esas palabras nos revelen profundos misterios: Jesús mismo lo ha querido así. Él es quien, para unirnos consigo, nos las ha dado a conocer, disponiendo que fuesen recogidas por los autores sagrados; Él es quien ahora sigue enviándonos su Espíritu, que «escudriña las profundidades de Dios»² para «recordárnoslas»³, a fin de que gustemos «con sabiduría e inteligencia espiritual»⁴ los misterios de su vida íntima y divina. La participación de esa vida ¿no constituye acaso el fondo del cristianismo y la substancia de toda santidad?

I

La fe nos revela el misterio verdaderamente estupendo de ser la fecundidad una perfección divina.

Dios es la plenitud del ser, el océano sin riberas de la perfección y de la vida. No podremos nunca figurarnos cómo es Dios, pues tan pronto como intentamos hacerlo, le atribuimos una forma concreta, y, por consiguiente, con límites. Por mucho que queramos ensanchar esos límites, no alcanzaremos jamás la infinitud de Dios: Dios es el Ser mismo, el Ser necesario, el Ser subsistente por sí mismo, que posee en su plenitud todas las perfecciones.

Pues bien; he aquí una maravilla que nos descubre la Revelación: En Dios hay fecundidad, posee una paternidad espiritual e inefable. Es Padre, y como tal, principio de toda la vida divina en la Santísima Trinidad. Dios, Inteligencia infinita, se comprende perfectamente; en un solo acto ve todo lo que es y cuanto hay en Él; de una sola mirada abarca, por decirlo así, la plenitud de sus perfecciones, y en una sola idea, en una palabra, que agota todo su cono-

1. JOAN., VI, 64.

2. I COR., II, 10.

3. JOAN., XIV, 26.

4. COL., I, 9.

cimiento, expresa ese mismo conocimiento infinito. Esa idea concebida por la inteligencia eterna, esa palabra, por la cual Dios se expresa a Sí mismo, es el Verbo. La te nos dice también que ese Verbo es Dios, porque posee, o mejor dicho, es con el Padre una misma naturaleza divina.

Y porque el Padre comunica a ese Verbo una naturaleza no sólo semejante, sino idéntica a la suya, la Sagrada Escritura nos dice que le engendra, y por eso llama al Verbo el *Hijo*. Los libros inspirados nos presentan la voz inefable de Dios que contempla a su Hijo y proclama la bienaventuranza de su eterna fecundidad: «Del seno de la divinidad, antes de crear la luz, te engendré»¹; «Tú eres mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias»².

Ese Hijo es perfecto, posee con el Padre todas las perfecciones divinas, salvo la propiedad del «ser Padre»; en su perfección iguala al Padre por la unidad de naturaleza; las criaturas no pueden comunicar sino una naturaleza *semejante* a la suya: *simili sibi*. Dios engendra a Dios y le da su propia naturaleza y por lo mismo engendra lo infinito y se contempla en otra persona que es su igual, y tan igual, que entrambos son una misma cosa, pues poseen una sola naturaleza divina y el Hijo agota la fecundidad eterna, por lo cual es una misma cosa con el Padre: *Unigenitus Dei Filius... Ego et Pater unum sumus*³.

Finalmente, ese Hijo muy amado, igual al Padre y, con todo, distinto de Él y persona divina como Él, no se separa del Padre. El Verbo vive siempre en la inteligencia infinita que le concibe; el Hijo mora siempre en el seno del Padre que le engendra.

Mora por unidad de naturaleza y mora también por el amor que Padre e Hijo se tienen. De ese amor como de principio único, procede el Espíritu Santo, amor sustancial del Padre y del Hijo. Veis ahora cuál es el orden misterioso de las comunicaciones inefables de la vida íntima de Dios en la Santísima Trinidad. — El Padre, plenitud de la vida, engendra un Hijo; y del Padre y del Hijo, como de un solo principio, procede el Espíritu de Amor. Los tres poseen la misma eternidad, la misma infinitud de perfec-

1. Salmo CIX, 3.

2. MARC., I, 11; LUC., III, 22.

3. JOH., X, 30.

ción, la misma sabiduría, el mismo poder, la misma santidad, porque la naturaleza divina es idéntica en las tres Personas.

Pero cada Persona posee propiedades exclusivas. — «Ser Padre, ser Hijo, proceder del Padre y del Hijo». — Propiedades que establecen entre las Personas relaciones inefables, y distinguen unas de otras. Existe un orden de origen, sin que haya ni prioridad de tiempo, ni superioridad jerárquica, ni relación de dependencia.

Así nos habla la Revelación; no hubiéramos podido llegar a conocer tales verdades si no nos hubieran sido reveladas; pero Jesucristo nos las quiso dar a conocer para ejercicio de nuestra fe y mayor alegría de nuestras almas¹. Cuando contemplemos a Dios en la eternidad, veremos que es esencial a la vida infinita, y natural al Ser divino, ser uno en tres Personas.

«El verdadero Dios que necesitamos conocer para conocer la vida eterna², es trino en personas y uno en naturaleza».

Venid, adoremos esta maravillosa sociedad dentro de la unidad, esa admirable igualdad de perfección dentro de la distinción de personas. — Os adoro ¡oh Dios, Padre de inmensa majestad! Adoro a vuestro Hijo por ser, como Vos, digno de toda reverencia, vuestro verdadero Hijo y Dios también como Vos; ¡oh Padre, oh Hijo, adoro a vuestro común Espíritu Santo, vuestro eterno lazo de amor! ¡Os adoro, Trinidad Beatísima!

1. «Mas ¿para qué engolfarnos en estos abismos? ¿Por qué nos los ha revelado Jesucristo? ¿Por qué vuelve tan a menudo sobre ellos? ¿Podríamos por ventura dar de mano a tales verdades sin olvidar la sublimidad de la doctrina cristiana? Debemos, sin embargo de ello, detenernos con temor, y por motivos de fe, para que, al oír a Jesucristo y oír sus divinas palabras, creamos que salen de la boca de un Dios, y creamos también que ese Dios de donde proceden procede también de Dios, y que es Hijo; y que a cada palabra que le oigamos, nos remontemos a la fuente y contemplemos al Padre en el Hijo y al Hijo en el Padre». — BOSSUET, *Méditations sur l'Evangile*, la Cène, fre. part. 86e. jour.

2. JOAN., XVII, 3.

II

Fijemos ahora los ojos espirituales de nuestra fe sobre el Verbo, el Hijo, para conocer y admirar algunas de sus propiedades. Ese mismo Hijo que, nacido de la eternidad del Padre, deberá nacer en el tiempo de una Virgen, para ser el Dios-Hombre y realizar los misterios de nuestra salvación. ¿Cómo imitarle y permanecer unidos a Él sin antes conocerle?

En la Santísima Trinidad, el Hijo se distingue del Padre por su propiedad de «ser Hijo».

Cuando decimos de un hombre que es tal hijo determinado, establecemos dos cosas o extremos distintos: su naturaleza humana individual y su cualidad de hijo. No sucede así en la Santísima Trinidad. El Hijo es realmente idéntico con la naturaleza divina, la cual posee de un modo indivisible, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo. Lo que le distingue de la persona del Padre y lo que constituye propiamente su personalidad no es el ser Dios, sino el ser Hijo. Y como persona divina no es más que Hijo, Hijo enteramente y únicamente Hijo; es una filiación viva, por decirlo así, «orientada enteramente hacia el Padre».

De igual manera que el Padre, proclama su inefable fecundidad¹, el Hijo reconoce que es Hijo, que el Padre es su principio, su fuente, y que todo viene de Él; en esto consiste la primera «función», si así puede decirse, del Verbo.

Abrid los Evangelios, sobre todo el de san Juan, y veréis que el Verbo encarnado insiste incesantemente en esa propiedad para ponerla de relieve a nuestros ojos. Jesucristo se complace en proclamar que en calidad de Hijo único todo le viene del Padre. «Vivo por el Padre», dice a sus Apóstoles. mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió: el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, y todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo; el Hijo no hace nada por sí mismo, y conforme a lo que oye juzga, y su juicio es justo, porque no busca hacer su voluntad, sino la voluntad de

¹ Hymno: *Te Deum laudamus.*

Aquel que le envió... Yo no hago nada por Mí mismo, pero digo lo que mi Padre me ha enseñado»¹.

¿Qué otra cosa quiere significar nuestro Señor con esas palabras misteriosas sino que en calidad de Hijo ha recibido todas las cosas del Padre, no obstante ser igual a Él? Por doquier, y en todas las circunstancias más salientes de su vida, como por ejemplo, en la resurrección de Lázaro, Jesucristo predica las relaciones inefables que hacen de El Único del Padre Eterno.

Léase sobre todo el discurso y la oración de Jesús en la última cena, en el cual, momentos antes de consumir por medio del sacrificio de la Cruz la serie de sus misterios, descubre un poquito el velo que oculta a nuestros ojos la vida divina; y entonces se verá con qué insistencia vuelve sobre su filiación eterna y las propiedades que de ella dimanar: «Llegó, Padre, la hora; glorifica a tu Hijo, a fin de que tu Hijo te glorifique también... Glorifícame con la gloria que tuve cuando estuve en Ti, antes que el mundo existiese; los hombres que Tú me confiaste saben que todo lo que me has dado viene de Ti... Han reconocido que salí de Ti... Todo lo que tengo es tuyo, y todo lo que Tú tienes es mío... Sean una misma cosa como Tú, Padre mío, estás en Mí y Yo en Ti. Padre, quiero que los que me has dado, estén conmigo allí donde Yo estoy, a fin de que vean la gloria que me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo»².

¡Qué admirable revelación del Padre y del Hijo, y de sus relaciones incomprensibles, contienen estas palabras! Verdaderamente, según dice san Juan al principio de su Evangelio, no hemos visto a Dios, pero el Hijo único, que está en el seno del Padre, nos ha revelado algo de los secretos de su vida. —Creo, amabilísimo Redentor, que sois el Hijo único del Padre, Dios como Él; lo creo, pero aumentad mi fe.

La segunda «función» del Verbo es ser, como lo dice san Pablo, «la imagen del Padre»³; no una imagen cualquiera, sino una imagen perfecta y viva, el resplandor de la glo-

1. JOAN., VI, 38; VII, 16; V, 19, 30; VIII, 28.

2. *Ibid.*, XVII.

3. COL., I, 15.

ria del Padre, la figura de su substancia, el esplendor de su luz eterna ¹.

Es, como lo indica la palabra griega, el «carácter», la impresión completa de Dios, como la imagen que el sello imprime en la cera. Si la gloria de un hijo está en ser imagen viva del padre, lo mismo le sucederá al Verbo. El Padre Eterno, considerando a su Hijo, ve en Él la reproducción exacta de sus divinos atributos; el Hijo refleja perfectamente, cual espejo sin mancha ², todo cuanto recibe del Padre. De ahí es que el Padre, al contemplar a su Hijo, ve en Él todas sus perfecciones, y prendado de su hermosura, declara al mundo que ese Hijo es el objeto de todos sus amores ³.

Por eso, siempre que el Verbo encarnado nos revela al Padre, nos manifiesta, por lo mismo, a Dios. Cuando en la última Cena Nuestro Señor hubo hablado de su Padre en términos tan conmovedores, el Apóstol Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta». ¿Qué le responde Jesús? «¿Cómo? ¿Hace ya tanto tiempo que estoy con vosotros y todavía no me conocéis? Felipe, quien me ve a Mí, ve a mi Padre» ⁴.

¡Qué revelación tan profunda se encierra en estas palabras! Bástanos ver a Jesús, el Verbo Encarnado, para conocer al Padre, de quien es imagen. Todas las perfecciones del Padre son manifestadas por Jesús en forma humana, usando de un lenguaje accesible a nuestro flaco entendimiento. Acordémonos siempre de estas palabras: «Quien a Mí ve, ve a mi Padre».

Pronto empezaremos a recorrer los principales misterios de Jesús. El objeto de nuestras consideraciones será Dios, el Ser infinito, omnipotente y supremo. Ese Niño reclinado en un pesebre, a quien adoran los pastores y los magos, es Dios; ese joven que trabaja como oscuro obrero en un pobre taller, es Dios; ese hombre que cura a los enfermos, que multiplica los panes, que perdona a los pecadores y salva a las almas, es Dios; Dios es también ese Profeta perseguido por sus enemigos, ese agonizante que lucha con

1. HEBR., I, 3.

2. SAP., VII, 26.

3. MATH., XVII, 5.

4. JOAN., XIV., 8-9.

los temores del tedio y la tristeza, ese sentenciado que muere en una cruz; la Hostia que encierra el sagrario y que recibimos al acercarnos a la sagrada Mesa contiene también un Dios: «Quien a Mí ve, ve a mi Padre».

Otro tanto sucede con las perfecciones que manifiestan «los estados» o los misterios de Jesús; la sabiduría que nadie puede sorprender en falta, el poder que entusiasma y arrebató a las turbas, la misericordia inaudita para con los pecadores, la bondad incansable que tolera todas las injurias, el celo ardiente por la justicia, la paciencia inalterable ante cualesquiera afrentas, el amor que se da sin reservas son otras tantas perfecciones de un Dios, que es Dios nuestro; porque aquel que ve a Jesús, ve al Padre, ve a Dios.

Al fin de su oración sacerdotal decía Jesucristo al Padre: «Te he dado a conocer a mis discípulos y Te daré a conocer aún, a fin de que el amor con que me has amado se halle en ellos»¹. ¡Oh Jesús! por medio de tus misterios, muéstranos al Padre; muéstranos sus perfecciones, sus grandezas, sus derechos, sus deseos; revélanos lo que es para Ti y para nosotros a fin de que le amemos y Él nos ame, y con esto nos contentaremos.

La tercera «función» es la de referirse por amor a su Padre. En la Santísima Trinidad, el amor del Hijo al Padre es infinito. Si el Verbo proclama que lo ha recibido todo de su Padre, se lo devuelve igualmente todo con amor, y de ese movimiento de amor que se encuentra con el del Padre, procede esta tercera Persona que la Revelación denomina con el término misterioso de Espíritu Santo, y que es el Amor substancial del Padre y del Hijo.

Acá en la tierra el amor de Jesús a su Padre brilla de una manera inefable. Toda la vida de Jesucristo, todos sus misterios se cifran en esa sola palabra que nos refiere san Juan², «Amo al Padre». Nuestro Señor dejó indicado a sus apóstoles el criterio infalible del amor: «Si observáis, dice, mis preceptos, permaneceréis en mi amor». Y Él mismo se pone por modelo: «Como Yo he observado los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor»³.

Jesús ha permanecido siempre en el amor del Padre por-

1. JOAN., XVII, 26.

2. *Ibid.*, XIV, 31.

3. *Ibid.*, XV, 10.

el orden natural que manifestemos nuestra condición de criaturas con acción de gracias a Aquel que nos dió el ser y la vida.

¡Dios mío! vos me habéis creado¹; todo cuanto tengo: cuerpo, alma, inteligencia, voluntad, salud, todo me viene de vos; Vos sois mi principio; os adoro, os doy gracias y me entrego enteramente a Vos para cumplir vuestra voluntad. Pero sobre todo como hijos de Dios, debemos abrigar en nosotros esos sentimientos; pues a la filiación divina, necesaria y eterna, de su único Hijo, quiso el Padre añadir, por un acto de amor infinitamente libre, otra filiación, y ésta gratuita, pues nos adopta por hijos suyos, hasta el punto de que un día disfrutemos de la felicidad de su vida íntima. Misterio incomprensible; pero la fe nos enseña que cuando un alma recibe en el bautismo la gracia santificante, participa de la naturaleza divina², y llegamos a ser verdaderamente hijos de Dios³. Habla san Juan de un nacimiento divino⁴, no ya en el sentido propio de la palabra, por naturaleza, como el Verbo que es engendrado en el seno del Padre, sino mediante algo que es análogo⁵.

La gracia nos engendra divinamente en un sentido muy real y verdadero, y aun podemos decir con el Verbo: «Padre, yo soy vuestro hijo; he salido de vos». El Verbo lo dice necesariamente, por derecho, siendo esencialmente el propio Hijo de Dios; mas nosotros no lo decimos sino por gracia, como hijos adoptivos; el Verbo lo dice desde toda eternidad, nosotros lo decimos en el tiempo, aunque el decreto de esta predestinación sea eterno; de parte del Verbo esas palabras sólo indican una relación de origen con el Padre; de parte nuestra añaden una relación de dependencia de nosotros a Él. Pero en ambos casos se trata de una verdadera filiación: nosotros somos por gracia hijos de Dios. No hay palabras que puedan explicar cumplidamente tan admirable economía: «Ved, decía san Juan, qué pruebas de amor nos dió el Padre, permitiendo que nos llamemos y seamos hijos de Dios»⁶.

Y para asegurar este decreto de adopción, para realizar

1. JOB., X, 8.

2. II PÉT., I, 4.

3. Salmo LXXXI, 6. JOAN., X, 34.

4. JOAN., I, 13.

5. JAC., I, 13.

6. I JOAN., III, 1.

esta filiación de amor, Dios multiplica a cada paso, con admirable profusión, los favores celestiales: la Encarnación, la Iglesia, los Sacramentos y especialmente la Eucaristía, las inspiraciones de su Espíritu; de modo que todo don que nos eleva hasta Él, todas las gracias que nos perfeccionan, descienden de lo alto, del Padre de las luces ¹.

Este pensamiento llena el alma de gran confianza al par que de profunda humildad. Obremos de modo que toda nuestra actividad empiece en Dios, depositando a sus pies todos nuestros pensamientos, y nuestros propios juicios, todos nuestros propios querer, para no pensar ya, ni juzgar ni querer, ni obrar sino conforme a la divina voluntad. ¿Acaso no obraba así Jesús? Siendo el Verbo encarnado, no hacía sino lo que veía hacer al Padre. Lo mismo en cierto modo debe ocurrir con nosotros: hemos de sacrificar a Dios todo cuanto hay de desordenado en ese prurito innato de ser algo y de fiarlo todo a nuestras propias fuerzas; por esto debemos, ante todas cosas, a ejemplo de Jesús, implorar el auxilio de nuestro Padre celestial.

Tal es el homenaje con que reconocemos nuestra dependencia para con nuestro Padre y nuestro Dios; por medio de él manifestamos, como lo hace el mismo Jesús, que todo cuanto tenemos nos viene del Padre ².

Debemos igualmente imitar al Verbo en cuanto es imagen del Padre: pues, como nos dice la Sagrada Escritura, Dios nos creó a su imagen y semejanza, y llevamos en nosotros impresas las señales de la omnipotencia, sabiduría y bondad divinas.

Pero nos semejamos a Dios sobre todo por la gracia santificante; la cual, como dice santo Tomás, es una semejanza participada de la naturaleza divina ³; y para emplear un término teológico, la gracia es *deiforme*, porque nos vuelve semejantes a Dios. Al contemplar el Padre a su Verbo y al mirar la perfección de ese Hijo que nace de Él, y tan adecuadamente refleja sus infinitas perfecciones, exclama diciendo: «Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias». Lo mismo ocurre con un alma revestida y adornada de la gracia: el Padre encuentra en ella

1. JAC., I, 17.

2. JOAN., XVII, 7.

3. III, q. I.XII, a. 1.

sus complacencias. «Si alguien me ama, decía Jesús, mi Padre le amará también, y vendremos a Él, y haremos mansión dentro de Él» ¹.

La gracia santificante es el elemento primero y fundamental de la semejanza divina; pero requiérese además que seamos imagen de nuestro Padre por nuestras virtudes, como nos lo dice el mismo Jesucristo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» ². Imitad su bondad, su mansedumbre, su misericordia, y de ese modo reproduciréis en vosotros esos rasgos divinales. «Sed imitadores de Dios, repetía el Apóstol san Pablo, cual conviene a hijos muy amados» ³.

Esta semejanza no es percibida por los ojos corporales, aunque se traduce al exterior con obras de santidad; pues se forma y perfecciona en el alma, aun cuando en esta vida queden ocultos y velados su brillo y esplendor. Día vendrá en que se haga patente y manifiesta a la vista de todos. «Cuando veamos a Dios tal cual es, nos asemejaremos a Él», porque en dicho día seremos puros espejos donde se retrate la divinidad ⁴.

Finalmente, a imitación del Verbo, debemos consagrarnos y ofrecernos enteramente por amor a nuestro Padre celestial. — Todo en nosotros debe venir de Dios por medio de la gracia, y todo debe volver a nuestro Padre por un movimiento como espontáneo de amor. Preciso es que Dios sea el principio y el fin de todas nuestras obras.

Y para que éstas resulten gratas a nuestro Padre celestial requiérese vayan animadas por el amor. En todo cuanto hiciéremos, sea grande o pequeño, sea o no de lucimiento, nunca busquemos sino la gloria de nuestro Padre, ni intentemos sino glorificar su nombre y que se dilate su reino y cumpla su voluntad: ahí está todo el secreto de la santidad.

IV

Son tan grandes las maravillas de la adopción divina, que el lenguaje humano, aun a vueltas de mucho discurso, nun-

1. JOAN., XIV, 23.

2. MATTH., V, 48.

3. EPHES., V, 1.

4. I JOAN., III, 2.

ca llega a apurarlas del todo. Pasma, en efecto, que Dios nos adopte por hijos suyos, pero todavía parece más increíble el medio que eligió para realizar y establecer en nosotros esta adopción. Mas ¿qué medio es ese? Su propio Hijo¹. Ya expuse en otro lugar este misterio, pero es tan vital a nuestro asunto que me fuerza volver a él.

Dios nos crea por medio del Verbo. — Después de decir san Juan que «en el principio el Verbo era Dios», añade: «Y todas las cosas fueron hechas por Él y nada de cuanto hay, fué hecho sin Él». ¿Qué significan estas palabras? En la Santísima Trinidad, el Verbo, no sólo es la expresión de todas las perfecciones del Padre, sino que refleja y condensa las de todas las criaturas posibles, pues éstas tienen en la esencia divina su causa ejemplar y prototipo. Cuando Dios crea, produce fuera de sí seres que realizan alguna de sus ideas, crea las cosas por el poder de su palabra: «Habló, y todas las cosas fueron hechas»². Por eso dice la Sagrada Escritura que el Padre crea todas las cosas por medio del Verbo, y por ahí podéis ver también la íntima relación que la Creación entabla entre el Verbo y nosotros. Por el solo hecho de haber sido creados, respondemos a una idea divina, somos fruto de un pensamiento eterno, contenido en el Verbo. Dios conoce perfectísimamente su esencia, y al expresar este conocimiento, engendra su Verbo, ve en su Verbo el ejemplo de toda criatura, de modo que nuestra santidad individual consiste en realizar el plan que Dios concibiera de nosotros antes de crearnos.

Por eso mismo, en cierto sentido, procedemos de Dios por medio del Verbo, y, como Él, debemos ser expresión pura y adecuada del pensamiento que Dios tiene de nosotros. Lo que suele impedir la realización de este pensamiento, es lo aportado de nuestra propia cosecha, que está en desacuerdo con la voluntad de Dios, esto es, el pecado, las infidelidades, las resistencias a las inspiraciones de lo alto, esas miras puramente humanas y naturales, que son otros tantos resquicios y borrones por donde desbaratamos el plan que Dios de nosotros se formara.

Mas esta relación con el Verbo, con el Hijo, es todavía mucho más honda en la obra de nuestra adopción. Ya lo

1. *Épíst.*, I, 6.

2. *Salmo* CXLVIII, 5.

dice el Apóstol Santiago: «Toda dádiva y toda gracia desciende de lo alto, de nuestro Padre celestial»; y añade a continuación: «Porque por un puro querer de su voluntad nos ha engendrado por la palabra de la verdad para ser hijos suyos».

La adopción divina por la gracia, que nos hace hijos de Dios, se realiza por medio del Hijo, por medio del Verbo. Esta es una de las verdades en que más insiste san Pablo; y, como Santiago, declara abiertamente que todas las bendiciones dimanen del Padre y se cifran en el decreto de nuestra adopción en Jesucristo, su Hijo muy amado; pues conforme al plan eterno, sólo por medio de Jesucristo, llegamos a ser hijos de Dios ¹.

El Padre no nos reconocerá por hijos suyos, si no ve en nosotros el parecido de su Hijo Jesús ². De modo que únicamente como coherederos de Cristo estaremos un día *in sinu Patris*.

Tal es el decreto divino. — Miremos ahora cómo se realizan en el tiempo esos eternos designios, o, en otros términos, la restauración del plan de Dios, desbaratado un día por el pecado de Adán.

El Verbo eterno se hace carne, y según el Salmista, «se ha lanzado cual brioso gigante a la carrera», saltando a este suelo desde lo más encumbrado del empíreo, y subiendo después de un vuelo hasta las mismas cimas de donde saliera ³.

Pero no sube solo. Ese gigante ha ido a buscar la especie humana perdida, y después de encontrada y rescatada, en ímpetu de amor, la arrebató consigo en vertiginosa marcha, para colocarla junto al Padre, en el seno del Padre. «Subo a mi Padre, que es también vuestro Padre, y me voy a prepararos una mansión en la casa de mi Padre».

Tal es la obra de ese divino gigante: reducir al seno del Padre, fuente divina de toda belleza, al género humano caído, comunicándole, por medio de su vida y de su sacrificio, la gracia de adopción.

¡Bendito sea, diremos con el Apóstol, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo por habernos colmado, por medio de su Hijo y en su Hijo, de toda bendición espiritual, y habernos

1. EPHES., I, 3-4.

2. ROM., VIII, 29.

3. Salmo XVIII, 6-7.

hecho sentar con Él en los celestiales resplandores, donde en medio de una felicidad eterna engendra al Hijo de sus amores! ¡Bendito sea el Verbo divino, hecho carne por nosotros, que nos ha devuelto con la efusión de su sangre la herencia celestial! ¡A Ti, Jesús, Hijo muy amado del Padre, sea dada gloria y alabanza!

V

Y ahora, ¿qué consecuencias prácticas se deducen de esta doctrina?

Si el Padre Eterno tiene decretado que seamos sus hijos, pero mediante su propio Hijo¹; si no hemos de tener parte en la herencia de su bienaventuranza sino por mediación del mismo, claro se ve la imposibilidad de realizar el plan que Dios tiene sobre nosotros, ni, por consiguiente, asegurar nuestra salvación, si no es permaneciendo unidos con el Hijo, con el Verbo. No olvidemos nunca que no hay otro camino para llegarnos al Padre². Nadie puede gloriarse de venir al Padre sino por mí que soy su Hijo. Y ¿qué otra cosa es llegar al Padre sino realizar la salvación y toda la santidad?

Ahora bien, ¿cómo permaneceremos unidos al Hijo, al Verbo?

Primero, *por la fe*. — «En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios; y por Él fueron hechas todas las cosas... vino a este mundo por Él creado, y los suyos no le recibieron, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre y así nacen de Dios».

Presenta al mundo el Padre Eterno a este su Verbo diciendo: «He aquí mi Hijo..., escuchadle». Si no le recibimos por la fe, es decir, si creemos que es el Hijo de Dios, el Verbo nos hará partícipes de lo mejor que tiene, que es la filiación divina, comunicándonos esa su cualidad inalienable de hijo al darnos la gracia de adopción. Nos confiere el derecho de llamar a Dios *Padre nuestro*.

1. EPHES., I, 5.

2. JOAN., XIV, 6.

4. — *Ido. en sus misterios*

Toda nuestra perfección consistirá en imitar al Hijo de Dios; y así como, según san Pablo, «toda paternidad deriva del Padre Eterno», se puede decir también del Hijo que «toda filiación procede también de Él»¹, pues sólo el Hijo, mediante su Espíritu, nos enseña el modo de ser hijos².

Debemos recibir al Hijo mismo y acatar siempre en Él, cualquiera que sea el estado en que le contemplemos, al Verbo coeterno del Padre, y recibir sus enseñanzas y doctrina. Él vive siempre en el seno del Padre, y con sus palabras nos revela su naturaleza. La fe es el conocimiento de los divinos misterios, por el Verbo. Sea cual fuere la página del Evangelio que leamos o que la Iglesia nos presente en el curso de la celebración de los misterios de su Esposo, pensemos que sus palabras son palabras del Verbo, de aquel que expresa los pensamientos, los deseos, los quererres de nuestro Padre celestial³. Cantemos *Amen* a todo cuanto oigamos del Verbo, siempre que la Iglesia lo proponga a nuestra fe en su liturgia sacándolo de alguna página del Evangelio. Digamos entonces a Dios: «¡Oh, Padre!, no os conozco, puesto que nunca os he visto; pero acepto todo cuanto vuestro Hijo, todo cuanto vuestro Verbo, me revela acerca de Vos». Excelente oración será esta, y más de una vez, si va acompañada de fe y humildad, hará «descender de lo alto un rayo de luz»⁴, que irradiando de los textos que leemos, y penetrando en su hondura, nos descubrirá principios de vida.

Porque el Verbo no es solamente la expresión de las perfecciones de su Padre, sino también de todas sus voluntades; y todo cuanto el Verbo nos ordena, ora en el Evangelio, ora por su Iglesia, será la expresión de los adorables quererres y de los deseos de nuestro Padre celestial. Si cumplimos por amor los preceptos que Jesús nos da, permaneceremos unidos con Él, y, por tanto, también con el Padre⁵.

Ahí tenéis toda la fórmula y secreto de la santidad: adherirse al Verbo, a su doctrina, a sus preceptos, y, por Él,

1. EPHES., III, 15.

2. GAL., IV, 6.

3. MATH., XVII, 5; LUC., IX, 55.

4. JAC., I, 17.

5. JOAN., XV, 10; XIV, 21.

al Padre que le envía y le comunica las palabras que nosotros hemos de recibir ¹.

Finalmente, permanezcamos unidos al Verbo, sobre todo por medio de la Eucaristía, que es sacramento de unión, el pan de vida, «el pan de los hijos» ². Bajo las especies está real y verdaderamente oculto el Verbo, el que nace desde la eternidad, en el seno de la divinidad. ¡Oh, qué misterio tan alto y tan piadoso! Saber que Aquel que recibo en la comunión es el Hijo engendrado, desde toda la eternidad, el Hijo muy amado, a quien comunica el Padre su vida, su vida divina, la plenitud de su ser, su dicha infinita! Con razón, pues, decía Nuestro Señor: «El Padre me ha dado la vida; así como yo vivo por el Padre, así quien me come, también vivirá por mí. Él permanece en Mí y Yo en él» ³.

Si preguntamos a Nuestro Señor cómo podremos agradar más a su corazón sagrado, seguramente nos dirá que, ante todas las cosas, seamos, como Él, verdaderos hijos de Dios. Si queremos, pues, darle gusto, recibámosle todos los días en la comunión y digámosle: «¡Oh Jesús, tú eres el Hijo de Dios, imagen acabada del Padre; Tú conoces a nuestro Padre y estás fundido en uno con Él; Tú ves su rostro; aumenta en mí la gracia de adopción que me hace hijo de Dios; enséñame a ser, por tu gracia y por mis virtudes, como Tú, y, contigo, digno del Padre celestial!»

Es cierto que si le pedimos con fe esta gracia, Él nos la concederá, pues muchas veces nos tiene dicho que «el Hijo no quiere sino lo que quiere el Padre» ⁴; y como no tiene otras miras que las del Padre, he ahí que, al darse, lo hace con el fin de establecer, conservar y acrecentar en nosotros la gracia de adopción. Toda su vida divina personal consiste en estar siempre *ad Patrem*, a disposición del Padre; y, al darse a nosotros, se da tal como está, esto es, «orientado» hacia su Padre y para su gloria. De ahí que cuando le recibimos con fe, confianza y amor, nos oriente también hacia el Padre.

Eso debemos pedir y buscar continuamente, de modo que todos nuestros pensamientos, aspiraciones y deseos, toda nuestra actividad tengan por blanco a nuestro Padre celestial, y

1. JOAN., XVII, 8.

2. Secuencia *Lauda Sion*.

3. JOAN., VI., 57-58.

4. *Ibid.*, V, 19.

que a Él vayan enderezados en la persona de su Hijo Jesús, por la gracia de filiación y el amor¹.

VI

Pero tal vez me diréis que estas verdades son muy elevadas, y que es un estado muy sublime el que ellas revelan. Estoy en ello; pero ya veis que no he sido hasta aquí sino el débil eco de cuanto Jesús mismo tuvo a bien revelarnos, y de lo que san Juan y san Pablo nos han repetido después de Él. ¡Ah! no os engaños, que no son ensueños, ni hueras fantasías, sino realidades, y realidades divinas, las que acabáis de oír.

Estas realidades son precisamente las que constituyen la esencia del Cristianismo. No entenderemos nada de lo que es perfección y santidad, y ni siquiera en qué consiste el simple Cristianismo, mientras no estemos convencidos de que lo fundamental de él consiste en ser «hijos de Dios», y que esa cualidad o estado nos lo presta la gracia santificante, por la cual participamos de la filiación eterna del Verbo encarnado. Todas las enseñanzas de Jesucristo y de los Apóstoles están sintetizadas en esta verdad; todo los misterios de Jesús propenden a realizarla prácticamente en nuestras almas.

Así, pues, no olvidemos jamás que toda la vida cristiana, como toda la santidad, se reduce a ser por gracia lo que Jesús es por naturaleza: Hijo de Dios. De ahí la sublimidad de nuestra religión. La fuente de todas las preeminencias de Jesús, del valor de todos sus estados, de la fecundidad de todos sus misterios está en su generación divina y en su cualidad de Hijo de Dios. Por eso, el santo más encumbrado en el cielo será el que en este mundo fuere mejor hijo de Dios, el que mejor hiciere fructificar la gracia de su adopción sobrenatural en Jesucristo.

De ahí también que toda nuestra vida espiritual estribe en esta verdad fundamental, y todo el trabajo de la per-

fección sólo se encamine a proteger y a acrecentar todo lo posible nuestra participación en la filiación divina de Jesús.

Ahora bien; no sirve pretextar que nada tan ideal está por encima de nuestros posibles, y que este programa es irrealizable. Lo es, sí, para nuestra naturaleza abandonada a sí misma, pues que esta vida excede a las exigencias, derechos y fuerzas de nuestro ser; y por eso precisamente la denominamos sobrenatural. Pero «nuestro Padre, que está en los cielos, conoce nuestras necesidades»¹; y si nos llama a sí, también nos da los medios convenientes para llegarnos a su paternal regazo. Nos da su Hijo para que Él sea nuestra vida, nos distribuye la verdad y nos comunica la vida. Basta, pues, que permanezcamos unidos a este Hijo por la gracia y las virtudes, para que algún día merezcamos compartir su gloria «en el seno del Padre».

Mirad lo que decía Jesús a la Magdalena después de la Resurrección: «Me voy a mi Padre»; y añade: «Que también es el vuestro»². Y ¿qué se propone hacer allí? «Prepararnos un lugar»; porque «en la casa de mi Padre existen muchas moradas»³.

Subió, sí, a su Padre, pero como precursor⁴. Nos ha precedido a fin de que le sigamos; porque la vida de la tierra no es sino peregrinación y prueba: «Padeceréis tribulaciones en este mundo»⁵, decía Jesús en el mismo discurso; no os faltarán contradicciones en vuestras personas, y tendréis que vencer recias e innumerables tentaciones por parte del príncipe de este mundo, y contrariedades sin cuento que os suscitarán los sucesos varios de la vida: porque «el servidor no es mayor que su amo»⁶.

Poco antes decía: «No se turbe vuestro corazón ni temáis»; «tened fe y confianza en Dios y en mí»⁷, que soy igualmente Dios, y que «permanezco con vosotros hasta la consumación de los siglos»⁸; «vuestra tristeza se convertirá un día en alegría»⁹. «Llegará una hora en la que yo vendré a buscaros para daros un lugar: cabe el mío, donde yo vivo en el reino de mi Padre»¹⁰.

¡Oh promesa divina, proferida por la Palabra increada,

1. MATT., VI, 8.

2. JOAN., XX, 17.

3. *Ibid.*, XIV, 2.

4. HERR., VI, 20.

5. JOAN., XVI, 33.

6. *Ibid.*, XV, 20.

7. *Ibid.*, XIV, 1.

8. MATT., XXVIII, 20.

9. JOAN., XVI, 20.

10. *Ibid.*, XIV, 3.

por el Verbo en persona, por la Verdad infalible, promesa dulcísima! «¡Yo mismo vendré...» Perteneceremos a Jesucristo, y, por Él, al Padre, en el seno de la eterna bienaventuranza. «En este día, dice Jesús, conoceréis — no ya en las penumbras de la fe, sino en toda la claridad de la luz eterna, que yo vivo en el Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros»¹. Veréis «mi gloria de Hijo unigénito»², y esta visión bienhadada será para vosotros la fuente siempre viva de inamisible gozo.

1. JOAN., XIV, 20.

2. *Ibid.*, I, 14.

IV. "Y el Verbo se hizo carne"

SUMARIO. — I. Cristo es perfecto Dios y perfecto hombre: inefable unión de la divinidad y de la humanidad en la vida de Nuestro Señor. — II. Modo de unión: las dos naturalezas se unen en la misma Persona divina. Corolario de esta doctrina: valor infinito de todas las acciones de Jesús; por qué Él es tan agradable a su Padre. — III. Nuestros deberes para con el Verbo Encarnado: debemos reconocerle primero como Dios en nuestra fe, adoración y sumisión. — IV. Debemos reconocer, por la adoración y una confianza absoluta, la realeza de su humanidad unida al Verbo: *«Fatigatur per quem fatigati recreantur»*.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios... Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros».

Cristo es el Verbo encarnado. Enséñanos la Revelación que la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, el Hijo, tomó la naturaleza humana para unirla a su persona divina. En esto consiste el misterio de la Encarnación.

Consideremos por unos momentos este tan conmovedor al par que inaudito dogma de un Hombre-Dios. Este es el misterio fundamental por el cual empiezan todos los demás misterios de Jesús, cuya beldad, esplendor, virtud, fuerza y valor dimanen de esta inefable unión entre la humanidad y la divinidad. No entenderemos nada en este misterio, si antes no lo consideramos cual es en sí mismo y las consecuencias generales que entraña. Jesucristo es Dios y hombre: si queremos conocer su persona, y participar de sus estados, debemos ante todas las cosas estar convencidos de que Él es el Verbo, y el Verbo hecho carne: si queremos honrarle dignamente, debemos al mismo tiempo reconocer la realidad de su naturaleza humana y adorar la divinidad que se dignó asumirla.

¿Qué hay en Jesucristo según la fe?

Dos naturalezas, la humana y la divina: Luego Jesucristo es a la vez Dios perfecto y hombre perfecto. Más aún; entrambas naturalezas están tan íntimamente unidas, que forman una sola persona, la persona del Verbo divino, en quien subsiste la santa humanidad. De esta inefable unión proviene el valor infinito de las acciones de Jesús, de sus estados, de sus misterios.

Contemplemos estas verdades con humildad y amor y veremos brotar en nosotros espontáneamente los sentimientos y afectos que deben animarnos en presencia de este misterio.

I

Jesucristo es Dios perfecto y hombre perfecto.

Cuando le contemplamos en la cuna de Belén, en el taller de Nazareth, caminando por Judea, sentado en las cátedras de las sinagogas, clavado en la cruz o subiendo glorioso al cielo, se nos revela a la vez como Dios y como hombre.

Pero es Dios perfecto: porque, tomando nuestra naturaleza humana, el Verbo no deja de ser lo que es¹. Dios, el Ser eterno, goza plenamente de toda vida, de toda perfección, de todo señorío, poder y beatitud.

Oigamos cómo el Verbo encarnado proclama Él mismo su divinidad.

Así como el Padre tiene vida en Sí mismo, así también dió al Hijo el tener vida en Sí mismo, la vida eterna, la vida divina². «Mi Padre y Yo somos una misma cosa»³. «Todo lo que el Padre hace, el Hijo igualmente lo hace»⁴. «Todas mis cosas son tuyas y las tuyas son mías»⁵.

Así, pues, es evidente que hay identidad de perfecciones e igualdad de derechos, porque hay también unidad de naturaleza.

1. Ant. de la Circuncisión.

2. JOAN., V, 26.

3. *Ibid.*, X, 30.

4. *Ibid.*, V, 19.

5. *Ibid.*, XVII, 10.

Jesucristo es Hijo de Dios y, por tanto, Dios mismo. Reconocen los fariseos que sólo Dios puede perdonar los pecados, y para mostrarles Jesús que Él es Dios, en su presencia perdona y sana al paralítico y confirma con un milagro la gracia concedida¹; les declara que, habiendo bajado del cielo, Él es el pan de vida, el pan que da la vida eterna²; que igualmente por Sí solo y por su propio poder puede subir al cielo, porque sólo Él bajó del cielo³. En confirmación pide también a su Padre que glorifique la humanidad que tomó con aquella gloria eterna de que Él goza como Verbo y como Dios por toda eternidad⁴. Alterna con Dios de igual a igual, porque es el mismo Hijo de Dios.

Si Jesucristo, como queda demostrado, es Dios perfecto, veamos ahora cómo es hombre perfecto. Tomó nuestra naturaleza humana, que hizo suya, uniéndosela física, sustancial y personalmente mediante lazos inefables.

El Dios Eterno, el Ser que subsiste necesariamente por sí mismo, nace en el tiempo de una mujer⁵. Jesucristo posee, como nosotros, una naturaleza humana, completa, perfecta en todos sus elementos constitutivos⁶. Como nosotros, tiene Jesucristo un alma creada, dotada de facultades semejantes a las nuestras: su cuerpo es un cuerpo verdadero, real, formado de la purísima sangre de su Madre. No faltaron al principio de la Iglesia herejes que osaron afirmar que el Verbo no había tomado más que una apariencia de cuerpo humano herejes que condenó la Iglesia. Jesucristo es, con toda verdad, uno como nosotros y de nuestra raza. Padebió realmente, como nos lo dice el Evangelio, hambre, sed, cansancio; derramó lágrimas, y los dolores torturaron su cuerpo y su alma, como punzan y oprimen al nuestro. Aun después de su Resurrección conservó la naturaleza humana, cuya realidad hace resaltar ante sus discípulos cuando les dice⁷: «Palpad y ved», que el espíritu no puede ser de carne y hueso cual soy Yo. Y como aun permaneciesen dudosos e indecisos, les dice: «¿Tenéis aquí algo de comer?»

1. MARC., II, 7-12.

2. JOAN., VI, 51-52.

3. *Ibid.*, III, 13.

4. *Ibid.*, XVII, 5.

5. GAL., IV, 4.

6. HEBR., II, 17.

7. LUC., XXIV, 30 y sig.

Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel; los tomó y comió en su presencia.

De cuanto tenemos, quiso participar, excepto del pecado¹. Jesucristo ni conoció el pecado ni sus causas o efectos morales: la concupiscencia, el error y la ignorancia. Su cuerpo fué pasible, porque lo tomó para expiar los pecados por medio del padecimiento, pero el pecado mismo jamás tuvo parte en él: ¿Quién me convencerá de pecado?². «Este reto lanzado contra los judíos quedó sin respuesta; y para condenar a muerte a Jesucristo fué preciso aducir falsos testigos. Es hombre, pero de una pureza sin mancha, cual convenía a la dignidad de un Hombre-Dios»³.

Jesucristo posee en realidad la naturaleza humana y la naturaleza divina: es a la vez Dios y hombre; perfecto Dios y perfecto hombre.

Abrid el Evangelio, y en cada una de sus páginas veréis que en cuanto hizo u obró el Verbo encarnado se manifestó Dios y hombre⁴: manifestó su divinidad y su humanidad, cada una según su naturaleza y propiedades.

Cristo nace de mujer, pero quiere que su madre sea y permanezca virgen: en el pesebre es un niño que necesita un poco de leche para sustentarse, pero los ángeles cantan su venida, y le pregonan Salvador del mundo; se recuesta sobre la paja en el establo, pero una estrella refulgente conduce a sus pies a los Magos de Oriente; como todo niño judío, se somete a la circuncisión, pero al mismo tiempo recibe un nombre venido del cielo, que revela su misión divina; crece en edad y en sabiduría, pero a los doce años deja absortos con sus asombrosas respuestas a los mismos doctores de la Ley; se hace bautizar por Juan el Precursor, como si tuviere necesidad de hacer penitencia, mas en el mismo momento se abren los cielos y el Padre Eterno le proclama su hijo muy amado; — en el desierto siente hambre, pero los ángeles se acercan a servirle; en sus excursiones por Palestina, sufre cansancio, sed, desnudez, cuando con su sola palabra, por su propia autoridad, hace andar a los paralíticos, cura a los cojos y multiplica los panes para sa-

1. HEBR., IV, 15.

2. JOAN., VIII, 46.

3. HEBR., VII, 26.

4. San Agustín: *Tract. in Joan*, XVIII.

ciar a las muchedumbres; sobre el lago de Genezareth se adormece mientras sus discípulos luchan con la tempestad bravía; mas luego, despertándole los despavoridos Apóstoles, calma con un solo gesto las embravecidas olas; ante el sepulcro de Lázaro, se conmueve, derrama lágrimas, verdaderas lágrimas de hombre, pero con una sola palabra resucita al amigo, muerto hacía cuatro días; en el jardín de Gethsemaní agoniza, triste, angustiado, y se deja prender por sus enemigos, cuando le basta declarar que Él es Jesús Nazareno para derribarlos por tierra; en la cruz muere como el más vil de los mortales, pero toda la Naturaleza muere y se estremece declarando que es un Dios el que muere.

De esta manera y según la bella expresión de san León ¹, «la Majestad se asoció a la bajeza, el poder a la flaqueza, lo mortal a lo eterno... una naturaleza inviolable a otra que era pàsible... Dios verdadero nace con la naturaleza íntegra y perfecta de un verdadero hombre, conservando cuanto tiene en sí y tomando cuanto nos pertenece».

En todas partes, desde que hizo Jesús su entrada en este mundo, se manifestó en él la estrecha unión de la divinidad y de la humanidad, unión que, sin mermar nada las divinas perfecciones, deja intacta la realidad de la naturaleza humana: la Encarnación es una unión inefable ².

¡Oh sabiduría eterna, qué insondables son tus pensamientos! ¡cuán admirables tus obras!

II

Si el misterio de la Encarnación es en extremo inefable, es sobre todo por la manera de verificarse la unión de entrambas naturalezas. Unense éstas en una sola Persona: la persona eterna del Verbo, del Hijo.

En el hombre, el alma y el cuerpo unidos entre sí constituyen la persona humana. En Jesucristo, no es así. La naturaleza humana, toda entera y perfecta en su propia esencia y elementos constitutivos, no tiene existencia propia

¹ Epístola (28) dogmática ad Flaviam.

² San Bernardo: *Sermo I de Circumcisione*.

sino por el Verbo, y mediante la persona divina del Verbo. Éste es el que da a la naturaleza humana su existencia real, o lo que en otras palabras llamaríamos su «subsistencia» personal. No hay en Jesucristo sino una sola persona, la persona del Hijo de Dios.

Empero, aunque tan íntimamente unidas, ambas naturalezas conservan sus cualidades particulares y sus operaciones específicas; entre ellas no existe ni mezcla ni confusión; aunque inseparablemente unidas en la única persona del Verbo, cada cual ejerce su propia y peculiar actividad.

En fin, la naturaleza humana obedece a la divina. Toda actividad humana, por humana y real que sea, y que se manifieste en Jesucristo, tiene su principio remoto en la divinidad. La persona divina del Verbo es la fuente de todas las perfecciones de Jesucristo. En la Santísima Trinidad, el Verbo expresa las perfecciones del Padre por un acto infinitamente simple. Uniéndose a la humanidad el Verbo, por medio de ella y en actos diversos y variados, pero adecuados a la naturaleza humana, manifiesta todas sus perfecciones, a la manera como el rayo de luz, atravesando un prisma, se descompone en un conjunto de rayos de diferentes colores. Las virtudes de la santa humanidad de Jesús, su paciencia, su dulzura, su bondad, su mansedumbre, su celo, su amor, todas son virtudes de la santa Humanidad, pero que irradian profundamente de la divinidad y nos manifiestan al mismo tiempo las perfecciones del Dios invisible. Aunque humana en sus actos, la vida de Jesucristo es divina en su origen y principio.

¿Cuál será, pues, la consecuencia de esta doctrina? De todos es conocida, pero conviene insistir en ella.

Todas las acciones de Jesucristo son acciones de un Dios. Las obras de su humanidad santa son obras finitas, obras limitadas en el tiempo y en el espacio; todo es creado como la naturaleza humana.

Pero su valor moral es divino. — ¿Por qué? Porque toda acción, sea de una u otra facultad de la naturaleza, se atribuye a la persona, y en Jesucristo, siempre es Dios el que obra, unas veces por su naturaleza divina y otras por la humana. Luego con toda verdad se puede decir que es Dios el que trabaja; llora, sufre y muere, aunque todas estas acciones sean ejecutadas por la naturaleza humana. Todas

las acciones humanas de Jesucristo, por pequeñas que sean en su realidad física, tienen un valor divino¹.

Esta es la causa de que la vida de Jesucristo fuese toda ella tan agradable a su Padre. — El Padre Eterno encuentra en Jesús, así en su persona como en sus actos, en los estados más humildes como en los más asombrosos misterios, encuentra digo, todas sus complacencias, porque siempre ve en Él la persona de su propio y único Hijo. El Padre Eterno, contemplando a Jesucristo, lo ve como jamás criatura alguna lo verá. Puede decirse que es el único que puede apreciar el valor y el mérito de cuanto hace su hijo. Así lo decía el mismo Jesucristo: «Nadie conoce al Hijo si no es el Padre»².

Ya podemos remontar el vuelo de nuestra alma y sondear los misterios y los estados de Jesucristo que jamás conseguiremos apreciarlos como fuera debido.

Sólo Dios puede conocer dignamente lo que obra un Dios. Por eso, a los ojos del Padre Eterno, las acciones más humildes de la Humanidad de Jesucristo, los más insignificantes movimientos de su corazón sagrado, constituían una fuente de arrobamiento y de gozo.

Causa es también de que el Padre Eterno contemple el alma de Cristo con complacencia, el que dicha alma esté henchida de toda gracia. Después de proclamar la divinidad del Verbo y la realidad de su Encarnación, san Juan añade: «Y lo hemos visto lleno de gracia».

Mas ¿en qué consiste esta plenitud de gracia que san Juan admira en Jesús y de la cual dice: «De ella todos hemos recibido, y gracia sobre gracia?»

En Jesucristo hay primeramente la gracia de unión, en virtud de la cual la naturaleza humana se une substancialmente a una Persona divina. Por esta gracia se realiza la unión que constituye la Encarnación. Gracia única en su género y sólo dada a Jesucristo.

Además, el alma de Jesucristo, creada como la nuestra, fué colmada de la plenitud de la gracia santificante. Mediante la gracia de unión, la Humanidad de Jesucristo quedó convertida en humanidad de un Dios; por la gracia san-

1. En términos teológicos, estas acciones son llamadas *teándricas* por las dos palabras griegas que significan humano-divino.

2. MATH., XI, 27; LUC., X, 22.

tificante, el alma de Jesús quedó hecha tal, que mereció ser y obrar cual convenía a una alma unida a Dios en unión personal.

Esta gracia santificante fué dada a Jesús en toda plenitud. A nosotros se nos da, según los designios de Dios y nuestra cooperación, en una medida más o menos grande; pero a Jesús se la comunicó en toda su plenitud, tanto por su cualidad personal de Hijo de Dios cuanto por su título de Cabeza del Cuerpo místico, al cual debe distribuirla¹.

En fin, la Humanidad de Jesús es santa por poseer en un grado incomparable las virtudes, al menos aquellas que son compatibles con su dignidad de Hijo único de Dios, porque está adornada de los dones del Espíritu Santo.

Nada, por consiguiente, falta a la Humanidad de Jesús para que sea digna del Verbo, al que está unida, pues está llena de gracia y Jesús posee sin medida los tesoros de la sabiduría y de la ciencia². Él es «en todo el primero, porque quiso Dios morase en Él toda plenitud»³, y morará por siempre jamás. De manera que, como dice san Pablo, siguiendo a san Juan, «en Jesucristo lo tenemos todo plenamente, por ser Él nuestra cabeza»⁴.

III

¿Cuál ha de ser la disposición de nuestra alma en la contemplación de este misterio primordial del Hombre-Dios?

La primera disposición es la fe. Ya queda dicho; mas como esta verdad es capital, conviene recordarla a menudo.

Al empezar el Evangelio y después de haber celebrado la gloria del Verbo divino, hace notar san Juan que el Verbo vino a este mundo, y que el mundo, por Él creado, a Él sometido, y «suyo», no le recibió. Pero, añade, lo reciben cuantos creen en su nombre. Recibimos nosotros al Verbo encarnado por la fe, mediante la cual también acatamos la divinidad de Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo

EPHES., IV, 7.

2. COL., II, 3.

3. *Ibid.*, I, 18-19.

4. *Ibid.*, II, 9-10.

de Dios vivo»¹. — Ésta es la disposición que nos exige el Padre Eterno. «Éste es su mandato, dice también san Juan; que creamos en su Hijo Jesucristo»². Él mismo nos lo ha dicho: «Éste es mi Hijo muy amado... escuchadle»³. Esta palabra es la que dejó oír en el Tabor, cuando se descorrió un poco el velo de la divinidad, y se vió envuelta en fulgores la santa Humanidad de Jesús; pero esa voz no es más que el eco de aquella que el Padre Eterno proclama en el santuario del cielo⁴, «Tú eres mi Hijo, a quien engendro hoy».

Por tanto, mucho agradamos a nuestro Padre celestial, cuando, acatando su testimonio, confesamos que Jesús es su propio Hijo, que le es coeterno y copartípe de la gloria divina.

Así se expresa san Pablo. El misterio de las humillaciones del Verbo hecho carne deja al Apóstol tan asombrado que no sabe cómo cantar la gloria que se debe tributar a Jesús conforme a los designios del mismo Dios. Ved lo que dice: «Jesucristo era Dios, y por lo mismo, no creyó usurpar ningún derecho al decirse igual al Padre, sino que se anonadó, tomando forma de siervo hecho a semejanza de los hombres, y hallado en el hábito como hombre. Abajóse a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le sobreensalzó y le hizo merced del nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre»⁵.

Con frecuencia debemos unirnos de corazón y de espíritu a la voluntad del Padre Eterno para glorificar a su Hijo⁶. Jamás debiéramos abrir los santos Evangelios, o ponernos a celebrar los misterios de Jesucristo, sin habernos antes compenetrado de los designios del mismo Dios, proclamando por un acto de fe intenso, que este mismo Jesucristo, a quien vamos a contemplar, a quien vamos a orar

1. MATTIL., XVI, 16; JOAN., XI, 27.

2. I JOAN., III, 23.

3. MATTIL., XVII, 8; MARC., IX, 6; LUC., IX, 35.

4. Salmo CIX, 3.

5. PHIL., II, 6-11.

6. JOAN., XII, 28.

o a recibir en la Sagrada Comunión, es Dios como el Padre y el Espíritu Santo.

Tal disposición del alma es en extremo fecunda, pues nos eleva hasta el Padre y nos hace gratos a Él¹. La fe, dice san León, que justifica a los impíos ante Dios y hace santos a los hombres que eran pecadores, es aquella que confiesa con toda verdad a un solo Cristo Dios y hombre: Dios desde toda la eternidad como el Padre; hombre en el tiempo, como quiera que se unió a nosotros, revistiéndose de nuestra condición de criaturas².

Este acto de fe, confesando la divinidad de Jesucristo, debe ir al principio de nuestras adoraciones. — Repetidas veces vemos en el Evangelio que un acto de adoración va unido al acto de fe. Vémoslo en los Reyes Magos³; en san Pedro después de la pesca milagrosa⁴; en los discípulos que ven a Jesús caminar sobre las aguas⁵; en el ciego de nacimiento después de su curación: «Creo, Señor. Y postrándose le adoro»⁶. Por este acto de adoración, el alma se entrega totalmente al Verbo divino. Cuando Jesucristo reside en nuestro corazón, sobre todo después de la Sagrada Comunión, debemos seguir el consejo de san Francisco de Sales, llamando a todas nuestras facultades para que se pongan a sus pies, y le oigan, y se identifiquen con sus miras y participen de sus sentimientos, y obedezcan a sus preceptos, y trabajen por su gloria.

En esto consiste la imitación de la santa Humanidad de Jesús, de aquella humanidad ligada tan estrechamente al Verbo y tan tundida con él, que no gozaba de personalidad propia. Éste es uno de los puntos esenciales del misterio de la Encarnación.

Algo así debe suceder en nosotros; porque Jesucristo es nuestro modelo en todo. La humanidad jamás obra si no es con sujeción al Verbo, en el cual subsiste y de quien recibe la existencia. No haya, por consiguiente, en nosotros movimiento alguno que no proceda de Dios, deseo que no sea conforme al beneplácito divino, obra que no vaya enderezada a su gloria.

El alma, animada de tales disposiciones, bien puede de-

1. JOAN., XVI, 27.

2. SAN LEÓN, *Sermo* 4 de *Ephphanta*.

3. MATT., II, 11.

4. LUC., V, 8.

5. MATT., XIV, 33.

6. JOAN., IX, 38.

cir sin temor de ser desmentida lo que diría la santa Humanidad de Cristo: «El Señor es mi guía». El escritor sagrado añade¹: y así «nada me faltará». Por cierto que así es; pues habiéndose entregado enteramente al Verbo, éste dice a su Padre: «Esta alma me pertenece, y por lo mismo, también a Vos, Padre mío, pues todas mis cosas son tuyas». El Verbo entrega esta alma al Padre, a fin de que Él haga bajar sobre ella, como sobre su Hijo Jesús, juntamente con sus complacencias, sus dones más preciados.

IV

Jesucristo es Dios y hombre. El alma fiel no sólo confiesa la divinidad de Jesucristo, sino que al propio tiempo honra su santa humanidad. Nuestra piedad no sería cabal y perfecta, si, confesando la divinidad, olvidáramos su humanidad.

Almas hay que creen obrar bien en el desarrollo de su vida espiritual, descuidando la consideración de la humanidad de Jesucristo para atender sólo a su divinidad; en este error vivió algún tiempo la misma santa Teresa. Al reconocerlo después, lo deplora con muy sentidas expresiones. Con qué ardor se le advierte a sus hijas, y, en ellas, a todas las almas, para que no sigan parecer tan «erróneos», del cual «se duele cada vez que le viene a la memoria», porque «la llevaba por una senda detestable», y se creía «haberse hecho culpable de negra traición a Nuestro Señor», aun cuando todo se debe achacar «a ignorancia».

Según la Santa, la causa de tal ilusión provino de «una pequeña falta de humildad, tan solapada que apenas se dejaba advertir». Debemos considerarnos muy dichosos de poder permanecer junto a la Humanidad de Jesús en sus misterios. «Es leve falta de humildad... no saciarse con objeto tan excelente, como la humanidad de Jesucristo... pues esa falta de humildad... que casi no parece nada, perjudica sobremanera al aprovechamiento en la contemplación».

Otro inconveniente del error que condena la santa, es de-

1. Salmo XXII, 1.

5. — Jto. en sus misterios

jar el alma sin sostén. «No somos ángeles, dice; tenemos un cuerpo... Rodeados de negocios, persecuciones y pruebas... en tiempo de sequedad Jesucristo es para nosotros un excelente amigo. Vémosle hombre como nosotros, contemplámosle sometido a la enfermedad, a los padecimientos... Siendo nosotros hombres, nos importa mucho, mientras vivimos, considerar a Dios hecho hombre». ¿Acaso no nos exige nuestra condición de hombres el ir a lo invisible mediante las cosas visibles? Pues bien: la Encarnación es la aplicación más divina de esta ley psicológica.

Dice la Esposa en el Cantar de los Cantares: «Sentéme a la sombra de aquel que mucho deseé». Esta *sombra* no es otra que la santa humanidad, por la cual podemos contemplar la divinidad, que se nos revela mediante sensibles apariciones.

Por eso termina la santa: «Mucho contenta a Dios ver un alma que con humildad pone por intermediario a su Hijo»¹.

¿Cuál es la causa íntima de todo esto? Todo está en que la Encarnación es un misterio divino, la obra maestra de la sabiduría eterna y el amor infinito. ¿Cómo no acataremos las miras y planes de Dios? ¿Cómo rehusaremos someter nuestro saber tan escaso a la sabiduría infinita? ¿Acaso los remedios divinos son tan ineficaces que creamos poderlos corregir por nuestros cálculos humanos? Si Dios quiso obrar nuestra salvación y santificación por medio de la Humanidad unida a su Hijo, el Verbo, ¿por qué no hemos de aprovecharnos de este medio? Tanto como su sabiduría, debemos admirar en esto su condescendencia.

No temamos, pues, al leer el santo Evangelio, o al celebrar los misterios de Jesús, no temamos contemplar al hombre en Jesucristo; porque esta humanidad es la Humanidad de Dios². Este hombre que vemos obrar y vivir entre los hombres para atraérselos a sí por las pruebas sensibles de su amor, es al mismo tiempo nuestro Dios. No temamos sobre todo tributar a esta santa Humanidad todos los homenajes que merece.

Luego debemos tener en ella una confianza absoluta. Dios quiso servirse de la Humanidad de Jesucristo como

1. *Vida*, XXII. — Todo este admirable capítulo merece ser leído.

2. *Tir.*, II, II.

de instrumento para dar la gracia que por ella se nos comunica. Aquellas palabras de san Juan: «Lleno estaba de gracia, de cuya plenitud todos nosotros debemos recibir», se aplican no tanto al Verbo existiendo en el seno del Padre, cuanto al Verbo hecho hombre.

En su vida mortal, Nuestro Señor, siendo Dios, habría podido obrar todos los milagros y comunicar la gracia a los hombres por un solo querer, y cada vez que llevaban ante Jesús enfermos para que los sanase, o muertos para que les devolviese la vida, habría podido, por un solo acto interno de su voluntad eterna, obrar el milagro que se le pedía. Pero no lo hizo así; y el Evangelio nos dice que quiso con su mano tocar los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos; poner saliva sobre la lengua de los mudos, tocar el féretro del hijo de la viuda de Naín, tomar la mano de la hija de Jairo, comunicar el Espíritu Santo a los Apóstoles con su aliento. Por el contacto, pues, de su santa Humanidad, Jesucristo obraba milagros y comunicaba su gracia: la Humanidad servía de instrumento al Verbo. Esta ley admirable se observa en todos los misterios de Jesucristo.

Ahora bien; este orden, querido por el mismo Dios, subsiste siempre; pues la unión de las naturalezas en Jesucristo permanece indisoluble. Por ende, cuando repasamos los Santos Evangelios o seguimos en la liturgia a la Iglesia; cuando por la fe nos unimos a la Santa Humanidad de Jesús; cuando, sobre todo, recibimos su Cuerpo en la Eucaristía, la Humanidad santa de Jesús, inseparable del Verbo divino, sirve de instrumento de la gracia para nuestras almas.

«Yo veo muy claro, y he visto después — escribe santa Teresa —, que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacramentalísima, en quien, dijo su Majestad, se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos... por aquí se va seguro.»

Si bien lo consideramos, toda la economía de la vida espiritual estriba en esta verdad. La Iglesia, los sacramentos, la Santa Misa, la predicación, medios todos sensibles por los

cuales Dios nos trae a Sí. Son como una extensión de la Encarnación¹.

Veis cuánto importa permanecer unidos a la santa Humanidad de Jesús; pues en ella, dice san Pablo, habita la plenitud de la Divinidad, y por el Verbo, mediante su Humanidad, recibimos toda la gracia: Ella es el vehículo por Dios establecido para comunicarnos la gracia.

Al propio tiempo, es el medio por el cual las almas se acercan a la Divinidad. Verdad no menos importante y que no debemos olvidar. La Humanidad santa de Jesús no debe ser el término final de nuestro progreso. Podrá alguno decir: «Para mí la devoción consiste en entregarnos totalmente a Jesucristo». Excelente cosa; pero ¿qué es entregarse a Nuestro Señor sino unir nuestra voluntad con la suya? Ahora bien, Jesús quiere llevarnos a su Padre, como al término; ésta es toda su obra: «Yo soy el camino», decía Jesucristo hablando de su Humanidad. Es el único camino, es cierto, pero no es más que el camino; el fin último al que nos conduce este camino es el Padre Eterno². La Humanidad nos lleva al Verbo, y el Verbo al Padre.

Esto es lo que el Apóstol inculcaba a los cristianos de su tiempo, señalando con estas sencillas palabras los grados de la obra divina en la tierra: «Todo es vuestro, y vosotros de Cristo y Cristo de Dios»³.

Por la Humanidad de Jesús pertenecemos al Verbo, al Hijo; por el Hijo vamos al Padre. Jesucristo nos lleva así al seno del Padre⁴. He aquí la razón esencial e íntima del inefable misterio del Hombre-Dios.

Refiérenos san Juan que, atravesando la Samaria nuestro divino Salvador al principio de su vida pública, llegó a un lugar llamado Sicar, cerca del pozo de Jacob. Entre las circunstancias del hecho minuciosamente narrado por el Evangelista, hay una que nos llega más al corazón, y es que Jesús, cansado del camino, estaba así sentado cabe el pozo⁵. ¡Emocionante revelación de la realidad de la Humanidad de Jesús!

1. Véase la explicación de esta idea en la conferencia *La Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo*, § II, en nuestra obra *Jesucristo, vida del alma*.

2. JOAN., XIV, 6.

3. I COR., III, 22-23.

4. JOAN., I, 18.

5. *Ibid.*, IV, 6.

Digno es de leerse el admirable comentario que hizo san Agustín de este pasaje, con la antítesis de ideas y expresiones que le es peculiar, sobre todo cuando quiere subrayar la unión y el contraste de la divinidad y humanidad en Jesús. Se cansa, dice, Aquel por el que descansan los cansados, Aquel cuya ausencia nos agobia y cuya presencia nos esfuerza»¹.

«Por nosotros se cansa Jesús caminando. Vemos a Jesús fuerte y flaco a la vez. ¿Cómo fuerte? Porque es el Verbo eterno que lo creó todo por su sabiduría y su poder. ¿Cómo débil? Porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. El poder de Cristo nos crió y su flaqueza nos restauró».

Y concluye san Agustín: «Jesús es débil en su Humanidad, pero vosotros guardaos mucho de permanecer en vuestra debilidad, antes bien, acercaos a tomar aliento divino de Aquel que, siendo por naturaleza todopoderoso, quiso hacerse débil por vuestro amor»².

1. *Tract. in Joan.*, XV *post initium*.

2. SAN AGUSTÍN, loc. cit.

V. Salvador y Pontífice

SUMARIO. — Necesidad de contemplar la obra y la misión del Verbo encarnado para comprender mejor su persona; los nombres del Verbo hecho carne declaran su misión y caracterizan su obra: «Jesucristo» es el supremo pontífice que salva al género humano mediante su sacrificio. — I. Jesucristo es hecho pontífice en su encarnación. — II. Se declara cómo desde su entrada en este mundo Jesucristo inaugura su sacrificio. — III. Diversidad de los actos de la ofrenda que hace Jesucristo. — IV. Perpetuidad del sacerdocio y de la oblación de Cristo en el cielo. — V. Cómo se renueva el sacrificio de la Cruz sobre la tierra; la Iglesia no celebra misterio alguno de Jesucristo sin ofrecer el sacrificio eucarístico.

Jesucristo es el Verbo encarnado que apareció entre los hombres, siendo a la vez Dios y hombre, verdadero Dios y verdadero hombre. Dios perfecto y perfecto hombre.

Posee dos naturalezas inseparablemente unidas en una sola persona, que es la persona del Verbo.

Todo eso es Jesús.

Nuestra fe y nuestra piedad le adoran como a su Dios, proclamando al mismo tiempo la realidad tangible de su humanidad santísima.

Si damos un paso más y ahondamos en el conocimiento de la persona de Jesucristo, menester es contemplar, durante breves instantes, su misión y su obra. Todo el valor de la misión y de la obra de Jesucristo radica en su divina persona; la misión y la obra de Jesús nos revelan también su persona.

Pero es todavía más notable que los nombres atribuidos a la persona del Verbo encarnado declaren su misión al par que caractericen su obra.

En efecto, estos nombres no son como los nuestros, que ordinariamente nada significan. Vienen del cielo y entrañan por lo mismo mil hondos y misteriosos sentidos.

¿Qué nombres son esos? Se cuentan muchos; pero la Iglesia, heredera en esto de san Pablo, ha conservado dos principalmente: el de *Jesús* y el de *Cristo*.

Todos sabemos que *Cristo* significa el *ungido* y *consagrado*. Ya en la antigua Ley se consagraba frecuentemente a los reyes; mas rara vez a los profetas, y siempre al sumo sacerdote. El nombre de *Cristo*, en cuanto designa la misión de rey, de profeta y de pontífice, lo llevaron, antes que el Verbo hecho carne, bastantes personajes del antiguo Testamento; pero ninguno como Él realizó cumplidamente su significado.

Jesús es *el Cristo* por excelencia, pues sólo Él es el Rey de los siglos, el Profeta, el único Pontífice Supremo y universal.

Jesucristo es Rey de Reyes y Señor de Señores. Procede este título de su divinidad¹. Jesucristo domina sobre todas las criaturas que sacó de la nada por su poder infinito: «Venid, adoremos y postrémonos ante Dios»². «Él nos ha hecho y no nosotros a nosotros mismos»³.

Pero Jesucristo es Rey también en cuanto Verbo *encarnado*. El Padre Eterno le había prometido el cetro del mundo. «*Fué a mí, dice el Mesías, a quien el Padre ha puesto de rey sobre Sión, su monte santo... Y por eso mismo haré conocer ese decreto; el Señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy mismo. Pídemelo y yo te daré las naciones por herencia, y por dominio los últimos confines de la tierra*»⁴.

El Verbo toma nuestra pobre naturaleza para establecer en el mundo «*el Reino de Dios*». Esta expresión viene con frecuencia en la predicación de Jesucristo. Al leer el Evangelio, echamos de ver en el acto que hay toda una serie de parábolas, cuales son las de la margarita preciosa, la del tesoro escondido, la del sembrador, la del grano de mostaza, la de los viñadores asesinos, la de los invitados a las

1. Apoc., XIX, 16.

2. Salmo XCIV, 6.

3. Ibid., XCIX, 2.

4. Ibid., II, 6-8.

bodas, la de la cizaña, la de los criados que esperan a su Señor, la de los talentos, etc. Todas ellas tienen por objeto mostrar la grandeza de este reino de Dios, su origen, su desarrollo, su extensión a las naciones paganas, una vez reprobados los judíos, sus leyes, sus luchas y sus triunfos.

Jesucristo organiza su Reino al elegir a los Apóstoles, y funda su Iglesia, a la cual confía su doctrina, autoridad y sacramentos.

Pero su Reino es del todo espiritual; nada tiene de temporal y político, como lo soñaran las almas groseras de la mayor parte de los judíos; reino donde tienen entrada todas las almas de buena voluntad, reino maravilloso, cuyo esplendor final será la celestial y eterna bienaventuranza.

El Apóstol san Juan celebra magníficamente las grandezas de este reino, y nos muestra a todos los elegidos posttrados ante su divino Capitán, Jesucristo, y nos dice muy alto «que el Verbo los ha rescatado con su sangre, de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo y de toda nación, para formar de ese grupo un reino donde brille esplendente la gloria de su Padre» ¹.

Jesucristo debe ser también *profeta*. — Y no un profeta cualquiera, sino el profeta por excelencia, pues Él es la Palabra, el Verbo en persona, la «luz del mundo», cuyos resplandores pueden iluminar a todo hombre que vive en las tinieblas de este mundo: «En otro tiempo, decía san Pablo a los Hebreos, Dios nos habló por sus profetas»; éstos no eran sino meros enviados; pero «he aquí que en estos días nos habló por su propio Hijo» ².

Este Hijo que enseña al hombre no es un profeta que anuncia de lejos, a una mínima porción de la humanidad y bajo símbolos oscuros, los ocultos designios de Dios, no. Es aquel que viviendo siempre en el seno del Padre, conoce perfectamente todos los secretos divinos y viene a revelarlos a la humanidad entera ³.

Bien sabéis todos que, desde el principio de la vida pública, Nuestro Señor se aplicaba a sí propio la profecía de Isaías al afirmar que «el Espíritu del Señor descansaba sobre Él. Por lo cual *fué consagrado por su unción* para

1. APOC., V, 9-10.

2. HEBR., I, 1-2.

3. JOAN., I, 18.

llevar la buena nueva a los pobres, la libertad a los cautivos, la vista a los ciegos, para anunciarles a todos que el tiempo venturoso de la redención ha llegado»¹.

De todo esto deducimos que Jesucristo es, por excelencia, el enviado, el legado de Dios; con milagros hechos por su propia autoridad prueba la divinidad de su misión, de su palabra, de su persona.

Luego de suceder el milagro estupendo de la multiplicación de los panes, oímos a las turbas que le aclaman como profeta diciendo: «*Éste es verdaderamente profeta, es el que debe venir*»².

El Verbo encarnado realizará enteramente el significado de su nombre de Cristo por su cualidad de *pontífice* y de mediador, pontífice supremo y de mediador universal.

Llegados aquí, nos es ya forzoso unir al nombre de Cristo el de Jesús, Jesús quiere decir Salvador: «*Le llamarás así, dice el ángel a José, porque ha de rescatar a su pueblo de todos sus pecados e iniquidades*»³. Ésta es su misión esencial: «*Vino a salvar lo que había perecido*»⁴. En efecto, Jesús no realiza plenamente la significación de su nombre divino si no es por su sacrificio, cumpliendo su obra de pontífice. «*Vino el Hijo del hombre a dar su vida por muchos*»⁵.

Estos dos nombres, *Cristo* y *Jesús*, se completan mutuamente; de aquí en adelante serán inseparables. «*Jesucristo*» es el Hijo de Dios, hecho pontífice supremo que salvará a la especie humana prevaricadora, mediante su sacrificio.

Contemplando, pues, el sacerdocio y el sacrificio de Cristo, comprenderemos de un modo más cabal, dentro de lo posible a pobres mortales, la adorable persona del Verbo encarnado.

Veamos ahora cómo por su encarnación fué Jesucristo consagrado pontífice, y cómo también, desde su entrada en este mundo, inaugura su sacrificio; en toda su vida humana se ve el reflejo brillante de su misión sacerdotal y lleva impresos los caracteres de su sacrificio.

1. LUC., IV, 18-19; Cf. ISAÍAS, LXI, 1.

2. JOAN., VI, 14.

3. MATTH., I, 21.

4. *Ibid.*, XVIII, 11; S. LUC., XIX, 10.

5. Cf. MATTH., XX, 28; MARC., X, 45.

De este modo ahondaremos más en la grandeza y orden de los misterios de Cristo, descubriendo la unidad íntima que entre ellos existe. Por ser el sacrificio de Jesús su obra esencial, constituye el punto culminante al cual convergen los misterios todos de su vida terrenal; es como la fuente de donde procede toda la magnificencia y brillo de los diversos estados de su vida gloriosa. Veamos, por fin, cómo es raudal de copiosísimas gracias para las almas que desean beber en sus corrientes de vida y alegría.

I

En la Epístola a los Hebreos dejó pintado san Pablo con rasgos magníficos y vigorosos las inefables grandezas de Cristo como Pontífice¹. En ella vemos señaladas su misión de Mediador, la infinita superioridad de su sacerdocio y de su sacrificio sobre el sacerdocio de Aarón y los sacrificios de la antigua Ley; sacrificio único consumado en el Calvario, cuya ofrenda perdura sin perder un átomo de su eficacia infinita en el santuario de los cielos.

Según el mismo Apóstol, Jesucristo posee su sacerdocio desde el instante de su Encarnación.

¿Qué es el sacerdote? Responde el Apóstol que es un mediador entre Dios y los hombres; el sacerdote ofrece a Dios los homenajes de las criaturas racionales, y da Dios, «que es el Santo», a los hombres, «*Sacrum dans*»; de ahí el nombre de *sacerdos*.

«*Ha sido escogido entre los hombres, consagrado a Dios para que sea mediador*»². Antiguamente, esta consagración hacíase de ordinario por una «*unción*» especial para significar que el Espíritu Santo habitaba en el elegido, señalándole por este rito particular para la altísima misión de pontífice. En el sacerdocio humano, este carácter sacerdotal es una cualidad adventicia, por decirlo así, a la persona del hombre.

Mas en Cristo Jesús, este carácter es enteramente tras-

1. HEBR., V, 11.

2. *Ibid.*, V, 1.

cendental, como es también única la mediación que él ejerce sobre los hombres. Jesús es el pontífice nato desde el instante de su Encarnación y por su Encarnación.

Para penetrar algo más en este profundo misterio, escuchemos la fe y sólo a la fe, pues la inteligencia humana queda confundida ante tanta grandeza.

Transportémonos a Nazaret para asistir a aquel coloquio celestial y divino que tejieron el Ángel y la Virgen. El nuncio de Dios dice a María, explicando el prodigio que va a cumplirse en ella: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, la Virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual lo Santo que nacerá de tu seno, será llamado Hijo de Dios». La Virgen replicará sencillamente: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra»¹. En este momento solemne, el Verbo se hace carne; el Verbo se une para siempre, con inefable unión, a nuestra humanidad. Por la Encarnación, el Verbo hácese de nuestra raza y familia, llega a ser uno de nosotros, semejante en todo a los mortales, excepción hecha del pecado.

Ahora ya puede ser pontífice mediador, pues siendo Dios y hombre, está capacitado para unir al hombre con Dios.

En efecto, en la Trinidad beatísima, la segunda persona, el Verbo, es la gloria infinita del Padre, su gloria esencial². El Verbo, como tal, antes de la Encarnación, no ofrece sacrificio alguno al Padre. ¿Por qué? La razón es obvia; el sacrificio supone homenaje, adoración, es decir, el reconocimiento de nuestra propia viveza en presencia del Ser infinito; ahora bien, siendo el Verbo en todo igual a su Padre, Dios con Él y como Él, no puede ofrecerle sacrificios.

Así, pues, el sacerdocio de Cristo comenzó en el momento mismo de la Encarnación del Verbo; en ese mismo instante, se unieron las dos naturalezas: la naturaleza divina, debido a la cual podía decir³: «Mi Padre y yo somos una misma cosa», una en la unidad de la divinidad, una en la igualdad de las perfecciones; y la naturaleza humana, que le hacía exclamar⁴: «Mi Padre es mayor que yo». Luego Jesucristo es pontífice por ser Dios-Hombre.

1. LUC., I, 35, 38.

2. HEBR., I, 3.

3. JOAN., X, 30.

4. Ibid., XIV, 28.

Si carece de fundamento la etimología que hace derivar la palabra pontífice de *pontem facere*, «hacer el puente», no por eso deja de envolver una idea exacta y muy hermosa.

En aquellos ratos de regaladísima conversación que el Padre Eterno se dignaba tener con santa Catalina de Sena, le explicaba cómo por la unión de las dos naturalezas, divina y humana, Cristo ha formado un puente para salvar el abismo inmenso que nos separaba del cielo: «Son mis deseos que mires ese puente que os he construido en mi único Hijo, y contemples su grandeza, que va del cielo a la tierra, ya que la grandeza infinita de la divinidad se ha unido a la tierra de vuestra humanidad».

Todo esto fué necesario para rehabilitar el camino que había sido roto y poder pasar la amargura del mundo y llegar a la vida eterna¹.

Hay más todavía: por el misterio de la Encarnación, la Humanidad de Jesús fué «consagrada», «ungida»², y no con una unción exterior, como es la que estilan los hombres, sino con unción espiritual.

Por la acción del Espíritu Santo, que la liturgia llama unción espiritual³, la divinidad invadió en cierto modo la humana naturaleza de Cristo, «como un crisma de alegría»⁴. Dada una unción tan penetrante, y el modo con que la humanidad ha sido «consagrada a Dios», no podemos imaginar unión más estrecha que ella, puesto que la naturaleza humana ha venido a ser la propia humanidad de un Dios, del Hijo de Dios.

Por lo mismo, en el momento solemne de esta Encarnación, que consagró al primer sacerdote de la Nueva Ley, dejóse oír en los cielos una voz que decía⁵: «Eres sacerdote por toda la eternidad».

San Pablo, que hincó la mirada en tantos misterios, nos revela esta misma verdad, al decir: «Nadie se atribuye a sí propio la dignidad del sacerdocio, si no es llamado por

1. *Dialogue* 2me. partie, ch. Trad. Hurtaud, t. I, p. 76-77. — Esta idea es muy familiar a la Santa de Sena. Se la encuentra en muchos lugares del *Diálogo* y en sus cartas.

2. S. AGUSTÍN, *De Trinitate* XV, 27.

3. Himno *Veni Creator*.

4. Salmo XLIV, 8.

5. *Ibid.*, CIX, 4.

Dios». Por tanto, no se arrogó Jesucristo la gloria de ser pontífice; antes la recibió de Aquel que ha dicho: «Tú eres sacerdote por toda la eternidad»¹.

De todo lo dicho se colige, según el testimonio del Apóstol, que Jesucristo recibió el sumo pontificado del mismo Padre Eterno, del Padre que le dirige estas palabras: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy»². El sacerdocio de Cristo es una consecuencia necesaria e inmediata de la Encarnación.

Adoremos a este Pontífice, santo, inmaculado, e Hijo de Dios; caigamos de hinojos ante tan gran mediador, ya que Él solo, por ser Dios y hombre a la vez, podrá cumplir plenamente su misión de salvarnos y llevar nuestros dones al Señor, haciendo descender sobre nosotros las bendiciones del cielo por el sacrificio de su Humanidad; pero al mismo tiempo, confiemos ciegamente en su virtud divina que puede reconciliarnos eternamente con el Padre.

«No era posible establecer un puente tan grande, decía Dios a santa Catalina, que partiendo de la tierra, uniese a ésta con el cielo y la vida eterna; pues la tierra de la naturaleza humana era incapaz por sí sola de satisfacer por el pecado y de destruir la mancha del pecado de Adán, que corrompió e infestó a todo el género humano. Fué, pues, necesario unir ese barro de la humanidad pecadora con la grandeza de mi naturaleza, deidad eterna, a fin de satisfacer por toda la especie humana. Fué menester que la naturaleza humana sufriera la pena, y que la naturaleza divina, unida a la humana, aceptara el sacrificio que mi Hijo me ofrecía para destruir la muerte y daros vida. De este modo, la Grandeza ha descendido hasta la tierra de vuestra humanidad; al unirme con ella, ha edificado un puente y abierto un camino. Pero no basta esto: para obtener esa vida, *pasemos por este puente que es el Hijo de Dios*»³.

1. HEBR., V, 4-6.

2. Salmo 11, 7.

3. Loc. cit.

II

El sacrificio de este pontífice único corre parejas con su sacerdocio; lo inaugura en el instante de su Encarnación. Bien sabéis todos vosotros, hermanos míos, que el alma de Cristo, creada, por lo demás, como la nuestra, no se sometió para el ejercicio de sus propias facultades — inteligencia y voluntad —, al desarrollo progresivo del organismo corporal; antes desde el primer momento de su existencia, tenía ya la perfección de su propia vida, cual convenía a una alma unida a la divinidad.

El mismo san Pablo es quien nos revela el primer acto del alma de Jesús en el momento de su Encarnación. Con una sola mirada, abarca todos los siglos que le precedieron; ve el abismo donde el pobre género humano duerme el sueño de la muerte, incapaz de libertarse; considera además la muchedumbre e insuficiencia de los sacrificios de la antigua Ley, pues la criatura, por perfecta que sea, no puede reparar dignamente la injuria a Dios hecha; considera una y más veces el programa de inmolación que Dios le pide para realizar la salvación del mundo.

¡Qué instantes más solemnes para el alma de Jesús! ¡Momentos preciosos y decisivos para el género humano!

¿Qué hace esta alma benditísima? Movida de encendido amor por nosotros, se entrega toda entera a cumplir la obra humano-divina que puede dar gloria a su Padre y salvar al género humano. — «Padre mío, ya os veo harto de estas ofrendas y de estos sacrificios que no os honran dignamente. Pero vos, Señor, me habéis formado un cuerpo. ¿Con qué fin me lo habéis dado? Porque vengo, Padre mío, a cumplir vuestra voluntad santísima; Vos exigís de mí que os ofrezca mi voluntad en sacrificio... heme aquí presto». «Al principio del libro de mi vida, oh Padre mío, está escrito que he de hacer vuestra voluntad; así lo quiero, por seros tan agradable el sacrificio»¹.

Con rendida voluntad acepta Cristo aquel cúmulo de dolores que comenzarán en la humildad del pesebre y sólo acabarán con las ignominias de la cruz.

1. *HEBR.*, X, 5-7; *Cf. Salmo XXXIX*, 7-9.

Baja a ese mundo Cristo y se ofrece como víctima; luego el primer acto de su vida es un acto sacerdotal.

¿Qué criatura podrá calcular el amor del mismo? ¿Quién conocerá su intensidad, y descubrirá su esplendor? Sólo el silencio y la oración pueden sortear algo de este misterio.

Cristo Jesús no retracta este acto ni sustrae parte alguna de ese don precioso; antes por lo contrario, todos los actos de su vida van enderezados hacia su sacrificio de la Cruz.

Leed el Evangelio con ansia de aclarar cuanto decimos, y veréis cómo en todos los misterios y estados de Jesús hay algo de ese sacrificio que le conducirá poco a poco hasta la cumbre del Calvario; tan esencial es a su divina Persona el carácter de pontífice, de mediador y salvador. No llegaremos nunca a comprender la verdadera fisonomía de la persona de Cristo sino teniendo constantemente a la vista su misión redentora por el sacrificio e inmolación de Sí mismo.

Por esto, cuando dice san Pablo que él lo reduce todo *«al conocimiento del misterio de Jesús»*, a continuación añade: *«y de Jesús crucificado»* ¹.

Veamos de probar esta afirmación: Cristo nace en la desnudez más completa; las iras persecutorias de un tirano le ponen en la precisión de huir a tierra extraña; conoce la labor obscura y trabajosa en el taller de Nazaret; durante su vida pública no tiene donde reclinar su cabeza; está expuesto a los tiros de las persecuciones de los fariseos, sus enemigos declarados; experimenta la sed, siente el hambre, le rinde la fatiga. Mucho más aún: su corazón arde en vivos deseos de consumir su sacrificio ².

Hay en Cristo Jesús como una especie de delirio por sacrificarse. Abramos el Evangelio y veamos cómo nuestro divino Salvador empieza a descubrir poco a poco a sus Apóstoles el misterio de su Pasión, con objeto de no asustarlos. Un día les decía que era necesario subir a Jerusalén, donde había de padecer acerbos tormentos y aun la pena de muerte. Al oírlo san Pedro exclamó angustiado: *«¡Señor, que jamás tal te suceda!»*

Más acto seguido le replica Jesús: *«Apártate de mí, Sa-*

1. I Cor., II, 2.

2. Luc., XII, 50.

tanás, porque me sirves de escándalo, y no entiendes las cosas de Dios: no tienes sino ideas humanas»¹.

En medio de los esplendores de su Transfiguración en el Tabor, ¿qué conversación sostuvo el Salvador con Moisés y con Elías? La próxima Pasión fué el objeto de todos sus coloquios.

Es que Cristo tenía una sed grande de dar a su Padre la gloria que su sacrificio iba a procurarle². Quiere cumplirlo todo, hasta la última tilde. Cuando la agonía, las angustias y los dolores se acumulan en su alma, los siente tan profundamente, que exclama: «Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz»; con todo, quiere se cumpla la voluntad de su Padre: «Sin embargo de ello, hágase tu voluntad y no la mía»³.

Finalmente, consuma su inmolación en el Calvario, y antes de exhalar el último suspiro, puede decir que ha realizado en toda su extensión el programa que el Padre celestial le encomendara»⁴. Este grito final de la Víctima divina sobre el leño de la Cruz responde al «He aquí que vengo», de la Encarnación en el seno purísimo de Nuestra Señora la Virgen María.

III

La ofrenda que Cristo hiciera de sí mismo fué plena, total y continua; pero compendia diferentes actos.

Primeramente, el de *adoración*.

En la Trinidad santísima, el Hijo es todo para su Padre, refiriéndole, por decirlo así, todo lo que es.

Desde la Encarnación del Verbo, la Humanidad es arrastrada como por inefable corriente del Hijo a su Padre. Siendo el hombre creado e inferior a la divinidad, no puede traducir este movimiento sino en la adoración, pero adoración intensa y perfecta. Unida que fué al Verbo la humanidad, ésta quedó en Jesús como abismada en profunda adoración y como anonadada ante la presencia de la majestad di-

1. MATTH., XVI, 21-23; MARC., VIII, 31-33.

2. *Ibid.*, V, 18.

3. *Ibid.*, XXV, 39; cf. MARC., XIV, 36; LUC., XXII, 42.

4. JOAN., XIX, 30.

vina del Verbo eterno, cuyas infinitas perfecciones contemplaba por la visión beatífica.

La oblación de Jesús contenía también *la acción de gracias*.

No cabe duda que todas las gracias, de todas las misericordias que Dios puede hacer, la mayor, la más eminente es la concedida a la humanidad santísima de Jesús. «Dios la predestinó, la escogió entre todas, *prae consortibus suis*, para ser la humanidad de su Hijo, para unirla en unión inefable a su Verbo; una gracia única que sobrepuja a todo cuanto el espíritu humano puede alcanzar en punto a comunicación de la divinidad a una simple criatura. Saciada el alma de Jesús por esta unión con las delicias de la divinidad, se deshacía en acción de gracias.

Si a nosotros mismos nos sucede que no sabemos cómo expresar a nuestro Padre celestial la gratitud de nuestro corazón, ¿cuál no sería ésta en el alma de Jesucristo por la gracia inefable que se veía hendida y por todos los privilegios incomparables derivados de su unión con el Verbo, no sólo a título personal, sino también como Cabeza del cuerpo místico?

La expiación es otro acto que acompañaba a la oblación. La raza, de la cual el Verbo tomó su humanidad para unirse a ella, es una raza pecadora y caída de su grandeza: el Verbo tomó carne de pecado¹.

Cierto, el pecado no llegó jamás a tocarle personalmente². Él es el Cristo, esto es, el Pontífice por excelencia, el Pontífice, dice san Pablo, «tal cual habíamos menester para que su ofrenda fuese agradable a Dios: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos»³. No obstante esto, su Padre le cargó con los pecados de todos los hombres⁴. Jesús, según la gráfica expresión del Apóstol, se hizo «pecado por nosotros»⁵, y por esta razón, la ofrenda que presentó de sí mismo al Padre en el momento de la Encarnación, implicaba la pobreza del pesebre, las humillaciones de la vida oculta, las fatigas y las luchas de la vida pública, los terrores de la agonía, las ignominias de la Pasión y los tormentos de una muerte sangrienta. Aunque Cristo era Dios, no quiso retener como

1. ROM., VIII, 3.

2. HEBR., IV, 15; cf. II, 17.

3. *Ibid.*, VII, 26.

4. ISA., LIII, 6.

5. II COR., V, 21.

un derecho injusto el poder igualarse a Dios; sino que se humilló tomando la condición de una naturaleza creada y servil, siendo semejante en todo a los hombres, y manifestándose al mundo en el aspecto de un hombre, se abajó más aún, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz ¹.

La muerte de Jesucristo en el Calvario constituía por sí misma una expiación de valor infinito, no sólo porque Cristo era Dios, sino también porque sus humillaciones llegaron a un término máximo en este orden de cosas.

Al morir Cristo en la Cruz, aceptó por nosotros el ser tenido como el desecho, el maldito del mundo ²; y su alma escogió desde la entrada en el mundo este anonadamiento inaudito, a trueque de expiar el pecado, juntamente con todo el séquito de humillaciones, ignominias y dolores.

Por fin, en su oblación encontramos la *impetración*, o lo que es lo mismo, la suplicación. Nada nos dice el Evangelio de la oración de Cristo por nosotros en el instante de su Encarnación, ni siquiera durante su vida pública, si bien es verdad que san Lucas afirma que pasaba las noches en oración ³. San Juan nos ha conservado el texto de la oración que Jesús hizo por sus discípulos y por nosotros en la última Cena, en el momento de inaugurar su Pasión y dar cima a su Sacrificio: es la oración sacerdotal de Jesús; la página más hermosa y luciente de todo el Evangelio. ¿Quién duda que esta oración es el resumen y eco final de todas las que Cristo había dirigido a su Padre durante toda su vida?

«Padre mío, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti, ya que le has dado autoridad sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has dado... Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti... Por ellos ruego yo ahora... porque tuyos son... ¡Oh Padre Santo, guarda en tu nombre a estos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa por el amor, así como nosotros lo somos en la naturaleza... Hago esta oración estando todavía en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que yo tengo... No te pido que los saques del mundo, sino

1. PHILIP., II, 7, 8.

2. Salmo XXI, 7.

3. LUC., VI, 12.

que los preserves del mal... Yo por amor de ellos me sacrifico, me ofrezco por víctima a mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en verdad... Pero no ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación, para que todos sean una misma cosa, como tú, Padre mío, estás en mí y yo en ti... ¡Padre! quiero que aquellos que tú me has dado estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado, porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo»¹. ¡Oh qué súplica y qué corazón el corazón de donde brotó! Ese corazón era el de Jesús, Pontífice supremo de todo el género humano, nuestro pontífice, en el momento de ir a hacerse nuestro sacrificio y hostia. ¡Ah!, ¿cómo podríamos dudar del poder de Cristo? ¿Cómo nos desalentamos y desfallecemos, después de saber que Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, dirigió esta tan preciosa oración al Padre en el momento de glorificarle con una gloria infinita al inmolarse por nuestros pecados?

¡Oh Cristo Jesús!, decid por nosotros una y mil veces esta oración: «Padre mío, libra de mal a aquellos que me has entregado... a fin de que ellos posean mi gozo... y que ese gozo sea cumplido y verdadero... para que disfruten de mi gloria... para que sean uno en nosotros!»...

IV

La oración de Jesús fué oída, y la inmolación nos mereció gracias abundantes de perdón, de justificación, de unión, de vida, de alegría, de gloria.

San Pablo dice que Cristo fué establecido supremo Pontífice del género humano desde la Encarnación, y luego afirma que «Cristo, en los días de su carne mortal, ofreciendo plegarias y súplicas con grande clamor y lágrimas a aquel que podía salvarle de la muerte, fué oído en vista de su piedad. Y aunque era Hijo de Dios, aprendió (como hombre), y por las cosas que padeció, a obedecer. Y así consumado y sacrificado en la cruz, vino a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen»². Buscando san

1. JOAN., XVII.

2. HEBR., V, 7-8.

Pablo el origen de nuestra santificación, la encuentra en la oblación ofrecida por Jesús en el momento de su entrada en este mundo; pues esta ofrenda encerraba en germen el desarrollo final, que es la inmolación del Calvario: «Por esta voluntad somos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez para siempre»¹.

Así, pues, se ve claro que todas las gracias, cualesquiera que ellas sean, fluyen a nosotros de la cruz; no hay ni una siquiera que no sea precio del amor y de la sangre de Jesús; el sacerdocio le hace a Cristo nuestro Mediador único y siempre atendido. Plenamente convencido el Apóstol de esto, exclama: «¿Cómo Dios, después de habernos dado a su Hijo, dejará de darnos cualquiera otra cosa?»². «Henos aquí ricos, dice el Apóstol, y tan ricos que en adelante ya no nos faltará gracia alguna»³.

¡Oh!, qué confianza más ciega e inquebrantable no debiera engendrar en nosotros esta divina revelación! Todo lo encontramos en Cristo Jesús, todo lo poseemos en Él, y si de verdad lo deseamos, nada nos falta en Él; Él es nuestra salvación, la fuente de nuestra perfección y de toda nuestra santificación. Es tan grande nuestro Pontífice, tan extenso su sacerdocio, que aun ahora, Cristo cumple perfectamente su papel de mediador y continúa su sacrificio en orden a nuestra santificación y al del mundo entero.

Pero ¿cómo se verifica esto?

Primeramente en el cielo. Allí es donde el misterio aparece más admirable. El sacerdocio eterno de Jesucristo contiene verdaderos abismos ocultos a la mirada de los hombres, pero cuyos resplandores nos hacen entrever entre celajes san Pablo y san Juan, el primero en la Epístola a los Hebreos, y en su Apocalipsis el segundo⁴.

El Apóstol ha escogido expresiones magníficas para ensalzar el sacerdocio eterno de Jesús. «Cristo está sentado a la diestra de su Majestad divina, en lo más encumbrado de los cielos»⁵. En Jesús, Hijo de Dios, poseemos todos un Pontífice grande, que penetró en los cielos⁶. Jesucristo penetró por todos nosotros en el santuario de los cielos, como

1. HEBR., X, 10.
2. ROM., VIII, 32.
3. I COR., I, 7.

4. Cf. V, 6.
5. HEBR., XII, 2.
6. *Ibid.*, IV, 14.

precursor, en calidad de Pontífice sumo¹. Porque vive y permanecerá eternamente, por eso posee un sacerdocio que no tiene fin... viviendo siempre para interceder por nosotros, encumbrado como está por encima de todos los cielos². Tenemos, pues, un Pontífice supremo que se ha sentado a la derecha del trono de la Majestad divina, como ministro único del verdadero santuario no hecho por manos de hombre»³.

Todas estas expresiones, por cierto bien notables, nos muestran que en el cielo Cristo Jesús sigue siendo por toda la eternidad nuestro Pontífice, y perpetúa su oblación por nosotros.

Sin duda no olvida san Pablo que sólo hay un sacrificio, el de la cruz⁴. Este sacrificio es tan único y definitivo, que no puede haber otro alguno.

Así como en el Antiguo Testamento, continúa el mismo Apóstol, cada año el gran sacerdote, después de haber ofrecido el sacrificio en el primer tabernáculo del Templo, penetraba solo en el Santo de los Santos llevando en sus manos la sangre de las víctimas y terminaba su obra de pontífice presentándose al Señor, de igual modo Cristo, ofrecido el sacrificio sobre la tierra, entró una vez para siempre, por su propia sangre, no en un tabernáculo edificado de mano de hombres, sino en el santuario de la divinidad⁵. Así consuma en la gloria su oficio divino de mediador⁶.

¿Qué hace, en qué se ocupa Cristo en este santuario?
¿Cuál es su obra?

Cierto que Cristo no puede ya merecer; la obra de merecer terminó en el momento mismo de exhalar en la Cruz su último aliento; el tiempo de aplicarnos esos méritos, eso es lo que aún permanece. Y es esto precisamente lo que hace Nuestro Señor. En adelante le encontraremos en presencia de su Padre para interceder por nosotros⁷. Cristo, reinando en el cielo *semper-vivens*, viviendo siempre, pues la «muerte no tiene ya imperio sobre él»⁸, ofrece por nosotros a su Padre un continuo sacrificio que ya ha siglos tuvo lugar, pero que aún subsiste en su divina persona;

1. HEBR., VI, 20.

2. *Ibid.*, VII, 24-26.

3. *Ibid.*, IX, 24.

4. *Ibid.*, X, 14.

5. HEBR., IX, 12.

6. *Ibid.*, IX, 26.

7. *Ibid.*, IX, 24.

8. ROM., VI, 9.

muestra a su Padre sus cinco llagas, cuyas cicatrices ha querido conservar, para que sean el testimonio más fiel y la prenda más segura de su inmolación en la cruz; en nombre de la Iglesia, cuyo Jefe es, une a su oblación nuestras adoraciones, homenajes, oraciones y súplicas, en fin, nuestras acciones de gracias.

Estamos presentes continuamente en el pensamiento de nuestro compasivo Pontífice; para obrar nuestra santificación están todos sus méritos, satisfacciones y sacrificio, siempre actuales, siempre eficaces.

Así, pues, en el cielo está y estará hasta el fin de los siglos el sacrificio que Jesucristo celebra para nosotros de manera sublime y eminente; sacrificio sin solución de continuidad con su inmolación en la cruz.

Ahora comprendemos mejor cómo, después de ponderar la grandeza y poder de Cristo como Pontífice, nos hace san Pablo esta perentoria exhortación: «Ahora, pues, que tenemos en Jesús, Hijo de Dios, un Pontífice excelente que penetró en los cielos, permanezcamos firmes en la profesión de nuestra fe». ¿Qué fe es ésta? La fe en Jesucristo, mediador supremo, la fe en el valor infinito de su sacrificio y de sus méritos, la fe en lo ilimitado de su divino poder. «Lleguémonos, continúa el Apóstol, lleguémonos con entera confianza al trono de la gracia para poder obtener misericordia y ser socorridos en tiempo oportuno»¹.

En efecto, ¿qué gracia podría negarnos este Pontífice que supo compadecerse de nuestras flaquezas, miserias y sufrimientos, ya que, para asemejarse en todo a nosotros, por todas ellas quiso pasar Pontífice tan poderoso, que siendo Hijo de Dios, trata con su Padre como de igual a igual²; Pontífice que quiere unirse al hombre tan íntimamente como la cabeza lo está con sus miembros? ¿Qué gracias de indulgencia, de perfección, de santidad no puede esperar un alma que busca sinceramente unirse a Él por la fe, por la confianza, por el amor? ¿No es, por ventura, «el Pontífice de los bienes futuros»³, o no posee *«el poder de obrar mucho más infinitamente que todo lo que nosotros pensamos o pedimos?»*⁴.

1. HEBR., IV, 16.

2. JOAN., XVII, 24.

3. HEBR., IX, 11.

4. EPHES., III, 20.

Por eso la Iglesia, que conoce a su Esposo mejor que nadie puede conocerle, no dirige oración alguna al Padre celestial, no le pide gracia alguna ni merced sin apoyar su petición en la señal de la cruz, sin hacer mención de Jesucristo, nuestro Salvador y Pontífice. Esta es la fórmula diaria del culto litúrgico, a saciedad repetida. Además de ser el reconocimiento incesante de la mediación universal de Cristo, es también la confesión más explícita y solemne de su divinidad; por eso añade a continuación: «Que vive y reina con Vos Padre y con vuestro común Espíritu, por todos los siglos de los siglos.

V

Hemos expuesto, siguiendo a san Pablo, la obra de Cristo Pontífice en los cielos; pero muy lejos está de nosotros el pensar que hayamos sondeado los abismos y arcanos del sacerdocio de Jesús.

El cielo tiene su oblación eminente, inefable, pero continua y gloriosa. El Verbo encarnado no dejó la tierra sin antes establecer un sacrificio, y este sacrificio es la santa Misa, que sirve de memorial y reproduce místicamente la inmolación del Gólgota. El sacrificio de la Cruz, como antes hemos dicho, es el único sacrificio; él solo basta por todos y para todo; pero Nuestro Señor quiso que se renovase diariamente para aplicar sus frutos a las almas. Expondremos esta verdad más extensamente, cuando contemplemos el misterio santísimo de la Eucaristía. Ahora sólo se dirá cómo nuestro Pontífice perpetúa aquí abajo su sacrificio.

Cristo eligió algunos hombres, y les dió una participación real de su sacerdocio. Esos hombres son los sacerdotes que el Obispo consagra el día de la ordenación.

Extendiendo él las manos sobre aquel a quien va a consagrar, invoca al Espíritu Santo, rogándole que descienda al alma del ordenando. En este momento podrían aplicarse al sacerdote las palabras del Ángel a María: «El Espíritu Santo vendrá a ti»¹. El Espíritu Santo le envuelve y penetra,

1. Luc., I, 35.

y obra en su alma una semejanza y una unión tan estrecha con Jesucristo, que, como Cristo, permanecerá sacerdote por toda la eternidad. La tradición cristiana ha denominado al sacerdote «otro Cristo». Efectivamente, el sacerdote ha sido escogido como Cristo y en nombre de Cristo para ser mediador entre el cielo y la tierra. Estamos en presencia de una realidad sobrenatural, y, si no, veámoslo: cuando el sacerdote ofrece el sacrificio de la Misa, donde se reproduce el sacrificio del Calvario, el celebrante se identifica con Cristo. Y así vemos que no dice: «Éste es el cuerpo de Cristo, ésta es la sangre de Cristo» (si así dijera no habría sacrificio), sino que dice: «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre».

Desde este momento, el sacerdote, consagrado a Dios por el Espíritu Santo, queda constituido, como Cristo, en Pontífice y mediador entre Dios y los hombres, o mejor, es la mediación única de Cristo que se prolonga a este mundo en el curso de los tiempos, por el ministerio de los sacerdotes. El sacerdote ofrece a Dios sobre el altar, en nombre de los fieles, el sacrificio eucarístico; y desde el altar administra al pueblo la santa Víctima, el Pan de vida, y juntamente con él, todos los dones y todas las gracias. El altar es el centro de la religión de Jesús en la tierra, del mismo modo que el Calvario es como la cumbre de su vida. Todos los misterios de la vida terrenal de Jesús convergen en un punto, que es su inmolación sobre la cruz, y de ella reciben su esplendor todos los estados de su vida gloriosa.

Así se ve por qué la Iglesia no conmemora ni celebra misterio alguno de Jesús sin ofrecer el santo sacrificio de la Misa. Todo el culto público, organizado por ella, gravita en derredor del altar; todo ese conjunto de lecturas, de oraciones, de alabanzas y homenajes que se llama el oficio divino y que tan bien recuerda y ensalza los misterios de Cristo, no tiene, se puede decir, otro objeto que servir como de engaste a la perla preciosa del sacrificio eucarístico.

Cualquiera, pues, que sea el misterio de Jesús que celebremos, si lo contemplamos y meditamos con la Iglesia, no encontraremos medio más apto, para participar perfectamente y con gran fruto de él, que el de asistir llenos de fe y de acción al sacrificio de la Misa, y unirnos, por la comunión, a la divina Víctima inmolada por nosotros sobre el altar.

Se cuenta en la vida de María de Oignies que Nuestro Señor solía aparecérselle en el Santísimo Sacramento revestido cual convenía al misterio cuya memoria se hacía en aquel día ¹.

Gracias a Dios, no tenemos que envidiar este gran favor hecho a aquella sierva de Dios, pues, por la comunión, Cristo, no sólo se manifiesta al alma, sino que viene a ella y se comunica todo entero, y viene a nuestra alma juntamente con su humanidad de Pontífice compasivo, que sabe nuestras debilidades, y con la virtud de su divinidad, y puede levantarnos a sí a la derecha de su Padre. No viene a nosotros para manifestarse, sino más bien para rogar a su Padre en nosotros y con nosotros; para ofrendarle homenajes divinos, para unirse a nuestros ruegos, y sobre todo, para realizar en lo más íntimo de nuestra alma, mediante su Santo Espíritu, el fruto de cada uno de sus misterios.

Ya habréis notado más de una vez cómo la acción de gracias que sigue a la santa oblación y a la comunión (postcomunión) toma diversas modalidades de expresión según los diferentes motivos que se celebren.

¿Qué indica esto? Que por la comunión, Cristo procura nazcan en nosotros los mismos pensamientos, los mismos sentimientos que Él experimentó viviendo el misterio que se celebra ese día, y, por consiguiente, quiere aplicarnos los frutos particulares y las gracias propias de este misterio. Esto es precisamente lo que pide la Iglesia en la postcomunión de la fiesta del Rosario: en ella solemniza la unión de la Madre del Verbo encarnado a todos los misterios de su Hijo Jesús. ¿Qué pide, pues, en la oración de la Misa? Lo que sigue: trae a la memoria a Dios, «cuyo Unigénito nos mereció las recompensas de la salvación eterna por su vida, muerte y resurrección». Luego pide «que al honrar estos misterios, imitemos lo que encierran y obtengamos lo que prometen». En los mismos pensamientos abunda la «postcomunión» de la fiesta: «Haced, Señor, que obtengamos las gracias anejas a los misterios cuya memoria solemnizamos».

Así, poco a poco y como sin advertirlo, se realiza nuestra identificación con Jesucristo ². ¿Acaso no es ésta la fórmula

1. P. FADER, *El Santísimo Sacramento*, t. II, l. IV, c. 6.

2. PHILIP., II, 5.

misma de nuestra predestinación eterna: «Ser hechos semejantes a la imagen de su Hijo»? ¹.

Tales son los rasgos esenciales y característicos de la persona y de la obra de Jesucristo. El Verbo eterno, encarnado por nosotros, viene a ser nuestro Pontífice y nuestro mediador, por sus misterios y por su sacrificio. Mediador que conoce nuestras necesidades, porque para eso se hizo hombre como nosotros; mediador todopoderoso, porque es Dios juntamente con el Padre y el Espíritu Santo; mediador cuyo oficio es incesante, en el cielo por su oblación eterna y en la tierra por el sacrificio eucarístico.

Cristo lleva a cabo esta obra sólo por nosotros; *pro nobis*. Cristo nos salva por su sacrificio para asociarnos después a su gloria.

¡Oh Señor! ¿quién descubrirá lo inefables que son los designios de vuestra sabiduría? ¿Quién podrá celebrar debidamente la grandeza del don que vos nos hacéis? ¿quién os devolverá dignas acciones de gracias por tan insignes beneficios?

1. ROM., VIII, 29.

II

Los misterios de Jesucristo

VI. Las preparaciones divinas

SUMARIO. — Por qué quiso Dios prolongar durante cuarenta siglos las preparaciones de la Encarnación. — I. Cómo la Sabiduría eterna, recordando y precisando, por la voz de los profetas, la promesa primitiva de un Redentor, preparó las almas de los justos del Antiguo Testamento a la venida del Verbo encarnado. — II. San Juan Bautista, precursor del Verbo encarnado, resume y supera a todos los Profetas. — III. Aunque vivamos en la plenitud de los tiempos, el Espíritu Santo quiere que la Iglesia nos recuerde cada año estas preparaciones divinas: triple razón de esta economía sobrenatural. — IV. Disposiciones que se requieren para que la venida de Cristo produzca en nuestras almas la plenitud de sus frutos: pureza de corazón, humildad, confianza, santos deseos y unión de sentimientos con la Santísima Virgen.

Todas las bendiciones que del cielo nos vienen traen su origen de la elección que hizo Dios de nuestras almas, desde toda la eternidad, para que sean «santas e inmaculadas en su presencia»¹. En este amorosísimo decreto divino están nuestra predestinación adoptiva de hijos de Dios y todo el conjunto de favores que son su natural consecuencia.

Ahora bien, como dice san Pablo, esta adopción nos ha sido dada por la gracia de Jesucristo, enviado por Dios en la plenitud de los tiempos².

Este plan eterno de Dios, de enviar su propio Hijo a este mundo para rescatar al género humano³, perdido por la culpa, y devolverle todos sus derechos y títulos a la herencia de hijos y la bienaventuranza eterna, es la obra maestra de

1. *EPHES.*, I, 4.

2. *GAL.*, IV, 4-5.

3. *Ibid.*

su sabiduría y amor. El mirar de Dios no es como el nuestro; sus pensamientos superan a los nuestros como se alza el cielo por encima de la tierra; pero donde brilla de un modo sorprendente la grandeza de los caminos de nuestro Dios es en la obra de la Encarnación y de la Redención. Tan grande es esta obra, y anda tan estrechamente unida con la vida de la Santísima Trinidad, que ha permanecido oculta durante siglos enteros en las profundidades de los secretos divinos ¹.

Como sabéis, Dios ha querido preparar al género humano durante cuatro mil años a la revelación de este misterio. ¿Por qué Dios quiso retrasar tantos siglos la venida de su Hijo? — Como simples criaturas que somos no podemos ni siquiera vislumbrar el último porqué de las condiciones en que Dios realiza sus obras; es Él un Ser infinitamente soberano, que no ha menester de consejeros ². Pero como es también la Sabiduría misma la que dispone todas las cosas con medida y equilibrio, con fuerza y suavidad ³, podemos indagar con timidez algunas de las conveniencias que hace brillar en sus misterios.

Era necesario que los hombres, que habían pecado por orgullo — Seréis como dioses ⁴ —, quedasen como obligados, por una experiencia prolongada de su impotencia y de su negra miseria, a reconocer la necesidad absoluta que tenían de un Redentor y de aspirar por Él con todas las ansias de su alma ⁵.

En efecto, toda la religión del Antiguo Testamento se resume en este grito que brotaba sin cesar del corazón de los patriarcas y de los justos: «¡Envíennos los cielos su rocío! ¡Ábrase la tierra y nos dé al Salvador!» ⁶. La idea de un Redentor futuro flota sobre toda la Ley Antigua; todos sus ritos, símbolos y sacrificios le figuran ⁷; todos los votos y deseos se concentran en Él. Según la hermosa expresión de un autor de los primeros siglos, el Antiguo Testamento llevaba a Jesucristo en su seno ⁸. La religión de Israel consistía en la expectación del Mesías Redentor.

1. EPHES., III, 9.

2. Cf. ROM., XI, 34.

3. Cf. La gran antífona *O sapientia*.

4. GEN., III, 5.

5. Cf. THOM., III, q. 1, a. 5.

6. ISA., XLV, 8.

7. COR., X, II.

8. Apéndice de las obras de S. AGUSTÍN, Sermón CXCVI.

Además, la grandeza del misterio de la Encarnación y la majestad del Redentor exigían que su revelación a la raza humana se desarrollase poco a poco. El hombre, muy luego de su caída, no era digno de recibir, ni capaz de acoger la manifestación plena del Verbo Encarnado. A esto es debido el que, por una economía llena a la vez de sabiduría y de misericordia, Dios nos haya ido descorriendo paulatinamente el velo de este inefable misterio por boca de los Profetas; cuando el hombre estuviese suficientemente preparado, el Verbo, tantas veces anunciado y prometido con tanta frecuencia, y por tan largo tiempo esperado, aparecería en este mundo para ser nuestro Maestro. «De muchos modos y maneras habló Dios, en otro tiempo, a nuestros padres los profetas... pero últimamente nos ha hablado por su Hijo»¹.

Indicaré, pues, algunos rasgos de estas preparaciones divinas a la Encarnación. Por ellas veremos con qué sabiduría fué Dios disponiendo al género humano para recibir la salvación, y tendremos ocasión muy propicia de dar al «Padre de las misericordias»² fervientes acciones de gracias por habernos hecho vivir en la «plenitud de los tiempos»; pues perduran todavía aquellos afortunados tiempos en que concede a los hombres el don inestimable de su Hijo.

I

Ya sabéis cómo Dios empezó a revelar el misterio de la Encarnación desde la cuna misma del género humano. Prosternados Adán y Eva delante de su Creador, en la vergüenza y desesperación de su caída, no se atreven a levantar sus ojos al cielo. Mas he aquí que antes de pronunciar Dios la sentencia de su expulsión del Paraíso terrenal, hace llegar a sus oídos las primeras palabras de perdón y de esperanza. En lugar de ser malditos y arrojados para siempre de la presencia de su Creador, cual lo fueron los ángeles rebeldes, tendrán un redentor. Él será quien rom-

1. HEBR., I, 1.

2. II COR., I, 3.

perá el poderío que el demonio ha adquirido sobre ellos. Y como su ruina ha comenzado por la prevaricación de la mujer, por el hijo de una mujer quedará también efectuada la obra de la redención ¹.

Esto es lo que ha venido llamándose el «Protoevangelio», esto es, la primera palabra de salvación. Es la primera promesa de redención, la aurora de las divinas misericordias para la tierra prevaricadora; el primer rayo de esa luz que deberá vivificar un día al mundo; la primera manifestación, en fin, del misterio oculto en Dios desde toda la eternidad.

De aquí en adelante, toda la religión del linaje humano, y, más tarde, la religión del pueblo escogido, se concentra en torno de este «hijo de la mujer», de este *semen mulieris* que ha de salvar a los hombres.

A medida que los años pasan, Dios va precisando su promesa, cada vez de un modo más solemne y explícito. Asegura a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob que de su raza saldrá el germen bendito ². A Jacob agonizante le muestra que de la tribu de Judá vendrá «Aquel que ha de venir, el deseado de todos los pueblos» ³.

Las naciones, olvidadas de las revelaciones primitivas, se abismarán insensiblemente en el error; mas Dios escoge entonces un pueblo que será el depositario de sus promesas; y a este pueblo le recordará, siglo por siglo, esas mismas promesas, y las renovará y las hará más claras y abundantes: será la época de los profetas.

Si recorréis los vaticinios sagrados de los profetas de Israel, notaréis que los rasgos con que Dios va delineando la figura del Mesías futuro y precisa los caracteres de su misión, parecen a veces tan opuestos, que se diría no cabe se encuentren en la misma persona. Tan pronto atribuyen al Redentor prerrogativas que no pueden convenir más que a un Dios, tan pronto predicen a este Mesías un cúmulo de humillaciones, contradicciones y acerbos dolores cual no pudiera sufrir el más vil de todos los hombres. Por cualquier parte que lo miréis podréis notar ese extraño contraste. Tenemos de esto un caso en David, el rey grande y predilecto

1. GEN., III, 15.

2. Ibid., XXII, 18; Cf. GAL., III, 16.

3. Ibid., XLIX, 10.

de Dios. El Señor le jura establecer su dinastía para siempre; el Mesías saldrá de su real prosapia. Dios se le muestra como «su hijo y su Señor»¹; su hijo, por la humanidad, que tomará un día de una Virgen de su familia; su Señor, por la divinidad. David le contempla «en los esplendores santos, engendrado eternamente, antes que se levante la aurora, Pontífice supremo, cual otro Melquisedec², ungido y consagrado rey para reinar sobre nosotros por su dulzura, su verdad y su justicia»³. En una palabra, David lo ve ya como «Hijo de Dios mismo, al cual todas las naciones le serán dadas en herencia»⁴. San Pablo hace notar a los Hebreos que todas estas son prerrogativas exclusivas de Dios⁵.

Pero David contempla también sus manos y sus pies clavados, divididos sus vestidos y su túnica echada en suerte⁶; lo ve aliviar su sed con sal y vinagre⁷.

Después, he aquí el reverso de la medalla, he aquí los atributos divinos: «No será tocado por la corrupción del sepulcro, sino que, vencedor de la muerte, se sentará a la diestra de Dios»⁸.

No es menos fuerte este contraste en Isaías, el gran Vidente, tan preciso siempre y tan minucioso, que bien puede ser llamado el quinto Evangelista; se diría que cuenta hechos ocurridos, no que anuncia los futuros.

El Profeta, arrebatado hasta los cielos, proclama «inennarrable» la generación del Mesías⁹. Le da nombres que jamás llevó hombre alguno: «Se le llamará el admirable, el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz»¹⁰; nacido de una Virgen, será llamado Dios con nosotros, *Emmanuel*¹¹.

Isaías lo pinta levantándose como una aurora¹², y lo ve

1. Salmo CIX, 1; Cf. MATT., XXII, 41-45

2. *Ibid.* CIX, 3-4.

3. *Ibid.* XLIV, 5.

4. *Ibid.* II, 7-8.

5. HEBR., I, 13.

6. Salmo XXI, 17-19.

7. *Ibid.* LXXVIII, 22.

8. Salmo XV, 10.

9. ISA., LIII, 8.

10. *Ibid.*, IX, 6.

11. *Ibid.*, VII, 14.

12. *Ibid.*, LXII, 1.

cual astro que da vista a los ciegos y oído a los sordos, que hace hablar a los mudos y andar a los cojos ¹.

Lo presenta «establecido Rey y preceptor de las naciones paganas» ²; ve «los ídolos desplomarse ante su paso» ³, y oye prometer a Dios con juramento que delante de «este Salvador, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará su poder» ⁴.

Sin embargo de ello, este Redentor, cuyas glorias ensalza así el Profeta, será considerado como el último de los hombres, como un leproso, herido por Dios y saturado de oprobios: llevado a la muerte, como oveja al matadero; tenido como un criminal, porque el Señor ha querido aplastarle en la flaqueza ⁵.

En la mayor parte de los profetas, podréis notar esta oposición de rasgos con que describen la grandeza y las humillaciones, el poder y la debilidad, los padecimientos y la gloria del Mesías. Veréis con qué sabiduría tan condescendiente preparaba Dios los espíritus a la revelación del misterio inefable de un Hombre-Dios, Señor Supremo, que adoran todas las naciones y a la vez víctima divina por el pecado.

La economía de la misericordia divina estriba toda en la fe; este es «el fundamento y la raíz de toda justificación». Sin fe, la misma presencia material de Jesucristo no podría producir en las almas la plenitud de sus efectos.

Ahora bien, la fe se nos comunica por la acción interior del Espíritu Santo, cuando oímos, exponer las verdades divinas por los profetas y predicadores ⁶.

Al recordar Dios con tanta frecuencia sus antiguas promesas, al ir perfilando en los escritos proféticos la figura excelsa del futuro Redentor, quería producir en los corazones de los justos de la Antigua Ley las disposiciones requeridas para que la venida del Mesías les fuese provechosa. Cuanto más llenos de fe y de confianza estaban los justos de la Vieja Alianza en las promesas de los profetas; cuanto más ardiente era su deseo de verlas realizadas, tanto mejor preparados estaban para recibir los caudales de gracias

1. ISA., XXXV, 5-6.

2. *Ibid.*, I.V, 4.

3. *Ibid.*, II, 13-18.

4. *Ibid.*, XI.V, 23.

5. *Ibid.*, I.III, 3 seq.

6. ROM., X, 7.

que el Salvador del mundo traía consigo. Por esto la Santísima Virgen, Zacarías e Isabel, Simeón y Ana, con las otras almas fieles que vivían cuando vino Jesucristo, le reconocieron tan pronto y fueron inundados de sus ricos favores.

Veis como Dios se ha complacido en preparar los hombres a la venida de su Hijo a la tierra. San Pedro podía decir con toda verdad a los judíos, que «eran los hijos de los Profetas»¹, y san Pablo podía también escribir a los Hebreos: «que antes de enseñarlos por su Hijo en persona, Dios había hablado a sus padres de diversos modos»².

De ahí que los judíos fieles esperaran constantemente al Mesías. Su fe descubría en la persona de este Redentor un enviado divino, un ser, un Dios que debía poner fin a sus miserias y librarles del peso de sus culpas. No tienen más que un anhelo: «Enviad, Señor, al que debe venir»; ni otro deseo que ver con sus ojos la cara del Salvador de Israel. El Mesías prometido era el objetivo de todos los suspiros, de todas las voluntades, de todo el culto y de toda la Religión del Antiguo Testamento, que no es sino un adviento prolongado, cuya larga expectación se traduce en aquel ardiente llamamiento de Isaías³: «Enviad, Señor, al Cordero que ha de reinar sobre la tierra; dejen caer los cielos su rocío, y las nubes nos lluevan al justo»; «ábrase la tierra y nos dé su Salvador»⁴.

II

Hemos admirado los secretos caminos de la Sabiduría divina en las preparaciones al misterio del advenimiento del Hombre-Dios.

Dios guarda intacto el depósito de las promesas en su pueblo escogido por una larga serie de milagros, y las confirma y desarrolla sin cesar por las profecías y aun se

1. ACT., III, 25.

2. HEBR., I, 1.

3. ISAI., XVI, 1.

4. ISAI., XLV, 8.

sirve la divina Sabiduría de las diversas cautividades del pueblo judío prevaricador, para llevar el conocimiento de estas promesas a las naciones extranjeras, a las cuales conduce suavemente por el sendero de sus destinos.

Ni ignoráis cómo durante este largo período de cuarenta siglos, Dios, que «tiene los corazones de los reyes en su mano» ¹, y cuyo poder iguala a su sabiduría, funda y derriba, uno tras otro, los imperios más pujantes. Al imperio de Nínive, que se extiende hasta Egipto, hace suceder el de Babilonia. Luego, conforme a la profecía de Isaías, llama a su «servidor Ciro» ², rey de los persas y coloca en sus manos el cetro de Nabucodonosor. Después de Ciro, viene Alejandro, el amo del mundo, hasta tanto que Roma tome las riendas de todas las naciones y forme un imperio inmenso, cuya unidad y paz servirán para los misteriosos designios de la difusión del Evangelio.

Mas ya ha llegado la «plenitud de los tiempos» ³. El pecado y el error inundan el Universo; el hombre siente por fin la debilidad en que le retiene su orgullo; todos los pueblos tienden los brazos hacia este Libertador tantas veces prometido, y tan largo tiempo esperado ⁴.

Llegada que fué esta plenitud, Dios corona todas sus preparaciones enviando a san Juan Bautista, el último de los profetas, pero que será mayor que Moisés y mayor que Abraham, mayor que todos los nacidos de mujer ⁵. Es Jesucristo quien lo dice; y ¿en qué se funda?

En que Dios quiere hacerle su heraldo por excelencia, el propio precursor de su Hijo amado ⁶. Para realzar todavía más la gloria de este Hijo que va a enviar por fin al mundo, después de haberle prometido tantas veces, Dios se complace en sublimar la dignidad del precursor que ha de dar testimonio de haber aparecido por fin en la tierra la luz y la verdad ⁷. Dios le quiere grande, porque ha sido escogido para preceder tan de cerca al que ha de venir. Dios mide la

1. Cf. PROV., XXI, 1.

2. ISAI., XLV, 1.

3. GAL., IV, 4.

4. AGG., II, 8.

5. MATTH., XI, 11; Cf. LUC., VII, 28.

6. LUC., I, 76.

7. JOAN., I, 8.

grandeza de sus santos por la relación que tienen con su Hijo Jesús.

Ved cómo exalta a este Precursor, a fin de mostrarnos, por la excelencia de este último profeta, la dignidad de su Verbo. Se escoge de una familia santa como pocas: un ángel anuncia su nacimiento, le impone el nombre que ha de llevar, indica cuál será su excelsa misión. Dios le santifica en el seno de su madre, hace brillar los prodigios en derredor de su cuna, hasta el punto de que los venturosos testigos de estas maravillas se preguntan admirados: «¿Quién será este niño?»¹.

Más tarde, la santidad de Juan aparecerá tan grande, que los judíos vendrán a preguntarle si es el Cristo esperado. Pero él, con ser tan favorecido de la gracia divina, protesta que no es sino la voz que clama en el desierto: «Preparad el camino al Señor, porque está para venir»². Los otros profetas no vieron al Mesías sino de lejos; él le señalará con el dedo en términos tan claros que todos los corazones sinceros lo comprenderán: «He aquí al Cordero de Dios», por quien clama a voces todo el linaje humano; porque Él es quien ha de borrar los pecados del mundo³. «No le conocéis todavía, y, sin embargo de ello, está en medio de vosotros». «Es mayor que yo, porque existía antes que yo; es tan grande que no soy digno de desatar la correa de su calzado; tan grande que he visto al Espíritu bajar del cielo como una paloma y posarse sobre Él; yo le he visto, y doy testimonio que es el Hijo de Dios»⁴. El «que viene del cielo, dirá también, está por encima de todos y da testimonio de lo que ha visto y oído; el que es por Dios enviado, habla palabras de Dios, porque Dios no le da su Espíritu con medida; el Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en sus manos. El que cree en el Hijo, tiene la vida eterna, el que no cree en el Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios recaerá sobre él»⁵.

Estas son las últimas voces del Precursor; por ellas acabará de preparar las almas a recibir el Mesías. En efecto, cuando el Verbo encarnado, que es el único que puede decir palabras

1. LUC., I, 66.

2. JOAN., I, 23.

3. *Ibid.*, I, 29.

4. *Ibid.*, I, 26-27, 34 y 35.

5. *Ibid.*, 31 seq.

del cielo, porque permanece siempre en el seno del Padre ¹, haya comenzado su misión pública de Salvador, Juan desaparecerá y dará testimonio de la Verdad; pero derramando su sangre por ella.

El Mesías, cuya recepción vino a preparar, llegó por fin. Él era la Luz de la que Juan daba testimonio, y todos aquellos que en ella creen, tienen la vida eterna. En adelante, a Él solo habrá que decir: «Señor, ¿a quién iremos? Vos sólo poseéis palabras de vida eterna» ².

III

Nosotros tenemos la dicha inmensa de creer en esta luz que ha de «iluminar a todo hombre que viene a este mundo»; vivimos todavía en la «plenitud dichosa de los tiempos», no estamos privados, como los Patriarcas, de ver el reino del Mesías. Si no somos de los que han contemplado al Cristo en persona, oído sus palabras y vístole pasar, haciendo bien por todas partes, tenemos en cambio la dicha de pertenecer a esas naciones de las que David cantó que serían la herencia de Cristo».

Sin embargo de ello, el Espíritu Santo, que dirige a la Iglesia y es el primer autor de nuestra santificación, quiere que cada año consagre la liturgia un período de cuatro semanas para recordar los cuatro mil años de preparaciones divinas, y ponga todos los medios posibles para adornar nuestras almas con las disposiciones interiores en que vivían los judíos fieles esperando la venida del Mesías.

Pero me diréis quizás: Esta preparación para la venida de Cristo, esos deseos, esa expectación, estaban muy bien en las almas de los justos del Antiguo Testamento; pero ahora que Jesucristo ha venido, ¿para qué todo eso que no parece sino mera ficción?

Se puede responder con varias razones.

En primer lugar. Dios quiere ser alabado y bendecido en todas sus obras. Todas, en efecto, llevan el sello de su

1. JOAN., I, 18.

2. JOAN., VI, 69.

infinita sabiduría¹; 'todas son admirables tanto en su preparación como en su realización. Esto es sobre todo verdad tratándose de aquellas que se enderezan más directamente a la gloria de su Hijo, porque «la voluntad del Padre es que su Hijo sea siempre exaltado»². Dios quiere que nosotros admiremos sus operaciones, y demos gracias por haber preparado con tanta sabiduría y poder el reino de su Hijo entre nosotros, lo cual hacemos cuando recordamos las profecías y las promesas del Antiguo Testamento.

Dios quiso, además, que encontrásemos en estas preparaciones una confirmación de nuestra fe.

La razón de habernos dado señales tan distintas y precisas, de tantas y tan claras profecías, es que por ellas llegaremos a reconocer como Hijo suyo a Aquel que las realizó en su Persona.

Ved cómo, en el Evangelio, invitaba nuestro Señor mismo a sus discípulos a esta contemplación³, «revolved las Escrituras», les decía; esto es, los libros del Antiguo Testamento; escudriñadlas y las veréis llenas de mi nombre; porque «necesario es que se cumpla todo lo que se ha escrito de mí en los Salmos y en las Profecías»⁴. Aun después de su resurrección, lo vemos explicar a los discípulos de Emaús, a fin de robustecer su fe y disipar su tristeza, todo lo concerniente a él en las Sagradas Escrituras «comenzando por Moisés y recorriendo todos los Profetas»⁵. Así que, al leer las profecías que la Iglesia nos propone durante el Adviento, debemos decir con rendida fe, como los primeros discípulos de Jesús: «Hemos encontrado a Aquel que anunciaron los Profetas»⁶. Repitámoselo al mismo Jesucristo: Sí, Tú eres realmente Aquel que ha de venir; lo creemos y te adoramos, a Ti, que para salvar al mundo te dignaste tomar carne en el seno de una Virgen⁷.

Esta profesión de fe es muy agradable a Dios, y por lo mismo, no nos cansemos de repetirla. Como a sus Apóstoles, nuestro Señor podrá decirnos: «Mi Padre os ama, porque habéis creído que Yo soy su enviado»⁸.

Hay, por fin, una tercera razón, más profunda y más

1. Salmo CIII, 24.

2. Cf. JOAN., XII, 28.

3. JOAN., V, 39.

4. LUC., XXXV, 44.

5. Ibid., 27.

6. JOAN., I, 45.

7. Himno Te Deum.

8. JOAN., XVI, 27.

íntima. Jesucristo no vino a salvar sólo a los que entonces vivían, sino a los hombres todos, conforme se canta en el Credo: «Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos». La plenitud de los tiempos no se ha cerrado todavía, durará mientras haya escogidos que salvar.

Pero nuestro Señor Jesucristo, después de su Ascensión, dejó confiada la misión de salvar las almas a la Iglesia y sólo a ella.

Vosotros sois mis hijos, decía san Pablo, el Apóstol de Jesucristo entre los gentiles; os he engendrado en Cristo, para que se vaya formando en vosotros¹.

La Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús, trabaja en esa obra, haciéndonos contemplar cada año el misterio de su Esposo divino.

Porque, como os lo dije al empezar estas instrucciones, todos los misterios de Cristo rebosan de vida; no son únicamente una realidad histórica, cuyo recuerdo conmemoramos, sino una solemnidad que contiene en sí misma una gracia peculiar, una virtud especial, que debe hacernos vivir de la vida misma de Cristo, del que somos miembros, y pasar por todos sus estados.

Así, la Iglesia celebra en Navidad el nacimiento de su divino Esposo², y quiere prepararnos por las semanas de Adviento a la gracia de la venida de Jesucristo en nosotros. Es un hecho interior, misterioso, que se realiza en la fe, pero lleno de espiritual fecundidad.

Es verdad que Jesucristo mora ya en nosotros por la gracia santificante, que nos hace hijos de Dios, pero la Iglesia quiere que esta gracia de pecado, más limpia de imperfecciones, más despegada de nosotros mismos y de las criaturas³; quiere sobre todo hacernos comprender que Jesucristo, a cambio de la humanidad que toma de nosotros, nos dará su divinidad y se posesionará perfectamente de nosotros.

Será su venida, como la gracia de un nuevo nacimiento divino en nosotros: «Para que por tu gracia, y mediante este intercambio santo y sagrado, nos hagamos participantes de

1. GAL., IV, 19.

2. Salmo XVIII, 6.

3. Oración de la fiesta de Navidad.

aquella divinidad con la que fué unida tu substancia humana por el Verbo»¹.

Esta gracia es la que el Verbo encarnado nos ha merecido por su nacimiento en Belén; pero si es justo decir que ha nacido, vivido y muerto por nosotros ■■■², lo es también que la aplicación de sus méritos y la colación de sus gracias no se realiza en cada alma más que en la medida de sus disposiciones.

No participaremos de las gracias tan abundantes que el nacimiento de Jesucristo nos proporciona sino en relación con nuestras disposiciones. La Iglesia lo sabe muy bien, y por eso nada descuida a trueque de producir en nuestras almas esta disposición interior que reclama la venida de Cristo a ellas. No sólo nos dice por la boca del Precursor: «Preparad los caminos del Señor», sino que ella misma, como Esposa atenta a los deseos de su Esposo, como madre cuidadosa del bien de sus hijos, nos sugiere y nos da los medios de realizar esa necesaria preparación. Nos transporta, por decirlo así, a la Antigua Alianza, a fin de que nos apropiemos, pero en un sentido completamente sobrenatural, los sentimientos de los justos que suspiraban por la venida del Mesías.

Si nos dejamos guiar por ella, nuestras disposiciones serán perfectas, y la solemnidad del nacimiento de Jesús producirá en nosotros todos sus frutos de gracia, de luz y de vida.

IV

¿Cuáles son estas disposiciones? Pueden reducirse a cuatro:

La pureza de corazón. — ¿Quién fué el mejor dispuesto para la venida del Mesías? Sin duda alguna que la Virgen María. Cuando el Verbo vino a este mundo, encontró el corazón de esta Virgen perfectamente preparado y capaz de recibir los tesoros divinos con que se disponía a enriquecerla.

1. Secreto de la Misa de Medianoche.

2. II COR., V, 16.

¿Cuáles eran las disposiciones de su alma?

Seguramente que las poseía todas de un modo perfecto; pero hay una que brilla con un resplandor muy particular; es su pureza virginal. María es Virgen, y tiene en tanta estima su virginidad, que se lo hace notar al Ángel, cuando éste le propone el misterio de la maternidad divina.

Mas no sólo es Virgen, sino que su alma está limpia de toda mancha. La liturgia nos revela que el fin último de Dios, al conceder a María el privilegio único de la concepción inmaculada, era preparar a su Verbo una morada digna de Él¹. María debía ser la Madre de Dios, y esta excelsa dignidad pedía, no sólo que fuese Virgen, sino que aventajase su pureza a la de los Ángeles, y fuese un reflejo de los santos fulgores en los cuales el Padre eterno engendra a su Hijo². Dios es santo, tres veces santo, y los Ángeles, los Arcángeles y los Serafines cantan su infinita pureza: Santo, Santo, Santo³. El seno de Dios, refulgente de luz inmaculada, es la mansión natural del Hijo único de Dios; el Verbo está siempre en el seno del Padre; pero al encarnarse ha querido estar también, por una condescendencia inefable, en el seno de la Virgen Madre. Era, pues, menester que el tabernáculo, ofrecido por la Virgen, le recordase por su pureza incomparable el seno eterno en el que como Dios vive siempre⁴.

He aquí la primera disposición que inclina a Jesucristo hacia nosotros: una gran pureza. Pero siendo pecadores, no podemos ofrecer al Verbo, Cristo Jesús, esa inmaculada pureza que tanto ama. Pues ¿con qué la supliremos? — Con *la humildad*.

Dios posee en su seno al Hijo de sus complacencias, pero estrecha también con tierno abrazo a otro hijo, al hijo pródigo. Nuestro Señor mismo nos lo dice. Cuando, después de sus extravíos, ese hijo se vuelve a su padre, se humilla, se reconoce miserable e indigno, el padre, olvidándolo todo, le aprieta al punto contra su pecho y le recibe en su amistad⁵.

1. Oración de la fiesta de la Santísima Concepción.

2. Salmó CIX, 3.

3. ISA., VI, 3.

4. Sermo XII, in append. operum S. Ambrosii.

5. LUC., XV, 20.

No olvidemos que el Verbo, el Hijo, no tiene más voluntad que la de su Padre: Si se encarna y baja a la tierra, es para buscar a los pecadores y llevarlos a su Padre¹: Tan verdad es esto, que nuestro Señor gustará más tarde, con gran escándalo de los fariseos, de alternar con los pecadores, y sentarse a su mesa; permitirá a Magdalena que le bese los pies y se los riegue con sus lágrimas.

Si no tenemos la pureza de la Virgen María, pidamos al menos la humildad de Magdalena, el amor del arrepentimiento y de la penitencia. «Oh Cristo Jesús, yo no soy digno de que entréis en mí; mi corazón no será para vos una morada de pureza, la miseria habita en él; pero confieso y reconozco esa miseria; venir a librarme de ella, Vos que todo lo podéis». Esta oración, unida al espíritu de penitencia, atrae a Cristo, porque la humildad que se abaja hasta la nada rinde por lo mismo un homenaje a la bondad y poder de Jesús: «Al que se confía en Mí no le condenaré»².

La consideración de nuestra flaqueza debe, sin embargo de ello, estar muy lejos de desanimarnos. Cuanto más sentimos nuestra poquedad, tanto más debemos abrir nuestra alma a la confianza, porque al fin la salvación viene sólo de Cristo.

«Vosotros, log de corazón apocado, tened ánimo y no temáis; porque nuestro Dios va a venir, y Él nos salvará»³. Ved la confianza de los judíos en el Mesías. Para ellos el Mesías lo era todo; resumía todas las aspiraciones de Israel, los votos del pueblo, las esperanzas de la raza; sólo el contemplarle en lontananza debía saciar todos los anhelos de aquel pueblo, y, con sólo considerar el establecimiento del reino mesiánico, parece quedaban colmados sus dedos y aspiraciones.

¿Cuán confiadas e impacientes no se iban haciendo las ansias de los judíos! *¡Venid, Señor, no tardéis!*⁴, *mostradnos solamente vuestro rostro y seremos salvos*⁵.

Pero, cuánto mejor no se verifica todo esto, en nosotros que poseemos a Cristo Jesús, verdadero Dios y verdadero

1. MATTH., IX, 13; MARC., II, 17; LUC., V, 32.

2. JOAN., VI, 27.

3. Comunión del III domingo de Adviento. Cf. Isa., XXXV, 4.

4. Ali. del IV domingo de Adviento.

5. Salmo LXXIX, 4.

hombre? ¡Oh! si comprendiésemos bien lo que es la santa humanidad de Jesús, tendríamos en ella una confianza inquebrantable. En ella están todos los tesoros de ciencia y sabiduría: en ella permanece la divinidad misma; este Hombre-Dios que viene a nosotros es el Emmanuel, es «Dios con nosotros», es nuestro Hermano primogénito. El Verbo se ha desposado con nuestra naturaleza, ha tomado sobre sí nuestras flaquezas para experimentar lo que es el dolor; viene a nosotros para que participemos de su vida divina; cuantas gracias podamos esperar y apetecer, las posee Él con plenitud para repartirlas entre los hombres.

Las promesas que por la voz de sus profetas hacía Dios a su pueblo para encenderle en deseos del Mesías, son harto magníficas. Pero muchos judíos sólo las entendían en el sentido material y grosero de un reino temporal y político. Los bienes prometidos a los justos que esperaban al Salvador, no eran sino figura de las riquezas sobrenaturales que encontramos en Jesucristo; la mayor parte de los israelitas vivían de símbolos humanos; nosotros vivimos de la realidad divina, es decir, de la gracia de Jesús. La liturgia de Adviento nos habla sin cesar de misericordia, de redención, de salvación, de liberación, de luz, de abundancia, de alegría, de paz. «He aquí que el Señor va a venir; en el día de su nacimiento el mundo será inundado de luz»¹; «salta, pues, de gozo, Jerusalén, porque tu Salvador va a aparecer»²; «la paz llenará nuestra tierra cuando él se deje ver»³. Todas las bendiciones que pueden caer sobre un alma, Cristo las trae consigo⁴.

Dejemos, pues, que nuestros corazones rebosen de confianza en Aquel que ha de venir. Seremos muy gratos al Padre si creemos que su Hijo Jesús lo puede todo para la santificación de nuestras almas. Eso equivale a proclamar que Jesús es su igual y que el Padre se lo «ha dado todo».

Ni puede ser frustrada tal confianza. En la Misa del primer domingo de Adviento, la Iglesia nos lo asegura hasta tres veces: «Aquellos que os esperan, Señor, no serán confundidos».

1. Antífona de Laudes del I domingo de Adviento.

2. Antífona de Laudes del III domingo de Adviento.

3. Responsos de los Maitines del III domingo de Adviento.

4. ROM., VIII, 32.

Esta confianza se traducirá sobre todo en deseos ardientes de que Jesucristo reine en nosotros. — Estos deseos se hallan formulados también en la liturgia. Al mismo tiempo que pone ante nuestra vista y nos hace leer los vaticinios, sobre todo los de Isaías, la Iglesia pone en nuestros labios las aspiraciones y suspiros de los antiguos justos. Quiere ver preparadas para la venida de Cristo a nuestras almas, del mismo modo que Dios quería que los judíos estuviesen dispuestos a recibir a su Hijo: «Enviad, Señor, Aquel que habéis prometido»¹. «Ven, Señor, ven a perdonar los pecados de tu pueblo!»². «Señor, manifiesta tu misericordia y haz que aparezca el autor de nuestra salvación!»³. «Ven a librarnos, Señor, Dios omnipotente! Excita tu poder y ven!»⁴.

La Iglesia nos hace repetir sin cesar estas aspiraciones; hagámoslas nuestras con fe, y Jesucristo nos enriquecerá con sus gracias.

Sin duda que Dios es dueño de sus dones; es soberanamente libre, y nadie puede pedirle cuenta de sus preferencias, aunque en la vida ordinaria de su Providencia, procura atender a nuestros deseos⁵. Cristo se da en la medida del deseo que tenemos de recibirle; y los deseos aumentan la capacidad del alma⁶.

Por consiguiente, si queremos que el nacimiento de Cristo procure gran gloria a la Santísima Trinidad, y mucho consuelo al corazón del Verbo encarnado, y sea fuente copiosa de gracias para la Iglesia y para nosotros, procuremos purificar nuestros corazones; seamos humildes, pero confiados, y sobre todo, dilatemos nuestras almas por medio de grandes y fervientes deseos.

Pidamos también a la Santísima Virgen que nos haga participar de los sentimientos que la animaban durante los días benditos anteriores al nacimiento de Jesús.

La Iglesia ha querido, ¿y qué cosa más justa?, que su pensamiento llenase la liturgia de Adviento; sin cesar canta

1. GEN., XLIX, 8.

2. All. del IV domingo de Adviento.

3. Ofertorio del II domingo de Adviento.

4. Oración del IV domingo de Adviento.

5. Salmo IX, 17.

6. *Ibid.*, LXXX, 2.

la fecundidad de una Virgen, fecundidad admirable, que llena a la naturaleza de asombro ¹.

El seno virginal de María era un santuario inmaculado en el que se quemaba el incienso muy puro de su adoración y de sus homenajes.

Llega a los límites de lo inefable la vida interior de la Virgen durante esos días. ¡Qué unión tan íntima con el Niño Dios que llevaba en su seno! El alma de Jesús estaba, por la visión beatífica, sumida en la luz divina; y los destellos de esa luz irradiaban sobre la Madre. A los ojos de los Ángeles, María aparece cual «mujer revestida de sol» ², y envuelta en los celestiales resplandores que salían de su Hijo. Sol verdadero de justicia.

¡Cuáles no serían los sentimientos y cuán rendida la fe de María! A impulsos de esa misma fe, la Virgen revolvía en su corazón purísimo aquellos misterios inefables y reunía como en precioso ramillete las aspiraciones todas, los anhelos y votos de todo el género humano, que desde tanto tiempo estaba esperando con ansias a su Salvador y a su Dios. ¡Cuáles, pues, no serían sus encendidos deseos! ¡Qué confianza tan firme la suya! ¡En qué ardores de amor no se derretiría su virginal corazón!

Esta humilde Virgen es la reina de los patriarcas, vástago de su noble y santa prosapia. y el Niño que luego dará al mundo es aquel que resume en su persona toda la magnificencia de las antiguas promesas.

Ella es también la reina de los profetas, puesto que dará a luz al Verbo eterno, por quien hablaban todos los profetas; su Hijo realizará todas las profecías, y Él mismo anuncia a los pueblos la «buena nueva de la redención» ³.

Pidámosle humildemente que nos haga entrar en sus disposiciones. Ella escuchará nuestra oración, y nosotros tendremos la inmensa dicha de ver a Cristo nacer de nuevo en nuestros corazones por la comunicación de una gracia más abundante, y podremos gustar con la Virgen la verdad de aquellas palabras de san Juan: «El Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; nosotros le hemos visto lleno de gracia, y de su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia» ⁴.

1. Antífona *Alma Redemptoris Mater*.

2. *Apocalipsis*, XII, 1.

3. *I. UC.*, IV, 10.

4. *JOAN.*, I, 14 y 16.

SUMARIO. — El misterio de la Encarnación se reduce a un intercambio admirable entre la Divinidad y la Humanidad. — I. Primer acto de este intercambio: El Verbo eterno nos pide una naturaleza humana para unirla en unión personal: *Creator... animatum corpus sumens*. — II. Segundo acto: Al encarnarse el Verbo, nos hace participar de su Divinidad: *Largitus est nobis suam deitatem*. — III. Este cambio aparece todavía más admirable por la manera como se opera. La Encarnación hace a Dios visible, para que podamos escucharle e imitarle. — IV. Nos muestra a Dios pasible y capaz de expiar nuestros pecados mediante sus padecimientos y curarnos con sus humillaciones. — V. Debemos participar de este comercio por medio de la fe, porque los que han recibido al Verbo hecho carne, creyendo en Él, podrán llegar a ser hijos de Dios.

La venida del Hijo de Dios a la tierra fué tan fausto acontecimiento, que quiso Dios irlo preparando durante muchos siglos; de modo que ritos y sacrificios, figuras y símbolos mosaicos nos hablaban ya de Cristo, predicho y anunciado por boca de los profetas, que, unos tras otros, se van sucediendo en Israel. Mas ya no son ellos sino el Hijo mismo de Dios quien viene a instruirnos¹. Porque Cristo no vino sólo para los judíos de su tiempo, sino que bajó del cielo para bien de todos los hombres. Vino a distribuir a todas las almas la gracia que por su nacimiento nos mereció. Guiada la Iglesia por el Espíritu Santo, ha hecho suyos los suspiros de los Patriarcas, las aspiraciones de los antiguos justos, y los anhelos del pueblo escogido para ponerlos en nuestros labios y llenar nuestro corazón, queriendo nos

1. BERN., I, 1.

preparemos al advenimiento de Cristo, como si cada año en nuestra presencia se renovase. Ved también cómo al conmemorar la Iglesia la venida de su divino Esposo a la tierra, despliega el esplendor de sus pompas y celebra con todas las galas de su esplendor litúrgico el nacimiento del «Príncipe de paz»¹, del «Sol de justicia»², que aparece en medio de «nuestras tinieblas para iluminar a todo hombre que viene a este mundo»³; además, otorga ese día a sus sacerdotes el privilegio de ofrecer tres veces el santo sacrificio de la Misa.

Estas fiestas, tan grandiosas cuanto embelesadoras, evocan en nuestra memoria el recuerdo de los Ángeles que cantan en los altares la gloria del recién Nacido, el recuerdo de los pastores, de aquellas almas sencillas que acuden a adorarle en el pesebre; el recuerdo de los Magos que vienen desde el Oriente a rendirle sus adoraciones y ofrecerle sus ricos presentes.

Y, con todo, semejante fiesta, aun cuando se alargue por toda una octava, es efímera y pasa como todas las de la tierra. ¿Será solamente el resplandor de una fiesta de un solo día lo que mueve a la Iglesia a exigirnos tan larga preparación? De ninguna manera. Pues ¿a qué obedece ella? Al hecho de que la contemplación de este misterio ofrece a nuestras almas una gracia de elección.

Os dije al principio de estas instrucciones que todos los misterios de Cristo, además de constituir un hecho histórico realizado en el tiempo, contienen también gracia propia, destinada al alimento y vida de nuestras almas. ¿Cuál es, me diréis, la gracia peculiar de este misterio de Navidad? ¿De qué gracia se trata, cuando quiere la Iglesia que con tanto cuidado nos dispongamos a recibirla? ¿Qué fruto hemos de sacar de la contemplación del Niño Dios?

La Iglesia misma nos lo indica en la Misa de medianoche. Después de haber ofrecido el pan y el vino que dentro de breves instantes se convertirán, por virtud de la consagración, en el cuerpo y sangre de Jesucristo, resume sus anhelos y deseos en la siguiente oración: «Dignaos, Señor, aceptar la oblación que os presentamos en

1. ISA., IX, 6.

2. MALACII., IV, 2.

3. JOAN., I, 5-9.

la solemnidad de este día, y haced que por vuestra gracia y mediante este intercambio santo y sagrado, nos hagamos partícipes de aquella divinidad con la cual fué unida vuestra substancia humana por el Verbo»¹. Pedimos, pues, la gracia de compartir aquella divinidad, a la que fué unida nuestra humanidad, en la cual se verifica una especie de comercio con el mismo Dios. Él toma nuestra naturaleza humana al encarnarse, y en cambio nos comunica una participación de su naturaleza divina. Pensamiento que está expresado todavía de un modo más explícito en la secreta de la segunda Misa. «Haced, Señor, que nuestras ofrendas sean conformes con los misterios de Navidad, que hoy celebramos; y que, así como el Hombre que acaba de nacer resplandece también como Dios, así también esta substancia terrestre (a que se une) nos comunique todo cuanto en Él hay de divino»². Hacerse participantes de la Divinidad con la cual se halla unida nuestra humanidad, en la persona de Cristo, y recibir este don mediante esta misma humanidad, he ahí la gracia propia del misterio de este día. Es una transacción humano-divina; el Niño que hoy nace es hombre y Dios; y la naturaleza humana que Dios asume ha de servir de instrumento para comunicar su divinidad. Nuestras ofrendas serán «conformes a los misterios significados por el Nacimiento de este día», si — mediante la contemplación de la obra divina en Belén y la recepción del Sacramento Eucarístico — participamos de la vida eterna que Cristo quiere comunicarnos por medio de su humanidad. ¡Oh admirable comercio — cantaremos el día de la Octava —; el Creador del género humano vistiéndose de un cuerpo animado, ha tenido a bien nacer de una Virgen; y apareciendo como hombre aquí en la tierra, nos ha hecho participantes de su divinidad!»³

Parémonos unos instantes a admirar con la Iglesia este mutuo préstamo entre la criatura y el Creador, entre el cielo y la tierra, que constituye toda la esencia del misterio de Navidad. Veamos cuáles son los actos y la materia, y de qué modo se realiza; y después, consideraremos qué frutos se derivan para nosotros y qué obligaciones nos impone.

1. Secreta de la Misa de Nochebuena.

2. Secreta de la Misa de la Aurora.

3. Aut. Oct. Nativitatis.

8. *Id.* en sus misterios

Trasladémonos a la gruta de Belén y contemplemos al niño reclinado en el pesebre. ¿Qué es a los ojos de un profano, de un habitante de aquel pueblecito que acudiera por casualidad al establo, después del nacimiento de Jesús? No vería sino un niño que acaba de nacer, teniendo por madre a una mujer de Nazaret; un hijo de Adán como nosotros, puesto que sus padres se han hecho inscribir en los registros del empadronamiento; puede fijarse la línea de sus progenitores desde Abraham hasta David, desde David a José y su Madre. No es más que un hombre, o mejor todavía, un niño, un niño débil que sostiene su vida con un sorbito de leche. Tal aparece a los sentidos aquella criatura diminuta que ve reclinada sobre la paja; y de hecho, muchos judíos no vieron en Él otra cosa. Más tarde oiréis a sus compatriotas preguntarse, extrañados de su sabiduría, de dónde podía venirle su saber, puesto que nunca había aprendido letras el hijo del pobre carpintero¹. Pero a los ojos de la fe, hay una vida harto más elevada que la vida humana y que anima a este Niño: posee la vida divina. ¿Qué nos dice de Él la fe? ¿Qué revelación nos hace?

La fe pregona, en una palabra, que este Niño es el propio Hijo de Dios, el Verbo, la segunda persona de la adorabilísima Trinidad, el Hijo que recibe de su Padre la vida divina mediante una comunicación inefable². Posee la naturaleza divina con todas sus infinitas perfecciones y Dios le engendra con una generación eterna, en medio de los resplandores de los cielos³. A esta divina filiación de Cristo en el seno del Padre, que se celebra en la Misa de medianoche, es a quien se dirige en primer lugar nuestra adoración. En la Misa de la Aurora celebraremos el Nacimiento de Cristo según la carne, el Nacimiento en Belén; por fin, la tercera Misa honrará el advenimiento de Cristo a vuestras almas.

Envuelta enteramente en las nubes del misterio, la Misa de medianoche principia con aquellas palabras solemnes:

1. MATH. I, XVIII, 75.

2. JOAN., I, 26.

3. Salmo CIX, 3.

Dominus dixit ad me: Filius meus es tu; ego hodie genui te, es el grito que exhala el alma de Cristo unida a la Persona del Verbo, y que por primera vez revela a la tierra lo que oyen los cielos desde toda la eternidad: *Dicho me ha el Señor: Tú eres mi Hijo a quien hoy he engendrado*. Este «hoy» es el día de la eternidad, día sin aurora y sin ocaso. El Padre celestial contempla ahora a su Hijo encarnado, y el Verbo, no por haberse hecho hombre, deja de ser Dios, sino que al hacerse Hijo del hombre, permanece Hijo de Dios. La primera mirada que reposa sobre Cristo, el primer amor de que se ve rodeado, es la mirada y el amor de su Padre ¹. ¡Oh, qué contemplación y qué amor!

Cristo es el Hijo único del Padre; esa es su gloria esencial; es igual y consubstancial al Padre, Dios de Dios, luz de luz. Por Él fueron hechas todas las cosas, y nada de cuanto existe se hizo sin Él. Por este Hijo fueron criados los siglos; Él es quien sostiene todos los seres con el poder de su palabra.

Él es quien desde el principio sacó la tierra de la nada, y los cielos, que son obra de sus manos, envejecerán como un vestido, y se cambiarán como un cobertor; mas Él es siempre el mismo y sus años son eternos ². Pues bien, este Verbo se hizo carne.

Adoremos a Cristo encarnado por nosotros ³. Un Dios se reviste de nuestra humanidad; concebido por misteriosa operación del Espíritu Santo en el seno de María, Cristo es engendrado de la más pura substancia de la sangre de la Virgen, haciéndole semejante a nosotros la vida que de ella recibe.

Aquí nos habla la fe: este niño es el Verbo de Dios encarnado; es el creador del género humano. Sí, ahora necesita un «poquito de leche» para alimentarse; pero de su mano reciben su alimento los pajarillos del cielo.

Contemplad al Niño récostado en el pesebre. Cerrados sus ojitos, duerme sin manifestar a nadie lo que es, semejante en la apariencia a los demás niños, aunque en cuanto Dios y en cuanto Verbo eterno, juzgaba ya desde ese mismo momento a las almas que ante Él comparecían. En cuanto

1. JOAN., XV, 9.

2. HEBR., I., Epístola de la misa del día.

3. Invitatorio de Maitines.

hombre, le vemos reclinado sobre paja, y en cuanto Dios, sostiene el Universo y reina en los cielos¹. Este niño, que comenzará a crecer, es al propio tiempo eterno y de naturaleza divina que no sufre mutación alguna, el mismo que, nacido en el tiempo, precede a todo tiempo; el mismo que se aparece a los pastores de Belén siendo creador de todas las naciones, «ante quien ellas son como si no existieran»².

Vemos, pues, cómo a los ojos de la fe hay dos vidas en este Niño; dos vidas unidas de un modo indisoluble e inefable, porque en tal forma pertenece la naturaleza humana al Verbo, que sólo existe una sola persona, la persona del Verbo, la que con su propia existencia sostiene la naturaleza humana. Esta es perfecta en su especie³, sin que le falte nada de cuanto a su esencia compete. Este niño tiene un alma como la nuestra, cuerpo semejante al nuestro, inteligencia, voluntad, imaginación, sensibilidad, facultades como las nuestras, manifestándose en toda su existencia de treinta años como una de tantas criaturas, sólo que nunca cometió pecado⁴. Esta naturaleza humana, perfecta en sí misma, guardará su propia actividad y nativo esplendor. Entre estas dos vidas que Cristo posee de continuo, la divina, por su eterno movimiento en el seno del Padre, y la humana, que tuvo principio en el tiempo por su encarnación en el seno de una Virgen, no hay mezcla alguna ni confusión. Al hacerse hombre el Verbo, permaneció lo que era y tomó de nuestra naturaleza lo que no era. No absorbe lo divino a lo humano, ni lo humano aminora lo divino, sino que entrambas naturalezas constituyen una sola persona, que es la persona divina, aun cuando la naturaleza humana pertenezca al Verbo y sea propia del mismo⁵.

II

He aquí, pues, uno de los actos de este divino comercio: Dios toma nuestra naturaleza para unirse con ella mediante una unión personal.

1. Responso XII, Dom. infra Oct.

2. Isa., XI, 17.

3. Símbolo atribuído a san Atanasio.

4. HEBR., II, 17 IV, 15.

5. Antifona de Laudes de la oct. de Navidad.

¿Cuál es el otro acto? ¿qué nos dará Dios en cambio? No es que nos deba nada ¹, sino que como todo lo hace con sabiduría, no pudo tomar nuestra naturaleza sin un motivo plenamente digno de Él. Un don incomprensible, la participación real e íntima de su divina naturaleza es la moneda con que pagará a la humanidad el Verbo encarnado la cuenta de haberle nosotros prestado nuestra naturaleza.

Con esta participación había sido agraciado el primer hombre desde el momento mismo de su creación, y el don de la gracia con todo el espléndido cortejo de sus privilegios, hacía Adán semejante a Dios. Por el pecado del primer hombre, representante del género humano, destruyó e hizo imposible, por parte de la criatura, tan admirable e inaudita participación.

Sólo por restablecerla quiso encarnarse el Verbo, y para abrirnos de nuevo el camino del cielo y darnos la vida eterna, se hizo Dios hombre. Pues este niño, siendo el propio Hijo de Dios, posee, como su Padre, la vida divina, y en Él, juntamente con su Padre, habita corporalmente la plenitud de la divinidad ²; en Él se hallan reunidos los tesoros de la divinidad ³. Mas no los posee únicamente para Sí mismo; antes parece que sólo ansia comunicarnos la vida divina, que es Él mismo ⁴. Un Niño nos ha nacido y nos ha sido dado el Hijo ⁵.

Al hacernos participar de su cualidad de Hijo, nos constituye hijos de Dios; pues «llegada que fué la plenitud de los tiempos, enviémos Dios a su Hijo formado de una mujer, a fin de confetrirnos la adopción divina» ⁶. El ser Hijo de Dios, que Jesucristo lo tiene por naturaleza, lo tenemos nosotros por gracia. El Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre era el autor de nuestra generación divina ⁷. De modo que aun siendo el Hijo único, llegará a ser el primogénito de entre una multitud de hermanos ⁸. He aquí los dos actos del comercio admirable que Dios realiza entre

1. Salmo XV, 2.

2. COL., II, 9.

3. Cf. *Ibid.*, 3.

4. JOAN., X, 10.

5. Introito de la misa del día.

6. GAL., IV, 4.

7. Postcomunión de la misa de Navidad.

8. ROM., VIII, 29.

Él y nosotros: toma nuestra naturaleza con el fin de comunicarnos su divinidad; toma una vida humana para hacernos partícipes de su vida divina; hácese hombre para convertirnos en dioses ¹, y su nacimiento humano es el medio de que nosotros nazcamos a la vida divina.

En nosotros también habrá dos vidas; la una natural, que tenemos por nuestro nacimiento, según la carne, pero que, a los ojos de Dios, a consecuencia del pecado original, no sólo carece de mérito, sino que sale manchada y con feo boñón, que nos hace enemigos de Dios y reos de su justicia. Nacemos hijos de ira ². La otra vida es sobrenatural e infinitamente superior a los derechos y exigencias de nuestra naturaleza. Ésta es la que Dios nos comunica por su gracia después de habérmola merecido el Verbo encarnado. Dios nos engendra a esta segunda vida por medio de su Verbo y la infusión de su Espíritu en la pila bautismal ³; es una vida nueva que se agrega a nuestra vida natural, aunque superándola y perfeccionándola ⁴. Ella nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, dignos de participar un día de su bienaventuranza y de su gloria.

De estas dos vidas, la divina debe predominar en nosotros como en Jesucristo, aunque no se manifieste aún en Jesucristo Niño, y esté en nosotros casi siempre velada bajo las apariencias vulgares de una existencia ordinaria. La vida divina de la gracia es la que nos debe regir y gobernar, haciendo que sea agradable al Señor toda nuestra actividad natural, divinizada por la gracia. ¡Oh! si la contemplación del nacimiento de Jesús y la participación de este misterio, por medio de la recepción del Pan de vida, acabara de una vez con todo aquello que destruye la vida divina en nosotros: con el pecado, del cual viene Cristo a librarnos ⁵; con toda la imperfección, con todo el apego a la criatura, con todos los cuidados desordenados de las cosas deleznales ⁶; con las mezquinas preocupaciones y con nuestro necio amor propio!...

Ojalá nos fuercen a entregarnos del todo a nuestro Dios,

1. Sermón de san Agustín, núm. 128.

2. *EPHES.*, II, 3.

3. *JAC.*, I, 18.

4. *II COR.*, V, 17; *GAL.*, VI, 15.

5. Postcomunión de la Misa de la Aurora.

6. *TIT.*, II, 12.

como se lo prometimos el día santo de nuestro bautismo, cuando nacíamos a la vida divina. Ojalá nos muevan a cumplir generosamente con todas sus voluntades y con su santo beneplácito, cual lo hacía el Verbo encarnado al entrar en este mundo, y abundar en aquellas buenas obras que nos hacen gratos a Dios¹.

Entonces sí que la vida divina que nos trajo Jesús desde su nacimiento no encontraría ya más obstáculos e iría adquiriendo libremente su completo desarrollo para gloria de nuestro Padre celestial; entonces brillarían en nuestra conducta las enseñanzas con que el Verbo divino inunda nuestra fe mediante su nueva luz; entonces y con todas nuestras obras procedentes de la gracia, sí que celebraríamos dignamente el nacimiento de Cristo, conforme conviene a la grandeza del misterio y al don inefable que se nos hace².

III

Acaba de poner digno remate a este «admirable comercio» el modo peculiar de efectuarse. ¿Cuál es? ¿Cómo nos hace partícipes el Verbo encarnado de su vida divina? Por medio de su humanidad, la cual le servirá de instrumento para comunicarnos su divinidad; y esto por dos motivos, en los que brilla esplendorosa la eterna sabiduría: la humanidad hace a Dios *visible* y a la vez le hace *pasible*.

Le hace *visible*.

En este sentido canta la Iglesia con complacencia, haciendo suyas las expresiones con que el Apóstol san Pablo representa esta «aparición» de Dios entre nosotros³: «Apareció a todos los hombres la gracia de nuestro Dios y Salvador⁴. «Han aparecido la benignidad y la humanidad de Dios nuestro Señor»⁵. «Brillará hoy sobre nosotros la luz porque nos ha nacido el Señor; el Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros».

La Encarnación realiza esta maravilla inaudita de ver los

1. TIT., II, 14.

2. Secreto de la Misa de la Aurora.

3. TIT., II, 11.

4. *Ibid.*, III, 4.

5. Introito de la Misa de la Aurora.

hombres a Dios mismo, vivo entre ellos, y san Juan se complace en hacer resaltar este aspecto del misterio: el Verbo de vida era antes de todas las cosas, a ese mismo le hemos oído, le hemos visto con nuestros propios ojos; le hemos contemplado y palpado con nuestras manos. Aquel mismo que en el seno del Padre es la vida misma se ha manifestado a nosotros y de Él damos testimonio; y nosotros os anunciamos cuanto hemos visto y oído, a fin de que vuestro gozo sea cumplido¹. ¡Y qué gozo por cierto ver a todo un Dios que se manifiesta en nosotros, no ya con el resplandor de su omnipotencia que deslumbra, ni en la gloria indecible de su soberanía, sino bajo el velo de una humanidad pobre y humilde y débil que nosotros podemos ver y palpar!

Hubieramos podido espantarnos ante la majestad aterradora de Dios. Los israelitas llenos de temor y de terror se prosternaron en tierra al hablar Dios a Moisés en el Sinaí, entre el fragor pavoroso de relámpagos y truenos; mas nosotros nos vemos atraídos por los hechizos de un Dios hecho Niño. El Niño del Pesebre parece decirnos: «¿Tienes miedo de Dios?» Vano temor². No escuchéis a vuestra imaginación, no os forjéis un Dios por medio de deducciones filosóficas, no pidáis a la ciencia que os dé a conocer mis perfecciones. El verdadero Dios todopoderoso, el Dios revelado soy yo mismo, que vengo a vosotros con librea de pobreza, en medio de la humildad de la infancia; pero que daré un día mi vida por vosotros. Yo soy el resplandor de la gloria del Padre Eterno y la figura de sus substancias³, su Hijo único y Dios como Él. En mí aprenderéis a conocer sus perfecciones: su sabiduría y su bondad, su amor a los hombres y su misericordia para con los pecadores⁴. Venid a mí, pues aun cuando soy Dios, he querido ser hombre como vosotros, y no desecho a aquellos que se llegan a mí con confianza.

¿Por qué, me diréis, se ha dignado Dios hacerse visible?

Pues primero para instruirnos. En efecto, es Dios mismo quien nos habla por medio de su Hijo⁵; basta que escuche-

1. I JOAN., I, 1-4.

2. *Ibid.*, XIV, 9.

3. HEB., I, 3.

4. II COR., IV, 6.

5. HEB., I, 2.

mos a ese Hijo muy amado, para conocer cuanto Dios quiere de nosotros. El mismo Padre celestial es quien nos lo dice ¹. Y precisamente Jesús se complacerá en repetirnos que su doctrina es la misma de su Padre ². Además, hácese visible el Verbo a nuestras miradas, para mostrarnos el ejemplar que hemos de seguir; basta que miremos crecer a este niño, y le contemplemos cómo vive en medio de nosotros en cuanto hombre, para conocer cómo debemos nosotros vivir delante de Dios, ya que somos también hijos suyos. Porque todo cuanto hace, es agradable a su Padre ³. Él es la misma verdad, y, por tanto, mostrarnos ha, con sus enseñanzas y sus ejemplos, cuál es el camino. Si vivimos iluminados con su luz, seguiremos la verdadera senda que nos lleva a la vida ⁴; de tal modo que conociendo a Dios viviente como hombre en medio de nosotros, nos vemos impelidos hacia los bienes invisibles ⁵.

IV

La humanidad de Cristo hace a Dios visible; pero lo más estupendo todavía es que hace que Dios sea *pasible*.

Para poder destruir en nosotros el pecado, exigía la vida divina una cumplida satisfacción, una expiación, sin la cual era imposible recuperarla. Ahora bien, siendo el hombre simple criatura, estaba incapacitado para dar satisfacción por una ofensa de una malicia infinita, y, por otra parte, la Divinidad no podía sufrir ni expiar.

Dios no puede comunicarnos su vida, mientras no se borre el pecado, y conforme a inmutable decreto de la eterna Sabiduría, el pecado no puede ser borrado sino mediante una expiación dolorosa. ¿Cómo se resolverá este problema? Encontramos despejada la incógnita en la Encarnación.

Mirad el Niño de Belén, que es el Verbo hecho carne. La humanidad, incorporada al Verbo, es pasible; ella sufrirá y expiará.

1. MATTH., XVII, 5.

2. JOAN., VI, 16.

3. *Ibid.*, VIII, 29.

4. *Ibid.*, XIV, 6.

5. Prefacio de Navidad.

Tales sufrimientos y expiaciones, obras propias y muy propias de ella, pertenecerán, con todo, como la misma humanidad, al Verbo, y recibirán de la persona divina un valor infinito suficiente para rescatar el mundo, destruir el pecado y hacer aumentar la gracia en las almas, cual río impetuoso y fecundo ¹.

¡Oh comercio admirable! No nos paremos a indagar cómo pudo Dios obrarlo; miremos únicamente de qué modo lo realizará. El Verbo nos pide una naturaleza humana para hallar en ella un medio de padecer, un medio de expiar, un medio de merecer y colmarnos de bienes. El hombre se apartó de Dios por la carne y Dios libra al hombre haciéndose carne ².

La carne que asume el Verbo de Dios se convertirá en instrumento de salvación para toda carne. ¡Oh intercambio admirable!

Será menester esperar hasta la inmolación del Calvario para que la expiación sea completa; mas como nos lo enseña san Pablo, ya desde el primer instante de su Encarnación aceptó Cristo cumplir la voluntad de su Padre y se ofreció como víctima por todo el género humano ³.

Por esta oblación da principio Cristo a la obra de nuestra santificación, e inaugura en el pesebre aquella vida trabajosa que quiso sobrellevar por nuestra salvación, y cuyo término será el Gólgota, vida que destruye el pecado y nos devuelve la amistad de su Padre.

El pesebre no es más que la primera etapa, pero también el germen de todas las futuras penalidades. Por eso, en la fiesta de Navidad, atribuye la Iglesia nuestra salvación al nacimiento mismo temporal del Hijo de Dios: «Concédenos, oh Dios Omnipotente, que la nueva alianza de tu Hijo en la carne nos libre de la antigua servidumbre que nos tenía cautivos bajo el peso del pecado».

Veis por qué ya desde ahora se hace constante mención de salud, redención, salvación, vida eterna; es que la humanidad de Cristo, pontífice y mediador, sirve de vínculo de unión con Dios; esta humanidad comienza a manifestárenos ya en Belén.

1. Salmo LXV, 5.

2. Himno de Laudes de Navidad.

3. HEBR., X, 5.

Considerad igualmente cómo desde su nacimiento inicia la realización de su cometido. Decidme, si no, ¿qué es lo que destruye en nosotros la vida divina? El orgullo.

Por haber querido semejarse a Dios y conocer la ciencia del bien y del mal, perdieron Adán y Eva para sí, y también para su posteridad, la amistad divina.

El nuevo Adán, Jesucristo, opera nuestro rescate y nos torna de nuevo a Dios por medio de la humildad de su Encarnación; pues siendo Dios, anonadóse tomando librea de siervo, y haciéndose semejante a los hombres, aparece como hombre en todas sus manifestaciones¹. ¡Y qué humillaciones las suyas!

Verdad es que más tarde ensalzará la Iglesia, hasta lo más encumbrado de los cielos, su gloria prodigiosa de triunfador del pecado y de la muerte; pero en estos momentos, no conoce Cristo más que anonadamientos y humildad. Cuando fijamos nuestras miradas en aquel tierno niño, que en nada se diferencia de los demás, y vemos que es Dios, el Dios infinito en quien se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, siéntese el alma sobrecogida y confundido nuestro orgullo en presencia de tanta humillación y tanto abatimiento.

¿Qué fué, además, lo que nos perdió? Nuestra *falta de obediencia*. Mirad como nos da el Hijo de Dios ejemplo admirable de obediencia, como se entrega cual tierno niño en manos de sus padres, como se deja traer y llevar donde uno quiere. Ved cómo resume el Evangelio su infancia, su adolescencia y su juventud en estas solas palabras: «Estaba sumiso a María y a José».

¿Y qué más? — Nuestros *apetitos*: la concupiscencia de los ojos, todo el aparato y brillo que nos fascina y seduce, las inútiles y fugaces bagatelas que preferimos muchas veces al mismo Dios.

El Verbo se hizo carne, pero fué para nacer en la pobreza y abyección². El que era rico, se hizo pobre, y aunque «rey de los siglos»³, aunque con una sola palabra sacara de la nada toda la Creación, y «con sólo abrir su mano colme de bendiciones a todo ser viviente»⁴, no por eso nació en

1. PHIL., II, 6.

2. II COR., VIII, 9.

3. I TIM., I, 17.

4. Salmo CXLIV, 16.

un palacio, sino que, negándose a su madre albergue en la posada, tuvo que refugiarse en una caverna; y así, la Sabiduría eterna, nació por su voluntad en la más completa desnudez, siendo después recostada sobre la fría paja.

Si contemplamos con fe y amor al niño Jesús en su cuna, veremos en Él el ejemplo de muchas virtudes; y si sabemos prestar el oído de nuestro corazón a cuanto nos dice, aprenderemos muy sabias lecciones; si repasamos las circunstancias de su nacimiento, veremos cómo la humanidad sirve de instrumento al Verbo, no sólo para instruirnos, sino también para elevar, vivificar y hacer agradables nuestras almas a su Padre, y despegarnos de las cosas transitorias y de nosotros mismos para llevarlas hasta Él.

Revístese la divinidad de nuestra carne mortal, y por el hecho mismo de rebajarse Dios hasta vivir la más oscura vida humana, es elevado el hombre hasta lo divino ¹.

V

Por cualquier parte que dirijamos la mirada de nuestra fe considerando este comercio, y sean cuales fueren los detalles en que nos fijemos, siempre nos parecerá admirable.

¿Acaso no es admirable el parto de una Virgen? ². Una madre jovencita ha dado a luz al Rey cuyo nombre es eterno, uniendo la honra de la virginidad a las alegrías de la maternidad; nadie antes de ella vió tal prodigio, ni verá tampoco después otro semejante ³. «¿Por qué me admiráis, Hijas de Jerusalén? El misterio que en mí veis realizado es del todo divino» ⁴.

Admirable, por cierto, se nos presenta esta unión indisoluble, aunque sin confusión de la divinidad y de la humanidad en la persona única del Verbo. Admirable es este trueque divino, por los contrastes que caracterizan su realización: Dios nos da parte en su divinidad, si bien la humanidad que Él toma para comunicarnos su vida divina es débil y flaca,

1. SAN GREGORIO, *Hom. 2.^a in Evang.*

2. Antífona de la Octava de Navidad.

3. Antífona de Laudes.

4. Antífona de la Expectación.

sensible al dolor, *homo sciens infirmitatem*¹, accesible a la muerte, para que esta muerte nos devuelva la vida. Admirable es este camino en su origen, que no es otro sino el amor infinito que Dios nos profesa². «Tanto amó Dios al mundo, que le dió su Hijo Unigénito». Dejemos rebosar de gozo a nuestras almas, cantando con la Iglesia: «Un pequeñuelo ha nacido para nosotros y un Hijo nos ha sido dado».

Mas ¿de qué modo nos hace esta donación? «En semejanza de carne pecadora».

Por eso el amor que nos da en nuestra humanidad pasible con el fin de expiar el pecado, es un amor sin límites ni medida³.

Admirable es, por fin, este cambio en sus frutos y efectos, pues por él Dios nos devuelve su amistad y con ella el derecho de entrar en posesión de la herencia eterna, mirando de nuevo a la santa humanidad de su Hijo con amor y agrado infinitos. — De ahí que el gozo es uno de los sentimientos más característicos de la celebración de este misterio. Invítanos constantemente la Iglesia a la alegría, recordando las palabras del Ángel a los pastores: «Vengo a traer una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido el Salvador»⁴. Este gozo es el gozo de la libertad, de la herencia reconquistada, de la paz nuevamente encontrada, y, sobre todo, de la visión de Dios mismo, comunicada a los hombres⁵. Y no será gozo seguro si no permanecemos firmes en la gracia que nos viene del Salvador, y nos constituye en hermanos suyos.

Reconoce ¡oh cristiano! tu dignidad, exclama san León en un sermón que lee la Iglesia en esta santa noche, y una vez hecho participante de la divinidad, ¡guárdate bien de decaer de tan sublime estado!

¡Si conocieseis el don de Dios, decía nuestro Señor. si supieseis quién es el Hijo que os ha sido dado! ¡Si le recibieseis sobre todo cual Él se merece! No se diga de nosotros⁶: «Vino a sus propios compatriotas y los suyos no le recibieron».

1. ISA., I, III, 3.

2. JOAN., III, 16.

3. Antífona de la Octava de Navidad.

4. LUC., II, 10-11.

5. ISA., VII, 14.

6. Evangelio de la Misa del día.

Todos somos, por efecto de la Creación, del dominio divino y pertenencia suya; pero hay quienes no quisieron recibirle en este mundo. ¡Cuántos judíos y paganos rechazaron a Cristo tan sólo por verle en la humanidad de una carne pasible! Almas sumidas en las tinieblas del orgullo y de los sentidos. «Luz que luce en las tinieblas; mas éstas no pudieron dominarla».

Pues ¿cómo hemos de recibirle? Con fe. Aquellos que creyeron en su persona, en su palabra, en sus obras, aceptaron a este Niño como Dios, y por Él les fué dado ser hijos de Dios.

Tal es, en efecto, la disposición fundamental en que debemos estar para que este admirable comercio produzca en nosotros todos sus frutos. Únicamente la fe nos hará conocer los términos y el modo con que se realiza, y abundar en las profundidades de este misterio; ella sola nos dará el conocimiento verdadero y digno de Dios.

«El buey y el asno conocieron a su amo», escribía Isaías¹, columbrando ya este misterio. Esos brutos veían al Niño reclinado en el pesebre, pero sólo como lo podía ver un animal: veían su color, los movimientos del Niño, etc.; conocimiento, al fin, muy rudimentario, que no rebasó los límites de la ruda sensación, sin trascender más allá de lo que alcanzan los sentidos. Los transeúntes y cuantos llevados por la curiosidad se aproximaron a la gruta vieron, sí, al Niño, mas les pareció una de tantas criaturas, no descubriendo en Él nada de extraordinario y sobrenatural.

Acaso les causó admiración la hermosura singular del Niño, tal vez se compadecieron de su pobreza y desnudez, mas este sentimiento no fué muy profundo, y pronto lo vemos reemplazado por la indiferencia.

Allí se hallaban los pastores en su sencillez de corazón ilustrados por celestial resplandor², y sin duda le comprendieron mejor, reconociendo en aquel Niño al Mesías prometido y deseado³; y tributáronle los homenajes de fe y de amor, con lo que sus almas quedaron henchidas por mucho tiempo de santa paz y de alegría.

Los ángeles, asimismo, contemplaban al recién nacido, en

1. Cf. I, 3.

2. LUC., II, 9.

3. GEN., XLIX, 10.

el que veían a su Dios; al verlo se llenaban de estupor y admiración, considerando tan incomprensible abatimiento, pues no quiso unirse a su naturaleza, sino a la humana ¹.

¿Qué diremos de la Virgen cuando miraba a Jesús?

¡Cómo penetraba aquella mirada tan pura, tan humilde, tan tierna, tan llena de complacencia, en lo más recóndito de aquel misterio! No hay palabras para describir los esplendores divinos con que el alma de Jesús inundaba entonces el alma de su Madre, y las sublimes adoraciones, los perfectos homenajes, tributados por María a su hijo, y su Dios, en todos los estados y misterios cuya sustancia y raíz es la Encarnación.

Finalmente, se puede considerar al Padre Eterno mirando a su Hijo hecho carne por nosotros — si bien todo esto es inenarrable y excede a toda humana inteligencia. — El Padre celestial veía lo que jamás hombre alguno, ni ángel, ni siquiera la misma Virgen podrán jamás comprender: veía las perfecciones infinitas de la divinidad, ocultas bajo los velos de la infancia... y esta contemplación era venero de un gozo indecible: «Tú eres mi Hijo, mi Hijo muy amado, el Hijo de mi amor, en quien tengo puestas todas mis complacencias?» ².

Cuando contemplamos en Belén al Verbo encarnado, debemos elevarnos sobre nuestros sentidos, para no mirar sino con los ojos de la fe, la cual nos hace participantes, aun desde esta vida, del conocimiento que mutuamente se comunican las Personas divinas, sin que en este concepto haya exageración alguna. En efecto, la gracia santificante no hace partícipes de la naturaleza divina. Ahora bien, la actividad de la naturaleza divina consiste en el conocimiento y amor recíproco de las Personas divinas; luego participamos de su mismo conocimiento. — Y así como la gracia santificante, al dilatarse en la gloria, nos dará el derecho a contemplar a Dios como Él es, de igual manera, en este mundo, por entre las penumbras de la fe, la gracia nos permitirá penetrar con los ojos de Dios en las reconditeces de sus misterios ³.

Cuando nuestra fe se aviva y perfecciona, no se detiene

1. HEBR., II, 16.

2. MARC., I, 11; I. UC., IV, 22.

3. Prefacio de Navidad.

en lo exterior, en la corteza del misterio, sino que se interna en lo más secreto para contemplarlo con ojos divinos; pasa por la humanidad para penetrar hasta la divinidad, que aquélla unas veces nos encubre y otras nos manifiesta, y así vemos los misterios divinos en la luz divina.

Pasmada al considerar tamaña humillación, cae de hinojos el alma vivificada por esa fe, se entrega sin reserva, ansiosa de procurar la gloria de un Dios que, por amor a sus criaturas, oculta, bajo el velo de la humanidad, la magnificencia de sus insondables perfecciones: Adórale; no descansa hasta haberle adueñado de todo, y aun de sí misma, a trueque de llevar a cabo el cambio que quiere contratar con ella; hasta que no se lo someta todo, su ser y su actividad, a este su Rey pacífico, que viene con tanta magnificencia¹ a salvarla, a santificarla y a deificarla.

Acerquémonos, pues, al Niño-Dios, con fe ardiente, y sin echar de menos el no haber vivido en Belén para recibirle, pues el mismo se nos entrega realmente en la Sagrada Comunión, aunque nuestros sentidos no le reconozcan. En el tabernáculo y en el pesebre encontramos el mismo Dios, lleno de poder y majestad, el único Salvador lleno de bondad.

Ahora bien, si nosotros queremos, todavía se reproducirá el «admirable comercio», pues también en la sagrada mesa nos infunde Jesucristo la vida divina mediante su humanidad. Porque al comer su cuerpo y beber su sangre, uniéndonos a su humanidad, bebemos en la fuente misma de la vida eterna².

De este modo, cada día se estrechará más y más la unión entre Dios y el hombre por el misterio de la Encarnación. Al dárse nos en la Comunión, acrecienta Jesucristo en el alma fiel y generosa la vida de la gracia, que se vuelve más activa y se desarrolla pujante y vigorosa, confiriéndole además las prendas de aquella feliz inmortalidad cuyo germen es la gracia, y en la que el mismo Dios se nos comunicará en toda su plenitud y recorridos todos los velos³.

Éste será el coronamiento, magnífico y glorioso del inefable comercio inaugurado en Belén, en medio de la pobreza y las humillaciones del establo.

1. Antífona de las Vísperas de Navidad.

2. JOAN., VI, 55.

3. Postcomunión de la Misa del día.

VIII. La manifestación a los Magos

SUMARIO. — Dios, luz eterna, se manifiesta principalmente por la Encarnación. — I. La manifestación a los Magos significa la vocación de las naciones paganas a la luz del Evangelio. — II. Su fe, pronta y generosa, es dechado de la nuestra. — III. Conducta de los Magos al desaparecer la estrella. IV. Su intensa fe en Belén; simbolismo de los dones ofrecidos al Niño-Dios; cómo debemos imitarlos.

Siempre que el alma se halla en contacto un tanto íntimo con Dios, siéntese como envuelta en el misterio¹.

Fenómeno que responde y es consecuencia inevitable de la infinita distancia que separa a la criatura de su Criador; pues todo ente finito es aventajado por el que, desde toda la eternidad, es la plenitud misma del Ser. De ahí que uno de los caracteres más insondables del Ser divino sea su incomprendibilidad y su invisibilidad; pero todavía es más de admirar que sea invisible la misma luz divina aquí en la tierra.

«Dios es luz», dice san Juan; luz infinita «sin sombras ni tinieblas». Advierte el Apóstol con mucha insistencia que esta verdad constituye uno de los fundamentos de su Evangelio². Mas esta luz que nos baña con sus fulgores, en vez de revelar a Dios a los ojos de nuestra alma, parece que la oculta, sucediendo lo que con el sol, cuyos resplandores nos impiden contemplarlo: «Habita luz inaccesible»³. Esto no obstante, esta luz es la vida del alma. En la sagrada Escritura échase de ver que con frecuencia van asociadas

1. Salmo XCVI, 2.

2. I JOAN., I, 5.

3. I TIM., VI, 16.

estas dos ideas de luz y de vida ¹, igualmente, el salmista, al querer describirnos la eterna bienaventuranza cuyo origen radica en Dios, dice que «en Él se halla el principio de la vida»; y luego añade: «Y en tu luz veremos la luz» ². Asimismo, al declararse Nuestro Señor «la luz del mundo», dijo: «El que sigue mis pasos no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» ³. Nuestra vida, pues, en el cielo consistirá en conocer claramente la luz eterna, y en gozar de sus esplendorosos fulgores.

Durante la vida presente nos hace ya Dios partícipes de su luz, al dotar de inteligencia al alma humana ⁴. La razón constituye una verdadera luz para el hombre; y por eso, su natural actividad, si ha de ser digna de sí mismo, debe dirigirse por esta luz, reveladora del bien que ha de perseguir. Es tan potente ese foco, que de suyo basta para revelar al hombre la existencia de Dios y algunas de sus perfecciones. Escribiendo san Pablo a los fieles de Roma, declara a los paganos inexcusables ⁵ de no haber conocido a Dios, mediante la contemplación del Universo, obra de sus manos; pues las obras de Dios son como una huella, un reflejo de sus perfecciones, manifestando así, en cierto modo, con sus resplandores la luz infinita.

Pero existe otra manifestación más profunda, más misericordiosa, que Dios ha hecho de Sí mismo, y es la Encarnación.

La luz divina deslumbra demasiado para que pueda penetrar con todos sus esplendores en nuestra débil mirada, y por eso se ha descubierto «con los velos» de la humanidad; en frase de san Pablo ⁶. El Verbo, «resplandor de la luz eterna» ⁷, luz emanada de la luz, se revistió de nuestra carne para que, por entre ese celaje, pudiéramos contemplar la divinidad ⁸. Jesucristo es Dios puesto a nuestro alcance, aparecido de una existencia genuinamente humana. Sólo el velo de la humanidad impide que nos deslumbre el fulgor infinito y radiante de su divinidad. De este hombre irradian purísimos rayos a toda alma de buena voluntad, los cuales revelan ser Él también Dios. Iluminada el alma por la fe,

1. JOAN., I, 4.
2. Salmó XXXV, 9-10.
3. JOAN., VIII, 12.
4. Salmó IV, 7.

5. ROM., I, 20.
6. HEBR., X, 20.
7. SAB., VII, 26.
8. Prefacio de Navidad.

descubre los esplendores ocultos tras el velo de este santo de los santos.

La fe encuentra en el hombre mortal, que es Jesús, al mismo Dios, y encontrando a Dios, se sacia en la fuente de luz, de salvación y de vida inmortal¹.

Esta manifestación de Dios a los hombres es un arcano tan inaudito, y obra de tanta misericordia, que constituye uno de los caracteres más esenciales de la Encarnación. Por eso, en los primeros días de la Iglesia, no había día especial para festejar de una manera particular el nacimiento del Salvador en Belén, sino que se celebraba en la fiesta de las «Teofanías» o de las «manifestaciones divinas» en la persona del Verbo encarnado: manifestación a los Magos en Belén, junto al Jordán en el bautismo de Jesús, en las bodas de Caná, donde Cristo obró su primer milagro. Al pasar la fiesta de la Iglesia de Oriente a la de Occidente, conservó su nombre griego *Epifanía*, «manifestación», pero teniendo ya por casi exclusivo objeto la manifestación del Salvador a la gentilidad, a las naciones paganas, en la persona de los Magos.

Es bien conocido de todos el relato evangélico referente a la venida de los Magos a Belén, ilustrado luego y popularizado por la tradición². Diremos solamente algunas palabras respecto a la significación general del misterio, y luego al descender a ciertos detalles, señalaremos algunas de las enseñanzas que encierra, para fomentar nuestra piedad.

I

Los Padres de la Iglesia han visto en el llamamiento de los Magos a la cuna de Jesús la vocación de los pueblos paganos a la luz de la fe. Ésta es la característica del misterio, explícitamente señalada por la Iglesia en la oración en que resume los votos de sus hijos en esta solemnidad.

1. Prefacio de la Epifanía.

2. La mayoría de los autores colocan la venida de los Magos después de la presentación de Jesús en el templo, pero aquí seguiremos el orden indicado por la Iglesia, que, en su literatura, celebra la Epifanía el 6 de enero y la Presentación el 2 de febrero.

El Verbo encarnado se manifestó primeramente a los judíos en la persona de los pastores, por ser ellos el pueblo escogido, del cual debía salir el Mesías, hijo de David; a él se habían hecho las magníficas promesas cuya realización constituiría el reino mesiánico; a él le tenía Dios confiadas las Escrituras y la Ley; aquella Ley cuyos elementos no eran sino figura de la gracia que debía traernos Jesucristo. Por tanto, parecía justo que el Verbo encarnado se manifestase primero a los judíos.

Los pastores, gente sencilla y de recto corazón, representaron en el pesebre al pueblo escogido¹.

Más tarde, en su vida pública, se manifestaría Nuestro Señor a los judíos por la sabiduría de su doctrina y por la aureola de sus milagros. En efecto, podemos comprobar que su predicación se ciñó sólo a los judíos. — Ved, por ejemplo, qué responde Jesucristo a sus discípulos cuando abogan en favor de la mujer cananea, natural de las regiones infieles de Tiro y Sidón, al presentarse ella a Jesús pidiéndole un favor: «No he venido sino para las ovejas descarriadas de Israel»². Se necesitaba, en verdad, la fe viva y profunda humildad de aquella pobre pagana, para arrancar, por decirlo así, a Jesús la gracia que imploraba. — Cuando, en su vida pública, enviaba Nuestro Señor a sus Apóstoles a predicar como Él la buena nueva, les decía asimismo: «No vayáis a tierras de gentiles, ni os detengáis entre los samaritanos; antes por lo contrario, buscad las ovejas extraviadas de Israel»³. ¿Por qué encargo tan extraño? ¿Acaso habían sido excluidos los paganos de la gracia de la redención y de la salvación obtenida por Jesucristo? Ciertamente que no; pero es que, según el trazado del plan divino, estaba reservado a los Apóstoles la evangelización de las naciones paganas, después que los judíos, crucificando al Mesías, hubieron desechado definitivamente al Hijo de Dios; lo cual se cumplió al morir Nuestro Señor en la cruz, cuando el velo del templo se rasgó en dos partes, en señal de que había cesado la Alianza Antigua con el pueblo hebreo.

Muchos judíos, en efecto, no quisieron recibir a Cristo; el orgullo de unos y la sensualidad de otros obcecaron sus

1. LUC., II, 10-11.

2. MATTH., XV, 24.

3. *Ibid.*, X, 5-6.

almas hasta no aceptarle como Hijo de Dios. A ellos aludía san Juan cuando dijo: «La luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la vieron; bajó a su heredad y los suyos no le recibieron» ¹. Por eso decía Nuestro Señor a los judíos incrédulos: «El reino de Dios os será quitado y transferido a los gentiles» ².

Las naciones paganas fueron llamadas a ocupar la herencia prometida por el Padre Eterno a su Hijo Jesús ³. Nuestro Señor se decía a Sí mismo «el buen pastor que entrega su vida por sus ovejas», y añadía luego: «No tengo solamente ovejas entre mi pueblo, tengo también otras que no pertenecen a este aprisco», «es necesario que las traiga a mí; ellas oirán mi voz y no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor» ⁴. Por eso, antes de subir al cielo, envía a sus Apóstoles a continuar su misión salvadora, no sólo entre las ovejas perdidas de Israel, sino en todos los pueblos, dirigiéndoles las siguientes palabras: «Id, predicad a toda criatura y enseñad a todas las gentes... Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» ⁵.

Con todo eso, no esperó el Verbo encarnado a su ascensión para derramar entre la gentilidad la gracia de la buena nueva. Ya desde su aparición en este mundo, la invita al establo en la persona de los Magos. La Sabiduría eterna, como Él es, quiso mostrarnos así que era el portador de la paz ⁶, «no sólo a los que se hallaban cabe él» — los judíos fieles representados por los pastores —, sino también a los de lejanos países, cuales eran los paganos representados por los Magos. De este modo, «de dos pueblos, al decir de san Pablo, no resultaba sino uno solo», por ser Él uno, por la unión de su humanidad a la divinidad, el mediano perfecto, y «por quien únicamente tenemos entrada ante el Padre, en un solo y único Espíritu» ⁷.

La vocación de los Magos y su santificación significan el llamamiento de la gentilidad a la fe y a la salvación. Dios envía un ángel a los pastores, porque el pueblo escogido

1. JOAN., I, 5, 11.

2. MATTH., XXI, 43.

3. Salmo II, 4.

4. JOAN., X, 11, 16.

5. MATTH., XXVIII, 19-20; MARC., XVI, 15.

6. LUC., II, 14.

7. EPHES., II, 14, 17-18.

estaba avezado a las apariciones de los espíritus celestiales; pero a los Magos, observadores de los astros, se les aparece una maravillosa estrella, símbolo de la iluminación interior que irradia sobre las almas para llamarlas a Dios.

Cada una de las almas de los adultos es alumbrada a lo menos una vez, como los Magos, por la estrella de la vocación a la salvación eterna. A todos se da luz suficiente, y dogma de nuestra fe es que «Dios quiere salvar a todos los hombres»¹.

En el día del Juicio, todos, sin dejar uno, proclamarán con la convicción arrancada por la evidencia, la justicia infinita de Dios y la perfecta rectitud de sus sentencias². Los que por toda la eternidad haya Dios arrojado de Sí, reconocerán que ellos han sido los causantes de su perdición.

Pero no fuera esto verdadero si los pecitos no hubiesen tenido la posibilidad de conocer y recibir la luz divina de la fe, pues repugna, no sólo a la bondad infinita de Dios, sino también a su justicia el condenar a un alma sumida en invencible ignorancia.

Sin duda, la estrella conductora de los hombres a la fe, no es una misma para todos; tiene destellos y matices varios; pero su fulgor es asaz visible para que los corazones de buena voluntad puedan reconocerla y descubrir en ella la señal de la vocación divina, Dios, en su providencia sapientísima, varía incesantemente su acción. Incomprensible como Él mismo, la cambia, siguiendo las reales esplendides, siempre activas, de su amor, y las exigencias, siempre santas, de su justicia. Aquí debemos adorar, con san Pablo, «la profundidad insondable de los caminos de Dios, y proclamar cómo trasciende infinitamente a todo cuanto puede alcanzar el ojo humano». «¿Quién penetró jamás en los arcanos del Señor o fué su consejero?»³.

Nosotros hemos tenido la dicha de haber «visto la estrella» y de haber reconocido por Dios nuestro al Niño en el pesebre, y nos ha cabido la suerte de pertenecer a la Iglesia, cuyas primicias fueron los Magos.

En el oficio de la festividad, la liturgia denomina esta vocación de todo el género humano a la fe y a la salvación

1. I TIM., II, 4.

2. Salmo CXVIII. 137.

3. ROM., XI, 33.

en la persona de los Magos, «las bodas de la Iglesia con el Esposo». Mirad con qué alegría, y en qué términos tan magníficos y simbólicos, extractados del profeta Isaías, proclama, en la epístola de la Misa, el esplendor y gloria de esta Jerusalén espiritual, que debe acoger en su maternal regazo a las naciones: «Levántate y resplandece, Jerusalén, porque ha venido tu deseada luz y se ha manifestado sobre ti la gloria del Señor. Cuando las tinieblas cubran la tierra y la obscuridad los pueblos, nacerá sobre ti el Señor y verás en ti su gloria. Las gentes caminarán guiadas de tu luz y los reyes al resplandor de tu aurora. Alza tus ojos en derredor y mira: todos se han juntado y vienen a ti; de lejos vendrán tus hijos, y del lado surgirán tus hijas. Entonces verás y quedarás radiante de alegría y tu corazón se maravillará, y dilatará, porque te traerán las riquezas de la mar y los tesoros de las naciones» ¹.

Demos incesantemente acción de gracias por «habernos hecho dignos de compartir la herencia de los santos en la luz, al librarnos del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de su Hijo» ², es decir, a su Iglesia.

El llamamiento a la fe es un insigne beneficio, porque contiene en germen la vocación a la eterna bienaventuranza de la visión divina. No olvidemos que ella ha sido la alborada de todas las misericordias de Dios, y que la felicidad del hombre se resume en la fidelidad a esta vocación; la fe ha de conducirnos hasta la visión beatífica ³.

Debemos agradecer a Dios esta singular gracia de la fe cristiana, y esforzarnos en ser cada día más dignos de ella, defendiéndola contra todos los peligros a que la provoca el naturalismo, el escepticismo, la indiferencia o el respeto humano de nuestro siglo, y procurando ser siempre fieles en nuestra vida práctica a los dictados y normas de nuestra santa fe.

Pidamos también a Dios que otorgue este don preciadísimo de la fe a todas las almas que «de asiento yacen en las tinieblas y sombras de la muerte»; supliquemos al Señor que las ilumine con su estrella y que Él mismo sea «el Sol que las visite desde lo alto con su dulce misericordia» ⁴.

1. IS., LX, 1-5.

2. COL., I, 13.

3. Oración de la fiesta.

4. LUC., I, 78-79.

Mucho agrada a Nuestro Señor que pidamos sea conocido y glorificado como el Salvador de todos los hombres y Rey de los que dominan. Lo es asimismo al Padre eterno, pues no desea otra cosa sino la glorificación de su Hijo.

Repitamos muy a menudo, en estos santos días, la oración que el mismo Verbo encarnado ha puesto en nuestros labios: Oh Padre celestial, «Padre de las luces!», haced que llegue vuestro reino, el reino que tiene por jefe a vuestro Hijo Jesús: *Adveniat regnum tuum!* Sea vuestro Hijo cada vez más y más conocido, amado, servido y glorificado, para que a su vez, manifestándoos más aún a los hombres, os glorifique en la unidad de vuestro común Espíritu.

II

Si ahora volvemos la vista a algunos detalles de la narración evangélica, hallaremos cuán rico en enseñanzas es este misterio.

Queda dicho cómo los Magos en Belén representaban a los gentiles llamados a la luz del Evangelio. Su conducta nos demuestra las cualidades que deben adornar nuestra fe, empezando por una generosa fidelidad. Considerad a los Magos cuando ven la estrella. Cualquiera que haya sido su país natal — Persia, Caldea, Arabia o India —, según la tradición, pertenecían a una casta sacerdotal y se dedicaban al estudio de los astros. Muy probablemente no ignoraban tampoco la revelación hecha a los judíos, de un rey que sería su Libertador y el Señor del mundo. El profeta David, que había precisado la época de su venida, tuvo relaciones con esta clase de magos; y aun puede ser que la profecía de Balaam, de que «una estrella se levantaría sobre Jacob»¹, no les fuera del todo desconocida. Sea lo que quiera, conste que se les aparece una maravillosa estrella; sus extraordinarios fulgores, al herir sus ojos, cautivan su atención, y lleva a sus almas una gracia interior de ilustración. Para gracia háceles presentir la persona y las prerro-

gativas de aquel cuyo nacimiento anunciaba el astro, y al propio tiempo les inspira que vayan a su encuentro para ofrecerle sus homenajes.

Es admirable la fidelidad de los Magos a la inspiración de la gracia; no dan abrigo en su espíritu a la duda. No oponen reparo alguno, y ni la indiferencia, ni el escepticismo de su cortejo, ni la desaparición de la estrella, ni las dificultades inherentes a una expedición tan larga, penosa y peligrosa, los arredra; obedecen sin demora y con constancia al llamamiento divino: «Hemos visto, dicen, *la* estrella en Oriente y venimos»¹; nos hemos puesto en camino luego de habérseles mostrado.

Los Magos son, pues, nuestros maestros, bien se trate de la vocación a la fe, o del llamamiento a la perfección. Toda alma fiel está llamada a la santidad²: «Sed santos, porque yo soy santo». El Apóstol san Pablo nos asegura que desde toda la eternidad existe un decreto divino lleno de amor, que contiene este llamamiento³. Y «a los que él llama de este modo a la santidad, Dios hace que todo ocurra en su provecho»⁴. La manifestación de este llamamiento es su estrella, estrellas muy diferentes según los ocultos planes de Dios, según nuestro natural, las circunstancias en que vivimos y los sucesos varios entre los cuales nos agitamos; mas esa estrella brilla siempre en el alma de cada individuo.

Mas ¿qué objeto tiene este llamamiento? Para nosotros, como para los Magos, el de conducirnos a Jesús. El Padre celestial es quien hace resplandecer la estrella en nosotros, pues dijo el mismo Jesucristo: «Nadie viene a Mí si no le trae mi Padre que me envió»⁵.

Si escuchamos el llamamiento divino con fidelidad, si vamos generosamente adelante, puestos los ojos en la estrella, de seguro llegaremos a Jesucristo, vida de nuestras almas; y por muchos que sean nuestros pecados, faltas y miserias, Jesús nos acogerá con bondad, pues nos lo ha prometido: «Todos los que me trae mi Padre, vendrán a Mí, y el que viniere a Mí no será desechado»⁶.

1. MAT., II, 2.

2. LEV., VI, 44.

3. EPHES., I, 4.

4. ROM., VIII, 28.

5. JOAN., VI, 44.

6. *Ibid.*, VI, 37.

El Padre llevó a la Magdalena, pecadora pública, a los pies de Jesús, y siguiendo ella al punto, con fe generosa, el fulgor divino de la estrella que brillaba en su desgraciada alma, se introdujo en la sala del convite para manifestar públicamente a Jesús su fe, su arrepentimiento y amor. Magdalena siguió la estrella, y la estrella la guió al Salvador: «Tus pecados te han sido perdonados, tu fe te ha salvado, vete en paz»¹. «A quien acude a Mí, no le desecharé».

La vida de los santos y la experiencia de las almas declaran que, con frecuencia, en nuestra existencia sobrenatural existen momentos decisivos de cuya solución depende todo el valor de nuestra vida interior y a veces aun nuestra misma eternidad.

Ved, por ejemplo, a Saulo. En el camino de Damasco, semeja un león dispuesto a hacer liza en los cristianos, *Spirans minarum*: «No respira ni profiere más que amenazas» contra el nombre cristiano. Pero la voz de Jesús resuena un día en sus oídos, voz que para él es la estrella, el llamamiento divino. Saulo escucha entonces esa voz, sigue la estrella, y exclama: «Señor, ¿qué quieres que haga?» — ¡Qué prontitud y qué generosidad la suya! Son tales, que desde este momento, hecho «vaso de elección»², ya no vivirá sino para Jesucristo. Mirad aquel mancebo, lleno de buena voluntad, de recto y sincero corazón, que se presenta a Jesús y le pregunta qué debe hacer para conseguir la bienaventuranza. «Guarda los mandamientos», respóndele nuestro divino Salvador. — «Maestro, ya los observo desde mi infancia; ¿qué me resta aún? — Entonces, dice el Evangelio, «habiéndole mirado Jesús, le amó». Esta mirada amorosa era la estrella, que luego se manifestó por estas palabras de Jesús: «Una sola cosa te falta; si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, entrégalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y luego ven y sígueme». Mas él no siguió la estrella: «Desconsolado por las palabras de Nuestro Señor, le abandonó sumido de tristeza, porque tenía muchos bienes». Algunos exegetas ven en las palabras que Jesucristo pronunció a continuación, la predicción de

1. LUC., VII, 48, 50.

2. ACT., IX, 1, 6, 15.

la pérdida de esta alma: «¡Oh, qué difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos»¹.

De este modo, ya se trate del llamamiento a la fe o a la santidad, cierto es que no podremos encontrar a Jesucristo ni alcanzar la vida que de Él dimana, sino con la condición de estar atentos a la gracia y de perseverar fielmente en el deseo de buscar la unión divina.

El Padre celestial nos llevó a su Hijo por la inspiración de su gracia, pero quiere que, como los Magos, en cuanto la estrella brille en nuestros corazones, luego abandonemos, por seguirle, nuestros pecados, con sus ocasiones, los malos hábitos, las infidelidades, las imperfecciones, el apego a las criaturas; quiere que, sin parar mientes ni en decires, ni en la opinión de los hombres, ni en las dificultades que se opongan a su cumplimiento, salgamos inmediatamente en busca de Jesús, — ya sea que le hayamos perdido por una culpa mortal, o bien que, poseyéndole ya por la gracia santificante, seamos llamados a una unión más estrecha y más íntima con Él. «Señor, he visto vuestra estrella y vengo a Vos: ¿qué queréis que haga?»

III

Sucede a menudo que desaparece la estrella. Ora porque la inspiración de la gracia lleva consigo un carácter extraordinario, como aconteció a los Magos, ora porque vaya en íntima conexión — y es lo más frecuente en nosotros — con la Providencia sobrenatural de todos los días, lo cierto es que, a veces, cesa de manifestarse; la luz se oculta y el alma se encuentra envuelta en las tinieblas espirituales. ¿Qué debe hacerse en este difícil trance?

Consideremos la conducta de los Magos en esta circunstancia. La estrella no se les apareció sino en Oriente, y luego se les ocultó. Si les revelaba el nacimiento del Rey de los judíos, no por eso les indicaba el lugar preciso donde pudieran encontrarse. ¿Qué habían de hacer? Los Magos se

1. MARC., X, 17-23; CT. MATTH., XIX, 16-23; LUC., XVIII, 18-24.

dirigieron hacia Jerusalén, capital de Judea y metrópoli de la religión judía, porque, ¿en dónde mejor que en la ciudad santa podían conocer lo que buscaban?

A ejemplo suyo, cuando se eclipsa nuestra estrella, cuando la inspiración divina parece vacilante y nos deja en la incertidumbre, entonces quiere Dios que recurramos a la Iglesia y a sus representantes, para aprender de ellos la conducta que debemos observar, pues en esto se cifra la economía de la providencia divina; Dios desea que el alma, en las dudas y dificultades con que tropieza en su carrera hacia Cristo, pida luz y dirección a los que Él estableció como representantes suyos: «Quien a vosotros escuche, a Mí me escucha» ¹.

Contemplad a Saulo camino de Damasco: al llamamiento de Jesús, contesta desolado: «Señor, ¿qué quieres que haga?» ¿Qué le responde Jesús? ¿Le revelará entonces directamente sus deseos? No por cierto, antes le envía a sus vicarios: «Entra en la ciudad, y allí se te dirá — por otro — lo que debes hacer» ².

Al someter las aspiraciones de nuestra alma a la censura de los que tienen gracia y misión de dirigirnos por las vías de la unión divina, no corremos riesgo de extravíarnos, cualesquiera que sean los méritos personales de nuestros conductores. En la época que los Magos se personaron en Jerusalén, la asamblea de los designados para interpretar las Sagradas Escrituras estaba compuesta en su mayoría de elementos indignos, y, no obstante esto, quiso Dios que por su mediación e instrucciones, conocieran oficialmente los Magos el lugar donde debía nacer Jesucristo. Dios, en efecto, no puede permitir sea engañada el alma que con humildad y confianza consulta a los representantes legítimos de su autoridad soberana. Antes por lo contrario, hallará la luz y la paz, y, como los Magos al salir de Jerusalén, así el alma volverá a ver la estrella, nimbada de claridad y resplandor, y a semejanza suya quedará henchida de espiritual alborozo ³.

1. LUC, X, 16.

2. ACT., IX, 6.

3. MATH., II, 10.

IV

Acompañemos ahora a los Magos en Belén, en donde principalmente veremos manifestarse su profunda fe. La maravillosa estrella los condujo, por fin, al lugar en que debían encontrar al que desde tanto tiempo buscaban. ¿Qué es lo que hallaron allí? ¿Acaso un magnífico palacio, una cuna regia, un largo séquito de solícitos pajes? Ah, no, nada de eso; una miserable casucha de labradores. Buscaban un rey, un Dios, y sólo ven un niño en los brazos de su madre; y no un niño transfigurado con divinas irradiaciones, cual lo vieron más tarde los Apóstoles en el Tabor, sino una criatura débil y desvalida.

Con todo, de esta criatura tan frágil en apariencia, brotaba invisiblemente una virtud divina. Él fué quien hizo aparecer la estrella para guiar a los Magos a la cuna, y Él mismo el que ahora los iluminaba caldeando interiormente su espíritu de luz, y de amor su corazón; por esta causa, en aquel niño reconocieron a su Dios.

El Santo Evangelio nada nos dice de los coloquios que entre sí tendrían; pero ya se ve cuál es su fe, cuando «cayendo de hinojos adoraron al Niño»¹.

La Iglesia desea que nos asociemos a esta adoración de los Magos; y así, durante la santa misa, al pronunciarse estas palabras en la narración evangélica: «Y cayendo en tierra le adoraron», nos manda doblar la rodilla, en señal de confesar también nosotros la divinidad del Niño de Belén.

Adorémosle con fe rendida, pues Jesús exige de nosotros que, mientras vivimos en esta peregrinación, toda la actividad de nuestra vida interior se encamine a la unión con Él por la fe. La fe es la luz que nos hace ver a Dios en el Niño de la Virgen y oír la voz de Dios en las palabras del Verbo encarnado y seguir los ejemplos de un Dios en las acciones de Jesús, y apropiarnos los méritos infinitos de un Dios, por los dolores y satisfacciones de un hombre que padece como nosotros.

Por entre el velo de una humanidad humilde y pasible, el alma ilustrada con fe viva, descubre siempre a Dios; do-

1. MATTH., II, 11.

quiera encuentra esta humanidad — ora en los anonadamientos de Belén, ora en los caminos de Judea, bien en el patíbulo del Calvario, bien bajo las especies eucarísticas —, el alma fiel se postra ante ella, porque esa humanidad es la de un Dios; arrójase a sus pies para escucharla, obedecerla, seguirla, hasta que quiera Dios mismo «revelarle su majestad infinita entre los fulgores divinos de la visión beatífica» ¹.

Si la actitud de adoración en los Magos expresa elocuentemente la profundidad de su fe, los dones que ofrecen son también muy significativos. Los Padres de la Iglesia han encarecido insistentemente el simbolismo de los presentes ofrecidos a Jesucristo por los Magos.

Parémonos, antes de terminar esta conferencia, a considerar cuán profundo es este simbolismo, porque son consideraciones muy regaladas para el alma y muy aptas para fomentar nuestra piedad.

El Evangelio narra que, «abriendo sus tesoros, los Magos ofrecieron al Niño oro, incienso y mirra» ². Es evidente que la intención de los Magos, al presentar estos dones, se enderezaba a expresar los sentimientos dominantes en su corazón, y, al mismo tiempo, honrar a quien se los presentaban.

Examinando la naturaleza de esos dones, que los Magos debieron aprestar antes de su salida, se deduce que una luz divina hubo de revelarles algo de la eminente dignidad de Aquel a quien deseaban contemplar y adorar. Esta clase de presentes indica, igualmente, cuáles eran los oficios y homenajes que querían prestar al Rey de los judíos.

El simbolismo de los dones conviene, pues, a la vez, a quien son ofrecidos y a quienes los presentan.

El oro, el máspreciado de los metales, es símbolo de la realeza, y significa el amor y la fidelidad que el vasallo debe a su rey.

El incienso es de todos reconocido como emblema del culto divino, ya que no se ofrece sino a Dios. Al escoger este don, los Magos proclamaban la divinidad de Aquel cuyo nacimiento la estrella anunciara, y reconocían esta divinidad por la adoración suprema que sólo a Dios puede tributarse.

Finalmente, fueron inspiradas al prepararle la mirra. ¿Qué

1. Oración de la fiesta de Epifanía.

2. MATTH., II, 11.

querían indicar con esa mirra, que servía para curar las heridas y embalsamar a los muertos? Significaba que Jesucristo era hombre, y hombre pasible, que un día debía morir; simbolizaba también el espíritu de penitencia y de inmolación que caracteriza la vida de los discípulos del Crucificado.

Así que, si la gracia había inspirado a los Magos el ofrecer estos dones, es menester que también nosotros los imitemos en esto. «Nosotros, los que tenemos la dicha de oír la relación de la ofrenda de los Magos, dice san Ambrosio¹, sepamos escoger los tesoros y presentarle dones semejantes». Siempre que nos acerquemos a Jesucristo, llevémosle, como los Magos, nuestros presentes; pero presentes que sean magníficos, y en algún modo, dignos de Aquel a quien los ofrecemos.

Tal vez me objetaréis: «Nosotros no tenemos oro, ni incienso, ni mirra». Esto es verdad; pero tenemos algo que vale más; poseemos harro más ricos tesoros, los únicos que Cristo, Salvador y Rey nuestro, espera y quiere de nosotros. ¿Acaso no ofrecemos oro a Cristo cuando, llevando una vida de amor y fidelidad a sus mandamientos, le proclamamos Rey de nuestros corazones? ¿No le presentamos incienso al creer en su divinidad y al reconocerla con nuestras adoraciones y súplicas? ¿No le llevamos mirra, cuando unimos nuestras humillaciones, sufrimientos y lágrimas a las suyas? Y si, por desgracia, nada de esto tuviéramos, pidamos a Nuestro Señor nos comunique los tesoros que le son gratos, porque Él los tiene a nuestra entera disposición.

Esto mismo dió a entender Jesucristo el día de la Epifanía a santa Mechtilde, después de haber recibido la Sagrada Comunión: «Mira, dijole, que te doy oro, es decir, mi divino amor; incienso, esto es, toda mi santidad y mi devoción; en fin, mirra, que representa la amargura de toda mi Pasión. Te hago donación de ellos en propiedad, hasta tal punto, que puedes ofrecérmelos como presentes cual si fueran tuyos»².

Ciertamente, esta verdad es tan consoladora, que nunca debemos echarla en olvido. La gracia de la adopción divina, que nos crea hermanos de Jesús y miembros vivos de su

1. *In. Luc.*, II, 44.

2. *Liber gratiae specialis*, part. I, cap. VIII.

cuerpo místico, nos constituye acreedores a sus tesoros para hacerlos valer cerca de Él y de su Padre. ¿Ignoráis, por ventura, decía san Pablo, «el poder y la grandeza de la gracia de Cristo que de rico que era se hizo pobre para enriquecernos por su pobreza?»¹.

Nuestro Señor es el que suple por nuestra nada y nuestras miserias; Él es nuestra riqueza, nuestra acción de gracias; Él contiene en sí mismo, de un modo eminente, lo significado por los presentes de los Magos, realizando en su persona su profundo simbolismo.

Por tanto, nada podemos ofrecer al Padre celestial mejor que el mismo Jesucristo en acción de gracias por el don inapreciable de la fe cristiana. Dios nos ha dado a su Hijo, y según las palabras de Jesús, el Ser infinito, no podía manifestarnos su amor de una traza más sorprendente²; porque al hacernos su donación, añade san Pablo, nos entregó todos sus bienes³. Pero, en cambio, debemos a Dios insignes acciones de gracias por este don inefable. Mas ¿qué presentaremos a Dios que sea digno de Él? No hay más que su Hijo Jesús, pero «ofreciéndole su Hijo, le devolvemos lo que nos da»⁴; no existe don alguno que le sea más agradable.

La Iglesia, que penetra en los arcanos de Dios por ser su Esposa querida, lo ha comprendido siempre así. Por eso, en este día en que comienzan sus místicas bodas con Jesucristo, ofrece a Dios «no ya oro, ni incienso, ni mirra, sino al que por ellos está representado, inmolado sobre el altar y recibido en el corazón de sus discípulos»⁵. Ofrezcamos, pues, con el sacerdote, el santo Sacrificio; ofrezcamos a Dios Padre su divino Hijo, después de haberle recibido en la sagrada comunión; y ofrezcámonos también con Él, por medio del amor, para cumplir en todo lo que su divina voluntad nos manifestare; éste será el don más perfecto que a Dios podamos ofrecer.

La Epifanía dura aún y se prolonga en el curso de las edades. «También nosotros, dice san León⁶, debemos gustar las alegrías de los Magos; porque el misterio que se realizó

1. II COR., VIII, 9.

2. JOAN., III, 16.

3. ROM., VII, 32.

4. Canon de la Misa.

5. Secreta de la misa de Epifanía.

6. Sermo XXXV, In Epiphaniae solemnitate VI.

en este día debe permanecer con perenne virtualidad. Por la magnificencia de Dios y el poder de su bondad, nuestro tiempo goza de la realidad de cuyas primicias disfrutaron los Magos».

La Epifanía se renueva, en efecto, cuando Dios se digna hacer que brille la luz del Evangelio entre los paganos. Cada vez que la verdad resplandece a la vista de los que viven en el error, es como un destello que les llega de la estrella de los Magos. La Epifanía continúa asimismo en el alma fiel cuando su amor se hace más ardiente y más arraigado. «La fidelidad a las inspiraciones de la gracia — según dice el mismo Jesucristo — llega a ser el venero de una ilustración más viva y más clara»¹. ¡Dichosa el alma que vive de te y de amor! Porque producirá en ella una manifestación siempre nueva y cada vez más profunda de Jesucristo, en la que comprenda y saboree la embriagadora dulzura y suavidad de los misterios divinos.

La Sagrada Escritura compara la vida del justo a «una senda luminosa que va de claridad en claridad»², hasta el día en que cesen los velos y desaparezcan todas las sombras, y se manifiesten a la luz de la gloria los eternos esplendores de la divinidad. «En aquel lugar — dice san Juan en su misterioso Apocalipsis, donde nos bosqueja las magnificencias de la Jerusalén celeste —, allí, pues, no habremos menester de luz, porque el Cordero, es decir, Jesucristo, es la luz que irradia y colma de gozo cumplido las almas de todos los elegidos»³.

Ésa será la Epifanía celestial que durará toda la eternidad.

«¡Oh Dios! que en este día quisiste que tu Unigénito Hijo fuese conocido y adorado de los gentiles, dándoles por guía una estrella: concédenos por tu bondad que, pues ya te conocemos por la fe, lleguemos a la contemplación de tu inefable gloria.»

1. JOAN., XIV, 21.

2. PROV., IV, 18.

3. APOC., XXI, 23; XXII, 5.

IX. La Virgen María.

Los misterios de la infancia y de la vida oculta

SUMARIO. — El Verbo divino toma de nosotros una naturaleza humana para unírsela personalmente. — I. Cómo, en el misterio de la Anunciación de la Virgen, se firma el comercio entre la divinidad y la humanidad; la maternidad divina. — II. La purificación de María y la presentación de Jesús en el Templo. — III. Jesús perdido a la edad de doce años. IV. La vida oculta en Nazaret. — V. Sentimientos de la Virgen María durante los años de vida oculta.

El misterio de la Encarnación viene a ser como un comercio admirable entre la divinidad y nuestra humanidad. A cambio de la naturaleza humana que de nosotros recibe, el Verbo Eterno nos hace partícipes de su vida divina.

En efecto, y notémoslo bien; nosotros somos los que damos al Verbo una naturaleza humana. Dios hubiera podido producir, para unirla a su Hijo, una humanidad ya plenamente constituida en la perfección de su organismo, como lo fué Adán el día de su creación; Cristo habría sido verdaderamente hombre, porque no le hubiera faltado nada de aquello que constituye la esencia humana; mas, no relacionándose directamente con nosotros por un nacimiento humano, no habría sido propiamente de nuestra raza.

Dios no quiso proceder de esta manera. ¿Cuál, pues, sería el designio de la Sabiduría infinita? Que el Verbo tomase de nosotros la humanidad que Él debía unirse a Sí mismo. Cristo será así verdaderamente el «Hijo del hombre», miembro de nuestra raza¹. Cuando celebramos la Natividad de Cristo en Nochebuena, nos remontamos por entre los siglos para leer la lista de sus progenitores, y recorremos su genea-

1. GAL., IV, 4.

logía humana; y repasando esa lista ascendente, le vemos nacer en la tribu de David, de la Virgen María ¹.

Dios quiso, por decirlo así, mendigar a nuestra raza la naturaleza humana que Él destinaba a su Hijo, para darnos en cambio una participación de su divinidad: *O admirabile commercium!* ². ¡Oh cambio admirable!

Dios ha sido siempre pródigo, porque es de la esencia del bien el difundirse. Si, pues, existe una bondad infinita, ésta será naturalmente inclinada a dar todo cuanto es y cuanto tiene. Dios es esta bondad sin límites, y la Revelación nos enseña que existen entre las personas divinas, del Padre al Hijo y del Padre y del Hijo al Espíritu Santo, infinitas comunicaciones que agotan en Dios esa propensión *natural* de su Ser a difundirse.

Pero además de esta comunicación natural de la bondad infinita, hay otra comunicación que fluye de su amor *libre* hacia la criatura. La plenitud del Ser y del Bien, que es Dios, rebosa al exterior por amor. ¿Cómo sucedió todo esto? Dios quiso primeramente darse de una manera del todo particular a una criatura uniéndola en unión personal con su Verbo. Este don de Dios a una criatura es único, y hace de esta criatura elegida por la Trinidad el mismo Hijo de Dios ³. Es Cristo, es el Verbo unido personalmente y de un modo indisoluble a nuestra naturaleza, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado.

A nosotros nos la pide, pues, esta humanidad: «Dadme para mi Hijo vuestra naturaleza», parece decirnos el Padre Eterno, «que yo os la devolveré con creces, porque a cambio de ella daré participación en mi divinidad a los hombres todos de buena voluntad».

Porque Dios no se comunica así a Cristo si no es para darse, por medio de Él, a todos nosotros; el plan divino consiste en que Cristo reciba la divinidad en su plenitud y todos nosotros participemos de ella ⁴.

Tal es esta comunicación de la bondad de Dios al mundo: «De tal modo amó Dios al mundo, que llegó a darle a su

1. MATTH., I, 16.

2. Antífona del Oficio de la Circuncisión.

3. Salmo II, 7.

4. JOAN., I, 16.

Hijo Unigénito»¹. Ordenación admirable, que preside al admirable comercio entre Dios y el género humano.

Mas ¿a quién pedirá Dios que produzca esta humanidad, a la cual quiere Él unirse tan estrechamente para hacerla el instrumento de sus gracias?

Ya hemos nombrado a esa criatura que todas las generaciones proclamarán bienaventurada; la genealogía humana de Jesús termina en María, la Virgen de Nazaret. A ella, y por ella, nos pidió el Verbo una naturaleza humana, y María se la dió. Por eso, en adelante, la veremos siempre inseparable de Jesús y de sus misterios; doquiera que se encuentre Jesús allí estará también María. Él es tan Hijo suyo, como lo es de Dios.

Nunca dejará de ser Jesús el Hijo de María, pero se nos revela más como tal en los misterios de la infancia y de la vida oculta.

Si en todas partes María ocupa un lugar privilegiado, con todo, hemos de contemplarla con preferencia en los primeros años de su Hijo Jesús, porque sobre todo entonces es cuando brilla su maternidad divina; bien sabéis que esta dignidad incomparable es la fuente de todos los demás privilegios de la Virgen Santísima.

Los que no conocen a la Virgen, ni profesan a la Madre de Jesús un amor sincero, corren peligro de no comprender con fruto los misterios de la humanidad de Cristo. Él es el Hijo del Hombre, como es el Hijo de Dios; caracteres entrambos que le son esenciales; es el Hijo de Dios, por una generación eterna, inefable; y es el Hijo del hombre, por el nacimiento, en el tiempo, de la Virgen María.

Contemplemos, pues, a esta Virgen al lado de su Hijo, y ella nos alcanzará un conocimiento más íntimo de estos misterios de Cristo, a los cuales está ella tan estrechamente unida.

I

Para que el comercio que Dios quería establecer con la humanidad fuese posible, era preciso que la Virgen consin-

¹ *Ibid.*, III, 16.

tiese en ello. Esta es la condición que puso la Sabiduría infinita.

Trasladémonos a Nazaret. Ya llegó la plenitud de los tiempos predeterminada en los decretos divinos, cuando el Padre había de «enviar su Hijo al mundo haciéndole nacer de una mujer», en frase de san Pablo. El Ángel Gabriel, celestial mensajero, trae las proposiciones divinas a la joven-cita Virgen. Trábase un diálogo sublime, en el cual va a decidirse la salvación del género humano. El Ángel saluda a la Virgen proclamándola, de parte de Dios, «llena de gracia»: En efecto, no sólo es inmaculada porque ninguna mancha ha empañado la ternura de su alma — la Iglesia ha definido que ella sola, entre todas las criaturas, ha sido exenta del pecado original —, sino que ha sido colmada por el Padre Eterno de dones celestiales, como predestinada a ser la Madre del Hijo de Dios. La Virgen está llena de gracia, mas no en el sentido y medida en que lo ha de estar Jesucristo, *plenum gratiae*, porque Él lo estará por derecho y con la misma plenitud divina; en cambio, María lo recibe todo como un don gratuito y con medida, pero medida tal, que no se puede calcular; medida grande y rebosante, cual conviene a su dignidad eminente de Madre de Dios. «He aquí, dice el Ángel, que darás a luz un Hijo, al que llamarás Jesús... será llamado Hijo del Altísimo; será Rey, y su reino no tendrá fin». Y María responde: «¿Cómo podrá ser esto?, porque yo no conozco varón». La Virgen quiere guardar su virginidad, que parece ver comprometida; mas tranquilízala el Ángel diciéndole: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra: por eso el fruto santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios». Y dice María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»¹.

En este solemne instante se firma el contrato: cuando la Virgen ha pronunciado su «hágase», todo el género humano ha dicho a Dios por boca de María: «Sí, Dios mío, sí, yo acepto; así sea, como Tú quieres!» Y entonces mismo, el Verbo se encarna en las entrañas purísimas de María, por obra del Espíritu Santo; el seno de la Santísima Virgen viene a ser el Arca de la Nueva Alianza entre Dios y los hombres.

Cuando la Iglesia canta, en el *Credo*, este misterio: «Y se

1. LUC., I, 28, 31-35, 38.

encarnó por obra del Espíritu Santo de la Virgen María, y se hizo hombre», obliga a sus ministros a doblar la rodilla en señal de oración. — Adoremos con ellos este Verbo divino que se hace hombre por nosotros; adorémosle con tanto más amor cuanto Él se humilla más, tomando, como dice san Pablo, «la condición de siervo»¹. Adorémosle en unión con María, la cual, iluminada de lo alto, se postraba delante de su Creador y su Hijo; en fin, con los Ángeles, que estaban asombrados de la condescendencia infinita de Dios con los hombres.

Saludemos después a la Santísima Virgen y démosle gracias por habernos traído a Jesucristo, pues a su asentimiento lo debemos².

Ofrecémosle también nuestro parabién y consideremos cómo el mismo Espíritu Santo, por boca de santa Isabel, saludaba a la Santísima Virgen al día siguiente de la Encarnación: «¡Bendita tú eres por haber creído en todo lo que te ha sido dicho de parte del Señor!»³. — ¡Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!»

Es bienaventurada, porque esa fe en la palabra de Dios ha hecho de la Santísima Virgen la Madre de Jesucristo. ¿Qué simple criatura ha recibido jamás, de parte del Ser infinito, elogios como éstos?

María devuelve al Señor toda la gloria de las maravillas que se obran en ella. Desde el instante mismo en que el hijo de Dios ha tomado carne en su seno, la Virgen María canta en su corazón un cántico de amor y de agradecimiento. En casa de su prima santa Isabel, deja como desbordar los íntimos sentimientos de su alma, y entona el *Magnificat*, que sus hijos repetirán con ella para alabar a Dios por haberla escogido entre todas las mujeres: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu salta de alegría en Dios mi Salvador; porque Él miró la bajeza de su esclava... porque el Todopoderoso es el que ha obrado en mí estas grandezas»⁴.

María estaba en Belén, para el empadronamiento ordenado por César Augusto, cuando, dice san Lucas, «le llegó la hora del parto, y parió a su Hijo primogénito, y envolvióle en

1. PHIL., II, 7.

2. Oración del Oficio de la Circuncisión.

3. LUC., I, 41-42, 45.

4. *Ibid.*, 46, 49.

pañales, y recostóle en un pesebre; porque no había lugar para ellos en el mesón»¹. ¿Quién es este Niño? Es el hijo de María, pues acaba de nacer de ella: «Su Primogénito».

Pero la Virgen ve en este Niño, semejante a todos los otros, el propio Hijo de Dios. El alma de María estaba llena de una fe inmensa, fe que comprendía y aventajaba a la de los justos todos del Antiguo Testamento; por esto reconoce ella en su Hijo a su Dios.

Esta fe se traducía al exterior por un acto de adoración. Desde la primera mirada que dirigió a Jesús, la Virgen María se postraría interiormente a los pies de su Hijo y le adoraría con indescriptible y profundísimo respeto como a su Dios y Señor.

A esta fe vivísima, a estas adoraciones profundísimas, sucedían unos ímpetus de su amor inconmensurable.

El amor humano primero. Dios es amor; y a fin de que nosotros tengamos alguna idea de lo que Él es, ha dado una participación a las madres. El corazón de una madre, siempre tierno, desinteresado, dispuesto a todo sacrificio, a todo desvelo, pródigo en delicadezas, es verdaderamente una creación divina, aun cuando no sea más que una centellita fría al lado del amor que Dios nos tiene. Sin embargo de ello, aunque el corazón de una madre es una imitación muy imperfecta del amor de Dios a los hombres, con todo, quiso darnos nuestras madres para reemplazar en cierto modo en nosotros ese amor divino; y las pone a nuestro lado desde la cuna, para guiarnos, y guardarnos, sobre todo en los primeros años, en los cuales tenemos tanta necesidad de cariño.

Imaginémonos, pues, con qué predilección la Santísima Trinidad formaría el corazón de la Virgen María al ser escogida para ser Madre del Verbo encarnado: Dios se ha complacido en derramar el amor en su corazón, en formarle expresamente para amar a un Hombre-Dios.

En el corazón de María se reunía, con una armonía perfecta, la adoración de una criatura con respecto a su Dios y el amor de una madre para con su hijo único.

Pues su amor sobrenatural no es menos admirable. Se sabe que el amor de un alma para con Dios va en relación

1. Luc., II, 6-7.

directa con su grado de gracia. Y ¿qué cosa embaraza, en nosotros, el desarrollo de la gracia y del amor? Nuestros pecados, nuestras faltas deliberadas, nuestras infidelidades voluntarias, el estar apegados a las criaturas. Toda falta deliberada encoge el corazón, y hace que arraigue más el egoísmo. Pero el alma de la Santísima Virgen es de una pureza perfectísima; ningún pecado la ha manchado, ninguna sombra de falta la ha tocado; está llena de gracia; y en vez de encontrar en ella el menor estorbo al pleno desarrollo de la gracia, el Espíritu Santo ha hallado siempre en el corazón de la Virgen María una docilidad admirable a todas sus inspiraciones y mociones. Por eso el corazón de María está dilatadísimo por el amor.

¡Cuál no sería, pues, la alegría del alma de Jesús al sentirse tan amado por tan bendita madre! Después de la alegría incomprensible que le venía de la visión beatífica y de la mirada de infinita complacencia con que el Padre Eterno le contemplaba, nada debió alegrarle tanto como el amor de su Santísima Madre. Jesús encontraba en María una compensación sobrezbundante de la indiferencia de aquellos que no querían recibirle; encontraba en el corazón de esta joven doncella un foco de amor siempre encendido, cuyas llamas Él mismo avivaba con sus divinas miradas y con la gracia interior de su Espíritu.

Entre estas dos almas producíanse mutuas e incesantes correspondencias que avivaban su unión. Tales eran las donaciones de Jesús a María, y tal la correspondencia de María con Jesús, que, después de la unión de las divinas personas en la Trinidad y la unión hipostática de la Encarnación, no se puede concebir otra más grande y más estrecha.

Lleguémonos a María con una confianza humilde y sincera. Si su Hijo es el Salvador del mundo, ella tiene tan gran parte en su misión, que no podría dejar de tenerla en el amor de Jesús a los pecadores; así cantaremos con la Iglesia: «Tú que has dado a luz a tu Creador sin perder la virginidad, socorre a este pueblo caído, que tu Hijo viene a levantar, tomando la naturaleza humana». «Ten misericordia de los pecadores, a los cuales viene a redimir tu Hijo». Pues, por nosotros, oh María, para redimirnos, se ha dignado bajar de los resplandores eternos a tu seno virginal.

II

María entenderá esta oración, pues está asociada íntimamente a Jesús en la obra de nuestra redención.

Ocho días después del nacimiento de su Hijo, la Virgen le hizo circuncidar según mandaba la ley judía; entonces le puso el nombre que había indicado el Ángel, el nombre de Jesús, el cual señalaba su misión de salvación y su obra redentora.

Cuando Jesús cumple los cuarenta días, la Virgen Santísima se ve asociada de un modo aún más directo y más profundo a la obra de nuestra salvación, al presentar a su Hijo en el Templo. Ella es la que primero ofrece al Padre Eterno su divino Hijo. Después de la oblación que Jesús, supremo pontífice, ha hecho de sí mismo en su Encarnación, y que luego completará en el Calvario, la ofrenda de María es la más perfecta. Esta ofrenda nada tiene que ver con todos los actos sacerdotales de los hombres, mejor dicho, los supera a todos, porque María es la Madre de Cristo, en tanto que los hombres no son sino ministros suyos.

Contemplemos a María en este acto solemne de la Presentación de su Hijo en el templo de Jerusalén.

Todo el ritual magnífico y minucioso del Antiguo Testamento se refería a Cristo; todo era símbolo que debía encontrar su realidad perfecta en la Nueva Alianza.

Una de las prescripciones rituales que obligaban a las mujeres judías que habían llegado a ser madres era la de presentarse en el Templo algunas semanas después de su alumbramiento. La madre debía purificarse de la mancha legal que contraía en el nacimiento de la prole, como consecuencia del pecado original; además, si se trataba de un primogénito y éste era varón, debía presentarle al Señor para ser consagrado a Él¹. Sin embargo de ello, se le podía rescatar por medio de una ofrenda más o menos costosa — un cordero o bien un par de tórtolas —, según los medios de la familia.

Estas prescripciones no obligaban de ningún modo ni a María ni a Jesús, pues que Él era legislador supremo de todo el ritual judío; su nacimiento había sido milagroso y

1. Luc., II, 23; Cf. Exod., XIII, 2.

virginal; todo en él había sido puro ¹. Por lo mismo, no tenía ninguna necesidad de ser consagrado al Señor, pues era el mismo Hijo de Dios; tampoco necesitaba purificación la que había concebido del Espíritu Santo y había permanecido siempre Virgen.

Pero María, guiada en esto por el mismo Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús, estaba en perfecta conformidad de sentimientos con el alma de su Hijo. «Padre, había dicho Jesús entrando en el mundo, tú no has querido más ofrendas ni más holocaustos; son insuficientes para satisfacer a tu justicia adorable y rescatar al hombre pecador, y por eso me has dado un cuerpo para sufrir; pues aquí me tienes dispuesto a cumplir en todo tu voluntad» ². Y ¿qué había dicho la Santísima Virgen sino: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra?». Para esto quiere ella cumplir esta ceremonia, mostrando por ahí cuán profunda era su misión. Con José, su esposo, lleva la Virgen a Jesús su Primogénito, que será siempre su Hijo único, pero que llegará a ser el «primogénito de una muchedumbre de hermanos», los cuales serán semejantes a Él por la gracia ³.

Cuando meditamos este misterio, nos vemos como forzados a exclamar: «Vos sois un Dios escondido, oh Salvador del mundo» ⁴. En este día, Cristo entraba por primera vez en el Templo, y entraba en su templo. Aquel templo maravilloso, que era la admiración de las naciones y el orgullo de Israel, en el cual se efectuaban todos los ritos religiosos y los sacrificios, cuyos pormenores había trazado Dios mismo, aquel templo pertenecía a ese Niño, porque aun cuando es llevado en brazos de una jovencita Virgen, es el Rey de reyes y el Señor soberano ⁵.

Mas ¿de qué modo viene? ¿Con todo el fausto de la Majestad? ¿Cómo aquel a quien todas las ofrendas le son debidas? No; viene de absoluto incógnito.

Pero oigamos ya lo que nos refiere el Evangelio. Debía de haber allí, en la puerta del sagrado recinto, una muchedumbre de judíos: mercaderes, levitas, sacerdotes, doctores de

1. LUC., I, 35.

2. HEBR., X, 5-7.

3. ROM., VIII, 29.

4. ISA., XLV, 15.

5. MALACH., III, 1.

la Ley, mas el grupito donde va el Niño se escurre tímido e inadvertido por entre el abigarrado gentío. Parecen ser pobres, porque no llevan el cordero, sino dos palomas, sacrificio de pobres. Nadie los nota, pues no van con ruido ni séquito de servidores; los grandes, los soberbios entre los judíos, ni siquiera les vuelven la cara; es necesario que el Espíritu Santo ilumine al anciano Simeón y a Ana la profetisa, para que, ellos por lo menos, reconozcan al Mesías. El que es «el Salvador prometido al mundo, la luz que debe brillar ante todas las naciones», viene a su Templo como Dios escondido.

Por otra parte, nada exterioriza los sentimientos del alma santísima de Jesús: los resplandores de su divinidad quedaban ocultos y encubiertos; pero Él renueva en el Templo la oblación que había hecho de Sí mismo en el momento de encarnarse; se ofrece a su Padre para ser «cosa suya», para pertenecerle con pleno derecho. Era esto como el ofertorio del sacrificio que debía ser consumado en el Calvario.

Este acto fué sumamente agradable al Padre Eterno. A los ojos de los profanos no había nada de particular en acción tan simple que cumplían todas las madres judías. Mas Dios recibió en este día gloria infinita, harto más grande que todo lo que había recibido en este Templo por todos los sacrificios y todos los holocaustos de la Ley Antigua. ¿Por qué así? Porque en este día le era ofrecido su propio Hijo Jesucristo, quien a su vez le ofrece homenajes infinitos de adoración, de acción de gracias, de expiación, de impetración. Fué un don digno de Dios, y el Padre celestial debió recibirle con una alegría inconmensurable, y toda la corte celestial fijó su mirada extasiada en aquella oblación única. No hay ya necesidad de holocaustos ni de sacrificios de reses, porque acaba de ser ofrecida la única Víctima digna de Dios.

Esta ofrenda agradabilísima es presentada al Padre por las manos de la Virgen, de la Virgen llena de gracia. La fe de María era perfecta; envuelta como estaba su alma en los resplandores del Espíritu Santo, comprendía el valor de la ofrenda que ella hacía a Dios en aquellos momentos, por sus inspiraciones, el Espíritu Santo ponía su alma a tono con las disposiciones interiores del Corazón santísimo de su divino Hijo.

Así como la Virgen María había dado su asentimiento en

nombre de todo el género humano. Ella sabía muy bien que su Hijo es «el Rey de la gloria, la luz nueva, engendrada antes de la aurora, el Señor de la vida y de la muerte». Por eso le presenta a Dios para obtenernos a nosotros todas las gracias de salvación que su Hijo Jesús debe, según la promesa del Ángel, traer al mundo¹.

No olvidéis tampoco que Aquel que ella ofrece es su mismo Hijo, el mismo que ha llevado en su seno virginal y fecundo. ¿Qué sacerdote, qué santo ha presentado jamás a Dios la oblación eucarística en una unión tan estrecha con la divina Víctima como lo estaba la Virgen en este momento solemne? No sólo estaba unida con Jesús por sentimientos de fe y de amor, como podemos estarlo nosotros — aunque en un grado incomparablemente menor —, sino que el lazo que la ataba a Jesucristo era único. Jesús era el fruto bendito de sus mismas entrañas. Ved ahí por qué María, desde el día en que presenta a Jesús como primicias del sacrificio futuro, tiene parte tan principal en la obra de nuestra redención.

Notad cómo, desde este mismo instante, Jesucristo quiere asociar a su divina Madre y hacerla víctima como lo es Él.

Ved cómo se acerca el anciano Simeón, guiado por el Espíritu Santo, que mora en él, reconoce en este Niño al Salvador del mundo, le toma en sus brazos y entona extático un cántico de alegría por haber visto por fin con sus mismos ojos al Mesías prometido por él tan deseado. Después de haber celebrado «la luz que debe manifestarse un día a todas las naciones», mirad cómo devuelve al Niño a su Madre, y dirigiéndose a Ésta, le dice: «Este Niño ha sido predestinado para ruina y resurrección de muchos en Israel. Será un signo de contradicción, y tu alma será atravesada por una espada»². Era el anuncio algo nebuloso del sacrificio sangriento del Calvario.

Nada nos dice el Evangelio de los sentimientos que esta predicción hizo nacer en el corazón purísimo de la Virgen Santísima. ¿Podremos creer que esta profecía se borró ni un momento de su espíritu? San Lucas nos revelará más tarde, y a propósito de otros sucesos, que la Virgen María «con-

1. Antíf. Adorna de la bendición de las candelas, en la fiesta de la Purificación.

2. Luc., II, 25, 27. 32-35

servaba todas estas cosas en su corazón»¹. Pues lo mismo se puede decir de esta escena tan imprevista para ella. Sí, la Virgen conservaba el recuerdo de estas palabras, tan terribles cuanto misteriosas para su corazón maternal; desde entonces no dejaron de punzar su alma dolorida.

Pero María ha aceptado, conforme en todo con los sentimientos del corazón de su Hijo, el ser asociada a su sacrificio desde ahora mismo y de un modo completo.

Un día la veremos consumir, cómo Jesús, su oblación sobre el monte del Gólgota; verémosla de pie², ofrecer otra vez a su divino Hijo, fruto de sus entrañas, por nuestra salvación, del mismo modo que le había ofrecido, treinta y tres años antes, en el templo de Jerusalén.

Demos gracias muy de veras a la Virgen María por haber presentado por nosotros a su divino Hijo y hagamos otro tanto con Jesucristo por haberse ofrecido a su Eterno Padre para redención de nuestras almas.

En el santo sacrificio de la Misa, Jesucristo se ofrece de nuevo. Presentémosle al Eterno Padre; unámonos a Él como Él está unido en la actitud de una sumisión perfectísima a la voluntad de su Padre celestial; unámonos a la fe profundísima de la Santísima Virgen. «Por esta fe verdadera y por este amor fidelísimo³, merecerán nuestras ofrendas ser gratas a Dios nuestro Señor»⁴.

III

Hasta tanto que se cumpla en toda su plenitud la profecía de Simeón, María tendrá desde ahora su parte en el sacrificio.

Dentro de poco tendrá que huir a Egipto, a un país desconocido, para substraer a su divino Hijo a las iras del tirano Herodes; allí permanecerá hasta que el Ángel, después de la muerte del Rey, ordene a José que vuelva a Palestina. La Sagrada Familia fija entonces su morada en Nazaret. Aquí pasará Jesucristo sus primeros treinta años, tanto que será llamado «Jesús Nazareno».

1. LUC., 51.

2. Cf. JOAN., XIX, 25.

3. Oración de la bendición de las candelas.

4. Cf. Secreta de la Misa de la Purificación.

Sólo un rasgo nos ha conservado el Evangelio de este período de la existencia de Cristo: Jesús perdido en el Templo.

Ya conocéis las circunstancias que habían llevado a Jerusalén a la Sagrada Familia. El niño Jesús tenía doce años. Esta era la edad en que los jóvenes israelitas empezaban a estar sujetos a las prescripciones de la ley mosaica, y de un modo especial a la de subir al Templo tres veces al año, en las fiestas de Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos. Nuestro divino Salvador, que había querido, por su circuncisión, llevar el yugo de la Ley, subió a la ciudad santa de Jerusalén con su Madre y con su padre nutricio, san José. Sin duda era la primera vez que hacía esta peregrinación.

Cuando entró el Niño Jesús en el Templo, nadie sospechó que aquel adolescente era el mismo Dios que allí mismo se adoraba. Jesús estaba en el Templo, mezclado con la muchedumbre de israelitas, tomando parte en las funciones culturales y el canto de los salmos. Su alma comprendía, cual ninguna otra criatura comprenderá jamás, la significación de los ritos sagrados; gustaba la unción que fluía del simbolismo de aquella liturgia cuyos detalles había reglamentado Dios mismo; Jesús veía la figura de todo aquello que se debía cumplir en su propia persona; tomaba de aquí ocasión para ofrecer a su Padre, en nombre de los asistentes y de todo el género humano, una alabanza perfectísima. Dios recibió en este Templo homenajes infinitamente dignos de Él.

«Al fin de la fiesta, dice el Evangelista, quien debió de oír relatar el hecho a la Santísima Virgen, el Niño Jesús se quedó en la ciudad, sin que sus padres lo advirtiesen». Como sabéis, la afluencia de los judíos a las fiestas de Pascua era muy considerable, y por eso se producían atropellos, los cuales no podemos comprender hoy en día. A la vuelta, las caravanas se formaban con gran dificultad, y sólo al final del día llegaban a encontrarse los distintos miembros de las familias. Además, según costumbre, los adolescentes podían juntarse, a su gusto, con tal o cual grupo de caravana. María creía que Jesús estaría con José, y así caminaba tranquila la Virgen, cantando los himnos sagrados, y pensando sobre todo en Jesús, a quien esperaba pronto encontrar.

Mas ¡cuál no sería su dolorosa sorpresa cuando, al reunirse con el grupo donde iba José, no encontró allí a su Niño!

«¿Y Jesús? ¿dónde está Jesús?» Tales serían las primeras palabras de María y de José. ¿Dónde está Jesús? Nadie lo sabía para darles razón...

Cuando Dios quiere conducir un alma hasta la cima de la perfección y de la contemplación, la hace pasar por muy rudas pruebas. Nuestro Señor mismo lo tiene dicho: «Cuando un sarmiento unido a Mí, que soy la viña, produce fruto, mi Padre lo poda y limpia». ¿Por qué? A fin de que rinda todavía más fruto¹. Estas pruebas consisten sobre todo en tinieblas espirituales, hasta el punto de sentirse el alma abandonada de Dios. Por ahí purifica el Señor el alma para hacerla digna de una unión más íntima y elevada.

Sin duda, la Virgen María no tenía necesidad de semejantes pruebas; pero, cuando perdió a Jesús, entonces conoció estos padecimientos vivísimos que debieron aumentar sus méritos. Difícilmente podremos nosotros medir la inmensidad de tal aflicción; para apreciarla, sería necesario comprender todo lo que Jesús era para su Madre.

El Niño Jesús no había dicho nada, y María lo conocía demasiado bien para pensar que podía haberse extraviado en el camino; si había dejado a sus padres, es que Él lo había querido así. ¿Cuándo volvería? ¿Volvería a verlo su Madre? María, en los pocos años que había vivido en Nazaret, al lado de Jesús, había sentido que se encerraba en el Divino Niño un misterio inefable, y esto era en aquellos momentos causa de indecibles angustias.

Era preciso buscar al Niño. ¡Qué días aquellos! Dios permitió que la Santísima Virgen estuviese rodeada de tinieblas durante aquellas horas de congoja y ansiedad; no sabía dónde estaba Jesús; no comprendía por qué no había Él prevenido a su Madre; su dolor era inmenso como un mar; ¡verse privada de Aquel que amaba a la vez como a su Hijo y como a su Dios!

María y José volvieron a Jerusalén, lleno el corazón de inquietud. Refiere el Evangelio que buscaron al Niño por todas partes, entre sus parientes y conocidos²; mas nadie sabía dar razón de Él. En fin, ya sabéis que, después de

1. JOAN., XV, 2.

2. LUC., II, 44.

tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores de la Ley.

Los doctores de Israel se reunían en una de las salas del Templo para explicar las Escrituras; el que lo quería, podía unirse al grupo de los discípulos y de los oyentes. Esto mismo hizo Jesús. Había ido allí, mas no para enseñar, como quiera que no había sonado aún la hora de presentarse a todos como Maestro que viene a revelar los secretos del cielo. Fué allí, como los demás jóvenes israélitas, «para escuchar y para preguntar», según reza el sagrado Evangelio ¹.

¿Qué se proponía el Niño Jesús al preguntar así a los Doctores de la Ley? Quería, sin duda, iluminarlos, inducirlos, por medio de sus preguntas y respuestas, por las citas que hacía de la Sagrada Escritura, a hablar de la venida del Mesías; o tal vez quería orientar sus estudios hacia este punto, a fin de que tuviesen despierta la atención sobre las circunstancias de la aparición del Salvador prometido. Esto es, según parece, lo que quería el Padre Eterno de su Hijo; esta fué la misión que le encomendara y para lo cual le hizo interrumpir, por un momento, su vida escondida y de absoluto silencio. Los doctores de Israel quedaban pasmados de la cordura y tino de sus respuestas ².

María y José, dichosísimos por haber encontrado a Jesús, se acercaron a Él, y le dijo su Madre: «Hijo mío, ¿cómo has obrado así con nosotros?» No era una reprensión, pues la Virgen, humildísima, tenía bastantes luces para no atreverse a reprender a Aquel que ella sabía era Dios; era más bien el grito de un corazón materno que no acierta a reprimir sus sentimientos. «He aquí, prosigue la Virgen, que tu padre y yo, llenos de dolor, te hemos estado buscando». Y Cristo contesta: «¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» ³.

Palabras salidas de los labios del Verbo encarnado, primeras que nos ha legado el sagrado Evangelio. Ellas solas resumen toda la persona, toda la vida, toda la obra de Jesús; significan su filiación divina, señalan su misión sobrenatural; toda la existencia de Cristo no será sino su brillante y magnífico comentario.

1. Luc., 46.

2. *Ibid.*, 47.

3. *Ibid.*, II, 48-49.

Contiene también para nuestras almas una enseñanza preciosísima: En Jesucristo hay dos generaciones, porque es «Hijo de Dios e Hijo del Hombre».

Como «Hijo del Hombre», tenía obligación de observar la ley natural y la ley mosaica, que ordenaba a los niños el debido respeto, amor y sumisión a sus padres respectivos; y ¿quién lo ha cumplido mejor que Jesús? Más tarde dirá Él mismo «que no ha venido a abrazar la Ley, sino a perfeccionarla»¹. ¿Quién mejor que Él ha sabido hallar en su corazón las muestras más sinceras de ternura humana?

Como «Hijo de Dios», tenía con respecto a su Padre celestial deberes superiores a los deberes humanos, deberes que parecían a veces encontrados. Su Padre le dió a entender que debía quedarse aquel día en Jerusalén.

Por las palabras que pronunció el Niño Jesús en esta circunstancia, nos quiso enseñar que cuando Dios manda cumplir su voluntad, no nos debe detener en este cumplimiento ninguna consideración humana; en estas ocasiones debemos decir: «Yo debo entregarme por entero a las cosas que son del servicio de mi Padre celestial».

San Lucas nos dice que María «no comprendió todo el alcance de estas palabras»²; confesión humilde, que la Virgen misma debió de hacer al Evangelista san Lucas. Sabía muy bien María que su Hijo divino no podía obrar sino de un modo perfectísimo; pero entonces, ¿por qué no lo previno con tiempo? No penetró María cómo este modo de obrar de Jesús iba subordinado a los intereses de su Padre.

Mas ¿cómo esta conducta de Jesús entraba en el programa de salvación que le había encomendado su Padre celestial? Esto era lo que aún no comprendía la Virgen. Pero si es verdad que no entendió entonces todo el alcance, no dudaba tampoco que Jesús fuera el Hijo de Dios. Por eso se sometió en silencio a esa voluntad divina que venía a reclamar de su amor sacrificio semejante: «La Virgen conservaba en su corazón todas las palabras de Jesús. Las guardaba en su Corazón, y en ese Santuario adoraba el misterio de las palabras de su Hijo, hasta tanto que se le concediese luz más abundante.

1. MATTH., V, 7.

2. LUC., II, 50.

IV

Dice el santo Evangelio que después de haber sido encontrado Jesús en el templo, volvió a Nazaret con su Madre y san José, y que allí vivió hasta la edad de treinta años. El escritor sagrado resume todo este largo período en estas cuatro sencillas palabras ¹: «Y les estaba sujeto».

El que es la Sabiduría eterna, de treinta y tres años de su existencia humana, quiso pasar los treinta primeros en el silencio y la obscuridad, en la sumisión y en el trabajo.

Hay aquí un misterio y unas enseñanzas cuyo significado pocas almas, aun piadosas, penetran del todo.

En efecto, ¿de qué se trata? — El Verbo, que es Dios, se ha hecho carne; el que es infinito y eterno, condesciende un día, después de cuatro mil años de espera, hasta el punto de revestirse de forma humana ². «Si bien es cierto que nace de una Virgen Inmaculada, con todo, la Encarnación constituye para Él una humillación inconmensurable» ³. ¿Para qué desciende hasta estos abismos? Para salvar al mundo, llevándole la luz divina.

Ahora bien, salvo raros resplandores que iluminan algunas almas privilegiadas: los pastores, los Magos, Simeón y Ana, ved como se esconde esta lumbrera, y voluntariamente permanece oculta durante treinta años bajo el celemin, *sub modio*, para manifestarse luego solamente tres años, y aun escasos.

¿No es eso misterioso? ¿No es propio para desconcertar a nuestra pobre razón? Si hubiésemos conocido la misión de Jesús, ¿acaso no le hubiéramos dicho, como muchos de sus parientes le dirán más tarde: «Muéstrate al mundo, pues nadie que desea manifestarse hace las cosas en secreto» ⁴.

Pero los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni sus caminos son como los nuestros. El que viene a rescatar al mundo, quiere salvarle primero por medio de una vida escondida y oculta a los ojos del mundo.

Durante treinta años, el Salvador del género humano trabaja y obedece en el taller de Nazaret; toda la acción de

1. LUC., II, 51.

2. PHILIPP., II, 7.

3. HIMNO *Te Deum*.

4. JOAN., VII, 4.

Aquel que viene a enseñar a la humanidad a fin de devolverle la herencia eterna, consiste en vivir en silencio y obedecer a dos criaturas en las obras más ordinarias.

¡Oh! verdaderamente, Salvador mío, tú eres un Dios escondido. Creces, sin duda, oh mi buen Jesús, en edad, en sabiduría y en gracia, delante de tu Padre y delante de los hombres; tu alma posee desde el primer instante de entrar en el mundo la plenitud de la gracia, los tesoros todos de la ciencia y de la sabiduría; pero esta sabiduría y esta gracia se manifiestan poco a poco y con medida. Eres a los ojos de los hombres un Dios escondido y tu divinidad se encubre bajo el exterior de un artesano. ¡Oh Sabiduría eterna, que para sacarnos del abismo donde nos había precipitado la desobediencia altanera de Adán, habéis querido vivir en un taller humilde, y obedecer a simples criaturas! Yo os bendigo.

A los ojos de sus contemporáneos, la vida de Jesucristo en Nazaret aparece como la existencia vulgar de un simple artesano. Considerad cuán cierto es esto; más tarde, cuando Jesús se da a conocer en su vida pública, los judíos de su patria quedan tan admirados de la sabiduría de sus palabras, de la sublimidad de su doctrina, de la grandeza de sus obras, que se preguntan desconcertados: «¿Pero de dónde le viene esta sabiduría y cómo puede obrar él estos milagros? ¿O no es el hijo del carpintero que todos hemos conocido y su madre se llama María? Pues ¿dónde ha aprendido todas estas cosas?»¹.

Jesús era para ellos piedra de escándalo, pues hasta entonces no habían visto en Él más que un humilde obrero.

Este misterio de la vida oculta contiene enseñanzas que nuestra fe debe aprovechar con toda rapidez.

En primer lugar, nos dice que no hay cosa grande a los ojos de Dios como no vaya enderezada a su gloria con la gracia de Cristo; cuanto más nos asemejemos a Jesucristo, más agradables seremos a su Padre celestial.

La filiación divina de Jesucristo da a sus más insignificantes acciones un valor infinito. No es menos adorable Jesús ni menos grato a su Padre cuando maneja el escoplo o el cepillo, que cuando muere en la cruz. En nosotros, la gracia santificante, que nos hace hijos adoptivos de Dios,

1. MATTH., XIII, 51-56. Cf. MARC., VI, 2-3.

diviniza, en su raíz, toda nuestra actividad, y nos hace dignos, como Jesús, aunque en grado infinitamente menor, de las complacencias de su Padre.

Ya sabéis que los talentos más privilegiados, las ideas más sublimes, las acciones de más brillo, desde el momento en que no van vivificadas por esta gracia, son de ningún valor para la vida eterna. Las puede admirar, las puede aplaudir el mundo, el mundo que pasa; mas la eternidad, que es lo único que permanece, no las acepta ni las toma en cuenta para nada. «¿De qué sirve — decía Jesús¹ — la verdad infalible, de qué sirve al hombre conquistar todo el mundo por la fuerza de las armas, por los hechizos de la elocuencia o por el prestigio del saber, si, faltándole mi gracia, queda excluido de mi reino, lo único que no tiene fin?»

Mirad, por lo contrario, ese pobre obrero que gana su pan a fuerza de sudores, esa humilde sirvienta ignorada del mundo, ese infeliz de todos despreciado: su vulgar existencia no atrae las miradas de nadie. Pero suponedlos animados y vivificados por la gracia de Cristo; entonces esas almas son el embeleso de los santos Ángeles, y para el Padre Eterno, para Dios, para el Ser infinito y subsistente, son objeto continuo de su amor; estas almas llevan estampada en sí, por la gracia, la imagen misma de Jesucristo.

La gracia santificante es la fuente primera de nuestra verdadera grandeza; es la que confiere a nuestra vida, al parecer ordinaria, su verdadera nobleza y ese brillo y esos hechizos que jamás se deslustrarán.

¡Oh, si conocieseis el don de Dios!...

Pero este don está escondido.

En medio del silencio se edifica el reino de Dios, reino que, ante todas cosas, es interior y escondido en las profundidades del alma: «Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»². Sin duda que la gracia posee una virtud que se traduce casi siempre al exterior por la radiación de las obras de caridad; mas el secreto de su fuerza es completamente íntimo. En el fondo del corazón está latente la verdadera intensidad de la vida cristiana; allí es donde Dios mora, adorado y servido por la fe, por el recogimiento, por la hu-

1. Cf. MATT., XVI, 26

2. COL., III, 2.

mildad, por la obediencia, por la sencillez, por el trabajo y el amor.

Nuestra actuación externa no es estable ni fecunda sino a base de vida interior; si el horno sobrenatural de nuestra vida íntima está caldeado con fuego ardentísimo, entonces irradiaremos con fruto al exterior¹.

¿Podemos hacer algo más grande en este mundo que promover el reino de Cristo en las almas? No es posible emprender tarea de más valor, ya que ésta aventaja a todas las demás, por ser toda de Jesús y de la Iglesia.

Aun así no lograremos nada si no es empleando los mismos medios que empleó nuestro divino Caudillo. Convenzámonos de que más trabajaremos por la Iglesia y la salvación de las almas, y por la gloria de nuestro Padre celestial, si procuramos unirnos primero a Dios por una vida toda de fe y de amor, cuyo único objeto sea Él, que por esa actividad febril, que no nos deja tiempo ni facilidad de encontrar a Dios en la soledad, en el recogimiento, en la oración, en el desasimiento de nosotros mismos.

Ahora bien, nada hay que tanto favorezca esta unión del alma con Dios, como la vida oculta. Y ved aquí por qué las almas interiores, iluminadas de lo alto, tienen un placer especial en contemplar la vida de Jesús de Nazaret; encuentran en ello, con un hechizo particular, gracias abundantísimas de santidad.

V

De la Virgen María es de quien principalmente hemos de alcanzar la participación en las gracias que Jesucristo nos mereció con su vida oculta en Nazaret. Nadie como la humildísima Virgen conoce cuántas y cuáles fueron esas gracias, porque nadie las ha recibido tan grandes y exqui-

1. Esta verdad ha sido muy bien demostrada y expuesta en una obra reciente, que recomendamos muy de veras a nuestros lectores. D. J. B. Chantard, Abad de Sept-Fons: *El alma de todo apostolado*. Se dirige la obra principalmente a los eclesiásticos y a los religiosos; pero no dejará de ser útil a todos los seglares que se ocupan en obras. También anda traducida al castellano.

sitas como ella. Esos años debieron de ser para la Madre de Jesús una fuente inagotable de gracias. Al pensar en esto, se ve uno como deslumbrado y sin palabras con que traducir las intuiciones que se agolpan en los umbrales del alma.

Reflexionemos un instante en lo que debieron de ser para María estos treinta años. Tantos gestos, tantas palabras, tantas acciones de Jesús, ¿cómo no habían de ser para la Virgen verdaderas revelaciones?

Sin duda que había en todo esto mucho de incomprendible, aun para la Santísima Virgen; no se puede vivir en contacto continuo como ella vivía, con el Ser infinito, sin sentir a veces y como palpar el misterio. Mas ¿en qué luz tan clara no estaba bañada su alma santísima! ¡Qué acrecentamiento tan incesante de amor no debió de obrar en su corazón inmaculado ese comercio íntimo con todo un Dios que trabaja a su vista y le obedece en todo!

María vivía allí, tan fundida con su Jesús, cual no es posible decir ni pensar. Verdaderamente, los dos no parecían sino uno mismo, porque el espíritu, el corazón, el alma y la vida toda de la Virgen estaba en armonía perfectísima con el espíritu, el corazón, el alma y la vida de su divino Hijo. Su existencia era como una vibración pura y perfecta, serena y amorosa, de la vida misma de Jesús.

Ahora bien, ¿de dónde venía a María la fuente de aquella unión, de aquel amor? — De su fe. La fe de la Virgen es una de las virtudes más características.

¡Qué fe tan admirable en la palabra del Ángel! El divino mensajero le anuncia un misterio jamás oído, que asombra y desconcierta a la Naturaleza: la concepción de un Dios en un seno virginal. ¿Qué dice María? «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»¹.

Si María mereció ser madre del Verbo encarnado, fué precisamente por haber dado asentimiento pleno a las palabras del ángel².

Jamás vaciló la fe de María en la divinidad; siempre verá en su Hijo Jesús al Dios Infinito.

Sin embargo de esto, ¿a qué pruebas no fué sometida su

1. LUC., I, 38.

2. SAN AGUSTÍN. *De Virgin., C., 3*; *Sermo CCXV, n. 4*; SAN LEÓN. *Sermo I de Nativitate Domini, c. 1*; SAN BERNARDO, *Sermo I de Vigilia Nativitatis*.

fe! Su hijo es Dios, y el Ángel le tiene dicho que ha de ocupar el trono de David, que ha de salvar al mundo, que su reino no tendrá fin. Luego, Simeón le predice que Jesús ha de ser un signo de contradicción, una causa de salvación y de ruina; pronto tendrá María que huir a Egipto para sustraer a su Hijo de las iras del tirano Herodes; durante treinta años, su Hijo, que es Dios, y que viene a redimir al género humano, vivirá, en un pobre taller, una vida trabajosa, sumisa, enteramente obscura. Más tarde verá a su hijo perseguido por el odio de los fariseos; le verá abandonado de sus discípulos y en poder de sus enemigos, colgado de la cruz, abrumado de injurias y de burlas, sumido en un mar de dolores; le oirá gritar quejándose del abandono en que le tiene su Padre celestial, pero su fe permanece siempre firme e inquebrantable. Entonces, precisamente, al pie de la cruz, es cuando brilla esa fe con todos sus fulgores. María adorará siempre en su hijo al mismo Dios verdadero; por esto la Iglesia la aclama «la Virgen fiel» por excelencia: *Virgo fidelis*.

Esta fe es la fuente de todo el amor de María para con su Hijo, y la que le hace permanecer siempre unida a Jesús, aun en los dolores de su Pasión y de su muerte.

Pidamos a la Virgen santísima que nos alcance esta fe firme y práctica, que lleva al amor y al cumplimiento de la voluntad divina: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Estas palabras resumen toda la vida de María; sean, pues, también el resumen de la nuestra.

Esta fe viva, que fué para la madre de Dios una fuente de amor, era también un principio de alegría. El mismo Espíritu Santo nos lo enseña cuando, por boca de santa Isabel, proclama a la Virgen «bienaventurada a causa de su fe»¹.

Lo mismo será con respecto a nosotros. San Lucas nos refiere que, después de un discurso de Jesucristo a las turbas, una mujer, levantando su voz, exclamó: «Bienaventurado el vientre que te ha llevado y los pechos que te amamantaron». Y Jesucristo respondió: «¡Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios, y la practican!»² — Jesús no contradijo la aclamación de la mujer, porque es palmario que inundó de alegrías incomparables el corazón

1. Luc., I, 45.

2. *Ibid.*, XI, 27.

de su Santísima Madre. Únicamente quiso mostrarnos dónde se encuentra el verdadero principio de la alegría. El privilegio de la divina maternidad es único; María es la criatura excelsa, escogida, desde toda la eternidad por el mismo Dios, para la misión sublime de Madre de su hijo; he aquí la raíz de todas las grandezas de María.

Pero Jesús quiere enseñarnos que, así como la Virgen mereció con su fe y con su amor las alegrías de la divina maternidad, de igual manera podremos nosotros también tener parte, no ya en la gloria de haber dado a luz a Jesucristo, pero sí en la alegría de haberle concebido en nuestras propias almas. ¿Cómo hemos de obtener nosotros esta alegría? «Escuchando la palabra de Dios y poniéndola en práctica». La escuchamos por la fe, la practicamos cumpliendo con amor todo lo que ella nos manda.

Tal es para nosotros, como para la Virgen María, la fuente de la verdadera alegría espiritual; tal es el camino de la verdadera felicidad. Si después de haber inclinado nuestro corazón a las enseñanzas de Jesús, obedecemos a sus voluntades y permanecemos unidos con Él, nos amará tanto — y es Cristo mismo quien lo declara — como si fuésemos «su madre y su hermano»¹.

¿Qué unión más estrecha y fecunda podíamos concebir ni desear?

1. LUC., VIII, 21. Cf. MAT., XII, 50; MARC., III, 35.

X. Bautismo y tentación de Cristo

SUMARIO. — I. Al presentarse Jesús a Juan para recibir el bautismo de penitencia realizó un acto de profunda humildad. — II. Cristo exaltado al salir de las aguas del Jordán; cómo, al dar principio a su vida pública, este testimonio del Padre Eterno caracteriza uno de los aspectos de su misión redentora. — III. Inmediatamente, impelido Jesús por el Espíritu, va al desierto para someterse a los asaltos del demonio: razones de este misterio. — IV. Relato evangélico de la tentación. — V. Gracia que Cristo nos mereció mediante este misterio: triunfo de la tentación por medio de la unión con el Verbo encarnado. Promesas de invulnerabilidad espiritual expuestas en el Salmo *Qui habitat in adiutorio Altissimi*. — VI. La fe es la mejor arma para resistir y vencer.

En los diferentes misterios de Jesús en la tierra, de tal suerte tiene dispuestos la Sabiduría eterna los acontecimientos, que las humillaciones del Verbo encarnado están siempre realizadas por una revelación de su divinidad, de modo que aparezca a la vez la realidad de su naturaleza divina y la de su condición humana. La razón profundísima de esta celestial economía es ayudar, al par que ejercitar, nuestra fe, fundamento de toda vida sobrenatural. Los asombrosos abatimientos en que por amor se anega Cristo, prestan mérito a la fe, que se afianza más y más al verse apoyada con la manifestación de sus divinas prerrogativas.

Los misterios del nacimiento e infancia de Jesús se distinguen por ese contraste de sombras y de luces que hacen que nuestra fe, siendo libre, sea también «razonable». En la vida pública de Jesús, ese carácter se acentúa hasta tal punto, que los judíos llegan a disputar tenazmente sobre la personalidad de Cristo; pareciéndoles, a unos el hijo del

artesano de Nazaret, y a otros, que sólo puede ser el enviado de lo Alto, vaticinado por todos los profetas, para iluminar y salvar al mundo. Esta misma economía sobrenatural reaparece en los acontecimientos con que Cristo, después de treinta años de existencia oculta, da principio a su vida pública, esto es, su bautismo en las aguas del Jordán, y su tentación en el desierto.

Contemplemos a Jesús en estos dos misterios que van íntimamente unidos, y veremos cuán admirables son los planes de la Sabiduría infinita en sus pensamientos, y hasta qué punto quiere Cristo, nuestro modelo, precedernos en la senda que necesariamente hemos de seguir para asemejarnos a Él.

I

Ya sabéis que Dios había enviado a Juan, hijo de Zacarías e Isabel, como Precursor que anunciara a los judíos la venida del Verbo encarnado.

Juan ha pasado sus años juveniles ejercitándose en los rigores de la más austera penitencia hasta los treinta años, cuando movido de divina inspiración comienza a predicar a las turbas que junto a él se agolpaban a orillas del Jordán. Toda su enseñanza se resumía en estas palabras: «Haced penitencia, porque el reino de Dios está ya cerca»¹. A estas apremiantes exhortaciones seguía el bautismo en las aguas del río, queriendo mostrar con ello a sus oyentes la necesidad de purificar sus almas para ser menos indignas de la venida del Salvador; mas este bautismo sólo se confería a los que se reconocían pecadores y confesaban sus culpas.

Estaba Juan un día bautizando y predicando el bautismo de penitencia², cuando Jesucristo, llegada la hora de salir de la obscuridad de la vida oculta para manifestar al mundo los secretos divinos, fundiéndose con la muchedumbre de pecadores, presentóse con ellos a recibir, de manos de Juan, la ablución purificadora.

Cuando el alma piadosa se detiene a pensar que el que

1. MATTH., III, 2.

2. MARC., I, 4; LUC., III, 3.

se proclama pecador y se presenta voluntariamente a recibir un bautismo de penitencia, es la segunda persona de la Santísima Trinidad, ante la cual velán los ángeles su faz cantando: «Santo, Santo, Santo»¹, queda confusa ante tan prodigioso abatimiento.

Ya nos dice el Apóstol que Cristo es santo, inocente, sin mancha, segregado de los pecadores²; mas he aquí que Él mismo se adelanta como culpable, pidiendo el bautismo de la remisión de pecados. ¿Qué significa este misterio? Significa que en todos sus estados cumple el Verbo encarnado su doble misión: la de Hijo de Dios, en virtud de su eterna generación, y la de Cabeza de una raza pecadora, cuya naturaleza ha asumido y a la cual tiene que rescatar. Como Hijo de Dios, puede tratar de sentarse a la diestra de su Padre, para gozar allí de la gloria que le corresponde en los resplandores del cielo.

Pero como Caudillo del género humano degradado, habiendo tomado carne —culpable en la raza, aunque pura en Él³—, no podrá entrar en el cielo al frente de su cuerpo místico sino después de haber pasado por las humillaciones de su vida y los dolores de su Pasión⁴. Poseyendo Cristo, como dice san Pablo, la naturaleza divina, no creyó cometer injusticia alguna, declarándose igual a Dios en perfección⁵; mas por nosotros y por nuestra salvación, descendió hasta los abismos de la flaqueza y del aniquilamiento; de ahí que su Padre le ensalzara, dándole el nombre de Jesús, que encierra nuestra redención, y ensalzándole a Él, nos «elevó a nosotros también hasta lo más encumbrado de los cielos»⁶. Bien podemos decir que, si Cristo entra en los cielos, es para precedernos y mostrarnos el camino⁷.

Con todo eso, no entrará hasta haber saldado nuestra cuenta con la justicia divina, vertiendo por nosotros toda su sangre⁸.

Es que Cristo viene para librarnos de la esclavitud y tiranía del demonio, bajo cuyo poder se halla el género humano de resultas del pecado⁹; viene para librarnos de los

1. ISA., VI, 3.

2. HEBR., VII, 26.

3. ROM., VIII, 3.

4. LUC., XXIV, 26.

5. PHILIP., II, 6.

6. EPHES., II, 6.

7. HEBR., VI, 20.

8. *Ibid.*, IX, 12.

9. JOAN., VIII, 34.

suplicios eternos, que podía imponernos Satanás como ministro de la divina justicia ¹.

Ahora bien, el Verbo encarnado, el hombre Dios, no realizará esta redención sino sustituyéndose voluntariamente a cada uno de nosotros pecadores, y haciéndose solidario de nuestro pecado, hasta el punto de que Dios le ha constituido como un vivo pecado, en frase gráfica de san Pablo ².

Si toma sobre sí nuestras iniquidades, tomará también el castigo que ellas se merecerían, y sobre Él caerán, cual lluvia torrencial, los dolores y humillaciones. Ése es el decreto eterno.

Así comprenderéis cómo desde el principio de su vida pública, al momento de inaugurar públicamente su misión redentora, se somete Jesús a un acto de profunda humildad, a un rito que le coloca en el número de los pecadores.

Ved, en efecto, cómo Juan, iluminado de lo alto y reconociendo al Hijo de Dios en la persona de Aquel que se presenta, exclama: *Existe éste antes de mí y no soy digno de desatar la correa de su calzado* ³; y se niega con firmeza a conferirle el bautismo de penitencia: «Yo soy el que debiera ser bautizado por Vos, y ¿venís Vos a mí?» Mas ¿qué le dice Jesús? «Deja ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia» ⁴.

¿Qué justicia es ésta? Las humillaciones de la Humanidad adorable de Jesús, que al rendir un homenaje supremo a la santidad infinita, constituyen el saldo íntegro de todas nuestras deudas con la divina justicia. Jesús, justo e inocente, sale fiador por toda la raza pecadora ⁵ y se convierte por medio de su inmolación en Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo ⁶ y en propiciación por todos los crímenes de la tierra ⁷: medio único de cumplirse el rigor de la justicia.

Cuando meditemos esta profunda palabra de Jesús, humillémonos con Él; reconozcamos nuestra condición de pe-

1. MATTH., V, 25.

2. II COR., V, 21.

3. JOAN., I, 27; Cf. MATTH., III, 11; MARC., I, 7; LUC., III, 16.

4. MATTH., III, 15.

5. I PETR., III, 18.

6. JOAN., I, 29.

7. JOAN., II, 2.

cadores y, sobre todo, renovemos el acto de renuncia al pecado que hiciéramos allá en nuestro bautismo.

El mismo Precursor anunciaba este bautismo como superior al suyo, porque había de instituirlo el mismo Cristo en persona: «Yo bautizo con agua para moveros a penitencia; mas Aquel que ha de venir en pos de mí es más poderoso que yo; Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego»¹. El bautismo de Jesús, si se considera exteriormente, es un bautismo de agua como el de Juan; pero al propio tiempo que se confiere la virtud divina del Espíritu Santo, que es un fuego espiritual, purifica y transforma interiormente las almas².

Renovamos, pues, con frecuencia nuestros actos de renuncia al pecado, pues, como ya sabéis, el carácter del bautizado persiste indeleble en el fondo de nuestra alma, y cuando reiteramos las promesas, hechas en aquella hora bendita de nuestra iniciación, deriva de la gracia bautismal una nueva virtud para vigorizar nuestro poder de resistir a todo aquello que nos arrastra al pecado, cuales son las sugestiones del demonio y las seducciones del mundo y de los sentidos; sólo así podremos conservar en nosotros la vida de la gracia, como también dar a Jesucristo una prueba de vivo agradecimiento por haberse encargado Él de librarnos de nuestras maldades. «Me amó, decía san Pablo, recordando este misterio de infinita caridad, y se entregó por mí»³. Viva yo por Él y para su gloria y no para mí ni para satisfacer mis rascaderos apetitos, mi orgullo, mi amor propio, mis ambiciones»⁴.

II

Bautizado Jesús, salió al punto del río, cuando de pronto se rasgan los cielos y se ve bajar al Espíritu mismo de Dios en figura de paloma, que venía a posarse sobre Él, dejándose oír de arriba aquella voz: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias»⁵.

1. MATTIL., III, 11; MARC., I, 8; LUC., III, 16.

2. TIT., III, 5.

3. GAL., II, 20.

4. II COR., V, 15.

5. MATTIL., III, 16-17; MARC., I, 10-11; LUC., III, 21.

Esta escena misteriosa no es sino una aplicación particular de la ley que Dios suele seguir y que ya os indicaba al principio de esta reunión: es menester que Cristo sea glorificado luego de haberse humillado.

Rebájase Cristo hasta confundirse con los pecadores; e inmediatamente el cielo se abre para ensalzarle; solicita un bautismo de penitencia y de reconciliación, y al punto el Espíritu de Amor atestigua que reposa sobre Jesús con toda la plenitud de los dones de su gracia; reconócese digno del peso de la divina justicia, y por lo mismo le proclama el Padre objeto de todas sus delicias ¹.

Esta glorificación solemne de Cristo no sólo se refiere a su persona, sino que tiene aún mucho mayor alcance, como ahora os mostraré.

En este mismo momento es cuando recibe declaración auténtica la misión de Jesús como legado de Dios; el testimonio del Padre acredita, por decirlo así, a su Hijo ante el mundo, y nos dice ya algo de lo que Cristo será para nosotros.

Es de notar, en efecto, que la misión de Jesús reviste un doble aspecto; porque viene a ser una redención y una santificación: rescatar las almas, y después comunicarles la vida. Esa es toda la obra del Salvador. Son dos elementos inseparables, aunque distintos, y hallamos ya su origen en las circunstancias del bautismo de Cristo, que fué como el preludio de su vida pública.

Vimos, pues, cómo al presentarse el Verbo encarnado a recibir un bautismo de penitencia, da testimonio ya de su misión de redentor, y deberá terminar su obra comunicando el don de la vida divina, en virtud de los méritos de su Pasión y muerte ². Dios nos ha dado su Hijo para que los que creen en Él, tengan vida ³.

La fuente de vida eterna en nosotros es una luz.

En el cielo, esta luz será la visión beatífica, en cuyo resplandor viviremos la vida misma de Dios ⁴.

En este mundo, la fuente de nuestra vida sobrenatural es igualmente una luz, la luz de la fe: participación del cono-

1. PHILIPP., II, 8.

2. I JOAN., III, 15.

3. I JOAN., IV, 9.

4. Salmo XXXV, 10.

cimiento que Dios tiene de sí mismo. El Verbo encarnado es quien comunica al alma esta participación, que viene a ser para nosotros como una luz que nos guía por nuestros caminos, y por eso mismo debe vivificar toda nuestra actividad sobrenatural: «Porque el justo vive de la fe» ¹.

Ahora bien, el fundamento de esta fe es el testimonio mismo que Dios da de su Hijo Jesús: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias».

Cristo aparece solemnemente en el mundo como el Enviado del Padre, y todo cuanto nos diga será eco fiel de esta verdad eterna que de continuo contempla en su seno ². Su doctrina no será suya, sino del Padre que le envía ³; repetirá cuanto oyere, y de este modo podrá Jesús decir al Padre el último día: «Padre, cumplido he la obra que me confiaste, hice por que te conociesen en el mundo» ⁴.

Las palabras del Verbo encarnado no han producido en todas las almas la luz que debía serles principio de salud y de vida; Él es, sin duda alguna, la luz del mundo, pero se la ha de seguir para no andar en tinieblas, si queremos llegar hasta aquella Luz, eterna fuente de nuestra vida en el cielo ⁵. Dios acepta únicamente a los que reciben a su Hijo.

Para oír con fruto la palabra de Cristo, es necesario ese poder de atracción que tiene el Padre ⁶; aquellos que no han sido atraídos, por el Padre, no escuchan la voz del Verbo ⁷. Mas ¿a quiénes atrae el Padre? A aquellos que reconocen a su propio Hijo en la persona de Jesús ⁸.

He aquí por qué el testimonio público dado por el Padre a Jesús después de su bautismo es el punto de partida de toda la vida pública de Jesús, Verbo encarnado y luz del mundo, y el fundamento mismo de la fe cristiana, y de toda nuestra santificación.

De este modo, el misterio del bautismo de Jesús, que inaugura su ministerio público, contiene como el resumen de toda su misión en la tierra; pues en la humillación que quiso sufrir al buscar aquel rito de penitencia para remisión de los pecados, figuraba ya el bautismo sangriento de la cruz y el cumplimiento de toda justicia. Desde aquel

1. HEB., X, 38.

2. JOAN., I, 18.

3. *Ibid.*, VII, 16.

4. *Ibid.*, XVII, 1.

5. JOAN., VIII, 12.

6. *Ibid.*, VI, 37.

7. *Ibid.*, VIII, 47.

8. I JOAN., IV, 75.

momento, tributa a las perfecciones infinitas de su Padre, ultrajadas por el pecado, el homenaje supremo que merecen las humillaciones y abatimientos con los cuales realiza nuestra redención.

En premio de ello, ábrese el cielo; introduce el Padre eterno de un modo auténtico a su Hijo en el mundo; el resplandor glorioso que revela ese divino testimonio, anuncia la misión de iluminar las almas que va a inaugurar el Verbo hecho carne, y el Espíritu Santo reposa sobre él para indicar la plenitud de dones con que está adornada su alma santísima y simbolizar al propio tiempo la unción de la gracia que Cristo consigo nos trae.

El Bautismo, juntamente con la fe en Jesucristo, es el Sacramento de nuestra adopción divina y de la iniciación cristiana, y se nos confiere en nombre de la Santísima Trinidad, que se reveló a nosotros en las orillas del Jordán.

Santificada el agua por el contacto de la Humanidad de Jesús, y unida al «Verbo de verdad»¹, tiene virtud para borrar los pecados de aquellos que, detestando sus culpas, proclaman su fe en la divinidad de Cristo. Es «el Bautismo», no ya sólo de agua para «remisión de los pecados», sino del «Espíritu, único que puede renovar la faz de la tierra»², y que de «hijos de ira»³, nos hace hijo de Dios, participando ya con Jesús, aunque en grado menor, de las complacencias del Padre celestial.

De modo que, al decir de san Pablo, «nos hemos despojado por el bautismo del hombre viejo (procedente de Adán), juntamente con sus obras de muerte, y nos hemos revestido del hombre nuevo creado en toda justicia y verdad (el alma regenerada por el Verbo y el Espíritu Santo), que se renueva sin interrupción a imagen de Aquel que la creó»⁴.

Ya lo veis; así como el bautismo constituye para Cristo el resumen de toda su misión redentora a la vez que santificadora, así también contiene en germen todo el desarrollo de la vida cristiana con su doble aspecto de *muerte* para el pecado y *vida* para Dios⁵; tanta es la verdad de aquellas pa-

1. JAC., I, 18.

2. SALMO CIII, 30.

3. ÉPHES., II, 3.

4. COL., III, 9-10; ÉPHES., IV, 24.

5. ROM., VI, II.

labras del Apóstol que todos aquellos que son bautizados se revisten de Cristo¹, y tan cierto es que todos nosotros no formamos con Jesús más que un solo ser en todos sus divinos misterios.

¡Dichosa condición la de los fieles cristianos! ¡Insensata ceguedad la de aquellos que olvidan sus promesas bautismales! ¡Triste destino el de los que las tienen holladas a sus pies! Ya lo decía el precursor a los judíos: «La segur está aplicada a la raíz del árbol; y todo árbol que no produce fruto será cortado y echado al fuego...» Luego añade: «He aquí que Cristo es más poderoso que yo, y tiene en sus manos el biello, y limpiará perfectamente su era; y el trigo lo meterá en el granero, mas la paja la quemará en un fuego inextinguible...»². «El Padre, en efecto, ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo de Dios con fe viva, tiene vida eterna; pero quien no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que, por lo contrario, la ira de Dios se cierne sobre su cabeza»³.

III

Apenas bautizado Jesús, nos dice el Evangelio «que fué conducido del Espíritu de Dios al desierto», y los escritores sagrados emplean diversas expresiones para significar esta acción del Espíritu Santo. Jesús fué «conducido»⁴, dice san Mateo; Jesús fué «impelido»⁵, escribe san Lucas; Jesús fué «arrebataado»⁶, pone san Marcos. ¿Qué quiere indicarnos esta variedad de términos, sino la vehemencia de la acción interior del Espíritu Santo sobre el alma de Cristo? ¿A qué fin es conducido al desierto? «Para ser tentado por el diablo», según testimonio del mismo Evangelio.

¿No entraña esto algún misterio? Acaba el Padre Eterno de proclamar que Jesús es su Hijo muy amado, objeto de

1. GAL., III, 27.

2. MATTH., III, 10-12; LUC., III, 9, 16-17.

3. JOAN., III, 35-36.

4. MATTH., IV, 1.

5. LUC., IV, 1.

6. MARC., I, 12.

todas sus complacencias; se posa sobre Él el Espíritu de amor, y al instante, este mismo Espíritu le empuja al desierto para verse allí expuesto a las sugerencias del demonio. ¡Oh qué misterio! ¿Quién podrá declarar el significado de este episodio tan extraordinario en la vida de Cristo?

¿Por qué, pues, da así principio a su vida pública?

Para comprender la profundidad de este arcano, y antes de exponer el relato evangélico, debemos primero recordar el papel que desempeña la tentación en nuestra vida espiritual.

Las perfecciones divinas exigen que la criatura racional y libre se halle expuesta a una prueba antes de ser admitida a gozar de la eterna bienaventuranza; es necesario que dicha criatura se vea colocada delante de Dios y delante de la prueba, y que libremente renuncie a su propia satisfacción, para reconocer la soberanía de Dios y obedecer a su ley: la santidad y justicia de Dios exigen este honor. Esta elección, que es gloriosa para el Ser infinito, constituye en nosotros el fundamento de aquel mérito que el Señor recompensa con la felicidad celestial.

Enseña el santo Concilio de Trento que Dios nos salva, pero de tal modo, que la salvación es a la vez un don de su misericordia y la recompensa de nuestros méritos¹.

La vida eterna será nuestra recompensa, porque habiendo tenido que hacer una elección, hemos rechazado la tentación para adherirnos a Dios; sometidos a la prueba, la hemos sufrido permaneciendo fieles a la voluntad divina. Como el oro se prueba en el crisol, así la constancia en medio de la tentación, revela un alma digna de Dios; tal es la noble condición de toda criatura libre.

Los Ángeles fueron los primeros sometidos a la prueba; y aunque ignoramos en qué consistió ésta, sabemos, ello no obstante, que debió acomodarse al modo de ser de los Ángeles. Éstos son criaturas puramente espirituales, y sus actos no están medidos, como los nuestros, por el tiempo; además, dichos actos poseen tal poder, tal energía, tal profundidad, que ningún acto humano puede igualarlos. Siendo espíritus puros, no necesitan de raciocinio; pues en nosotros, la extrema movilidad de nuestra imaginación, que es facultad sensitiva, ligada al organismo corporal, presenta a nuestra

elección una multitud de bienes particulares cuya variedad retrasa la acción de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad; pasamos de un bien a otro, y volvemos al cabo de un tiempo al que habíamos resuelto abandonar. No ocurre lo mismo con el Ángel, porque en él la naturaleza, siendo toda espiritual, no da lugar a ninguna duda; en él, los actos de inteligencia y de voluntad revisten un carácter de plenitud, de fijeza, de irrevocable inflexibilidad, que les confiere gran fuerza y tenacidad ¹.

Ninguna existencia humana, por prolongada que sea, aun englobadas en una todas sus operaciones, alcanzará el poder y la intensidad del acto único por el cual fijaron los Ángeles su elección en medio de la prueba.

Por eso fué tan agradable a Dios la fidelidad de los Ángeles buenos; por eso también el pecado de rebelión de los espíritus malignos reviste una gravedad que no podemos nosotros calcular, pues el profundo conocimiento que tenían, y que les permitió obrar con entera perspicacia, penetró de tal malicia este pecado único, que debió la justicia divina castigarlo con sentencia inmediata de condenación eterna.

En cuanto a nosotros, la aceptación de la prueba, la resistencia a la tentación van eslabonándose y cruzándose en todos los caminos de nuestra existencia terrena.

La lucha contra las seducciones corruptoras, la paciencia en las contradicciones queridas o permitidas por la divina Providencia, es obra de todos los días: «La vida del hombre sobre la tierra es un combate» ².

Cada día también es una ocasión propicia para probar nuestra fidelidad para con Dios. Un alma que, desde el momento en que entra en conocimiento de sus actos, hasta aquel en que se separa del cuerpo, no hubiese cometido jamás una falta deliberada, y que colocada entre Dios y una serie de sollicitaciones capaces de apartarla de Él, elegiría siempre libremente la voluntad divina, tributaría a Dios inmensa gloria y honor. ¿Por qué? Porque en cada uno de sus actos reconocería a Dios como su único Señor. Dichosa, pues, el alma que, habiendo podido violar la ley eterna, no la violó,

1. S. THOM., *De veritate*, q. XXIV, a. 10 y 11.

2. JOAN., VII, 1.

y habiendo podido obrar el mal, no lo obró¹. El Señor la recompensará también con largueza: «Entra, servidor bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señora»².

El primer hombre fué sometido a la prueba; pero vaciló y cayó, prefiriendo a Dios la criatura y su propia satisfacción. Más fué lo peor que consigo arrastró a toda su descendencia en su rebelión, en su caída y en su castigo. Por eso fué necesario que el segundo Adán, que representaba a todos los predestinados, obrara de un modo enteramente diverso. Dios Padre, en su sabiduría adorable, quiso que Jesús, nuestro capitán y nuestro modelo, se hallase frente a frente a la tentación por su libre elección, y que saliese de ella victorioso, para enseñarnos precisamente cómo hemos de vencer; esta es una de las razones de este misterio.

Pero existe otra más profunda todavía, que pone en contacto íntimo este misterio con el del bautismo. ¿Qué decía, en efecto, Jesús al Santo Precursor, cuando éste rehusaba cumplir su ministerio de penitencia con Él? «Deja ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia»³. Consistía esta justicia, según llevamos dicho, en que Jesús padeciese todas las expiaciones decretadas por su Eterno Padre para la redención del género humano⁴.

Desde que Adán pecó, viene siendo la especie humana esclava de Satanás; y por salvarla Jesús de manos del príncipe de las tinieblas y destruir su imperio, vino a este mundo⁵. Por eso, tan pronto como hubo recibido el bautismo que le señalaba como cordero de Dios que había de quitar los pecados del mundo⁶, y someterse todo el poderío del demonio, el Verbo, hecho carne, entra en lid con «el príncipe de este mundo»⁷, y por eso mismo el Espíritu Santo le empuja al desierto; de igual modo que en otro tiempo se arrojaba afuera al macho testafarro cargado con los pecados del pueblo: «para ser tentado por el diablo».

1. ECCL., XXXI, 19.

2. MATT., XXV, 21.

3. *Ibid.*, III, 15.

4. *Ibid.*, XX, 28; MARC., 45.

5. I JOAN., III, 8.

6. JOAN., I, 29.

7. *Ibid.*, XIV, 30.

IV

Contemplemos ahora a nuestro divino Rey luchando con el príncipe de los espíritus rebeldes. Ya sabéis que Jesús permaneció en el desierto cuarenta días con cuarenta noches, visto sólo de las fieras, en el retiro más completo y ayuno más absoluto ¹.

Para comprender bien este misterio de la tentación de Jesús, es menester recordar lo que tantas veces llevamos dicho: que Cristo se hizo en todo semejante a nosotros ². Ahora bien, imaginaos a qué estado quedaría reducido un hombre que hubiese pasado cuarenta días sin probar alimento. Nuestro Señor no quiso hacer un milagro para impedir en él los efectos del ayuno, y por lo mismo, refiere el Evangelio que, transcurrido este período, sintió Jesús hambre ³; y por cierto, que después de tanto tiempo, debió encontrarse en un estado de extrema debilidad y decaimiento. Veamos inmediatamente cómo aprovecha el demonio la ocasión, para tentarle; pero advirtámos antes que, al tomar la Humanidad santísima de Jesús nuestras flaquezas, no pudo conocer el pecado ⁴, como tampoco estuvo su alma sujeta a ninguna ignorancia, error, imperfección o flaqueza moral.

Huelga también añadir que tampoco sintió ninguno de esos movimientos desordenados que resultan en nosotros de la culpa original o hábitos del pecado. Si Jesús pasa por nosotros hambre y cansancio, siempre es y será el Santo de los Santos; de aquí resulta que la tentación que Cristo pudo sufrir fué del todo externa, sin detrimento alguno para su alma; sólo pudo ser tentado por los «príncipes o potestades del mundo tenebroso, por los espíritus de maldad» ⁵.

Hemos de pensar también que entre esos espíritus perversos, el que tentó a Cristo gozaba de un poder muy especial; mas por aguda que fuese su inteligencia, ignoraba, ello no obstante, quién era Cristo; porque ninguna criatura

1. LUC., IV, 2.

2. IERN., II, 17.

3. MATHE., IV, 2.

4. IERN., IV, 15.

5. IERN., VI, 12.

puede ver a Dios no siendo en la visión beatífica; pero el demonio está de ella privado para siempre.

Tampoco podía conocer aquel misterioso vínculo de unión de la divinidad con la humanidad en Jesucristo. Sospechaba algo seguramente, y no olvidaba la maldición que sobre él pesaba desde que Dios estableciera enemistad eterna entre él y la mujer que había de aplastar su cabeza, es decir, destruyendo su poderío sobre las almas. No podía asimismo ignorar los prodigios realizados desde el nacimiento de Jesús, como se ve claramente por el relato de la tentación, pero su ciencia era incierta y de meras conjeturas, por lo que deseaba conocer entonces de un modo seguro si era el Hijo de Dios, o por lo menos ver si le era posible triunfar de Él, ya que le tenía ciertamente por un ser extraordinario.

Aproximado, pues, a Jesús el tentador, y viéndole tan decaído, procura hacerle caer en un pecado de gula, siquiera éste sea muy leve, ya que no le presenta platos delicados, pues tenía el demonio una opinión hartó elevada de Aquel a quien iba a tentar, para creer que había de sucumbir a una sugestión de esa especie, sino que viendo a Jesús tan extenuado por el hambre, supone que si es Hijo de Dios, bien podrá también hacer milagros y apagar el hambre. Quería de ese modo inducir a Cristo a que anticipara la hora prefijada por el Padre y realizara un prodigio con un fin puramente personal: «Si eres Hijo de Dios, di que esas piedras, que aquí están a tus pies, se conviertan en pan». — Mas ¿qué contesta Jesús? ¿Le manifiesta que es Hijo de Dios? ¿Hará el milagro que le pide el demonio? De ningún modo. Contentase con replicarle, recordando unas palabras de la Escritura: «El hombre no sólo vive de pan, sino también de toda palabra que procede de la boca de Dios»¹.

En otra ocasión, durante la vida pública, trajéronle los Apóstoles comida, diciéndole: «come, Maestro»; y Cristo dióles idéntica respuesta: «Tengo un alimento que vosotros no conocéis, que es cumplir la voluntad de mi Padre»². Eso mismo da a entender al demonio: esperará para satisfacer el hambre a que el Padre le preste su auxilio, sin adelantarse un solo instante al momento por Él prefijado, a fin de mos-

1. MATT., IV, 3-4; LUC., IV, 3.

2. JOAN., IV, 31-32, 34.

trar de esta suerte su poder: cuando hable el Padre, Él escuchará su voz.

Al oír el demonio la repulsa, comprende que Aquel con quien trata, si no es el Hijo de Dios, es por lo menos un hombre de extraordinaria santidad; por lo mismo, va a esgrimir otra arma más peligrosa. Conoce admirablemente la naturaleza humana; sabe muy bien que todos cuantos llegaron a un alto grado de perfección y de unión con Dios, están muy por encima de los asaltos del apetito inferior de los sentidos, pero pueden dejarse seducir por las sugerencias del orgullo, más sutiles aún, creyéndose superiores a los demás, y pensando que, aun cuando se expongan al peligro, como hasta entonces fueron fieles a Dios, serán objeto de una protección especialísima suya. Ensaya, pues, el demonio el modo de hacer entrar a Cristo por esa vereda, y haciendo uso de su poder espiritual, transporta a Jesús al pináculo del templo, y le dice: «Si eres el Hijo de Dios échate de aquí abajo, y no habrá peligro alguno, porque tiene mandado Dios a sus Ángeles que te tomen en sus palmas para que no tropiece tu pie contra ningún obstáculo»¹. Si Jesús es el Hijo de Dios, verle caer desde las azoteas en medio del numeroso gentío apiñado en los atrios será señal cierta de su misión mesiánica y prueba palmaria de que Dios mora en Él. Y para que la sugestión tenga todavía más atractivo, le sugiere el demonio otras palabras de la Escritura. Pero Jesús le responde de un modo irreductible, como soberano Maestro, con otro texto sagrado: «Escrito está. No tentarás con vana presunción al Señor tu Dios»². Queda vencido esa vez también el demonio, y triunfa el Verbo divino de todas sus argucias.

Se apresta el espíritu de las tinieblas a su postrer ataque, a fin de vencer a Jesús, y le lleva para ello a la cumbre de un monte, desde donde le muestra los imperios todos del orbe, y ante su vista la representa todas sus riquezas, todo su fausto, toda su gloria. ¡Seductora tentación para el orgullo de quien se creyera Mesías! Pero antes se imponen las bases del convenio: era un nuevo ardid del espíritu maligno para conocer en último término al que le resistía con tanto tesón. «Todo esto es mío; yo te lo doy, si postrándote

1. MATHE., IV, 5-6; LUC., IV, 9-11.

2. *Ibid.*, IV, 7; LUC., IV, 12.

puede ver a Dios no siendo en la visión beatífica; pero el demonio está de ella privado para siempre.

Tampoco podía conocer aquel misterioso vínculo de unión de la divinidad con la humanidad en Jesucristo. Sospechaba algo seguramente, y no olvidaba la maldición que sobre él pesaba desde que Dios estableciera enemistad eterna entre él y la mujer que había de aplastar su cabeza, es decir, destruyendo su poderío sobre las almas. No podía asimismo ignorar los prodigios realizados desde el nacimiento de Jesús, como se ve claramente por el relato de la tentación, pero su ciencia era incierta y de meras conjeturas, por lo que deseaba conocer entonces de un modo seguro si era el Hijo de Dios, o por lo menos ver si le era posible triunfar de Él, ya que le tenía ciertamente por un ser extraordinario.

Aproximado, pues, a Jesús el tentador, y viéndole tan decaído, procura hacerle caer en un pecado de gula, siquiera éste sea muy leve, ya que no le presenta platos delicados, pues tenía el demonio una opinión harto elevada de Aquel a quien iba a tentar, para creer que había de sucumbir a una sugestión de esa especie, sino que viendo a Jesús tan extenuado por el hambre, supone que si es Hijo de Dios, bien podrá también hacer milagros y apagar el hambre. Quería de ese modo inducir a Cristo a que anticipara la hora prefijada por el Padre y realizara un prodigio con un fin puramente personal: «Si eres Hijo de Dios, di que esas piedras, que aquí están a tus pies, se conviertan en pan». — Mas ¿qué contesta Jesús? ¿Le manifiesta que es Hijo de Dios? ¿Hará el milagro que le pide el demonio? De ningún modo. Contentase con replicarle, recordando unas palabras de la Escritura: «El hombre no sólo vive de pan, sino también de toda palabra que procede de la boca de Dios»¹.

En otra ocasión, durante la vida pública, trajéronle los Apóstoles comida, diciéndole: «come, Maestro»; y Cristo dióles idéntica respuesta: «Tengo un alimento que vosotros no conocéis, que es cumplir la voluntad de mi Padre»². Eso mismo da a entender al demonio: esperará para satisfacer el hambre a que el Padre le preste su auxilio, sin adelantarse un solo instante al momento por Él prefijado, a fin de mos-

1. MATT., IV, 3-4; LUC., IV, 3.

2. JOAN., IV, 31-32, 34.

trar de esta suerte su poder: cuando hable el Padre, Él escuchará su voz.

Al oír el demonio la repulsa, comprende que Aquel con quien trata, si no es el Hijo de Dios, es por lo menos un hombre de extraordinaria santidad; por lo mismo, va a esgrimir otra arma más peligrosa. Conoce admirablemente la naturaleza humana; sabe muy bien que todos cuantos llegaron a un alto grado de perfección y de unión con Dios, están muy por encima de los asaltos del apetito inferior de los sentidos, pero pueden dejarse seducir por las sugerencias del orgullo, más sutiles aún, creyéndose superiores a los demás, y pensando que, aun cuando se expongan al peligro, como hasta entonces fueron fieles a Dios, serán objeto de una protección especialísima suya. Ensayo, pues, el demonio el modo de hacer entrar a Cristo por esa vereda, y haciendo uso de su poder espiritual, transporta a Jesús al pináculo del templo, y le dice: «Si eres el Hijo de Dios échate de aquí abajo, y no habrá peligro alguno, porque tiene mandado Dios a sus Ángeles que te tomen en sus palmas para que no tropiece tu pie contra ningún obstáculo»¹. Si Jesús es el Hijo de Dios, verle caer desde las azoteas en medio del numeroso gentío apiñado en los atrios será señal cierta de su misión mesiánica y prueba palmaria de que Dios mora en Él. Y para que la sugestión tenga todavía más atractivo, le sugiere el demonio otras palabras de la Escritura. Pero Jesús le responde de un modo irreductible, como soberano Maestro, con otro texto sagrado: «Escrito está. No tentarás con vana presunción al Señor tu Dios»². Queda vencido esa vez también el demonio, y triunfa el Verbo divino de todas sus argucias.

Se apresta el espíritu de las tinieblas a su postrer ataque, a fin de vencer a Jesús, y le lleva para ello a la cumbre de un monte, desde donde le muestra los imperios todos del orbe, y ante su vista la representa todas sus riquezas, todo su fausto, toda su gloria. ¡Seductora tentación para el orgullo de quien se creyera Mesías! Pero antes se imponen las bases del convenio: era un nuevo ardid del espíritu maligno para conocer en último término al que le resistía con tanto tesón. «Todo esto es mío; yo te lo doy, si postrándote

1. MATTH., IV, 5-6; LUC., IV, 9-11.

2. *Ibid.*, IV, 7; LUC., IV, 12.

me adoras» — le dice el temerario. — Conocida es de todos la respuesta de Jesús, y el valor con que rechaza las sacrílegas sugerencias del demonio: «¡Apártate, Satanás! Escrito está: Sólo a tu Dios adorarás y a Él sólo servirás»¹.

Ya está desenmascarado el príncipe de las tinieblas, y la fuga es su único recurso; con todo, dice el Evangelio que se apartó por algún tiempo². El escritor sagrado indica con esto que durante la vida pública el diablo volverá al ataque, si no por sí, por medio de sus agentes, y perseguirá sin tregua a Nuestro Señor. Durante su pasión principalmente, sirviéndose de los fariseos, se enseñará con Jesús: «Esta es vuestra hora y del poder de las tinieblas»³. Les tirará de la lengua a ellos y a la plebe, para que pidan la crucifixión de Jesús⁴. Pero bien sabemos que la muerte de Jesús en la cruz será precisamente el golpe decisivo que derribará para siempre el poderío de Satanás. ¡Con qué vivos resplandores brilla en sus obras la sabiduría de Dios!⁵

Añade el Evangelio que «habiéndose apartado el tentador, bajaron los Ángeles del cielo a servir a Jesús»⁶. Era la manifestación sensible de la gloria a que el Padre ensalzaba a su Hijo por haberse rebajado hasta soportar en nuestro nombre las embestidas del demonio. Los Ángeles fieles se aparecieron, y sirvieron a Jesús aquel pan que esperaba en la hora señalada por la providencia de su Padre.

Este es el episodio de la tentación.

Y si Jesucristo, el Verbo encarnado, el Hijo de Dios, quiso habérselas con el espíritu maligno, ¿nos maravillaremos de que los miembros de su cuerpo místico hayan de seguir la misma senda? ¡Son tantas las personas, aun piadosas, que creen que la tentación es una señal de reprobación, cuando las más de las veces sucede lo contrario!...

Hechos por el bautismo discípulos de Jesús, no podemos ser más que el Divino Maestro⁷. «Porque eras grato a Dios, fué necesario que la tentación te probase». Es Dios mismo quien lo dice.

1. MATTH., IV, 8-10; LUC., IV, 5-8.

2. LUC., IV, 13.

3. *Ibid.*, XXII, 53.

4. JOAN., XIX, 15.

5. Prefacio de la Cruz.

6. MATTH., IV, 11; MARC., I, 13.

7. Cf. MATTH., X, 24; LUC., VI, 10; JOAN., XIII, 16, XV, 20.

Sí, nos puede tentar el demonio y tentarnos fuertemente, y tentarnos cuando nosotros nos creemos más al abrigo de sus dardos; en los momentos de oración, después de la comunión; sí, aun en estos instantes dichosos nos puede inspirar pensamientos contra la fe y la esperanza, y lanzar nuestra imaginación a la independencía con respecto a los derechos de Dios, a la rebeldía; puede soliviantar en nosotros las pasiones todas; puede, y maravilla será que deje de hacerlo.

Más aún: no olvidemos que Jesús, nuestro universal modelo, fué tentado antes que nosotros, y no sólo tentado, sino tocado por el espíritu de las tinieblas; permitiendo al demonio atrevido que pusiera sus asquerosas manos en aquella Humanidad sacratísima.

No olvidemos, sobre todo, que Jesús venció al demonio como Hijo de Dios, y además, como Cabeza de la Iglesia; y así, en Él y por Él, hemos triunfado y triunfamos del espíritu de rebeldía. Es efecto de la gracia que nos ha merecido nuestro Divino Redentor; ella es venero de nuestra confianza en los combates y tentaciones; y así, sólo nos resta demostrar cómo esta confianza se hace inquebrantable, y cómo también en la fe en Jesucristo encontraremos siempre el secreto de la victoria.

V

La gracia, que el Verbo encarnado nos mereciera sometién-dose a la tentación, es la fuerza con que también nosotros venceremos al demonio y triunfaremos en esa recia lucha, que, por necesidad, habremos de tener antes de entrar a gozar de la vida divina en la bienaventuranza del cielo.

Jesucristo mereció que cuantos le estén unidos participen de su impecabilidad, y precisamente en la misma medida de su unión con Él.

Henos, pues, ya de lleno en el misterio.

Aparece claro en el Evangelio que Jesús era impecable, inaccesible al pecado y a la más leve imperfección. Pero, ¿cuál es la causa de esta invulnerabilidad moral? La razón fundamental no es otra sino que Jesús es el mismo Hijo

de Dios y la segunda Persona de la Santísima Trinidad, y, como tal, la Santidad absoluta que no puede pecar.

Y así, considerando la Humanidad de Cristo en sí misma, la hallamos ser una humanidad creada al igual que la nuestra, semejante a la nuestra, ya que la unión con la Divinidad no la eximió de las debilidades, que son compatibles con la dignidad de Hijo de Dios. Por eso Cristo Jesús padece hambre y sed, le rinde el cansancio, y el sueño cierra sus párpados: el miedo, la tristeza, el tedio, se apoderan con toda verdad del alma de Jesús; no obstante esto, en Jesús no hay la menor sombra de imperfección. Y si la humanidad de Jesús, *como tal*, goza de impecabilidad, es porque su humanidad está adherida inmutablemente al bien de un modo maravilloso. Pero ¿cuál es el medio de que Dios se ha valido para hacer inaccesible al pecado, al mal moral, para hacer impecable el alma de Jesús? No es, por cierto, otro que el hacerla vivir bajo la protección del Altísimo¹, o como reza en términos más expresivos el texto original: «En el santuario oculto de la divinidad». Mas ¿cuál es ese asilo, ese santuario? Es la visión beatífica. La visión beatífica es la contemplación frutiva de Dios en la Patria celestial, de Dios cual es Él en sí mismo. Aquel a quien una vez le fuere dada esta gracia, no puede ya desasirse de Dios, porque ve en Dios el Sumo Bien, y porque todo otro bien participado, por grande que sea, no puede, por manera alguna, comparársele. Por lo mismo, el pecado — que es una desviación de la ley divina, del querer de Dios, esto es, el apartarse de Dios para asirse a un bien que encuentra en sí mismo o en las criaturas — es totalmente imposible.

En este feliz estado, en el que el entendimiento contempla a la Verdad misma, no hay ignorancia, no hay engaño, ni error posible; y la voluntad apegada al Bien absoluto, que encierra en sí mismo la plenitud de todo bien, ni duda jamás, ni flaquea, ni se engaña; el alma que ha subido a esas cimas se halla al decir de los teólogos enteramente «confirmada en gracia».

Esta confirmación en gracia es secuela necesaria de la predestinación, y presupone grados diversos, que se ajusten a la perfección y extensión de dicha predestinación. La Humanidad de Cristo fué predestinada para estar unida al Ver-

1. Salmo XC, 1.

bo Eterno, y por lo mismo, desde el primer instante de su existencia, el alma de Cristo, como privilegio resultante de esta unión, como atributo connatural, goza de la visión beatífica; fué confirmada en gracia, pero en grado más eminente, es decir, en un grado de impecabilidad *esencial y absoluta*.

Y ved ya claro el por qué Nuestro Señor, cabeza de todos los predestinados, lanza este reto a los judíos: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?»¹. Y en la última Cena leemos que dijo a sus Apóstoles: «Ya no hablaré mucho de vosotros, porque viene el príncipe de este mundo (el demonio) contra mí; aunque no hay en mí cosa que le pertenezca»². Aun en cuanto hombre, es Jesucristo el santo por excelencia³.

En el cielo, los bienaventurados «han llegado a la edad perfecta de Cristo»⁴, han alcanzado la medida del don divino⁵; gozan de la visión beatífica en la plenitud de la gracia que les ha sido otorgada, y participan de un modo perfecto, cada uno según su grado, de la filiación divina de Jesús; esta es la razón de que ellos, como Él, vivan eternamente estables, «en el santuario oculto de la divinidad», en la impecabilidad permanente.

En la tierra nó nos es dado vivir con toda plenitud «en este refugio de la divinidad». Y entonces ¿qué es lo que en este destierro hace las veces de la visión beatífica? La fe; por la fe vivimos sin cesar en su presencia⁶; a la luz de la fe caminamos, y esta fe es la fuente de nuestra unión con Jesús, la raíz de nuestra santidad⁷.

Ahora bien, en el grado en que vivamos unidos por la fe, en ese grado también nos hacemos invulnerables en la tentación.

Encuéntrense aquí en la tierra almas tan unidas a Cristo, almas de una fe tan entera, que están ya desde ahora confirmadas en gracia. La Santísima Virgen, por ejemplo, fué predestinada para estar enteramente exenta de todo pecado, aun de la mancha original, por un privilegio único⁸. San Juan, el Precursor, fué santificado en el vientre de su madre,

1. JOAN., VIII, 46.

2. *Ibid.*, XIV, 30.

3. Gloria de la Misa.

4. EPHES., IV, 13.

5. *Ibid.*, 7.

6. II COR., V, 7.

7. GEN., XVII, 2.

8. Antífona de la fiesta de la Inmaculada Concepción.

y los Padres de la Iglesia nos aseguran que fué confirmado en gracia, así como lo fueron los Apóstoles después de recibir el Espíritu Santo el día de Pentecostés.

Dios da a todos una parte de esta confirmación en gracia, que, como he dicho, se mide en razón de nuestra vida de fe. Un alma que mediante la fe vive habitualmente contemplando a Dios, bebe sin intermisión de esta fuente de vida¹, participa de esa unión de Cristo con su Padre; y por resultancia también del amor con que el Padre ama a su Hijo Jesucristo².

Por eso Dios ama a esa alma con amor de complacencia; la defiende y la hace, por decirlo así, invulnerable. Podrán sus enemigos atacarla; «a su izquierda caerán mil, y diez mil a su diestra», mas «ella saldrá ilesa» «y hollará a los demonios»; el Universo todo podría levantarse a hacerle frente, y desencadenar sus furias contra ella; pero entonces «llamará a su Dios en su auxilio»: «Tú eres mi protector y mi defensa», y «Dios la librará de todas las celadas y peligros»³.

La Iglesia, solícita de sus hijos, y conocedora de cuantos peligros los asaltan en todo momento, sabedora también de cuán poderosa gracia de vida eterna les suministran los misterios del Verbo encarnado, y nuestra unión con Él, conmemora todos los años, al principio de la Cuaresma, el misterio de la Tentación de Jesús; quiere que durante cuarenta días vivamos como Él, en espíritu de penitencia, de recogimiento, de soledad, de oración.

Para ayudarnos a recorrer con fruto esta temporada, para inspirarnos los sentimientos que nos deben animar, la Iglesia nos hace leer, al comenzar la Santa Cuaresma, el relato del ayuno y tentación y triunfo de Cristo, y pone en nuestros labios el Salmo XC entero, que principia por esas palabras, que arriba expliqué: «El que mora en el asilo de la divinidad, estará bajo el amparo del Dios del cielo». Es el salmo por excelencia de la confianza en medio del combate, de la prueba y de la tentación.

Las magníficas promesas que encierra se aplican, en primer término, a Jesucristo, y, después, a todos los miembros de

1. Salmo XXXV, 10.

2. Salmo XC, 2, 7, 14.

3. JOAN., XVII, 23, 26.

su cuerpo místico, en la medida de su vida de gracia y de fe. Esta es la razón de que la Iglesia, no contenta con hacér-noslo leer todo en la Misa del primer Domingo de Cuaresma, tome, para el oficio divino, versículos que nos hace repetir todos los días en este largo período, a fin de mostrarnos los cuidados de nuestro Padre celestial. «Ha mandado a sus Ángeles para que te guarden en todos tus caminos; «Él es quien libra mi alma del lazo del cazador y de la palabra amarga que derriba»; «Él mismo te cubrirá con sus alas y encontrarás en Él refugio lleno de esperanza»: «Su verdad te cubrirá como un escudo, y tú no temerás ningún temor nocturno» ¹.

¡Qué confianza no inspiran a un alma tales promesas repetidas todos los días! ¡Qué seguridad no la garantizan para caminar por el sendero de la salvación! ². Por más rodeada y acosada que se vea de enemigos, Dios está con ella; y si Dios está de nuestra parte, dice san Pablo, ¿quién podrá contra nosotros? ³. Pues, añade el mismo Apóstol, «no permitirá Dios que seamos tentados o probados sobre nuestras fuerzas; Él nos protegerá, y con su ayuda podremos dominar la prueba, superar la tentación, y darle muestras de nuestra fidelidad» ⁴, fuente de mérito y de gloria» ⁵.

VI

Hemos visto hasta qué punto es invencible el alma «que mora en el santuario de la divinidad»; mas no olvidemos un solo momento que, aquí, se llega a él por la fe en Jesu cristo, nuestra cabeza y nuestro modelo.

Efectivamente, dice el Salmista, «Dios nos rodeará de su verdad como de un escudo». De igual suerte piensa san Pablo, al enumerar una por una las armas de que el cristiano se ha de pertrechar para la lid espiritual ⁶. «En todos los encuentros, armaos del escudo de la fe; con ella podréis embotar los dardos mortíferos del espíritu maligno». Del propio modo habla también san Pedro: «En nuestro alrededor anda el demonio acechando, y buscando a quien devorar; pero le resistiréis permaneciendo firmes en la fe» ⁷.

1. Salmo XC, 3-5, 11.

2. II COR., VI, 2.

3. ROM., VIII, 31.

4. I COR., X, 13.

5. COR., X, 13.

6. EPHE., VI, 16.

7. I PETR., V, 9.

Habréis notado que para rechazar al demonio, recurre siempre Jesucristo a la Escritura Sagrada. Esta misma táctica nos llevará a nosotros a la victoria, y así, cuando el enemigo os tienta, por ejemplo, contra la fe, acordaos del testimonio del Padre Eterno que llama a Jesús «su Hijo muy amado»; acordaos que «únicamente vienen de Dios los que creen en Jesús, Hijo de Dios»¹. Cuando os provoque a desesperación, repetidle las palabras de Cristo: «No hay ninguno bueno sino solo Dios»²; o bien: «Venid a Mí cuantos estáis trabajados, y yo os aliviaré»³; «Yo no desecho a los que a Mí se llegan»⁴. Si trata de desalentaros trayéndoos a la memoria vuestros yerros y caídas pasadas, respondedle con el Salvador: «No he venido para salvar a los justos, sino a los pecadores»⁵. Si les sugiere pensamientos hinchados de orgullo o de ambición, decidle: «Todos los que se ensalzan serán humillados»⁶; si os incita a la venganza: «Bienaventurados los mansos»⁷; si a los goces engañosos que fascinan vuestros ojos: «Bienaventurados los castos»⁸. En todo, armaos de la palabra del Verbo, que es un escudo contra el que vendrán a estrellarse y quebrarse todas las flechas enemigas.

La fe es el arma por excelencia: «Tengo por muy cierto — escribía santa Teresa — que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, al alma que de ninguna cosa se fía de sí, y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí, que por un punto de ella morirá mil muertes»⁹. En la hora de la prueba y en el momento de la tentación no es sino la fe quien nos recuerda los absolutos derechos de Dios a ser obedecido de sus criaturas; su santidad, los adorables rigores de su justicia, los tormentos indecibles que por la expiación del pecado padeció Jesús, la gratuidad de la gracia, la necesidad de la oración, la eternidad de las penas con que Dios castiga al pecador que muere impenitente, la dicha

1. I JOAN., V, 1.

2. LUC., XVIII, 19; Cf. MATTH., XIX, 17; MARC., X, 18.

3. MATTH., XI, 28.

4. JOAN., VI, 37.

5. MATTH., XI, 13; MARC., II, 17; LUC., V, 32.

6. *Ibid.*, XXIII, 12; LUC., XIV, 11; XVIII, 14.

7. *Ibid.*, V, 4.

8. *Ibid.*, 8.

9. *Vida de santa Teresa, por ella misma*, cap. 25.

sin fin con que recompensa largamente un servicio de corta duración.

Todas estas verdades nos las recuerda la fe; y por terribles que sean los dardos del enemigo, por violentas que sean sus sugerencias, por largo que sea el combate, el alma que se arma de fe viva, en esta misma fe y en la unión con Jesús, que la engendra, encuentra el castillo roquero, el principio mismo de su firmeza en el bien, el verdadero secreto del triunfo.

Dichosa el alma — dice el mismo Dios —, dichosa el alma que así lucha en la tentación, sin exponerse temeraria; dichosa el alma que pasa por el fuego con los ojos de la fe fijos en las palabras y ejemplos de Cristo, en las promesas de Dios; triunfará ya desde ahora en la tierra y recibirá más tarde el premio de su generosidad y de su amor¹.

Porque, como dice san Pablo, Cristo no abandona a sus discípulos en la lid; «Pontífice compasivo, que ha sido tentado, conoce lo que es la tentación, y puede sostenernos en el fragor del combate»².

Él nos auxilia con su gracia y nos ayuda con su oración, y repite por nosotros aquella plegaria que dirigió a su Padre cuando Él debía resistir y vencer los postreros asaltos del infierno: «Padre, no te pido que los lleves de este mundo, sino que los libres del mal»³. Y porque creemos en su Hijo Jesucristo, porque no queremos apartarnos de Él, porque desconfiamos de nosotros, ponemos nuestra esperanza en Él por la oración. Ya que el Padre nos ve y nos ama en su Hijo, *quia tui sumus*⁴, el Padre también «nos librará del maligno», y «enviará a sus Ángeles buenos que se acerquen a nosotros invisiblemente, para servirnos».

Esta es también la gran promesa que Él mismo nos hizo por boca del escritor sagrado, en el salmo XC, que quiero citar para concluir esta conferencia: «Porque ha esperado en mí, dice el Señor, yo le libraré; yo le protegeré, pues que me reconoce como el Todopoderoso. Me llamará y le oíré; con él estoy en la tribulación, le pondré en salvo y le cubriré de gloria. Le concederé larga vida y le haré ver, para que goce eternamente, la felicidad que sólo yo puedo dar»⁵.

1. JAC., I, 12.

2. HEBR., II, 18; V, 2.

3. JOAN., XVII, 15.

4. JOAN., 9.

5. Salmo XC, 14-16.

XI. Algunos aspectos de la vida pública de Jesús

SUMARIO. — Variedad de aspectos de la vida pública de Jesús. — I. Testimonios con que Cristo prueba su divinidad. — II. Cómo esos mismos testimonios sirven de base a nuestra fe en Jesucristo. — III. Los actos humanos del Verbo encarnado declaran sus perfecciones divinas; la bondad humana en Cristo revela su amor eterno. — IV. Misericordioso proceder de Cristo para con los pecadores: el hijo pródigo, la Samaritana, la Magdalena, la mujer adúltera. — V. La misericordia del Salvador es fuente primera de nuestra confianza; cómo esta confianza se robustece con la penitencia. — VI. Conducta severa de Jesús con el orgullo hipócrita de los fariseos.

Dice el Apóstol san Juan, al terminar su Evangelio, que si quisiéramos referir detalladamente todo lo que hizo Jesús, parece que no habían de caber en el mundo los libros que habría que escribir¹.

Ese mismo encarecimiento lo repetimos también nosotros al dar comienzo a la contemplación de la vida pública de Nuestro Señor. Si quisiéramos comentar una por una sus palabras, y considerar y explicar cada uno de sus hechos, no daría de sí para tanto toda la vida de un hombre. Tal sería de seguro la más regalada ocupación para nuestras almas; pero no siendo posible detenernos en cada página del Evangelio, únicamente recordaremos, en este período de la vida del Salvador, algunos rasgos característicos que serán ya muy bastantes para revelarnos algo de lo que son la sabiduría y misericordia eternas en los misterios de la encarnación y de nuestra redención.

Veremos, en primer lugar, cómo Jesucristo proclama y

1. JOAN., XXI, 25.

demuestra la divinidad de su misión y de su persona, a fin de constituir sobre bases firmes nuestra fe; consideraremos luego la incansable condescendencia con que su humanidad revela al mundo la profundidad y riquezas de su infinita bondad, al condolerse de todos nuestros males; y esta revelación de sus misericordias contrastará todavía más frente a la actitud enérgica que Nuestro Señor observa con los hinchados fariseos.

He aquí tres aspectos, entre mil, de la vida pública de Jesús, en los cuales pueden detenerse nuestras almas para extraer de ellos gracias de luz y principios de vida.

I

En el bautismo de Jesús, por el que inicia su vida pública, oímos al Padre entronizar a Cristo, «como el Hijo muy amado»¹, y la enseñanza de Jesús a las almas, durante los tres años de su ministerio exterior, es como continuo comentario de aquel testimonio. Veremos a Cristo manifestarse en sus actos y palabras, no como Hijo adoptivo de Dios, no como un sujeto escogido para especial misión ante su pueblo, cual lo habían sido los simples profetas, sino como el propio Hijo de Dios, Hijo por naturaleza; de consiguiente, con las mismas prerrogativas divinas, los mismos derechos absolutos del Ser soberano, por lo cual exige de nosotros la fe en el carácter divino de su obra y de su persona.

Quien atentamente lee el Evangelio, luego ve que Cristo habla y obra, no sólo como hombre, sino como Dios y superior a toda criatura.

Declárase mayor que Jonás, que Salomón y que Moisés², y si como hombre nacido de María es Hijo de David, es también Señor que se sienta a la diestra de Dios, y con Él partícipe de su eterna potencia e infinita gloria³. Por eso muéstrase a la vez como supremo Legislador a igual título que Dios. Así como Dios dió la luz a Moisés, así

1. MATTH., III, 17; MARC., I, 11; LUC., III, 22.

2. *Ibid.*, XII, 41-42; LUC., XI, 31-32.

3. Cf. Salmo CIX, 1.

El establece el código evangélico: «Dios dijo a los Antiguos... y Yo os digo...»¹. Esa es la fórmula que continuamente se repite en todo el sermón de la montaña. Hasta tal punto se revela como dueño soberano de la Ley, que la deroga por propia autoridad, cuando le place y con entera independencia, como quien la instituyó y es su Señor absoluto.

Jesús tiene un poder ilimitado, y perdona los pecados, privilegio exclusivo de Dios, por ser el pecado ofensa a Él. «Ten confianza, hijo mío, que perdonados te son tus pecados», dice a un paralítico que le habían presentado; y viendo que los fariseos se escandalizaban de oír hablar así a un hombre y mumuraban, añadió: «¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?» Y Jesús, que leía los secretos pensamientos en sus corazones, queriendo probar, a los que dudaban, que poseía ese divino poder, no por delegación, sino como cosa propia y personal, operó el milagro. «Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados, levántate, dice al paralítico, toma tu lecho y vete a tu casa»². Es un ejemplo característico, vemos cómo Jesús obra sus milagros con sólo querer y mandarlo. Menos en el caso de la resurrección de Lázaro, en que pide a su Padre que el prodigio que va a realizar ilumine los espíritus de aquellos que lo van a presenciar, nunca ora antes de manifestar su poder, como lo hicieron los profetas, sino que, con una sola palabra, un solo gesto, un solo acto de su voluntad, cura a los cojos, hace andar a los paralíticos, multiplica los panes, amansa las olas, lanza los demonios y resucita los muertos. Su poder es tan grande, que vendrá sobre las nubes a juzgar a toda criatura; pues el Padre le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra³, y de igual modo que el Padre, promete Él también la vida eterna a aquellos que le sigan⁴. Estas palabras, estas acciones nos muestran a Jesús *igual* a Dios, copartícipe del soberano poder de la divinidad, de sus prerrogativas esenciales, de una infinita dignidad.

Aún tenemos testimonios más explícitos. Ya conocéis el

1. MATTH., V, 28, 32, 34, 39, 44.

2. *Ibid.*, IX, 2-4, 6; MARC., II, 5-7, 9; LUC., V, 20-22, 24.

3. Cf. MATTH., XVIII, 18.

4. *Ibid.*, XIX, 28, 29.

episodio en que Pedro confiesa la fe en la divinidad de su Maestro. «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, le dice Jesús, porque no ha sido siguiendo tus propias luces naturales, como has llegado a este conocimiento de mi divinidad, sino mi Padre, que está en los cielos, es quien te lo ha revelado». Y para indicar la superioridad de este acto de fe, promete el Salvador constituir a Pedro fundamento de su Iglesia ¹.

En el momento de su Pasión, hallándose ante los jueces, proclama Nuestro Señor que es Dios, aun, si cabe, con mayor autoridad. Caifás, como presidente del gran Consejo, dice al Salvador: «Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». — «Tú lo has dicho, le responde Jesús, Yo soy; y aun os declaro que veréis después a este Hijo del hombre, sentado a la diestra de la majestad de Dios, venir sobre las nubes del cielo». Sentarse a la diestra del Padre era, a juicio de los judíos, una prerrogativa divina, y arrogarse tal poder lo reputaban blasfemia merecedora de muerte. Por eso, apenas hubo oído Caifás la respuesta de Jesús, rasgó sus vestiduras en señal de protesta, diciendo: «Blasfemado ha: ¿qué falta hace ya de testigos?» A lo que respondieron todos diciendo: «Reo es de muerte» ². Y antes que retratarse, acepta Jesús su condena.

En san Juan, sobre todo, hallaremos en labios de Jesús testimonios que demuestran entre él y su Padre tal unión, que no puede explicarse a no ser por la naturaleza divina que indivisiblemente posee con el Padre y con el Espíritu Santo.

Notad que, salvo el caso en que Jesucristo enseña a sus discípulos el modo de orar, jamás dice: «Padre nuestro». Tratando de sus relaciones con Dios, siempre dice: «el Padre, mi Padre»; y en cambio, cuando se dirige a sus discípulos, dice: «Vuestro Padre», cuidando Nuestro Señor de notar bien la diferencia que en esto existe entre Él y los demás hombres; pues que Él es Hijo de Dios por naturaleza, al paso que los demás lo son únicamente por adopción. Por eso mismo, tiene con Él su Padre relaciones

1. MATTII., XVI, 17, 18.

2. *Ibid.*, XXVI, 63-66; MARC., XIV, 61-64.

personales que son únicas y que resultan de su origen divino.

Hablando un día con sus discípulos, se expresaba de esta suerte: «Yo te glorifico, Padre mío, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre mío, alabado seas, por haber sido de tu agrado que así fuese. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos, y nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlos»¹. Indícanos claramente Jesús que entre Él y su Padre existe perfecta igualdad, cuyo conocimiento nos es incomprensible. Este hijo, que es Jesús, es tan grande, y tan inefable su filiación, que sólo el Padre, que es Dios, puede conocerlo; y es tal la majestad del Padre y su paternidad, misterio tan sublime, que sólo el Hijo puede saber lo que es el Padre; y este conocimiento, de tal modo supera a toda ciencia creada, que ningún hombre puede participar de él, a no ser por especial revelación.

Veis, pues, cómo establece Nuestro Señor su misión divina con el Padre; mas esta unión no se limita al conocimiento, sino que se extiende a todas las operaciones realizadas fuera de la divinidad.

He aquí que Jesús cura un paralítico, diciéndole que tome su camilla. Era día de sábado, y al instante los judíos echan en cara al Salvador la violación del día santo. Y ¿qué responde Nuestro Señor? Para mostrar que es Señor supremo de la Ley, lo mismo que el Padre, replica a los fariseos: «Mi Padre, hoy como siempre, está obrando incessantemente, y yo hago lo mismo». Comprenden muy bien los presentes que con sus palabras se hace Dios, y, por lo mismo, tratan de quitarle la vida, porque, «no contento con violar el día de descanso, dice que Dios es su Padre y se hace igual a Él». Lejos de contradecirles, confirma Nuestro Señor su interpretación: «En verdad os digo que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que éste hace,

lo hace igualmente el Hijo, y es que, como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace¹.

Leed en el Evangelio la continuación y desarrollo de estas palabras, y veréis con qué autoridad se proclama Jesús igual en todo al Padre, Dios con Él y como Él.

Todo el discurso después de la Cena y toda la oración sacerdotal de Jesús en aquel solemnísimos momento, están cuajados de afirmaciones que demuestran cómo él es el propio Hijo de Dios, que posee la misma naturaleza divina, los mismos derechos soberanos y que goza de la misma gloria sempiterna: «Yo y el Padre somos una misma cosa»².

II

Si nos preguntamos ahora por qué Cristo testifica así su divinidad, nos convenceremos de que es para afianzar nuestra fe; verdad que tenéis harto sabida, pero que por ser tan capital, la hemos de considerar muy despacio, pues toda nuestra vida sobrenatural y toda nuestra santidad estriba en la fe, y ella, a su vez, se funda en los testimonios que demuestran la divinidad del Salvador.

San Pablo nos exhorta a que consideremos a Nuestro Señor como Apóstol y Pontífice de nuestra fe³. «Apóstol» significa aquel que es enviado para cumplir una misión, y san Pablo dice que Cristo es el Apóstol de nuestra fe. ¿De qué manera?

El Verbo encarnado, en expresión de la Iglesia, es⁴, «el enviado del gran consejo», que se halla en medio de los resplandores de la divinidad. ¿Para qué es enviado? Para revelar al mundo «el misterio oculto en Dios desde todos los siglos», el misterio de la salvación del mundo por el Hombre-Dios. Tal es la verdad fundamental de la cual tiene Cristo que dar testimonio: «Para esto he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad»⁵.

La gran misión de Jesús, en especial durante su vida

1. JOAN., V, 16, 20.

2. *Ibid.*, X, 30.

3. HEBR., III, 1.

4. Introito de la tercera Misa de Navidad.

5. JOAN., XVIII, 37.

pública, fué manifestar su divinidad al mundo: *Ipsse enarravit*¹. Toda su enseñanza, su vida, sus milagros propenden a grabar esta verdad en el espíritu de sus oyentes. Vedle, por ejemplo, en el sepulcro de Lázaro: antes de resucitar a su amigo, Cristo levanta los ojos al cielo. «¡Oh Padre! — exclama —, gracias te doy porque siempre me has oído; bien es verdad que yo sabía que siempre me oyes; mas lo he dicho por razón de este pueblo que me rodea, para que crean que tú eres el que me has enviado»². Nuestro Señor, sin duda, va poco a poco insinuando esta verdad; a fin de no atacar de frente las ideas monoteístas de los judíos, va como revelándose por grados; pero con admirable táctica, lo encauza todo hacia esa manifestación de su filiación divina. Al fin de su vida, cuando los espíritus rectos están ya bastante preparados, ya no repara en proclamar su divinidad a boca llena y ante sus mismos jueces, aun a riesgo de perder la vida.

Jesús es el Rey de los mártires, de todos aquellos que, derramando su sangre, profesaron la fe en su divinidad; es el primero que fué entregado e inmolado por haberse proclamado Hijo único de Dios.

En su última oración, parece que da cuenta al Padre de su misión, y la resume en estas palabras: «Padre, cumplido he la obra que me encomendaste». Mas ¿qué logró con todo ello? «Mis discípulos, aceptaron por su parte mi testimonio: y han reconocido con certidumbre que yo salí de Ti, y han creído que Tú eres el que me enviaste»³.

De ahí que esa fe en la divinidad de su Hijo es, según la palabra misma de Jesús, la obra por excelencia que Dios exige de nosotros⁴.

Esta fe consigue la curación de muchos enfermos⁵; a Magdalena, el perdón de sus pecados⁶; constituye a Pedro fundamento indestructible de la Iglesia; hace a los Apóstoles gratos al Padre y objeto de su amor⁷.

Esta fe, además, nos hace nacer hijos de Dios⁸; hace

1. JOAN., I, 18.

2. *Ibid.*, XI, 41-42.

3. *Ibid.*, XVII, 4, 8.

4. *Ibid.*, VI, 29.

5. MATT., IX, 29; MARC., V, 34; X, 52; LUC., XVII, 19.

6. LUC., VII, 50.

7. JOAN., XVI, 27.

8. *Ibid.*, I, 12.

brotar en nuestros corazones las fuentes divinales de la gracia del Espíritu Santo¹; disipa las tinieblas de la muerte²; nos comunica la vida divina, porque «hasta tal punto amó Dios al mundo, que nos dió su único Hijo, a fin de que todos cuantos en Él creyeren, no perezcan, sino que posean la vida eterna»³.

Por no haber tenido esta fe los enemigos de Jesús, perecieron. «Si Yo no hubiera venido y no les hubiera predicado, no tuvieran culpa por no creer; mas ahora no tienen excusa de su pecado»⁴; por tanto, el que no cree en Jesús, Hijo único de Dios, está ya desde ahora juzgado y condenado⁵.

Veis, pues, cómo todo se compendia en la fe en Jesucristo, Hijo eterno del Padre; ella es la base de toda nuestra vida espiritual, la raíz profundísima de toda justificación, la condición esencial de todo progreso, el medio seguro para llegar a la cumbre esencial de toda santidad.

Postrémonos a los pies de Jesús y digámosle: «¡Oh divino Jesús, Verbo encarnado, descendido del cielo para revelarnos los secretos que, como Hijo único de Dios, contemplas continuamente en el seno del Padre!» creo y confieso, que «eres Dios como Él e igual a Él»; creo en Ti, creo «en tus obras», creo en tu persona; «creo que procedes de Dios», y eres «uno con el Padre»; que el «que te ve, le ve a Él»; creo que «eres la resurrección y la vida». Sí, lo creo, y al creerlo, te adoro y consagro todo mi ser a tu servicio, con toda mi actividad y toda mi vida. En Ti, creo, Jesús mío, aumenta mi fe.

III

Al revelar Cristo al mundo el dogma de su filiación eterna lo hizo mediante su santa Humanidad, en la cual nos

1. JOAN., VII, 38.

2. *Ibid.*, XII, 46.

3. *Ibid.*, III, 15.

4. *Ibid.*, XV, 22.

5. *Ibid.*, III, 18.

manifiesta las perfecciones de su naturaleza divina. Aunque es verdadero Hijo de Dios, prefiere llamarse «Hijo del hombre», dándose este mismo título en las ocasiones más solemnes en que reclama y defiende las prerrogativas del Ser divino.

En efecto, siempre que entramos en contacto con Él, nos hallamos en presencia de este sublime misterio: unión de dos naturalezas — divina y humana en una sola y misma persona, sin mezcla ni confusión de naturalezas, ni división de la persona.

He aquí el misterio inicial que continuamente debemos tener ante los ojos cuando contemplamos a Nuestro Señor. Cada uno de sus misterios hace resaltar, o la unidad de su persona, o la verdad de su naturaleza divina, o la «realidad» de su naturaleza humana.

Uno de los aspectos más profundos, y, a la vez, más tiernos del misterio de la Encarnación, es la manifestación de las divinas perfecciones hecha a los hombres mediante la naturaleza humana. Los atributos de Dios, sus perfecciones eternas, que en este mundo nos son incomprendibles y exceden a nuestro mezquino saber, los descubre el Verbo encarnado, haciéndose hombre, aun a los espíritus más sencillos, con las palabras salidas de sus labios humanos, con las obras realizadas en su naturaleza de hombre. Haciéndolas sentir a nuestras almas por medio de acciones sensibles, nos embelesa y nos atrae¹. Durante la vida pública de Jesús es donde, sobre todo, se declara y realiza esta economía sapientísima y de infinita misericordia.

Entre todas las divinas perfecciones, el amor es, sin duda, la que el Verbo encarnado con más insistencia se complace en revelar. Para que el corazón humano llegue a entrever el amor inmenso que excede a todo humano cálculo, necesita un amor tangible. Y es que nada seduce tanto a nuestro pobre corazón como contemplar a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, traduciendo con hechos humanos la eterna bondad. Al verle derramar con profusión, en derredor suyo, inagotables tesoros de compasión, innumerables riquezas de misericordia, podemos en

1. Prefacio de Navidad.

alguna manera concebir la infinidad de este océano de bondad divina, de donde la Humanidad sacratísima saca tantos bienes para nosotros.

Fijémonos en algunos rasgos y comprobaremos la extraña condescendencia de nuestro Salvador que se rebaja hasta la humana miseria en todas sus formas, hasta la de pecado; y no olvidéis que, aun cuando se inclina hacia nosotros, persevera siendo el Hijo de Dios y Dios mismo, el Ser Todopoderoso que, fijando todas las cosas en la verdad, nada hace que no sea cabal y perfecto. De este modo comunica, a las palabras de bondad que profiere y a los actos de misericordia que realiza, un precio inestimable que los realza sobre manera, y acaba, sobre todo, por subyugar a nuestras almas, manifestándonos los dulcísimos hechizos del corazón de nuestro Salvador y nuestro Dios.

El primer milagro de la vida pública de Jesús: el agua convertida en vino en las bodas de Caná, a ruegos de su Madre santísima. ¡Qué revelación tan inaudita de aurnas y delicadezas divinas para nuestros humanos corazones! ¡Cómo se hubieran escandalizado los rígidos ascetas de Port-Royal, al ver pedir u obrar un milagro para ocultar la indigencia de parientes pobres en un banquete nupcial! Sin embargo de ello, ni la Virgen dudó de solicitarlo, ni Cristo en realizarlo. Jesús se duele de la turbación y perplejidad en que iba a encontrarse aquella pobre familia, y para ahorrarles toda pena, obra un gran milagro. La bondad humana y humilde condescendencia, que aquí nos descubre su corazón, no es sino la manifestación exterior de una bondad más elevada, que es la bondad divina, de donde aquélla procede, pues todo cuanto hace el Hijo, lo hace también el Padre.

Poco tiempo después, hallándose Jesús en la sinagoga de Nazaret, se apropia una palabra de Isaías, que es el programa de su obra de amor: «El Espíritu del Señor reposó sobre mí, por lo cual me ha consagrado con su unción divina, y me envió a anunciar la Buena Nueva a los pobres; a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar la libertad de los cautivos, dar vista a los ciegos, libertar a los oprimidos, promulgar el año de las misericordias del Señor».

«La escritura que acabáis de oír — añadió Jesús — comienza hoy mismo a cumplirse» ¹.

Desde entonces, en efecto, preséntase el Salvador, a vista de todos, como «un Rey lleno de dulzura y de bondad» ².

Sería menester citar todas las páginas del Evangelio si quisiera mostraros cómo le llegaban al alma nuestras miserias y nuestras flaquezas y dolores, y cómo parece que no podía rehusar nada a la humanidad paciente. Así, san Lucas nota con cuidado cómo se conmueve y enternece: «Movido de misericordia» ³. Preséntanse ante Él los ciegos, los sordomudos, los paralíticos, los leprosos, y adviértenos el Evangelio que a todos los curaba ⁴.

A todos acogía con incansable mansedumbre, y se dejaba rodear por todas partes y en todo momento, aun después de puesto el sol ⁵, de tal modo, que un día no pudo tomar alimento alguno ⁶. En otra ocasión, estando a orillas del lago de Tiberíades, se vió obligado a subir a una barca para desembarazarse del gentío, y así distribuir con más libertad la divina palabra ⁷. Otra vez, de tal modo se había aglomerado la turba en la casa donde Él se hallaba, que para poder presentarle al paralítico tendido sobre su lecho, no hallaron otro medio que bajarlo por una abertura practicada en el techo ⁸.

Más de una vez aprovechaba la impaciencia de los Apóstoles para mostrar mejor su bondad. Quieren éstos un día apartar de Él a los niños que le presentan, por parecerles importunos; mas Jesús se lo estorba, y les dice: «Dejad a los pequeñuelos, y no les impidáis que se acerquen a mí, pues el reino de los cielos es de aquellos que se les asemejan»; y con esto les daba su bendición ⁹.

Molestados en otra circunstancia los discípulos de que no quisieran recibirle los de la ciudad de Samaria, le rogaban que permitiera bajar fuego del cielo que devorase a todos. Mas Jesús les reprende, diciendo: «No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido para perder a los hombres, sino para salvarlos» ¹⁰, como muy bien probado lo dejó al devolver la vida a los muertos.

1. LUC., IV, 18; ISAI., LXI, 1.

2. MATTH., XXI, 5.

3. LUC., VII, 13.

4. LUC., VI, 19.

5. MARC., I, 32.

6. MARC., III, 20.

7. *Ibid.*, VI, 1.

8. *Ibid.*, II, 4.

9. *Ibid.*, X, 13.

10. LUC., IX, 54.

Encuentra en Naím a una pobre viuda que con lágrimas y sollozos sigue la fúnebre comitiva de su hijo único. Jesús la ve, considera su llanto, y profundamente conmovido, no puede soportar aquel dolor: «No llores, mujer»; y al instante ordena a la muerte devuelva su presa: «Mancebo, yo te lo mando, levántate»; y el difunto se incorporó, y Jesús le entregó a su Madre.¹

Todas estas manifestaciones de la misericordia y bondad de Jesús, que nos descubren los sentimientos de su corazón de hombre, llegan hasta las fibras más hondas y delicadas de nuestro ser y nos revelan, bajo una forma sensible, el amor infinito de nuestro Dios. Cuando vemos a Cristo llorando ante el sepulcro de Lázaro y oímos a los judíos, testigos del caso, decir: «Ved cómo le amaba»², entonces nuestros corazones comprenden ese lenguaje silencioso de las lágrimas humanas de Jesús y penetramos en el santuario del amor eterno que ellas nos revelan³.

La conducta de Cristo, por otra parte, condena nuestras durezas, sequedades de corazón, indiferencias, impaciencias, movimientos de ira y de venganza, nuestros resentimientos contra el prójimo. Muy a menudo nos olvidamos de la palabra del Salvador: «Cuántas veces os mostrareis misericordiosos con alguno de estos mis pequeñuelos, otras tantas lo hacéis también conmigo»⁴.

¡Oh Jesús que dijiste: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón», haz nuestro corazón semejante al tuyo, y que, a ejemplo tuyo, seamos misericordiosos, para obtener también nosotros misericordia, y para que, sobre todo, imitándole, seamos semejantes a nuestro Padre celestial!

IV

El pecado, una de las formas más hondas de la miseria humana, cautivó de una manera muy especial el corazón de Cristo. Si hay algún rasgo que tanto nos asombre en la conducta del Verbo encarnado durante su vida pública,

1. LUC. VII, 11-15.

2. JOAN., XI, 36.

3. JOAN., XIV, 9.

4. MATH., XXV, 40.

es, a no dudarlo, la extraña preferencia que manifiesta por ejercer su ministerio entre los pecadores. Los escritores sagrados nos dicen que muchos publicanos¹ y pecadores se sentaban a la mesa con Jesús y sus discípulos².

Este modo de obrar era en Él tan habitual, que le llamaban «amigo de los publicanos y pecadores»³; y cuando los fariseos se daban por escandalizados, en vez de negar el hecho, Jesús lo confirmaba, alegando la correspondiente prueba: «No son los sanos, sino los enfermos, los que necesitan de médico... no vine a llamar a los justos, sino a los pecadores»⁴.

En el plan eterno aparece Jesús como nuestro hermano mayor⁵, tomando nuestra naturaleza, pecadora en la raza, aunque pura en su persona⁶. Sabe que la inmensa mayoría de los hombres gime bajo el pecado, y necesita perdón; que las almas esclavas del pecado, alejadas de Dios en tinieblas y sombras de muerte, no comprenderán la revelación directa de lo divino, ni podrán ser atraídas al Padre, sino mediante las condescendencias de su humanidad sacratísima. De ahí que la mayor parte de sus enseñanzas, un sinnúmero de actos de mansedumbre y de perdón para con los pecadores, propenden a hacer comprender a esas pobres almas algo de las profundidades de las divinas misericordias.

En una de sus parábolas más hermosas, que es la del hijo pródigo, nos descubre Jesús el retrato auténtico de su Padre celestial; a pesar de ello, el objeto inmediato de la misma, como claramente lo indica el Evangelio, es explicar sus propias condescendencias con los pecadores. San Lucas nos dice, en efecto, que los fariseos murmuraban viendo a los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle: «Mirad, decían, cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos». Y el Señor, para justificar su conducta, «les propone la parábola»⁷.

1. Los publicanos eran una especie de recaudadores puestos por los romanos para cobrar los tributos debidos al César, dueño de Judea. Extrañados de las bajas esferas sociales, se habían hecho despreciables y odiosos al pueblo por sus exacciones, y eran tenidos por una partida de ladrones.

2. MATH., IX, 10; MARC., II, 15.

3. *Ibid.*, XI, 19; LUC., VII, 34.

4. *Ibid.*, IX, 12; MARC., II, 17; LUC., V, 34.

5. ROM., VIII, 29.

6. *Ibid.*, VIII, 3.

7. LUC., XV, 1-3.

Muestra primero la extraordinaria bondad del Padre, que olvida toda la ingratitud y bajeza del culpable para pensar en una cosa, y es «que su Hijo había muerto y ha resucitado, estaba perdido y se ha hallado, y por lo mismo era muy justo regocijarse y aderezar un banquete»¹.

Bien hubiera podido Jesús terminar aquí su parábola, si tan sólo hubiera tratado de hacer resaltar a nuestra vista la misericordia del Padre de familia para con el pródigo; es tan grande, que no podemos idear otra mayor y dice tanto al alma, que de ordinario perdemos de vista la lección que Jesús quería dar a los murmuradores que le echaban en cara su trato familiar con los pecadores.

Pero Jesús continúa todavía la parábola, pintándonos el proceder odioso del hijo mayor que rehusa tomar parte en el gozo común y no se quiere sentar al festín preparado para su hermano.

Jesús deseaba dar a entender a los fariseos, no sólo cuán dura era su orgullosa conducta y desatendible su escándalo, sino también enseñarles que él, nuestro hermano mayor, en vez de evitar el contacto con sus hermanos arrepentidos, los publicanos y los pecadores, los busca y toma parte en sus festines, porque el «cielo se gozará más con la penitencia de un pecador, que con la perseverancia de noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia»².

La parábola del hijo pródigo es, por sí sola, una revelación admirable de las misericordias divinas; pero Nuestro Señor se ha dignado ilustrar esta enseñanza, y señalar esta doctrina con actos de bondad que nos hechizan y conmueven hondamente.

Ya conocéis la conversación de Jesús con la Samaritana³. Comenzaba entonces su vida pública y se dirigía el Señor de Jerusalén a Galilea. Habiendo de recorrer largo camino, salió muy de mañana, y llegó como al mediodía a Sichar, ciudad de Samaria. El santo Evangelio nos dice que «Jesús estaba cansado», como lo hubiéramos estado nosotros después de andar tanto camino; y se sentó junto al brocal del pozo de Jacob, que estaba allí. Todas las acciones del

1. LUC., XV, 32.

2. *Ibid.*, XV, 7.

3. JOAN., IV, 5-29.

Verbo encarnado revisten, aun en su misma sencillez, singular belleza, pero sin afectación ni aparato; siendo todo un Dios, muéstrase Jesús también muy humano, cual si fuese uno de nosotros.

Siéntase, pues, cabe el pozo, y mientras los discípulos van en busca de víveres a la ciudad, ¿qué pensáis que hace Jesús? ¿Sólo descansa? ¿Sólo espera que vuelvan los Apóstoles? No; iba, además, a buscar una oveja descarriada, a salvar un alma. Jesús había bajado del cielo para rescatar las almas¹. Durante treinta años, hubo de reprimir el ardor de su celo por las almas que le abrasaba. Trabajaba, sin duda, padecía, rogaba por ellas; pero no iba en busca de ellas, ni les salía al encuentro; mas una vez llegada la hora fijada por su Padre, da principio a su ministerio externo, y corre a ganar almas mediante la predicación de la verdad y la revelación de su misión. Iba Nuestro Señor a Sichar con objeto de salvar un alma predestinada desde toda la eternidad.

Pero ¿qué alma era ésta? Seguramente que en aquel lugar se encontraban otras menos corrompidas que la pecadora que quería salvar; con todo, espera a ésta, cuyos desórdenes y malos pasos conocía, y a ella, con preferencia a otra cualquiera, se manifiesta.

Llega, pues, la pecadora con su cántaro en la mano para sacar agua de la fuente. Dirígele al instante Cristo la palabra. ¿Qué le dice? ¿Comienza acaso por echarle en cara su mala conducta, mostrándole los castigos que merecen sus extravíos? De ninguna manera; un fariseo tal vez lo hubiese hecho, pero Jesús no obra así. El agua que allí se ve le da margen para entablar conversación: «Dame de beber». Extrañada la mujer le mira, reconoce que quien le habla es judío, uno de esos a quienes tanto desprecian los samaritanos, y con los cuales no quieren tener ningún trato los judíos. «¿Cómo, pues, dice al Señor, me pides de beber siendo yo samaritana?» Mas Él, buscando modo de excitar en ella una santa curiosidad, le responde: «Si conocieses el don de Dios...» Si supieras quién es el que te dice: «Dame de beber», tú se lo pedirías a Él y Él te daría agua viva». Aquella pobre mujer, enteramente engolfada en la vida sensual, no percibe nada de las cosas

1. I TIM., II, 6; MATTH., XX, 28; MARC., X, 45.

espirituales; se pasma de lo que está oyendo y se pregunta cómo podrá su interlocutor darle agua, sin tener cuerda con que sacarla, ni qué agua podrá encontrarse mejor que la de este pozo donde vinieron Jacob y sus hijos a beber con sus rebaños.

Por eso pregunta a Jesús: «¿Eres tú, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob?» Mas Él insiste en lo que ha dicho: «Quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed; habrá en él un manantial de agua viva que brotará hasta la vida eterna». «Pues, Señor, dame de esta agua», responde la mujer.

Entonces el Salvador le da a entender que conoce la vida desordenada que lleva, y esta pecadora, que comienza a sentir la gracia que la ilumina, ve que se halla en presencia de uno que lee hasta el fondo de los corazones. Conmovida su alma, acércase al instante a la luz. ¿Hay que adorar a Dios en esta montaña vecina o en Jerusalén? Esto era un continuo motivo de disputas entre judíos y samaritanos. Ve Jesucristo levantarse en esta alma, aun en medio de su corrupción, una centellita de buena voluntad, suficiente ya para concederle mayor gracia, pues tan pronto como ve rectitud y deseos sinceros de verdad, comunica la luz y se complace en recompensar ese deseo del bien y de la justicia.

Por eso hace doble revelación a esta alma, porque le enseña «que ha llegado la hora de los verdaderos adoradores en espíritu y en verdad que el Padre busca»; y se manifiesta a ella como el Mesías enviado por Dios, revelación que a nadie había hecho, ni siquiera a sus mismos discípulos.

Mas ¿no es de admirar que estas dos grandes revelaciones hayan sido hechas, antes que a nadie, a una miserable pecadora, sin poder alegar otro título para tan singular privilegio que su necesidad de salvación y aquella chispita de buena voluntad?

Volvió justificada esta mujer, puesto que había recibido la gracia y la fe, y dejando allí su cántaro, se fué a la ciudad, y pregonaba a todos que había visto al Mesías, siendo su primer cuidado comunicar a otros el «don divino» que con tanta liberalidad le había sido dado.

Entre tanto, habían vuelto los discípulos con provisión de víveres, e instan al divino Maestro a que coma. ¿Qué

les responde Jesús? Tengo un manjar que vosotros ~~no~~ conocéis, y es «hacer la voluntad del que me ha enviado» ¹. ¿Cuál es esta voluntad? «que todas las almas lleguen a la verdad que conduce a la salvación» ².

La voluntad del Padre es que Jesús se emplee en atraer las almas que el Padre quiere salvar, en mostrarles el camino y revelarles la verdad que ha de conducirles a la vida. He aquí la obra entera de Jesús.

La pecadora de Sichar en nada se diferenciaba de las demás, sino en la profundidad de su miseria; pero atraída a Cristo por el Padre, el Salvador la recibe, la ilumina, la santifica, la transforma, y hace de ella un apóstol; pues «la voluntad del que me ha enviado es que no pierda ninguno de cuantos me han sido dados, sino que los resucite» a la gracia aquí en la tierra, esperando «el último día», en que los resucitaré para la gloria» ³.

La Samaritana es una de las primeras resucitadas a la gracia por Jesús, y Magdalena será otra, aunque todavía mucho más gloriosa.

«En una aldea había una mujer de mala vida». Así comienza el Evangelio el relato de sus desórdenes; pues la profesión de Magdalena era entregarse al pecado, como la del soldado consiste en vivir bajo las armas y la del político en gobernar el Estado. Conocidos eran de todos sus desmanes; siete demonios, símbolo del abismo a que había descendido, tenían su alma por morada.

Invitado un día Jesús a casa de Simón el Fariseo, apenas se hubieron sentado a la mesa, cuando se presenta la pecadora en la sala del festín con un vaso de alabastro lleno de ungüento, y acercándose a Jesús, arrójase a sus pies, bañada toda en llanto, y los lava con sus lágrimas, y los enjuga con sus cabellos, y los besa, y derrama sobre ellos el rico perfume. Tan pronto como entró, escandalizado el Fariseo, decía en sus adentros: ¡Oh! Si supiese quién es esta mujer, no toleraría que estuviese a sus pies semejante pecadora.

«Está visto que no es un profeta». Tomando entonces Jesús la palabra, propuso al maligno fariseo aquella pre-

1. JOAN., IV, 31, 34.

2. I TIM., II, 4.

3. JOAN., VI, 37, 39.

gunta que sabéis. Pero notad antes el término *respondens*, pues Jesús *respondió* al pensamiento íntimo de Simón, ya que éste nada había dicho con su boca. Habla ahora Jesús: «De dos deudores insolventes, a quienes el acreedor perdona sus deudas, ¿cuál mostrará más amor?» «Aquel, responde Simón, cuya deuda es mayor». «Has juzgado bien»; y mirando a Magdalena, exclama: «¿Ves esta mujer? Ciertamente que es una pecadora, y que tú la despreciabas en lo interior de tu corazón; no obstante esto, ha amado mucho, como lo prueba lo que acaba de hacer; por eso le son perdonados sus muchos pecados» ¹.

Magdalena, pecadora, viene a ser el triunfo de la gracia de Jesús y uno de los más relevantes trofeos de su sangre preciosísima.

Esta compasión del Verbo encarnado para con los pecadores es tan intensa, que a veces se diría que se olvida de los derechos de su justicia y santidad; cosa que los enemigos de Jesús sabían muy bien, cuando le preparaban insidiosos lazos, como el siguiente: Un día conducen a Jesús una mujer adúltera; imposible negar el crimen ni atenuar su gravedad; el Evangelio nos dice que la culpable había sido sorprendida en flagrante delito; la ley de Moisés ordenaba que por él fuese apedreada. Sabiendo los fariseos la benevolencia de Jesús, están seguros de que absolverá a la infeliz mujer, y, por tanto, se pondrá en oposición con Moisés, su legislador.

Pero si Jesús es la bondad misma, es también la Sabiduría eterna; no responde a la maligna pregunta de sus acusadores. Insisten ellos, y Nuestro Señor entonces, les dice: «Aquel que de entre vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra». Semejante respuesta desconcertó a sus enemigos, quienes no tuvieron más recurso que retirarse uno tras otro, corridos de vergüenza.

Quédase solo Jesús con la culpable; y vese allí frente por frente una gran miseria y una gran misericordia, y superando ésta a aquélla, exclama el Señor: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿No hubo nadie que te condenara? — Nadie, Señor. — Pues tampoco yo te condenaré; vete y no vuelvas a pecar más» ².

1. LUC., VII, 37-47.

2. JOAN., VII, 3-11.

Pareció tan excesiva la bondad de Jesús a algunos cristianos de la primitiva Iglesia, que, en muchos manuscritos de los primeros siglos, se halla suprimido este episodio, a pesar de ser auténtico y de que el Espíritu Santo mismo quiso que constase en el Evangelio.

Todos esos ejemplos de la bondad del Corazón de Jesús no son otra cosa sino manifestaciones de un amor más elevado, el amor infinito del Padre celestial a los pobres pecadores. No olvidemos nunca que en todo lo que Jesús hizo como Hombre, debemos ver una manifestación de lo que hizo primero como Dios, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo; y si Jesús recibe a pecadores y los perdona, es Dios mismo quien, en forma humana, se inclina hasta ellos y los acoge en el seno de sus eternas misericordias.

V

Las revelaciones de las divinas misericordias de Jesucristo son fuente primordial de nuestra confianza.

Todos tenemos algún momento de gracia en que una ráfaga de luz divina nos hace ver el abismo de nuestras culpas y miserias y de nuestra nada; y viéndonos tan mancillados decimos a Cristo, a ejemplo de san Pedro: «Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador»¹. «Podríais, por ventura, establecer íntima unión con un alma afeada por el pecado? Buscad más bien almas nobles, puras, privilegiadas de vuestra gracia, porque yo soy indigno de permanecer junto a Vos».

Recordemos, sin embargo de ello, que el mismo Cristo nos tiene dicho: «No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores». Y en prueba de ello, ¿no llamó al cargo de apóstol a Mateo, publicano y pecador? ¿A quién colocó al frente de su Iglesia, como cabeza de esta sociedad, que, según Él desea, ha de ser santa e inmaculada, y para cuya santificación quiere derramar toda su sangre preciosísima?². ¿A quién eligió? ¿A Juan Bautista, santificado desde el seno

1. LUC., V, 8.

2. EPHES., V, 25.

de su madre, confirmado en gracia, y de una perfección tan eminente que todos le creían el mismo Cristo en persona? No. ¿A Juan Evangelista, al discípulo virgen, a quien amaba con tan entrañable amor, que fué el único que le quedó fiel al pie de la Cruz? Tampoco. Pues ¿a quién eligió? Con pleno conocimiento y deliberación, eligió Nuestro Señor a un hombre que le había de abandonar. Y ¿no es esto cosa digna de considerarse?

En su presencia divina conocía Cristo ya de antemano todo cuanto había de ocurrir, y al prometer a Pedro que levantaría sobre él su Iglesia, sabía que Pedro, a pesar de la admirable espontaneidad de su fe, le había de negar. A pesar de todos los milagros operados ante sus ojos por el Salvador, a pesar de todas las gracias recibidas, a pesar de la gloria con que vió resplandecer la Humanidad de Cristo en el Tabor, el día mismo de su primera Comunión y de su Ordenación, jura Pedro que no conoce a tal hombre¹; esto no obstante, él es el que Jesús ha elegido, prefiriéndole a todos los demás. ¿Por qué obró así? Porque su Iglesia había de componerse de pecadores. Excepción hecha de la purísima Virgen María, todos somos pecadores; todos habemos menester de la misericordia divina; por eso quiso Cristo que el Jefe de su reino fuese un pecador, cuya falta había de apuntarse en las Sagradas Escrituras con todos los detalles que prueban su flaqueza e ingratitud.

Consideremos igualmente a María Magdalena; leemos en el Evangelio que las mujeres seguían a Jesús en sus correrías apostólicas para atender a sus necesidades y a las de sus discípulos. Entre aquellas mujeres, animadas todas de infatigable celo, ¿a cuál señala Cristo con preferencia? A Magdalena, diciendo de ella: «Donde quiera que fuere predicado el Evangelio, se hablará de ella»². Quiso que el escritor sagrado no ocultase los deslices de la pecadora, y quiso además que leyésemos también cómo había aceptado la presencia de Magdalena al pie de la cruz, al lado de su madre, la Virgen de las Vírgenes³, y cómo había reservado para ella, antes que para nadie, su primera aparición una vez resucitado⁴.

1. MATTH., XXVI, 72-74.

2. *Ibid.*, XXVI, 13; MARC., XIV, 9.

3. JOAN., XIX, 25.

4. MARC., XVI, 9.

Una vez más podemos preguntarnos a qué obedece tanta condescendencia¹: para ensalzar a vista de todos la gloria triunfal de su gracia. Tal es la grandeza del perdón divino, que ha elevado a un grado de santidad de los más encumbra-dos a una pecadora sumida en el abismo². «Encontró, dice un autor de los primeros siglos, a una mujer depravada, y la hizo más pura que una virgen, mediante la más admirable penitencia»³.

Dios desea que nadie se gloríe de su propia justicia⁴, sino que ensalcen el poder de su gracia y sus dilatadas miseri-cordias⁵.

Bien conocemos nuestras miserias, nuestras faltas y pe-cados; pero lo que no conocemos bastante, como almas de poca fe, es el precio de la sangre de Jesús y la virtud de su gracia.

Fúndase nuestra confianza en la infinita misericordia que Dios tiene para nosotros, y encuentra también uno de sus más poderosos acrecentamientos en la virtud de la penitencia.

La extremada condescendencia de Jesús con los pecado-res no puede en manera alguna alegarse como motivo para permanecer en el pecado o recaer en él después de haber sido perdonado. «¿Hemos de permanecer, por ventura, en el pecado, dice san Pablo, para que abunde la gracia? ¡No lo permita Dios! Rescatado del pecado por la muerte de Cristo, no debemos ya esclavizarnos con él»⁶.

Podréis haber notado que, al perdonar Jesús a la mujer adúltera, le da un aviso importante: «Mira que no vuelvas más a pecar».

Lo mismo advierte al paralítico, y le da la razón: «Ya estás curado, no vuelvas a pecar, no sea que en adelante te suceda alguna cosa peor»⁷. Y es que, como ya lo dijo Jesús, «cuando el espíritu inmundo ha sido arrojado de un alma, vuelve a asaltarla con otros espíritus peores que él, y si logra enseñorearse otra vez de ella, su postrer estado es harto más lastimoso que el primero»⁸.

1. *EPHES.*, I, 6.

2. *Salmo* XLII, 8.

3. Texto atribuido a san Juan Crisóstomo. *Patr. gr.*, t. LXII.

4. *EPHES.*, II, 9.

5. *Salmo* CXXXV, 1 y sig.

6. *ROM.*, VI, 1.

7. *JOAN.*, V, 14.

8. *MATTH.*, XII, 45; *LUC.*, XI, 26.

La penitencia es condición requerida para obtener y conservar en nosotros el perdón de Dios. Mirad, si no, a Pedro: Ha pecado, y pecado gravemente; pero, como advierte el Evangelio, también derramó lágrimas amargas sobre su falta¹; y más tarde borró sus negaciones mediante esta triple protesta de amor: «Sí, Señor, bien sabéis que os amo»². — Mirad también a Magdalena, que, siendo uno de los más preciosos trofeos de la gracia de Cristo, es a la vez símbolo manifiesto del amor penitente. ¿Qué hace? Inmola en obsequio de Cristo lo más preciado que tiene, esto es, aquella cabellera que es su aderezo y ornamento, pues, como dice san Pablo, es una gloria para la mujer llevar largo el cabello³; pues la que le sirvió para enredar a muchas almas, tendiéndoles lazos peligrosos, ahora la emplea en enjugar los pies del Salvador. Cual si fuese una esclava, se envilece públicamente, en presencia de los convidados, que la conocían, despreciando lo que hasta entonces fuera cebo de su orgullo. Inmólese el amor penitente y al realizar este acto, atrae hacia sí y guarda los tesoros de la misericordia: «Se le perdonaron muchos pecados porque amó mucho».

Sean cuales fueren las recaídas de un alma, jamás debemos desesperar de su salud. ¿Cuántas veces, decía san Pedro a Nuestro Señor, cuántas veces he de perdonar a mi prójimo? Setenta veces siete, responde Jesús, queriendo significar un número infinito de veces⁴. En esta tierra, la medida inagotable del arrepentimiento es la medida de Dios mismo.

Para completar la exposición que acabo de hacer acerca de la bondad y condescendencia de Jesucristo para con nosotros, quiero añadir una pincelada que acaba como de *humanizarla*, y nos descubre uno de los aspectos más *embelesadores* de su terneza: es su cariño a Lázaro y sus dos hermanas de Betania.

En toda la vida pública del Verbo encarnado, tal vez no se encuentre rasgo que más nos aproxime a Él como el cuadro íntimo de sus relaciones con sus amigos de aquella reducida aldea. Si nuestra fe nos dice que Aquél es el Hijo

1. LUC., XXII, 62.

2. JOAN., XXI, 15-17.

3. I COR., XI, 15.

4. MATH., XVIII, 21-22.

de Dios, Dios mismo, las condescendencias de su amistad nos revelan, a mi parecer, mejor que cualquier otra manifestación, su cualidad de «Hijo del Hombre».

Los escritores sagrados han esbozado apenas el cuadro de aquel fraternal afecto; pero lo que nos han dejado es muy elocuente para hacernos entrever cuán íntima y deliciosa era aquella amistad. San Juan nos dice que Jesús tenía particular afecto a Marta, a su hermana María y a Lázaro¹. Eran amigos suyos y también de los Apóstoles, puesto que, al hablarles de Lázaro, le llama «nuestro amigo»², y añade el Evangelista que María es aquella misma que derramó sobre el Señor el aroma, y le secó los pies con sus cabellos³.

Su casa de Betania fué el *home*⁴ que Cristo escogió como lugar de reposo, siendo testigo de aquella santa amistad que el Hijo de Dios tuvo con ellos, y de la cual nos da el ejemplo. Nada, en efecto, tan dulce para nuestros corazones humanos como la vista de aquel interior que el Espíritu Santo nos descubre en el capítulo X del Evangelio de san Lucas, Jesús es el huésped bien conocido, a la vez que honrado, en aquella morada. Necesario fué que Jesús entrase allí como uno de casa, para que osase Marta, un día que le servía, ponerle de árbitro en una ligera contienda doméstica que tenía con hermana María, por hallarse ésta tranquilamente sentada a los pies de Jesús, regalándose con las palabras del Salvador: «Señor, le dice, ¿no ves que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile que me ayude». En vez de ofenderse el Señor por esta familiaridad, que sin duda alguna le hacía tomar parte en la queja de Marta contra su hermana, interviene Jesús y resuelve la cuestión en favor de María, que simboliza la oración y la unión con Dios: «Marta, Marta: tú te afanas y turbas distraída en muchas cosas, y a la verdad, que una sola es necesaria; María ha escogido la mejor suerte, de que jamás será privada»⁵.

Cuando asistimos con espíritu de fe a aquella deliciosa

1. JOAN., XI, 5.

2. *Ibid.*, II.

3. *Ibid.*, 2.

4. Usa el autor la palabra inglesa *home* que resulta tan expresiva para significar el propio hogar y la vivienda (N. de los T.).

5. LUC., X, 40, 42.

escena, sentimos en nuestros corazones que Jesús es, con toda verdad, como uno de nosotros¹; vemos que en su persona se verifica de un modo admirable aquella revelación que hace al mundo la Sabiduría eterna al afirmar que «sus delicias las encuentra en estar con los hijos de los hombres»²; experimentamos, por lo mismo, que «ninguna nación tiene a su Dios tan vecino como lo está nuestro Dios de nosotros»³. Jesucristo es el verdadero «Emmanuel»⁴, esto es, un Dios que vive entre nosotros, y mora con nosotros.

VI

La vida de Jesús es una manifestación de las perfecciones de Dios, de las prodigalidades de su bondad soberana y de su inconmensurable misericordia. En el Verbo encarnado es donde Dios descubre su carácter interno⁵. Cristo es imagen visible de Dios invisible⁶; sus palabras y sus actos son la revelación auténtica de aquel Ser infinito. Pero nuestra contemplación de la fisonomía de Cristo, y la idea que nos formamos de Dios, serían incompletas si al meditar la condescendencia infatigable de Jesús sobre toda clase de miserias y desgracias, incluso la del pecado, nos olvidásemos de examinar a la vez su modo de obrar, influídos por aquella clase de malicia humana que tanto se opone a la nobleza y bondad divinas, y que se resume en la palabra farisaísmo. Bien sabéis lo que eran los fariseos. Al regresar del cautiverio de Babilonia, algunos judíos celosos pusieron todos los medios de neutralizar la influencia extranjera, tan peligrosa para la ortodoxia de Israel, y más que nada procuraron volviesen a su honor y antigua pureza las prescripciones de la Ley Mosaica.

Este celo, digno de todo encomio, celo que encerraba un ideal grandioso, degeneró, por desgracia, reduciéndose a un

1. HERR., II, 17.

2. PROV., VIII, 31.

3. DEUT., IV, 7.

4. MATTH., I, 23.

5. II COR., IV, 6.

6. COL., I, 15.

fanatismo tenaz y a un culto excesivo del texto de la Ley. Formóse una clase de judíos, a los que se denominó «fariseos», esto es, los «separados», separados de todo contacto, extranjero, y de todo comercio con aquellos que no observaban sus «tradiciones»¹.

Interpretaban, en efecto, la Ley, con un refinamiento raro y casuístico, y añadieron un sinnúmero de prescripciones orales, muchas imposibles, y otras del todo pueriles y ridículas.

Dos puntos cautivaban, sobre todo, su atención, puntos que fueron siempre objeto de discusiones sin fin: la observancia del descanso sabatino y las purificaciones rituales y legales. Más de una vez vemos en el Evangelio que se quejan por esto del Señor. Habían caído en un formalismo tan estrecho, que, sin preocuparse de la pureza interior del alma, atendían sólo a la observancia externa, material y mezquina, de la letra muerta, y en esto hacían consistir toda su religión y perfección. De ahí una gran aberración moral, pues aquellos puristas pasaban por alto preceptos gravísimos de la ley natural, haciendo sólo hincapié en absurdas minucias fundadas sólo en interpretaciones puramente personales. De este modo, a pretexto de no violar el descanso del sábado, enseñaban que en tal día no se podía ni curar a los enfermos, ni dar limosna al menesteroso, hasta echar en cara a los discípulos de Jesús que no observaban el sábado, por el solo hecho de haber frotado en sus manos algunas estigas para comerlas².

Este formalismo exagerado los conducía necesariamente al orgullo, y siendo ellos mismos autores de no pocas prescripciones, creíanse, igualmente, los propios autores de su santidad. Eran los «separados», los puros, sin ninguna mancha legal: por consiguiente, ¿qué se les podría echar en cara, si eran de una corrección y de un rigor intachables?

Por eso tenían de sí una estima desmedida, y su refinado orgullo los impelía a buscar con avidez el primer puesto en las sinagogas, los primeros asientos en los banquetes a que

1. A los fariseos se asimilan los escribas, afiliados a la secta, quienes se preocupaban principalmente del texto de la Ley, de su interpretación y de su observancia. Enseñaban los errores de los fariseos, y contra ellos van también las maldiciones de nuestro divino Salvador.

2. MATT., XII, 1-2; MARC., II, 23-24; LUC., VI, 1-2.

eran invitados, los saludos y aplausos de la muchedumbre en las plazas públicas.

Dejábase ver este orgullo hasta en el mismo santuario, pues bien sabéis la parábola en que Cristo pintó, con el más vivo y realista colorido, aquella su odiosa ostentación¹. Nuestro divino Salvador, frente a la humildad del publicano, que ni siquiera se atreve a levantar los ojos al cielo, a causa de sus pecados, opone el orgullo del fariseo, quien, muy erguido, da gracias a Dios por hallarse muy por encima de los demás hombres; porque él es exacto cumplidor de los detalles de la Ley, reclama de Dios entera aprobación de su conducta².

Lo que hacía despreciables a no pocos fariseos era un orgullo refinado y envuelto en la más redomada hipocresía. A consecuencia de las múltiples prescripciones que imponían, y que Nuestro Señor mismo califica de intolerables, muchos de ellos no llegaban a realizar la santidad, con cuya careta se enmascaraban, sino disimulando con gran habilidad sus faltas y deficiencias, y torciendo el texto de la Ley con desleales interpretaciones; de esta suerte podían infringir la Ley salvando las apariencias a los ojos del vulgo, que estaba de ellos admirado. Su autoridad e influencia eran muy grandes, dado que se les consideraba como intérpretes y custodios de la Ley de Moisés; fingían profundo respeto a todas las prácticas exteriores de su observancia, y las imponían al pueblo, que los tenía por santos.

Indignábanse por lo mismo contra todo lo que pudiera disminuir su ascendiente, y ya desde el principio de la vida pública de Jesús comienzan a hacerle frente, por cuanto la enseñanza de Cristo no se avenía con la de su escuela, y la doctrina que predicaba, así como los actos con que la confirmaba, eran, en todo, contrarios a sus opiniones y a su conducta. No podía menos de irritarlos profundamente la condescendencia extraordinaria del Salvador con los publicanos y los pecadores, rechazados por ellos como impuros; y su independencia con respecto a la ley del sábado, de la cual se consideraba como soberano señor³, y los milagros

1. LUC., XVIII, 9-14.

2. En otra serie de conferencias comentaremos en detalle esta parábola, que luminosamente nos muestra cuáles han de ser nuestras relaciones con Dios.

3. MATT., XII, 8; MARC., II, 28; LUC., VI, 5.

que le hacían admirable a los ojos del pueblo, los ponían fuera de sí.

Cada día más ciegos, a pesar de los avisos de Jesús, le tienden insidiosos lazos, y le preguntan les dé una señal como prueba de su misión; tráenle la mujer adúltera para ponerle en pugna con la Ley de Moisés¹, y le preguntan con refinada falsía si se ha de pagar el tributo al César². Siempre y en cualquier página del Evangelio, los veréis vomitando odio contra Jesús, tratando de echar por tierra su autoridad entre la plebe, procurando distanciar de Él a sus discípulos, engañando al pueblo para impedir que Cristo realice su salvadora misión.

Más de una vez había Nuestro Señor prevenido a sus discípulos contra la hipocresía farisaica³, y al fin ya de su ministerio público, a fuer de buen pastor, que da el pasto de la verdad a sus ovejas, y con él su vida, quiso desenmascarar del todo a aquellos lobos, que se presentaban con un exterior de santidad para engañar a las almas sencillas llevándolas a la perdición.

En aquel solemne sermón de la Montaña, ya había extrañado a su auditorio juicio la revelación de una doctrina en un todo contraria a sus inveterados instintos y prejuicios seculares.

Había proclamado Jesús, en presencia de todos, que los pobres de espíritu han de ser los bienaventurados en su reino, con los mansos de corazón, los que lloran y los que han sentido hambre y sed de justicia. Había igualmente enseñado que los misericordiosos, los limpios de corazón y los pacíficos son los verdaderos hijos del Padre celestial, y que la más sublime de las bienaventuranzas es estar dispuesto a ser perseguido por su nombre⁴.

Esta doctrina, que forma como la «gran carta» evangélica de los pobres y de los humildes, es como la antítesis de lo que predicaban los fariseos con sus palabras y ejemplos. Por eso el Señor fulminó contra ellos, echó maldiciones consecutivas, en contraposición con las ocho bienaventuranzas. Leed toda esa página del Evangelio y veréis con

1. JOAN., VIII, 3.

2. MATTH., XXI, 15; MARC., XII, 13; LUC., XX, 20.

3. *Ibid.*, XVI, 11; LUC., XVI, 1.

4. MATTH., V, 3.

qué indignación Jesús, como Verdad infalible que es y Vida de las almas, previene, tanto a los discípulos como a la plebe sencilla, que se guarden bien de una enseñanza y conducta que apartaba del reino de Dios, que encubría la codicia y el falso celo, que alteraba la verdad y las prescripciones de la Ley, que establecía una religión de apariencias, y se contentaba con una pureza meramente superficial, con la cual disimulaban los fariseos su corrompida conducta y odio de persecución.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los demás!»¹.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas con el pretexto de hacer largas oraciones; por eso recibiréis sentencia mucho más rigurosa!»

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis diezmos hasta de la hierbabuena y del eneldo y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley: la justicia, la misericordia y la buena fe! Éstas debierais observar sin omitir aquéllas. ¡Oh guías ciegos, que coláis cuanto bebéis, por si hay algún mosquito, y os tragáis un camello!»².

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por de fuera la copa y el plato, y por dentro en el corazón estáis llenos de rapacidad e inmundicia!»³.

«¡Serpientes y casta de víboras! ¿Cómo será posible que evitéis el ser condenados al fuego del infierno?»

¡Qué contraste en nuestro Señor, cuando fulmina estas maldiciones y aceradas invectivas, con aquella bondad que usa para con los grandes pecadores, como la Samaritana, la Magdalena, la mujer adúltera, a quienes perdona sin proferir ni una sola palabra de reprensión; para con los crimi-

1. Impidiendo el camino del cielo con intolerables prescripciones y sobre todo, apartando las almas de Cristo.

2. La ley prohibía comer cualquier animal impuro; los fariseos, exagerando esta prescripción, no bebían cosa alguna sin antes filtrarla escrupulosamente, y, por otra parte, despreciaban y hacían caso omiso de otras prescripciones legales.

3. Los fariseos evitaban con risible escrúpulo las manchas más insignificantes puramente legales, sin preocuparse de evitar el pecado que mancha el alma.

nales, a quienes promete el cielo, como al buen ladrón! ¹.

¿De dónde proviene esta diferencia? ¿Cómo se explica que Cristo, tan indulgente con los pecadores, reprenda públicamente a los fariseos con tan terribles anatemas?

Es que cuando uno reconoce humildemente sus miserias y flaquezas, inmediatamente se atrae la misericordia y la compasión del Padre celestial: «Como el Padre se compadece de los hijos, así se ha compadecido Dios de los que le temen, porque conoce el barro de que estamos hechos» ²; mientras que el orgullo, sobre todo si es del espíritu, parecido al pecado de los demonios, excita la indignación divina ³.

Ahora bien, en el espíritu de los fariseos está condenado todo cuanto hay de más odioso e hipócrita en el orgullo. Aquellos soberbios de corazón, aquellos amantes de su propia estima serán desechados para siempre y con las manos vacías, de la presencia de Dios ⁴.

Conviene notar que el farisaísmo reviste múltiples formas. Nuestro Señor no sólo reprendía a los fariseos por su orgullo fementido e hipócrita, que ocultaba la corrupción más hedionda bajo capa de perfección: «Sepulcros blanqueados, aparentaban estar limpios y puros, cuando por de dentro estaban llenos de corrupción y de iniquidad» ⁵, sino que les echaba en cara el formalismo puramente humano con que sustituían la ley eterna de Dios. Escandalizábanse, en efecto, los fariseos viendo cómo curaba Jesús a los enfermos en día de sábado; dábanse por ofendidos de que los Apóstoles no se sometiesen antes de las comidas a toda una serie pueril de abluciones legales que ellos mismos habían inventado y en las cuales hacían consistir toda la pureza del hombre. Al cifrar la santidad únicamente en la observancia minuciosa de tradiciones y prácticas nacidas de su propio pensar, descuidaban los preceptos más graves y sagrados de la ley divina. Así que, según ellos, con sólo pronunciar una palabra, podían consagrar sus bienes y su dinero al servicio del templo y hacerlos, por el hecho mismo, inviolables, y el devoto fariseo no podía disponer de dichos bienes ni siquiera para pagar sus

1. LUC., XXIII, 43.

2. *Salmo CII*, 13-14.

3. JAC., IV, 6; I PETR., V, 5.

4. LUC., I, 53.

5. MATH., XXIII, 27.

deudas o para socorrer la necesidad e indigencia de sus parientes. Tal modo de proceder era, según lo dijo ya el mismo Salvador, «anular el mandamiento de Dios por seguir una tradición» ¹.

Este formalismo estrecho, pura invención humana, que desnaturalizaba y empequeñecía la religión, esta conciencia falseada repugnaba de tal modo a la nobleza de corazón y sinceridad de Jesús, que no reparó en quitarles la máscara, condenándolos sin piedad. ¿Qué juicio, en efecto, emitió acerca de esta casuística? «En verdad, en verdad os digo que si vuestra justicia y perfección no es más cumplida que la de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» ².

¡Oh, qué revelación del carácter íntimo de Dios! ¡Qué manifestación de su modo de juzgar y de apreciar a los hombres! ¡Qué luz tan preciosa proyectan aquellas amargas diatribas dirigidas a los fariseos y a sus teorías acerca de la verdadera perfección! En el sermón de la Montaña nos señala Cristo la cumbre de la verdadera santidad, y al condenar a los fariseos, nos descubre los abismos que encierra el sabio pietismo, cuyo tipo perfecto está personificado en el fariseo.

No hay lazo del demonio ni más temible ni más funesto como el de hacer pasar por santidad evangélica cualquier forma del farisaísmo. Por ahí dirige sus ataques el príncipe de las tinieblas, aun contra las almas de perfección; obscurece su mirada interior con los espejismos de una virtud puramente formalista en substitución de la verdad del Evangelio; el alma, en vez de progresar por esta vía, permanece estancada y estéril delante de Dios: «Todo árbol que no fuere plantado por mano de mi Padre será arrancado» ³. Tal es la sentencia inexorable de Jesús contra la casta de los fariseos.

Veis, pues; cuánto importa desconfiar en esta materia del propio parecer y de las propias luces, y cuán necesario es cimentar nuestra santidad, no en tal o cual práctica de devoción que nosotros mismos hemos elegido, aunque sea excelente; no en tal o cual prescripción de la regla religiosa

1. MATTH., XV, 1; MARC., VII, 1-13.

2. *Ibid.*, V, 20.

3. *Ibid.*, XV, 13.

que profesamos, pues puede ocurrir que su observancia quede suspendida por otra ley superior, como es la ley de la caridad para con el prójimo; sino que la base de toda piedad maciza ha de ser el cumplimiento de la ley divina, de la ley natural, de los preceptos del Decálogo, de los mandamientos de la Iglesia, y, finalmente, de los deberes del estado.

Toda piedad que no respete este orden jerárquico de deberes hemos de tenerla por sospechosa; todo ascetismo que no vaya regulado por los preceptos y doctrina del Evangelio, no puede proceder del Espíritu Santo, inspirador del mismo Evangelio, pues, como dice san Pablo, «sólo son verdaderos hijos de Dios aquellos que se rigen por el espíritu de Dios»¹.

Es tal la ternura de Jesús, que aun en el momento en que fulminaba aquellas terribles maldiciones contra los fariseos y les predecía los castigos del Cielo, el Evangelio nos le muestra profundamente conmovido, y el pensamiento del castigo que ha de recaer sobre la ciudad santa por haber rechazado al Mesías y oído a aquellos ciegos² obstinados, arranca de su corazón sagrado estos ayes de dolor: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén! que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina a sus pollitos bajo las alas, y tú no has querido!» Luego, haciendo alusión al Templo, en el que no volvería a entrar por estar ya en vísperas de su Pasión, añadió: «He aquí que vuestra casa va a quedar desierta. Así os digo: En breve ya no me veréis más, hasta tanto que digáis: Bendito sea el que viene en nombre del Señor»³.

Mientras vivimos en este mundo, son incesantes los llamamientos de la bondad eterna... Pero no seamos de aquellos que, desperdiciando de continuo la gracia, y habituándose al pecado deliberado, aunque leve, se endurecen, hasta el punto de no llegar a comprenderlos. Pongamos todo cuidado en no desechar al Espíritu Santo del templo de nuestra alma por resistencias voluntarias y dura obstinación, porque entonces Dios nos abandonaría a nuestra ceguera

1. ROM., VIII, 14. Cf. JESUCRISTO, VIDA DEL ALMA. Conferencia *La verdad en la caridad*.

2. MATH., XV, 14.

3. *Ibid.*, XXIII, 37-39.

y endurecimiento. Nunca falta la misericordia a un alma; el alma es quien provoca a la justicia por no atender a la misericordia.

Procuremos permanecer fieles, no ya tan sólo mediante una fidelidad que se ciña exclusivamente a la letra, sino a la que nace del amor y estriba en la confianza en un Salvador lleno de bondad. En tal caso, sean cuales fueren nuestras flaquezas y miserias, las faltas e imperfecciones que se nos deslicen, día llegará en que bendeciremos para siempre a Aquel que apareció entre nosotros como hombre verdadero, porque venía a curar nuestras llagas y a rescatarnos del abismo del pecado. Él es quien coronará para siempre en nosotros los dones de su misericordia y de su amor¹.

1. Salmo CII, 1, 3-4.

XII. En la cumbre del Tabor

SUMARIO. — I. El relato evangélico de la Transfiguración. — II. Significación de este misterio para los Apóstoles que lo presenciaron: Cristo, al manifestarles ahora su divinidad, quiere prevenirlos contra el «escándalo» de su Pasión. — III. Triple gracia que este misterio contiene; esfuerza nuestra fe; señala de un modo especial nuestra adopción; nos hace dignos de participar un día de la gloria eterna de Cristo. — IV. Medio de llegar al estado glorioso figurado por la Transfiguración: Escuchar a Jesús, hijo predilecto del Padre: *Ipsium audite.*

La vida de Jesucristo en la tierra tiene tal importancia, aun en sus más nimios pormenores, que nunca podremos agotar sus profundidades; una sola palabra del Verbo encarnado, de Aquel que vive siempre *In sinu Patris*¹, es toda una revelación, tan grande que, cual fuente siempre viva de aguas saludables, bastaría para fecundizar toda una vida espiritual.

Una palabra suya, como vemos en la vida de los Santos, bastó más de una vez para convertir totalmente las almas a Dios. Es que sus palabras traen su origen del cielo; por eso tienen tanta virtud. Lo mismo podemos decir de sus acciones, pues aun las que parecen más insignificantes, nos pueden servir de modelo y sernos luz y fuente de gracias.

En la conferencia anterior he procurado mostraros algunos de los aspectos de su vida pública, lo bastante para que pudiéramos vislumbrar lo que hay de divino y de humano en este período de tres años. He tenido que prescin-

1. JOAN., I, 18.

dir de no pocos detalles y escenas que nos narran los sagrados escritores en el Evangelio.

Pero hay una página única en su género, que es un misterio tan hondo y al propio tiempo tan fecundo para nuestras almas, que merece le dediquemos toda una conferencia: es el misterio de la Transfiguración¹.

Nada debe sernos tan sabroso, según ya os tengo dicho, como el dogma de la divinidad de Jesús; primero, porque nada le es a Él tan grato, y además, porque este dogma es a la vez base y fundamento, centro y coronamiento, de toda nuestra vida interior. La Transfiguración es uno de los episodios en que centellea el sol de su divinidad con más vivos resplandores.

Contemplemos, pues, con fe y con amor este misterio; cuanto más viva sea esta fe, cuanto más encendido sea el amor con que nos acerquemos a Jesús, tanto más dilatados tendremos los senos del alma para que los alumbré con su luz y los anegue con sus gracias.

¡Oh Jesús, Verbo eterno y Maestro divino, que eres el resplandor del Padre y retrato vivo de su substancia! Tú mismo dijiste: «Si alguien me ama, me manifestaré a él». Haz, pues, que nosotros te amemos con fervor, a fin de que podamos recibir de Ti una vista más clara de tu divinidad. Ahí está, como Tú mismo nos lo dijiste, el secreto de nuestra vida, de la vida eterna, en «conocer que nuestro Padre celestial es el único y verdadero Dios, y que Tú eres su Hijo enviado» como rey y pontífice de nuestra salvación. Alumbrad, pues, los ojos de nuestra alma con un rayo de esos divinos resplandores que brillan en el Tabor, para que nuestra fe en tu divinidad, nuestra esperanza en tus méritos, nuestro amor a tu adorable persona, se afiancen y aumenten.

1. La Iglesia nos hace leer dos veces este paso del Evangelio: en el segundo Domingo de Cuaresma, para animarnos a sobrellevar sus rigores con la perspectiva lejana de la gloria que Cristo nos promete en su Transfiguración, y la segunda vez, el día 6 de agosto, solemnidad destinada a honrar la manifestación del divino resplandor de Jesús en el monte Tabor.

I

Sigamos primero el relato evangélico, para ver luego de ahondar su sentido.

Corría el último año de la vida pública de Jesús. Hasta entonces habían sido muy raras las alusiones a su futura Pasión, mas, como dice san Mateo: «Jesús comenzó desde entonces a manifestar a sus discípulos que convenía fuese Él a Jerusalén, y que allí padeciese por parte de sus enemigos, y que debía morir y resucitar al tercer día». Y añadió: «Varios de los que aquí están, no han de morir hasta que no hayan visto al Hijo del hombre aparecer en el esplendor de su reino»¹.

Unos días después de esta predicción, toma consigo nuestro divino Salvador algunos de sus discípulos, los tres apóstoles preferidos: Pedro, a quien pocos días antes, había prometido que fundaría sobre él su Iglesia; Santiago, que había de ser el primer mártir del Colegio Apostólico, y Juan, el discípulo amado.

Habíales ya elegido el Señor como testigos de la resurrección de la hija de Jairo, mas ahora los conduce a un monte elevado para hacerlos testigos de una manifestación mucho más espléndida de su divinidad. La tradición señala el monte Tabor, que se levanta a una legua al este de Nazaret, monte aislado, de unos seiscientos metros de altura, alfombrado de rica vegetación, y desde cuya cumbre se divisan por todos los lados grandes horizontes.

En la cima, pues, de este monte, y huyendo del bullicio mundanal, se dirige Jesús con sus discípulos, y conforme acostumbraba, se puso en oración, según registra san Lucas². Transfiguróse mientras oraba. Su rostro resplandece como el sol, tórnanse sus vestidos blancos como la nieve, y de pronto se ve envuelto en una atmósfera divina.

Al comenzar Jesús su oración, habíanse los Apóstoles dejado vencer del sueño, cuando un fuerte resplandor los despierta; entonces contemplan a su Maestro radiante de gloria, y ven a su lado a Moisés y a Elías conversando con Él.

1. MATH., XVI, 21, 28.

2. LUC., IX, 29.

Pedro, lleno de gozo al ver la gloria de Jesús, fuera de sí y sin saber lo que decía, exclama¹: «Maestro, bien se está aquí». ¡Oh, Señor, qué bien se está contigo! Cesen, pues, las luchas con los fariseos, los cansancios y fatigas de tantas correrías; basta de humillaciones y asechanzas; quedémonos aquí y pongamos tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías. Creíanse los Apóstoles ya como en el cielo, tanta era la gloria que inundaba a Jesús, que su sola vista bastaba para saciar los corazones de tres discípulos.

Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube refulgente vino a envolverlos, y al mismo tiempo resonó desde la nube una voz que decía: «Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias; escuchadle». Al oírla, los Apóstoles quedaron sobrecogidos y llenos de miedo, y se postraron ante Dios para adorarle.

Mas tocólos Jesús al instante, y les dijo: «Levantaos y no hayáis miedo». Alzando ellos los ojos, «sólo vieron a Jesús»². Vieron entonces a Jesús cual le veían antes de subir al monte, cual estaban acostumbrados a verle; el mismo Jesús hijo del artesano de Nazaret, el mismo Jesús que poco tiempo después había de morir en la cruz.

II

He aquí el misterio tal como nos lo describe el Santo Evangelio. Veamos ahora su sentido oculto, pues que todo, en la vida de Jesús, Verbo encarnado, tiene algún alto significado. Cristo, permitidme la expresión, es el gran Sacramento de la nueva Ley, porque, al fin, un Sacramento tomado en sentido lato, no es sino el signo sensible de una gracia interior; por consiguiente, se puede decir que Cristo es el gran sacramento de todas las gracias que Dios ha hecho al género humano.

Como dice el Apóstol san Juan: «Cristo apareció en medio de nosotros como Hijo único de Dios, lleno de gracia

1. MATH., XVII, 24; MARC., IX, 4-5; LUC., IX, 33.

2. *Ibid.*, 5-8; cf. MARC., 9-7; LUC., IX, 34-39.

y de verdad, y añade a renglón seguido: «y todos debemos participar de su plenitud»¹. Jesús nos comunica en sus misterios las gracias, por habérmolas merecido como Hombre Dios, y por haberle constituido el Padre Eterno único pontífice y supremo mediador.

Los misterios del Señor, como ya os tengo dicho, deben servirnos como motivos de contemplación, de admiración y de culto; debemos ver en ellos como otros tantos sacramentos que producen en nosotros su gracia propia, en proporción de nuestra fe y de nuestro amor.

Esto mismo sucede con cada uno de sus estados, con cada una de sus obras; porque, si Cristo es siempre el Hijo de Dios, si en todo cuanto dice y hace, glorifica ante todas cosas a su Padre, sin separarnos jamás de su pensamiento, también asigna a cada uno de sus misterios una gracia, para ayudarnos a reproducir en nosotros su divina fisonomía y hacernos semejantes a Él.

Hablando de la Transfiguración, el gran san León, dice: «El relato evangélico que acabamos de oír con los oídos corporales, y que ha cautivado la atención de nuestro espíritu, nos convida a indagar cuál sea el sentido de este gran misterio»². Es gracia muy precisa la de poder penetrar el significado de los misterios de Jesús, porque «en ellos se halla la vida eterna»³. Nuestro Señor mismo decía a sus discípulos que esta gracia de espiritual inteligencia sólo la concedía a los que se unían consigo»⁴.

Es tan importante para nuestras almas esta gracia, que la Iglesia, guiada aquí como en todo por el Espíritu Santo, la pide un modo especial en la Poscomunión de la fiesta.

«Escuchad nuestra oración, Dios omnipotente, y haced que nuestras almas purificadas comprendan bien los santos misterios de la Transfiguración de vuestro Hijo, que acabamos de celebrar con solemne oficio»⁵.

Veamos, pues, lo que significaba este misterio, primero

1. JOAN., I, 14, 16.

2. *Sermo II, Sabbato ante II Dom. Quad.* Gran parte de este sermón se lee en el II Nocturno de esta festividad.

3. JOAN., XVII, 3.

4. LUC., VIII, 19; Cf. MATTH., XIII, 11; MARC., IV, 11.

5. *Nótese de pasada, que esto mismo se pide también en la Poscomunión de la Epifanía, que fué otra de las grandes manifestaciones de la divinidad de Jesús.*

para los Apóstoles, ya que tuvo lugar en presencia de tres de ellos.

¿Por qué se transformó Cristo ante ellos? El mismo san León nos lo declara: «El objeto principal de esta transfiguración era quitar del corazón de los discípulos el escándalo de la cruz, y para que las humillaciones de su Pasión, libremente aceptadas, no viniesen a turbar su fe, una vez que les fuera revelada la altísima, aunque oculta, dignidad de Hijo de Dios»¹.

Los Apóstoles, que tenían íntimo trato con el divino Maestro y que, por otra parte, no habían perdido la mentalidad judía respecto a los destinos de un Mesías glorioso, no podían concebir que Cristo pudiese padecer. Ved a san Pedro, príncipe del Colegio Apostólico, que poco tiempo antes había proclamado, en presencia y en nombre de todos, la divinidad de Jesús: «Tú eres el Cristo Hijo del Dios vivo»². El amor que tenía al Señor y la idea todavía rastroera que de su reino conservaba, le hacían rechazar la otra idea de la muerte de su Maestro. Por eso, al predecirles Jesús abiertamente su próxima Pasión, algunos días antes de la Transfiguración, Pedro se había conmovido sobremedida, y tomando aparte a Jesús, había protestado diciendo: «¡Ah, Señor, eso de ningún modo: no quiera Dios que tal suceda!» Entonces le reprende nuestro divino Salvador, y le dice: «Apártate de Mí, Satanás (es decir, adversario), que quieres estorbar se cumpla la voluntad del que me envió; tú no sabes ni has gustado las cosas de Dios, sino que abrigas todavía pensamientos humanos»³.

Tenía previsto, pues, el Señor que sus Apóstoles no habían de conformarse con sus humillaciones, y que su cruz sería para ellos ocasión de tropiezo. Si eligió con preferencia a estos tres discípulos para que presenciaran su Transfiguración, fué porque dentro de poco tiempo habían de ser éstos mismos testigos de su flaqueza y congoja, de su inmensa tristeza y agonía en el Huerto de los Olivos.

Con esto, al verse ahora transfigurado, los pertrecha contra el escándalo que había de sufrir su fe al ver después a Jesús tan humillado. Por eso quiere ahora afianzarlos en

1. *Sermo LI, Sabbato ante II Dom. Quad.*

2. *MATTH., XVI, 16.*

3. *Ibid., XVI, 22-23.*

la fe. ¿Cómo? Primero por este mismo misterio. Jesucristo durante su vida mortal tenía las apariencias de un hombre como los demás, dice san Pablo¹, tanto, que muchos de los que le veían le tomaban por un hombre ordinario, aun entre sus mismos parientes, *sui*, aun entre aquellos que, según costumbre de entonces, el escritor sagrado denomina *fratres Domini*². Esos mismos, al oír su doctrina tan extraordinaria, le decían «que había perdido el juicio»³, y los que le habían conocido en Nazaret, en el taller de José, se preguntaban extrañados de dónde podía venirle tanta sabiduría⁴.

Había, en Jesús, a no dudarlo, una virtud interior divina que irradiaba de Él al obrar tantos prodigios⁵; dejaba tras de Sí un como perfume divino que atraía a las muchedumbres, pues ocurría, según leemos en el Evangelio, que los judíos, aunque groseros y carnales, pasaban hasta tres días sin comer a trueque de seguirle⁶.

La divinidad, sin embargo de ello, estaba en Él velada por una carne mortal y flaca; Jesús se hallaba sometido a las condiciones ordinarias y variadas de la vida humana débil y pasible; sujeto al hambre y a la sed, al sueño y al cansancio, a la fuga y a la lucha. Tal era el Cristo de todos los días, tal la humilde existencia que los Apóstoles continuamente veían.

Mas ahora, en la montaña, le ven todo transfigurado, y los efluvios de la divinidad atraviesan los velos de su santa Humanidad. El rostro de Jesús se apareció radiante como el sol, y sus vestidos eran tan blancos cual copos de pura nieve⁷.

Comprenden con esto los Apóstoles que aquel Jesús es verdadero Dios, puesto que los inunda la majestad de su divinidad y se les revela en toda su integridad la gloria eterna de su Maestro. Aun más, aparecen al lado de Jesús Moisés y Elías conversando con Él y adorándole. Sabido es que para los Apóstoles, como para todos los judíos fieles, Moisés y Elías eran los dos personajes que resumían toda

1. PHILIP., II, 7.

2. Cf. JOAN., VII, 3.

3. MARC., III, 21.

4. MATTH., XIII, 55.

5. LUC., VI, 19.

6. MATTH., XV, 32.

7. MARC., IX, 2.

su religión y todas sus tradiciones patrias, como quiera que Moisés era su legislador y Elías representaba a los profetas todos. La Ley y los Profetas, representados por estos personajes, vienen a atestiguar que Cristo es el Mesías anunciado tantos años y esperado. Podrán los fariseos emprenderla contra Él, podrán abandonarle sus discípulos, pero la presencia de Moisés y de Elías prueba a Pedro y sus compañeros que Jesús respeta la ley y va de acuerdo con los Profetas, que Cristo es el Enviado de Dios y el que ha de venir. En fin, para digno remate de todos estos testimonios y manifestar de una vez la divinidad de Jesús, déjase oír la voz del Padre eterno, el cual proclama desde arriba que Jesús es su Hijo, y Dios como él mismo. Todo esto contribuirá poderosamente a consolidar la fe de los Apóstoles en Aquel a quien Pedro había reconocido ya como a Cristo e Hijo de Dios vivo.

III

Tal vez no alcanzaron en aquel momento los discípulos de Jesús toda la grandeza de esta escena, ni toda la profundidad del misterio que presenciaron como testigos privilegiados. Bastaba por entonces que estuviesen apercibidos contra el escándalo de la cruz; por eso les prohíbe que publiquen al punto aquella visión¹. Cuando más tarde y después de la Resurrección, el Espíritu Santo los hubo confirmado en la dignidad del Apostolado, Pedro les descubre los esplendores que un día contemplara en el Tabor. Era el Príncipe de la Iglesia, que había recibido del Verbo encarnado la misión de «sostener a sus hermanos firmes en la fe»²; por eso anuncia a las turbas «que le fué un día revelada la majestad de Jesús y que ese mismo Jesús había recibido gloria y honra de Dios Padre cuando se transfiguró en el santo monte»³. Pedro, supremo Pastor, fundándose en esta visión, exhorta a los fieles, y a nosotros con ellos a que no vacilemos en la fe.

1. MATTII., XVII, 9; MARC., IX, 8.

2. LUC., XXII, 32.

3. II PETR., I, 16. Epístola de la fiesta.

También para nosotros tuvo lugar la Transfiguración. «Los discípulos elegidos como testigos, dice san León, representan a la Iglesia entera; a ella, así como a los Apóstoles, se dirige el Padre eterno al proclamar la divinidad de su Hijo Jesús y al mandar que le escuchemos»¹.

La Iglesia ha resumido perfectamente en la oración de la fiesta las preciosas enseñanzas de este misterio. La Transfiguración, tanto en nosotros como en los Apóstoles, debe «confirmar nuestra fe»: «Oh Dios, que has robustecido el misterio de nuestra fe con el testimonio de los padres». Luego se indica en la oración «nuestra adopción admirable de hijos de Dios»; por fin pide la Iglesia... que lleguemos a ser un día coherederos del rey de la gloria y tengamos parte en su triunfo.

La Transfiguración confirma nuestra fe. ¿Qué es la fe sino una misteriosa anticipación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo? Dios se conoce como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre, al conocerse, engendra desde la eternidad un Hijo semejante e igual a sí mismo. «Éste es mi hijo querido en quien encuentro mis complacencias»² Estas palabras encierran la mayor revelación hecha por Dios al mundo; son como el eco mismo de la vida del Padre. El Padre, en cuanto tal, vive engendrando a su Hijo, siendo esta generación que no tiene principio ni fin, la que constituye su propiedad peculiar y exclusiva.

En la eternidad veremos con gran asombro y amor esta procesión del Hijo, engendrado en el seno del Padre, procesión que es eterna³: Este «hoy» es el hoy perenne de la eternidad.

Cuando el Padre nos dice que Jesús es su Hijo muy amado, nos revela su misma vida; al creer en esta revelación, participamos del conocimiento de Dios mismo. El Padre conoce al Hijo en los esplendores sin fin; nosotros le conocemos sólo en las sombras de la fe, esperando que nos llegue la calidad de la eternidad. El Padre declara que el niño de Belén, el adolescente de Nazaret, el predicador de Judea, el ajusticiado del Calvario, es su Hijo, e Hijo muy amado. Creamos que así lo es real y verdaderamente. Apro-

1. Sermón de san León.

2. MATH., III, 17.

3. Salmo I, 7.

vecha mucho para la vida espiritual el tener siempre presente ante los ojos del corazón, este testimonio del Padre, pues no hay cosa que mejor pueda sostener nuestra fe.

Cuando leemos el Evangelio o alguna vida del Señor, cuando celebramos sus misterios o vamos a visitarle en, el Sacramento, cuando nos preparamos a recibirle en nuestro pecho por la comunión o le adoramos después de haberle recibido, en toda nuestra vida, en fin, tratemos de no perder jamás de vista estas palabras: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias». Digamos entonces: «Lo creo, sí, Padre, y con vos repito que este Jesús que en mí está por la fe, por la comunión, es vuestro Hijo; lo creo por ser Vos quien nos lo habéis revelado, y porque lo creo, le adoro y le rindo mis homenajes; por Él y en Él os tributo a Vos, oh Padre mío celestial, juntamente con el Espíritu Santo, toda gloria y honor».

Tal oración no puede menos de ser muy grata a nuestro Padre celestial, y cuando es verdadera, pura, sincera y continua, hace que seamos objeto del amor del Padre y Dios nos interna más todavía en los escondidos senos de los amores que tiene para su propio Hijo; Nuestro Señor mismo nos lo asegura: «El Padre, dice, os ama, porque creísteis que yo salí de Él y que soy su Hijo»¹. ¡Qué dicha para un alma ser amada del Padre, de ese Padre «de quien procede todo don perfecto»² y que alegra a todos los corazones»!

Agrada igualmente a Jesús, pues desea que proclamemos su divinidad y tengamos en ella una fe viva, firme y profunda; una fe que por nada vacile³. «Bienaventurado aquel que no se escandalizare de Mí», a pesar de las humillaciones de mi encarnación, de los oscuros trabajos de mi vida oculta, de los abatimientos de mi Pasión, de los ataques y blasfemias de que soy objeto sin cesar, de las luchas reñidas que deberán librar aquí en la tierra mis seguidores y mi Iglesia. Bienaventurado el que, no obstante todo esto, permanezca firme en la fe que tiene en Mí y no se avergüence de ser mi discípulo.

Mirad si era débil la fe de los Apóstoles durante la Pa-

1. JOAN., XVI, 27.

2. JAC., I, 17.

3. MATH., XI, 6; LUC., VII, 23.

sión de Jesús. Todos se esconden menos san Juan, el cual sigue al divino Maestro hasta el Calvario. Sabemos igualmente que cuando Magdalena y las otras santas mujeres, después de la Resurrección, vinieron a decirles, de parte del mismo Jesús, que ellas le habían visto resucitado, no lo creyeron, antes vinieron a decir que todo ello era ensueño y cuentos de mujeres.

Mirad también a los dos peregrinos que se encaminan a Emmaús. Es necesario que se junte a ellos el Señor, que les declare el sentido de las Escrituras, que les muestre «cómo convenía se cumpliese todo cuanto estaba escrito acerca de Él en la Ley de Moisés, en los Salmos y en los Profetas»¹, antes de que entrara en su gloria.

Creemos, pues, firmemente en la divinidad de Jesús; no dejemos entibiar ni un punto esta fe; antes recordemos para conservarla el testimonio del Padre eterno en la Transfiguración, y en este testimonio hallará nuestra fe un fortísimo asidero.

La oración de la fiesta nos dice también «que nuestra adopción como hijos de Dios fué admirablemente prefigurada por la voz divina que salió de la nube luminosa». El Padre Eterno nos asevera que Jesús es su Hijo, pero Jesús es también «el primogénito entre muchos hermanos»², pues, al tomar nuestra naturaleza humana, nos hizo participar, mediante la gracia, de su filiación divina. Él es Hijo propio de Dios por naturaleza, mas nosotros lo somos por gracia. Jesús nos pertenece por su encarnación y nos hace semejantes a Él, confiriéndonos una participación en su divinidad; de tal suerte, que no formamos con Él sino un solo cuerpo místico. En eso consiste la adopción divina³.

Al proclamar el Padre que Jesús es su Hijo, es como si dijera que todos cuantos participan de la divinidad por medio de la gracia son igualmente hijos suyos, aunque por distinto título. Esa adopción se nos comunica por medio de Jesús, que es el Verbo encarnado⁴, y al adoptarnos por hijos, nos da el Padre juntamente el derecho de participar

1. LUC., XXIV, 44.

2. ROM., VIII, 29.

3. I JOAN., III, 1.

4. JAC., I, 18.

un día de su vida divina y gloriosa, que es lo que constituye la «perfecta adopción».

Es perfecta por parte de Dios esta adopción, porque todas sus obras llevan impreso el sello de su infinita sabiduría¹. Considerad, si no, cuales son las riquezas con que Dios colma a sus adoptados, por donde aparece aún mejor la excelencia de este don incomparable, pues que les da la gracia santificante, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, los auxilios de cada día y todo ese cúmulo de bienes que constituye el orden sobrenatural. Y para asegurarnos todos esos tesoros, nos dió Dios la Encarnación de su Hijo, los méritos infinitos de Jesús que se nos aplican en los Sacramentos, la Iglesia misma, con todos los privilegios inherentes a su condición de Esposa de Cristo. Sí, bien podemos decir que esta adopción es perfecta por parte de Dios.

Y por parte nuestra, ¿será perfecta? En este mundo no puede serlo, pues desde el día en que se nos confirió por medio del bautismo, va desarrollándose como un germen llamado a crecer, como un bosquejo destinado a perfeccionarse, como una aurora que ha de llegar a pleno día. Obtendremos la perfección cuando, después de haber perseverado fieles, adquiera nuestra adopción todo su debido desarrollo en la gloria: «Si somos hijos también herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo»².

Por eso termina la Iglesia la oración de la fiesta pidiendo por nosotros la gracia de llegar a la perfecta adopción, la cual sólo tendrá lugar en la gloria.

Así, pues, vemos en la Transfiguración, revelada ya de antemano, nuestra futura grandeza, aquella gloria que rodea a Jesús y que será algún día la nuestra. ¿Por qué? Porque la herencia que posee como Hijo propio de Dios, nos la concede a nosotros sus miembros como un derecho del cual hemos de participar.

Así pensaba también san León cuando decía: «Por este misterio de la Transfiguración, una providencia no menos grande ha fundado la esperanza de la Iglesia; todo el cuerpo de Cristo (es decir, las almas que forman su cuerpo místico) puede ya desde ahora reconocer qué transforma-

1. Salmo CIII, 24.

2. ROM., VIII, 17.

ción le está reservada y los miembros pueden estar seguros de que un día participarán del honor que brilló ya en su cabeza»¹.

En este mundo somos hijos de Dios por gracia; pero «aun no sabemos lo que un día llegaremos a ser en virtud de esta adopción»²; este día vendrá cuando los rayos hayan iluminado, sacudido y hecho estremecer toda la tierra hasta en sus fundamentos³, y los justos, según la palabra misma de Jesús, resucitarán para la gloria⁴.

Sus cuerpos serán gloriosos, como el cuerpo de Cristo en el Tabor, y la misma gloria que vemos brillar en la Humanidad del Verbo encarnado, transfigurará también nuestros cuerpos, como lo dice expresamente san Pablo⁵.

No se ha de creer que Cristo tuviera en la montaña santa todo el esplendor de que ahora goza su Humanidad en el cielo; apenas describió un poco el velo de su gloria; sin embargo de ello, bastó para deslumbrar a los discípulos.

Mas ¿de dónde procedía tan admirable irradiación? De la divinidad. Todo ello no era sino una derivación de la divinidad sobre la humanidad, un resplandor de aquel foco de vida eterna que estaba oculto de ordinario en Cristo y que hacía brillar en aquél momento a su sagrado cuerpo con maravilloso fulgor. No era una luz recibida de prestado, ni procedente de otro, sino como un reflejo de aquella inconmensurable majestad que Cristo contenía y comprimía en sí mismo para que no apareciera al exterior. Durante su vida mortal, y únicamente por amor nuestro, ocultaba Jesús habitualmente bajo el velo de una carne mortal la vida divina, e impedía que se desbordase en continua luz, cuya insólita claridad habría cegado nuestros débiles ojos; pero en la Transfiguración, dando el Verbo libertad a la gloria eterna, dejola proyectar sus resplandores sobre su sagrada Humanidad.

Esto nos enseña que nuestra santidad no es otra cosa que nuestra semejanza con Jesucristo; no una santidad cuyo

1. *Sed non minore providentia spes sanctae Ecclesiae fundabatur at totum corpus Christi agnosceret quali esset commutatione donandum*

2. I JOAN., III, 2.

3. *Illuxerunt coruscationes tuae orbi terrae, commota est et contremuit terra* (Introito de la Misa).

4. MATTH., XIII, 43.

5. PHILIPP., III, 21.

origen primero radique en nosotros, sino una derivación que nos llega de la vida divina.

Esta santidad comienza a «lucir en nosotros»¹ por la gracia que desde el bautismo inaugura nuestra transformación a imagen de Cristo. La santidad en este mundo no es más que una transfiguración interior modelada en la de Cristo². Dicha imagen, si somos fieles a la acción del Espíritu Santo, crece poco a poco, se pule y perfecciona hasta que llegamos a la luz eterna. Entonces aparecerá la transfiguración a la vista de los Ángeles y de los escogidos, y será como la ratificación suprema de la «perfecta adopción», que hará brotar en nosotros una fuente inagotable de gozo.

IV

Tal es el estado glorioso que nos espera, porque ese es también el estado glorioso de nuestro jefarca supremo, Jesucristo, de quien somos miembros; estado admirable, que ya nos permite entrever la Transfiguración del Tabor y que propone a nuestra fe como un objeto de esperanza.

¿Qué hemos de hacer, me diréis, para llegar a este estado? ¿Qué camino hemos de seguir para conseguir aquella gloria y felicidad de la cual contemplamos como un destello en la Transfiguración de nuestro divino Salvador? Únicamente el Padre es quien nos la mostrará; el Padre, que nos adopta, que nos llama a participar de la herencia celestial de su bienaventuranza, de la plenitud de su vida; el Padre, que nos indica ya Él mismo en este misterio cuál es el camino: «He aquí mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias».

Cierto es que ya oímos estas mismas palabras en el bautismo de Jesús; pero en la Transfiguración añade el Padre una palabra nueva que contiene todo el secreto de nuestra vida: «Escuchadle». Es como si para llegarnos a Él nos remitiera a Jesús. En esto precisamente consiste la economía divina.

1. Cf. II PETR., I, 19.

2. ROM., VIII, 29.

Jesús, siendo como es el Hijo de Dios y el Verbo encarnado que vive eternamente en el seno del Padre, nos «revela Él mismo» los secretos divinos ¹.

Él es la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, y, donde brilla esa luz, no puede haber tinieblas; escuchar, pues, a Él, es escuchar al Padre que nos llama porque la doctrina de Jesús no es su doctrina, sino la doctrina del que le envió ². Todo cuanto nos enseña, es porque el Padre quiso que nos lo revelase Jesús ³. «Él es el único camino para ir al Padre» ⁴. Antiguamente habló Dios y con bastante frecuencia, por medio de Moisés y de los Profetas; mas ahora, háblanos ya por boca de su Hijo ⁵.

Ved cómo para darnoslo a comprender más claramente, desaparecen Moisés y Elías en el momento mismo en que la voz del Padre nos manda escuchar a su hijo ⁶. Él solo es ya el mediador; Él solo cumple las profecías y resume la Ley; Él sustituye las realidades a las figuras y a las predicciones; Él reemplaza la Ley antigua, ley de servidumbre, por la Ley nueva, ley de adopción y de amor. Para llegar a ser hijos del Padre Eterno, es preciso la adopción perfecta y gloriosa, para lo cual no necesitamos más que escuchar a Jesús ⁷.

¿Cuándo nos habla? Nos habla en el Evangelio; nos habla por la voz de la Iglesia y de los pastores, por los acontecimientos y pruebas, por las inspiraciones del Espíritu Santo. Mas para oírle, se hace el silencio y apartamiento del mundo, y así lo hizo Jesús antes de Transfigurarse, retirándose para ello a un lugar solitario. Es verdad que Jesús está en todas partes y aun en el bullicio de las grandes ciudades, pero sólo se le oye bien en un alma tranquila y silenciosa cuando ésta se entrega a la oración; entonces, sobre todo, se revela al alma para atraerla cabe sí y transfigurarla en Sí mismo. Cuando estamos en oración, pensemos que el Padre nos muestra a su Hijo, y adoré-

1. JOAN., I, 18.

2. Cf. JOAN., VII, 16.

3. *Ibid.*, XV, 15.

4. *Ibid.*, XIV, 6.

5. HEBR., I, 1-2.

6. LUC., IX, 36.

7. JOAN., X, 27.

mosle entonces con profunda reverencia, con fe viva y amor ardiente, y entonces, Él dejará oír esas «palabras de vida eterna que Él solo tiene» ¹.

Escuchémosle por la fe, aceptando todo cuanto Él nos diga: «Sí, Dios mío, yo lo creo, porque lo decís vos, que estáis de continuo en el seno del Padre: Vos veis los secretos divinos en medio del resplandor de la luz eterna; creemos, sí, todo cuanto nos habéis revelado, y la fe es para nosotros aquella antorcha de la cual habla el Apóstol, testigo de vuestra Transfiguración ², antorcha que luce para guiarnos por las tinieblas de este mundo».

Caminamos en medio de esta luz rodeada de tinieblas, y a pesar de esta obscuridad, tenemos que caminar con valentía. Escuchar a Jesús no es ya sólo prestar nuestros oídos corporales, sino más bien los oídos del corazón; es preciso que nuestra fe sea práctica y que se traduzca en obras dignas de un verdadero discípulo de Jesús, conforme al espíritu de su Evangelio. Esto es lo que san Pablo llama «agradar a Dios» ³, término que la Iglesia emplea cuando pide a Dios que nos hagamos dignos hijos del Padre celestial ⁴, no obstante, las tentaciones, las pruebas y los padecimientos que sobrevinieren.

No escuchemos la voz del demonio, porque sus sugerencias son las de un príncipe de tinieblas; no nos dejemos arrastrar por los juicios del mundo, porque sus máximas son engañosas; no nos dejemos seducir por los halagos de los sentidos, porque su satisfacción no trae al alma más que desasosiegos. Sólo a Jesús debemos seguir y escuchar, entregándonos a Él por la fe, la confianza, el amor, la humildad, la obediencia y entero abandono en sus divinas manos. Si nuestra alma se aleja de todo ruido terrenal y del tumulto de las pasiones y sentidos, poco a poco irá adueñándose de ella el Verbo encarnado, y entonces sí que nos hará comprender que los verdaderos goces, los goces más profundos, son los experimentados por los que con todas veras le sirven. El alma que, como los Apóstoles privilegia-

1. JOAN., VI, 69.

2. II PÉTR., I, 10-18. — Epístola de la fiesta.

3. I THÉS., IV. — Epístola del II domingo de Cuareσμα.

4. *Tibi etiam placitis moribus dignanter deservire concedas.* Poscomunión del II Domingo de Cuareσμα.

dos, tiene la dicha de ser admitida en la intimidad del divino Maestro, dirá más de una vez con san Pedro: «Señor, qué bien se está aquí».

No siempre, en verdad, nos conduce Jesús al Tabor, donde se siente ese dulce bienestar; no siempre nos da consuelos sensibles; pero si nos los diere, mal haríamos en rehusarlos, siendo así que provienen de Él; antes hemos de aceptarlos humildemente, aunque sin buscarlos, por lo que son en sí mismos, ni mucho menos apegarnos a ellos. Hace notar san León que Nuestro Señor no respondió a Pedro cuando éste le propuso levantar tres tiendas para fijar morada estable en aquel lugar de bienandanza, y no porque la cosa fuese reprehensible, sino porque no era aún llegada la hora. Mientras vivimos en este mundo, Jesús nos lleva con más frecuencia por el Calvario, eso es, por las contradicciones, pruebas y tentaciones¹.

¿De qué hablaba en la montaña con Moisés y Elías? ¿Hablarían acaso de sus prerrogativas divinas o de la gloria que tenía embelesados a los discípulos? No, sino que trataban de su pasión, ya cercana, y del exceso de sus padecimientos, que causaban en Moisés y Elías tanta extrañeza, cual era la admiración suya al considerar el exceso de amor de Cristo.

Cristo nos lleva a la vida por medio de la cruz, y como sabe que somos flacos en la prueba, quiso mostrarnos por su Transfiguración a qué grado de gloria habíamos de llegar si permaneciéremos fieles²; porque mientras vivimos en la tierra no es tiempo de descansar, sino de trabajar y luchar y ejercitar la paciencia.

Permanezcamos, a pesar de todo, fieles a Jesús; ya hemos oído que es el Hijo de Dios, igual a Dios, y que, como Verbo eterno que es, su palabra no puede fallar. Ahora bien, Él mismo asegura que quien le sigue llegará a la luz de la vida³. Dichosa, por consiguiente, el alma que le escucha, y que le escucha siempre y sólo a Él, sin dudar de su palabra, sin dejarse perturbar por las blasfemias de enemigos, sin dejarse vencer por las tentaciones, sin dejarse abatir por las pruebas⁴. No sabemos, dice san Pablo, qué peso de gloria nos está reservado por el más leve padeci-

1. *Loc. cit.*

2. ROM., VIII, 17.

3. JOAN., VIII, 12.

4. *Loc. cit.*

miento soportado en unión con Jesucristo ¹. Dios es el fiel ² y no obstante todas las vicisitudes por las que puede pasar un alma, condúcela siempre e infaliblemente a aquella transformación que le hará semejante a su Hijo.

Así, pues, nuestra transfiguración en Jesucristo va realizándose paulatinamente en nuestro interior, hasta tanto que llegue el día en que aparezca radiante entre aquella sociedad de los escogidos que llevan impresa la señal del Cordero, y que el mismo Cordero transfigura porque son propiedad suya.

Nuestro Señor mismo lo prometió cuando antes de separarse de nosotros dijo: «El mundo se regocijará y vosotros quedaréis en la aflicción y en medio de la prueba como lo estuve yo mismo antes de entrar en mi gloria» ³. Es necesario padecer, pues que así lo tiene dispuesto mi providencia; pero cobrar valor y «tener confianza» ⁴. Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos ⁵. Ahora vuestra fe me recibe cada día en el misterio de mis abatimientos, pero vendré un día en la revelación plena de mi gloria; entonces, vosotros, que sois mis fieles servidores, entraréis en mi gozo y participaréis de mi gloria, porque vosotros sois una misma cosa conmigo. Así lo pedí a mi Padre en el momento de saldar vuestra deuda con mi sacrificio: «¡Oh Padre, yo quiero que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, cuál tú me la diste; porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo» ⁶. En cuanto a vosotros a quienes llamo mis amigos, a quienes he confiado los secretos de la vida divina, cual me lo ordenó mi Padre; vosotros que habéis creído y no me habéis abandonado, entraréis en mi gozo y disfrutaréis de mi vida, vida perfecta, gozo plenísimo, porque será mi propia vida y mi gozo personal el que yo os he de dar, mi vida y gozo de hijo de Dios» ⁷.

1. II COR., IV, 17.

2. I COR., I, 9; X, 13; II THESS., III, 3.

3. LUC., XXIV, 26.

4. JOAN., XVI, 33.

5. MATTH., XXVIII, 20.

6. JOAN., XVII, 24.

7. *Ibid.*, XV, 11.

XIII. Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla

SUMARIO. — I. El amor fué lo que movió a Cristo a padecer los dolores de la Pasión. — II. Cristo se entregó enteramente a los dolores y a la muerte. — III. Cómo por su inmolación santifica Cristo a la Iglesia. — IV. Es necesario para nosotros participar de los padecimientos de Jesús; modos diversos de realizar esa participación: contemplar con fe grande a Cristo en su Pasión; asistir al santo sacrificio de la Misa, que renueva la oblación del Calvario; unir nuestros padecimientos a los de Cristo. Fortaleza que Cristo nos mereció para llevar la cruz con Él. — V. La Pasión no cierra el ciclo de los misterios de Cristo; con sus dolores, Cristo mereció entrar en la gloria eterna. Éste es nuestro camino. Si compartimos los dolores de Cristo en la cruz, compartiremos también su vida gloriosa: *Ego dispono vobis regnum*.

Al narrar san Lucas la Transfiguración de Jesús, cuidó de advertir que «Moisés y Elías conversaban con Cristo acerca de su muerte»¹.

Así que, cuando Cristo, en obsequio de sus discípulos predilectos, descorre una punta del velo que oculta a los ojos de la turba los fulgores de su divinidad, habla de su pasión y muerte. Ciertó, esto parece extraño; sin embargo de ello, nada hay en ese episodio de la vida de Cristo que no pueda explicarse.

La Pasión señala la cima de la obra que vino a realizar en el mundo; para Jesús es la hora en que consuma el sacrificio que ha de dar a su Padre gloria infinita, que redimirá la humanidad, y abrirá al hombre las fuentes de la vida eterna, antes selladas. Por eso Jesús, que se entregó enteramente al beneplácito del Padre, desde el primer ins-

1. Luc., IX, 31.

tante de su encarnación. ansía ver llegar la que Él llama «su hora» ¹, la hora por excelencia ². «Con un bautismo ha de ser bautizado — el bautismo de sangre —; ¡qué apretado anda mi corazón hasta que se consume!» Suspira Jesús por ver llegar la hora en que pueda anegarse en los padecimientos y arrostrar la muerte por darnos vida.

Verdad que Cristo no quiere adelantar esa hora; está plenamente sumido a la voluntad de su Padre. San Juan advierte repetidas veces que los judíos procuraron echarle mano para darle la muerte; y Nuestro Señor se libró de ellos por milagro, «porque no era llegada su hora» ³.

Mas cuando suena esta hora, Cristo se entrega con valor, aun cuando sepa muy bien los dolores y padecimientos que muy pronto van a descargar sobre su cuerpo y su alma ⁴: «Mucho deseaba comer *esta* Pascua con vosotros antes de padecer», pero ya llegó la hora tanto tiempo esperada.

Contemplemos a Jesús en esa hora. El misterio de la Pasión es inefable, y todo en él es grande, aun los menores detalles, como cuanto atañe a la vida del Redentor. Pero este de su Pasión lo es todavía más, y nos pone en los umbrales de un santuario en que no podemos entrar sino con fe viva y profunda reverencia.

En un texto de la Epístola de san Pablo a los Efesios se hallan compendiados los puntos esenciales que en este misterio debemos considerar. «Cristo — dice el Apóstol — amó a la Iglesia, y se entregó por ella, para poner ante su divino acatamiento una sociedad gloriosa, sin tacha ni arruga, o cosa parecida, sino para que sea santa e inmaculada» ⁵.

En esas palabras está indicado el misterio mismo de la Pasión: «Jesús se entregó en persona». — ¿Mas qué es lo que le indujo a entregarse? El amor es la razón más honda del misterio. — Y el fruto de esta oblación entera en sí mismo, por amor, es la santificación de la Iglesia.

Cada una de estas verdades reveladas por el Apóstol encierra tesoros de luz y abundantes frutos de vida. Con-

1. JOAN., XIII, 1.

2. LUC., XII, 50.

3. JOAN., VII, 30; VIII, 20.

4. LUC., XXII, 15.

5. EFES., V, 25-27.

templémoslas durante breves instantes; luego veremos cómo hemos de participar de la Pasión de Cristo, para conseguir esos tesoros y recoger esos frutos.

I

San Pablo nos dice que «Cristo amó a la Iglesia».

Por Iglesia entendemos aquí el reino de aquellos que, como dice también el Apóstol¹, han de formar el cuerpo místico de Cristo. Cristo amó a esa Iglesia, y porque la amó, se entregó por ella. El amor, pues, le impuso la Pasión.

No hay duda que Cristo quiso sufrir muerte de cruz, ante todo y sobre todo, por amor a su Padre. Él mismo claramente lo confiesa²: «Para que el mundo sepa que amo a mi Padre, cumplo su voluntad, que es que me entregue a la muerte».

Mirad a Cristo durante su agonía. Por tres horas, el tedio, la tristeza, el terror, las congojas caen sobre su alma como un torrente, la invaden y aprietan de modo que la sangre se escapa de sus sagradas venas. ¡Qué piélago de dolores en esta agonía! Mas ¿qué dice Jesús a su Padre? «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz». ¿Acaso, pues no aceptaba Jesús la voluntad de su Padre? ¡Oh, cierto, que sí! Mas esa oración es el clamor de lo que siente la pobre naturaleza humana quebrantada por el hastío y el dolor: en ese instante Cristo es sobre todo³: «Un hombre agobiado por el sufrimiento». Siente Jesús que el peso espantoso de la agonía carga sobre sus hombros: quiere que lo sepamos, y por eso hizo esta oración.

Notad, empero, lo que añade al punto: «Sin embargo de ello, ¡oh Padre!, no se haga mi voluntad, sino la tuya». Aquí se ve el triunfo del amor. Porque ama a su Padre, pone la voluntad de su Padre sobre todas las cosas, la acata rendido y acepta todos los padecimientos. Es de advertir que el Padre hubiera podido, si tales hubieran sido

1. I COR., XII, 27; EPHES., I, 23; IV, 12; V, 23.

2. JOAN., XIV, 31.

3. Cf. IBA., I, III, 3.

sus designios, atenuar los dolores del Señor y trocar las circunstancias de su muerte; pero lo lo quiso. Por justos juicios, exigió que para salvar al mundo pasase Cristo por todos los dolores. Pero, ¿acaso amenguó esa voluntad el amor de Jesús? No, ciertamente. No dice Jesús: «Mi Padre hubiera podido disponer las cosas de otro modo», sino que acata y abraza plenamente cuanto quiere su Padre ¹.

Desde esa hora irá hasta la cima del sacrificio. Algunos instantes después de su agonía, al tiempo del prendimiento, cuando san Pedro quiere defenderle y hiere con su espada a uno de los que venia a prender a su Maestro, ¿qué le dice el Señor? «Vuelve la espada a la vaina; ¿no beberé el cáliz que me ofrece mi Padre?» ².

Así, pues, fué ante todas cosas el amor a su Padre el que movió a Cristo a aceptar los dolores de la Pasión. Pero también lo fué el amor que nos tiene.

Cuando en la última Cena va a llegar el instante de acabar su oblación, ¿qué dice a sus Apóstoles reunidos en torno suyo? «No cabe amor más grande que dar la vida por sus amigos» ³. Ese amor, que excede a todo amor, es el que nos va a demostrar Jesús, pues san Pablo dice «que se entregó por todos nosotros» ⁴. Murió por nosotros, «siendo como éramos sus enemigos» ⁵. ¿Qué mayor prueba de amor pudiera darnos? Ninguna.

Por eso el Apóstol no cesa de proclamar que «Cristo se entregó porque nos amaba» ⁶; «por amor que me tenía dióse por mí» ⁷. «Se dió» y «entregó» hasta el punto de morir por mí.

Pero lo que encarece infinito ese amor, es la libertad soberana con que Cristo se ofrece ⁸. Estas pocas palabras nos dicen con qué libérrima voluntad aceptó Cristo su Pasión. Ya antes lo había dicho al hablar del buen pastor que da la vida por sus ovejas: «Mi Padre me ama proque doy mi vida para volverla a tomar. Nadie me la arrebató, sino que

1. LUC., XXII, 42.

2. JOAN., XVIII, 11.

3. Ibid., XV, 13.

4. II COR., V, 15.

5. ROM., V, 10.

6. GAL., II, 20; EPHES., V, 2.

7. Ibid.

8. ISA., LIII, 7.

la doy yo mismo; tengo poder de darla y poder de volverla a tomar»¹.

Ved, pues, cómo se cumplieron estas palabras. Al tiempo del prendimiento, pregunta a los soldados y esbirros: «¿A quién buscáis?» — «A Jesús Nazareno». — «Yo soy». — Y al oír esas palabras, cayeron en tierra². Si lo pidiese a su Padre, «Él le enviaría legiones de ángeles para librarle»³. «A diario, añade, me sentaba entre vosotros, para enseñar en el templo, y no me echasteis mano»⁴. Lo mismo hubiera podido hacer ahora, pero no lo quiere porque es «su hora». Vedle delante de Pilato; reconoce que «el poder que tiene el gobernador romano para condenarle a muerte no viene sino de su Padre»⁵. Si quisiera, se libraría de sus manos; pero como su Padre lo quiere, entrégase a un juez inicuo⁶.

Esa libertad con que Cristo da su vida es absoluta; de ella dimana una de las perfecciones más admirables de su sacrificio, una de las consideraciones que más hondamente conmueven el corazón humano. «Dios amó al mundo hasta el punto de darle a su Hijo unigénito»⁷; de tal modo amó Cristo a sus hermanos, que voluntariamente se entregó por salvarlos.

II

Todo es perfecto en el sacrificio de Jesús: el amor que le inspira y la libertad con que lo ejecuta. Perfecto también el don ofrecido: Cristo se ofrece a sí mismo.

Cristo se ofrece a sí mismo; su alma y su cuerpo son abrumados y destrozados por los padecimientos; no hay dolor por el que Jesús no haya pasado. Si se lee detenidamente el Evangelio, se verá que los dolores de Jesús fueron dispuestos y ordenados de tal modo, que alcanzasen a todos los miembros de su sagrado cuerpo, que todas las fibras de su corazón fuesen desgarradas por la ingratitud de

1. JOAN., X, 17-18.

2. *Ibid.*, XVIII, 4-6.

3. MATTII., XXVI, 53.

4. *Ibid.*, XXVI, 55; MARC., XVI, 49; LUC., XXII, 53.

5. JOAN., XIX, 11.

6. I PETR., II, 23.

7. JOAN., III, 16.

las turbas, el desamparo de los suyos y los dolores de su Madre santísima; y que su bendita alma sufriese cuantas afrentas y humillaciones pueden abrumar a un hombre. Cumpliéndose a la letra en Cristo aquel vaticinio de Isaías: «Pasáronse muchos al verle; tan demudado estaba... No tenía figura ni belleza; le vimos y no se podía mirar... y le reputamos leproso...» ¹.

Os hablaba poco ha de la agonía en el Huerto de los Olivos. Cristo, que no exagera, descubre a sus Apóstoles «que su alma está agobiada de una tristeza tan penetrante y amarga, que le pone en trance de muerte» ². ¡Oh qué abismo! Un Dios, Potestad y Gloria infinitas, «se encuentra agobiado de tristeza, de miedo y de tedio» ³. El Verbo encarnado conocía todos los dolores que sobre Él iban a descargar durante las largas horas de su Pasión: esa visión producía en su naturaleza sensible toda la repulsión que una simple criatura hubiera experimentado; su alma veía en la divinidad, a la que estaba unida, todos los pecados de los hombres, todos los ultrajes a la santidad y al amor infinito de Dios.

Habíase cargado con todas esas iniquidades, habíase como revestido de ellas, sentía pesar sobre Él toda la cólera de la justicia divina» ⁴. Veía de antemano que su sangre se derramaría en vano para muchos hombres, y esa vista llevaba a su colmo la amargura de su alma. Pero, ya lo vimos, Cristo lo aceptó todo. Se alza, sale del huerto al encuentro de sus enemigos.

Aquí comienza para Jesús esa serie de humillaciones y padecimientos de la que sólo podemos trazar algunos rasgos, pues describirla sería del todo imposible.

Vendido por el beso de uno de sus discípulos, manistado por los soldados y alguaciles como un facineroso, es arrastrado a casa del sumo sacerdote. Allí «enmudece», aunque le escarnecen y falsamente le acusan ⁵. No habla sino para proclamar que es el Hijo de Dios ⁶. Es esta la confesión más solemne que jamás se hizo de la divinidad de Cristo:

1. ISA., LII, 14; LIII, 2-4.

2. MATTH., XXVI, 38; MARC., XIV, 34.

3. MARC., XIV, 33.

4. Salmo XXI, 7.

5. MARC., XIV, 61; MATTH., XXVI, 63.

6. MATTH., XXVI, 64; MARC., XIV, 62.

Jesús, rey de los mártires, muere por haber confesado su divinidad, y todos los mártires darán su vida por la misma causa.

Pedro, cabeza de los Apóstoles, había seguido de lejos a su divino Maestro; le había prometido no abandonarle jamás. ¡Pobre Pedro! Ya sabéis cómo negó a Jesús tres veces. Ésta fué, a no dudarlo, una de las más hondas penas que el Salvador pasó en aquella triste noche.

Los soldados que custodian a Cristo le injurian y maltratan; no pudiendo soportar aquella su mirada tan dulce, le vendan los ojos por escarnio; le dar de bofetadas, y aun se atreven a ensuciar con inmundas salivas aquel rostro adorable, espejo en que se miran los ángeles con fruición indecible.

Después nos dice el Evangelio cómo muy de mañana fué conducido de nuevo Jesús ante el sumo sacerdote y llevado de tribunal en tribunal, y tratado por Herodes como loco, siendo la Sabiduría eterna; y cómo fué azotado, por mandato de Pilatos, por los sayones tan sin piedad, que su inocente cuerpo, magullado, viene a ser muy pronto una inmensa llaga. Sin embargo de ello, no basta tan cruel carnicería para ablandar a aquellos hombres que nada tienen de tales; y clavan en la cabeza de Jesús una corona de espinas, y le cubren de insultos y de befas.

El cobarde gobernador romano se figura que la rabia y odio de los judíos se aplacará viendo a Cristo en tan lastimoso estado; preséntale a las turbas y les dice¹: «¡He aquí al hombre!»... Veamos en ese instante al divino Jesús sumido en un piélago de afrentas y dolores, y pensemos que el Padre eterno nos le presenta y nos dice: «Ved a mi Hijo, el resplandor de mi gloria, pero herido por los pecados de mi pueblo»².

Jesús oye la gritería del populacho furioso y cambia-dizo que le pospone a un facineroso, y en pago de tantos beneficios como le ha hecho, pide a voces su muerte³.

Pronuncia al fin el juez la sentencia de muerte, y Cristo, cargando la pesada cruz sobre sus destrozados hombros, se encamina al Calvario. ¡Cuántos dolores le aguardan toda-

1. JOAN., XIX, 5.

2. ISA., LIII, 8.

3. JOAN., XIX, 6, 15.

vía! La vista de su Madre, a quien profesa tan acendrado amor, y cuya inmensa aflicción comprende mejor que nadie; el ser despojado de sus vestiduras, y sentir taladrados sus pies y sus manos, la sed que le devora. Luego las burlas y sarcasmos de sus mortales enemigos: «¡Vaya! Tú que destruyes el Templo de Dios... sálvate a ti mismo y crearemos en ti... Ha salvado a los demás, y a sí mismo no se puede salvar»¹. Y, por fin, el abandono de su Padre, cuya voluntad ha cumplido siempre: «¡Padre! ¿por qué me has abandonado?»².

Verdaderamente bebió el cáliz hasta las heces, y cumplió sin faltar una tilde, ni el más leve detalle, cuanto de él estaba vaticinado. Por eso, cuando todo está consumado, cuando ha agotado hasta el fondo el cáliz de todos los dolores, amarguras y humillaciones, puede con verdad decir: «Todo está consumado». No queda sino dar su alma a su Padre³.

Cuando la Iglesia, en Semana Santa, lee a los fieles el relato de la Pasión de Cristo, interrúmpele en este lugar, para que postrados le adoren en silencio.

Como ella, postrémonos reverentes y adoremos al Crucificado que acaba de exhalar el último suspiro: es verdaderamente el Hijo de Dios⁴. Sobre todo, el Viernes Santo, tomemos parte en la adoración solemne de la Cruz, para reparar, conforme quiere la Iglesia, los ultrajes sin cuento con que Cristo fué agobiado por sus enemigos en el Calvario. Durante tan tierna y tan conmovedora ceremonia, la Iglesia pone en boca del incente Cordero los improperios a modo de tristes lamentos; aplícanse directamente al pueblo deicida, pero podemos escucharlos nosotros en sentido espiritual. Esas quejas lastimeras despertarán en nuestras almas vivos sentimientos de compunción y lágrimas: «Oh pueblo mío, ¿qué te hice yo, o en qué te he contristado? Respóndeme. ¿Qué debí hacer por ti, que yo no hiciera? Te planté como la más hermosa de mis viñas, y tú no me has dado sino agraces; pues con vinagre apagaste mi sed, y con la lanza abriste el costado de tu Salvador... Por ti yo herí a Egipto en sus primogénitos, y tú me entre-

1. MATH., XXVII, 40-42; MARC., XV, 29-32; LUC., XXIII, 35.

2. *Ibid.*, XXVII, 46; MARC., XV, 34.

3. JOAN., XIX, 30.

4. *Credo de la misa.*

gaste a los azotes... Yo te saqué de Egipto y hundi a Faraón en el mar Rojo, y tú me entregaste a los príncipes de los sacerdotes... Yo te abrí un camino en medio del mar, y tú abriste con lanza mi costado... Yo te guié como una columna de luz, y tú me llevaste al pretorio de Pilatos... Yo te alimenté con el maná en el desierto, y tú me has herido con bofetadas y azotes... Yo te di un cetro real, y tú me pusiste en la cabeza una corona de espinas... Yo, con poderosa mano te enlacé entre las naciones, y tú me has colgado en el patíbulo de la cruz...!»

Estas quejas de un Dios padeciendo por los hombres mueven nuestros corazones; unámonos a esa obediencia llena de amor que le llevó al sacrificio de la cruz¹. Digámosle. «¡Oh divino Redentor, que por amor nuestro padeciste tanto!, de hoy más te prometemos hacer cuanto podamos para no pecar; haz por tu gracia que, muriendo para el pecado, para el apego al pecado y a las criaturas, vivamos únicamente para ti».

Pues, dice san Pablo, «el amor que Cristo nos mostró muriendo por nosotros, nos apremia para que los que vivan, no vivan ya para sí, sino para Aquel que murió por ellos»².

III

El sacrificio de Cristo, comenzado en la Encarnación, ha terminado; del costado abierto de Jesús brotan raudales de agua viva que van a purificar y a «santificar a la Iglesia»³. Ese es el fruto sazonado de esa perfecta inmolación. «Con una sola oblación, Cristo Jesús, llevó a la cima de la perfección a todos los que en todos los tiempos se santifican»⁴.

¿Cómo santificó Cristo a la Iglesia con su oblación?

No ignoráis que nuestra santificación consiste esencialmente en participar de la naturaleza divina, mediante la gracia. Esa gracia nos hace hijos de Dios, amigos suyos, justos a sus ojos y herederos de su gloria.

1. PHILIPP., II, 8.

2. II COR., V, 15.

3. EPHES., V, 26-27.

4. HEBR., X, 14.

Por el pecado estábamos privados de la gracia y excluidos del cielo por ser sus enemigos.

Con su sacrificio, Cristo destruyó el pecado y nos devolvió la gracia. San Pablo dice que «Cristo al ser clavado en la cruz, rasgó la sentencia de condenación y de muerte dada contra nosotros»¹, y «nos reconcilió para siempre con su Padre»².

No olvidemos que Cristo representaba al género humano. Uniósese a una raza pecadora, si bien personalmente no conoció el pecado³; pero «cargó con los pecados de todos los hombres»⁴; nos representa a todos y por este motivo satisfizo por todos nosotros; Cristo hizo, por amor, solidario de nuestros pecados; y, por gracia, nos hemos hecho nosotros solidarios de sus satisfacciones.

Además, Cristo mereció para su Iglesia cuantas gracias necesita para constituir esa sociedad que él desea «sin mancha, sin arruga, santa e inmaculada».

En efecto, el valor de esos méritos es infinito. ¿Por qué? ¿Acaso sus dolores, por muy intensos y prolongados que fuesen, no tuvieron término? Ciertamente sí; pero el que con ellos mereció y satisfizo por nosotros era un Dios; y aunque no padeciese sino como hombre, esos dolores y el mérito que acarrear pertenecen a un Dios; por esta razón su precio y su valor son infinitos.

Cristo, pues, nos mereció todas las gracias y todas las luces: su muerte nos abrió de nuevo las puertas de la vida y nos «trasladó de las tinieblas a la luz»⁵; ella es «la causa de nuestra salud y de nuestra santidad»⁶.

Los Sacramentos, que son los canales por donde la gracia y la vida divina fluyen a nuestras almas, no tienen valor sino por el sacrificio de Cristo. Si estamos hoy en estado de gracia ¿a qué lo debemos? Al bautismo. Y ¿quién nos mereció los frutos del bautismo? La muerte de Cristo. En el sacramento de penitencia somos igualmente lavados en la sangre del Redentor. De la cruz traen su virtud los sacramentos; y no tienen eficacia sino en cuanto van unidos a la Pasión santa de Cristo.

Como cabeza y jefe de la Iglesia, Cristo, mereció la

1. COL., II, 14.
2. ROM., V, 10.
3. HEBR., IV, 15.

4. ISA., LIII, 6.
5. Cf. COL., I, 12-13.
6. HEBR., V, 9.

plenitud de gracias que la hacen «bellísima y gloriosa». El celo de los Apóstoles, la fortaleza de los mártires, la constancia de los confesores, la pureza de las vírgenes, se nutren y alimentan de la sangre de Jesús. Todos los favores, todos los dones, aun los privilegios sin igual con que fué honrada la Santísima Virgen María, son el precio de esa sangre bendita. Y como ese precio es infinito, no hay gracia que no podamos esperar, si apelamos a nuestro Pontífice y Mediador Cristo Jesús.

De modo que en Jesús lo tenemos todo: nada le falta de cuanto necesitamos para nuestra santificación¹. Ofreció por todos su sacrificio, y eso le da derecho a comunicarnos cuantos méritos por él nos granjeó.

¡Oh! si llegásemos a entender bien que en Él todo lo tenemos y que son nuestros sus méritos infinitos! Si tuviésemos confianza absoluta en esos méritos! Durante su vida mortal, decía Jesús a los judíos y nos repite ahora a nosotros². «Cuando fuere levantado en el leño de la cruz será tal mi poder, que podré levantar hasta mí a cuantos en mí tengan fe. Los que allá en el desierto miraban la serpiente de bronce alzada por Moisés, sanaban de las heridas que habían recibido a causa de sus pecados³; de igual modo, cuantos vuelvan a mí sus ojos con fe y amor, merecerán ser traídos hasta mí, y yo los sublimaré hasta el cielo. Yo, que soy Dios, consentí, por amor vuestro, ser colgado de una cruz, «como un maldito»⁴; en pago de esa humillación tengo el poder de atraeros hacia mí, de purificaros, de adornaros con mi gracia y de levantaros hasta el cielo, donde estoy siempre. Bajé del cielo y volví a subir luego que ofrecí mi sacrificio; tengo potestad para haceros entrar conmigo, pues en esto soy vuestro precursor; tengo el poder de uniros a mí con lazo tan apretado, que «nadie puede arrebatar de mis manos a aquellos que el Padre me ha dado» y que yo redimí con mi sangre preciosa»⁵.

«Levantado de la tierra, todo lo atraeré hacia mí.» Cuando miremos al crucifijo, pensemos en esa promesa infalible de nuestro excelso Mediador; es fuente de la más

1. Salmo, CXXIX, 7.

2. JOAN., XII, 32.

3. NUM., XXI, 8-9.

4. DEUT., XXI, 23; GAL., III, 13.

5. JOAN., X, 28.

firme y absoluta confianza. «Sí, siendo enemigos suyos, murió por nosotros»¹, ¿qué gracias de perdón y de santificación podrá rehusarnos ahora que abominamos del pecado y tratamos de desasirnos de las criaturas y de nosotros mismos para a Él solo agradar?

¡Oh Padre, encaminadme al Hijo! ¡Oh Cristo Jesús, Hijo de Dios, atraedme por entero a Vos!...

IV

La muerte de Jesús es la fuente de nuestra confianza. Mas para que ésta sea del todo eficaz, es preciso que nosotros mismos participemos de su Pasión. En la cruz, Cristo padecía por todos; pero si padeció por todos, no nos aplica los frutos de su inmolación sino en cuanto nos asociamos a su sacrificio.

—¿Cómo, pues, participaremos de la Pasión de Cristo?

—De varias maneras.

La primera es contemplando a Jesús, con fe y amor, en las diversas fases de la vía dolorosa. Cada año la Iglesia vive con Jesús en la Semana Santa, día por día y hora tras hora, los diversos pasos del sangriento drama del Calvario, y pone ante los ojos de todos sus hijos el horrible cuadro de esos dolores que salvaron a los hombres. Antaño estaba prohibido, durante esos santos días, toda obra servil: se retrasaban los procesos, se suspendía todo negocio, y los pleitos no estaban permitidos. La consideración de un Dios-hombre que padecía por redimir al mundo, embargaba todos los ánimos, conmovía todos los corazones. Ahora ¡cuántas almas salvadas por la sangre de Cristo, pasan esos días en la más fría indiferencia! Sirvanos esto de acicate para contemplar más fielmente, unidos con la Iglesia, los diferentes pasos de ese santo misterio. En él hallaremos una fuente de gracias sin cuento.

La pasión de Cristo ocupa lugar tan preferente en su vida, es de tal modo su obra, y tal la importancia que le dió, que quiso que su memoria se recordase entre los hom-

1. ROM., V, 18.

bres, no sólo una vez al año, en los días de semana santa, sino todos los días. A este fin instituyó el mismo sacrificio que perpetuase, en el curso de los siglos, la memoria y los frutos de su oblación en el Calvario; es el sacrificio de la Misa ¹.

Asistir a ese santo sacrificio y ofrecerlo con Cristo, es uno de los mejores y más eficaces medios de participar de su Pasión sacratísima.

Ya sabéis, pues, que en el altar se recuerda el mismo sacrificio del Calvario; que es el mismo Pontífice, Jesucristo, quien se ofrece a su Padre por manos del sacerdote; que la víctima es la misma, y que la única diferencia está en el modo de ofrecerlo. Quizá a veces decimos: ¡Oh quién hubiera podido estar en el Calvario con María, san Juan y Magdalena! Pero la fe nos pone delante de Jesús inmolándose en el altar, Él renueva de una manera mística su sacrificio, para hacernos partícipes de sus méritos y de sus satisfacciones. Ciertamente que no le vemos con los ojos corporales; pero la fe nos dice que allí está ofreciéndose con los mismos fines con que se ofrecía en la cruz. Si tenemos fe viva, ella nos hará caer rendidos a los pies de Jesús que se sacrifica; nos unirá a Él, y nos asociará a sus sentimientos de amor para con su Padre, de odio contra el pecado. La fe nos hará exclamar con él: «Padre, heme aquí, para cumplir tu voluntad» ².

Esos serán especialmente nuestros sentimientos si, habiéndonos ofrecido con Jesús, nos unimos luego a Él sacramentalmente mediante la comunión. Cristo, entonces, se da enteramente a nosotros, como quien viene a expiar y destruir en nosotros el pecado. En la cruz nos hizo morir con Él al pecado: «He sido crucificado con Cristo» ³, dice san Pablo. En aquellos instantes supremos Cristo no nos separó de sí; nos dio poder de desbaratar en nosotros el reino del mal, causa de su muerte, para que formásemos parte de la «congregación santa e irrepreensible de los escogidos».

Finalmente, podemos también asociarnos a ese misterio, llevando con paciencia, por amor de Cristo, los dolores y

1. LUC., XXII, 19; I COR., XI, 24.

2. HEBR., X, 7; Cf. Salmo XXXIX, 8-9.

3. GAL., II, 19.

contrariedades que según los amorosos designios de su providencia tenga a bien enviarnos.

Cuando Jesús subía al camino del Calvario, doblado con la carga de la pesada cruz, cayó en tierra con ella; y a ese a quien la Escritura llama «Fuerza de Dios» *Virtus Dei*¹, le vemos humillado, abatido y arrastrándose por el suelo. No tiene fuerzas para llevar la cruz. Es este un obsequio que su naturaleza humana tributa al poder de Dios. Si Jesús lo quisiera, podría, a pesar de su abatimiento, llevar la cruz hasta el Calvario; pero en aquel trance, quiere la divinidad que, a trueque de salvarnos, sienta la humanidad asumida su flaqueza, y así nos merezca la fuerza de soportar nuestros dolores.

Dios nos da también a todos una cruz que llevar, y piensa cada cual que la más pesada es la suya. Debemos aceptarla sin andar cavilando, ni diciendo: «Dios habría podido cambiar tal o cual circunstancia de mi vida». Pero Cristo nos dice: «Si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sígame»².

Aceptando generosamente nuestra cruz, es como hallaremos la unión con Cristo. Pues es de advertir que, llevando nuestra cruz, participamos realmente de la de Jesús. Mirad lo que cuenta el Evangelio: «Viendo los judíos que su víctima desfallecía, y temiendo no pudiese llegar al Calvario, detienen en el camino a Simón Cireneo y le obligan a ayudar al Salvador»³. Como poco ha decía, Cristo hubiera podido sacar de su divinidad la fuerza necesaria; pero prefirió ser ayudado. Quiso con esto mostrarnos que cada uno de nosotros debe ayudarle a llevar la cruz. A todos nos dice el Señor: «Acoged gustosos la parte de padecimientos que en mi divina presencia os reservé el día de mi Pasión». ¿Cómo rehusaríamos aceptar de mano de Cristo un dolor, una prueba, una adversidad, una contradicción? ¿Nos negaríamos a beber algunas gotas de ese cáliz que Él mismo nos ofrece y del cual Él bebió primero? Digámosle, pues: «Sí, mi buen Jesús, de todo corazón acepto esa minúscula partecita, porque viene de vos». Tomémosla, pues, como Cristo tomó su cruz, por amor suyo y en unión

1. I COR., I, 24.

2. MATTH., XVI, 24; MARC., VIII, 34; LUC., IX, 23.

3. MATTH., XXVII, 32; MARC., XV, 21.

con Él. A veces sentiremos que bajo su peso nuestras fuerzas flaquean y se doblan nuestros hombros. San Pablo dice de sí que «tan agobiado se hallaba a veces de penas y contrariedades, que la vida le era una carga» ¹. Pero, miremos entonces, como hacía el gran Apóstol, a Aquel que nos amó hasta el punto de entregarse por nosotros. En esos trances apurados en que el cuerpo está torturado, el alma desgarrada y en que el espíritu vive entre tinieblas, unámonos a Cristo con amor aún más ferviente. Entonces la virtud y la unción de su cruz se comunicará a nosotros, y hallaremos en ella, junto con la fortaleza, esa paz y esa alegría interior que pone la sonrisa en los labios, aun en medio de los más acerbos dolores ².

Ahí están las gracias que Cristo nos mereció. En efecto, cuando subía al Calvario, ayudado por el Cireneo, Jesucristo, Dios-Hombre, pensaba en todos cuantos en el transcurso de los siglos le habían de ayudar a llevar la cruz, aceptando resignados la suya; en aquel instante merecía para ellos gracias inagotables de fortaleza, de resignación y de conformidad, que les harían decir lo que Él dijo: «Padre, hágase tu voluntad y no la mía» ¿Por qué? Se deriva de aquí una verdad que debemos ponderar mucho.

El Verbo encarnado, cabeza de la Iglesia, cargó con la parte más pesada de los dolores, pero quiso dejar a la Iglesia, que es su cuerpo místico, otra parte de padecimientos. San Pablo nos lo enseña con palabras tan profundas, que de pronto parecen algún tanto extrañas: «Acabo en mi propia carne lo que falta a la Pasión de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia» ³. ¿Acaso falta algo a los padecimientos de Cristo? Nada, ciertamente. Fueron superabundantes, inmensos: su mérito es infinito. Nada falta a los dolores con que Cristo nos redimió. Pues ¿por qué san Pablo habla del «complemento» que él les presta? Nos lo explica san Agustín: «El Cristo total — dice — está formado por la Iglesia unida a su cabeza y a su jefe que es Cristo: la cabeza padeció cuanto tenía que padecer; falta que los miembros, si quieren ser dignos de la cabeza, sufran también su parte» ⁴.

1. II Cor., I, 8.

2. *Ibid.*, VII, 4.

3. Col., I, 24.

4. *Enarrat. in Ps. LXXXVI*, 5.

Como miembros de Cristo, debemos, pues, unírnos a sus dolores; Cristo nos reservó una pequeña parte en su Pasión; pero al darnos la cruz, nos da también la fuerza necesaria para llevarla; pues como dice san Pablo: «Habiendo padecido y sufrido, Cristo se hizo para nosotros Pontífice misericordioso» ¹.

V

Más aún; Cristo, que nos alcanzó gracia para llevar con Él nuestra cruz, nos dará también participación en su gloria, con tal que nos hayamos asociado a sus dolores ². Para nosotros, como para Él, la medida de esa gloria será la de nuestra «pasión». La gloria de Cristo es infinita, porque, siendo Dios, bajó en su Pasión a los abismos del dolor y de la humillación. Porque «tan profundamente se abatió, le dió Dios semejante gloria» ³.

La Pasión de Cristo, en efecto, por capital que sea en su vida, por necesaria que sea para nuestra salvación y santificación, no remata el ciclo de sus misterios.

Habréis observado, al leer el Evangelio, que cuando Nuestro Señor habla de su Pasión a los Apóstoles, añade siempre que «resucitará al tercero día» ⁴. Esos dos misterios se unen y encadenan también siempre en la mente de san Pablo, ora hable de Cristo solo, ora aluda a su cuerpo místico ⁵. Pues con la resurrección, apunta la aurora de la vida gloriosa de Jesús.

Por eso la Iglesia, al conmemorar solemnemente los dolores de su Esposo, mezcla con los lamentos de compasión los gritos de triunfo. Los ornamentos de color negro o morado, el denudar los altares, el silencio de las campanas, demuestran la inmensa amargura que oprime a su corazón de Esposa en esos días de la Semana Santa. ¿Qué himno resuena en sus labios? Un canto de triunfo y de gloria: «La

1. Cf. HERR., II, 17-18; IV, 15; V, 2.

2. ROM., VIII, 17.

3. PHILIPP., II, 9.

4. MATTH., XVI, 21; XVII, 22; XX, 19.

5. ROM., IV, 25; V, 1-2.

bandera del Rey avanza desplegada, resplandece el misterio de la cruz... Eres bello y refulgente, árbol que estás adornado con la púrpura real... ¡Feliz tú, que llevaste colgado de tus brazos al que fué precio y rescate del género humano!... ¡Señor que nos das por la cruz la victoria, y por ella nos salvas, dignate regirnos por los siglos de los siglos!» «Canta, oh lengua, la grandeza del más glorioso combate; sobre el trofeo de la cruz pregonar el insigne triunfo, cómo el Redentor del mundo venció con su misma muerte». «Cristo venció por la cruz». La cruz representa las humillaciones de Cristo; pero desde el día en que Jesús fué en ella enclavado, tiene lugar preferente en nuestros templos. La cruz, instrumento de nuestra salud, llegó a ser para Cristo el precio de su gloria¹.

Lo mismo nos ocurre a nosotros. El dolor no es el remate y fin de la vida cristiana. Después de haber sido participantes de la Pasión de Cristo, lo seremos también de su gloria.

La víspera misma de su muerte, decía Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois los que os quedasteis conmigo en medio de mis pruebas»; y al punto añade: «A mi vez yo os preparo un reino como mi Padre me lo ha preparado»². Esa promesa divina nos atañe también a nosotros. Si nos hemos «quedado con Jesús en sus pruebas», si a menudo hemos ponderado y contemplado con fe y amor sus dolores, cuando sea llegada nuestra última hora, Cristo vendrá para llevarnos consigo y hacernos entrar en el reino de su Padre. Día llegará, y más pronto tal vez de lo que pensamos, en que la muerte llamará a nuestras puertas; estaremos ya inertes, tendidos en el lecho; los que nos rodeen, nos mirarán callados sin poder ayudarnos; no tendremos ningún contacto vital con el mundo exterior; el alma estará a solas con Cristo. Entonces sabremos lo que es «habernos quedado con Él en sus pruebas y dolores», y le oiremos decir en aquella nuestra agonía, suprema y decisiva: «No me desamparasteis en mi agonía, me acompañasteis cuando iba al Calvario a morir por vosotros; heme aquí ahora; junto a vosotros estoy para ayudaros, para llevaros conmigo; tened

1. *I. cc.*, XXIV, 26.

2. *Ibid.*, XXII, 28-29.

confianza, soy yo»¹. Podremos entonces decir tranquilos y seguros aquellas palabras del Salmista²: «¡Oh Señor, ahora que me cercan ya las sombras de la muerte, no temo, porque tú estás conmigo!»

Cristo nos atraerá a Sí y nos dará entrada en su reino; nos hará sentar en aquel sitio «que Él mismo nos tiene preparado»³, en aquella asamblea «gloriosa» que conquistó con su Pasión. y que, lavada en su sangre divina, brilla esplendorosa sin mancha, santa e inmaculada»⁴.

Con transportes de alegría infinita uniremos nuestra voz a la de los escogidos para cantar al Cordero que con su sacrificio borró los pecados del mundo, el cántico de gracias⁵. Fuiste inmolado, Señor, y has rescatado para Dios con tu sangre a los hombres de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo y de toda nación; y con ellos has constituido el reino de tu Padre, nuestro Dios».

1. LUC., XXIV, 36; JOAN., VI, 20.

2. Salmo XXII, 4.

3. JOAN., XIV, 3.

4. EPHE., V, 27.

5. APOC., V, 9-10.

XIV. Sobre los pasos de Jesús del Pretorio al Calvario

SUMARIO. — I. Por qué la contemplación de los dolores del Verbo encarnado es sumamente fecunda para las almas: ningún detalle de la Pasión de Cristo debe pasar inadvertido. Hijo de Dios, objeto de las complacencias del Padre, Jesús manifiesta de un modo especial sus virtudes durante el curso de la Pasión; siempre vivo, produce en nosotros la perfección que contemplamos en su inmolación. — II. Meditaciones sobre las «estaciones» del Vía Crucis.

La Pasión constituye como «el santo de los santos» de los misterios de Jesús. Es como el coronamiento de su vida pública, la cima de su misión en la tierra, la obra hacia la cual propenden todas las demás, de la cual sacan todo su valor. Todos los años, durante toda la Semana Santa, conmemora la Iglesia este misterio en sus diversas fases; todos los días, en el santo sacrificio de la Misa, renueva su recuerdo y realidad para aplicarnos sus frutos. A este acto céntrico de la liturgia viene a agregarse una práctica de piedad que, sin formar parte del culto público y oficial organizado por la Epousa de Cristo, ha llegado a ser, a causa de la abundancia de gracias de que es venero copioso, gratísima a las almas fieles. Esta práctica de piedad es la devoción a la Pasión de Cristo, más conocida con el nombre de Calvario o Vía Crucis.

La preparación inmediata que el Salvador hizo a su oblación de pontífice en el Calvario, fué llevar su cruz desde el pretorio al Gólgota, abrumado de oprobios y de dolores. Más tarde, la Virgen Santísima y los primeros cristianos debieron más de una vez renovar piadosamente este itinerario, regando con sus lágrimas los lugares santificados por los dolores del Hombre-Dios.

No ignoráis tampoco con qué entusiasmo y fervor emprendían los cristianos de Occidente, durante la Edad Media, la larga y penosa peregrinación a los Santos Lugares, con el fin de venerar los pasos y sangrientos recuerdos del Salvador, fuente fecunda de gracias, donde se alimentaba su piedad. Al regresar a sus hogares, tenían gran empeño en conservar el recuerdo de los días de oración pasados en Jerusalén; ya, desde el siglo XV, en casi todos los pueblos, se ven reproducir los santuarios y estaciones de la Ciudad Santa. La piedad de los fieles hallaba modo de satisfacerse con una peregrinación espiritual renovada a gusto de cada uno. Más tarde, en una época relativamente reciente, enriqueció la Iglesia esta práctica con las mismas indulgencias que ganan los que recorren las estaciones en Jerusalén.

I

La contemplación de los dolores de Jesús es sumamente fecunda. Estoy convencido de que, fuera de los sacramentos y actos litúrgicos, no hay práctica más útil para las almas que el Vía Crucis hecho con devoción. Su eficacia sobrenatural es incomparable. ¿A qué será debida?

En primer lugar, a que la Pasión es la obra por excelencia de Jesús: fué varicinada en casi todos sus pormenores; no hay misterio de Jesús cuyas circunstancias hayan sido anunciadas con tanto esmero por el Salmista y por los profetas.

Cuando leemos en el Evangelio el relato de la Pasión, solicita nuestra atención el cuidado que pone Cristo en realizar todo cuanto de Él estaba predicho. Si permite que el traidor asista a la Cena, es para que se verifiquen las palabras de la Escritura¹, y Él mismo dice a los judíos que iban a prenderle que se entrega a ellos para que se cumpla la Escritura². Todo iba ya a consumarse, cuando recuerda el Salvador que el salmista tenía dicho: «En mi sed, diéronme a beber vinagre»³; mas para que se realicen

1. JOAN., XIII, 18.

2. MATT., XXVI, 36.

3. Salmo LVIII, 68.

dicha profecía hasta en ese ínfimo detalle, exclamó Jesús: «Tengo sed»¹.

Todo aquí es grande y digno de cautivar nuestra atención, aun cuando se trate de los más leves pormenores como quiera que son hechos de un Hombre-Dios.

Todas estas acciones de Jesús son objeto de las complacencias del Padre, el cual contempla amorosamente a su Hijo, no sólo allá, en el Tabor, cuando aparece radiante de gloria, sino también cuando Pilatos le presenta a la multitud coronado de espinas, y sin forma de hombre, hecho el ludibrio del género humano. El Padre envuelve a su Hijo en miradas de infinita complacencia, tanto en las afrentas de la Pasión, como en los esplendores de la Transfiguración². ¿Por qué? Porque Jesús, durante su Pasión, reverencia y glorifica a su Padre en una medida infinita, ya por ser el Hijo de Dios, ya principalmente por abandonarse enteramente a todo aquello que la justicia y el amor de su Padre reclaman de Él. Si pudo decir, en el decurso de su vida pública, que cumplía todo lo que agradaba a su Padre³, fué todavía más exacto en aquellas horas en que, por reconocer los derechos de la Majestad divina ofendida por el pecado y salvar al mundo, se entregó a la muerte, y muerte de cruz⁴. «Ámale el Padre con amor sin medida, porque da su vida por sus ovejas, mereciéndonos a todos, por sus dolores y satisfacciones, las gracias que nos granjean la amistad de su Padre»⁵.

Además, debemos gustar de meditar la Pasión, porque en ella es donde más resaltan las virtudes de Cristo. Ciertamente posee todas las virtudes, pero la ocasión de manifestarlas se ofrece como nunca en su Pasión. Su amor inmenso a su Padre, su caridad para con los hombres, el odio al pecado, el perdón de las injurias, la paciencia, la mansedumbre, la fortaleza, la obediencia a la autoridad legítima, la compasión, todas estas virtudes brillan de modo heroico en esos días de sus dolores.

Cuando contemplamos a Jesús en su Pasión, vemos el ejemplar y modelo de nuestra vida, modelo admirable, pero

1. JOAN., XIX, 28.

2. MATTH., XVII, 15.

3. JOAN., VIII, 29.

4. *Ibid.*, XIV, 31.

5. *Ibid.*, XIX, 17.

accesible, a la vez, de todas las virtudes; de compunción, abnegación, paciencia, resignación, sacrificio, caridad y mansedumbre; las cuales debemos practicar para irnos asemejando poco a poco a nuestro divino Capitán: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame»¹.

Hay un tercer aspecto que olvidamos muy a menudo con ser de suma importancia. Al contemplar los padecimientos de Jesús, Él nos da, según la medida de nuestra fe, la gracia de practicar las virtudes que Él mismo reveló en esas santas horas. ¿De qué manera? Cuando vivía en la tierra, una virtud omnipotente emanaba de su divina persona, que curaba los cuerpos, ilustraba los espíritus y vivificaba las almas². Algo parecido ocurre, cuando, por la fe, nos ponemos en contacto con Jesús. Seguramente que Cristo otorgó gracias muy señaladas a aquellos que con amor le seguían por el camino del Gólgota o asistían a su inmolación. Tal poder lo conserva aún; y, cuando en espíritu de fe, por compadecer sus amarguras e imitarle, le seguimos del pretorio al Calvario, y nos mantenemos al pie de su cruz, Él nos da esas mismas gracias y nos hace participar de los mismos favores.

Jamás olvidéis que Cristo Jesús no es un modelo muerto, inerte; antes está siempre vivo, y produce sobrenaturalmente en aquellos que se acercan con las disposiciones requeridas, la perfección que contempla en su Persona.

En cada estación nuestro divino Salvador se nos presenta con este triple carácter: de *mediador*, que nos salva por sus méritos; de *modelo* acabado de virtudes sublimes; de *causa* eficaz, que puede realizar en nuestras almas, por su omnipotencia divina, las virtudes de que nos da ejemplo.

Me diréis que tales caracteres aparecen en los misterios todos de Jesucristo. Es verdad; pero ¿con cuánto mayor plenitud no brillan en su Pasión, que es por excelencia el misterio de Jesús!

Por eso, si cada día, durante algunos momentos, suspendiendo vuestros trabajos, abandonando vuestras preocupaciones, ahogando en vuestro corazón el rumor de las criaturas, acompañáis al Hombre-Dios camino del Calvario, con fe,

1. MATH., XVI, 24; Cf. MARC., VIII, 2-4; LUC., IX, 23; XIV, 27.

2. LUC., 19.

con humildad, con amor y con verdadero deseo de imitar las virtudes que su Pasión nos predica, tened por seguro que vuestras almas recibirán gracias especiales, que han de transformarlas, poco a poco, a semejanza de Jesús, y de Jesús crucificado. ¿Pues qué, no se halla cifrada toda la santidad en esta semejanza?

Basta para recoger los muy sabrosos frutos de esta práctica, como para ganar las indulgencias numerosas con que la Iglesia la ha enriquecido, detenernos en cada estación y meditar allí en la Pasión del Salvador. Ninguna fórmula de oración se ha prescrito; ninguna forma de meditación se ha impuesto, ni siquiera la del asunto evocado en la estación. Queda plena libertad, según el gusto de cada uno y la inspiración del Espíritu Santo.

II

Hagamos juntos ahora el camino de la cruz; todas las consideraciones que yo tengo que presentaros no tienen otro fin, ¿a qué repetirlo?, que ayudar la meditación. Cada uno puede escoger lo que guste, espigando aquellas consideraciones que más le pueden aprovechar, según las personales necesidades de su alma.

Antes de comenzar, recordemos la admonición de san Pablo: «Procurad abundar en los sentimientos que animaban a Cristo Jesús... Humillóse, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»¹. Cuanto más nos penetremos en aquellas disposiciones del corazón de Jesús al recorrer la vía dolorosa: amor a su Padre, caridad para con los hombres, odio al pecado, humildad y obediencia, tanto más se henchirán nuestras almas de gracias y luces, porque el Padre Eterno verá en nosotros una imagen más perfecta de su divino Hijo.

¡Oh Jesús mío! Ya que has recorrido este itinerario penoso por mi amor, cargado con tu cruz, yo quiero también andarlo contigo y como tú; empapa mi corazón en los sen-

1. PHILIP., II, 5, 8.

timientos que desbordaban del ruy en aquellas horas santas. Ofrece a tu Padre la sangre preciosa que derramaste entonces por mi salvación y mi santificación.

I. — JESÚS CONDENADO A MUERTE POR PILATOS

Jesús se halla de pie ante el gobernador romano¹. Está de pie porque, como segundo Adán, Él es Cabeza de todo el género humano, al que va a rescatar por su inmolación. El primer Adán había, por su pecado, merecido la sentencia de muerte². Jesús, inocente, pero cargado con los pecados del mundo, debe expiarlos con su cruento sacrificio. Rodéanle, «cual toros furiosos»³, los príncipes de los sacerdotes, los fariseos, su propio pueblo. Nuestros pecados son los que dan voces y exigen tumultuosamente la muerte del Justo⁴. El cobarde gobernador romano les entrega la víctima para ser crucificada. «Quítale, quítale, crucifícale»⁵. ¿Qué hace Jesús? Si está de pie por ser nuestro jefe, también se somete interiormente a la condena pronunciada por Pilatos, y reconoce en él un poder auténtico. «No tendrías poder alguno contra mí, si no te hubiese sido concedido del Cielo»⁶. En este terreno indigno, aunque legítimo, Jesús ve la majestad de su Padre. ¿Qué hace? Se entrega más de lo que ya se había entregado⁷. Humíllase, obedeciendo hasta la muerte; acepta voluntariamente por nosotros, a fin de darnos vida, la sentencia de condenación⁸. «Así como la desobediencia de un solo hombre (Adán) trajo la pérdida de muchos, así la obediencia de uno solo (Cristo Jesús) los constituirá en justicia»⁹.

Debemos unirnos a Jesús en su obediencia, aceptar todo lo que nuestro Padre celestial nos imponga, sea cual fuere el instrumento de Dios; sea Herodes o Pilatos, como quiera que su autoridad es legítima. Aceptemos también desde ahora la muerte en expiación de nuestros pecados, tal como la divina Providencia nos la quiera enviar. Aceptémosla como tributo debido a la justicia y santidad divinas, ultrajadas

1. MATTH., XXVII, 11.

2. ROM., VI, 23.

3. Salmo XXI, 13.

4. JOAN., XIX, 15.

5. *Ibid.*, 16.

6. *Ibid.*, 12.

7. I PÉTR., II, 23.

8. ISA., LIII, 7.

9. ROM., V, 19.

por nuestras maldades. Unida a la de Jesús, será «preciosa a los ojos del señor»¹.

Divino Maestro, me uno a tu sagrado Corazón en su perfecta sumisión y entrega total a los designios del Padre. Produzca la virtud de tu gracia en mi alma aquel espíritu de sumisión rendida, que me entregue sin reservas y sin murmurar al beneplácito de lo alto, a todo aquello que te guste enviarme en el duro trance en que yo deberé abandonar este mundo.

II. — JESÚS, CARGADO CON SU CRUZ

«Pilatos les entregó a Jesús para ser crucificado, y ellos se lo llevaron cargado de su cruz»². — Jesús había hecho un acto de obediencia; habíase entregado a los designios de su Padre, y ahora el Padre le señala lo que esa obediencia le impone: la cruz.

Acéptala entonces Jesús, como venida de su Padre, con todo su cortejo de dolores e ignominias. En este momento, Jesús aceptaba el cúmulo de penalidades que, cual pesada carga, recaerían sobre sus magulladas espaldas, las torturas indecibles de la crucifixión; aceptaba los amargos sarcasmos, las aborrecibles blasfemias con que sus rabiosos enemigos, triunfantes en apariencia, iban a abrumarle luego que le viesan colgado del patíbulo infame; aceptaba la agonía de tres horas, el abandono de su Padre...

Jamás ahondaremos bastante el abismo de aflicción que nuestro divino Salvador consintió al tomar la cruz. También en este momento, Cristo Jesús, que a todos nos representaba y que por todos iba a morir, acepta la cruz por todos sus miembros, que somos nosotros: «Verdaderamente, sufrió nuestras penalidades y padeció nuestros dolores»³. Unió entonces a las suyas todas las penas de su cuerpo místico, y en esta unión estriba su valor y su precio.

Aceptemos, pues, nuestra cruz en unión con Él, para ser dignos discípulos de este Maestro divino; aceptémosla sin deliberar, sin murmurar; por pesada que haya sido

1. Salmo CXV, 15.

2. JOAN., XIX, 17.

3. ISA., LIII, 4.

para Jesús la cruz que el Padre imponía, ¿pudo tal vez entibiar su amor y la confianza en su Padre? Muy al contrario. Yo beberé, dice, el cáliz de amargura que mi Padre me presenta¹. Ojalá hagamos nosotros otro tanto. «Si alguien quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sígame». Carguemos con la cruz que Dios nos impone, porque hallaremos la paz en su aceptación generosa. Nada tranquiliza tanto a un alma que padece, como esta entrega total al beneplácito de Dios.

¡Oh Jesús mío, acepto todas las cruces, todas las contradicciones, todas las adversidades que el Padre me tiene destinadas; dame la unción de tu gracia y fortaleza para llevarlas con la misma sumisión que Tú nos enseñaste al recibir la tuya por nosotros!

III. — JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

«Será varón de dolores y conocerá la debilidad»². Esta profecía de Isaías cúmplase a la letra cuando Jesús, agotado por el padecer de alma y cuerpo, sucumbe al peso de la cruz. ¡La omnipotencia cae al suelo abatido por la debilidad! Esta flaqueza de Jesús honra su poder divino. Por ella expía nuestros pecados, repara las rebeliones de nuestro orgullo, calza al mundo impotente para salvarle, a sí mismo»³. Además, en este momento nos mereció la gracia de humillarnos por nuestras culpas, de reconocer nuestras caídas y confesarlas sinceramente; nos mereció la fortaleza que sostiene nuestra debilidad.

Con Cristo, prosternado ante su Padre, detestemos nuestro altivo amor propio y nuestra ambición; reconozcamos lo poquito que somos. Dios, que aplasta a los soberbios, se aplaca con la humilde confesión de nuestra pobreza, la cual atrae sus misericordias⁴. Imploramos estas misericordias cuando nos sintamos flacos en presencia de la cruz, de la tentación y del cumplimiento de la voluntad divina⁵. De este modo, procla-

1. JOAN., XVIII, 11.

2. Cf. ISA., LIII, 3.

3. Oración del II Dom. después de Pascua.

4. Salmo CII, 13-14.

5. *Ibid.*, VI, 3.

mando humildemente nuestra poquedad, triunfará en nosotros la gracia que, sola, puede salvarnos ¹.

¡Oh, buen Jesús! Prosternado a los pies de tu Cruz, te adoro. «Fortaleza de Dios» ², te nos muestras débil y flaco para enseñarnos la humildad y confundir nuestro orgullo. No me abandones a mí mismo, ya que soy tan poca cosa; que vuestra virtud habite en mí, para que no sucumba al mal ³.

IV. — ENCUENTRO DE JESÚS CON SU MADRE SANTÍSIMA

Llegó para la Virgen María el día en que debía realizarse plenamente la profecía de Simeón: «Una espada traspasará tu alma» ⁴. Así como se había unido a Jesús al ofrecerle en el Templo, así ella quiere más que nunca abundar en sus mismos sentimientos y compartir sus penas en esta hora en que Jesús va a consumir su sacrificio. Se va al Calvario, donde sabe que su Hijo debe ser crucificado, y le encuentra en el camino. Pero ¡qué inmenso dolor el suyo al verle en estado tan lastimoso! Míranse uno a otro, y el abismo de dolores del Hijo atrae el abismo de compasión de la Madre. ¡Qué no haría Ella por Él!

Este encuentro, que fué una fuente de penas, fué también un principio de alegría para Jesús. Se dolía de ver la profunda desolación de su santísima Madre; pero le alegraba el pensar que sus dolores iban a pagar el precio de todos los privilegios con que Ella debía ser hermoñeada.

Por eso, apenas se detiene. Cristo tenía el corazón más tierno que pudo jamás existir, derramó lágrimas junto a la tumba de Lázaro y lloró la triste suerte de Jerusalén. Jamás hijo alguno amó tanto a su madre como Él; por eso, al encontrarla tan apenada en el camino del Calvario, debió sentir conmoverse las fibras todas de su corazón amantísimo. Sin embargo de ello, sigue caminando hacia el lugar de su suplicio, porque tal es la voluntad de su Padre. María se asocia a este sentimiento, sabe que debe cumplirse todo para nuestra salvación, y como quiere beber del mismo

1. II COR., XII, 9.

2. I COR., I, 24.

3. II COR., XII, 9.

4. LUC., II, 35.

cáliz de Jesús, síguele hasta el Gólgota, en donde será *corredentora*.

Nada terreno debe embarazarnos en nuestra marcha hacia Dios; ningún amor natural debe estorbar nuestro amor por Cristo; por lo contrario, hemos de pasar adelante para permanecer unidos con Él.

Pidamos a María que nos asocie a la contemplación de los dolores de Jesús y nos dé algo de la compasión que Ella le tenía, para sacar de ahí gran odio al pecado, que tan dura expiación exigió.

Plácele a Dios, a las veces, para manifestar sensiblemente el fruto que produce la contemplación de la Pasión, imprimir en el cuerpo de algunos santos, como fué san Francisco de Asís, los estigmas de las llagas de Jesús. No debemos desear esas señales exteriores; pero sí hemos de pedir que la imagen de Cristo paciente se grave muy honda en nuestro corazón. Solicitemos de la Virgen esta preciosa gracia ¹.

¡Oh Madre! «ahí tienes a tu Hijo». Por lo mucho que le amas, haz que el recuerdo de sus tormentos nos siga en todas partes; te lo pedimos en su nombre; rehusármolo sería rehusarle a Él mismo, ya que somos sus miembros.

¡Oh Cristo Jesús! «he ahí a vuestra Madre». Por ella, concedednos compadecer vuestros dolores para que lleguemos a asemejarnos a Vos.

V. — SIMÓN CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR SU CRUZ

«Según salían, encontraron un hombre de Cirene llamado Simón y le ajustaron para llevar la cruz» ². Jesús se halla exhausto de fuerzas; aunque omnipotente, quiere que su santa Humanidad, cargada con todos los pecados del mundo, *sienta* el peso de la justicia y de la expiación. Pero quiere que le ayudemos a llevar la cruz. Simón es figura de todos nosotros; es a nosotros todos a quienes Cristo pide compartir sus dolores: sólo así seremos discípulos suyos.

«Si alguien quiere seguirme, tome su cruz y vaya tras

1. Prosa *Stabat Mater*.

2. MATTH., XXVII, 32; MARC., XV, 21.

de mí». El Padre Eterno quiso que una parte de los dolores se reservara al cuerpo místico de su Hijo, y que algo de la expiación quedara para sus miembros¹. Jesús también lo quiere, y para manifestar este decreto divino, aceptó que le ayudase el Cirineo.

Mas también nos mereció en este momento la gracia de la fortaleza para aguantar generosamente la prueba, colocando en su cruz esa suave unción que hace llevadera la vuestra, porque es cierto que llevando nuestra cruz, llevamos la suya. Une nuestras penas a su dolor, y les confiere, por esta unión, un valor inestimable, fuente de grandes méritos. «Como mi divinidad atrajo hacia sí, decía Nuestro Señor a santa Matilde, los tormentos de mi Humanidad, y los ha hecho suyos (es la dote de la esposa), así yo traspasaré tus penas a mi divinidad y las uniré a mi Pasión, y te haré participante de aquella gloria que mi Padre ha conferido a mi santa Humanidad por todos sus dolores»².

San Pablo nos da a entender esto mismo en su epístola a los hebreos, a fin de reanimarlos y moverlos a sufrirlo todo por amor de Cristo; «Corramos, dice, con perseverancia en la carrera que se nos tiene abierta, los ojos fijos en Jesús, guía y consumidor de la fe; quien en lugar de la alegría que se le brindaba, despreciando la ignominia, sufrió la cruz, y desde entonces mereció estar sentado a la diestra del trono de Dios. — Considerar a Aquel que ha soportado contra su persona, tan gran contradicción de parte de los pecadores, para que no os dejéis abatir por el desaliento»³.

¡Oh Jesús mío! acepto de tu mano las astillitas que arrancas para mí de tu cruz; acepto todas las contrariedades, penas, dolores, que permitas o te plazca enviarme; las acepto como parte de mi expiación. Une lo poco que hago a tus indecibles amarguras, porque por ellas llegarán a valer algo las mías.

VI. — UNA MUJER ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

La tradición cuenta que una mujer, movida de compasión, se acercó a Jesús y le ofreció un lienzo para enjugar su faz adorable.

1. COL., I, 24.

2. *Le livre de la grâce spéciale*, II parte, cap. XXXVI.

3. HEBR., XII, 1-3.

Isaías, había predicho de Jesús, paciente que «no tendría forma ni beldad, y que ni sería conocido»¹.

El Evangelio nos dice que los soldados dábanle de bofetadas, y que le escupían a la cara; la coronación de espinas había hecho correr la sangre por su sacratísimo rostro. Cristo Jesús quiso padecer todo esto para expiar nuestros pecados; quiso curarnos por las salivas y bofetadas que recibió su divina faz².

Siendo nuestro hermano primogénito, nos quiso dar, al padecer por nosotros, la gracia que se nos hace hijos de su eterno Padre. Debemos serle semejantes, ya que es esa la misma forma de nuestra predestinación³; pero sólo lo seremos mientras guardemos en nuestro corazón la gracia santificante, principio de nuestra semejanza divina, y mientras practiquemos las virtudes que ejercitó en su Pasión, teniendo algo de aquel amor que Él tiene a su Padre y a las almas, imitando su paciencia, su fortaleza, su mansedumbre, su dulzura.

¡Oh Padre celestial! en pago de las amarguras que vuestro Hijo quiso padecer por vosotros, glorificadle, sublimadle, comunicadle aquella claridad que mereció cuando su faz adorable quedó desfigurada por nuestra salvación.

VII. — JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Consideremos aquí a nuestro divino Salvador que sucumbe una vez más bajo la pesada cruz. «Dios cargó sobre sus espaldas los pecados del mundo entero»⁴. Son nuestros pecados los que le aplastan; los ve todos, uno por uno; los toma como suyos, hasta el punto de parecer, según la expresión de san Pablo, un pecado viviente⁵. Como Verbo eterno, Jesús, es omnipotente; sin embargo de ello, quiere probar toda la flaqueza de una Humanidad abatida; esta debilidad, enteramente voluntaria, honra la justicia de su Padre y nos merece el don de la fortaleza.

1. ISA., LIII, 1-2.

2. *Ibid.*, LIII, 5.

3. ROM., VII, 29.

4. ISA., LIII, 6.

5. II COR., V, 21.

No nos olvidemos nunca de nuestras miserias; no nos dejemos hinchar jamás del orgullo; por muy grandes que nos parezcan los progresos que hayamos realizado, es cierto que seguimos siendo siempre flacos para llevar nuestra cruz en seguimiento de Jesús¹. Únicamente en la virtud divina que de Él nos viene, encontraremos fuerza para llevarla²; pero no se nos dará sino implorándola con frecuencia.

¡Oh Jesús! tan débil por mi amor, abrumado por el peso de mis pecados, dame la fortaleza que hay en ti, para que tú sólo seas glorificado por mis obras.

VIII. — JESÚS HABLA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

Seguían a Jesús gran multitud de pueblo y mujeres que golpeaban su pecho y se lamentaban por Él; mas volviéndose hacia ellos, Jesús, les dice: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, más bien llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque han de venir días en que se diga: «Bienaventuradas las estériles... Los hombres clamarán a las montañas: Caed sobre nosotros...; porque si tal hacen con el leño verde, ¿qué no harán con el seco?»³.

Jesús conoce las exigencias inexorables de la justicia y santidad de su Padre. Jesús es un «pontífice santo, inocente, puro, separado de los pecadores»⁴; no hace otra cosa que substituirse por ellos; sin embargo de ello, considerad con qué golpes tan rudos le hiere la justicia divina. Si esa justicia exige de Él tan grande expiación, ¿cuál no será el rigor de sus castigos contra los culpables obstinados que hayan rehusado hasta el último día unir su parte de expiación a los tormentos de Cristo?⁵.

Ese día, la vergüenza del orgullo humano será tanta, el suplicio de los que no se preocuparon de Dios tan terrible, que los desgraciados, alejados de Dios para siempre, andarán a par de muerte; sus dientes rechinarán de desesperación y pedirán a los montes que caigan sobre ellos, cual

1. JOAN., XV, 5.

2. PHILIPP., IV, 13.

3. LUC., XXIII, 27-31.

4. HEBR., VII, 26.

5. *Ibid.*, X, 31.

si éstos los pudiesen substraer a las iras de una justicia, cuya integérrima equidad no es posible desconocer.

Imploremos la misericordia de Jesús, para el día terrible en que venga, no ya como víctima desfallecida por el peso de nuestros pecados, sino como Juez soberano «a quien el Padre ha sometido todo poder» ¹.

¡Oh buen Jesús, ten misericordia de mí! Tú, que eres la vid, dame que permanezca unido contigo por la gracia y mis buenas obras, para que yo dé buenos frutos y sean dignos de Ti; no llegue a ser por mis pecados «rama muerta, buena para arrancarla y arrojarla al fuego» ².

LX. — JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Dios, decía Isaías, al hablar de Cristo en su Pasión, quiso quebrantarlo por el dolor ³.

Jamás podremos, ni siquiera en el cielo, ponderar lo penoso que fué a Jesús someterse a las exigencias de la justicia divina. Ninguna criatura, ni siquiera los condenados, pudo cargar con todo su peso. Pero la santa Humanidad de Jesús, unida a esta justicia divina por contacto inmediato, experimentó todo su rigor y todo su poder. Por eso, como víctima entregada a sus venganzas, Jesús, fué en su Humanidad aplastado por el abatimiento que la justicia divina hace sentir.

¡Oh Jesús mío! enséñame a detestar el pecado que obliga a la justicia divina a reclamar de Ti tal expiación. Permíteme unir a tus quebrantos todas las penas mías, para borrar con ellas mis culpas e ir satisfaciendo por ellas desde ahora.

X. — JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

«Dividiéronse mis vestidos y echaron a suertes mi túnica». Así lo profetizó el Salmista ⁴. Jesús, despojado de todo y reducido a extrema pobreza, no dispone ni siquiera de sus

1. Cf. MATTH., XXVIII, 18.

2. Cf. JOAN., XV, 6.

3. ISA., I, III, 10.

4. Salmo XXI, 19.

vestidos, pues una vez levantado en la cruz, los soldados han de repartírselos y los han de echar a suertes. Jesús, por moción del Espíritu Santo ¹, se abandona a sus verdugos, como víctima de nuestras culpas.

Nada hay tan glorioso para Dios, ni tan útil para nuestras almas, como el ofrecernos del todo juntamente con Jesús, cuando se ofrecía a los verdugos para ser despojado de sus vestiduras y ser clavado en la cruz. Esta oblación de nosotros mismos es un verdadero sacrificio; esta inmolación a la voluntad divina es la base de toda vida espiritual. Sin embargo de ello, para que logre todo su valor, debemos unirla a la de Jesús, ya que por esta oblación nos quiso santificar a todos ².

¡Oh Jesús mío! Toma la ofrenda que te hago de todo mi ser y júntala con la que hiciste a tu Padre celestial al llegar al Calvario: desnúdame de todo apego a la criatura, y aun de mí mismo.

XI. — JESÚS CLAVADO EN LA CRUZ

«Crucificáronle, y otros dos con Él, uno a cada lado y Jesús en medio» ³. Jesús se pone en manos de sus verdugos cual manso cordero que no bala. La tortura de la Crucifixión es crudelísima. Pues ¿quién podrá apreciar cuáles fueron los sentimientos del sagrado Corazón de Jesús, en medio de tamaño suplicio? Sin duda que repetiría las palabras que había dicho al entrar en este mundo: «Padre, no quieras más holocaustos de reses; son ineficaces para reconocer tu santidad... pero Tú me has dado un cuerpo. Heme aquí» ⁴. Jesús, ve siempre la faz de su Padre, y ardiendo en llamas de amor, entrega su cuerpo para reparar los ultrajes hechos a la eterna Majestad. Le crucifican entre dos ladrones: «Se hizo obediente hasta la muerte». Y ¡qué muerte la suya!... ¡La muerte de cruz! ⁵. ¿Por qué tal? Porque así estaba escrito: «Maldito todo aquel que pende del madero» ⁶. Qui-

1. HEBR., IX, 11.

2. *Ibid.*, X, 10.

3. JOAN., XIX, 18.

4. HEBR., X, 5-7, cf. Salmo XXXIX, 8

5. PHILIPP., II, 8.

6. DEUT., XXI, 23; GAL., III, 13.

so perecer entre criminales¹, a fin de reconocer los derechos soberanos de la santidad divina.

Se entrega por nosotros. Jesús, como Dios que era, nos veía a todos en este momento; se ofrece por rescatarnos, pues a Él, pontífice y mediador, nos dió el Padre². ¡Qué revelación inefable del amor de Jesús! «Nadie puede mostrar mayor amor que dar la vida por sus amigos»³. No pudiera hacer más por los hombres: «Los amó hasta el último extremo»⁴, y ese amor es también del Padre, del Espíritu Santo, pues los tres no son más que uno...

«¡Oh Jesús! que obedeciendo a la voluntad del Padre y por la cooperación del Espíritu Santo, diste vida al mundo, líbrame, por tu cuerpo y tu sangre sacratísimos, de todas mis culpas y de todos los males, y haz que yo me adhiera inviolablemente a tus mandamientos, y no permitas que me separe jamás de ti»⁵.

XII. — JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Y exclamando con grande voz, Jesús, dijo: «Padre, mi alma pongo en vuestras manos». Y en diciendo esto, expiró⁶. Después de tres horas de agonía y tormentos indecibles, Jesús, muere. La única oblación digna de Dios, el único sacrificio que rescata al mundo y santifica las almas, queda cumplido⁷.

Cristo-Jesús había prometido que, «una vez exaltado sobre la cruz, lo atraería todo a Sí»⁸. Le pertenecemos por doble título, como criaturas a quienes sacó de la nada, y como almas rescatadas por su sangre preciosa⁹.

Una sola gota de la sangre de Jesús, Hombre-Dios, habría bastado para salvarnos, porque todo en Él tiene valor infinito; pero entre muchas razones, por las que quiso derramar hasta la última gota, permitiendo fuese alancado

1. ISAI., LIII, 12; MARC., XV, 28; LUC., XXII, 37.

2. JOAN., XVII, 9.

3. *Ibid.*, XV, 13.

4. *Ibid.*, XIII, 1.

5. Ordinario de la Misa.

6. LUC., XXIII, 46.

7. HERR., X, 14.

8. JOAN., XII, 32.

9. APOC., V, 9.

su sagrado corazón, fué para manifestarnos su amor entrañable. Por nosotros todos la derramó, y cada cual bien puede decir con toda verdad aquello de san Pablo: «Me amó y se entregó por mí»¹.

Pidámosle que nos apriete contra su corazón sagrado por la virtud de su muerte de cruz, y que nos haga morir a nuestro amor propio y a nuestra propia voluntad, origen de tantas infidelidades y pecados; pidámosle vivir con Él, ya que Él murió por nosotros. Y si a su muerte debemos la vida de nuestras almas, ¿no será justo que vivamos sólo para Él?²

¡Oh Padre!, glorifica a tu Hijo pendiente del patíbulo. «Puesto que se ha humillado hasta la muerte y muerte de cruz, ensalzale ahora y que sea exaltado el nombre que le diste. Toda rodilla se doble ante Él, y toda lengua confiese que tu Hijo Jesús, vive desde ahora en tu eterna gloria».

XIII. — EL CUERPO DE JESÚS, BAJADO DE LA CRUZ, ES ENTREGADO A SU MADRE

El cuerpo exánime de Jesús se devuelve a María; no podemos imaginar cuál fué el dolor de la Virgen en esta hora. No hay madre alguna que ame tanto a sus hijos, como María amó al suyo; su corazón de madre fué modelado por el Espíritu Santo para amar a un Hombre-Dios. Jamás corazón humano latió con tanta ternura como el corazón de María, porque estaba llena de gracia y su amor no encontraba obstáculo alguno a sus expansiones.

Además, ella lo debía todo a Jesús; su inmaculada concepción, los privilegios que la hacen criatura única, se le habían concedido en previsión de la muerte de su Hijo. Pues, según esto, ¿cuál no sería su dolor al recibir en sus brazos el cuerpo ensangrentado de Jesús?

Echémonos a sus pies para pedirle perdón de los pecados que fueron causa de su quebranto. ¡Oh dulce Madre, fuente de amor; hazme comprender la virtud de tu dolor para tomar parte en él; haz que mi corazón se abra en

1. GAL., II, 20.

2. II COR., V, 15.

amor a Cristo, mi Dios, para no pensar sino en agradecerle siempre! ¹.

XIV. — JESÚS PUESTO EN EL SEPULCRO

«José de Arimatea, habiendo bajado de la cruz el cuerpo de Jesús, lo envolvió en un lienzo y lo colocó en un sepulcro cavado en la roca, donde nadie había sido aún enterrado» ².

San Pablo, decía que Cristo, debía sernos «semejante en todas cosas» ³; hasta en su sepultura se nos parece Jesús: «Se le sepultó — dice san Juan — a la manera judía con lienzos y aromas» ⁴.

Mas el cuerpo de Jesús, unido al Verbo, no debía sufrir la corrupción. Quedará ahí apenas tres días; pero luego, por su propia virtud, saldrá Jesús triunfante de la muerte, resplandeciente, lleno de vida y de gloria, y «la muerte no tendrá ya imperio sobre Él» ⁵.

Dícenos el Apóstol que por nuestro bautismo hemos sido sepultados en Cristo a fin de morir para el pecado ⁶. Las aguas del bautismo son como un sepulcro donde debemos dejar el pecado y de donde salimos animados de una nueva vida, la vida de la gracia. Siempre dura la virtud sacramental de nuestro bautismo. Uniéndonos por la fe y el amor a Cristo yacente en el sepulcro, renovamos esa gracia de «morir para el pecado a fin de vivir sólo para Dios» ⁷.

¡Oh Jesús, Señor mío! entierro yo en tu tumba todos mis pecados, todas mis culpas e infidelidades: por tu muerte y tu sepultura, dame la gracia de decir un eterno adiós a todo aquello que me aparta de ti: al diablo, a las máximas del mundo, a mis concupiscencias. Por la virtud de tu resurrección, haz que, como Tú, no viva sino para gloria de tu Padre.

1. PROSA *Stabat Mater*.

2. I. UC., XXIII, 53.

3. HEBR., II, 17.

4. JOAN., XIX, 40.

5. ROM., VI, 9.

6. *Ibid.*, 4.

7. *Ibid.*, II.

XV. Si consurrexistis cum Christo

SUMARIO. — La Iglesia llama «santa» la resurrección de Jesús. Doble elemento constitutivo de la santidad. — I. Cristo resucitado está exento de toda humana flaqueza. — II. Admirable plenitud de la «Vida por Dios» en el triunfo de Cristo. — III. El bautismo inaugura en nosotros la gracia pascual. Doctrinas de san Pablo. — Cómo el cristiano por su alejamiento de todo pecado y desapego de toda criatura, debe imitar, siempre, la libertad espiritual de Cristo glorioso. — IV. Plena pertenencia a Dios. «*Viventes Deo*»; y cómo se realiza en el alma. — V. Cómo por la contemplación del misterio y la comunión eucarística robustecemos más en nosotros esta doble gracia pascual. — VI. La resurrección de los cuerpos acaba de manifestar la grandeza de este misterio glorioso. Gozo que nos trae la unión con Cristo resucitado. El *Alleluia* pascual.

Todo el misterio de Cristo, durante los días de su pasión puede resumirse en estas palabras de san Pablo: «Humillóse a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte»¹. Hemos visto hasta qué punto se rebajó Cristo, y cómo bajó hasta los más hondos abismos de la humillación, eligiendo el suplicio de los malhechores, según estaba escrito: «Maldito el que pende del madero»².

Mas estos abismos de ignominias y de dolores eran igualmente abismos de amor; amor que nos mereció la misericordia de su Padre, con todas las gracias de salvación y de santificación.

Si la palabra humillación resume el misterio de la Pasión, hay otra palabra de san Pablo que es como cifra del misterio de su resurrección³ «vive para Dios».

1. PHILIP., II, 8.

2. DEUT., XXI, 23; GAL., III, 13.

3. ROM., VI, 10.

«Vive»: no habrá en adelante sino vida perfecta y gloriosa, «sin dolores ni atisbos de muertes»¹, vida toda de Dios, dedicada más que nunca a la gloria de su Padre.

La Iglesia en sus Letanías, aplica ciertas denominaciones a algunos de los misterios de Jesús. Dice, por ejemplo, de la Resurrección, que es «santa»: ¿Por qué así? ¿No son santos los misterios de Jesucristo? Sin duda alguna, siendo «Él mismo el santo por excelencia», como cantamos en el Gloria de la misa. Todos sus misterios son santos: lo es su nacimiento²; lo fué su vida entera; pues que en todo cumplió la voluntad de su Padre³, y además, nadie pudo convencerle jamás de pecado⁴. Su Pasión es santa, y si es verdad que muere por los pecados de los hombres, Él es víctima inmaculada y Cordero sin mancha. Él es el pontífice mismo que se inmola, santo, inocente, justo, separado de entre los pecadores⁵.

¿Por qué, pues, se llamará santa la Resurrección con preferencia a cualquier otro misterio de Jesús? Porque en este misterio es donde Cristo parece poner de manifiesto las condiciones y elementos constitutivos y formales de la santidad humana, la cual halla en Cristo su fuente y su modelo; porque si por su vida es el camino⁶ y la luz⁷, y nos da ejemplo de todas las virtudes compatibles con su divinidad, lo es más todavía en su Resurrección donde se muestra el ejemplo acabado de santidad.

¿Cuáles son los elementos constitutivos de la santidad? Pueden reducirse a dos: alejamiento de todo pecado, desapego de toda criatura y adhesión total y estable a Dios.

Ahora bien, esos dos caracteres se dan, como vamos a verlo, en la Resurrección de Cristo en un grado eminente y nunca visto antes de aquélla; pues aunque el Verbo encarnado fué, durante toda su vida, el «santo» por excelencia, revélase sobre todo bajo este aspecto con deslumbradora claridad en su Resurrección; por lo cual, canta la Iglesia: «por tu santa Resurrección».

1. ROM., VI, 9.

2. LUC., I, 35.

3. JOAN., VIII, 29.

4. *Ibid.*, 46.

5. HEBR., VII, 26.

6. JOAN., XIV, 6.

7. *Ibid.*, VIII, 12.

Contemplemos, pues, este misterio de Jesús, que sale vivo y glorioso del sepulcro, y veremos cómo la Resurrección es el misterio del triunfo de la vida sobre la muerte, de lo celestial sobre lo terreno, de lo divino sobre lo humano, cómo realiza cumplidamente el ideal de toda santidad.

I

¿Qué era Jesucristo antes de su Resurrección?

Era Dios y hombre. El Verbo eterno se había desposado con nuestra naturaleza pecadora. Su santa Humanidad no contrajo tizne alguno de pecado, pero vióse sometida a las flaquezas corporales compatibles con la divinidad, flaquezas que en nosotros son a menudo reliquias del pecado¹.

Fijaos en Nuestro Señor durante su vida mortal. En el pesebre, vemos un niño pequeñito, débil, que necesita para sustento de su vida la leche de una madre. Más tarde sentirá el cansancio, cansancio real en todos sus miembros². Cerrará el sueño sus ojos, sueño verdadero, sueño del cual tienen los Apóstoles que despertarle, cuando la barca en que dormía era juguete de la tempestad³. Es acosado por el hambre, la sed y el dolor⁴. Experimentará también crueles penas interiores en el huerto de los olivos; miedo, tedio, angustia, tristeza, que abrumarán su alma bendita y acabarán todos juntos por dar con su santo cuerpo en el sepulcro⁵. Finalmente, soportó la muerte⁶.

Bien se puede decir que Jesús participó de todo lo nuestro, menos del pecado y de todo cuanto es origen o consecuencia moral del mismo⁷. Mas una vez resucitado, ya no sentirá sueño, ni fatiga, ni flaqueza alguna, exento como estará de todas estas miserias. ¿Habrà dejado por eso su cuerpo de ser un cuerpo real? No; es el mismo cuerpo que recibió de la Virgen María y que sufrió muerte de cruz.

1. ISA., LII, 4.

2. JOAN., IV, 6.

3. MATTH., VII, 24; MARC., IV, 38; LUC., VII, 23.

4. *Ibid.*, IV, 2; LUC., IV, 2.

5. MATTH., XXVI, 37-38; MARC., XIV, 33-34.

6. JOAN., XIX, 30.

7. HEBR., II, 17-18, 15.

Mirad cómo nos lo muestra el mismo Cristo. Al aparecerse a los Apóstoles el día mismo de su Resurrección por la tarde, atónitos y asombrados, se imaginaban ver un fantasma. Mas Jesús les dice: «¿De qué os asustáis y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos? Mirad mis manos y mis pies. Yo mismo soy; palpad y considerad que los espíritus no tienen carne, ni huesos, como veis que yo tengo»¹. Dicho esto, mostróles las manos y los pies.

Tomás, no estaba entonces allí. «Hemos visto al Señor» — le dicen los demás discípulos; — y éste, descreído, no quiere prestar oídos, y lo reputa un delirio. «Si no veo — dice — en sus manos las hendiduras de los clavos y no meto mi dedo en el agujero que en ellos hicieron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré». Ocho días después, aparéceseles de nuevo Jesús, y luego de darles la paz, dirigiéndose a Tomás, le dice: «Pon aquí tu dedo, registra mis manos y trae tu mano, métela en mi costado; mas no seas incrédulo, sino fiel»².

De este modo, el mismo Jesús hace comprobar a sus Apóstoles la mortalidad de su cuerpo resucitado: pero se trata ya de un cuerpo libre de las flaquezas terrenales; un cuerpo ágil, al que la materia no ofrece obstáculo. Sale Jesús del sepulcro abierto en la roca, cuya entrada cierre pesada losa, y preséntase en medio de sus discípulos, estando cerradas las puertas³. Si toma alimento con ellos, no es porque a ello le obligue la necesidad, sino porque quiere por una misericordiosa condescendencia confirmar la Realidad de su Resurrección.

Este cuerpo resucitado es ya inmortal; ha muerto una vez⁴; mas ahora, dice san Pablo, «una vez resucitado Cristo, no volverá más a morir, la muerte no tendrá imperio sobre Él» no estará sujeto a las condiciones del tiempo, sino que está ya libre de toda servidumbre, de todas las debilidades que tomó en la Encarnación; es impasible, espiritual, goza de soberana independencia.

En este alejamiento de todo lo mortal, de todo lo te-

1. LUC., XXIV., 37-40.

2. JOAN., XX, 24.

3. *Ibid.*, XX, 26.

4. ROM., VI, 10.

rreno y creado, en esta exención de toda flaqueza, de toda enfermedad y pasibilidad, vemos representado en Cristo el primer elemento de la Santidad.

Jesús dejó en el sepulcro, el día de su Resurrección, los lienzos que son símbolos de nuestras miserias, debilidades e imperfecciones. y salió triunfante del sepulcro, con entera libertad, animado de una vida intensa, perfecta, que pone en vibración todas las fibras de su ser. La Vida absorbe en Él todo lo mortal.

II

Jesucristo, aun después de resucitado, anda por la tierra, por amor a sus discípulos; por condescender con su fe, consiente en aparecérselos, hablar y comer con ellos, pero su vida es ante todo celestial.

Muy poco conocemos, en verdad, esta vida toda celestial de Jesús resucitado, pero no podemos dudar de que debió ser admirable.

Dió pruebas a su Padre del amor que le tenía, dando su vida por los hombres; ahora que la deuda está pagada, ahora que la justicia está plenamente satisfecha y no reclama expiación alguna, restablécese la amistad entre Dios y los hombres, y queda terminada la obra de la Resurrección; pero la religión de Jesús para con su Padre será en adelante, si cabe, todavía más viva y completa.

Nada nos dice el Evangelio de esos homenajes de adoración, de amor, de hacimiento de gracias que Cristo tributaba entonces a su Padre, mas san Pablo nos lo resume en dos palabras: vive para Dios.

La adhesión, la pertenencia, la consagración a Dios constituye el segundo elemento de la santidad.

Sólo en el cielo conoceremos con qué plenitud vivía Jesús para el Padre en aquellos días benditísimos; aunque ya podemos asegurar que vivía una vida que era el embeleso de los ángeles, una vez que la santa Humanidad estaba libre de todas las necesidades y de las flaquezas propias de nuestra condición terrestre. Dedicóse, pues, entonces como nunca, a glorificar al Padre; y la vida de Cristo resucitado se convierte en una fuente infinita de gloria para su Padre.

Ya en Él todo es luz, fuerza, vida, belleza, y como un cántico no interrumpido de alabanza.

Sí el hombre compendia en sí todos los reinos de la creación y resume en alguna manera el himno de todas las criaturas, ¿qué diremos del cántico incesante que entona a la Trinidad la santa Humanidad de Cristo glorioso, pontífice y supremo triunfador de la muerte? Inefable es ese cántico, expresión de la vida divina, que rodea y penetra de todo su poder y de todo su esplendor a la naturaleza humana de Jesús.

III

Tal es la vida de Cristo resucitado, modelo de la nuestra, el cual nos ha merecido la gracia de vivir como Él para Dios, y de asociarnos a su estado glorioso. Esta vida nos la mereció, no tanto por su Resurrección, como por su Pasión sacratísima; pues al exhalar Jesús el último suspiro, y llegado el término de su existencia mortal, ya no podía merecer; todas cuantas gracias nos granjeó, fué mediante su sacrificio inaugurado en la Encarnación y consumado al morir en el leño de la cruz. Con todo, estos méritos perduran aun después de su salida gloriosa del sepulcro, pues Jesucristo ha querido conservar las cicatrices de sus llagas para mostrarlas al Padre, radiantes y hermosas como títulos y justificantes para la comunicación de su gracia.

Desde el bautismo, participamos de esta gracia de la Resurrección de Cristo, y así nos lo afirma san Pablo: «Por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo muriendo para el pecado, a fin de que así como Cristo resucitó de muerte a vida por la omnipotencia del Padre, así también nosotros vivamos nueva vida»².

El agua santa con que fuimos lavados en el bautismo es, según el Apóstol, figura del sepulcro³. Al salir de las fuentes bautismales, se ve el alma limpia de toda culpa, de toda mancha, libre ya de toda muerte espiritual, y engala-

1. HEBR., VII, 25.

2. ROM., VI, 4.

3. Este simbolismo era más claro cuando se administraba el bautismo por inmersión, como sucede todavía en las cristiandades de Oriente. — N. del T.

nada de la gracia, principio de vida divina; de igual modo que al salir Cristo del sepulcro se despojó de nuestra mortalidad y flaqueza, para vivir en adelante vida perfecta. Por eso en la Iglesia primitiva no se administraba el bautismo más que en la noche pascual y en la de Pentecostés, que termina el tiempo de Pascua; tanto, que apenas se comprenderá la liturgia de la semana de Pascua, si no se tiene cuenta con la colación solemne del bautismo que en aquellas dos noches se confería¹.

Hemos resucitado, pues, con Cristo, por medio del mismo Cristo que nada ansía tanto como comunicarnos su vida gloriosa.

¿Qué se requiere para responder a este deseo divino y asemejarnos a Jesús resucitado? Vivir conforme al espíritu de nuestro bautismo, renunciar a todo aquello que en nosotros vemos está viciado por la culpa, acabar con el *hombre viejo*² y que todo vaya enderezado y regido por la gracia. El ser santos, consiste en alejarse del pecado y de sus ocasiones, de las criaturas, de todo lo rastrero, para vivir en Dios y por Dios, con la mayor plenitud y fijeza posibles.

Esta obra, iniciada en el bautismo, se continúa durante toda nuestra existencia. Verdad es que Cristo murió sólo una vez y nos concedió morir como Él para todo lo que sea pecado; pero aun así; tenemos que ir *muriendo* cada día, porque conservamos dentro las raíces del pecado, y nuestro secular enemigo procura sin cesar que renazcan. Destruir, por consiguiente, esas raíces, guardarnos de toda infidelidad y de todo amor a las criaturas por sí mismas, apartar de nuestros actos toda intención culpable y las puramente naturales, librarnos de todo lo creado y terrestre, y hacer partícipe de una libertad espiritual a nuestro corazón, he ahí lo que constituye el primer elemento de nuestra santidad, el cual vemos realizado en Jesucristo, mediante la soberana y admirable independencia en que vive su Humanidad resucitada.

Este es, sin duda alguna, uno de los aspectos más notables de la gracia pascual, que san Pablo nos describe en términos expresivos. «Echad fuera, dice, la levadura añeja,

1. Véase en JESUCRISTO VIDA DEL ALMA la conferencia: *El Bautismo sacramento de adopción divina y de iniciación cristiana.*

2. ROM., VI, 6.

para que seáis una masa enteramente nueva, porque desde que fué inmolado Jesucristo, nuestro Cordero pascual, sois panes ácidos y puros. Por tanto, celebremos el convite pascual, no con levadura añeja ni con levadura de malicia y de corrupción, sino con los panes ácidos de la sinceridad y de la verdad» ¹.

Esta insinuación del Apóstol, que leemos en la Epístola de la misa pascual, parecerá tal vez algo obscura a más de un cristiano de nuestros días; sin embargo de ello, es paso elegido por la Iglesia para resumir nuestra disposición y práctica al celebrar el misterio de la Resurrección. Mas ¿cómo es que lo eligió y prefirió a otros? Porque señala de un modo claro, aunque profundo, el fruto que debe sacar el alma de este misterio. Pero ¿qué significan estas palabras?

Recordaréis que los israelitas, al aproximarse la fiesta de Pascua, aniversario del célebre «paso» ² del Mar Rojo y de la liberación de la esclavitud faraónica, debían tirar toda clase de levadura, y el día mismo de la fiesta, después de haber inmolado el cordero pascual, lo debían comer con panes no fermentados ³.

Todo ello era figura ⁴ de la verdadera Pascua, de la Pascua cristiana. «Despojaos del hombre viejo» ⁵, «purificaos de la vieja levadura», despojaos del hombre viejo nacido en el pecado, y de los apetitos a que renunciasteis al ser regenerados por el bautismo y cuando, participando de la muerte de Cristo, moráis para el pecado, hacándoos, por la gracia, como una nueva masa, es decir, una nueva criatura» ⁶, un nuevo hombre» ⁷, a ejemplo de Cristo, que glorioso salió del sepulcro.

Por eso, así como los judíos, al llegar la Pascua, se abstentían de toda levadura para comer el cordero pascual, así también los cristianos que quieren compartir el misterio de la Resurrección y unirse a Cristo, que es el Cordero inmolado y resucitado por nosotros, no deben ya vivir en el

1. I COR., V, 7-8.

2. Pascua significa paso.

3. ÉXODO, XII, 8, 15.

4. I COR., X, 6 y 11.

5. EPHES., IV, 22, Cf. COL., III, 9.

6. II COR., V, 17.

7. EPHES., IV, 24.

pecado, sino abstenerse de los malos deseos, que son como levadura de malicia y perversidad¹; deben conservar en sí mismos la gracia que los hará vivir en la verdad y sinceridad de la ley divina.

Todo esto nos enseña san Pablo el día mismo de Pascua, y ese es el primer elemento de nuestra santidad: renunciar al pecado, a todo móvil humano, que, cual vieja levadura, pudiera corromper nuestras acciones; vivir libres de todo pecado, desasidos de toda cosa creada, y con la misma libertad espiritual que tanto resalta en Jesús resucitado.

Esta gracia la pedimos al mismo Jesús en aquella estrofa que se repite en todos los himnos pascuales.

«Te suplicamos, ¡oh Autor de todo!, que en estos días llenos del gozo de Pascua, preserves a tu pueblo contra cualquier embestida de muerte»².

Pedimos, pues, a Cristo que guarde a este su pueblo, «que Él mismo conquistó con su sangre»³, dice san Pablo, «para que le sea acepto y agradable»⁴; que le defienda contra todo ataque de muerte espiritual, esto es, de todo pecado, o lo que conduce al pecado; contra todo aquello que propende a destruir o mermar en nosotros la vida de la gracia. Entonces sí podremos formar parte de aquella sociedad que quiere Cristo, sin mancha, ni arruga, santa e inmaculada⁵.

IV

El segundo elemento de la santidad, por el cual tiene ser y valor el primero, consiste en pertenecer a Dios, en sacrificarse por Él, o, como dice san Pablo, en vivir para Dios⁶. Este «vivir para Dios», comprende una infinidad de grados; supone primero que uno está totalmente reñido con el pecado mortal, puesto que éste es del todo incompatible con la vida divina. Supone además abstención de pe-

1. ROM., VI, 12.

2. Himno de Vísperas, de Maitines y de Laudes.

3. ACT., XX, 28.

4. TRT., II, 14.

5. EPHES., X, 27.

6. ROM., VI, 11.

cado venial y de sus raíces y desasimiento de todo lo creado.

Cuanto mayor sea la separación, tanto más libres y espiritualizados estaremos y mayor incremento tomará en nosotros la vida divina; pues a medida que el alma se desliga de lo humano, así va gustando y saboreando las cosas celestiales y vive de la misma vida divina.

En este estado felicísimo, no sólo se ve el alma libre de todo pecado, sino que obra ya solamente a impulsos de la gracia y por un motivo sobrenatural. Ahora bien, cuando este motivo se extiende a todas sus acciones, cuando el alma por un movimiento de amor habitual y estable, lo endereza y refiere todo a Dios, a gloria de Cristo y del Padre, entonces se puede decir ha llegado a la plenitud de la vida, a la santidad.

Ya habréis notado que la Iglesia durante el tiempo pasqual nos habla muy a menudo de vida, y no tanto por haber vencido Cristo la muerte con su Resurrección, cuanto por haber vuelto a abrir a las almas las fuentes de vida eterna. Esta vida la hallamos en Cristo¹; por eso también nos hace leer la Iglesia, repetidas veces, la parábola de la vida, en estos días benditos: «Yo soy, dice, Jesús, la vida, y vosotros los sarmientos; permaneced en mí y Yo en vosotros, porque sin mí no podéis hacer nada»²; es necesario permanecer en Cristo y que Él permanezca en nosotros para poder reportar copiosos y sazonados frutos. ¿Cómo? Por su gracia, por la fe que en Él tenemos, por las virtudes que en Él imitamos como en ejemplar perfectísimo. Cuando renunciando al pecado, morimos para nosotros mismos, como muere en la tierra el grano de trigo antes de producir sus fecundas espigas; cuando obramos únicamente bajo la inspiración del Espíritu Santo y conforme a los preceptos y máximas del Evangelio, la vida divina de Cristo se desparrama pujante en nuestras almas y entonces vive en nosotros³.

Tal es el ideal de la perfección: Vivir para Dios en Jesucristo. Mas no podemos llegar a él en un solo día, pues la santidad, que se inicia en el bautismo, no se labra sino poco a poco y como por etapas sucesivas.

1. JOAN., XIV, 6.

2. Ibid., XV, 4-5.

3. GAL., II, 20.

Procuremos obrar de tal suerte que cada Pascua, cada día de ese período bendito que abarca desde Resurrección hasta Pentecostés, produzca en nosotros una muerte más completa para el pecado y las criaturas y mayor acrecentamiento de la vida de Cristo.

Es preciso que Jesús reine en nuestros corazones, y que todo cuanto tenemos le esté plenamente sometido. ¿Qué hace Cristo desde el día de su triunfo? Vive y reina glorioso en Dios, en el seno del Padre. Cristo vive en el lugar donde reina y según el grado en que reina en nuestra alma, así vive en nosotros. Es rey al par que pontífice; por eso cuando Pilatos le preguntó si era rey, contéstale Jesús¹: Si lo soy, aunque mi reino no es de este mundo. El reino de Dios está dentro de nosotros². Es menester que Cristo mande en nosotros cada día con más plenitud, como lo pedimos en el padrenuestro; llegue ya, Señor, llegue ya tu reino. ¿Por qué no ha llegado ya? Porque hay todavía en nosotros un sinnúmero de cosas: la voluntad, el amor propio, la actividad natural y otras mil, que no están todavía sometidas a Cristo; porque, conforme a los deseos del Padre eterno, no lo hemos puesto todo a los pies de Cristo, en cuyo acto estriba parte de la gloria que el Padre quiere dar en adelante a su Hijo³.

Quiere el Padre glorificar a Cristo, quien, siendo Hijo suyo, se humilló tanto; quiere se hincue toda rodilla ante el nombre de Jesús, y le esté sumisa toda la creación, el cielo, la tierra y los infiernos, nuestra voluntad, nuestras inteligencias y todas nuestras energías y potencias.

Vino a nosotros como rey el día del bautismo; pero el pecado le ha disputado el dominio en nosotros; mas, cuando destruimos el pecado, las infidelidades, el apego a las criaturas; cuando vivimos confiados en Él, en su palabra, en sus méritos; cuando procuramos agradarle en todo, Cristo entonces es dueño soberano y reina en nosotros de igual modo que reina en el seno del Padre, vive en nosotros y puede decir de nosotros al Padre: «¡Padre mío! Mirad esta alma en la cual yo vivo y reino, para que vuestro nombre sea santificado!»

1. JOAN., XVIII, 37.

2. LUC., XVII, 21.

3. PHIL., II, 9-10.

Estos son los aspectos más profundos de la gracia pascual: desasimiento de todo lo humano, creado y terrenal y plena entrega a Dios por medio de Cristo. De ahí resultará que la Resurrección del Verbo encarnado será para nosotros un misterio de vida y de santidad, por habernos resucitado Dios con Cristo nuestro gran Capitán¹. Debemos, pues, ver de reproducir en nosotros la fisonomía y la vida de Jesús resucitado, conforme a la exhortación que con tanta instancia nos hace san Pablo: «Si habéis resucitado, dice, con Cristo —es decir, si queréis entrar en los sentimientos de su corazón sacratísimo, si queréis comer la Pascua y participar con Él algún día de su gloria triunfal— buscad las cosas de arriba, aficionaos a las cosas del cielo, que son las que perduran, desasíos de las de la tierra: honores, placeres, riquezas, todas ellas fugaces². Porque habéis muerto para el pecado, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios...; y así como Cristo resucitado no vuelve ya más a morir, sino que vive para siempre para el Padre, así vosotros debéis también morir para el pecado y vivir para Dios por la gracia de Cristo³.

V

Me preguntaréis ahora: ¿De qué modo podremos acrecentar en nosotros esta gracia pascual?

Lo primero contemplando con rendida fe este misterio; pues, cuando Jesucristo, al aparecerse a sus discípulos, manda al Apóstol incrédulo Tomás, que meta el dedo en sus llagas, ¿qué es lo que le dice?: «No seas incrédulo, sino fiel». Y al adorarle el Apóstol como a su Dios, añade Nuestro Señor: «Creíste en Mí, Tomás, porque me viste y tocaste; empero bienaventurados aquellos que sin haber visto creyeron»⁴.

La fe nos pone en contacto con Cristo; pues si contemplamos con fe este misterio, Cristo producirá en nosotros la gracia que trajo al aparecerse resucitado a sus discípulos.

1. EFES., II, 6.

2. COL., III, 1-2.

3. ROM., VI, 9-II.

4. JOAN., XX, 27-29.

Vive en nuestras almas, y al vivir obra sin cesar en ellas, conforme al grado de fe y según la gracia propia de cada uno de sus misterios.

Cuéntase en la vida de santa María Magdalena de Pazzis que, en un día de Pascua, sentada a la mesa en el refectorio, se hallaba tan contenta y gozosa, que una novicia que le servía no pudo por menos de preguntarle cuál era la causa de tanta alegría. «La hermosura de mi Jesús — respondió — es la que me llena de gozo, pues le veo en el corazón de todas mis hermanas. Y ¿qué forma tiene? — replicó la novicia. — Le veo en todas, respondió la Santa, resucitado y glorioso cual hoy nos le representa la Iglesia» ¹.

Los frutos de este misterio nos los asimilamos acá en la tierra, sobre todo, por medio de la Comunión sacramental. ¿Qué recibimos en la Eucaristía?

El Cuerpo y Sangre de Cristo; pero advertid que, si la Comunión supone la inmolación del Calvario y la del altar, que la reproduce, es, no obstante esto, la carne del Salvador glorificada, la que recibimos al comulgar. Recibimos a Cristo tal cual ahora existe en lo más encumbrado de los cielos gozando de las glorias y resplandores de su resurrección.

Ese Señor que recibimos real y verdaderamente es la fuente de toda santidad y no puede dejar de compartir con nosotros la gracia de su santa resurrección, dado que, en este como en todos los demás misterios, recibimos toda su plenitud.

Aun en nuestros días, Cristo, siempre vivo, sigue diciendo a cada una de las almas las palabras regaladísimas que pronunció delante de sus discípulos cuando en la época pascual iba a instituir su Sacramento de amor: «Con grandes ansias deseaba celebrar con vosotros *esta* Pascua» ². Desea Jesucristo realizar en nosotros el misterio de su Resurrección; Él vive muy por encima de todo lo rastrero, enteramente dado a su Padre, y quiere, para consuelo nuestro, arrastrarnos consigo en esa corriente divina. Si después de haberle recibido en la Comunión, le dejamos obrar en nosotros, seguramente que dará a nuestra vida, por medio de las inspiraciones de su Espíritu, aquella orientación estable que mira hacia el Padre y en la cual se cifra toda santi-

¹ Vida por el P. Cennri. c. XVII.

dad; así, todos nuestros pensamientos, todas nuestras aspiraciones, toda nuestra actividad irán enderezados a la gloria de nuestro Padre celestial.

«¡Oh divino resucitado! Vos sois quien venís a mí; Vos sois quien después de haber expiado el pecado por medio de tan atroces martirios, habéis vencido a la muerte con vuestro triunfo para siempre glorioso, y sólo vivís para vuestro Padre. Venid, pues, a mí para destruir la obra del enemigo maligno, para desterrar el pecado y todas mis infidelidades; venid a mí, para que yo me desapegue de todo aquello que no sois Vos: venid para hacerme participante de esta sobrecabundancia de vida perfecta que fluye ahora de vuestra Humanidad sacratísima; cantaré entonces con Vos un cántico de acción de gracias a vuestro Padre que os ha coronado en este día de gloria y honor como a Jefe y Cabeza nuestra».

Estas aspiraciones son las mismas que la Iglesia eleva en una de sus oraciones, en que resume, después de la Comunión, las gracias que de Dios solicita en favor de sus hijos: «Dignaos, Señor, librarnos de todas las reliquias del hombre viejo, y haced que la participación de vuestro augustísimo sacramento nos confiera un nuevo ser»¹.

Quiere además la Iglesia que esta gracia perdure con nosotros aun después de la comunión y aun cuando hubieren pasado las solemnidades pascuales: «Haced, oh Dios omnipotente, que la virtud del misterio pascual persevere constantemente en nuestras almas»². Esa gracia permanente nos irá renovando sin cesar³, y aumentará en nosotros la vida de Cristo; con ella iremos copiando en nosotros los rasgos gloriosos de nuestro divino modelo.

VI

Al indicaros antes el doble aspecto del misterio de santidad que la Resurrección de Cristo debe producir en nuestros corazones, no hemos apurado, ni mucho menos, los

1. Poscomunión del miércoles de Pascua.

2. Poscomunión del martes de Pascua.

3. II COR., IV, 16.

riquísimos tesoros de la gracia pascual; pues Dios se muestra tan grande en todas las obras que ceden en honra de Cristo, que quite que el misterio de la Resurrección de su Hijo alcance a nuestras almas y a nuestros mismos cuerpos; pues es dogma de fe que hemos de resucitar con nuestros cuerpos, como Cristo y con Cristo. ¿Podría no ser así?

Cristo, como repetidas veces os he dicho, es nuestra Cabeza, formando nosotros con Él un solo cuerpo místico. Si Cristo resucitó, esto sólo fué en cuanto hombre; por tanto, es necesario que nosotros participemos de su misma gloria, dado que somos miembros de Cristo, no ya tan sólo, por razón de nuestra alma, sino también por nuestro cuerpo y por todo nuestro ser, ligándonos así con Jesús la unión más estrecha que darse pueda. Así que si Él ha resucitado glorioso, los fieles que por medio de su gracia forman parte de su cuerpo místico, le estarán también unidos hasta en su misma Resurrección.

Escuchad, si no, lo que a este propósito nos dice san Pablo: Cristo ha resucitado, constituye las primicias de los muertos; representa los primeros frutos de la mies; tras de Él seguirá la cosecha: «Por un hombre entró la muerte en el mundo, por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos; pues así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados»¹. «Dios, dice aún con más energía el Apóstol, nos resucitó en su Hijo Jesucristo»². ¿De qué modo? Por medio de la fe y de la gracia, la cual, haciéndonos miembros vivos de Cristo, nos da a participar de sus diversos estados y nos une con Él. Y como la gracia es principio de nuestra gloria, aquellos que están ya salvados en esperanza, por la gracia, puede decirse que también están resucitados en Cristo. Ésa es nuestra fe y nuestra esperanza.

Pero, mientras tanto, nuestra vida está oculta con Cristo en Dios; vivimos ahora sin que la gracia produzca aquella claridad y resplandor que tendrá en la gloria, así como Jesucristo, antes de resucitar, contuvo la irradiación gloriosa de su divinidad, y no dejó traslucir más que un reflejo a tres de sus discípulos el día de la Transfiguración en el Tabor.

1. I COR., XV, 20-22.

2. EFES., II, 6.

Sólo Dios conoce en este mundo nuestra vida interior, quedando oculta a los ojos de los hombres. Además, si tratamos de reproducir en nuestras almas por medio de nuestra libertad espiritual, los caracteres de la vida de Jesús resucitado, ello supone un trabajo para nuestra carne viciada todavía por el pecado, sujeta a las flaquezas del tiempo; y no llegamos a aquella santa libertad sino a costa de recia y continuada pelea. También nosotros hemos de sufrir antes de entrar en la gloria, como Cristo mismo lo decía a los discípulos de Emaús el día de su Resurrección ¹.

«Nosotros, como dice el Apóstol, somos hijos de Dios y herederos suyos, y, por ende, coherederos de Cristo; pero no seremos glorificados con Él sin que antes padezcamos con Él» ².

Quiera Dios que estos pensamientos celestiales nos contengan durante los días que nos restan aquí en la tierra; pues día vendrá «en que no habrá ya ni dolores, ni gemidos, ni llantos, y Dios mismo se encargará de enjugar las lágrimas de sus servidores» ³; convertidos ya en coherederos de su Hijo, los sentará consigo en el eterno festín que tiene preparado para celebrar el triunfo de Jesús y de todos sus hermanos.

Si somos fieles cada año en participar de los dolores de Cristo, durante la Cuaresma y Semana Santa, también cada año la celebración del misterio de Pascua, al mismo tiempo que nos hace contemplar la gloria de Jesús, vencedor de la muerte, nos hará sentir con más fruto y con más abundancia aún, su divina condición de resucitado; esta celebración nos despegará más de todo lo que no es Dios, y «acrecen-tará en nosotros, por la gracia, la fe, el amor y la vida divina.

Afirmará también nuestra esperanza, porque «al aparecer el último día, Cristo, que es nuestra vida, y nuestra Cabeza, apareceremos también nosotros con Él en la gloria, por haber antes participado de su vida» ⁴.

Esta esperanza nos colma de gozo, y como quiera que el misterio de Pascua es misterio de vida, por eso mismo

1. LUC., XXIV, 26.

2. ROM., VIII, 17.

3. APOC., XXI, 4.

4. COL., III, 4.

confirma nuestra esperanza, y resulta misterio de gozo en grado eminente, como lo muestra la Iglesia al multiplicar durante el tiempo pascual el cántico *Alleluia*¹ que es grito de alegría y felicidad usurpado a la liturgia del ciclo.

Prescinde de este cántico durante la Cuaresma, en señal de tristeza y de duelo, mientras contempla los trabajos y la muerte de su Esposo; mas ahora que lo ve resucitado, regójase con Él, y vuelve a entonar con nuevo fervor esta alegre exclamación, en la cual resume todos los sentimientos que la embargan.

No olvidemos nunca que formamos una sola y misma cosa con Cristo, que su triunfo es el nuestro y que su gloria es principio de nuestro gozo. Cantemos también con la Iglesia nuestra Madre repetidas veces el *Alleluia* para demostrar a Cristo nuestra alegría por verle triunfador de la muerte, y para dar gracias al Padre por la gloria con que premia a su Hijo. El *Alleluia*, repetido sin cesar por la Iglesia durante los cincuenta días del período pascual, es como un eco continuado de aquella oración con que se termina la semana de Pascua: «Te pedimos, Señor, nos concedas que te demos siempre gracias por estos misterios de Pascua; de modo que la continua operación de la obra de nuestra reparación sea para nosotros causa de perpetua alegría»².

1. Significa: *Alabad a Dios.*

2. *Secreta del Sábado in Albis.*

XVI. Y ahora, Padre, glorifica a tu Hijo

SUMARIO. — I. Triunfo magnífico de Jesús en su Ascensión a la diestra del Padre. — II. Motivos principales de esta exaltación de Cristo: es el Hijo de Dios, y se ha abismado en las ignominias de la Pasión. — III. Gracia que nos comunica Cristo en este misterio: penetramos con Él en los cielos como miembros de su cuerpo místico. — IV. Sentimiento de gozo profundo que despierta en nosotros esta glorificación de Jesús: *Tu esto nostrum gaudium*. — V. Inalterable confianza que debe animarnos en esta solemnidad: Cristo penetra en el Santo de los Santos como pontífice supremo y permanece allí como único medianero. — VI. Apoyémonos en Cristo, a fin de preservarnos del mal en medio de las tristezas y pruebas de la vida presente.

Jesucristo resucitado sólo permaneció cuarenta días con sus discípulos; pero, como dice san León, no los pasó ocioso¹. Jesús, en sus múltiples apariciones y conversaciones con sus Apóstoles, al hablarles del reino de Dios², llenó de gozo sus corazones, fortaleció la fe en su triunfo, en su persona y en su misión y les dio igualmente sus últimas instrucciones acerca del establecimiento y organización de la Iglesia.

Una vez cumplida su misión en la tierra, y llegada la hora de volver al Padre, cual divino gigante que ha andado su carrera en la tierra³, vuela a disfrutar ya los gozos profundísimos de su maravilloso triunfo y a consumir con su Ascensión gloriosa a los cielos su vida en este mundo. Entre las fiestas de Nuestro Señor, me atrevería a decir que la Ascensión es en alguna manera la mayor, por ser

1. *Sermo I de Ascensione Domini*, c. II.

2. *Act.*, I, 3.

3. *JUAN.*, XVII, 4.

la glorificación suprema de Jesús. Por eso la llama la Iglesia gloriosa y admirable, y en todo el Oficio de esta fiesta no cesa de cantar las grandezas de este misterio.

Nuestro divino Salvador había pedido al Padre le glorificase con aquella gloria que poseía su divinidad en los resplandores eternos de los cielos¹; con la victoria de la resurrección apuntaba ya la aurora de la glorificación personal de Jesús por encima de todos los cielos².

Digamos algo de esta glorificación, de las razones en que estriba y de la gracia especial que consigo lleva, lo cual todo parece resumirlo la Iglesia en la oración del Oficio: «Concedenos, Dios Todopoderoso; que ya que creemos que vuestro único Hijo, Redentor nuestro, subió en este día a los cielos, moremos algún día con Él».

Hacemos primero un acto de fe en este misterio, recordando los títulos de Jesús, «Hijo único» y «Redentor»; luego la Iglesia apunta los motivos de la exaltación celestial de su Esposo y juntamente la gracia peculiar que en este misterio se contiene.

I

Háilase representado de un modo sensible y muy conforme a nuestra naturaleza el misterio de la Ascensión de Jesús, como quiera que contemplamos la sacratísima Humanidad elevándose desde la tierra y volando visiblemente hacia los cielos.

Reúne Jesús por última vez a sus discípulos y condúcelos consigo a Betania, a la cumbre del monte de los Olivos; allí les da otra vez la misión de predicar por toda la tierra, prometiendo estar para siempre con ellos por su gracia y por su Espíritu. Luego los bendice, y se eleva por su propio poder divino y el de su alma gloriosa por encima de las nubes, desapareciendo a sus miradas.

Pero esta Ascensión material, tan real y maravillosa como aparece, es también símbolo de otra ascensión, cuyo término final no presenciaron aún los mismos Apóstoles, ascensión

1. JOAN., 5.

2. MARC., XVI, 19.

todavía más admirable aunque incomprensible para nosotros. Sube nuestro Señor ¹, y recorre todos los cielos y coros angelicales, sin detenerse hasta llegar a la diestra del Padre. La expresión «diestra de Dios» es sólo figuración, y no ha de tomarse así como suena, porque, siendo Dios puro espíritu, claro está que no tiene nada de corporal; pero la Sagrada Escritura ² y la iglesia ³ las emplean para indicar los sublimes honores y el triunfo magnífico que recibió Cristo en el santuario de la Divinidad. De igual modo, cuando decimos que Jesús *está sentado*, entendemos que ha entrado para siempre en posesión de aquel descanso eterno que le merecieron sus gloriosos combates, sin que dicho reposo excluya el ejercicio incesante de la omnipotencia que el Padre le comunica para regir, santificar y juzgar a todos los hombres.

San Pablo cantó en su carta a los Efesios, en términos grandiosos, esta glorificación divina de Jesús, diciendo: «Dios desplegó en la persona de Cristo la eficacia toda de su fuerza victoriosa, resucitándole de entre los muertos y colocándole a su diestra en los cielos, sobre todo principado y potestad y virtud y dominación y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no sólo en este siglo, sino también en el futuro, y puso todas las cosas bajo sus pies y le constituyó cabeza y soberano de toda la Iglesia» ⁴. De hoy más Jesucristo es y será para toda alma el único venero de salud de gracia, de vida, de bendición; y su nombre, como dice el Apóstol, será tan grande, y tan glorioso, que toda rodilla se doblará al oírlo así en el cielo como en la tierra y en los infiernos... y toda lengua publicará que Jesús vive y reina para siempre en la gloria de Dios Padre ⁵.

Ved, si no, cómo desde aquella hora bendita, «la innumerable muchedumbre de escogidos de la Jérusalén celestial, donde el Cordero inmolado es la luz eterna, arrojan las coronas a sus pies, postrándose ante Él, y proclamándole en nutrido coro, cuyas sinfonías semejan el ruido del mar:

1. EPHES., IV, 10.

2. Salmo CIX, 1; MARC., XVI, 19; EPHES., I, 20, IV, 10; COL., III, 1.

3. Símbolos de los Apóstoles, de Nicea, y el Quicumque de san Atanasio.

4. EPHES., I, 10, 22.

5. PHILIP., II, 10, 11.

«Digno es de todo honor y de toda gloria; porque Él es el principio y fin de su salvación y eterna felicidad»¹.

Desde aquella hora, en toda la luz de la tierra, todos los días, durante la santa Misa, la Iglesia eleva desde sus templos sus súplicas y sus alabanzas, pues que en Él está la fuente única de toda fortaleza y de toda virtud. «Tú que estás sentado a la diestra del Padre, ten piedad de nosotros, pues sólo Tú eres santo, Tú, el único Señor, el Altísimo, oh Jesucristo, junto con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.

Desde aquella hora también, los príncipes de las tinieblas, a quienes Cristo ya vencedor les arrancaba para siempre el bocado², están presos de terror con sólo oír el nombre de Jesús, y se ven forzados a huir y abatir su orgullo ante el signo victorioso de su cruz.

Tal es la magnificencia del triunfo con que entró para siempre en el cielo la humanidad de Jesús en el día de su admirable Ascensión.

II

Ahora me preguntaréis, sin duda, por qué fué Jesús de este modo exaltado y por qué tuvo también tanta parte en aquel triunfo su santa Humanidad³.

Todas las razones pueden reducirse a dos principales: la primera es que Jesucristo es el Hijo mismo de Dios y la segunda, que para rescatarnos, se abismó en la humillación.

Jesús es Dios y hombre. Como Dios llena cielos y tierra con su divina presencia, de modo que sube en cuanto hombre a la diestra del Padre. Mas como la humanidad en Jesús está unida a la persona del Verbo, de ahí que es la humanidad de un Dios, y como tal, goza de plenísimo derecho para pretender la gloria divina en medio de los resplandores eternos. Esta gloria la había mantenido Cristo velada y oculta durante su vida mortal, menos el día de la Transfiguración.

1. Apoc., *passim*.

2. Ezech., IV. 8.

El Verbo quiso unirse con una Humanidad débil y flaca como la nuestra, pasible, y expuesta al sufrimiento y a la misma muerte. Ya vimos cómo Jesús, desde la aurora de su resurrección entró en posesión de aquella clarísima gloria, con la cual quedaba su santa Humanidad para siempre gloriosa e impasible, aunque morando todavía en un lugar corruptible, donde reina la muerte. Para llegar a la cumbre y último ápice de esta gloria, necesitaba Jesús resucitado un lugar que correspondiese dignamente a su nuevo estado; su lugar propio eran las alturas del cielo, desde donde pudiesen ya irradiar en toda su plenitud su gloria y poder sobre toda la sociedad de los escogidos y redimidos. Jesús, siendo Hombre-Dios, Hijo de Dios e igual a su Padre, tiene derecho de sentarse a su diestra y de participar con Él de la gloria divina, de la felicidad infinita, de la omnipotencia del Ser Soberano¹.

La segunda razón de esta suprema glorificación consiste en que es una recompensa de las humillaciones sufridas por Jesús por amor de su Padre y por caridad para con nosotros, pues al entrar Cristo en este mundo, como ya llevo varias veces repetido, se entregó enteramente al divino beneplácito del Padre², que aceptó todo el programa de las humillaciones que le presentaba, y apuró hasta las heces el cáliz amargo de dolores e ignominias sin cuento, anonadándose hasta la maldición de la cruz. ¿Por qué todo esto?³, para que sepa el mundo que amo a mi Padre, con sus perfecciones y su gloria, sus derechos y voluntad.

He ahí por qué, Dios Padre glorifica a su Hijo, y por qué le ha sublimado muy por encima de todo cuanto existe: cielo, tierra e infierno⁴.

Terminado el combate, suelen los príncipes de la tierra recompensar en medio de regocijos a los esforzados capitanes que defendieron sus prerrogativas, vencieron al enemigo y dilataron con sus conquistas los confines de su reino. Algo así hizo en los cielos Jesucristo el día de la

1. Si consideramos la humanidad de Jesús en cuanto naturaleza, resulta que, como es una naturaleza creada, sentarse a la diestra de Dios, no significa que tenga igualdad con el Ser divino en su gloria esencial, sino una participación sublime y eminente en la bienaventuranza y poder infinitos.

2. *Hebr.*, X, v. 6. *Salmo XXXIX*, 8.

3. *Joan.*, XIV, 31.

4. *Philip.*, II, 9.

Ascensión. ¡Cuál no debió ser la fiesta y regocijos de aquel día! Jesús había realizado fidelísimamente la obra que su Padre le confió: *Quod placita sunt ei facio semper*¹ ...*opus consummavi*², entregándose a los golpes de la justicia como víctima santa y descendiendo a los más profundos e incomprensibles oprobios y dolores. Expiada ya y saldada nuestra deuda, desbaratados los poderes de las tinieblas y reconocidas las perfecciones del Padre, vengados sus derechos y abiertas de nuevo las puertas del cielo a todo el humano linaje, ¿no podemos comprender el inefable gozo que sentiría el Padre eterno al coronar a su Hijo, después de la victoria ganada al príncipe de este mundo. ¡Qué alegría la de aquella Humanidad de Jesús al verse llamada a gustar de los espléndores, felicidad y poderío de aquella eterna exaltación! Tanto más cuanto Jesús, ya a punto de consumir su sacrificio, pidió a su Padre esta gloria, que había de dilatar la gloria misma del Padre: «Padre, llegada es la hora: glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique»³.

«Sí, Padre mío, llegada es la hora: tu justicia está ya satisfecha por mi expiación; séalo igualmente por los honores que reciba tu Hijo, a causa del amor que te ha manifestado en medio de sus dolores. Padre soberano, glorifica a tu Hijo, afianza su reino en los corazones de cuantos le aman; reduce a su aprisco las almas que de Él se apartaron; atrae hacia Él a aquellas que, sepultadas en las tinieblas, aun no han llegado a conocerle. Glorifica a tu Hijo, para que Él, a su vez, te glorifique, manifestando tu ser divino, tus perfecciones y tus deseos.»

Oíd ahora la respuesta del Padre: «Le he glorificado y le glorificaré todavía más»⁴. Y dice al mismo Cristo aquellas palabras proféticas del salmista: «Tú eres mi Hijo; pídemelo y yo te daré por herencia todas las naciones y tus dominios se extenderán a los últimos confines de la tierra»⁵... Siéntate a mi diestra hasta tanto que haga a tus enemigos servir de escabel a tus pies»⁶.

1. JOAN., VIII, 29.

2. *Ibid.*, XVII, 4.

3. *Ibid.*, XVII, 1.

4. *Ibid.*, XII, 28.

5. Salmo II, 7-8.

6. Salmo CIX, 1.

En las obras divinas brillan inefables armonías, y un cierto sabor peculiar que hechiza a las almas fieles.

Notad aquí: ¿dónde comenzó Jesucristo su Pasión? Al pie del monte de los Olivos. Allí, durante tres horas continuas, su alma santísima, que con la luz divina preveía la trama toda de su Pasión, las angustias y dolores que habían de constituir su sacrificio, se vió presa de mortal tristeza y abarimiento, de hastío, miedo y angustia indecibles. Nunca, jamás; llegaremos a comprender la cruel agonía por que pasó el Hijo de Dios en el jardín de los Olivos; Jesús sufrió allí, en alguna manera, todos los dolores de la Pasión: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz»¹.

¿Dónde inauguró nuestro divino Salvador las alegrías de su Ascensión? Jesús, que es la Sabiduría eterna, y que es todo uno con su Padre y el Espíritu Santo, quiso escoger, para volar a los cielos, la misma montaña que había sido testigo de sus congojas y agonías. Allí, en donde, a manera de torrente vengador, se cebó en Cristo la justicia divina, allí mismo le corona ahora de honor y gloria; y el lugar mismo que fué testigo de los más recios combates, es el teatro donde apunta la aurora de su incomparable triunfo.

¿No tiene sobrada razón, pues, nuestra Madre y Iglesia para ensalzar y proclamar «admirables» la Ascensión de su divino Esposo?

III

Tal es el misterio de la Ascensión: sublime glorificación de Jesucristo por encima de toda criatura, a la diestra de Dios Padre.

«Salió Jesús del Padre» y «tornó a su Padre», después de haber terminado su misión en la tierra². «A manera de gigante que se lanza animoso a recorrer su camino» «salió de lo alto de los cielos», del santuario de la divinidad, y «se remonta a las más empinadas cumbres para gozar allí de la gloria, de la felicidad y del poder divino»³.

1. MATH., XVI, 39.

2. JOAN., XVI, 28.

3. Salmo XVIII, 6-7.

Este triunfo, en lo que tiene propiamente de divino, es privilegio exclusivo de Cristo, Hombre Dios y Verbo encarnado, pues a Él solo, como Hijo que es de Dios y Redentor del género humano, le es debida esta gloria infinita. Por eso decía san Pablo: «¿A quién de los Ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra?»¹.

Idéntico pensamiento expresaba Nuestro Señor conversando con Nicodemo: «Nadie subió al cielo, decía Jesús, sino aquel que ha descendido del cielo, a saber, el Hijo del hombre que está en el cielo»². Jesús es por su Encarnación el Hijo del Hombre; más al encarnarse, sigue siendo el Hijo de Dios, que está siempre en el cielo. Al descender del cielo desde el seno del Padre para vestirse de nuestra naturaleza, vuelve a subir allí Cristo como a lugar natural de su morada, puesto que a Él solo, como verdadero Hijo de Dios, le pertenece de derecho subir de nuevo junto al Padre y participar de los sublimes honores de la Divinidad, a Él solo reservados.

¿Entraremos nosotros en los cielos, o bien quedaremos excluidos de aquella morada de gloria y de bienandanza? ¿No tendremos alguna parte en la ascensión de Jesús? Sí, por cierto; mas como ya lo sabéis, entraremos en el cielo con Cristo y por medio de Cristo.

¿De qué modo? Por el bautismo, que nos hace hijos de Dios. Así lo declaró Nuestro Señor en la entrevista que tuvo con Nicodemo³: «Quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios». Que es como si dijera: no es posible entrar en el cielo si no se renace de Dios; hay un nacimiento eterno en el seno del Padre, y éste es el mío; con pleno derecho me subo al cielo, por ser yo el propio Hijo de Dios, engendrado en los resplandores de los santos; pero hay también otros hijos de Dios y son «aquellos que nacen de Él» por el bautismo⁴.

Son hijos de Dios, y por lo mismo «sus herederos», y a la vez «coherederos de Cristo»⁵, pues que participan de su misma herencia eterna.

1. HERR., I, 13.

2. JOAN., III, 13.

3. *Ibid.*, 5.

4. *Ibid.*, I, 13.

5. ROM., VIII, 17.

El bautismo, al hacernos hijos de Dios, nos hace asimismo miembros vivos de aquel cuerpo místico cuya Cabeza es Cristo. ¡En términos tan claros se expresa el Apóstol! ¹: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros unidos a otros miembros»; y con más viveza si cabe, dice también: «Nadie aborrece su propia carne; antes bien, la sustenta y cuida; vosotros mismos estáis formados de su carne y de sus huesos» ².

Y como los miembros participan de la gloria de la Cabeza, y el gozo de la persona parece que trasciende a su mismo cuerpo, de ahí que participemos nosotros de los tesoros que Cristo posee, y sus alegrías, sus glorias y su dicha, sean también nuestras.

¡Prodigio grande de la misericordia divina! «Rico es Dios — exclama el Apóstol — en misericordia; movido de la excesiva misericordia con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente con Cristo (por cuya gracia vosotros habéis sido salvados), y nos resucitó con Él, y nos hizo sentar en los cielos con Él, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en vista de la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo» ³.

Así como todo lo que obra el Padre lo hace de igual modo el Hijo ⁴, Jesucristo lleva en pos de sí nuestra humanidad para que ocupe en el cielo la silla preparada. Eso es la gran obra, la hazaña heroica de este gigante: con sus padecimientos las puertas del cielo, cerradas a la humanidad caída y trasladarla consigo a los resplandores del cielo ⁵.

Cuando Jesucristo subió a los cielos, afirma san Pablo, toda una comitiva de Santos, que eran su glorioso trofeo, entró con Él en la gloria: *Captivam duxit captivitatem*; pero estos justos, que hacían la escolta a Jesús en su triunfo, no son sino las primicias de la piáguie cosecha, ya que sin cesar suben al cielo almas que, hasta el día en que el reino de Cristo llegue al colmo de su plenitud, perpetuarán su Ascensión.

1. I COR., XII, 27.

2. EPHES., V, 30.

3. *Ibid.*, II, 4-7.

4. JOAN., V, 19.

5. *Communicantes* de la misa de la Ascensión.

«La Ascensión de Cristo a los cielos es también la nuestra; la gloria de la cabeza es gran motivo de esperanza para el resto del cuerpo; en este día santo ya no somos hechos poseedores del Paraíso, sino que también entramos en las alturas del cielo con Jesucristo»¹. «La astucia del enemigo nos había derribado del encumbrado sitio del cielo; el Hijo de Dios, incorporándonos a él, nos ha colocado a la diestra de su Padre»².

¡Qué cánticos, qué acciones de gracias no entonarán los Santos en loor del Cordero inmolado por los hombres! ¡Qué ovaciones y adoraciones no harán sin cesar a Aquel que con indecibles tormentos compró su dicha eterna!

No nos ha llegado la hora de esta glorificación; pero entre tanto, unidos al coro de los bienaventurados, debemos vivir con el pensamiento y fervorosos deseos en el cielo, donde Jesucristo, nuestra Cabeza, mora y reina por los siglos de los siglos. Somos en la tierra huéspedes y extranjeros que caminan en busca de su patria, como miembros de la ciudad de los santos y de la casa de Dios; «por la fe y la esperanza debemos ya vivir en el cielo»³, como dice san Pablo.

Esta gracia es la que quiere la Iglesia que pidamos en dicha festividad: «¡Oh Dios Omnipotente! Ya que creemos que vuestro Hijo Único y Redentor nuestro subió hoy a los cielos, concédenos que también nosotros vivamos con el pensamiento en el cielo». En la poscomunión de la misa pedimos «sentir los efectos invisibles de aquellos misterios de los que visiblemente participamos». Por la sagrada comunión nos unimos a Jesús; al venir a nosotros, Nuestro Señor nos hace participantes en esperanza de la gloria de que Él está gozando y nos da de ello una prenda segura⁴.

¡Oh, le diremos, llévanos en pos de ti, Héroe magnánimo y poderoso: *Tráhe nos post te*; danos el subir contigo a los cielos, el habitar allí por la fe, la esperanza y la caridad! ¡Concédenos el desasimiento de todo lo terreno y caduco, para no buscar sino los bienes eternos y perdura-

1. SAN LEÓN, *Sermo I De Ascensione Domini*, c. IV.

2. *Ibid.*

3. PHILIP., III, 20.

4. Antífona del Cordus *O sacrum convitulum*.

bles! Vivamos allá con el corazón, donde bien sabemos que subsiste en cuerpo y alma en este santo día ¹.

IV

Múltiples son los sentimientos que la Ascensión de Jesús despierta en el alma fiel que la contempla con devoción, pues si bien es cierto que Cristo ya no merece más, pero su Ascensión tiene la virtud de producir eficazmente las gracias que significa o simboliza.

Ella robustece nuestra fe en la divinidad de Jesús; aumenta nuestra esperanza mediante la visión de la gloria de nuestro Caudillo, y, animándonos a la observancia de sus mandamientos, en la cual estriban nuestros méritos, que son principio de nuestra futura bienaventuranza, hace que nuestro amor sea todavía más ardiente. En la Ascensión de Cristo admiramos su triunfo magnífico y le agradecemos el que nos haya dado participación de este mismo misterio. «Elevando nuestras almas a las celestiales realidades, aviva en ellas el desapego de las cosas transitorias ² él nos da paciencia en las adversidades; pues, como dice san Pablo: «Si compartimos los padecimientos de Cristo, seremos también asociados a su gloria ³. Hay, no obstante esto, dos sentimientos, en los cuales quiero entreteneros breves instantes, porque parece que manan más espontáneos y abundantes de la contemplación piadosa de este misterio, y porque son singularmente fecundos para nuestras almas: son los sentimientos de gozo y de confianza.

En primer lugar, ¿por qué gozarnos en este misterio?

Nuestro Señor mismo se lo decía a sus apóstoles antes de separarse de ellos ⁴: «Si me amaseis, os alegraríais de que vaya al Padre». Otro tanto nos dice también a nosotros. Si le amamos, nos regocijaremos de su glorificación; nos gozaremos de que, terminada su carrera mortal, suba a la diestra del Padre, para ser ensalzado en lo más alto de

1. SAN GREGORIO, *Homil. XXIX in Evangl.*, c. 11.

2. COL., III, 1-2.

3. ROM., VIII, 17.

4. JOAN., XV, 28.

los cielos, para gozar, acabados sus trabajos, sus dolores y su muerte, de un descanso eterno envuelto en gloria incommensurable. Rodéale y compenétrole para siempre en el seno de la divinidad una dicha para nosotros incomprensible, puesto que le ha sido dado un poder supremo sobre toda criatura.

¿Cómo no gozar al ver que Jesús recibe del Padre todo aquello que en justicia se le debía?

Mirad cómo nos invita la Iglesia en su Liturgia a celebrar con alegría esta exaltación de su Esposo, nuestro Dios y Redentor.

Unas veces exhorta a los pueblos todos a demostrar su alegría en repetidos himnos: «¡Aplaudid, naciones todas! ¡Alabad a Dios con voces de júbilo». «Porque el Señor asciende entre aclamaciones, y las trompetas celebran su ida al cielo. ¡Cantad a nuestro Dios! ¡Cantad a nuestro Rey! ¡Cantad armoniosos salmos! Porque el Señor reina sobre las naciones, y está sentado sobre su santo trono»¹. «Ensalzad al Rey de Reyes, y cantad un himno a Dios»².

Otras interpela a las potestades angélicas: «Levantad, oh príncipes de los cielos, vuestras puertas, para que entre el Rey de la gloria»: Maravillados los ángeles, se preguntan: «¿Quién es este Rey de la gloria?» «Es el Señor lleno de fuerza y poder, el Señor que manifiesta su brazo en las batallas». Y los espíritus del cielo repiten: «¿Quién es este Rey de la gloria?» «Es el Señor de los ejércitos, Él sólo es el Rey de la gloria»³.

Finalmente, otras veces, en un lenguaje perfumado de poesía, la Iglesia se dirige al mismo Jesús, y le dice con el salmista: «Ensálzate, oh Señor, por tu poder divino, porque nosotros cantaremos y ensalzaremos tus triunfos»⁴: «Tu majestad resplandece en lo más alto de los cielos»⁵. «Has hecho de las nubes tu carroza, y andas sobre las olas de los vientos; revestido estás de luz y majestad; cubierto estás de luz, como de vestidura»⁶.

Alegrémonos muy de veras. Los que aman a Jesús sien-

1. Salmo XLVI, 1, 6-7, 9.

2. Antífona de Laudes de la Ascensión.

3. Salmo XXIII, 7, 10.

4. Salmo XX, 14.

5. *Ibid.*, VIII, 2.

6. *Ibid.*, CIII, 1-3.

ten en sí un intenso y profundo gozo al contemplar en el misterio de su Ascensión, al dar gracias al Padre por haber dispensado tal gloria a su Hijo, y al felicitar a Jesús por ser Él el objeto de esta distinción altísima y nunca vista.

Regocijémonos además porque este triunfo y esta glorificación de Jesús son también los nuestros.

«Yo vuelvo a mi Padre, que es también vuestro Padre, a mi Dios y Dios vuestro» ¹. Jesús tan sólo nos precede, pues Él no se aparta de nosotros ni nos separa de Sí. Si entra en su glorioso reino, es «para prepararnos allí un hermoso sitio». Promete volver un día para tomarnos y sentarnos cabe Sí, y hacer que estemos donde Él está» ². Por tanto, ya estamos de derecho en la gloria y felicidad de Jesucristo, y en la realidad lo estaremos también algún día. Pues, ¿no ha pedido a su Padre que donde Él esté estemos también nosotros? ³.

¡Oh qué poder el de esta oración, qué duizura la de esta promesa!

Demos, pues, libertad a nuestro corazón para ir en busca de esta íntima y espiritual alegría; no hay nada que «dilata» tanto nuestras almas como este sentimiento, nada que las haga «correr con más generosidad en el camino de los mandamientos, de los mandamientos del Señor» ⁴.

En estos días santos repitamos a menudo a Jesús, las cálidas aspiraciones del himno de la fiesta:

«Sé Tú nuestra alegría, ya que algún día serás nuestro premio; y toda nuestra gloria en Ti vaya siempre cifrada por los siglos de los siglos!» ⁵.

V

Debemos unir una firme *confianza* a esta profunda alegría. — Esta confianza estriba principalmente en el crédito todopoderoso de Cristo cerca de su Padre, no ya sólo por cuanto es Rey invencible que hoy inaugura su triunfo, sino también por ser Pontífice supremo que intercede siempre

1. JOAN., XX, 17.

2. *Ibid.*, XIV, 23.

3. *Ibid.*, XVII, 24.

4. Salmo CXVIII, 32.

por nosotros, después de haber ofrecido a su Padre una oblación de valor infinito. Pues bien; esta mediación única, Jesús la comenzó más particularmente el día de su Ascensión gloriosa a los cielos.

Aquí tenéis un aspecto muy íntimo del misterio en el cual conviene pararnos un instante.

San Pablo, que es quien nos lo reveló en la Epístola a los Hebreos lo llama «inefable»¹.

Sin embargo de ello, voy a tratar, guiado por el gran Apóstol, de daros una idea, aunque muy pálida, de este arcano inescrutable. El Espíritu Santo nos haga comprender lo prodigiosas que son las obras divinas.

En primer lugar, san Pablo recuerda los ritos del sacrificio más solemne de la Antigua Alianza.

¿Por qué este procedimiento? Sin duda porque él hablaba a los judíos y convenía hacerlo de modo que ellos le entendiesen. Pero hay una razón todavía más profunda, que el mismo Apóstol nos muestra. Es la relación íntima, establecida por Dios, entre el ceremonial antiguo y el sacrificio de Cristo. ¿Y cuál es esa relación?

Dios, en su presencia eterna, abarca toda la serie de los siglos; además, con su sabiduría infinita dispone todas las cosas con medida y equilibrio perfectos. Ahora bien, Él ha querido que los principales sucesos que han señalado la historia del pueblo escogido, y los sacrificios con que estableció la religión de Israel fuesen otros tantos tipos imperfectos y oscuros símbolos de las realidades grandiosas que debían suceder cuando el Verbo encarnado apareciese en la tierra². He ahí por qué el Apóstol insiste primero en el sacrificio de los judíos, y no lo hace tanto por establecer una simple comparación para facilitar a sus oyentes la inteligencia de su tesis, cuanto porque la antigua Alianza presagiaba, por sus medias luces, los esplendores de la nueva Ley fundada por Jesucristo.

Recuerda además san Pablo, cuál era la estructura del templo de Jerusalén, planeado todo por el mismo Dios. «Había en él, dice, un primer tabernáculo, llamado el Santo, adonde entraban de continuo los sacerdotes para el servicio del culto; al otro lado de un velo estaba otro tabernáculo

1. *HEBR.*, V, 11.

2. *I COR.*, X, 11.

denominado el «Santo de los Santos», con el altar del oro y del incienso y el arca de la alianza»¹. El «Santo de los Santos» era el lugar más angustioso de la tierra y el centro de convergencia de todo el culto de Israel. Allí volvían los ojos y elevaban sus manos todo el pueblo judío. ¿Por qué así? Era que Dios había puesto allí su morada especial, y prometido «tener fijos en él sus ojos y corazón»²; allí recibía Él los homenajes, bendecía los votos y atendía las súplicas de Israel y entraba como en estrecho contacto con su pueblo.

Mas este contacto no se establecía sino por mediación del gran sacerdote. Era, en efecto, tan temible la majestad de este tabernáculo, donde Dios habitaba, que solamente el sumo pontífice de los judíos podía penetrar en él, estando prohibida la entrada a todos los demás, bajo pena de muerte. El pontífice entraba allí revestido de hábitos pontificales, llevando sobre su pecho el misterioso «racional», hecho de doce piedras preciosas, en las que se veían grabados los nombres de las doce tribus de Israel; sólo de esta manera simbólica el pueblo tenía acceso en el «Santo de los Santos».

Además, el mismo sumo sacerdote no podía salvar el velo de este santo tabernáculo sino una vez al año, y aun antes debía inmolar, fuera, dos víctimas, una por sus pecados y la otra por los pecados del pueblo, rociando con sangre el propiciatorio, donde reposaba la majestad divina, mientras que los levitas y el pueblo llenaban el templo. Este solemne sacrificio por el que el gran sacerdote de la religión judía ofrecía a Dios, una vez al año, los homenajes de todo su pueblo y la sangre de las víctimas por el pecado, constituía el supremo y más augusto acto de su sacerdocio.

Sin embargo de ello, «todo esto no eran sino meras figuras»³. ¡Cuántas imperfecciones no envolvían estos símbolos! Este sacrificio podía tan poco, que era preciso renovarlo cada año; el pontífice era tan imperfecto que carecía del poder de abrir la entrada del santuario al pueblo que representaba; como quiera que el mismo sólo podía penetrar en él una vez al año, y esto protegido, por decirlo así, por la sangre de las víctimas ofrecidas por sus propios pecados.

1. IJNR., IX, 2-4.

2. III RCO., IX, 3.

3. HEBR., IX, 9.

¿En dónde están aquí las realidades? ¿Dónde el perfecto y único sacrificio que reemplazará para siempre estas ofrendas repetidas e impotentes? Encontrámosle en Jesucristo; ¡con qué plenitud tan cabal y perfecta!

Jesucristo, dice san Pablo, es el pontífice supremo, pero un «pontífice santo, inocente, apartado de los pecadores y encumbrado sobre los cielos»¹; «entra en un tabernáculo no hecho por mano de hombre»², sino «en los cielos», en el santuario de la divinidad³; entra allí, como el gran sacerdote, llevando la sangre de la víctima. ¿Cuál es esta víctima? ¿Acaso serán animales como en la Antigua Alianza? ¡Oh! no, esta sangre no es sino «su propia sangre»⁴, sangre preciosa y de valor infinito, vertida «afuera», es decir, en la tierra, y derramada por los pecados, no ya sólo del pueblo de Israel, sino de todo el género humano; penetra por entre el velo, esto es, por su santa humanidad; por medio de este velo es como se nos ha abierto en lo sucesivo el camino del cielo⁵; finalmente, Él entra, no ya una vez al año, sino «una vez por todas»⁶; pues siendo su sacrificio perfecto y de valor infinito, es «único y basta para procurar siempre la perfección a aquellos que quiere santificar»⁷.

Mas Cristo no ha entrado solo; y precisamente por esto, la obra divina resulta más admirable, y la realidad excede a toda figura. Nuestro pontífice nos lleva consigo, no de una manera simbólica, sino, en realidad, de verdad, porque somos sus miembros, su «plenitud»⁸, como dice el Apóstol, antes de Él era imposible la entrada en los cielos, lo cual estaba simbolizado por el temible entredicho de traspasar el velo del «Santo de los Santos», el Espíritu Santo nos declara esto, como dice san Pablo⁹.

Empero Jesucristo con su muerte ha reconciliado la humanidad con su Padre, y rasgado con sus llagadas manos el decreto de nuestra expulsión¹⁰; ahí tenéis por qué, al expirar Él, se dividió en dos partes el velo del templo. ¿Qué significaba esto? Significaba que la Antigua Alianza firmada con el pueblo judío había llegado a su fin, que los símbolos dejaban el lugar a una realidad más grande y eficaz, y que

1. HEBR., VII, 26.

2. *Ibid.*, IX, 11; Cf. *Ibid.*, 24.

3. *Ibid.*, VI, 19.

4. *Ibid.*, IX, 12.

5. HEBR., X, 20.

6. *Ibid.*, IX, 12.

7. *Ibid.*, X, 14.

8. EPHES., I, 23.

9. HEBR., IX, 8.

10. Cf. COL., II, 14.

Cristo nos volvía a abrir las puertas del cielo y nos devolvía la herencia eterna antes perdida.

Cristo, Pontífice supremo del género humano, en el día de su Ascensión, nos lleva consigo a los cielos, en derecho y esperanza. No olvidéis jamás que sólo por Él podemos entrar allí; ningún hombre penetra en el «Santo de los Santos» sino con Él; ninguna criatura puede gozar de la eterna felicidad sino a continuación de Jesús; el precio de sus méritos es el que nos alcanza la bienaventuranza infinita. Toda la eternidad le estaremos diciendo: «Oh Jesucristo, por Ti y por tu sangre derramada por nosotros, nos vemos en presencia de Dios; tu sacrificio y tu inmolación nos han valido nuestra gloria y nuestra dicha; a Ti, Cordero inmolado, todo honor, toda alabanza y toda acción de gracias».

Hasta tanto que Jesucristo venga a buscarnos, como lo ha prometido, «nos prepara un lugar», y sobre todo, nos ayuda con su intercesión. Porque ¿qué hace este pontífice supremo en los cielos? San Pablo nos responde que ha entrado en el cielo «a fin de estar ahora por nosotros presente ante la majestad de Dios»¹. Su sacerdocio es eterno, y, por ende, eterna es también su mediación. ¡Qué poder infinito el de su crédito!

Allí está delante de su Padre, presentándole sin cesar su sacrificio, que recuerdan las cicatrices de sus llagas, que para eso ha querido conservar; allí está «viviendo siempre para interceder por nosotros»².

Pontífice siempre atendido, compuso para nosotros la oración sacerdotal de la cena: «Padre por ellos ruego... Ellos están en el mundo... Guardad a los que me habéis dado... Yo ruego por ellos para que tengan en sí mismos la plenitud de la alegría... Padre es mi voluntad que allí donde yo estoy se encuentren ellos conmigo, a fin de que vean la gloria que me habéis dado... y que el amor con que me habéis amado también sea con ellos y que yo mismo esté en ellos»³.

¿Cómo no despertarán en nosotros confianza inquebrantable estas sublimes verdades de nuestra fe? Almas de poca

1. HEBR., IX, 24.

2. *Ibid.*, VII, 25. Véase antes, 91 y siguientes, lo que hemos dicho de la oblación de Cristo en el cielo.

3. JOAN., XVII, 9, 11, 13, 24, 26.

fe. Con esto, ¿qué podemos temer, o qué no podremos esperar? ¡Jesús ora siempre por nosotros! «Sí, pues, antiguamente la sangre imperfecta de las víctimas de animales purificaba la carne de aquellos que con ella eran rociados; la sangre de Cristo, que se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, ¿no será capaz de purificar nuestra conciencia de las obras del pecado, para así poder nosotros servir a Dios?» ¹.

Tengamos, pues, una absoluta confianza en el sacrificio, méritos y oración de nuestro pontífice. Él ha entrado hoy en los cielos, y ha inaugurado su incesante mediación con su triunfo; es el Hijo muy amado en quien el Padre tiene todas sus delicias. Pues, ¿cómo dejará de ser oído después de haber manifestado tal amor a su Padre? ².

¡Oh Padre!, considerad a vuestro Hijo; mirad sus llagas, y concedednos por Él y en Él estar algún día donde Él está, para que asimismo por Él, en Él y con Él, os rindamos todo honor y gloria.

VI

Al acercaros estos días santos a la comunión, dad en vuestra alma libre entrada a estos pensamientos de alegría y confianza. Uniéndoos a Jesucristo, os incorporáis a Él, estáis en presencia del Padre eterno. Sin duda vuestros ojos no le ven, mas, por la fe, sabéis que estáis en presencia de Dios con Jesús que os presenta a Él; que estáis con Él en el seno del Padre, en el santuario de la divinidad, Ahí está para nosotros la gracia profunda de la Ascensión, ya que no es dado participar, por la fe, de la inefable intimidad que Jesucristo posee en el cielo con su Padre.

Cuéntase en la vida de santa Gertrudis que un día, en la solemnidad de la Ascensión y cuando ella recibía de mano del sacerdote la hostia santa, oyó a Jesús que le decía: «Heme aquí; vengo, no para decirte adiós, sino para llevarte conmigo a la presencia de mi Padre» ³. — Nuestra alma, apo-

1. *HER.*, 13-14.

2. *Ibid.*, V, 7.

3. *Heraldo del amor divino*. L. IV, c. XXXVI.

yada en Jesús, es poderosa, porque Cristo la ha hecho co-partícipe de todas sus riquezas y tesoros. «¿Quién es ésta que sube del desierto, rebotando en delicias, apoyada en su amado?»¹. No temamos, pues, acercarnos a Dios, a pesar de nuestras miserias y flaquezas; podemos estar siempre, con la gracia del Salvador y acompañados de Él, en el seno de nuestro Padre celestial.

Apoyémonos en Jesucristo, no sólo en la oración, sino en todo lo que obramos, y entonces seremos fuertes. Sí, «sin Él nada podemos»²; «con Él lo podemos todo»³. Encontramos en Él, además de la fuente de una gran confianza, el más eficaz motivo de la paciencia en medio de tristezas, reveses, pruebas y penalidades que forzosamente nos han de salir al paso mientras vivamos en este desierto.

Momentos antes de acabar Jesús su vida mortal, dirige a su Padre una conmovedora oración por sus discípulos a quienes iba pronto a dejar: «Padre santo, cuando estaba con ellos, Yo mismo los guardaba; ahora que vuelvo junto a Vos, Yo os ruego, no que los saquéis de este mundo, sino que los libréis de todo mal»⁴.

¿Qué solicitud tan divina revela esta oración! Nuestro Señor la pronunció por todos nosotros; y la Iglesia, que siempre entra en los sentimientos de su Esposa, en ella se ha inspirado para la «secreta» de la misa de la Ascensión: «Recibid, Señor, los dones que os ofrecemos en memoria de la gloriosa Ascensión de vuestro Hijo, dignaos libramos de los peligros de la presente vida y haced que lleguemos a la vida eterna, por el mismo Jesucristo Señor nuestro».

¿Por qué la Iglesia tomó de nuevo esta oración de Jesús? Porque se cruzan siempre estorbos que nos impiden ir a Dios, y estos tropiezos se resumen todos en el pecado que de Dios nos aparta.

Nuestro Señor, pide que seamos librados del mal, es decir, del pecado, el cual nos enemista con su Padre celestial y es el único verdadero mal. «Sino que los libréis de todo mal». Abandonados a nosotros mismos, a nuestra fragilidad natural, somos incapaces de salvar estos escollos; pero lo podemos, si nos apoyamos en Cristo. Él sube hoy al cielo,

1. CANT., VIII, 5.

2. JOAN., XV, 5.

3. PHILIP., IV, 13.

4. JOAN., XVII, 12-13, 15.

vencedor de Satanás y del mundo. «Tened confianza: yo he vencido al mundo»¹. «El príncipe de este mundo no tiene en mí nada que le pertenezca»². Penetra como pontífice omnipotente en el divino santuario. «Se presentó... con el sacrificio de sí mismo»³. Por la comunión, Nuestro Señor, nos hace partícipes de su poder y de su triunfo. Ésa es la razón por la que debemos apoyarnos tanto en Él.

Con Cristo y ofreciendo a su Padre sus méritos, no hay tentaciones invencibles, ni dificultad insuperable, ni adversidad sin consuelo, ni alegría insensata de que no podamos desasirnos.

Hasta tanto que gocemos con Jesús en los cielos, o más bien, que nos traiga Él hacia Sí, puesto que «nos prepara allí un lugar», vivamos aquí confiados en el ilimitado poder de su oración y crédito, con la esperanza de compartir un día su felicidad, con la caridad que nos entrega alegre y generosamente al entero cumplimiento de sus voluntades y deseos⁴; de este modo participaremos más de lleno en este admirable misterio de la gloriosa Ascensión de Jesús.

1. JOAN., XVI, 33.

2. *Ibid.*, XIV, 30.

3. HEBR., IX, 26.

4. Oración de la Dominica infraoctava de la Ascensión.

XVII. Misión del Espíritu Santo

SUMARIO. — Cómo se relaciona con los misterios de Jesús la misión visible del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. — I. Qué es el Espíritu Santo en el misterio de la Santísima Trinidad. — II. Razones de la venida del Espíritu Santo sobre los discípulos después de la Ascensión. — III. El divino Paráclito llena a los Apóstoles de verdad, de amor, de fortaleza y de consuelo. — IV. Los discípulos, reunidos en el Cenáculo, representan toda la Iglesia; acción maravillosa e incesante del Espíritu Santo en la Iglesia; duración de la fiesta de Pentecostés. — V. Actuación del Espíritu Santo en nuestras almas, y qué deberes tenemos para con Él.

«Si me amáis, decía Jesús a sus Apóstoles, os alegréis de que me vaya al Padre»¹.

Es que, en efecto, de la Ascensión brotan raudales abundantísimos de gozo para aquellos que aman a Cristo, pues es la glorificación suprema de Jesús allá en el cielo eterno y el cumplimiento de aquella oración de Cristo, «Padre, glorifícame con aquella gloria que tuve antes que el mundo existiese»². Desbórdase en nosotros la alegría al contemplar a Jesús, Hijo de Dios y Redentor nuestro, y capitán sentado a la diestra de su Padre. Después de terminar aquí su misión salvificadora, en medio de las humillaciones de la encarnación y de su muerte. Pero Nuestro Señor, no sólo decía a sus discípulos: «Mi ascensión debe causaros alegría», sino que añade también: «Yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, porque si yo no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; pero si yo fuere, os lo enviaré»³.

1. JOAN., XIV, 28.

2. *Ibid.*, XVII, 5.

3. *Ibid.*, XVI, 7.

Todas las palabras del Verbo encarnado son, como Él mismo dice, espíritu y vida¹; son palabras graves y profundas, a las veces misteriosas y difíciles de comprender y profundizar, como no sea en la oración. Una de éstas es la palabra de Jesús que acabamos de oír, relativa a su partida de este mundo: os conviene que yo me vaya. Mas ¿cómo puede convenir a los Apóstoles que Jesús se les vaya y les deje para subirse al Padre? ¿No es Él, por ventura, fuente de todos los bienes y la causa de toda gracia? ¿No es Él el camino, la verdad y la vida? ¿No dijo Él mismo que «nadie puede llegarse al Padre si no es por mediación suya? ¿Cómo, pues, puede ser útil a los Apóstoles que Jesús los deje? ¿No habrían podido contestarle con toda verdad: «No te nos vayas, Maestro, de nadie más necesitamos. Tú sólo nos bastas»?². Contigo lo tenemos todo, quédate con nosotros³.

Pero la palabra del divino Maestro es formal y decisiva: «No, no puedo quedarme más tiempo, es hora ya de volver a mi Padre, y conviene que yo me vaya, para poder enviaros el Espíritu Santo».

He aquí el misterio, misterio que veremos de contemplar en cuanto nos sea dado, porque en este terreno todo es sobrenatural y sólo la fe puede guiarnos.

Aunque en esa instrucción tratemos constantemente del Espíritu Santo, vamos a ver cómo la misión visible de este Espíritu a los Apóstoles —misión que constituye el objeto propio de la solemnidad de Pentecostés— pertenece a Jesús en su naturaleza divina (como también pertenece al Padre), cerrando así el ciclo de sus misterios.

En primer lugar, pertenece esta misión a Jesús por haberla pedido Él mismo al Padre. Lo dijo Nuestro Señor en la última Cena: «Rogado he al Padre y Él os dará un nuevo Consolador, el Espíritu de verdad, para que more con vosotros para siempre». Después *prometió* a sus Apóstoles que había de enviarles el Espíritu Santo: «cuando viniere el Consolador que yo os enviaré, el Espíritu de verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de Mí. Cuando yo me fuere, os enviaré el Consolador»⁴.

1. JOAN., VI, 64.

2. *Ibid.*, VI, 69.

3. LUC., XXIV, 29.

4. JOAN., XV, 26; XVI, 7.

Además, Cristo nos le *mereció*, tanto por su oración como por su sacrificio; mas obtuvo de su Padre que se nos diera el Espíritu de verdad, de amor, de fortaleza y de consuelo. Todas las gracias son el precio de la oración e inmolación del Salvador, y de qué modo tan admirable se cumple esto en la venida de este Espíritu tan poderoso y lleno de bondad, que Jesús mismo le proclama igual a Sí, en quien los Apóstoles podrán ver a su propia persona.

Finalmente, la misión del Espíritu Santo a los Apóstoles tiene por fin principal el de *afianzar el establecimiento de la Iglesia*. Habíala fundado Jesús sobre Pedro; mas, como luego veremos, quiso confiar al Espíritu Santo el cuidado de darle la última mano. En efecto; estando sentado un día a la mesa, con sus Apóstoles, antes de su Ascensión, les encargó «no se alejasen de Jerusalén, sino que esperasen la venida del Espíritu»¹. Esa venida habrá de «servir a la glorificación de Jesús»; al mismo tiempo, el Espíritu Santo los «hará fuertes» para que puedan «dar testimonio del Maestro en la ciudad santa, en Judea, en Samaria y hasta en los más remotos confines de la tierra»².

Ya veis, pues, cómo esta misión del Espíritu Santo pertenece también a Jesús. Tan cierto es esto, que san Pablo llama al Espíritu Santo «Espíritu de Cristo, Espíritu de Jesús»³. De ahí que no podamos recorrer el ciclo de los misterios de Cristo, sin contemplar esta obra maravillosa, realizada diez días después de su Ascensión a los cielos.

Pidamos al divino Espíritu nos dé a conocer El mismo quién es, en qué consiste su misión y su obra del día de Pentecostés: «Ven Espíritu de verdad, alumbrá nuestras inteligencias para que prenda en nuestros corazones el fuego del amor, cuyo foco divino reside en Vos».

I

No podemos comprender las palabras de Jesús relativas al Espíritu Santo, sin antes recordar lo que nos enseña la Revelación tocante a la vida de este Espíritu en la Trinidad beatísima.

1. ACT., I, 4.

2. *Ibid.*, 8.

3. ROM., VIII, 9; cf. ACT., XVI, 7 y 1 PETR., I, 11.

Ya conocéis este misterio, pero al contemplarle ahora, hallará vuestra fe un nuevo acrecentamiento de gozo, penetrando con profunda reverencia en el santuario de la divinidad.

¿Mas qué nos dice la fe? Que hay un Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas en unidad de naturaleza. El Padre no procede de nadie, es principio sin principio, primer principio de toda la vida íntima en Dios, origen primero de todas las inefables comunicaciones en la Trinidad.

Conociéndose el Padre, engendra, por una Palabra infinita, un Hijo único y perfecto, al cual comunica todo cuanto Él es, salvo la propiedad personal e incommunicable de ser padre: «Como el Padre tiene vida en sí mismo, de igual modo ha concedido al Hijo tener vida en sí mismo»¹. El Hijo es en todo igual al Padre; es la expresión adecuada, la imagen exacta del Padre, y posee, en unión con Él, la misma naturaleza divina. El Padre y el Hijo se dan el uno al otro con un amor perfecto; mas de esta donación de amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, procede, por modo misterioso, el Espíritu Santo, tercera persona.

El Espíritu Santo termina el ciclo de las operaciones íntimas en Dios, es el término final de las comunicaciones divinas en la adorable Trinidad.

Entre estas personas distintas no hay ni superioridad ni inferioridad: sería error el creer otra cosa: las tres son iguales en potencia, en sabiduría, en bondad, porque las tres poseen igualmente, de una manera indivisible, la misma y única naturaleza divina con todas sus infinitas perfecciones. Por esta razón, todas nuestras alabanzas van dirigidas a la vez al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Mas, si bien no hay entre ellas ni desigualdad ni dependencia, con todo, existe un orden de naturaleza de origen, que explica las comunicaciones mismas. La «procesión» del Hijo presupone, sin que exista; no obstante esto, desigualdad de tiempo, al Padre, primer principio; la «procesión» del Espíritu Santo presupone al Padre y al Hijo, cuyo don mutuo es.

Hay en esto un modo de hablar del cual no podemos pres-

1. JOAN., V, 26.

cindir. Quiere Jesús que todos sus discípulos sean bautizados «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»¹; éste es el lenguaje mismo del Verbo encarnado; contiene una realidad divina cuya comprensión íntima no alcanzamos; mas, puesto que así habla el mismo Jesús, debemos respetar inviolablemente el orden entre las personas de la Trinidad por Él seguido.

Del mismo modo que debemos conservar intacta, en nuestra doctrina y en nuestra oración, la unidad de naturaleza, así también hemos de reconocer la distinción real de personas, esta distinción que se funda en las comunicaciones que tienen entre sí y en sus relaciones mutuas. Existen hermanados en Dios la igualdad y el orden, la perfección idéntica y la distinción de propiedades.

Estas verdades constituyen un misterio inefable, del cual sólo podemos tartamudear algunas palabras. Con todo, Nuestro Señor quiso revelarnos su existencia; en las últimas conversaciones que tuvo con sus discípulos, la víspera de su muerte, «para que nuestro gozo fuese cumplido»², nos dice también que si somos sus amigos es porque nos ha hecho conocer estos secretos de la vida íntima de Dios³, esperando que gocemos de ellos en la felicidad eterna. ¿A qué fin nos habría revelado estos secretos, si no hubiera enviado Él, Sabiduría infinita, que nos sería útil la tal revelación?

Pero, notadlo bien: este orden de principio, de origen, que existe en las inefables comunicaciones de las divinas personas, y que son el fundamento de su distinción, no nos lo ha revelado Dios solamente por su palabra, sino que ha querido manifestarlo en sus obras.

Nos dice Jesús en el Evangelio «que la vida eterna consiste en conocer que el Padre es el verdadero Dios y que Jesucristo es su Enviado»⁴; con frecuencia dice también que «su Padre le ha enviado»⁵. Este término «enviar», frecuentemente empleado por Cristo Jesús, indica la distinción de personas. El Padre es quien envía; el Hijo «es el Enviado»; indica también el orden de origen que existe desde toda la

1. MATH., XXVIII, 19.

2. JOAN., XV, 11.

3. *Ibid.*, 15.

4. *Ibid.*, XVII, 3.

5. *Ibid.*, III, 17; IV, 34; VI, 29; etc.

eternidad en el cielo entre el Padre y el Hijo, y que se ha ido manifestando en el tiempo. Pues nos dice Cristo, en el mismo lugar, hablando de su Padre: «Él y Yo somos una misma cosa»¹; «todo cuanto es de mi Padre mío es, y cuanto es mío es de mi Padre»².

Jesús emplea la misma expresión «enviar» hablando del Espíritu Santo. Dice a sus Apóstoles que «su Padre les enviará el Espíritu Santo»³; dice igualmente que «Él mismo le enviará»⁴. Lo acabáis de ver: el Padre y el Hijo son los que envían; así habla Jesús del Espíritu; y Nuestro Señor quiere darnos a conocer por esto el orden que existe en Dios en la «procesión» del Espíritu Santo.

II

Llegamos aquí a la razón profunda por la cual decía Jesús a sus Apóstoles: «Cuando yo me volviere a los cielos, os enviaré el Espíritu».

Cristo Jesús, en su naturaleza divina, es con el Padre el principio del cual procede el Espíritu Santo. El don del Espíritu Santo a la Iglesia y a las almas, es una gracia inapreciable, ya que este Espíritu es el amor divino en persona. Pero este don, este envío, como toda otra gracia, Jesús nos lo mereció, siendo uno de los frutos de su Pasión, cuando por los dolores de su santa Humanidad dejó saldadas todas nuestras deudas. ¿No era, pues, muy justo que esta gracia se diera al mundo sólo cuando aquella santa Humanidad que la había merecido fuese glorificada? Esta exaltación de la Humanidad de Jesús no fué cabal y perfecta hasta el día de la Ascensión. Sólo entonces fué cuando entró definitivamente en posesión de la gloria que le pertenecía por el doble título de Humanidad unida al Hijo de Dios y de Víctima ofrecida al Padre para merecer toda

1. JOAN., X, 39.

2. Cf. JOAN., XVII, 10. En cuanto que es «persona divina»; porque la Humanidad de Jesús, considerada en sí misma, como naturaleza, es creada, y, por ende, inferior; en este sentido dice Jesús en otra parte: «Mi Padre es mayor que yo», *Pater major me est.*, JOAN., XIV, 28.

3. JOAN., XIV, 26.

4. *Ibid.*, XVI, 7.

gracia a las almas. Sentada la Humanidad del Verbo encarnado a la diestra del Padre en la gloria de los cielos, será así asociada a la «misión» que del Espíritu Santo harán el Padre y el Hijo.

Ahora comprenderemos por qué Nuestro Señor mismo decía a sus Apóstoles: «Os conviene que yo me vaya; pues si yo no me fuere, no os enviaré el Espíritu; mas si me voy a mi Padre, os lo enviaré». Como si dijera: «Os he merecido esta gracia por mi Pasión; mas para que os sea dada, es menester que yo sea glorificado, y que mi Padre me dé la gloria que me corresponde; cuando me sienta a su derecha, entonces os enviaré el Espíritu de consolación».

Los Padres de la Iglesia¹ añaden otra razón relativa a los discípulos.

Jesús dirigía cierto día a los judíos estas palabras: «Del seno de Aquel que cree en mí manarán ríos de agua viva». Al apuntar esta promesa, el evangelista san Juan, añade que Cristo dijo esto «por el Espíritu que habían de recibir los que en Él creyesen; pues aun no se había dado el Espíritu Santo, porque Jesús todavía no estaba en la gloria»². La fe era, pues, como la fuente y el canal por donde había de venir el Espíritu Santo a nosotros. Por consiguiente, mientras vivía Jesucristo en la tierra, la fe de los discípulos era imperfecta. No sería cumplida, no podría desarrollarse en toda su plenitud, sino cuando la Ascensión hubiera robado a sus miradas la presencia corporal de su divino Maestro. «Tú has creído — decía Jesús a Tomás después de su resurrección — porque me has visto; bienaventurados los que creyeron sin verme»³. «Después de la Ascensión, la fe de los discípulos, más ilustrada, irá a buscar a Cristo más lejos, más arriba, sentado junto al Padre e igual al Padre»⁴.

El ser la fe de los Apóstoles, después de la Ascensión, más pura, más interior, más eficaz, fué la causa de que «los ríos de agua viva» se derramasen sobre ellos con tal impetuosidad.

Sabemos, en efecto, con cuánta largueza cumplió Jesús

1. Cf. SAN AGUSTÍN, *Enarr. in Psalm. CIX; Sermones CXLIII et CCLXIV*; SAN LEÓN, *Sermo II de Ascensione*.

2. JOAN., VII, 38-39.

3. *Ibid.*, XX, 29.

4. SAN LEÓN, *Sermo II de Ascensione*, c. 4.

su divina promesa, y cómo, diez días después de la Ascensión, el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, descendió sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo; y también sabemos con qué abundancia de gracias y carismas se infundió este Espíritu de verdad y de amor en el alma de los discípulos.

III

¿Cuál fué la obra del Espíritu Santo en el alma de los Apóstoles el día de Pentecostés?

Para comprenderla bien, debo recordaros primeramente la enseñanza de la Iglesia acerca del carácter de las obras divinas. En la vida sobrenatural y de la gracia pasa algo así como en las obras de la creación natural: todo cuanto es producido fuera de Dios en el tiempo, es realizado por el Padre, juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo. Las tres Personas obran entonces en la unidad de su naturaleza divina. La distinción de Personas no existe sino en las comunicaciones incomprensibles, que constituyen la vida íntima de Dios en sí mismo.

Pero, a fin de hacernos acordar más fácilmente de estas revelaciones sobre las Personas divinas, la Iglesia, en su lenguaje usual, atribuye especialmente tal o cual acción a una de las tres divinas Personas, por razón de la afinidad que existe entre esta acción y las propiedades exclusivas por las cuales se distingue esta Persona de las otras.

Así, el Padre es el primer principio, que no procede de ningún otro, y del cual proceden el Hijo y el Espíritu Santo. Razón por la cual la obra que indica el origen primero de todas las cosas, la Creación, le es especialmente atribuída. ¿Sólo el Padre es creador? No, porque el Hijo y el Espíritu Santo crean al mismo tiempo que el Padre y en unión con Él. Pero hay entre la propiedad, particular del Padre, de ser el primer principio en las comunicaciones divinas y la obra de la Creación una cierta afinidad en virtud de la cual la Iglesia puede, sin error doctrinal, atribuir especialmente la Creación al Padre.

El Hijo, el Verbo, expresión infinita del pensamiento del

Padre, es considerado principalmente como sabiduría. Las obras en que resulta sobre todo esta perfección, cuales son el orden admirable del Universo, al Hijo se atribuyen de un modo peculiar. En realidad de verdad, «esta sabiduría, que procede de la boca del Altísimo, abarca y fija todas las cosas en un equilibrio perfecto, con tanta fuerza como suavidad»¹.

La Iglesia aplica la misma ley al Espíritu Santo. ¿Qué papel desempeña éste en la adorable Trinidad? Es el término, el remate supremo, la consumación de la vida en Dios. El cierra el ciclo íntimo de las operaciones admirables de la vida divina.

Por este motivo, y para que nos acordemos de esta propiedad, que le es personal, la Iglesia le atribuye especialmente todo lo que, en la obra de la gracia y de la santificación, se relaciona con el fin, el coronamiento, la consumación; es el artista divino, que pone sus últimas pinceladas y lleva la obra a perfecto remate².

La obra atribuida al Espíritu Santo, en la Iglesia como en las almas, es la de conducir a su fin, a su término, a su perfección última, la incesante tarea de la santificación.

Contemplemos ahora, por unos momentos, las operaciones divinas del Espíritu Santo, en el alma de los Apóstoles.

Las llenó de *verdad*. — Me diréis al punto: ¿No lo había hecho ya Cristo Jesús? ¡Oh! sin duda que sí. El mismo lo publicaba: «Yo soy la verdad»³. Había venido a este mundo para dar testimonio de la verdad⁴, y sabemos, también por Él, que cumplió enteramente su misión⁵.

Mas ahora que Él ya no está con sus Apóstoles, el Espíritu Santo es quien va a ser su maestro interior. «No hablará de lo suyo», decía Jesús, queriendo significar de este modo que el Espíritu Santo, procediendo del Padre y del Hijo, recibiendo de ellos la vida divina, nos daría la verdad infinita que Él recibe por su procesión inefable. «Os dirá todas las cosas que ha oído, eso es, todas las verdades»; «os recordará cuanto yo os tengo enseñado»;

1. Antífona del 17 de diciembre. — Cf. ECL., XXIV, 5; SAP., VIII, 1.

2. Himno *Veni Creator*.

3. JOAN., XIV, 6.

4. *Ibid.*, XVIII, 37.

5. *Ibid.*, XVII, 4.

«me dará a conocer a vosotros»; «os mostrará cuán digno soy de toda gloria» ¹.

¿Qué más? «Los Apóstoles no deberán preocuparse de indagar lo que han de contestar cuando los judíos los hagan comparecer ante los tribunales y les prohíban predicar el nombre de Jesús; el Espíritu Santo es quien les inspirará sus respuestas» ². Y así, «podrán dar testimonio de Jesús» ³.

Siendo la lengua, órgano de la palabra, la que debe extender la predicación del nombre de Jesús por el mundo, este Espíritu desciende visiblemente, el día de Pentecostés, sobre los Apóstoles en forma de lenguas, lenguas de fuego.

¿Por qué así? Porque el Espíritu Santo viene a henchir de amor los corazones de los discípulos. — Es el amor personal, subsistente, de la vida en Dios. Es también como el soplo, la aspiración del amor infinito, de donde recibimos la vida. Se cuenta en el Génesis que Dios «inspiró la vida a la materia formada del limo de la tierra» ⁴. Este soplo vital era simbolo del Espíritu, al cual debemos la vida sobrenatural. En el día de Pentecostés, traía abundancia tal de vida a la Iglesia entera, que, para significarla, «un ruido venido del cielo, semejante a un viento huracanado, llenó toda la casa en donde se encontraban reunidos los Apóstoles» ⁵.

Al bajar sobre ellos el Espíritu Santo, les infundió este amor que es Él mismo. Preciso es que los Apóstoles ardan en amor divino si han de predicar el nombre de Jesús, y prender el amor de su Maestro en el alma de sus oyentes; es menester que su testimonio, dictado por el Espíritu Santo, esté tan lleno de vida que arrastre el mundo entero a Jesucristo.

Este amor, ardiente como el fuego, poderoso cual viento de tempestad, es aún necesario en los Apóstoles para poder afrontar los peligros predichos por Cristo, cuando tuvieren que predicar su santo nombre: el Espíritu les dará arrestos para todo.

Ved a san Pedro, el príncipe de los Apóstoles. La víspera de la Pasión de Jesús, promete seguirle hasta la muerte;

1. JOAN., XIV, 26; XVI, 13-14.

2. MATH., X, 19-20; MARC., XIII, 11; LUC., XII, 11.

3. ACT., I, 8.

4. GEN., II, 7.

5. ACT., II, 2.

mas, la misma noche, a la voz de una criada, niega a su divino Maestro; jura que «él no conoce a semejante hombre»¹. — Contempladle ahora en el día de Pentecostés. Ese día anuncia a Cristo a millares de judíos; les da en rostro con libertad apostólica el haberle crucificado; da testimonio de su resurrección, y los exhorta vivamente a hacer penitencia y a recibir el bautismo². Ya no es el discípulo medroso que se espanta del peligro y «se mantiene a distancia»³, sino el testigo que proclama a la faz de todo el mundo, con voz firme y resuelta, que Cristo es el Hijo de Dios.

¡Qué fuerza en las palabras de Pedro! No es ya ni conocido. La virtud del Espíritu Santo le tiene enteramente trocado; de hoy más el amor a su Maestro será fuerte y generoso. Nuestro Señor mismo había predicho este cambio cuando, momentos antes de subir a los cielos, dijo a sus discípulos: «Quedaos en Jerusalén hasta tanto que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto»⁴.

Observad todavía a este mismo Pedro y a los otros Apóstoles pocos días después del fausto acontecimiento. He aquí por donde los judíos empiezan a inquietarse oyendo las palabras, y viendo los milagros que realizan, y las conversiones que hacen en el nombre de Jesús. Los principes de los sacerdotes y los saduceos que mataron a Jesús, llaman a sus discípulos y les intiman que por ningún concepto prediquen al Salvador. ¿Cuál es su respuesta? «No podemos, dicen, obedeceros en esto, no podemos menos de dar testimonio de cuanto hemos visto y oído»⁵.

Pero ¿quién les mueve las lenguas para que así hablen los que, la noche de la Pasión, abandonaban a Jesús; los que, aun después de la Resurrección, «permanecían ocultos, cerradas las puertas, por el pavor que les inspiraban, los judíos»⁶. — Es el Espíritu de verdad, el Espíritu de amor, el Espíritu de fortaleza.

Porque su amor a Cristo es fuerte, por eso se entregan por Él a los tormentos. Pues viendo los judíos que los Apóstoles no hacían caso alguno de su veto, les hacen com-

1. MATTH., XXVI, 74; MARC., XIV, 71.

2. ACT., II, 23-24, 38.

3. MARC., XIV, 54.

4. LUC., XXIV, 49.

5. ACT., IV, 18-20.

6. JOAN., XX, 19.

parecer ante el tribunal; mas Pedro declara en nombre de todos que «es preciso obedecer a Dios, antes que a los hombres»¹.

Sabéis lo que hicieron entonces los judíos. Para cerciorarse de su constancia, mandaron azotar a los Apóstoles, antes de ponerlos en libertad. Pero notad lo que añade el escritor sagrado. «Al salir del tribunal, dice, estaban los Apóstoles contentísimos por haber sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús»². ¿De dónde les venía esta alegría en los dolores y las humillaciones? Del Espíritu Santo, porque si es Espíritu de fortaleza, es también Espíritu de consolación. «Rogaré a mi Padre, les había dicho Jesús, y él os dará otro Consolador»³.

Cristo Jesús mismo ¿no es ya un consolador? Sin duda que sí. ¿Pues, no nos tiene dicho Él mismo: «Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos, que yo os aliviaré»⁴. ¿No es Él «un pontífice que sabe condolerse de nuestras miserias, porque Él también sabe lo que es el dolor»⁵. Mas este divino Consolador debía desaparecer de los ojos carnales de los discípulos; y por eso rogaba a su Padre que les enviase otro Consolador, igual a Sí mismo y Dios como Él.

Por ser el Espíritu de Verdad, sacia este Consolador las necesidades de nuestra inteligencia; por ser el Espíritu de amor, colma las ansias de nuestro corazón; por ser el Espíritu de fortaleza, nos sostiene en los trabajos, en las pruebas y enjuga nuestras lágrimas. — El Espíritu Santo es el Consolador por excelencia.

¡Oh! «Ven a nosotros, padre de los pobres, distribuidor de los dones celestiales, consolador lleno de bondad, huésped dulce del alma y suavísimo refrigerio».

1. ACT., V, 29.

2. *Ibid.*, 41.

3. JOAN., XIV, 16-17.

4. MATTH., XI, 28.

5. HEBR., VI, 15; V, 2.

IV

El Espíritu Santo vino por nosotros, como quiera que la asamblea del Cenáculo representaba a toda la Iglesia, y vino para permanecer siempre con ella, conforme a la promesa de Jesús¹.

El día de Pentecostés descendió visiblemente sobre los Apóstoles; desde aquel día venturoso comenzó a dilatarse la Iglesia, extendiendo sus ramas por todo el mundo e implantando por doquier el reinado de Jesús. El Espíritu Santo es quien gobierna ese reino juntamente con el Padre y el Hijo. Él es igualmente quien perfecciona y pule en las almas la obra de santidad comenzada por la Redención y desempeña en la Iglesia el mismo servicio que el alma en el cuerpo. Es el espíritu que anima y vivifica a la Iglesia, que defiende su unidad, aun cuando su acción produzca efectos múltiples y variados; es el espíritu que la robustece y la hace hermosa y bella.

Considerad, si no, el torrente de gracias y carismas con que inunda a la Iglesia al día siguiente de Pentecostés. Leemos en los «Actos de los Apóstoles», que son la historia de los albores de la Iglesia, que el Espíritu Santo descendía de un modo visible sobre los que se bautizaban, y los colmaba de innumerables y preciosísimos carismas. Igualmente con particular complacencia san Pablo estas maravillas, diciendo: «Hay diversidad de dones aun cuando procedan de un mismo Espíritu; danse a cada cual, para utilidad común de toda la Iglesia. Así, que el uno recibe del Espíritu Santo el don de hablar con mucha ciencia; éste, el don de una fe extraordinaria; otro, la gracia de curar enfermedades; otro, el poder de obrar milagros; quién, el don de profecía; quién, el discernimiento de espíritus, o bien el hablar varios idiomas e interpretarlos». Luego añade: «Mas todas estas cosas las causa el mismo e indivisible Espíritu, quien produce todos estos dones y los distribuye a cada cual según le place»².

El Espíritu Santo, prometido y enviado por el Padre y

1. JOAN., XIV, 16.

2. I COR., XII, 4. sig.

por el Hijo, es quien comunicaba esta plenitud e intensidad de vida sobrenatural a los primeros cristianos; con ser de diferentes razas y condición, con todo eso, no tenían más que un scio corazón y una sola alma¹, merced al Espíritu Santo que habían recibido. Después permanece el Espíritu Santo en la Iglesia, de un modo constante e indefectible, influyendo sin cesar en su vida y santidad². Él la hace infalible en la verdad: «Cuando viniere el Espíritu de verdad, decía Jesús, os enseñará toda verdad»³ y os preservará de todo error. Él da a la Iglesia esa fecundidad sobrenatural y maravillosa y hace que nazcan y se desarrollen en las vírgenes, mártires y confesores todas aquellas virtudes heroicas, que son una de las notas de la santidad. En una palabra, el Espíritu es quien trabaja silencioso allá en el interior de las almas, mediante sus dulces inspiraciones, para que la Iglesia, que Él fundó a costa de su sangre, aparezca «pura y sin mancha», digna de ser presentada al Padre el día del triunfo final.

Nótese que esta acción del Espíritu Santo es una acción continua. Pentecostés no ha terminado en realidad, aunque sí en su forma histórica, como misión visible. Su virtualidad perdura; la gracia que comunica y la misión del Espíritu Santo en las almas, no por ser ya invisible, es ya menos fecunda. Mirad qué oración eleva la Iglesia el día de la Ascensión, después de haber celebrado la glorificación de su divino Esposo y gozado de su triunfo: «Oh, Rey de la gloria y Señor de las virtudes, que subiste hoy triunfante por encima de todos los cielos, no nos dejes huérfanos, sino envíanos el prometido del Padre, el Espíritu de verdad»⁴. ¡Oh Pontífice todopoderoso! Ahora que estás sentado a la diestra de tu Padre y que gozas de cumplidísimo triunfo y de inmenso crédito, ruega al Padre, según nos lo tienes prometido, que nos envíe otro Consolador. Harto merecida nos tienes esta gracia por los trabajos y dolores de tu Humanidad. El Padre, seguramente, te ha de escuchar por ser su Hijo muy amado; Él mismo enviará, juntamente contigo, el Espíritu que nos tenía prometido, cuando dijo:

1. ACT., IV, 32.

2. JOAN., XIV, 17.

3. *Ibid.*, XVI, 13.

4. Antífona del *Magnificat*, segundas vísperas.

«Derramaré el Espíritu de gracia y de oración sobre todos los moradores de Jerusalén. Envíanosle para que more eternamente con nosotros».

Ora la Iglesia como si la festividad de Pentecostés debiera renovarse para nosotros, y repite esta misma oración durante la octava de la Ascensión, y luego, el día mismo de Pentecostés, multiplica sus alabanzas al Espíritu Santo en armonioso lenguaje, y no se cansa de invocarle, empleando los más tiernos y regalados afectos: «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor¹. Ven y envíanos desde lo alto un rayo de tu luz. ¡Oh luz beatísima! alumbra con tu claridad lo más recóndito de los corazones de tus fieles². Fuente viva, fuego abrasador, ven ya con tu amor y espiritual unción. Ilumina nuestro espíritu con tu luz, derrama la caridad en nuestros corazones, robustece nuestra flaqueza con tu incesante fortaleza»³.

Si la Iglesia, nuestra Madre, excita tales deseos en nuestras almas y pone tales plegarias en nuestros labios, no es tan sólo para conmemorar la misión visible que tuvo lugar en el Cenáculo, sino también para que se renueve interiormente en todos nosotros ese mismo misterio.

Repitamos con la Iglesia aquellos fervientes suspiros, y pidamos sobre todo al Padre celestial que se digne enviarnos su Espíritu. Mediante la gracia santificante, somos ya sus hijos siendo esta cualidad de hijos la que le mueve a colmarnos de sus dones, y porque nos ama como a hijos, nos da su Hijo, el cual en la comunión es el pan de los hijos⁴. Por eso mismo nos envía también su Espíritu, que es la dádiva más perfecta⁵. ¿Qué nos dice de esto san Pablo? ⁶. «Porque sois hijos, ha enviado Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo», que es el Espíritu del Hijo, porque procede del Hijo así como del Padre, y es el Hijo quien le envía juntamente con el Padre. Por eso, cantamos en el Prefacio de Pentecostés: «Es verdaderamente digno y justo... que te demos gracias ¡oh Señor santo, Padre to-

1. Versículo del *Alleluia* de Misa.

2. Secuencia *Veni Sancta*.

3. Himno *Veni Creator*.

4. Secuencia *Lauda Sion*.

5. Himno *Veni Creator*.

6. GAL., IV, 6.

depoderoso, Dios eterno! por medio de Cristo nuestro Señor; el cual; estando sentado a tu diestra, derramó en este día sobre sus hijos adoptivos el Espíritu Santo que les tenía prometido.

Así que el Espíritu Santo es don otorgado a todos los hijos adoptivos, a todos aquellos que son hermanos de Jesús por medio de la gracia santificante. Y por ser don divino que contiene en sí todos los dones más preciados de vida, y de santidad, su efusión en nosotros, que fué tan abundante el día de Pentecostés, es fuente de gozo que inunda de alegría al mundo entero ¹.

V

Pero, me diréis tal vez: ¿Es que no hemos recibido ya el Espíritu Santo en el Bautismo y de un modo más especial en el sacramento de la Confirmación? — Sí; pero siempre podemos recibirle con más abundancia, recibir de Él luces más vivas, fuerzas más poderosas; siempre puede hacer brotar en nuestros corazones fuentes más copiosas de consuelo y abrasarlos en amor más ardiente.

Esta operación fecunda del Espíritu Santo en nosotros, puede renovarse no sólo durante los santos días de Pentecostés, sino también cada vez que recibimos un sacramento, un aumento de gracia, puesto que no es más que uno en unión con el Padre y el Hijo ².

Si el Espíritu Santo viene a nosotros, es para hacernos compañía, y santificar y guiar toda nuestra actividad sobrenatural. Es para comunicarnos sus dones de sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor, que son otras tantas aptitudes sobrenaturales depositadas en nosotros para hacernos obrar como deben obrar los verdaderos hijos de Dios ³.

Mora en nosotros cual huésped divino, bueno y amoroso, que fija su estancia en nuestros corazones únicamente para ayudarnos, ilustrarnos, fortalecernos y no nos abandona

1. Prefacio de Pentecostés.

2. JOAN., XIV, 23.

3. ROM., VIII, 14.

si nosotros no tenemos la desgracia de expulsarle de nuestras almas por culpa mortal. A esto llama san Pablo «extinguir el espíritu»¹, esto es, si desechando este Espíritu de amor, preferimos de un modo absoluto la criatura. Sigamos aquel otro consejo del Apóstol y no contristemos al Espíritu, ni resistamos a sus inspiraciones con ninguna culpa plenamente deliberada, por leve que parezca, antes bien, prestando el oído a toda inspiración que Él se digne sugerirnos.

Su acción es en extremo delicada, y cuando el alma voluntariamente le resiste, contrista al Espíritu, le fuerza poco a poco a guardar silencio; y entonces ella se estanca en el camino de la santidad y hasta corre gran peligro de extraviarse lastimosamente por derroteros de perdición. ¿Qué podrá, en efecto, hacer un alma sin gobernalle que la guíe, sin luz que la alumbré, sin fuerza que la sostenga, sin gozo que le preste alas para volar?

Seamos, pues, muy fieles a este divino Espíritu que viene juntamente con el Padre y con el Hijo a fijar en nosotros su morada. «¿No sabéis, dice el Apóstol san Pablo, que, por la gracia sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?»².

Todo aumento de gracia viene a ser como una nueva recepción de este huésped divino, por la cual se torna a posesionar de nuestras almas, y las ata a Sí con nueva gadura de amor.

¡Oh, cuán benéficas resultan estas operaciones para el alma fiel! Por ellas el Espíritu nos da a conocer al Padre³, y luego produce, mediante el don de piedad, aquellas disposiciones de adoración y de amor que debe siempre animarla en el trato con el Padre celestial. Escuchad como lo dice bien explícitamente san Pablo: «El Espíritu divino ayuda a nuestra flaqueza: pues como no sabemos siquiera lo que hemos de pedir, el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables»⁴. ¿Qué oración es ésta? Recibido habéis un Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «Padre, Padre... y este mismo Espíritu es quien da testimonio

1. I THESS., V, 19.

2. I COR., III, 16.

3. Himno *Veni Creator*.

4. ROM., VIII, 26.

a nuestra alma de que somos hijos de Dios»¹. Nos hace igualmente conocer al Hijo², y Él mismo, como maestro interior, nos da a conocer a Jesucristo, nos hace penetrar el sentido de sus palabras y misterios; porque dijo Jesús: «Ese Espíritu procede de mí y del Padre, y él me glorificará en vosotros»³.

Al comunicarnos el don de ciencia, y mantenernos por el amor en presencia de Jesús, e inspirarnos de continuo sus designios, hace este divino Consolador que reine Cristo en nosotros, y con sus toques infinitamente delicados y sumamente eficaces, forma en nosotros a Jesús, en lo cual consiste toda la santidad.

Pidámosle venga a nosotros y permanezca y aumente la abundancia de sus dones, pues la ferviente oración es una de las condiciones para que baje a nuestras almas.

Otra condición es la humildad. Presentémonos a Él íntimamente convencidos de que nada tenemos ni valemos, y esta será la mejor disposición para recibir a Aquel de quien canta la Iglesia)⁴: «Sin Ti no hay nada en el hombre que no pueda dañarle». Repitamos con la Iglesia estos encendidos suspiros: «Ven, Espíritu de amor; ven, reposo en los trabajos; ven, refrigerio dulce en los fuegos abrasados; ve, consuelo del afligido. Lava nuestras manchas, cura nuestras heridas», doblega nuestra dureza, calienta nuestra frialdad, endereza nuestros descaminados pasos»⁵.

Miserables y todo, invoquemos al Espíritu Santo.

Y puesto que no forma más que un solo Dios con el Padre y con el Hijo, invoquemos también al Padre: «Padre, enviadnos en nombre de vuestro Hijo Jesús al Espíritu de amor, para que nos penetre del sentimiento íntimo de vuestra divina filiación. Y tú, oh Jesús, nuestro Pontífice sentado como estás ahora a la diestra del Padre, pídele por nosotros, a fin de que sea más copiosa en frutos esta misión del Espíritu Santo que nos prometiste y mereciste. Sea ésta cual «torrente impetuoso que regocije a la ciudad de las almas»; o mejor — según aquellas tus palabras ¡oh Jesús mío! — sea un río de aguas vivas que salten hasta la vida eterna». «Esto lo decía el Espíritu Santo que habían de recibir al creer en Él».

1. ROM., 15-16.

2. Himno *Veni Creator*.

3. JOAN., XVI, 14.

4. Secuencia *Veni, Sancte Spiritus*.

5. *Ibid.*

XVIII. In Mei Memoriam

SUMARIO. — La Eucaristía es un misterio de fe. — I. El sacrificio del altar perpetúa la memoria de Jesús. — II. El *maná*, figura de la Eucaristía. — III. Hallamos en este Sacramento la virtud de los misterios de Jesús. — IV. Cómo participamos de Él por medio del Santo Sacrificio de la Misa, de la Comunión y visita al Santísimo. La profunda reverencia que debe inspirarnos este misterio. — V. Cómo nos unimos a Cristo en este Sacramento por medio de la fe, y cómo, unidos con Cristo, nos unimos con el Padre y con el Espíritu Santo.

Todos los misterios de Cristo son esencialmente misterios de fe, tanto, que sin ella no podríamos ni aceptar ni contemplar ninguno de ellos. Esto no obstante, es distinto en cada uno el grado de luz que alumbró nuestra fe. — En Belén, por ejemplo, sólo vemos un niño reclinado en un pesebre, y, sin la fe, no reconoceríamos en él al Hijo de Dios y dueño soberano de todas las criaturas. Pero oímos las armonías de los Ángeles que celebran en coro la venida de este Salvador a la tierra, y vemos una estrella maravillosa que conduce a sus pies a los reyes de Oriente. — En el bautismo de Jesús, no ven nuestros ojos sino un hombre que se somete como los demás judíos a un rito penitencial; pero al punto, los cielos se rasgan y déjase oír la voz del Padre Eterno que proclama a aquel Hombre Hijo de su amor, y objeto de sus más tiernos amores y delicias. — De igual modo, en el Tabor, en el misterio de la Transfiguración, la fe se halla poderosamente ayudada, pues hiere a la vista la gloria de la divinidad que penetra hasta su misma Humanidad; y los discípulos caen al suelo llenos de espanto. — Por lo contrario, al morir Cristo sobre la cruz como el más vil de los mortales, en medio de los

tormentos, hállese velada la divinidad, aunque, por otra parte, proclama el Centurión que es el Hijo de Dios, y la naturaleza misma, con bruscos temblores, rinde solemne homenaje a su Creador que muere. — En la Resurrección, vemos a Jesús todo radiante de gloria, pero que al mismo tiempo se aparece a sus Apóstoles y les prueba cómo es Él mismo, Dios y hombre a la vez; y se deja tocar, y come con ellos, y les muestra las cicatrices de sus llagas, para manifestarles que no es sólo un espíritu, sino el mismo Jesús con quien vivieron durante tres años.

Ya veis, pues, que en cada misterio de Cristo hay bastantes sombras y bastante oscuridad para que nuestra fe resulte meritoria. Esto no obstante, una luz intensa nos ayuda, por lo cual, en todos estos misterios vemos que se manifiesta la inefable unión de la divinidad con la humanidad.

Existe, sin embargo de ello, un misterio, el misterio de la Eucaristía, en el cual, en vez de revelarse la divinidad y la humanidad, se eclipsan entrambas ante nuestros sentidos.

¿Qué hay en el altar antes de la consagración? Un poco de pan con un poco de vino. ¿Y después de la consagración? Para el tacto, el ojo y el gusto, no hay todavía sino el mismo pan y vino de antes. Sólo la fe, traspasando esos velos, penetra hasta las realidades divinas que allí yacen ocultas. Sin la fe, jamás veremos sino pan y vino, jamás veremos a Dios. Pero es que ni siquiera vemos al hombre, pues allí no se revela como en el Evangelio: «En la cruz estaba escondida sólo la divinidad, mas aquí también la humanidad»¹.

Al afirmar Cristo durante su vida mortal que era Hijo de Dios, daba muestras claras de serlo; cierto que se comprobaba un hombre, pero un hombre «cuya doctrina sólo podía venir de Dios»², un hombre «que obraba maravillas y portentos que sólo Dios puede hacer»³. El fariseo Nicodemo lo reconocía así, lo mismo que el ciego de nacimiento cuando decía⁴: «Sabemos, Maestro, que viniste de

1. Himno *Adoro te*.

2. JOAN., III, 34.

3. *Ibid.*, IX, 32-33.

4. *Ibid.*, III, 2.

Dios, porque nadie pudiera hacer los milagros que Tú haces, si Dios no estuviese con Él». La fe era necesaria, pero los milagros de Jesús y la sublimidad de su doctrina ayudaban a la fe de los judíos, ya sabios, ya ignorantes.

Mas en la Eucaristía, sólo cabe la fe pura y basada únicamente en las palabras de Jesús: «Este es mi cuerpo. Ésta es mi sangre», porque, ante todas cosas, es un «misterio de fe»¹.

Por eso en este misterio, más aún que en los demás que hasta aquí hemos contemplado, no debemos escuchar sino a Cristo, pues, de lo contrario deberíamos decir como los judíos al anunciarles Jesús la Eucaristía: «Recia es esta palabra ¿quién podrá soportarla? Y con esto se alejaron aún más de Cristo»².

Vayamos nosotros a Jesús, como lo hicieron en esta ocasión los Apóstoles fieles, y digámosle con San Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna. Hemos creído y sabemos que eres Cristo, el Hijo de Dios vivo»³.

Preguntemos, pues, a Nuestro Señor, acerca de este misterio, y Él, que es la verdad infalible, la sabiduría eterna, la omnipotencia divina, ¿por qué no ha de cumplir lo que tiene prometido?

I

Cuando nuestro divino Salvador instituyó este misterio con objeto de perpetuar los frutos de su sacrificio, dijo a sus Apóstoles: «Haced esto en memoria mía»⁴. Así que, además del fin primario de renovar su inmolación y hacernos partícipes de este misterio por medio de la Comunión, quiso Cristo dar también a la Eucaristía un carácter de memorial. Pero ¿cómo conserva este misterio el recuerdo de Cristo y lo perpetúa entre los hombres?

La Eucaristía conserva el recuerdo de Jesús, primero en cuanto que es sacrificio.

1. Canon de la Misa.

2. JOAN., VI, 61.

3. *Ibid.*, 69-70.

4. LUC., XXII, 19; I COR., XI, 24.

No hay, como sabéis, más que un sacrificio pleno y perfecto, por el cual quedó saldada y expiada toda la deuda. Él es causa de todo mérito y fuente de toda gracia. Hablamos, pues, del sacrificio del Calvario; por una sola oblación, como dice el Apóstol, hizo Cristo perfectos para siempre a los que santificó¹. Mas para que los méritos de este sacrificio se apliquen en todo tiempo a todas las almas, quiso Cristo que fuese renovado en el altar. El altar es cual otro Calvario que nos recuerda, nos representa, reproduce, la inmolación de la cruz. Por eso donde quiera que haya un sacerdote para consagrar el pan y el vino, allí está el memorial de la Pasión. Lo que se ofrece e inmola sobre el altar es «el cuerpo de Cristo entregado por nosotros y su sangre derramada por nuestra salvación»². El Pontífice es el mismo Jesucristo, el cual los ofrece todavía valiéndose del ministerio de sus sacerdotes. ¿Cómo, pues, no hemos de pensar en la Pasión, cuando asistimos al santo Sacrificio de la Misa, si en todo es idéntico al de la cruz, salvo el modo incruento con que se realiza la oblación eucarística?³

No se celebra una sola misa ni se hace una sola Comunión, sin que nos recuerden que Jesús se entregó a la muerte por rescatar al mundo. «Cuántas veces, dice san Pablo, comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, otras tantas anunciaréis y recordaréis la muerte del Señor, hasta tanto que venga el último día»⁴.

De este modo se perpetúa vivo y fecundo hasta el fin de los tiempos el recuerdo de Cristo entre aquellos a quienes un día redimió por medio de su inmolación.

Es, pues, la Eucaristía el memorial perenne que Cristo nos dejó de su sagrada Pasión y muerte, la vida y testamento de su amor. Donde quiera que se ofrezca el pan y el vino, allí se encuentra la hostia consagrada, y allí aparece el recuerdo del sacrificio de Cristo.

Recuérdanos ante todas cosas la Eucaristía la Pasión de Jesús, como quiera que fué instituída la víspera de su

1. HEBR., X, 14.

2. MATTIL., XXVI, 28; MARC., XIV, 24; LUC., XXII, 19, 20.

3. CONC. TRID. SES. 22, CAP. II.

4. I COR., XI, 26.

muerte y viene a ser como el testamento de Jesús, si bien es cierto que no excluye por eso los demás misterios.

Mirad, si no, lo que hace la Iglesia, esposa de Cristo y conocedora como nadie de las intenciones de su divino Esposo, que la guía por el Espíritu Santo en la organización del culto público. Terminada la consagración, comienza por recordarnos las palabras de Jesús: «Haced esto en memoria mía»; e inmediatamente, como para demostrar cuánto desea embeberse en los mismos sentimientos de su Esposo, añade: «Ahora, Dios Padre omnipotente, en testimonio de reconocimiento y amor, nosotros tus indignos siervos, y con nosotros tu pueblo santo, conmemorando, no sólo la Pasión bienaventurada de Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro, más también su Resurrección de los abismos y su gloriosa Ascensión a los cielos, ofrecemos a vuestra excelsa majestad... el pan santo de vida eterna y el cáliz de perpetua salud¹.

Los griegos, después de hacer mención de la Ascensión a la diestra del Padre, conmemoran también el segundo advenimiento glorioso².

Así, pues, aunque la Eucaristía recuerda ante todas cosas y de un modo directo la Pasión de Jesús, no excluye el recuerdo de los misterios gloriosos, que tan íntimamente se encadenan y relacionan con la Pasión, siendo en alguna manera como coronamiento de la misma.

Recibiendo en la Eucaristía el cuerpo y sangre de Cristo, supone ésta, por lo mismo, la Encarnación y demás misterios que se fundan en ella o de ella derivan. Cristo está sobre el altar con su vida divina, que jamás abandonará, y con su vida mortal, cuya forma histórica cesó ya pero cuya substancia y méritos perduran todavía juntamente con su vida gloriosa, que ya no tendrá fin³.

Todo esto contiene realmente la Hostia santa que recibimos en la comunión. Al entregarse Cristo con nosotros, nos entrega también en cierto modo todas sus obras y todos sus misterios, como nos entrega toda su persona. Así que bien podemos cantar con el salmista celebrando de ante-

1. Recibid, Trinidad santa, esta oblación que os ofrecemos en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Jesucristo Nuestro Señor.

2. Cf. D. E. VANDEUR, *La Sainte Messe, Notes sur sa liturgie*.

3. Cf. Mons. GAY, *Elevación*, 114.

mano la gloria de la Eucaristía¹: «El Señor ha dejado a su pueblo un memorial de maravillas, y como misericordioso y bondadosísimo que es, ha dado un alimento a aquellos que le temen»².

La Eucaristía es como la síntesis de los prodigios que el Verbo encarnado obró con nosotros.

II

Si consideramos ahora la Eucaristía como sacramento, descubriremos en ella admirables propiedades que sólo un Dios pudo inventar.

Yo os he repetido aquella idea tan favorita del Apóstol, el cual consideraba que los principales acontecimientos de la historia del pueblo judío en el Antiguo Testamento, eran símbolo, unas veces misterioso y oscuro, y otras claro y luminoso, de las realidades que había de manifestar la Nueva Alianza establecida por Cristo. Ahora bien, según las palabras mismas de Nuestro Señor Jesucristo, una de las figuras más características de la Eucaristía, fué el maná; por esto insiste tanto nuestro divino Salvador cuando compara este manjar, alimento llovido del cielo, a los hebreos en el desierto y el pan eucarístico que Él iba a dar al mundo. Entramos, desde luego, en los sentimientos de Cristo al estudiar la figura y el símbolo para penetrar mejor la realidad.

Pues bien; ved ya en qué términos nos habla del maná el escritor sagrado, órgano del Espíritu Santo: «Sustentaste, Señor, a tu pueblo con manjar de Ángeles, y le diste un pan preparado del cielo sin trabajo alguno, un pan que engendraba todo gozo, cuyo sabor se acomodaba a todos los gustos. Esta substancia por vos mismo enviada, mostraba lo mucho que amabais a vuestros hijos; y ese pan, acomodándose al deseo de todos, sabía a cada cual según su gusto»³.

1. La Iglesia aplica estas palabras a la Sagrada Eucaristía en el oficio del Santísimo Sacramento.

2. Salmo CX, 4-5.

3. Sap., XVI, 20, 21.

La Iglesia ha recogido estas hermosas palabras para aplicarlas a la Eucaristía en el oficio del Santísimo Sacramento¹. Veamos ahora cuán propia y primorosamente van expresadas en ellas las propiedades del pan eucarístico, y con cuánta mayor razón podemos nosotros cantar de la sagrada Hostia lo que aquel otro cantaba del maná.

La Eucaristía, así como el maná, es alimento, pero alimento espiritual; quisola instituir Nuestro Señor bajo la forma de alimento en medio de un banquete. Jesucristo se entrega a nosotros como sustento de nuestras almas: «Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida»².

Como el maná, la Eucaristía es un pan bajado del cielo; pero aquel no era sino una figura imperfecta de ésta; por eso Nuestro Señor decía a los judíos que le recordaban el prodigio del desierto: «Moisés no os dió el pan del cielo; mi Padre sí que os da el *verdadero* pan del cielo, pues el pan de Dios es el que baje del cielo y da la vida, no sólo a un pueblo particular, sino a todos los hombres».

Y como los judíos murmuraban al oírle llamarse «el pan bajado del cielo», Jesús añade: «Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná y murieron; he aquí el pan bajado del cielo, para que no muera quien de él comiere. Yo soy el pan *vivo bajado del cielo*; si alguien comiere de este pan, vivirá eternamente» — pues deposita en nuestros mismos cuerpos el germen de la resurrección —. «Y este pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo»³.

Ya veis con cuánta insistencia nos muestra Nuestro Señor mismo que la divina realidad eucarística es muy superior en su substancia y en sus frutos al alimento dado antiguamente al pueblo judío.

Este bocado celestial nos da la vida, alimentando en nosotros la gracia. «Contiene además toda suavidad y dulzura».

No hay cosa más regocijada que un festín. Pues bien, la Comunión es un festín del alma y, por ende, una fuente de profunda alegría. ¿Es posible que Jesucristo, verdad y

1. Cántico del tercer nocturno de Maitines (Breviario Monástico); cf. segunda Antífona de Laudes.

2. JOAN., VI, 56.

3. Ibid., VI, 32-33, 48-52.

vida, principio de todo bien y de toda felicidad, no llene de gozo nuestros corazones? ¿Es posible que, dándonos a beber el cáliz de su sangre divina, no derrame en nuestras almas esta espiritual alegría que caldea la caridad y mantiene el fervor? Mirad al Cenáculo: después de instituir este divino sacramento, habla a sus Apóstoles de su alegría; quiere que «esta alegría, su propia alegría, toda divina, sea la nuestra, y que nuestros corazones sean henchidos de ella»¹. Este es uno de los efectos de la Eucaristía cuando se recibe con devoción: llenar el alma de ese gozo sobrenatural que la hace pronta y sumisa para el servicio de Dios.

Mas no olvidemos que esta alegría es sobre todo espiritual. Siendo la Eucaristía el «misterio de fe» por excelencia, sucede que Dios permite que esta alegría interior no se trasluzca en la parte sensible de nuestro ser. Acontece también que almas aún muy fervorosas sienten horribles sequedades después de recibir el pan de vida. No se extrañen, y sobre todo no se desanimen. Si al recibir a Cristo han llevado todas las disposiciones posibles y sufren por su impotencia, queden muy tranquilas y no pierdan la paz, porque es que Cristo, siempre vivo, obra silenciosa, pero eficazmente allá en el fondo íntimo del alma para transformar en Sí. Este es precisamente el efecto más preciado del pan eucarístico: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él»².

¿Qué más? Este pan vivo que da la vida, este delicioso manjar que lleva consigo la alegría, nos es otorgado «sin trabajo», *sine labore*. Era también una de las propiedades del maná; pero ¿cómo se verifica en el pan eucarístico?

En erecto, ¿qué se nos pide para que podamos sentarnos en el «banquete del Rey» y nos aproveche el pan celestial? Que vayamos a él revestidos con la «túnica nupcial»³, es decir que estemos en gracia y que nuestra intención sea recta.

Nada más se requiere de nuestra parte. — Pero, ¿y por parte de Jesús? ¡Oh, cuánto ha costado prepararnos este festín! Fueron precisos para ello los abatimientos de la

1. JOAN., XV, 11.

2. *Ibid.*, VI, 57.

3. MATH., XXII, 11.

Encarnación, la humildad y los trabajos oscuros de la vida oculta, las fatigas del apostolado, las luchas contra los fariseos, los combates con el príncipe de las tinieblas, en fin, y esto lo resume todo, contiene y corona todos los dolores de la Pasión. Sólo a costa de su sangrienta inmolación y de innumerables trabajos nos tiene merecida Jesucristo esta gracia, verdaderamente inaudita, de unirnos íntimamente a Sí, dándonos a comer su sagrado cuerpo y su sangre preciosísima.

Por eso quiso instituir este sacramento la víspera de su Pasión, como para darnos la prueba más elocuente del «exceso de su amor»¹. Por comunicarse con tal precio, está saturado este don de la suavidad del amor infinito de Jesucristo.

Ahí tenéis algunos de los prodigios figurados ya por el maná, y realizados, para la vida y gozo de nuestras almas, por la sabiduría y bondad de nuestro Dios.

¿Cómo no admirarlos con la Iglesia? ¿Cómo no «venerar estos sacrosantos misterios con toda reverencia y con rendida adoración?»².

III

Entre todas las propiedades que la Sagrada Escritura atribuye al maná, hay una que parece más notable y es que el maná tenía «tantos sabores diversos cuantos eran los gustos de los que le comían».

En este pan celestial, que es la Eucaristía, podemos encontrar también, en cierto modo, el sabor especial de todos los misterios de Cristo, y la virtud de todos sus estados. No consideramos aquí la Eucaristía como memorial sino como fuente de gracias, y aquí se descubre un aspecto muy fecundo del misterio eucarístico, en el cual pienso detenerme con vosotros unos instantes. Si nos dejamos penetrar de él, sentiremos aumentarse en nosotros el deseo de este divino alimento.

Ya sabéis que Nuestro Señor se entrega en alimento para

1. JOAN., XIII, 1.

2. Oración de la fiesta del Santísimo Sacramento.

conservar en nosotros la vida divina de la gracia; además, por la unión que este sacramento establece entre nuestras almas y la persona de Jesús, *in me manet et ego in illo*¹, y por la caridad que esta unión alimenta, Cristo obra en nosotros esta transformación que hacía exclamar a san Pablo: «Vivo yo; ya no soy yo quien vive, sino que Cristo es quien vive en mí»². Tal es la virtud propia de este inefable Sacramento.

Mas este cambio abarca muchos grados, por lo cual no podemos realizarlo de un golpe; antes lo vamos adquiriendo poco a poco, a medida que adelantamos en el conocimiento de Cristo y de sus estados; puesto que su vida es nuestro modelo y su perfección el ejemplar de la nuestra.

La piadosa contemplación de los misterios de Jesús constituye uno de los medios de esta transfiguración; ya os he dicho: cuando por medio de una fe viva nos ponemos en contacto con Él, entonces produce en nosotros, por la virtud siempre eficaz de su santa Humanidad unida al Verbo, esta semejanza que es la señal de nuestra predestinación.

Si esto es cierto, tratándose de la simple contemplación de los misterios, ¿cuánto más poderosa no será la acción de Jesús cuando habita en nuestras almas por la Comunión sacramental? Esta unión es la más grande y más íntima que podemos tener en este mundo con Cristo: la unión que se verifica entre el alimento y el que lo toma. Cristo se entrega para ser nuestro manjar; pero, al revés de lo que sucede con el sustento corporal, aquí nosotros somos los asimilados a Cristo, y Él se hace nuestra vida.

El primer fruto del maná era el de alimentar; igualmente, la gracia propia de la Eucaristía consiste en conservar la vida divina en el alma, haciéndonos participar de la vida de Cristo.

Así como el maná todo entero se acomodaba a los deseos del que lo comía, así también la vida que Cristo nos da por la Comunión, es *toda* su vida, la cual pasa a nuestras almas para ser el ejemplar y la forma de nuestra vida, para producir en nosotros los diversos sentimientos del

1. JOAN., VI, 57.

2. GAL., II, 20.

corazón de Jesús, para hacernos imitar todas las virtudes que Él practicó en sus diversos estados, y derramar en nosotros las gracias especiales que nos mereció al vivir por nosotros sus misterios.

Sin duda, y nunca olvidemos esto, bajo las especies eucarísticas no se encuentra más que la substancia del glorioso cuerpo de Jesús, cual lo está en el cielo, y no como, por ejemplo, en el pesebre de Belén.

Mas cuando el Padre eterno mira a su Hijo Jesús en los resplandores celestiales, ¿qué ve en Él? Ve al que vivió por nosotros, en la tierra durante treinta y tres años; ve todos los misterios de su vida mortal, y las satisfacciones y los méritos que manaron de estos mismos misterios; ve la gloria que este Hijo le dió viviendo cada uno de ellos. En cada uno de ellos, también ve siempre al mismo Hijo de sus complacencias, bien que ahora sólo ocupa Jesucristo su derecha en estado glorioso.

Igualmente, el Jesús a quien nosotros recibimos, es el Jesús nacido de María, el que vivió en Nazaret y predicó a los judíos de Palestina, es el buen Samaritano; el que curó a los enfermos, libró a Magdalena de las redes del demonio y resucitó a Lázaro; es el que, cansado, dormía en la barquichuela, el que agonizaba en el Huerto, abrumado de mortal angustia; el que fué crucificado en el Calvario, es el glorioso resucitado del sepulcro, y el misterioso peregrino de Emaús; el que se hace «reconocer en la fracción del pan»¹, y el que subió a los cielos sentándose a la diestra del Padre; es, por fin, el Pontífice eterno, siempre vivo, que intercede por nosotros sin cesar.

La Comunión nos da en substancia todos los estados de la vida de Jesús, con sus propiedades, su espíritu peculiar, sus méritos, su virtud; bajo esa diversidad de estados y de misterios se perpetúa la persona misma que los vivió y actualmente vive para siempre en el cielo.

Cuando recibimos a Cristo en la sagrada Mesa, podemos contemplarle y entretenernos con Él en cualquiera de sus misterios. Aunque ahora viva vida gloriosa, con todo, encontramos en Él al que vivió por nosotros y nos mereció la gracia que esos misterios contienen; venido a nosotros,

1. Luc., XXIV, 35.

Cristo nos comunica esta gracia para realizar poco a poco la transformación de nuestra vida en la suya, efecto propio del sacramento. Basta para comprender esta verdad recorrer las «secretas» y «poscomuniones» de la misa en las diferentes fiestas del Salvador. El objeto de estas oraciones, que ocupan un puesto especialísimo entre las del sacrificio eucarístico, se diferencia según la naturaleza de los misterios celebrados¹.

Podemos, por ejemplo, unirnos a Jesús como viviendo *in sinu Patris*², igual a su Padre y Dios como él. Entonces le adoramos en nosotros mismos, como a Verbo coeterno con el Padre, e Hijo de Dios y objeto de sus eternas complacencias. «Sí, yo te adoro dentro de mí, oh Verbo divino; por la unión tan íntima que en este momento tengo contigo. Dame la gracia de estar también contigo *in sinu Patris*, ahora por medio de la fe, y más tarde, en la eterna realidad, para vivir la vida misma de Dios, que es vuestra vida».

Podemos adorarle como le adoraba la Virgen María, cuando el Verbo encarnado moraba en su seno purísimo, antes de aparecerse al mundo. Sólo en el cielo sabremos con qué respeto y amor la Virgen se prosternaba interiormente delante del Hijo de Dios, que tomaba de ella nuestra carne. Podemos, pues, como ella, adorarle también en nosotros mismos, cual si esto lo hiciéramos en la gruta de Belén, hace ya diecinueve siglos, junto con los pastores y los magos. Si así lo hacemos, Jesús nos comunicará la gracia de imitar sus virtudes: la humildad, la pobreza y el desprendimiento que vemos en Él durante este período de su vida oculta.

Si nosotros lo queremos, Jesús será el agonizante que por su abandono admirable en la voluntad de su Padre nos obtiene la gracia de cargar con nuestras cruces de cada día; será el divino resucitado que nos otorga la gracia de desprendemos de todo lo terreno, de «vivir para Dios»³ con más generosidad y plenitud; será el triunfador que, radiante de gloria, vuela a los cielos y nos arrastra en pos de

1. Cf., p. 96 y sig.

2. JOAN., I, 18.

3. ROM., VI, 11.

sí, para que vivamos ya allí con Él por la fe, la esperanza y los santos anhelos.

Jesucristo, así contemplado y recibido, parece revivir en nosotros todos sus misterios; su vida se inyecta en la nuestra, y la suplanta depositando en nuestra alma todas sus bellezas propias, sus méritos y sus gracias.

IV

En la exposición que acabo de hacer os he dejado entender que la participación más perfecta de este divino misterio se obtiene por la Comunión sacramental. Ya sabéis que la Comunión misma supone el sacrificio y de ahí viene que nos asociamos ya al misterio del altar, simplemente asistiendo al sacrificio de la misa.

¿Qué no hubiéramos dado a trueque de estar al pie de la cruz con la Virgen, con san Juan y Magdalena? Pues bien, la oblación del altar reproduce y renueva la inmolación del Calvario, para perpetuar su recuerdo y aplicarnos sus frutos.

Durante la santa Misa, debemos unirnos a Cristo, pero a Cristo inmolado; está en el altar como «Cordero inmolado»¹, y Jesús quiere asociarnos a su sacrificio. Ved, después de la consagración, al sacerdote con las manos juntas y apoyadas en el altar. Pues bien, este gesto significa la unión del sacerdote y de todos los fieles con el sacrificio de Cristo. Mientras tanto, ora de este modo: «Oh Dios todopoderoso, os suplicamos mandéis que sean llevadas estas cosas a vuestro sublime altar, en presencia de vuestra divina majestad».

La Iglesia pone aquí en relación dos altares: el de la tierra y el del cielo; lo cual no significa que en el santuario de los cielos haya un altar material, sino que la Iglesia quiere indicar con eso cómo no hay más que un sacrificio, la inmolación realizada místicamente en la tierra es una con la ofrenda que Cristo, nuestro pontífice, hace de Sí mismo en el seno del Padre, al cual ofrece por nosotros las satisfacciones de su Pasión.

1. Cf. Aroc., V, 6.

«Estas cosas», *Hæc*, de que se habla en la creación, dice Bossuet, son verdaderamente el cuerpo y la sangre de Jesús; pero son este cuerpo y esta sangre con todos nosotros, con nuestros votos y oraciones, y todo esto junto compone una misma oblación» ¹.

Así que, en este solemne momento, somos introducidos ², en el santuario de la divinidad; pero lo somos por Jesús y con Jesús; y allí, delante de la majestad infinita, en presencia de toda la corte celestial, somos presentados con Cristo al Padre para que el Padre «nos colme de toda gracia y celestial bendición».

¡Oh, si tuviéramos fe viva, con qué reverencia no asistiríamos a este santo Sacrificio! ¡Con qué cuidado buscaríamos los medios de purificarnos de toda mancha, a fin de ser menos indignos de entrar, en pos de nuestra Cabeza, en el santo de los santos, para ser allí con Cristo una hostia viva. «Entonces solamente — dice muy bien san Gregorio —, entonces Cristo es nuestra hostia, cuando nos ofrecemos nosotros mismos con Él para participar, con nuestra generosidad y nuestros sacrificios, de su vida de inmolación» ³.

El Sacrificio eucarístico nos da el sacramentó; no se participa enteramente del sacrificio sino uniéndose a la víctima. En la oración que acabo de explicar, la Iglesia pide que seamos henchidos de toda gracia y bendición espiritual», pero con la condición de que «nos asociemos a este sacrificio por la recepción del cuerpo y de la sangre de Jesús.

Por la Comunión, pues, entramos plenamente en los pensamientos de Jesús y realizamos totalmente los deseos de su Corazón al instituir la Eucaristía: «Tomad y comed» ⁴; «si no comiereis la carne del Hijo del Hombre no tendréis vida en vosotros» ⁵. Por tanto, la Comunión es el primero de los deberes eucarísticos.

Llevemos, pues a este festín eucarístico las mejores disposiciones. Sin duda que este divino Sacramento produce sus frutos en el alma que lo recibe en estado de gracia y con

1. E.D. LACHAT, t. XVII, p. 60..

2. HERR., VI, 19.

3. *Dialog.* I, IV, c. 59.

4. MATTH., XXVI, 26.

5. JOAN., VI, 54.

recta intención; pero también sus frutos son más o menos pingües según el fervor de cada cual.

En otro lugar expuse extensamente cómo esas disposiciones se reducen a tres, que son: fe, confianza y entrega de todo nuestro ser a Cristo y a los miembros de su cuerpo místico; por lo cual no he de insistir ahora en esto mismo. Sin embargo de ello, hay una disposición sobre la cual diré dos palabras, por ser la que la Iglesia misma nos señala en la oración del santísimo Sacramento; es la de reverencia. «Danos, Señor, tal reverencia a los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre, que podamos sentir constantemente en nosotros los frutos de tu redención».

La Iglesia nos pide que «reverencemos» a Cristo en la Eucaristía. ¿Por qué? Por dos motivos.

Primero, porque Cristo es Dios.

La Iglesia nos habla de «misterios sagrados». La palabra «misterio» nos indica que bajo las especies eucarísticas se oculta una realidad; al añadir «sagrados», nos da a entender que esta realidad es santa y divina. En efecto, el que se oculta en la Eucaristía es, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, el Ser infinito, el Todopoderoso, principio y fin de todas las cosas.

Si Nuestro Señor se dejara ver en el resplandor de su gloria, los dejaría deslumbrados; y por eso, para entregarse a nosotros, se oculta, no ya bajo la flaqueza de una carne pasible, cual sucedió en el misterio de la Encarnación, sino bajo las especies de pan y vino. Digámosle, pues: «Señor mío Jesucristo; ya que por amor nuestro y para atraernos a Ti y hacerte nuestro alimento, velas tu majestad, nada perderás por eso de nuestros homenajes; cuanto más ocultes a nuestros ojos tu divinidad, tanto más deseamos adorarte y prosternarnos ante tu acatamiento».

La segunda razón es que Jesucristo se humilló y se entregó por nosotros.

La Iglesia nos recuerda que «este admirable Sacramento es el memorial por excelencia de la Pasión de Jesús». Ahora bien, Cristo sufrió durante su Pasión inauditas afrentas y se abismó en un mar sin fondo de ignominias.

Precisamente, nos dice san Pablo, porque Cristo se anon-

dó y sufrió tamaños ultrajes, por eso el Padre le ha ensalzado y le ha dado un nombre sobre todo nombre, a fin de que toda rodilla se doble ante Él; toda lengua proclame que Cristo, el Hijo de Dios, reina para siempre en la gloria de su Padre.

Entremos en este pensamiento del Padre eterno que nos descubre el Apóstol. Cuanto más se humilló y anonadó Cristo, tanto más debemos nosotros, como el Padre, ensalzarle en este Sacramento, que, precisamente, nos recuerda su Pasión, y prodigarle nuestros homenajes. La justicia y el amor así lo exigen.

Además, ¿no se ha entregado «por nosotros» de ese modo? ¹. Si padeció, por mí padeció; si su alma santísima se vió anegada de miedo, de tedio y de mortal congoja, por mí fué también esto; si soportó tantos baldones de la grosera soldadesca, si fué azotado, coronado de espinas y muerto a fuerza de indecibles tormentos, por mí fué, para atraerme a Sí ². Nunca olvidemos que cada uno de los episodios dolorosos de la Pasión fué ordenado de antemano por la Sabiduría y aceptado por el Amor por salvarnos a nosotros.

Oh Cristo Jesús, realmente presente en el altar, yo me postro a tus plantas; toda adoración os sea dada en el Sacramento que nos dejaste la víspera de tu sacratísima Pasión, como testimonio del exceso de tu amor.

Manifestamos además esta «veneración» yendo a visitar a Cristo en el tabernáculo. En efecto, ¿no sería falta de respeto dejar solo y abandonado a este Huésped divino que nos aguarda? Allí está realmente presente, el que fué recostado en el pesebre de Belén, el que vivió en Nazaret, recorrió las montañas de Judea, cenó en el cenáculo y murió en la cruz. Ese es el mismo Jesús, que decía a la Samaritana: «¡Si conocieras tú el don de Dios! ¡Si supieras tú quién soy Yo, tú misma me pedirías el agua viva... esta agua de la gracia divina que fluye, cual venero inagotable, hasta la vida eterna!» ³.

Está allí presente el que dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» ⁴; el que me sigue no anda en tinieblas ⁵.

1. *Credo* de la misa.

2. GAL., II, 20.

3. JOAN., IV, 19, 14.

4. *Ibid.*, XIV, 6.

5. *Ibid.*, VIII, 12.

Nadie va al Padre si no es por mí ¹. Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; el que mora en mí y Yo en él, ese solo puede dar fruto, pues sin mí no podéis hacer nada... ². Yo no rechazo a! que viene a mí... ³. Venid a mí todos los que estáis trabajados, que yo os aliviaré... Vuestras almas no encontrarán reposo si no es en mí... ⁴.

Allí está el mismo Jesús que curaba los leprosos, calmaba las olas enfurecidas y prometía al buen ladrón un lugar en su reino. Allí encontramos a nuestro Salvador y nuestro amigo; a nuestro hermano mayor, en la plenitud de su omnipotencia divina, en la virtud siempre fecunda de sus misterios, con la infinita superabundancia de sus meritos y la inefable misericordia de su amor.

Nos aguarda en su tabernáculo, no sólo para recibir en él nuestros respetos, sino para repartirnos sus gracias. Si nuestra fe en su palabra no es un vano sentimiento, iremos junto a Él a poner nuestra alma, por la fe, en contacto con su santísima Humanidad. Estad seguros de que una virtud saldrá de Él ⁵, como salió en otro tiempo, para colmaros de luz, de paz y de alegría.

No podemos esperar «ser partícipes incesantemente del fruto de la redención de Jesús», si esta actitud de «catamien-to y de respeto no penetra hondamente en nuestras almas. Es necesario que esta veneración sea tal que nos haga obtener el don divino en su mayor plenitud.

V

Pero, me diréis, ¿por qué la Iglesia parece que resume en la «veneración» todas nuestras disposiciones con respecto a este divino Sacramento? ¿Qué razón le ha podido mover a ello?

Es que este respeto es un tributo de fe; más el hombre que no tiene fe no hinca la rodilla delante de la sagrada hostia: esta reverencia brota y se nutre de la fe.

1. JOAN., XIV, 6.

2. *Ibid.*, XV, 5.

3. *Ibid.*, VI, 37.

4. MATTH., XI, 28-29.

5. LUC., VI, 19; VIII, 40.

Ahora bien, muchas veces llevo dicho que la fe, raíz de toda justificación y condición fundamental de todo progreso en la vida sobrenatural, es la primera disposición para recibir el «fruto de la redención» de Cristo.

¿Cuál es, en efecto, este fruto? Lo diré en dos palabras: es renacer a la vida divina de la gracia, y hacernos participantes de la adopción eterna, a la cual no llegamos si no es por la fe. Ella es la condición primera para llegar a ser hijos de Dios y recoger, en su substancia, este fruto del árbol de la cruz ¹.

La recepción de la Eucaristía nos une primeramente a la sagrada Humanidad de Cristo, y esta unión la obra la fe. Cuando creéis que la Humanidad de Jesús es la Humanidad del Hijo de Dios, la propia Humanidad del Verbo, y que en Él no hay más que una sola persona divina; cuando con toda la energía y plenitud de vuestra fe adoráis esta santa Humanidad, por ella entráis en contacto con el Verbo, puesto que Él es camino que nos lleva a la divinidad.

Al darse Jesucristo a nosotros en la Sagrada Comunión, nos hace la misma pregunta que hizo a los Apóstoles: «¿Qué dicen los hombres de mí?» Nosotros debemos responder con Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» ². No veo más que un trocito de pan y un poquito de vino; pero Vos que sois el Verbo, la Sabiduría eterna y la Verdad infinita, tenéis dicho: «Éste es mi cuerpo—ésta es mi sangre». Por haberlo dicho Vos mismo, yo os creo presente bajo estas humildes apariencias. Éstas nada hablan a los sentidos, sólo la fe nos hace penetrar hasta la realidad divina encubierta bajo los velos eucarísticos ³.

Y nuestro Señor nos dice como dijo al Centurión: *Sicut credidisti, fiat tibi*: «hágase conforme a tu fe» ⁴. Puesto que creéis que soy Dios, me entrego a vosotros con todos los tesoros de mi divinidad para enriqueceros con ellos y transformaros en mí; me doy a vosotros juntamente con las inefables relaciones de mi vida íntima de Dios.

Mas no sólo nos unimos con Cristo, sino que como Él no forma más que «una cosa con su Padre» en unión con el

1. JOAN., I, 12-13.

2. MATH., XVI, 13.

3. Himno *Pange lingua*.

4. MATH., VIII, 13.

Espíritu Santo, por eso la Comunión nos une al propio tiempo con el Padre y con el Espíritu Santo.

Jesucristo, Verbo encarnado, está entrañablemente unido con el Padre; así, cuando comulgamos, Él nos toma y nos une a su Padre, de igual modo que lo está Él mismo. «Te ruego, Padre, decía Jesús en la última cena y después de haber instituido la Sagrada Eucaristía, te ruego que no sólo por mis apóstoles, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación. Ruego que todos sean una misma cosa, y que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en ti por identidad de naturaleza, sean así ellos una misma cosa en nosotros»¹.

El Verbo nos une también con el Espíritu Santo, dado que en la adorabilísima Trinidad, el Espíritu Santo es el amor substancial del Padre y del Hijo. Cristo nos le da como se lo dió a los Apóstoles para que nos dirija; nos comunica este Espíritu de adopción, el cual, dándonos ante todas cosas testimonio de que somos hijos de Dios, nos ayuda con sus luces e inspiraciones a vivir como hijos suyos predilectos.

El alma que acaba de comulgar es un verdadero santuario, porque la Eucaristía, al comunicarle el cuerpo y sangre de Cristo, le da además la divinidad del Verbo unido en Jesús con nudos indisolubles a la naturaleza humana; por el Verbo, el alma queda unida al Padre y al Espíritu en la indivisibilidad de su naturaleza increada. Al fijar en nosotros su morada la Trinidad, nuestra alma se convierte en el cielo, en donde se realizan las misteriosas operaciones de la vida divina. De ese modo podemos ofrecer al Padre el Hijo de sus amores para que ponga de nuevo en Él sus complacencias, y podemos ofrecer a Jesús estas mismas complacencias del Padre, para que se renueven en su alma santísima los goces inefables que experimentó en el momento de la encarnación; podemos también pedir al Espíritu Santo sea el lazo de amor que nos una con el Padre y el Hijo. Sólo la fe con sus certeras intuiciones puede comprender algo de estas maravillas y penetrar tan misteriosos arcanos.

Cuanto más viva sea la fe, tanto mayor será nuestra participación en la vida divina que Cristo nos alcanzó vi-

1. JOAN., XVII, 20-23.

viendo en este mundo. Por eso, cuando le mostramos fe ardiente mediante el respeto y veneración al Sacramento, luego nos hace sentir nuestro buen Jesús, de un modo constante, el fruto divino que con su inmolación nos granjeó.

Renovemos, pues, con frecuencia nuestra fe en este misterio, el misterio por excelencia de nuestra santa fe, ciertos de que el alma no puede ofrecer un homenaje más completo, más profundo, más absoluto que el de acercarse a la sagrada Eucaristía, puesto que para realizarlo ha de renunciar primero a la razón, y a los sentidos, y fiarse únicamente en las palabras de Jesús que dice: «Éste es mi cuerpo... tomad y comed».

XIX. El Corazón de Cristo

SUMARIO. — El amor explica todos los misterios de Jesús. Fe que debemos tener en la plenitud de este amor; la Iglesia nos lo propone como objeto de culto en la fiesta del Sagrado Corazón. — I. Qué viene a ser la devoción de Jesús y cuán hondas tiene sus raíces esta devoción en el dogma cristiano. — II. Sus diversos elementos. — III. Contemplación de los beneficios que nos ha valido el amor de Jesús, simbolizado por su corazón: es origen del amor que debemos devolverle; doble carácter de nuestro amor a Jesucristo, debe ser afectivo y efectivo, como lo es el de nuestro modelo. — IV. Ventajas de la devoción al sagrado Corazón; nos hace poco a poco adquirir la verdadera disposición que debe caracterizar a nuestras relaciones con Dios. Nuestra vida espiritual depende en gran parte de la idea que habitualmente nos hacemos de Dios. Diversidad de aspectos en el modo de considerar las almas a Dios. — V. Únicamente Cristo nos revela la verdadera disposición del alma ante Dios; la devoción al corazón de Jesús nos ayuda a adquirirla.

Todo cuanto poseemos en el dominio de la gracia, nos viene de Jesucristo, de cuya plenitud todos participamos¹. Ha destruido el muro de separación que nos impedía ir a Dios; nos ha merecido todas las gracias con una abundancia infinita, y como cabeza divina del cuerpo místico, tiene poder para comunicarnos el espíritu de sus estados y la virtud de sus misterios que nos transforman en Él.

¿Cuál es la perfección que más resalta al considerar estos misterios de Jesús? — El amor.

Por Él se obró la encarnación²; el amor hizo nacer a

1. JOAN., 1, 16.

2. Credo de la misa.

Cristo en carne mortal y pasible, le inspiró la obscuridad de la vida oculta y sostuvo el celo de su vida pública. Si Jesús se entrega por nosotros a la muerte, es cediendo a un exceso de amor sin orillas¹; si resucita, es para obrar nuestra justificación²; si sube al cielo, es para prepararnos, como precursor, un lugar en aquella morada de eterna bienandanza³; si envía al Espíritu Consolador es para no dejarnos huérfanos⁴; si instituye la Eucaristía, es para que sea el memorial de su amor⁵; todos sus misterios, en fin, fluyen del amor.

Es menester que nuestra fe en este amor de Jesucristo sea viva y constante. ¿Por qué? Porque ese es poderosísimo sostén de la fidelidad. Mirad a san Pablo: ¿quién como él se dió del todo a Cristo? Cierta día en que sus enemigos atacaban la legitimidad de su misión, vióse precisado a trazar él mismo, en su propia defensa, el cuadro de sus obras, de sus tareas y padecimientos. Aunque muy conocido este hermoso cuadro, siempre es grato al alma volver a mirarlo.

«He visto de cerca, más de una vez, la muerte, dice el gran Apóstol; cinco veces fuí azotado por los judíos y tres veces con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un día como hundido en lo profundo del mar. En mis numerosos viajes me he visto con frecuencia en peligro: peligros en los ríos, peligros por parte de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los infieles, peligros en las ciudades, en los desiertos, peligros en la mar. Me he visto en toda suerte de trabajos y fatigas, en muchas vigiliass, con hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez; sin contar los cuidados de cada día y solicitud de las Iglesias⁶ que he fundado».

En otra parte se aplica a sí mismo aquella palabra del Salmista. «Por ti, Señor, estamos entregados todo el día a la muerte y se nos mira como ovejas destinadas al cu-

1. JOAN., XIII, 1.

2. ROM., IV, 25.

3. JOAN., XIV, 2; HEBR., VI, 20.

4. *Ibid.*, XIV, 18.

5. LUC., XXII, 19.

6. II COR., XI, 23-28.

chillo», y no obstante esto, prosigue diciendo¹: «en todas estas ocasiones salimos vencedores».

«¿Dónde encuentra el secreto de esta victoria? Preguntadle por qué soporta tantos trabajos, y aun le causa tedio el vivir²; por qué en todas estas pruebas permanece unido a Cristo con invencible firmeza, de modo que ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la espada, pueden separarle de Jesús³. Él os responderá: por aquel que nos amó⁴. Lo que le esfuerza, lo que le anima y le estimula, es el estar plenamente convencido de que Cristo le ama⁵. En efecto, el sentimiento que engendra en él tan honda convicción, es «que no quiere ya vivir más que para sí»—para él, que antes blasfemó del nombre de Dios y persiguió a los cristianos⁶—, «sino para Aquel que tanto el amó, y dió su vida por él».

«La caridad de Cristo nos apremia»⁷, dice, «y por eso me entregaré por Él, y de buen grado me consumiré sin reserva ni miramiento y me entregaré gustosísimo por las almas, que son su conquista»⁸.

La persuasión que tiene de que Cristo le ama, es la clave que nos explica toda la obra del gran Apóstol, pues nada impulsa tanto al amor, como el sentirse amado. Cuantas veces pensemos en Jesucristo, dice santa Teresa, acordémonos del amor que nos tiene, colmándonos de beneficios, pues que el amor pide correspondencia de amor⁹.

Mas ¿cómo conoceremos ese amor que yace en el fondo de todos los estados de Jesús y explica y resume todos sus motivos? ¿Dónde encontraremos esa ciencia, tan saludable y fecunda, que movía a san Pablo a orar por los cristianos? ... Esa ciencia se halla en la contemplación de los misterios de Jesús. Si los estudiamos con fe, el Espíritu Santo, que es amor infinito, nos descubrirá sus arcanos y nos conducirá al amor de donde dimana.

1. ROM., VIII, 36-37.

2. II COR., I, 8.

3. ROM., VIII, 35.

4. *Ibid.*, 37.

5. GAL., II, 20.

6. ACT., XXVI, 9-10; COR., XV, 9.

7. II COR., V, 14.

8. *Ibid.*, XII, 15.

9. Vida escrita por ella misma; c. XXII.

10. EPHES., III, 19.

Hay una fiesta cuyo objeto nos recuerda precisamente el amor que demostró el Verbo encarnado; es la fiesta del Sagrado Corazón. Inspirándose la Iglesia en las revelaciones de Nuestro Señor a santa Margarita María, cierra, por decirlo así, con esta solemnidad el ciclo anual de las fiestas del Salvador; cual si al llegar al término de la contemplación de los misterios de su Esposo, sólo le quedara por celebrar el amor mismo que los inspiró a todos.

Os diré, pues, a ejemplo de la Iglesia, una vez que hemos visto los principales misterios de nuestro divino Salvador, algunas palabras acerca de la devoción del Sagrado Corazón, de su objeto y su práctica; y así nos compenetraremos una vez más de aquella verdad tan capital de que, en realidad, todo se reduce al conocimiento práctico del misterio de Jesús.

I

«Devoción» deriva de la palabra latina *devovere*: dedicarse, consagrarse a una persona amada. La devoción, con respecto a Dios, es la consagración total de nuestra vida a Él y la más sublime expresión de nuestro amor. «Amarás al Señor tu Dios con *todo* tu corazón, con *toda* tu alma, con *toda* tu mente, con *todas* tus fuerzas¹. La palabra *toda* señala la devoción: pues amar a Dios con todo el ser, sin reservarse nada, sin interrupción alguna, y amarle hasta el punto de dedicarse y entregarse a su servicio con prontitud y espontaneidad, es lo que generalmente llamamos devoción; y así entendida ésta, constituye la perfección, porque es la flor misma de la caridad².

La devoción a Jesucristo es el obsequio u ofrenda de todo nuestro ser, de toda nuestra actividad, a la persona de Jesús Encarnado, haciendo abstracción de tal o cual estado particular de la persona de Jesús o de tal misterio particular de su vida. Mediante esta devoción a Jesucristo, procuramos conocer, honrar, servir al Hijo de Dios que se manifiesta a nosotros en su santa Humanidad.

1. MARC., XII, 30.

2. Cf. S. THOM., II-III, q. 82, a. 1.

Una devoción particular, o bien es la «entrega» a Dios, considerado especialmente en uno de sus atributos, o en una de sus perfecciones, como la santidad, la misericordia, o también la entrega hecha a una de las tres personas divinas, o bien hecha a Cristo, contemplado en uno de sus misterios o en uno de sus estados. Como ya hemos visto en el curso de estas instrucciones, siempre honramos a Jesucristo y a su persona adorable con nuestros homenajes, sólo que consideramos su persona bajo tal o cual aspecto particular, que nos impresiona más en tal o cual determinado misterio.

Así, por ejemplo, la devoción a la Santa Infancia es la devoción a la persona misma de Cristo, considerado especialmente en los misterios de su nacimiento y de su adolescencia en Nazaret; la devoción a las cinco llagas es la devoción a la persona del Verbo encarnado en sus dolores simbolizados por las cinco llagas, cuyas gloriosas cicatrices quiso Cristo conservar aun después de su resurrección. La devoción puede también tener un objeto especial, propio e inmediato, pero siempre termina en la persona misma¹.

Por lo dicho comprenderéis cómo ha de entenderse la devoción al Sagrado Corazón. Es hablando de un modo general, una entrega a la persona misma de Jesús, que nos manifiesta su amor y nos muestra su corazón, símbolo de aquél. ¿A quién honramos, pues, en esta devoción? Al mismo Jesucristo en persona. Pero, ¿cuál es el objeto inmediato, distintivo y propio de esta devoción? El corazón de carne de Jesús, el corazón que latía por nosotros en el Hombre-Dios; pero no le honramos separado de la naturaleza humana de Jesús ni de la persona del Verbo eterno, a quien se unió esta naturaleza humana en el misterio de la Encarnación; sino que, además, honramos a este corazón como símbolo del amor que Jesús nos tiene. La devoción al Sagrado Corazón se reduce, pues, al culto del Verbo encarnado, que nos manifiesta su amor y nos muestra su corazón como símbolo de ese mismo amor. No necesito justificar delante de vosotros una devoción que os es fa-

1. SANTO TOMÁS, III, q. 25, a. 1.

miliar, aunque tampoco dejará de sernos útil decir siquiera una palabra sobre el particular.

La Iglesia, a juicio de algunos protestantes, es como un cuerpo sin vida, que habría recibido desde el principio todo su entero perfeccionamiento y queda después como petrificado; por lo mismo, todo cuanto ha venido a añadirse en el curso de los tiempos ora en materia dogmática, ora en materia de piedad, no es, según ellos, más que superfetación y pura corruptela.

Pero nosotros concebimos la Iglesia muy de otro modo: ésta es un organismo vivo, y como tal, debe desarrollarse y perfeccionarse. El depósito de la Revelación quedó sellado con la muerte del último Apóstol; desde aquel momento, no se admite como inspirado ningún escrito, ni entran tampoco en el depósito oficial de las verdades de la fe las revelaciones particulares de los Santos. Ahora, que muchas de las verdades contenidas en la Revelación oficial, sólo se hallan allí como en germen, hasta que, presentándose la ocasión, poco a poco, bajo la presión de los acontecimientos y bajo la dirección del Espíritu Santo, lleguen a ser definiciones explícitas que fijen en fórmulas precisas y determinantes lo que antes sólo era objeto de un conocimiento implícito.

Hemos visto cómo Jesucristo, desde el primer instante de su Encarnación, poseía en su alma santísima todos los tesoros de ciencia y sabiduría divinas, y cómo fueron revelándose poco a poco; pues a medida que Cristo crecía en edad, veíase aparecer aquella ciencia y sabiduría, y florecían las virtudes contenidas como germen en Él. Cosa análoga ocurre con la Iglesia: encontramos, por ejemplo, en el depósito de la fe esta magnífica revelación: «El Verbo era Dios y el Verbo se hizo carne»¹. Tal revelación encierra en sí tesoros inmensos, que sólo paulatinamente han ido apareciendo a manera de semilla que se convierte en fruto de verdad para aumentar nuestro conocimiento de Jesucristo. Con ocasión de las herejías que se fueron suscitando, la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, definió que en Jesucristo no hay más que una sola persona divina, aunque en dos naturalezas distintas y perfectas; que hay

1. JOAN., I, 1 Y 14.

en Él dos voluntades y dos fuentes de actividad; que la Virgen María es Madre de Dios; que todas las partes de la Humanidad Santísima de Jesús son adorables a cause de su unión con la persona divina del Verbo. ¿Diremos acaso que éstos son dogmas nuevos? De ninguna manera. Son el dogma de la fe que se explica, se hace más explícita y se desarrolla.

Pues lo que decimos de los dogmas se aplica perfectamente a las devociones. Han nacido en el curso de los siglos algunas devociones que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, admitió e hizo suyas. Pero éstas no son innovaciones propiamente dichas, sino efectos que fluyen de los dogmas ya definidos y de la actividad orgánica de la Iglesia.

Desde que la Iglesia docente aprueba una devoción y la confirma con su autoridad suprema, debemos aceptarla con gozo. Obrar de otro modo no sería «sentir con la Iglesia», *sentire cum Ecclesia*, ni entrar en los pensamientos de Jesucristo, el cual dijo a sus Apóstoles y sucesores: «El que a vosotros oye, a mí me oye, y el que os desprecia, a mí me desprecia»¹. Además, ¿cómo iremos al Padre si no escuchamos a Cristo?

Aunque la forma que hoy reviste la devoción al Sagrado Corazón sea relativamente moderna, tiene, no obstante esto, su fundamento dogmático en el depósito de la fe. Hallábase contenida, como en germen, en aquellas palabras de san Juan: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... Como amase a los suyos, amóles hasta el fin»². ¿Qué es, en efecto, la Encarnación? Es la manifestación de Dios, es «Dios que se revela a nosotros mediante la Humanidad de Jesús»³. «Hasta tal punto amó Dios al mundo, que le entregó su propio Hijo, y este Hijo a su vez de tal modo amó a los hombres, que por ellos se entregó, y sabido es que no hay amor tan grande como el de dar la vida por sus amigos»⁴.

Toda la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se halla contenida en estas palabras suyas. Y para mostrar que

1. LUC., X, 16.

2. JOAN., I, 14; XIII, 1.

3. Prefacio de Navidad.

4. JOAN., XV, 13.

este amor había llegado al supremo grado, quiso Jesucristo que su Corazón, después de exhalar el último suspiro sobre la cruz, fuese traspasado por la lanza de un soldado. El amor simbolizado por el Corazón en esta devoción, es, primeramente, como vamos a ver, el amor creado de Jesús; mas como Él es el Verbo hecho carne, de ahí que los tesoros de ese amor creado nos manifiesen las maravillas del amor divino y del Verbo eterno.

Ya podéis ver cuánto ahonda esta devoción en el depósito de la fe. No es, pues, una alteración o una corrupción, sino una adaptación sencilla, pero grandiosa, de las palabras de san Juan sobre el Verbo humanado e inmolado por nosotros.

II

Si ahora volvemos a examinar brevemente los diversos elementos de este culto, veremos cómo todos ellos están justificados y tienen perfecta razón de ser.

El objeto propio y directo de esta devoción es el corazón físico de Cristo, el cual es digno de adoración, puesto que forma parte de la santa Humanidad que el Verbo unió a su divina persona, por lo cual se llama y es «*perfectus homo*»¹.

La misma adoración que tributamos al Verbo divino se extiende a todo cuanto le está unido personalmente, a todo cuanto en Él y por Él subsiste; por consiguiente, se extiende a toda la naturaleza humana y a cada una de las partes que la integran; el corazón de Jesús, es el corazón de Dios.

Ahora bien, este corazón que honramos y adoramos en su Humanidad, sirve aquí de símbolo, símbolo de su amor, ya que en el lenguaje corriente el corazón se considera como símbolo del amor. Cuando Dios nos dice en la Escritura: «Hijo mío, dame tu corazón»², entendemos que el corazón aquí es el amor.

Se puede decir de uno: «le estimo, le respeto, mas no

1. Del Símbolo Atanasiano.

2. Prov. XXIII. 26.

puedo darle el corazón»; indicando con estas palabras que la amistad, la intimidad y la unión son imposibles. Ahora bien, con la devoción al Corazón sacratísimo de Jesús, honramos el amor que nos tiene el Verbo encarnado. Y lo primero su amor *creado*. Cristo es Dios y Hombre, Dios perfecto y hombre perfecto. Ahí está el misterio mismo de la Encarnación. En cuanto es Hijo del hombre, tiene Cristo un corazón como el nuestro, un corazón de carne, un corazón cuyos amorosos latidos son los más tiernos y sinceros, los más nobles y fieles que jamás existieron.

Escribiendo el Apóstol a los efesios, les decía que rogaba a Dios con instancia para que se dignase hacerles conocer la anchura, largura, altura y profundidad del misterio de Jesús; tanto le maravilla la consideración de las inmensas riquezas que en él están atesoradas. Lo mismo hubiera podido decir del amor que nos tiene el corazón de Jesús, aunque ya lo dejó entender cuando proclamó que «ese amor rebasa todo conocimiento»¹.

Jamás, en efecto, adivinaremos cuántas sean las dulzuras, ternezas y caridad de esa hoguera de amor que es el corazón del Hombre-Dios. Bástanos abrir el Evangelio, para ver cómo en cada página resalta la bondad, la misericordia, la condescendencia de Jesús para con los hombres. Ya al exponeros algunos aspectos de la vida pública², procuré mostraros algo de lo humano e infinitamente delicado de este amor, que no es en Cristo una ficción, sino una verdadera realidad, fundada en el misterio mismo de la Encarnación. Díganoslo, si no, la Virgen Santísima y san Juan, Lázaro y Magdalena.

No se trata ya tan sólo de un amor frío de voluntad, sino que mueve hasta las fibras más finas de la sensibilidad.

Cuando decía Jesús: «Me da compasión esta muchedumbre»³, es que sentía verdadera pena su ternísimo corazón al verlos hambrientos; cuando vió a María y a María llorar la muerte de su hermano, llora Él también con ellas y derrama dulces lágrimas, que le arranca el sentimiento que oprimía su corazón. Por eso se decían entre sí los

1. EFES., III, 14-19.

2. Véase pág. 200 y sig.

3. MATH., XV, 32; MARC., VIII, 3.

judíos testigos de aquella escena: «Mirad cómo le amaba»¹.

Jesucristo es siempre el mismo, y lo que era ayer lo es hoy y lo será en el cielo; por eso su corazón será siempre el más amante y amable que darse pueda. San Pablo nos dice, en propios términos, que debemos tener plena confianza en Jesús, por ser pontífice compasivo que conoce nuestras flaquezas y miserias, como quiera que Él también quiso probarlas todas, menos el pecado. Jesucristo ya no puede padecer², pero siempre se le derretía el corazón al ver las miserias de los hombres, por quienes sufrió y a quienes rescató por su amor.

Mas este amor humano de Jesús, este amor creado, ¿de dónde procede? Procede del amor increado y divino, del amor del Verbo eterno, al cual se halla indisolublemente unida su Humanidad, pues aunque haya en Cristo dos naturalezas perfectas y distintas; y éstas conserven sus energías específicas y sus propias operaciones, no hay más que una sola persona divina. El amor creado de Jesús, como ya llevo dicho, no es sino una manifestación de su amor increado; y todo cuanto realiza el amor creado, lo hace en unión del amor increado, y causado por Él. De modo que el Corazón de Cristo bebe su bondad humana del océano divino³.

Vemos morir en el Calvario a un hombre como nosotros, abrumado de angustias y atormentado cual nadie podrá serlo jamás, y llegamos a comprender el amor que este hombre nos demuestra; pero amor que por ser tan excesivo, supera nuestro conocimiento, es la expresión concreta y tangible del amor divino. El corazón de Jesús alanceado, nos revela el amor humano de Cristo; mas por entre el velo de su Humanidad, muéstrase el inefable e incomprensible amor del Verbo.

Ved cuán amplias perspectivas nos abre esta devoción. Ved si no ofrece particular atractivo para el alma fiel, pues que le facilita el medio de honrar lo más grande y subido,

1. JOAN., XI, 3.

2. ROM., VI, 9.

3. «En el Corazón hallaréis el símbolo y la imagen sensible de la caridad infinita de Jesucristo, de aquella caridad que nos mueve a pagarle su amor.» LEÓN XIII. Bula *Annum sacrum*, 25 de mayo de 1899.

lo más eficaz que hallamos en Jesucristo, Verbo encarnado, cual es el amor que tiene al mundo, y cuyas llamas están siempre ardiendo, como horno encendido, en su Corazón sacratísimo.

III

El amor es de suyo activo e impetuoso; por eso, el amor que Jesús nos tiene no puede menos de ser manantial inagotable de dones.

Invítanos la Iglesia en la oración de la fiesta del Sagrado Corazón a repasar con el pensamiento los principales beneficios que debemos al amor de Jesucristo. Esta contemplación constituye uno de los elementos de la devoción al Sagrado Corazón. ¿Cómo habíamos de honrar un amor cuyas manifestaciones nos fuesen desconocidas? Pues este amor, según llevamos dicho, es el amor humano de Jesús, que nos manifiesta aquel otro amor increado, que le es común con el Padre y con el Espíritu Santo, y que es principio de donde proviene todo don. ¿Quién, en efecto, sacó a los seres de la nada? El amor. Así lo cantamos en el himno de la fiesta: la tierra, el mar y los astros son obra del amor¹.

La Encarnación, aún más que la Creación, se debe al amor, «el cual hizo descender al Verbo de los resplandores del cielo, para unirse a una naturaleza débil y mortal».

Pero los beneficios que sobre todo debemos recordar son: la redención por medio de la Pasión, la institución de los Sacramentos, y de un modo especial, el de la Eucaristía, debidos tanto al amor humano de Jesús, como a su amor increado.

Al contemplar aquellos misterios, vimos ya el profundo y acendrado amor que nos revelan. Nuestro Señor mismo decía: «No hay mayor muestra de amor que la de dar su vida por sus amigos»; y Él así lo hizo. Aunque en su sacratísima Pasión brillan un sinnúmero de virtudes, ninguna campea tanto como el amor, pues sólo un exceso de

1. Himno de Vísperas.

amor nos explica las diversas fases de la Pasión a que libremente se sometió y los abismos de humillaciones, oprobios y dolores. Y así como el amor obró nuestra Redención, así también inventó los sacramentos, con los cuales se aplican a toda alma de buena voluntad los frutos del sacrificio de Jesucristo.

Complácese san Agustín¹ en subrayar la expresión elegida de intento por el Evangelio para darnos a conocer la herida producida por la lanza en el costado de Jesús. El escritor sagrado no dice que la lanzada hirió, sino que «abrió» el costado del Salvador². Fué la puerta de la vida, dice el gran Doctor, lo que se abrió, para que del corazón traspasado de Jesús se desbordasen sobre el mundo los ríos de gracia que debían santificar a la Iglesia.

Esta contemplación de los beneficios que Jesús nos hizo, debe ser la fuente de nuestra devoción práctica a su Corazón sacratísimo.

El amor, sólo con amor se paga. ¿De qué se quejaba Nuestro Señor a Santa Margarita María? De no ver correspondido su amor: «He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres y que no recibe de ellos más que ingratitudes». Por consiguiente, con amor, esto es, con el don de nuestro corazón, es como hemos de corresponder a Jesucristo³.

«¿Quién no amará a quien le ama? ¿Qué redimido no amará a su redentor?»

Para que este amor sea perfecto, deberá ser afectivo y efectivo.

El amor afectivo consiste en los diversos sentimientos que hacen vibrar al alma ante la persona amada, en sentimientos de admiración, de complacencia, de gozo, acción de gracias. Este amor engendra la alabanza de los labios; y así, nos gozamos de las perfecciones del corazón de Jesús, y celebramos sus hechizos y grandezas, y nos complacemos en la magnificencia de sus beneficios⁴.

Es necesario este amor afectivo, pues cuando el alma contempla a Cristo en su amor, no puede resistir a la ad-

1. *Tract. in Joan.*, CXX, 2.

2. *JOAN.*, XIX, 34.

3. *Himno de Laudes* de la fiesta del Sagrado Corazón.

4. *Salmo* LXX. 23.

miración, al júbilo y honda complacencia que en sí experimenta. ¿Por qué? Porque debemos amar a Dios con todo nuestro ser, y Dios quiere que este amor sea conforme a nuestra naturaleza, que no es angélica, sino humana, en la cual la sensibilidad entra por mucho. Jesucristo acepta esta forma de amor por estar fundada en nuestra naturaleza que por Él fué creada.

Consideradle, si no, en su entrada en Jerusalén, pocos días antes de su Pasión. Estaba ya Jesús en la falda del monte de los Olivos. Toda la muchedumbre de los discípulos, transportada de gozo, se puso a alabar a Dios a grandes voces, por todos los milagros que habían presenciado: ¡Bendito sea, exclamaban, el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz y gloria en las alturas! En el mismo momento, algunos fariseos rogaban a Jesús reprendiese a sus discípulos; mas Él, en vez de reprimir tales aclamaciones, replica a los fariseos: «En verdad os digo que, si ellos se callan, hablarán las piedras»¹.

Jesucristo se complace en las alabanzas que brotan del corazón hasta los labios, y por lo mismo, nuestro amor deberá prorrumpir en afectos a ejemplo de los Santos. Francisco, el pobre de Asís, de tal manera estaba trocado por el amor, que cantaba hasta por los caminos las divinas alabanzas²; Magdalena de Pazzis corría por los claustros de su monasterio gritando: «¡Oh amor! ¡oh amor!»³, y santa Teresa saltaba de gozo cada vez que cantaba estas palabras del Credo «y su reino no tendrá fin»⁴. Leer sus *Exclamaciones* y veréis cómo se traslucen los sentimientos de la naturaleza humana en ardientes alabanzas cuando un alma está prendada de amor.

No temamos, pues, multiplicar nuestras alabanzas al Corazón de Jesús, pues las letanías y los actos de reparación son otras tantas expresiones de este amor del sentimiento, sin el cual el alma humana no llega a la perfección de su naturaleza.

Con todo, este amor afectivo no bastaría por sí solo,

1. LUC., XIX, 37-40.

2. Su Vida, por JERGENSEN, t. II, c. 1.

3. Su Vida, por el P. CEPARI, t. II, c. 16.

4. Camino de perfección, c. 23.

pues para tener todo su valor ha de traducirse en obras¹: «Si me amáis, decía el mismo Jesús, guardad mis mandamientos»². Ésta es la piedra de toque. Y así veréis almas que arden en afectos, que se derriten en lágrimas, y que, sin embargo de ello, no se preocupan poco ni mucho de reprimir sus dañadas inclinaciones, de destruir sus hábitos viciosos, de huir de las ocasiones de pecar; que sueltan riendas cuando les asalta la tentación, o murmuran en presencia de cualquier contratiempo. Es que en ellas el amor afectivo es pura ilusión y fuego de pajas, que no puede durar y que luego se reduce a cenizas. Si amamos de veras a Jesucristo, no sólo nos gozaremos de su gloria, cantaremos sus perfecciones con todos los bríos de nuestra alma, lamentaremos las injurias hechas a su corazón, y le ofreceremos humildes reparaciones, sino que procuraremos sobre todo obedecerle, aceptar de buen grado las disposiciones de su Providencia, tratar de extender su reino en las almas, y procurar su gloria, gastándonos, si es que fuere menester, conforme a aquellas hermosas palabras de san Pablo: «De buen grado me gastaré y me sobregastaré»³. Esto decía el Apóstol refiriéndose a la caridad para con el prójimo; pero, aplicado a nuestro amor a Jesús, es fórmula que resume a maravilla la práctica de la devoción a su sagrado Corazón.

Consideremos a nuestro divino Salvador, pues en eso, como en todas las virtudes, es nuestro mejor modelo; en Él hallamos las dos formas de amor.

Mirad el amor que tiene a su Padre, y veréis que experimenta en su corazón los más tiernos sentimientos de amor afectivo que puedan hacer latir a un corazón humano. Muéstranos un día el Evangelio, desbordando su corazón de entusiasmo por las infinitas perfecciones del Padre, y prorrumpiendo en alabanzas en presencia de sus discípulos. Henchido entonces Jesús de gozo, y bajo la acción del Espíritu Santo, exclamaba: «Yo te alabo, Padre mío, Señor de cielos y tierra, porque has encubierto estas grandezas a los sabios y prudentes del siglo, y las ha revelado

1. SAN GREGORIO, *Hom.* in *Evang.* XXX, 1.

2. JOAN., XIV, 15.

3. II COR., XII, 15.

a los humildes y pequeñuelos. Así es ¡oh Padre! porque tal fué tu soberano beneplácito» ¹.

Fijaos también cómo en la Cena, su corazón sólo respira amor al Padre, y qué bien sabe traducir sus sentimientos en una inefable oración. Para demostrar al mundo la sinceridad de su encendido amor ² se encamina inmediatamente Jesús al Jardín de los Olivos, donde había de inaugurar la larga serie de humillaciones y dolores de su Pasión.

Hállase igualmente este doble carácter en su amor para con los hombres: hacía ya tres días que le iba siguiendo una multitud del pueblo engolosinada por el hechizo de sus palabras y la novedad de sus milagros. Al fin, comienzan a sentir el cansancio y el hambre, y Jesús, que lo sabe, exclama: «Me da lástima esta pobre gente, porque hace ya tres días que está conmigo y no tiene qué comer. Si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos». Ved qué sentimientos tan tiernos brotan de su corazón, y cómo se traducen en obras cuando en sus manos benditas se multiplican los panes hasta poder saciarse los cuatro mil y más hombres que le seguían ³. Vedle igualmente en el sepulcro de Lázaro: llora Jesús y derrama verdaderas lágrimas. ¿Puede acaso darse mayor manifestación más auténtica y conmovedora, de los sentimientos de su corazón? Inmediatamente, y poniendo su poder al servicio de su amor, exclama: «Lázaro, sal del sepulcro» ⁴.

El amor sincero se revela en la donación de sí mismo, pues, partiendo del corazón, inunda enteramente todo su ser con toda su actividad, para consagrarlos a los intereses y a la gloria del objeto amado.

¿Hasta dónde, pues, deberá llegar el amor que debemos a Jesús en pago del suyo? Ha de comprender ante todas cosas el amor esencial y soberano que nos hace mirar a Cristo y a su divino querer como a Bien Supremo, el cual preferimos a todo cuanto existe, amor que prácticamente se reduce al estado de gracia santificante. Ya dijimos que

1. LUC., X, 21.

2. JOAN., XIV, 31.

3. MARC., VIII, 2-9.

4. JOAN., XI, 43.

la devoción es un sacrificio; pero ¿dónde está el sacrificio de un alma que no procura primeramente conservar a cualquier precio la gracia del Salvador, y que, en la tentación, está vacilando entre la voluntad de Jesús y las sugerencias del mortal y eterno enemigo?

Este amor, como ya sabéis, es el que avalora toda nuestra vida y hace de ella perpetuo y agradable homenaje al corazón de Cristo. Sin este amor esencial, no hay cosa que algo valga a los ojos de Dios. Mirad con qué términos tan expresivos pone de relieve esta verdad el Apóstol san Pablo: «Aun cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los mismos ángeles, si no tuviere caridad, vengo a ser como un metal que resuena o campana que retiñe. Podría ya tener el don de profecía y conocer todos los misterios y poseer todas las ciencias y tener una fe capaz de transportar los montes, pero si no hay en mí caridad, no soy nada. Aun cuando distribuyere todos mis bienes entre los pobres y entregare mi cuerpo a las llamas, si me falta la caridad, todo eso no me sirve de nada»¹. En otros términos, no puedo agradar a Dios, si no poseo aquella caridad esencial, mediante la cual me uno a Él como a soberano bien. Es, pues, evidente que donde no hay amor no puede haber tampoco verdadera devoción.

Acostumbrémonos, pues, a hacer todas las cosas, aun las más menudas, por amor y por agradar a Jesucristo, trabajemos y aceptemos cuantos padecimientos y penas nos imponen nuestros deberes de estado únicamente por amor y por unirnos a los sentimientos que experimentó su corazón durante su vida mortal, bien seguros de que tal modo de obrar es una excelente práctica de devoción al Sagrado Corazón. Toda nuestra vida ha de mirar siempre a Él y estarle orientada como a único norte, mediante el amor. Éste también la hace subir de quilates y le presta pasmosa fecundidad.

Todo acto de virtud, de humildad, de obediencia, de religión, realizado en estado de gracia, tiene su mérito propio, su valor y especial esplendor; pero cuando ese acto va imperado por el amor, entonces se le añade nueva belleza y eficacia, y sin perder nada de su propio valor, ad-

quiere el mérito de un acto de amor: «¡Oh Señor, exclama el Salmista, sentada está la reina a vuestra diestra, ataviada con vestido de oro y variados colores»¹. La reina es el alma fiel en la cual impera Cristo por su gracia. Está sentada a la diestra del Rey, revestida con manto recamado de oro, por donde se significa el amor; los variados colores simbolizan las diferentes virtudes; el amor, como rico venero que es de todas ellas, resalta con brillo particular, aun cuando cada virtud deje ver sus particulares hechizos y vistosas facetas. El amor, pues, reina como soberano en nuestro corazón, para enderezar todos los movimientos a la gloria de Dios y de su Hijo Jesús.

IV

Así como el Espíritu Santo no llama a todas las almas a brillar de igual manera y en las mismas virtudes, de igual modo, en materia de devoción particular, deja a cada cual una santa libertad que todos debemos respetar. Siéntense éstas movidas a honrar de un modo especial los misterios de la santa infancia de Jesús; aquéllas se sienten atraídas por los íntimos hechizos de su vida oculta, y hay quienes no pueden apartar los ojos de su Pasión sacratísima. Sin embargo de ello, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús debe sernos grata a todos porque en ella se honra a Jesucristo, no ya en uno de sus estados o misterios particulares, sino en la generalidad y totalidad de su amor, de ese amor que nos da la clave de todos los misterios.

Esta devoción, aunque se halla caracterizada de un modo especial, reviste, no obstante esto, un carácter universal, pues al honrar el Corazón de Jesús, no es ya en Jesús niño, adolescente, o víctima donde terminan nuestros homenajes, sino en la persona de Jesús, con toda la plenitud de su amor.

Además, la práctica general de esta devoción propende, en último término, a devolver a Nuestro Señor amor por

1. Salmo XLIV, 10.

amor¹, a apoderarse de toda nuestra actividad, y penetrarla de amor que sea agradable a Jesucristo, de tal modo, que los ejercicios particulares no son más que medios de expresar a nuestro divino Maestro el recíproco amor que le tenemos. Es esto efecto, y muy precioso por cierto de esta devoción, puesto que toda la religión cristiana se reduce a dedicarnos por amor al servicio de Jesucristo, y por Él al servicio del Padre y del Espíritu Santo.

Este punto es de importancia potísima; por eso no quiero terminar esta instrucción sin detenerme en él algunos instantes.

Es una verdad confirmada por la experiencia de las almas, que nuestra vida espiritual depende en gran parte de la idea que habitualmente tenemos de Dios. Existen, entre Dios y nosotros, relaciones fundamentales basadas en nuestra condición de criaturas, y relaciones morales que resultan de la actitud que con Él observamos, la cual depende, las más de las veces, del concepto que de Dios tenemos. Si éste es erróneo, nuestros esfuerzos por adelantar serán vanos y estériles, por ir fuera de vereda; si fuere incompleto, nuestra vida espiritual estará plagada de lacras e imperfecciones, y si llegare a ser exacto y cabal en cuanto es dado a una criatura que en este mundo vive de la fe, nuestra alma emprenderá, seguramente, un raudo vuelo y se dilatará en esa luz soberana.

La idea que habitualmente tenemos de Dios es como la clave de nuestra vida interior, y no sólo porque regula nuestra actividad para con Dios, sino también porque más de una vez determina las disposiciones de Dios para con nosotros, pues en muchos casos Dios se las ha con nosotros del mismo modo que nosotros con Él. Pero me diréis ahora: ¿Es que la gracia santificante no nos hace hijos de Dios? Sí, por cierto; pero con todo eso y prácticamente, hay almas que no obran como hijos adoptivos que son del Padre eterno. Diríase que el ser hijos de Dios no tiene, para muchos, más que un valor nominal, y no comprenden que constituye un estado fundamental que requiere manifestarse de continuo con actos correspondientes, y que toda la vida espiritual debe estar como embebida en ese espíritu

de adopción divina que, por virtud de Jesucristo, recibimos en el bautismo.

Encontraréis, sin duda, almas que consideran habitualmente a Dios cual se le representaban los israelitas. Cuando Dios se manifestaba en el Sinaí¹, entre el fragor de relámpagos y truenos, aquel pueblo, duro de cerviz² y siempre pronto a la infidelidad e idolatría, consideraba a Dios como Señor a quien se debe adorar, como Dueño a quien es preciso servir, como Juez a quien se ha de reverenciar. Los israelitas habían recibido, como dice san Pablo³, «un espíritu de servidumbre para vivir con temor». Por eso se les aparecía Dios con todo el aparato de la majestad y del soberano poder, y los trataba con rigor. Se abre la tierra para tragarse a los culpables⁴; quedan heridos de muerte los que, sin tener derecho alguno, osan tocar el arca de la alianza⁵; perecen los murmuradores mordidos de serpientes venenosas⁶, y apenas se atreven a pronunciar el nombre de Jehová. Una sola vez, aun entonces temblando, entra el Sumo Sacerdote en el Santq de los Santos, provisto de la sangre de las víctimas inmoladas por el pecado⁷, provisto de la sangre de las víctimas inmoladas por el pecado⁷. Ahí tenéis hasta dónde llegaba el espíritu de servidumbre.

Hay almas que viven habitualmente penetradas únicamente del temor servil, y que si no fuera por miedo de los castigos de Dios, le ofenderían sin el menor reparo. Consideran a Dios como un Señor a quien procuran agradar, al modo de aquel siervo de quien habla Jesús en la parábola de las minas. Antes de ir a lejanas tierras llama el Rey a sus siervos y les confía unas minas o monedas de plata, para que negocien con ellas hasta su regreso. Uno de ellos guarda en depósito la mina, sin hacerla producir. Vuelto el rey de su jornada, se presenta aquel siervo, y éste le dice: «He aquí tu mina, que he conservado envuelta en un pañuelo, porque tuve miedo de ti, por cuanto eres un hombre de natural austero, tomas lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado. Pues, ¿cómo?, re-

1. ÉXOD., XIX, 16 y sig.
2. DEUT., XXXI, 27.
3. ROM., VIII, 15.
4. NUM., XVI, 32.

5. II REG., VI, 6-7.
6. NUM., XXI, 5-6.
7. LEVIT., XVI, 11 y sig.

plica el rey al siervo descuidado: ¿Cómo sabiendo que soy hombre duro y austero, no pusiste mi dinero a rédito para que fructifique? ¡Por tu propia boca te condeno, mal siervo!» El rey ordenó a los circunstantes que le cogieran el dinero que se le había dado ¹.

Tales almas no tratan con Dios, sino como a distancia, como tratarían con un gran Señor, y Dios les trata de igual modo; no se da plenamente a ellas ni cabe entre ellas y Dios intimidad personal; de consiguiente, se hace imposible toda expansión y trato interior.

Otras almas, y éstas abundan tal vez más aún, miran habitualmente a Dios como a un gran bienhechor; de ordinario, sólo obran en vista de la recompensa ². Tal idea no es errónea, puesto que el mismo Jesucristo compara a su Padre a un amo que recompensa con larga mano al siervo fiel, cuando le dice: «Entra en el gozo de tu Señor» ³; nos dice asimismo que sube al cielo para preparar-nos una morada ⁴.

Pero cuando esta disposición, como en algunas almas, se hace exclusiva, a más de ser ruin e interesada, no responde plenamente al espíritu del Evangelio.

La esperanza es una virtud cristiana que sostiene poderosamente el alma en medio de la adversidad, de las pruebas y tentaciones, pero no es la única ni la más perfecta de las virtudes teologales, que son las virtudes que distinguen a los verdaderos hijos de Dios. ¿Cuál es, pues, la virtud más perfecta y más noble de todas? Es la caridad, nos responde san Pablo: «Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, esperanza y caridad; pero la mayor de las tres es la caridad» ⁵.

1. LUC., XIX, 12-13, 20-24.

2. Salmo CXVIII, 112.

3. MATH., XXV, 21.

4. JOAN., XIV, 2.

5. I COR., XIII, 13.

V

Por eso, sin perder de vista el temor, mas no un temor servil, cual es el del esclavo que teme el castigo, sino el temor del agravio causado a Dios nuestro Creador; sin perder de vista tampoco el pensamiento de la recompensa que nos espera, si somos fieles, debemos procurar tener con Dios una disposición que nace de filial confianza y amor, condición que el mismo Jesucristo nos revela como propia de la Nueva Alianza.

Cristo, en efecto, sabe mejor que nadie cuáles deben ser nuestras relaciones con Dios, pues Él conoce los secretos divinos. Escuchando a Él, no hay peligro de extraviarse, como quiera que es la verdad misma. Ahora bien: ¿qué actitud o disposición desee que tengamos con Dios? ¿Bajo qué aspecto quiere que le contemplemos y le honremos? Enseñanos, sin duda, que Dios es dueño y soberano, a quien debemos honrar, ya que está escrito: «Adorarás al Señor y a Él solo adorarás»¹; pero ese Dios a quien debemos adorar es un Padre: «Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad; pues el Padre quiere a aquellos que le adoran de ese modo»².

Pero ¿es acaso la adoración el único sentimiento que debe animar a nuestros corazones? ¿Es lo único que debemos a un Padre tan bueno como es Dios? De ninguna manera, sino que Cristo nos pide amor, mas un amor pleno, perfecto, sin restricción ni reserva. ¿Qué respondió, en efecto, Jesús al preguntarle cuál era el mayor de los mandamientos? «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con todo tu espíritu, con toda tu alma y todas tus fuerzas»³. Se trata de un amor de complacencia a un Señor de tanta majestad, a un Dios de infinita perfección; se trata de un amor de benevolencia que procura la gloria del mismo que es su objeto, de un amor recíproco a un Dios que «ha sido el primero en amarnos»⁴.

1. DEUT., VI, 13; LUC., IV, 8.

2. JOAN., IV, 23.

3. MARC., XII, 30.

4. I JOAN., IV, 10.

Quiere Dios que nuestras relaciones con Él vayan como impregnadas de filial reverencia, a la vez que de profundo amor. Sin la reverencia, correría riesgo de degenerar el amor en descuido incalificable y sumamente peligroso, y sin el amor que nos empuja hacia Dios, viviría el alma en el error y haciendo a la vez injuria al don divino.

En defensa, pues, de estos dos sentimientos que en nosotros parecen contradictorios, comunícanos Dios el Espíritu de su Hijo Jesús, quien con sus dones de temor y de piedad armoniza en nosotros, en las proporciones que se requieren, la adoración más íntima y el amor más tierno¹.

Este mismo Espíritu es el que, según nos lo enseña Jesucristo, ha de regular toda nuestra vida, como Espíritu de adopción que es la Nueva Alianza, y opuesto, según San Pablo, a todo el espíritu de servidumbre de la Antigua Ley. Pero, me diréis, ¿de dónde proviene esta diferencia? De que una vez verificada la Encarnación, mira Dios a la humanidad en la persona de su Hijo Jesús y la envuelve en la misma mirada de complacencia que dirige a Jesús, que ya es hermano nuestro, y por eso quiere que por Él, en Él y como Él vivamos cual hijos muy amados².

Me diréis también: ¿cómo hemos de amar a un Dios a quien no vemos³. Es cierto que la luz divina en este mundo es inaccesible⁴; pero Dios se revela a nosotros por medio de su Hijo Jesucristo⁵. El Verbo encarnado es la revelación auténtica de Dios y de sus perfecciones, y el amor que nos demuestra Jesucristo no es sino la manifestación del amor que Dios nos tiene.

En efecto, el amor de Dios es en sí mismo incomprendible; nos supera totalmente, no alcanza el espíritu del hombre a comprender lo que es Dios, como quiera que en Él no son las perfecciones distintas de su naturaleza, por lo cual el amor de Dios es Dios mismo⁶.

¿Cómo nos formaremos, pues, una idea cabal del amor de Dios? Mirando a Dios que se manifiesta bajo una forma

1. GAL., IV, 6.

2. EPHEB., V, 1.

3. JOAN., I, 18.

4. I TIM., VI, 16.

5. II COR., IV, 6.

6. I JOAN., IV, 8.

tangible. Mas ¿qué forma es ésa? La Humanidad de Jesús, el cual, siendo también Dios, se revela a nosotros. La contemplación de su sacratísima Humanidad es el camino más seguro para llegar al conocimiento de Dios. Quien ve a Jesús, ve al Padre, porque el Verbo y el Padre son uno solo, y el amor que nos lleva al Verbo, nos conduce igualmente al Padre¹.

Una vez establecido este orden, ya no varía. El cristianismo es el amor de Dios manifestado al mundo por Cristo, y toda nuestra religión cristiana puede reducirse a contemplar este amor en Cristo y responder al amor de Cristo para llegarnos hasta Dios.

Tal es el plan divino y lo que Dios quiere de nosotros. Si no nos amoldamos a él, no tendremos ni luz, ni verdad, ni seguridad, ni salvación.

Nuestra disposición con respecto a ese plan divino es la de hijos adoptivos y seres sacados de la nada, que se postran ante un Padre de inconmensurable majestad, sobrecoídos de profunda humildad y reverencia. Añádense a estas relaciones fundamentales, debidas a nuestra condición de criaturas, nuevas relaciones, que sin destruir las anteriores, siendo infinitamente más elevadas, más amplias e íntimas, vienen a coronar nuestra adopción divina y se reducen todas ellas a servir a Dios por amor.

Esta última disposición, que responde a la realidad de nuestra adopción celestial, es la que fomenta de un modo especial la devoción al corazón de Jesús. Al hacernos contemplar el amor humano que Cristo nos tiene, introduce-nos en el secreto del amor divino, e inclinando nuestras almas a reconocerle por una vida cuyos resortes son el amor, mantiene en nosotros aquellos sentimientos de piedad que debemos tener siempre para con el Padre.

Cuando recibimos a Nuestro Señor en la sagrada Comunión, hospedamos en nosotros aquel Corazón divino, hoguera de amor.

Pidámosle muy de veras nos haga Él mismo comprender este amor, porque un rayo que nos venga de arriba es harto más eficaz que todos los discursos humanos; pidámosle que nos haga amar a su divina persona.

1. JOAN., X, 30.

Y si por una gracia del Señor, dice santa Teresa, se imprime un día su amor en nuestro corazón, todo se nos hará fácil, y rápidamente y sin la menor dificultad pondremos manos a la obra¹.

Si arde en nuestro corazón siquiera una chispita del amor de Jesús, ya se traslucirá en nuestra vida, pues, aunque encontremos pruebas y dificultades y violentas tentaciones, como amemos a Jesucristo, esas dificultades, pruebas y tentaciones nos encontrarán firmes e impertérritos². Cuando el amor de Cristo es el móvil que nos impele, ya no deseamos vivir para nosotros, sino para Él, que por nosotros se entregó y tuvo a bien morir³.

1. Vida escrita por ella misma, c. XIII. «Comenzad por amar a la persona; el amor a la persona os hará amar su doctrina, y el amor de la doctrina os arrastrará suavemente a la práctica. No descuidéis la meditación de Jesucristo y de sus misterios, pues que ella os inspirará amor y deseos de seguirle y de bien obrar.» BOSSUET. *Méditations sur l'Evangile*, 1.^a parte, día 89.

2. CANT., VIII, 7.

3. II COR., V, 15.

XX. Jesucristo Rey de la creación entera¹

I

La persona sagrada de Cristo reúne en sí misma todos los títulos que se encuentran en nuestra humana naturaleza. Como tiene la primacía de todo y de todos², debe reunir en sí todo aquello que ennoblece y levanta a nuestra naturaleza. Es *Salvador* porque de «su plenitud» todos los hombres y los ángeles reciben la gracia de la salvación³; es *Redentor* porque ha pagado nuestro rescate, y, rompiendo nuestras cadenas, nos concedió la gracia inefable de ser hermanos suyos e hijos adoptivos de Dios; es *Pontífice* porque, mediante el sacrificio de la Cruz, en que fué a la vez víctima y sacrificador, ofreció a Dios la expiación del pecado; es *Maestro* porque recibió de su Padre la misión de enseñar a los hombres la doctrina que conduce a la patria celestial.

Pero hay un título nobilísimo que compete de modo particular a Cristo-Hombre y corona los otros que ya posee: es el de Rey. Numerosísimas veces, en la Sagrada Escritura,

1. Numerosas personas españolas y americanas han echado de menos en el libro del P. Marmión *Jesucristo en sus misterios*, una conferencia sobre Cristo Rey. No hay que extrañarse de que el P. Marmión no lo haya hecho, ya que, cuando él imprimió sus libros, no había sido aún instituida esa fiesta. Mas como dicha devoción se ha extendido tanto desde hace unos años, nos ha parecido bien poner, como apéndice, una exposición de este misterio de nuestro Señor. Decimos exposición y no conferencia, porque, siendo las del P. Marmión tan personales, es casi imposible imitarlo en el estilo y pensamientos. Quiera Dios que este trabajo sirva para extender entre los católicos la devoción a Cristo Rey.

2. COLOS. I, 18.

3. S. THOM. In Joann. LECT. X.

tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, se da a Cristo este título, quizá para que no dudásemos los hombres nunca de una verdad que ahora parece estar oscurecida. Así es, en efecto. El crimen mayor del mundo actual es el de la apostasía de Dios, de Cristo y de su Iglesia. Se erige ahora en axioma que las sociedades, tanto civiles como particulares, no deben profesar religión alguna; que el laicismo integral debe imperar en las leyes, en las instituciones y en la enseñanza; que los gobernantes, como tales, deben ser aconfesionales. Únicamente se tolera (y no siempre en todas partes) que el individuo pueda tener una religión, pero sólo allá en su interior. Asimismo, no quiere reconocerse el imperio de Cristo sobre todos los hombres y sobre todas las cosas. Se pretende, por el contrario, que sea el individuo el único señor de sí mismo y de sus acciones. Contra este espíritu y contra estas doctrinas, nosotros, los católicos, hijos de la santa Madre Iglesia, hemos de proclamar, con energía, que Cristo es Rey, no sólo de su Iglesia, sino de todos y cada uno de los hombres, Rey de todos los reinos o estados y Rey de todas las sociedades.

Pero veamos en las Sagradas Escrituras, donde se encuentran las fuentes de la revelación, y en las que se halla la verdad y la vida, los lugares en que se proclama a Cristo Rey y Señor de la Creación entera. Ellas, en efecto, afirman claramente que «un Príncipe (Cristo) deberá salir de Jacob»¹ y que «el Padre le ha constituido Rey sobre el monte santo de Sión», y que «recibirá las gentes en herencia y poseerá los confines de la tierra»². El salmo nupcial, que en la imagen de un Rey riquísimo y potentísimo, preconizó al futuro Rey de Israel, dice así: «Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos, cetro es de rectitud el cetro de su reino»³. «Su reino (de Cristo) será sin límite y enriquecido con los dones de la justicia y de la paz». «En sus días aparecerá la justicia y la abundancia de la paz... y dominará de un mar a otro mar desde el Río (Eufrates), hasta los términos del orbe de la tierra»⁴. Pero los Profetas son los que con más extensión hablan de la realeza de Cristo. He

1. Num. 24, 29.

2. Ps. 2.

3. Ps. 44.

4. Ps. 72.

aquí el conocidísimo texto de Isaías: «Nos ha nacido un Párvulo, nos ha sido dado un Hijo, y el principado ha sido puesto sobre sus hombros y se le llama el Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la paz; para extender el imperio y dar paz sin fin al trono de David, para restablecerle y robustecerle con el derecho y la justicia, desde ahora y para siempre»¹. Y del mismo modo habla Jeremías, cuando predice que nacerá de la estirpe de David «el Vástago justo» que, «cual hijo de David, reinará como Rey y será sabio, y juzgará en toda la tierra»². Y poco más o menos, en idénticos términos se expresan Daniel y casi todos los profetas del antiguo Testamento. Ahora, en el Nuevo, no son menores los testimonios. El Arcángel anuncia a la Virgen el nacimiento de un hijo, «al cual Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre»³. Mas el mismo Cristo da testimonio de su imperio. En efecto, sea en su último discurso a las turbas, cuando habla del premio y de las penas reservadas perpetuamente a los justos y a los condenados; sea cuando responde al gobernador romano, que le preguntaba públicamente si era Rey; sea cuando resucitado confió a los Apóstoles el encargo de enseñar y bautizar a todas las gentes; toma ocasión oportuna para atribuirse el nombre de Rey⁴ y públicamente confirma que es Rey⁵ y anuncia solemnemente que a Él ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra⁶. Pero, además, es que Cristo se atribuyó igualmente poderes propios de Rey. Todo Príncipe, para que verdaderamente sea tal, debe gozar de triple potestad: la de legislar, juzgar y castigar. Ahora bien, este triple poder lo tiene Cristo: los santos Evangelios no solamente dicen que promulgó leyes, sino que nos lo muestran en el acto mismo de legislar cuando nos dan a conocer aquellas palabras de Cristo: «Oís-teis que se dijo a los antiguos... pero yo os digo, etc.»². Además el mismo Jesús manifestó a los judíos que tenía el poder de juzgar cuando profirió aquellas palabras: «El Pa-

1. ISAÍAS, 9, 6.7 según el hebreo.

2. JEREM., 23, 5.

3. LUC., 1, 32-33.

4. MAT., 25, 31-40.

5. S. JOAN., 18, 13.

6. S. MAT., 28, 18.

dre ha dado juicio al Hijo», y el Apóstol afirma que Jesucristo fué constituido «Juez de vivos y muertos». En cuanto al poder ejecutivo de premiar o castigar, ha de atribuirse también a Cristo, porque tal poder no puede separarse de una forma de juicio, y porque sabemos que en el último día premiará a los buenos con el paraíso y condenará a los malos a los suplicios eternos.

Ante tan gran número de testimonios, ¿quién se atreverá a negar a Cristo el título de Rey? Sólo los corifeos de la impiedad, verdaderos ministros del príncipe de este mundo perecedero y maldito, y que se erigen en conductores de los hombres y de la sociedad, tienen la imprudencia de negar a Jesucristo este título nobilísimo. Nosotros, por el contrario, gozosos le proclamamos Rey supremo de todo: de reyes, de naciones, de mentes y de corazones¹.

II

Mas, ¿de dónde le viene a Cristo su dignidad real? ¿Es que acaso (como tantos otros en este mundo, entregado a las ambiciones de los hombres) ha arrancado por la fuerza ese título al que lo poseía legítimamente? No por cierto, Jesucristo goza de la Realeza porque le corresponde por su misma esencia y naturaleza, por derecho de herencia, y por derecho de conquista.

Jesucristo, en efecto, es Rey por aquella unión admirable que se llama «unión hipostática», que forma parte de su esencia. Esta unión eleva la naturaleza humana de Cristo a tal altura, y la aproxima tanto a Dios, que debe ser dotada en el más alto grado de todas las perfecciones que Dios concede a criaturas inteligentes. No se concibe que falte excelencia alguna de las que cualquiera otro de los seres creados posee, ni que quien es Hijo de Dios, sea inferior en algo a un ángel o a un hombre. Ahora bien, el poder real, sea espiritual, sea temporal, se concede a los hombres que gobiernan las sociedades; debe, por tanto, convenir y pertenecer a Jesucristo como hombre, tan perfecto como pueda concebirse, en toda su extensión y en todos sus grados.

1. Himno de Vísperas de Cristo Rey.

Jesucristo es Rey por *derecho de herencia*. El derecho de propiedad soberana lo atribuye san Pablo a Jesucristo en la Carta a los Hebreos. «En estos últimos tiempos, dice: Dios nos ha hablado por su Hijo, a quien ha establecido heredero de todas las cosas»¹. Considera aquí el Apóstol a Jesucristo como hombre, y, al afirmar que ha sido constituido heredero de todas las cosas, implícitamente afirma que es propietario de las mismas, ya que el heredero goza de todos los bienes y los mismos derechos que poseía el padre. Ahora bien, el Padre es Rey, luego, Cristo hombre, debe igualmente serlo.

Pero, además, Jesucristo es Rey por *derecho de conquista y de redención*. He aquí cómo expone esta verdad tan consoladora León XIII. «La autoridad de Cristo, no le viene sólo de un derecho de nacimiento como hijo único de Dios, sino también en virtud de un derecho adquirido. Él mismo, en efecto, nos arrancó del poder de las tinieblas¹. Se entregó a sí mismo por la redención de todos². No sólo los católicos, no sólo los que han recibido el bautismo cristiano, sino todos los hombres sin excepción, son para Él un pueblo conquistado».

III

Por lo anteriormente expuesto, vemos que Cristo es Rey o Señor. Así lo afirma también san Pedro: «Tenga todo Israel como certísimo que Dios le ha constituido Señor y Cristo (esto es, ungido o Rey). Mas, ¿cuál es la extensión de su reino? ¿de qué es Señor? Respondemos con san Pablo: Señor de todas las cosas, *Dominus universorum*, visibles e invisibles. Pero averiguemos el sentido de la palabra Señor — *Dominus* —. Esta palabra significa, en general, el propietario o poseedor de fincas, o el amo que tiene criados, o quien está investido de alguna autoridad. La palabra Señor, aquí, tiene el significado de *propietario*, porque si Jesucristo no fuera propietario de todas las cosas invisibles y visibles, de los cuerpos y espíritus, de los hombres y ángeles, si no poseyera dominio soberano sobre el Universo y los seres

1. COLOS. 1, 13.

que le componen, no se le podría llamar pura y sencillamente el Señor, el solo Señor. Si ciertas criaturas estuvieren, en cualquier manera, fuera de su dependencia, no se le podría considerar como el Señor propiamente dicho.

De este título se derivan importantes consecuencias. En primer lugar, como *propietario* universal y soberano, tiene el poder de disponer a su gusto de las criaturas materiales a las que puede conservar o destruir, mantener en la vida o causar la muerte. Después, en virtud de su propiedad sobre las criaturas dotadas de inteligencia, es Señor de los ángeles y de los hombres, a los cuales puede mandar y dar leyes; al paso que estas criaturas están obligadas a obedecerle, porque la propiedad produce sus frutos para el propietario. Finalmente, si tiene el derecho de mandar a cada hombre y a cada ángel, tendrá también el mismo poder sobre todos ellos reunidos en sociedad, y en ese caso es Rey de las sociedades angélicas y humanas.

El reino de Cristo se extiende, por lo mismo, a las familias, porque mediante el sacramento del matrimonio, los esposos cristianos se unen con lazo indisoluble y sobrenatural, del cual es autor Jesucristo. Esta unión los coloca debajo de su ley, y por tanto, debajo de su autoridad y en su reino.

Asimismo la realeza de Cristo se extiende sobre la sociedad civil. Se le llama Rey de las naciones — *Rex gentium* — porque todos los individuos unidos en sociedad no están menos sujetos a Cristo que lo está cada uno de ellos separadamente. Él es la fuente de la salud privada y pública «y no hay salvación en ningún otro, ni fué dado a los hombres bajo el cielo otro nombre en el cual podamos ser salvos¹. Sólo Él es el autor de la prosperidad y de la felicidad verdadera, tanto para cada uno de los ciudadanos como para el Estado: «No es feliz por otra razón distinta de aquella por la cual es feliz el hombre; porque la ciudad no es otra cosa que una multitud concorde de hombres»².

Pero aun queda por afirmar otra verdad, y es que el reino de Cristo se extiende no sólo sobre los individuos, sobre las familias y sobre los Estados católicos, sino también sobre todos los hombres y estados. Así lo proclama León XIII: «El imperio de Cristo se extiende no solamente sobre los

1. ACT., 4, 12.

2. S. AGUSTÍN, *Epis. ad Macedonium*, c. 3.

pueblos católicos y sobre aquellos que, regenerados en la fuente bautismal, pertenecen en rigor y por derecho a la Iglesia, aunque erróneas opiniones los tengan alejados, sino que abraza a los que están privados de la fe cristiana, de modo que todo el género humano está debajo de la potestad de Jesucristo».

IV

El reino que Jesucristo fundó es principalmente y se refiere a cosas espirituales, como nos lo demuestran muchos pasajes de la sagrada Escritura y nos lo confirma el mismo Jesucristo con su modo de obrar. En varias ocasiones, cuando los judíos y los mismos Apóstoles creían erróneamente que el Mesías devolvería la libertad al pueblo y restauraría el reino de Israel, procuró Él quitarles ese vano intento y esperanza de la cabeza; y también, cuando estaba para ser proclamado Rey por la muchedumbre, que llena de admiración rodeaba, Él declinó tal título y tal honor, retirándose y escondiéndose en la soledad; finalmente, delante del procurador romano anunció que su reino no era de este mundo. Este reino, en los Evangelios, se presenta de tal modo, que los hombres deben prepararse para entrar en él por medio de la penitencia, y no pueden formar parte de él sino por la fe y por el bautismo. Este reino se opone únicamente al reino de Satanás y al poder de las tinieblas, y exige de sus súbditos, no solamente un ánimo despegado de riquezas y de las cosas terrenas, la suavidad de costumbres y el hambre de la justicia, sino también la abnegación de sí mismos y el tomar la cruz. Ahora bien, Cristo como Redentor rescató la Iglesia con su sangre, y como Sacerdote, se ofrece a sí mismo perpetuamente, cual hostia propiciatoria por los pecados de los hombres; por lo mismo se sigue de esto que la dignidad real de que está Cristo revestido, tiene un carácter espiritual por uno y otro oficio. Por otra parte, erraría gravemente el que arrebatase a Cristo-Hombre el poder sobre las cosas temporales; puesto que Él tiene recibido del Padre un derecho absoluto, como hemos expuesto arriba, sobre todas las cosas creadas, de modo que todo se somete

a su arbitrio; con todo eso, mientras vivió sobre la tierra, se abstuvo completamente de ejecutar tal dominio; y como despreció entonces la posesión y el gobierno de las cosas humanas, así permitió y permite que los poseedores de ellas los utilicen ¹.

V

Si admitimos que Jesucristo es Rey por su misma naturaleza y esencia, y que lo es por herencia y por derecho de conquista; si admitimos que su imperio se extiende a todo «lo que está en los cielos o en la tierra»; si admitimos que es Rey de los ángeles y de los hombres, tanto considerados en particular como en sociedad, forzosamente hemos de aceptar ciertas consecuencias prácticas que de ello se derivan.

Y así en primer lugar si Jesucristo es Señor del hombre considerado en *particular*, éste debe estarle enteramente sometido en cuerpo y alma; en su inteligencia, aceptando sus dogmas y enseñanzas; en su voluntad, obedeciendo sus mandatos; en su corazón y afectos, no teniendo otro amor más que el suyo; y en sus miembros, empleándolos siempre en su servicio.

Si es Rey de la *familia*, ésta debe seguir las direcciones dadas por Cristo, tanto en las mutuas relaciones con los esposos, como en los fines del matrimonio y en la educación de la prole.

Si, finalmente, Jesucristo es Rey de la *sociedad civil* o de los *Estados*, éstos necesariamente deben reconocer su imperio y obedecer sumisos las leyes de su Señor. Por eso la

1. Algunos autores escripturísticos modernos españoles y americanos como Eyzaguirre, Belaústegui, Robles Dégano y el P. Ramos, siguiendo las opiniones de algunos Padres cercanos a los Apóstoles, como San Justino, San Ireneo, etc., sostienen la opinión admitida ahora por todos, de que no fué Cristo Rey temporal o político en esta su primera venida; pero afirman que lo será en la Parusia o segunda venida gloriosa. Interpretan, por lo mismo, los numerosísimos textos de la Sagrada Escritura (sobre todo de los Profetas) que se refieren a Cristo Rey y a su reino glorioso, como que han de tener su cumplimiento literal entonces, a los cuales textos, por otra parte, por ahora no les dan más que un sentido espiritual. Esta opinión, a juicio del P. Villada, hasta el presente no ha sido explícitamente reprobada por la Iglesia.

negación de esta verdad, el desconocimiento de Dios por parte del Estado (lo que se denomina ordinariamente con el nombre de neutralidad o laicismo del Estado) constituye la violación más profunda y más grave del orden social. Este es, como dijimos al principio, el crimen principal que el mundo expía en estos tiempos. Los Estados laicos desconocen a Dios, a Cristo y a su Iglesia. Dicen: «No queremos que éste reine sobre nosotros», y para ello excluyen a la religión de las leyes, de las escuelas públicas, de los tribunales, de las obras sociales y de la administración civil en todos sus grados.

Por el contrario, son copiosos los *frutos* que se seguirán a los individuos, a las familias y a los Estados de la aceptación del Reino de Cristo. Primero, el hombre que se somete al suavísimo imperio de Cristo, goza de paz abundante. Todo su ser, como descansa en la piedra de las enseñanzas de Cristo, se halla ordenado: el alma mandará sobre el cuerpo, la razón sobre los apetitos; y, como todo estará en orden, habrá paz, ya que ésta es la tranquilidad en el orden y con la paz la felicidad.

Este mismo fruto de paz se encontrará también en las familias. Los esposos se amarán en Cristo, y con el amor mutuo se disiparán los inevitables roces originados en la común convivencia; los hijos estarán sumisos a los padres y éstos les procurarán una educación y enseñanza cristiana. Ahora bien, los beneficios que se seguirán a los Estados o Naciones, el Papa Pío XI nos los declara con las siguientes palabras: «Si los Jefes del Estado, a una con sus pueblos, prestaren público testimonio de reverencia y sumisión al imperio de Cristo, se seguirán el incremento y progreso de la patria, junto con la integridad de su poder; porque cuando los hombres, en privado y en público, reconocen la soberana potestad de Cristo, necesariamente vendrán a la sociedad civil, señalados beneficios de justa libertad, de tranquila sumisión y apacible concordia. La dignidad real de Nuestro Señor, así como hace, en cierto modo, sagrada la autoridad humana de los príncipes y de los jefes del Estado, así ennoblece los deberes de los ciudadanos y de su obediencia. Así los súbditos, considerando a los gobernantes como vicarios de Jesucristo, se someterán dócilmente a sus mandatos. En cambio los príncipes y los magistrados legítimos,

si se persuadierén de que mandan no tanto por derecho propio cuanto por mandato del Rey divino, se comprende fácilmente que harán uso santo y prudente de su autoridad, y se tomarán gran interés por el bien común y la dignidad de sus súbditos, al hacer las leyes y exigir su cumplimiento. De ese modo, quitada toda causa de sedición, florecerá el orden y la tranquilidad»¹.

Por fin, el último bien que se seguirá del reconocimiento de la dignidad regia de Nuestro Señor, se refiere a la Iglesia. Todos, en efecto, verán que ésta fué establecida por Cristo, como sociedad perfecta; que, por derecho propio, goza de plena libertad e independendencia del poder civil, y en el ejercicio de su divino misterio de enseñar a todos los que pertenecen al reino de Cristo, no puede depender del arbitrio de nadie.

1. Encicl. sobre la fiesta de Cristo Rey.

XXI. Cristo corona de todos los santos

SUMARIO. — Cristo es inseparable de su cuerpo místico. — I. Motivos que nos impulsan a la santidad: Voluntad de Dios, y precio infinito con que Jesús pagó nuestra perfección. — II. Carácter fundamental de nuestra santidad: es la realización sobrenatural del plan divino de nuestra predestinación en Jesucristo. — III. Cómo Cristo es fuente de toda santidad; el camino, la verdad y la vida. — IV. Sentimientos que deben animarnos a procurar la santidad: Profunda humildad y absoluta confianza. — V. Conclusiones prácticas: Honrar a los Santos, invocarlos, procurar imitarlos, permaneciendo unidos a Jesucristo, y no desmayar por las pruebas y dificultades. — VI. El fin del plan eterno de nuestra santidad es engrandecer el poder de la gracia de Jesús: *In laudem gloriæ suæ*.

«Dios ha puesto todas las cosas a los pies de su Hijo, constituyéndole Jefe de toda la Iglesia, que es su cuerpo y su plenitud»¹. Estas líneas de san Pablo nos indican el misterio de Cristo considerado en su cuerpo místico, que es la Iglesia. En las conferencias anteriores hemos contemplado y gustado las dulzuras de la persona misma de Jesús, sus estados, humillaciones, luchas, grandezas y triunfos; no hemos podido apartar nuestra mirada de esa Humanidad adorable, que es para nosotros dechado de toda virtud y fuente única de toda gracia. Mas los misterios de Dios tuvieron todos digno remate con el establecimiento y santificación de la Iglesia². Cristo vino a constituir una sociedad que pueda comparecer ante Él gloriosa, sin mancha,

1. *EPHES.*, I, 22-23.

2. *Credo* de la Misa.

ni arruga, santa e inmaculada ¹. La unión contraída con ella es tan estrecha e íntima, que Él viene a ser como la vid y ella los sarmientos; Él la cabeza y ella el cuerpo; Él el esposo y ella la esposa, y ambos unidos componen lo que llama san Agustín el *Cristo total* ². Cristo es inseparable de la Iglesia, imposible concebirlos disociados. Por eso, al terminar esta serie de instrucciones sobre la persona de Jesús y sus misterios, debemos hablar de esta sociedad que san Pablo denomina: «El complemento de Cristo», y sin la cual el misterio del mismo no sería del todo perfecto. Como ya sabéis, en este mundo esa unión inefable se opera en la fe mediante la gracia y la caridad, y se consuma en los esplendores del cielo y en la visión beatífica. De ahí que, al llegar al fin del ciclo que se ha propuesto recorrer, la Iglesia celebra en su liturgia la fiesta solemne de todos los Santos, gloria del reino de Jesús, y reúne, en un haz de alabanzas, a toda la multitud de los escogidos, para que ensalcen su triunfo y alegría, y nos muevan a seguir su ejemplo, y así podamos algún día compartir su felicidad. Esta sociedad, como es una, lo mismo que Cristo, al tiempo debe suceder la eternidad; las almas se van formando aquí en la perfección, pero el término sólo se halla en aquella sociedad gloriosa. Además, nuestro grado de gloria se medirá por el grado de caridad a que habremos llegado a la hora de nuestra salida de este mundo. Os expondré, pues, las razones que nos mueven a encaminarnos a esa celestial bienaventuranza, y veremos luego cuáles son los medios de conseguirla.

I

La primera razón por que debemos de veras aspirar a la santidad es que así lo quiere Dios ³, pues no sólo quiere que nos salvemos, sino que nos hagamos santos. Mas ¿por qué lo desea tanto? Porque Él mismo es santo ⁴. Como Dios es la santidad misma, y nosotros sus criaturas, desea que

1. EPHES., V, 27.

2. *De Unitate Eccles.*, 4.

3. I. THESS., IV, 3.

4. LEV., XI, 44; XIX, 2.

a nuestro modo reflejemos su divina imagen; más aún, quiere que, siendo hijos, seamos, como Él, hijos perfectos¹. Tal es el precepto taxativo de Jesús. No olvidemos que Dios encuentra su gloria en nuestra santidad: cada grado de santidad a que lleguemos, cada sacrificio que nos hayamos impuesto a trueque de adquirirla cada virtud que se refleje en nuestra alma, será eternamente una gloria para Dios.

A diario cantamos, y siempre con mayor placer²: Tú sólo eres santo, oh Cristo Jesús. Por eso eres Tú mismo la gloria de Dios. Durante toda la eternidad rendirá Jesucristo gloria infinita a su Padre, y colocado ante su Faz augusta, le mostrará sus cinco llagas, expresión maravillosa de la soberana fidelidad y perfecto amor con que cumplió en todo tiempo lo que el Padre de Él exigía³.

Lo propio ocurre con los santos: hállese éstos ante el trono de Dios dándole gracias sin cesar. El celo ardiente de los Apóstoles, el testimonio cruento de los mártires, la ciencia profunda de los doctores, la embelesadora pureza de las vírgenes, constituyen otros tantos homenajes gratísimos que hasta Dios suben. En aquella multitud que nadie podrá enumerar, en cada Santo centellea un peculiar resplandor, y Dios mirará eternamente, con agrado sumo, los esfuerzos, luchas y victorias de aquel Santo, otros tantos trofeos depositados a los pies de Dios, para honrar sus infinitas perfecciones y reconocer sus derechos soberanos. Así, pues, muy legítima ambición es la de procurar con todas veras esa gloria que para Dios resulta de nuestra santidad. Nuestras ansias constantes deben ser formar parte de esa sociedad felicísima, en la cual Dios tanto se complace. Eso mismo nos puede y debe servir de estímulo para no contentarnos con una medianía, sino apuntar muy alto por ver de llegar a la plenitud que Dios espera de nosotros.

Otra razón es que, cuanto más elevada sea nuestra santidad, tanto más enaltecemos el precio de la sangre de Jesús.

San Pablo nos dice que Cristo se entregó a Sí mismo a la muerte, y muerte de cruz, para santificar su Iglesia y constituir en sociedad vistosísima, sin mácula, ni arru-

1. MATH., V, 48.

2. Gloria de la Misa.

3. JOAN., VIII, 29.

ga, antes santa e inmaculada; tal es el fin total de su sacrificio.

Ahora bien, una de las cosas que más dió que padecer al Corazón de Jesús durante su agonía en el jardín de los Olivos fué la perspectiva de que su sangre había de resultar estéril para tantas almas como habían de rehusar el don divino¹. Cristo comprendía que una sola gota de su sangre habría bastado para purificar miles de mundos y santificar a infinitas almas; mas, para obedecer a su Padre, consintió, con indecible amor, en derramar hasta la última gota de aquella sangre que contenía la virtud infinita de la Divinidad. Y con todo eso, bien podemos decirnos: ¿qué utilidad ha reportado de su sangre?

Glorificar al Padre fué la única ambición que hacía latir el corazón de Cristo; por eso ansiaba tanto² dar su vida para llevar a su Padre innumerables almas, que habían de ofrecer copiosos frutos de vida y de santidad³. Pero ¿cuántos comprenden el ardiente amor de Jesús? ¿Cuántos son los que responden a los deseos de su corazón? ¡Cuántas almas dejan de observar la ley divina y se olvidan de los santos mandamientos! ¡Cuán pocas se entregan a Jesús y a la acción de su Espíritu con aquella plenitud que conduce a la santidad! ¡Dichosas las almas que se abandonan sin reserva al divino beneplácito! Unidas íntimamente con Cristo, que es la viña, producen abundantísimos frutos y glorifican al Padre celestial, proclamando, sobre todo, la virtud de la sangre de Jesús. Oíd, si no, el cántico que entonan los escogidos postrados ante el Cordero, cual nos lo representa san Juan en su Apocalipsis: «Tú fuiste entregado a la muerte, y con tu sangre nos redimiste para Dios de todas las tribus, y lenguas, y pueblos, y naciones. A Ti sea dado honor, gloria y bendición»⁴. Los Santos confiesen que son trofeos de la sangre del Cordero, trofeos tanto más gloriosos cuanto más eminente es su santidad. Procuremos, pues, con todo ahinco, purificar más y más nuestras almas en la sangre de Jesús, y producir aquellos frutos de vida y de santidad que Él nos mereció con su Pasión y muerte. Si lle-

1. Salmo XXIX, 10.

2. LUC., XII, 50.

3. JOAN., XV, 8.

4. APOC., V, 9, 13.

gamos a ser santos, nuestro corazón rebotará de gozo durante toda la eternidad, y procuraremos a Cristo inefable alegría, cantando los triunfos de su sangre divina y el soberano poder de su gracia.

II

Me preguntaréis: ¿cómo hemos de llegar a esa santidad tan grata a Dios, tan gloriosa para Jesús y fuente perenne para nuestras almas de perdurable gozo, cuya profundidad no podemos ahondar, ni siquiera adivinar? Pues dice san Pablo que «ni ojo vió, ni oreja oyó, ni pasó a ningún hombre por el pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman»¹. ¿Qué camino habremos de seguir para llegar a aquel estado feliz en el que el alma contemple toda verdad y goce de la plenitud de todo bien? Cuestión capital es ésta, mas antes de responder a ella, quiero indicaros cuál es el carácter propio de nuestra santidad, pues no podemos elegir nuestro camino con toda seguridad, si antes no conocemos el fin que perseguimos. Si llegamos a comprender bien el carácter que, conforme al plan divino, debe revestir nuestra santidad, no tendrá secreto alguno para nosotros el camino que hemos de seguir para conseguirla.

¿Cuál es, pues, este carácter? ¿Cuál es la cualidad esencial que Dios exige de nuestra perfección?

Que sea sobrenatural.

Hablamos largamente de esto en otro lugar; pero como tiene una importancia tan vital, no estará demás nos ocupemos en ella breves instantes.

La aurora de las misericordias divinas empezó a despuntar, como ya os lo tengo dicho, en aquella elección eterna que Dios hizo de nosotros libremente y movido de amor inefable².

Veamos en qué consiste esta elección.

Sabemos que el Padre Eterno contempló siempre y contempla sin cesar a su Verbo, a su Hijo; en Él se ve a Sí mismo con sus infinitas perfecciones, porque este Verbo

1. 1 COR., II, 9.

2. RRM., I, 4.

único expresa en un lenguaje divino todo cuanto Dios es. Nuestros pensamientos son finitos, limitados, mezquinos; con todo, para expresarlos, nos vemos precisados a recurrir a una gran variedad de palabras; mientras que Dios, con una sola palabra y de una vez, expresa su pensamiento que es infinito y se comprende a Sí mismo en su Verbo.

Para comprender perfectamente una cosa, dice santo Tomás¹ que es preciso conocer también las múltiples imitaciones de que es susceptible esa misma cosa. Dios, que se comprende perfectamente, ve en su Verbo todos los diversos modos con que las criaturas podrán reflejar o reproducir sus perfecciones. Dios no lanzó los mundos al azar en el espacio, ni los ha creado con una fuerza ciega; como inteligencia infinita que es, lo ha hecho todo según los planes concebidos en su eterna sabiduría. Al contemplar a su Verbo, ve Dios con una sola mirada la multitud ilimitada de seres posibles; y desde toda la eternidad, ha resuelto elegir, de entre esta abigarrada multitud, criaturas que realicen en sí mismas, y manifiesten al exterior, aunque en una medida limitada, las infinitas perfecciones de su Verbo.

En el orden actual de la economía divina, Dios tenía previsto que el hombre, a quien Él constituyera rey de la creación terrenal, no se mantendría a la altura de su elección, antes bien, se apartaría del plan trazado por su Creador, para unirse a Él. La sabiduría divina no se vió cogida de improviso, sino que, para atraer de nuevo al hombre caído, su pensamiento fijóse ante todas cosas en Aquel a quien san Pablo llama el «Primogénito entre todas las criaturas», esto es, el Verbo encarnado².

Contemplando el Padre al Hijo, vió en esa Humanidad unida hipostáticamente a su Verbo, el resumen, la síntesis más acabada de toda perfección creada, y nos reveló en el Tabor que este Hombre Dios era la obra maestra de su inteligencia y el objeto de todas sus complacencias³.

Esta Humanidad de Cristo manifiesta al exterior al Verbo divino, bajo una forma sensible, elegida libremente por amor.

1. I q. XIV, a. 5 y 6; q. XV, a. 2.

2. COL., I, 15.

3. MATTH., XVII, 5.

Aún más: Dios ha querido dar a su Hijo Jesús todo un cortejo en la multitud innumerable de los Santos, los cuales son otras tantas reproducciones del Verbo, aunque bajo una forma menos perfecta. Todos tenemos nuestro ideal en el Verbo; todos debiéramos ser como una interpretación y trasunto de alguno de los infinitos aspectos de su Verbo. Por eso cantamos de cada santo: «No se ha dado otro parecido»¹. No hay dos santos que interpreten y manifiesten a Cristo con la misma perfección.

Cuando estemos en el cielo, contemplaremos con indescriptible gozo a la Trinidad beatísima; veremos al Verbo, al Hijo que procede del Padre, como arquetipo de toda perfección posible; veremos que la sagrada Humanidad de Jesús ha interpretado de un modo universal las perfecciones divinas, que vemos plastificadas y tangibles en Jesucristo; de modo que Cristo es el primogénito entre una multitud de hermanos que han de asemejarse a Él².

No olvidemos aquellas palabras de san Pablo: «Dios nos ha elegido en Jesús su Hijo»³. En este decreto eterno está la razón de nuestra verdadera grandeza; cuando, mediante nuestra santidad, realizamos la idea que Dios tiene de nosotros, entonces somos como una parte de la gloria que es para Él su Hijo Jesús⁴; venimos a ser una prolongación de los rayos de aquella gloria, siempre que nos esforzamos, cada uno en su puesto y en su cargo, por interpretar y realizar en nosotros el ideal divino, cuyo único ejemplar es el Verbo encarnado.

Tal es el plan divino; tal es nuestra predestinación: conformarnos al Verbo encarnado, Hijo de Dios por naturaleza, y nuestro modelo de santidad⁵.

De este eterno decreto, de esta predestinación amorosísima proviene esa serie de misericordias que llueven de arriba sobre cada uno de nosotros. Para realizar este plan y llevar a cabo sus soberanos designios, Dios nos da la gracia, esa misteriosa participación de su naturaleza; por

1. Oficio de Confesores pontifices, segunda Antífona de Laudes.
Cf. *Eccl.*, XLIV, 20.

2. *ROM.*, VIII, 29.

3. *EPHES.*, I, 4.

4. *HEBR.*, I, 3.

5. *ROM.*, VIII, 29.

esa gracia que Cristo nos mereció, somos hechos hijos adoptivos del mismo Dios.

Nuestras relaciones con Dios no serán ya simples relaciones de criaturas; no nos uniremos a Él tan sólo por los homenajes y deberes de una religión natural fundada en nuestra condición de seres creados; sin destruir ni mermar nada de todo eso, entramos con Dios en relaciones todavía más íntimas, cuales son las de hijos, que crean en nosotros especiales deberes para con un Padre que nos ama¹. Relaciones y deberes puramente sobrenaturales, por cuanto superan las exigencias y derechos de nuestra naturaleza, porque sólo son posibles por la gracia de Jesucristo.

Ya comprendéis, pues, cuál es el carácter íntimo de nuestra santidad.

No podemos ser santos sino conformándonos al plan divino; es decir, a la gracia que debemos a Jesucristo. Esta es la condición primordial, y por eso se llama esta gracia, gracia santificante; tanto, que, sin ella, no puede haber salvación. En el reino de los escogidos no entrarán sino las almas que se asemejen a Jesús; mas esta semejanza fundamental, que debemos tener con Él, sólo se realiza mediante la gracia.

Veis cómo Dios mismo ha fijado el carácter de nuestra santidad. Querer darle otro, sería, como dice san Pablo, correr a lo tonto y «azotar al viento»². Dios mismo nos ha señalado también el camino que hemos de seguir; pues no tomarle, es extraviarse y perderse³. Él mismo ha puesto el fundamento de toda perfección, fuera del cual sería cimentar sobre arena⁴.

Tanto la salvación como la santidad tienen su sostén y principio en la gracia de Jesucristo.

III

Debemos ir a Dios del modo que Él quiere que vayamos, pues no seremos nunca santos sino adaptándonos al plan divino.

1. EPHES., V, 1-2.
2. I COR., IX, 26.

3. JOAN., XIV, 6.
4. I COR., III, 11.

Ya llevamos trazadas las grandes líneas de este plan magnífico; veamos ahora más despacio de qué modo es Jesucristo fuente de toda santidad.

Supongamos un alma que a impulsos del Espíritu Santo, y en un arranque de generosidad, se pone de rodillas ante el Padre celestial, y le dice: «Padre, os amo, no deseo otra cosa sino vuestra gloria; quiero glorificaros eternamente con mi santidad. Mas, para esto, decidme lo que he de hacer y mostradme lo que de mí esperáis.» — ¿Qué le respondería el Padre? Le mostraría a su Hijo Jesucristo y diría: «Ahí tienes a mi Hijo muy amado, objeto de mis complacencias, escúchales». Retiraría luego dejando esa alma a los pies de Jesús. Y éste ¿qué le diría? ¹. «Yo soy el camino, la verdad y la vida»; tres palabras muy profundas que yo quisiera meditar con vosotros y que permaneciesen grabadas en el fondo de nuestros corazones.

¿Deseáis ir a mi Padre?, dice Jesús. ¿Queréis unirnos al que es fuente de todo bien y principio de toda perfección? Santo y buen deseo, que yo mismo sembré en vuestro corazón; pero sabed que sin mí no podéis realizarlo.

Existe, como ya sabéis, una distancia infinita entre la criatura y el Creador; entre el que posee el ser por participación y el que es el Ser subsistente. Tomemos por ejemplo el Ángel más encumbrado de las jerarquías celestiales: pues entre él y Dios, hay un abismo que ninguna fuerza creada puede salvar.

Ahora bien, Dios ha puesto un puente sobre este abismo, Cristo, Hombre-Dios que une al hombre con Dios. El Verbo hízose carne uniendo a la Divinidad una naturaleza humana: entrambas naturalezas, divina y humana, tienen una unión tan apretada, que no constituyen más que una sola persona, la Persona del Verbo, en quien subsiste la naturaleza humana; y así desaparece el abismo de separación.

Jesucristo, siendo Dios como lo es, y uno con su Padre, es también el camino que nos lleva a Dios. Por eso, si queremos llegarnos a Dios, esforcémonos por adquirir una fe ilimitada en el poder que Jesús tiene para unirnos a su Padre. Mirad lo que dice: «Padre, quiero que allí donde

1. JOAN., XIV, 6.

yo estoy, estén también mis discípulos¹; y Cristo está precisamente en el seno del Padre. Cuando nuestra fe es viva y nos damos enteramente a Jesús, Él mismo nos arrastra consigo y nos hace penetrar en el seno del Padre; pues Jesús es a la vez el camino y el término: es el camino por su Humanidad; y es el término por su Divinidad². De ahí que no tiene pérdida este sendero, pues que contiene en sí mismo el término.

Por eso también aprovecha tanto ejercitarnos, cuando oramos, en actos de fe, en la virtud omnipotente que Jesús tiene para conducirnos al Padre. «¡Oh Jesús mío! yo creo que eres verdadero Dios y verdadero Hombre; que eres camino divino e infinitamente eficaz para hacerme franquear el abismo que me separa de Dios; creo que tu sacratísima Humanidad es tan perfecta y poderosa, que puede, a pesar de mis miserias y de mis flaquezas, atraerme allí donde Tú resides, al seno del Padre. Haz que yo escuche tus palabras, siga tus ejemplos y jamás me aparte de Ti». Es gracia muy preciosa por cierto la de haber hallado el camino que nos conduce al término final; pero preciso es además caminar con luz que nos alumbre. Mas como esto es sobrenatural y muy por encima de nuestras potencias creadas, de ahí que la luz que ha de bañar con su claridad nuestro camino, debe igualmente proceder de lo alto.

Dios muéstrase tan magnífico, que Él mismo se hace nuestra luz, y en el cielo nuestra santidad será contemplar la luz infinita y tomar de su esplendor la fuente de toda nuestra vida y felicidad³.

Aquí abajo esta luz nos deslumbra a causa de su excesiva claridad: nuestros ojos son demasiado tiernos para poder resistirla. Sin embargo de ello, nos es de todo punto necesaria para conseguir nuestro fin. ¿Quién será nuestra luz? El mismo Jesucristo. «Yo soy la verdad». Él solo puede revelarnos las claridades infinitas, pues es Dios que procede de Dios y luz que dimana de la luz⁴. Como verdadero Dios, es la luz misma, sin sombras ni tinieblas, luz

1. JOAN., XVII, 24.

2. S. AUG., *SERMO*, 92, c. 3.

3. *Salmo XXXV, 10.*

4. *Credo de la Misa.*

que baja hasta nuestros valles, y que apaga bajo el velo de la Humanidad el infinito resplandor de sus rayos. Nuestros ojos, aunque débiles, podrán así contemplar esa luz divina que se oculta y a la vez se revela bajo la flaqueza de una carne pasible y es luz que alumbrará a todo hombre venido a este mundo¹.

Jesucristo, que es el Verbo eterno, enséñanos a mirar a Dios, al par que nos lo revela; pues Él mismo nos dice: «Yo soy la verdad; si creéis en mí, no sólo aprenderéis a conocer la verdad en toda su integridad, sino que permaneceréis en la misma verdad, pues el que me sigue, no anda a oscuras, porque tendrá la luz de la vida»².

¿Qué hemos, pues, de hacer para caminar en la luz? Guiarnos simplemente por las palabras de Jesús y conforme a las máximas de su Evangelio; considerar todas las cosas a la luz de sus palabras. Jesús nos dice, por ejemplo, que «los bienaventurados que poseen su reino son los pobres de espíritu, los mansos, los que lloran, los que han hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacíficos y los que sufren persecución por la justicia»³. Debemos creerlo así y unirnos a Él mediante un acto de fe; depositar a sus pies, como grato obsequio, el asentimiento de nuestra inteligencia a sus palabras, y esforzarnos por vivir humildes, mansos, misericordiosos, puros, guardando paz con todos, soportando las contradicciones con paciencia y confianza.

Si vivimos en la fe, el Espíritu de Cristo irá penetrando poco a poco en nuestras almas para guiarlas en todo y dirigir su actividad conforme a las máximas del Evangelio. El alma entonces, dejando las luces puramente naturales de su propio juicio, verá todas las cosas por los ojos del Verbo⁴. Viviendo en la verdad, adelantará sin cesar en el camino; unida a la Verdad, vivirá de su espíritu; los pensamientos, sentimientos y deseos de Jesús, serán los suyos, y no hará nada sin estar plenamente de acuerdo con la voluntad de Cristo. ¿No es acaso éste el fundamento mismo de toda santidad?

Mas no nos basta haber dado con el camino y andar por

1. 1 JOAN., I, 3.

2. *Ibid.*, VIII, 12.

3. MATTH., V, 3-11.

4. *Ibid.*, I, X, 10.

él con luz; es necesario, además, el alimento que nos sostenga durante nuestra peregrinación, y este alimento de vida sobrenatural es también Cristo quien nos lo da.

En Dios está la vida infinita¹, y el torrente de esa vida inefable y subsistente inunda el alma de Cristo con la plenitud de su virtud².

¿Qué hace el Hijo? Viene a darnos parte en esa vida divina³. Él mismo nos dice: «Así como Yo vivo la vida que me comunica el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí»⁴.

Si la santidad consiste en vivir esta vida divina, síguese que el apartar de esta vida todo aquello que pudiera destruirla o disminuirla — como es el pecado, las infidelidades, el apego a la criaturas, las miras puramente naturales — y el procurar su expansión con las virtudes de fe, esperanza y amor que nos unen con Dios, constituye el doble elemento de nuestra santidad.

Siendo Jesucristo la vida, conviértese en nuestra santidad, por ser la fuente misma de ella⁵. Dándose a nosotros en la Comunión, comunícanos su humanidad y su divinidad, activa el amor y nos transforma poco a poco en Sí, de modo que ya no vivamos en nosotros, sino en Él y por Él. Establece entre nuestros deseos y los suyos, entre nuestras voluntades y las suyas, tal conformidad y relación, que no somos ya nosotros quienes vivimos, sino Él quien vive en nosotros»⁶. No hay fórmula tan expresiva como estas palabras del Apóstol que pueda resumir toda la obra de la santidad.

IV

De esta doctrina nacen los sentimientos que deben animarnos en la adquisición de la santidad: una humildad profunda en vista de nuestra flaqueza y una confianza absoluta en Jesucristo. Nuestra vida sobrenatural oscila en-

1. Salmo XXXV, 10.

2. JOAN., V, 26.

3. *Ibid.*, X, 10.

4. *Ibid.*, VI, 58.

5. Cf. I COR., I, 30.

6. GAL., II, 20.

tre dos polos; por una parte, debemos estar íntimamente convencidos de nuestra impotencia para llegar, sin el auxilio de Dios, a conseguir la perfección; por otra, debe siempre animarnos la firme esperanza de que todo lo podremos con la gracia de Jesucristo.

Como quiera que ésta es algo sobrenatural, y Dios es dueño absoluto de sus designios y de sus dones, resulta que la gracia está por encima de las exigencias y derechos de toda naturaleza creada, y por eso mismo, la santidad a que estamos llamados se hace inaccesible sin la gracia divina. Ya lo dice Nuestro Señor: «Sin mí nada podéis hacer»¹, y advierte san Agustín² que no dice Jesucristo «sin mí no podéis hacer gran cosa», sino que dice: «sin mí, no podéis hacer *nada*». San Pablo explica detenidamente esta doctrina de nuestro divino Maestro: «no somos capaces, dice, por nosotros mismos, de concebir un solo pensamiento que algo valga para el cielo, sino que nuestra suficiencia o capacidad viene de Dios»³. «Él es quien nos da poder querer y ejecutar todas las cosas conforme a un fin sobrenatural»⁴. Así, pues, sin la gracia divina no podemos absolutamente nada en orden a nuestra santidad. ¿Hay, pues, motivo, para entristecernos y abatirnos? Ninguno.

La convicción íntima de nuestra propia impotencia no debe desalentarnos ni servir de excusa a nuestra pereza. Sí; nada podemos sin Cristo; mas con Él, todo lo podemos⁵. «Todo lo puedo, no por mis fuerzas, sino en Aquel que me conforta». Sean cuales fueren nuestras pruebas, dificultades y flaquezas, mediante Cristo, podemos llegar a la más encumbrada santidad.

¿Por qué? Porque en Él están todos los tesoros de ciencia y de sabiduría; porque en Él habita la plenitud de la Divinidad⁶; y siendo nuestro jerarca supremo, puede repartirnos algo de todos esos dones. De esa plenitud de vida y de santidad es de donde todos participamos, y de tal modo, que en punto a gracias, de ninguna carecemos⁷.

¡Oh, qué seguridad causa la fe en estas verdades! Cristo se da a nosotros y en Él todo lo hallamos⁸. ¿Qué cosa po-

1. JOAN., XV, 5.

2. *Tract. in Joan.*, I.XXXI, 3.

3. II COR., III, 5.

4. PHILIP., II, 13.

5. PHILIP., IV, 13.

6. COL., II, 3.

7. I COR., I, 7.

8. ROM., VIII, 32.

drá impedirnos llegar a ser santos? Si el día del juicio nos pregunta Dios: ¿Por qué no habéis subido a la altura de vuestra vocación? ¿Por qué no habéis llegado a la santidad a que yo os llamaba? Podremos responder: «Señor, mi debilidad era tanta y las dificultades tan insuperables, las pruebas tan recias y sobre mis fuerzas...» Mas Dios nos podrá replicar: «Cierto que por vosotros mismos nada podéis, pero os he dado a mi Hijo y con Él nada os ha faltado de cuanto os era necesario; su gracia es todopoderosa, y por Él podréis uniros a la fuente misma de la vida».

Es tan cierto esto, que un gran genio, tal vez el mayor que el mundo haya conocido, un hombre que pasó su juventud en medio de los desórdenes, que apuró la copa de los placeres y cayó en todos los errores de su tiempo, el gran Agustín, vencido al fin por la gracia, convirtiéndose y alcanzó una santidad sublime.

Cuéntanos él mismo que un día, solicitado por la gracia, pero retenido por sus viciadas inclinaciones, veía niños, niñas, vírgenes, que brillaban por su pureza; viudas dignas de veneración por su virtud, parecía oír la dulce invitación de una voz que le decía¹: Lo que hacen estos niños, estas vírgenes, ¿no podrás hacerlo tú? ¿No podrás llegar a ser lo que ellos son? A pesar del ardor de la sangre juvenil que hervía en sus venas, a pesar de la tempestad de sus pasiones, de sus inveterados extravíos, entrégase Agustín en manos de la gracia, y la gracia cuenta en él con uno de sus más prodigiosos trofeos.

Cuando celebramos la festividad de los Santos, debemos repetirnos las palabras que oía Agustín. ¿Qué motivos tenemos para no encaminarnos a la santidad? Bien sé que todos podemos decir: «Tengo tal dificultad, se me atravesara tal contratiempo; por eso no podré llegar a ser santo». Pero estad seguros de que todos los Santos han tenido también dificultades y contradicciones, tal vez, y sin tal vez, mayores que las vuestras. Nadie, pues, puede decir que la santidad no está hecha para él; porque, ¿dónde estaría la imposibilidad? No por parte de Dios, que quiere que seamos santos para gloria suya y contento nuestro²;

1. *Confes.*, lib., VIII, c. II.

2. *THESS.*, IV, 3.

cuando Nuestro Señor nos dice: «Sed perfectos». bien sabe Él lo que nos pide; no exige nada que exceda a nuestras fuerzas. El que pretendiese conquistar la santidad por su propio puño, cometería el pecado de Lucifer, que decía: «Me elevaré y colocaré mi trono sobre los cielos: seré semejante al Altísimo»¹. Por lo cual Satanás fué derribado y precipitado al abismo.

¿Qué diremos nosotros? ¿qué haremos? Tendremos la misma ambición que aquel orgulloso; desearemos llegar al fin que se proponía aquel ángel soberbio; pero él pretendía conseguirlo por sí mismo; mas nosotros, al contrario, confesaremos que nada podemos sin Jesucristo; diremos que sólo con Él y por Él podremos penetrar en los cielos.

«¡Oh Jesús mío! tengo tal fe en Ti, que te creo bastante poderoso para obrar la maravilla de elevar una deleznable criatura como yo, no sólo hasta las jerarquías angelicales, sino hasta el mismo Dios; únicamente por Ti podemos llegar a ese vértice divino.

Aspiro con todas las ansias de mi alma a esta sublimidad a que tu Padre me predestinó; deseo ardientemente, según Tú mismo lo pediste por mí, tomar parte en tu misma gloria y participar de tu propio gozo de Hijo de Dios; aspiro a esta suprema felicidad, pero únicamente por mediación tuya; deseo que mi eternidad consista en cantar tus loores y repetir sin cesar con los escogidos: Tú, Señor, nos has salvado; tu preciosa sangre derramada sobre nosotros nos abrió de par en par las puertas de tu reino: nos preparó morada en la compañía deleitosísima de tus santos; a Ti sea dada alabanza, gloria y honor por los siglos de los siglos.

Un alma que vive de continuo embebida en esos sentimientos de humildad y desconfianza, da gran gloria a Jesucristo, porque toda su vida es como un eco de aquellas palabras: «Sin mí no podéis hacer nada», y porque proclama que Él es la fuente de toda salud y santidad, y todo lo refiere a su gloria.

«Oh Dios mío, diremos con la Iglesia en una de sus más preciosas oraciones, creo que sois todopoderoso, y que vuestra gracia es bastante eficaz para elevarme, aunque bajo y miserable, a un alto grado de santidad; creo también

1. ISA., XIV, 13-14.

que sois la misericordia infinita y que si os abandoné más de una vez, vuestro amor y bondad jamás me abandonan; de Vos, Dios mío y Padre celestial, procede todo don perfecto; vuestra gracia nos convierte en fieles servidores para que os agrademos con obras dignas de vuestra majestad y de vuestra alabanza. Haced que, desasido de mí mismo y de las criaturas, pueda yo correr sin tropiezo alguno por la senda de la santidad, donde vuestro Hijo nos precede cual esforzado gigante, a fin de que por Él y con Él llegue a la felicidad que nos tenéis prometida»¹.

Los Santos vivían de estas verdades, y por eso llegaban a las cumbres de la santidad, donde hoy los contemplamos. La diferencia que existe entre ellos y nosotros no proviene del mayor o menor número de dificultades que hayamos de vencer, sino el ardor de su fe en la palabra de Jesucristo y en la virtud de su gracia.

Bien podemos, si queremos, hacer la experiencia, pues Cristo continúa siempre el mismo, poderoso y magnífico, en la distribución de su gracia, y sólo en nosotros se hallan obstáculos para la efusión de sus dones. ¿Por qué desconfiar de nuestro Dios, almas de poca fe?

V

Y ahora ¿qué conclusiones prácticas hemos de sacar de tan benéficas verdades de nuestra fe? Lo primero, celebrar de todo corazón las solemnidades de los Santos, persuadidos de que honrar a los Santos es proclamar que son la realización de un pensamiento divino, que son las obras maestras de la gracia de Jesucristo. Dios pone en ellos sus complacencias, porque son los miembros ya gloriosos de su Hijo muy amado, y forman parte de aquel reino esplendoroso conquistado por Jesús para gloria de su Padre².

Debemos luego invocarlos, pues Jesucristo es nuestro único mediador, el «mediador entre Dios y los hombres»³, como dice san Pablo, y por quien tenemos acceso al Padre». No

1. Oración de la Misa Domingo XII de Pentecostés.

2. APOC., V, 10.

3. I TIM., II, 15.

obstante, Jesucristo, no para disminuir su mediación, sino para hacerla todavía mayor, quiere que los príncipes de la corte celestial le ofrezcan nuestros votos para presentarlos Él mismo a su Padre.

Los Santos, además, tienen vivísimo deseo de nuestro bien. Contemplan a Dios en el cielo, su voluntad está inefablemente unida a la divina, y por eso quieren también que seamos santos. Forman, además, un solo cuerpo místico juntamente con nosotros, siendo, como dice san Pablo, «miembros de nuestros miembros»¹; por eso nos tienen inmensa caridad, la cual les viene de su unión con Jesucristo, único Jefe de esta sociedad selecta y en la cual Dios tiene ya señalado el sitio que hemos de ocupar.

A estas relaciones de homenajes y oraciones que nos unen con los Santos, debemos añadir nuestro esfuerzo personal para asemejarnos a ellos. Deberá estar animado nuestro corazón, no de esas fugaces veleidades que nunca se traducen en obras, sino de un deseo firme y sincero de nuestro perfeccionamiento, de una voluntad eficaz de responder plenamente a los designios misericordiosos de nuestra divina predestinación en Jesucristo².

¿Qué se requiere para conseguirlo? ¿Qué medios emplearemos para perfeccionar obra tan grande, tan gloriosa para Cristo y tan fecunda para nosotros?

Permanecer unidos con Cristo, pues Él mismo nos tiene dicho que si queremos reportar copiosos frutos y llegar a un grado eminente de santidad, hemos de estarle unidos como los pámpanos lo están a la vid³. Mas ¿cómo permaneceremos unidos con Él? Primeramente, por la gracia santificante, que nos hace miembros vivos de su cuerpo místico. Después, mediante una intención recta y renovada con frecuencia, la cual nos hace buscar en todas las circunstancias en que nos haya colocado la divina Providencia el santo beneplácito de nuestro Padre celestial. Con esta intención orientamos toda nuestra actividad hacia la gloria de Dios, en unión con los pensamientos, sentimientos y querer del corazón de Jesús, nuestro modelo⁴. Esta es la fórmula en

1. I COR., XII, 12 y sig.; EPHES., IV, 25; V, 30.

2. EPHES., IV, 7.

3. JOAN., XV, 5.

4. JOAN., VIII, 29.

que resumía Jesús todas sus relaciones con su Padre y con la cual traduce adecuadamente la obra toda de su Humanidad sacratísima.

Ahora me diréis: ¿pero y nuestras miserias? No deben en modo alguno desalentarnos; por desgracia, son muy reales y harto conocidas, pero Dios las conoce aún mejor que nosotros y se da por muy pagado con que reconozcamos sencillamente nuestra propia flaqueza. Porque hay en Dios una perfección en la que desea le glorifiquemos eternamente, una perfección por donde se explica tal vez todo cuanto nos ocurre en este mundo; tal es la misericordia.

La misericordia es el amor en frente de la miseria, y no habría misericordia si no hubiese miserias. Los Ángeles proclaman la santidad de Dios, pero nosotros seremos en el cielo testimonios vivos de la misericordia divina; al coronar Dios nuestras obras, pondrá digno remate al don de su misericordia¹, y nosotros la ensalzaremos durante toda la eternidad en el seno de nuestra bienaventuranza².

No nos dejemos abatir por las pruebas y contradicciones, que han de ser tanto más grandes y profundas, cuanto más sublime y elevado sea el grado de santidad a que Dios nos llama. ¿Por qué así? Porque ese es el camino que Cristo siguió; de ahí que cuanto más fundidos deseemos estar con Él, tanto más debemos asimilarlos a Él en lo que sus misterios tienen de más íntimo y profundo.

San Pablo trasunta toda la vida interior en el conocimiento práctico de Jesús, y de Jesús crucificado³, y Nuestro Señor mismo nos dice que el Padre es el divino viñador que poda la vid para que produzca más fruto⁴.

Dios, con mano poderosa, prueba al alma con tentaciones y adversidades para desligarla de todo lo creado y saciarla de sí misma, y penetra hasta las medulas, y «reduce a polvo los huesos», como dice Bossuet, para reinar Él solo en ella.

¡Dichosa el alma que se entrega en manos del Artífice divino! Por su Espíritu, que es todo fuego y amor, que «es

1. Salmo CII, 4.

2. *Ibid.*, CXXXV, 1 y sig.

3. I COR., II, 2.

4. JOAN., XV, 2.

el dedo de Dios»¹, el Artista divino irá grabando con su buril en ella los rasgos característicos de Cristo, a fin de hacerla semejante al Hijo de su dilección, conforme a los inefables designios de su sabiduría y de su misericordia.

Dios halla todas sus glorias en comunicarnos la bienaventuranza, siendo todos los padecimientos que permite o envía, otros tantos títulos de gloria y de felicidad celestial. El mismo san Pablo se declara incapaz de describir el resplandor de aquella gloria y felicidad con que Dios corona el menor de nuestros dolores, llevados con ayuda de la divina gracia»².

Por eso instaba y encarecía tanto a los fieles, diciendo: «Mirad cómo se aperciben los que han de tomar parte en la palestra y cuántas privaciones y esfuerzos no se imponen; y todo ello, para recoger los aplausos de una hora y gozar de una gloria efímera que todos se disputan, y alcanzar una corona perecedera. Nosotros, en cambio, si luchamos, es para lograr una corona incorruptible, una gloria sin fin, una alegría imperecedera»³. El alma, sin duda, en aquellos momentos tan ricos y tan cuajados de gracias, se ve abrumada por el dolor y el sentimiento; pero ya puede estar segura bajo la protección y amparo de tan soberano protector, pues Dios pone la suave unción de su gracia aun con las amarguras de la cruz. Mirad, si no, a san Pablo: ¿Quién como él vivió en tan estrecha unión con su Dios? ¿Quién podrá separarle de Jesús?⁴. Sin embargo de ello, ved cómo por su divina dispensación, Satanás le insulta, y aflige al Apóstol en su cuerpo y en su alma con sus dardos malignos, hasta el punto de hacerle llamar tres veces a Jesús en demanda de auxilio. Pero éste le responde: «Bástate mi gracia, cuya eficacia nunca brilla tanto como cuando se han de arrostrar las dificultades»⁵.

1. Himno *Veni Creator*.

2. ROM., VII, 18; II COR., IV, 17.

3. I COR., IX, 25.

4. ROM., VIII, 35.

5. II COR., XII, 9.

VI

Veamos ya cuál sea la razón profunda de esta extraña y providencial disposición. No pudiéramos terminar mejor esta instrucción. Considerad que la obra de nuestra santidad se elabora en medio de las pruebas y de la flaqueza. «Por la gracia sois salvos, dice san Pablo, y no por vuestras obras, para que nadie pueda gloriarse en sí mismo»¹. ¿Quién, pues, será el acreedor de todas nuestras alabanzas? ¿Sobre quién redundará la gloria de nuestra santidad? Sobre Jesucristo.

Cuando el Apóstol expone a sus queridos fieles de Éfeso el plan divino, indícales en estos términos el fin supremo: «Dios ha dispuesto de antemano todas las cosas a fin de dar más realce a la magnificencia de su gracia»² y «para poner a la vista de todo el mundo los riquísimos tesoros de su gracia», con la cual nos predestinó a ser coherederos de su Hijo³.

Todo se lo debemos a Jesús, puesto que Él nos mereció con sus misterios todas las gracias de justificación, de perdón, de santidad, que necesitamos. Él es el principio mismo de nuestra perfección, y al modo que la vid envía su savia fecunda a todos los sarmientos, a fin de que produzcan su fruto, así Cristo derrama sin cesar su gracia sobre todos aquellos que tiene consigo unidos. Esta gracia es la que anima a los Apóstoles, la que ilumina a los Doctores, esfuerza a los Mártires, sostiene a los Confesores y hermosa a las Vírgenes con incomparable pureza.

Toda la gloria de los Santos en el cielo dimana también de esta misma gracia; todo el resplandor de su triunfo tiene su origen en esta fuente única; por estar teñidos en la sangre del Cordero, son tan vistosas las vestiduras de los elegidos, cuya santidad se gradúa según la semejanza con el divino modelo.

Por eso, al comenzar la gran solemnidad de Todos los Santos, en la cual junta la Iglesia a todos los escogidos

1. *EPHES.*, II, 8.

2. *Ibid.*, I, 6.

3. *Ibid.*, II, 7.

en una misma alabanza, nos invita a adorar a Aquel que es Señor y corona de todos los Santos ¹.

Comprenderemos en el cielo cómo todas las misericordias de Dios parten del Calvario, y cómo la sangre de Jesús será precio de la dicha infinita de que gozaremos para siempre. No olvidemos que en la Jerusalén celestial viviremos embriagados de una felicidad divina, pero que la plenitud de esa felicidad será pagada en cada momento por los méritos de la sangre de Cristo Jesús. La ola de felicidad que eternamente inundará la ciudad de Dios ², fluirá del sacrificio de nuestro Pontífice divino. ¿Qué gozo no será el nuestro al reconocer y cantar el triunfo de Jesús, cuando todos a una le digamos: «Todo lo debemos a Vos, Señor, séaos tributado himno de honor, de alabanza, de hacimiento de gracias»? Entonces, junto con todos los elegidos, depositaremos a sus pies nuestras coronas ³ para proclamar que todo nos viene de Él.

Éste es el término final adonde se encamina todo el misterio de Cristo, Verbo encarnado. Quiere Dios que su Jesús, su Hijo único, amantísimo, que se anonadó a trueque de santificar su cuerpo místico, sea ensalzado para siempre ⁴.

Entremos, pues, con fe muy profunda en estos pensamientos divinos. Cuando celebramos a los Santos, engrandecemos el poder de la gracia que los ha elevado a tales cimas; nada agrada tanto a Dios como esta alabanza, puesto que por ella nos unimos al más íntimo de sus designios, que es glorificar a su Hijo ⁵. Procuremos realizar, con ayuda de la gracia, el plan que Dios tiene formado sobre nosotros, pues a esta adaptación se reduce toda la santidad.

He procurado, en todas estas conferencias, mostraros hasta qué punto nos unía el Padre con su Hijo Jesucristo, tratando de mostraros el divino modelo, tan incomparable, y a la vez tan accesible. Habéis podido ver cómo vivió por nosotros Cristo cada misterio, uniéndonos a Sí con lazo tan apretado, que poco a poco pudiéramos, bajo la acción de su divino Espíritu, reproducir su fisonomía inefable y ase-

1. Invit. de Maitines.

2. Cf., Salmos XLV, 5.

3. Cf. APOC., IV, 10.

4. PHILIP., II, 9.

5. JOAN., XII, 28.

mejarnos a Él, conforme al decreto de nuestra predestinación.

No cesemos, pues, de mirar a ese nuestro modelo. Jesucristo es Dios vivo, el cual apareció y mora entre nosotros para mostrarnos el camino que conduce a la vida. Él mismo nos tiene dicho que la vida eterna consiste en confesar que su Padre es el verdadero Dios, y Él es también Dios, venido a este mundo en carne mortal para llevar a Dios el género humano todo entero.

Si seguimos fielmente a Jesús durante toda nuestra existencia, si le contemplamos cada año en el ciclo de sus misterios y procuramos imitarle y darnos totalmente a Él, estemos persuadidos de que la oración, que por nosotros eleva al Padre como único mediador, ha de ser atendida; por su Espíritu, imprimirá en nuestras almas su imagen viva; el Padre nos reconocerá el último día como miembros de su Hijo predilecto y nos hará coherederos suyos. Entonces entraremos a formar parte de aquella sociedad constituida por Cristo, pura y hermosa, la cual, en el día del triunfo final, y conforme a las palabras de San Pablo, será presentada al Padre como valioso trofeo de su gracia soberana. Quiera Dios nos encontremos allí todos nosotros, para gozo plenísimo de nuestras almas y gloria de nuestro Padre celestial ¹.

*VERBUM MANENS APUD PATREM VERITAS, ET
VITA; INDUENS SE CARNEM, FACTUS EST VIA.*

SAN AGUSTÍN, *Tract. in Joan*, XXXIV, 9.

1. I COR., XV, 24.

ACCIÓN DE GRACIAS de Jesús, 8r.

ADAN Y EVA recibieron la primera promesa de Jesús, 95-96.

ADOPCIÓN DIVINA. Cómo se realiza en nosotros, 44-45; por medio del Verbo, 46-48; nuestra adopción prefigurada en la Transfiguración, 234; por parte de Dios es perfecta, 235.

ADORACIÓN. Está contenida en la doctrina trinitaria, 37; ha de acompañar siempre a la fe, 64.

ADÚLTERA. Bondad con que la trató Jesús, 209.

ADVENIMIENTO de Cristo. Su preparación milagrosa, 99-100; solemnidad y eficacia de su celebración litúrgica, 111-112; gracia especial que nos da esta fiesta, 112-113.

AGUSTÍN (San). Qué entiende por Cristo total, 13; nos acercamos a Jesús creyendo más que caminando, 26; unión de las dos naturalezas en Cristo, 69; palabras sobre el Corazón de Jesús, 364; confianza que nos da de poder llegar a la santidad, 400.

ALTAR. Todo el culto gravita en su alrededor, 88.

AMOR. El amor al Padre y a nosotros fué el móvil de la doctrina de Jesús, 10; el de Jesús para con nosotros fué gratuito, 10-11; acompaña siempre a la fe, 27; descubre los secretos de la divinidad, 27; es fuente de vida eterna, 28; es la perfección que más resalta en Jesús, 202-203 y 353-366; amor afectivo y amor

efectivo, 364-366; en el Salvador se hallan con perfección estas dos formas de amor, 366-367; también se hallan en él estas dos formas de amor a los hombres, 367; el amor humano de Cristo nos introduce en los secretos del amor divino, 375.

ANUNCIACIÓN. Por ella se decidió la salvación del género humano, 149; correspondencia de María a las gracias que recibió, 150.

APÓSTOLES. Diferente conducta antes y después de la venida del Espíritu Santo, 324 a 326.

ASCENSION. En ella, Jesús es nuestro precursor, 52; glorificación de Jesús que supone este misterio, 295-298; sentimientos que despierta en nosotros, 306, cómo la celebra la liturgia, 306.

ASPIRACIONES del alma movida por la gracia, 401-402.

BAUTISMO. El que administraba el Bautista, 170; bautismo de Jesús, 170, 173; Jesús en su bautismo se hace solidario de nuestros pecados, 172; glorificación de Cristo en su bautismo, 173-174; nuestro bautismo es el sacramento de la adopción divina, 176; en el de Jesús se inicia la proclamación de su divinidad, 193; por el bautismo participamos de la gracia de la resurrección, 283-284; nos hace hijos de Dios y coherederos con él, 302; nos hace miembros del cuerpo místico de Cristo, 303.

BAUTISTA (San Juan). Es el heraldado por excelencia del Mesías, 100-102; es un modelo de humildad, 101.

BELEN. Qué nos dice la fe sobre el nacimiento de Jesús, 112-116.

BETANIA. Nos revela hasta dónde llegó la amistad de Jesús para con sus amigos, 213-215.

BOSIO (Luis del) Incentivos que tenemos en Cristo para amar a Dios, 14.

BOSSUET. Sublimidad de la revelación cristiana, 37.

C

CARIDAD. Es la virtud esencial, 368-369.

CASUISTICA farisaica y perfección verdadera, 221-222.

CATALINA DE SENA (Santa). Palabras referentes a la Encarnación, 76-77.

CIELO. Allí se manifiesta el sacerdocio de Jesús perfectamente, 84-85; este pensamiento ha de avivarnos el deseo de reunirnos con Jesús glorioso, 305-306; allí comprenderemos que la sangre de Jesús ha sido el precio de nuestra salvación, 407.

COMUNION. Realiza la unión de Cristo con el alma, 89; nos infunde la vida divina, 128; lo que Jesús nos dice en ella, 340; obra una transformación progresiva en nuestras almas, 342; por ella toda la vida de Cristo pasa a nuestras almas, 242-243; contiene a Jesús glorioso y la substancia de su cuerpo mortal, 343; por ella nos asociamos íntimamente al sacrificio del altar, 346; la reverencia, disposición esencial para recibirla, 347-349; por ella nos unimos con la santísima Trinidad, 351.

CONFIANZA en las promesas de asistencia divina, 53; en la posesión de la bienaventuranza eterna, 53-54; la que Jesús ha de inspirar a nuestros corazones, 107; la que hemos de tener en la asistencia divina, 190-191; la que despierta en nosotros la intercesión omnipotente de Cristo en los cielos, 307-308 y 312; la seguridad de la asistencia divina ha de sostenernos en medio de nuestra impotencia, 399-400; San

Agustín, modelo incomparable de confianza, 400.

CONOCIMIENTO de Jesús y de las diversas situaciones de su vida en el Evangelio, 18.

CONSOLADOR o Paráclito. Es la propiedad característica del Espíritu Santo, 326.

CONTEMPLACIÓN. La de Cristo es el objeto de la vida cristiana, 7; la de los misterios de Cristo ha de fundarse en nuestra semejanza con él, 12; es un fruto de la liturgia, 22; cómo contemplaba la Virgen a Jesús, 127; cómo lo contemplaba el Padre, 127; cómo lo hemos de contemplar nosotros, 127-128.

COOPERACIÓN. Jesús exige nuestra cooperación para participar de sus misterios, 17.

CORAZÓN DE JESÚS. Corona las otras fiestas del Salvador, 356; cómo ha de entenderse su devoción, 357-360; objeto propio de esta devoción, 360-363; es el símbolo de su amor, y en primer lugar de su amor creado, 360-361; su amor rebasa todo conocimiento, 361; conoció todas nuestras flaquezas menos el pecado, 362; su fiesta nos recuerda los beneficios que le debemos, 363; práctica de su devoción, 364; esta devoción honra a Jesucristo en su amor y nos da la clave de sus misterios, 369; totaliza la virtud de los ejercicios particulares, 370; palabras de San Agustín, 364.

CREACIÓN. Se atribuye al Padre, 43-44.

CRISTATURAS. Todas han sido hechas por el Verbo, 47; responden a una idea divina, 47.

CRISTIANISMO. Su esencia está en que nos hace hijos de Dios, 52; es el amor de Dios manifestado al mundo por Cristo, 375.

CRISTO. Nada es pequeño en su vida, 7; todo converge hacia él, 7; todo lo tenemos en él, 8; su conocimiento es fuente de alegría, 9; en él se nos revela el Padre, 9; Cristo glorioso ya no merece, pero intercede, 15-16.

CRUZ. Gracias que fluyen del sacrificio de la cruz, 83-84; se anuncia hasta en el Tabor, 240; Jesús la acepta con su cortejo de dolores e ignominias, 266;

debemos igualmente aceptarlas nosotros, 266-267.

CUARESMA. Conmemora en su comienzo, el ayuno y la tentación de Jesús, y nos garantiza nuestra victoria, 188-189.

CUERPO MÍSTICO. La Iglesia lo integra y Cristo es su cabeza, 13 y 387-388.

CULTO EXTERNO. Su necesidad, 21; su importancia para la vida interior, 21.

D

DAVID. Sus predicciones mesiánicas, 96-97.

DECRETO DIVINO acerca de la restauración del plan de Dios, 48.

DEMONIO. Lucha con Jesús, 181; poder que supone esta lucha, 181; ignorancias e intuiciones que tenía acerca de Jesús, 181-182; las tres tentaciones, 182-184.

DESIERTO. Jesús fué conducido a él para enseñarnos cómo debíamos comportarnos en la tentación, 178.

DESPOSORIOS de la divinidad con la humanidad y sus frutos, 22.

DEVOCIÓN. En qué consiste, 68; sentido de esta palabra, 356; la devoción a Jesucristo, 356; legítimo desarrollo de las devociones garantizado por la Iglesia, 359-360.

DIOS. Cómo se nos comunica, 22; Dios es luz, 129-130; de él somos partícipes, 130; siendo en sí mismo incognoscible, debemos conocerle y amarle en la humanidad de Jesús, 375.

DISPOSICIONES. Para contemplar los misterios de Jesús, 24.

DIVINIDAD de Jesús: cómo se nos muestra aún en sus humillaciones, 26.

DOGMAS. Su desarrollo, 358-359.

DOLOR. Hemos de participar de los dolores de Cristo si queremos ser glorificados, 293-294.

DONES. Su variedad como fruto de la venida del Espíritu Santo, 327; cómo hemos de pedirlos y merecerlos, 331-332.

E

ELECCIÓN. Por ella somos predestinados a la filiación divina desde toda la eternidad, 93.

ENCARNACIÓN. En qué consiste, 55; es el misterio fundamental, 55; contingencias que explican su retraso, 94-95; su revelación fué muy lenta, 95; sus etapas, 95-99; nos manifiesta los atributos de Dios, 200.

EPIFANIA. En ella festejamos la aparición de Dios a los paganos, 131; se renueva en el curso de las edades, 144-145; significación de la estrella, 134-135; fidelidad de los magos, 137; frutos que ha producido la estrella de la inspiración divina en los santos, 138; fe que tuvieron los magos, 141; simbolismo de sus dones, 142; palabras de Santa Matilde acerca de este simbolismo, 143.

ESPERANZA. Comparación con la virtud de la caridad, 372.

ESPIRITU SANTO. Va moldeando en las almas los rasgos de Jesús, 24; ungió la persona de Cristo en la Encarnación, 76; su misión consoladora, 315; era necesario que Jesús subiese al cielo para que viniera el Espíritu Santo, 115; y esto significa que fué enviado por el Hijo lo mismo que por el Padre, 316; Jesús nos mereció esta venida por su oración y por su sacrificio, 317; su misión había de añazar a su Iglesia, 317; por qué Jesús lo envió a la Iglesia después de su ascensión, 320; es nuestro maestro interior, 323-324; tiene como operación esencial la santificación de la Iglesia, 323-326; siempre podemos recibir con más abundancia sus dones, 330.

EUCARISTÍA. Sacramento de unión divina, 51; nos hace verdaderos hijos de Dios y nos conduce al Padre, 51; nos comunica los frutos del misterio pasional, 290; aspiraciones del alma después de la comunión, 291; nuestra unión con Cristo hace necesario que resucitemos para participar de su gloria, 292; nos hace partícipes de su pasión, 293; es el principal misterio de la fe, 334-345; sus propiedades

como sacramento, 338-341; su excelencia como verdadero pan del cielo, 339-340.

EVANGELIO. Con él lograremos el conocimiento perfecto de Jesús, 18.

EXPIACION del pecado en Cristo, 81-82.

F

FARISEISMO es el fanatismo por el texto de la Ley, 216; sus múltiples formas, 220.

FE. Es la disposición primordial para ponernos en contacto con Cristo, 24; 62; sin ella no conoceremos íntimamente a Jesús, 25; vale más que la visión, 25; determina el grado de gracia, 25-26; es correlativa de la unión con Jesús, 26; respeto y amor que de ella se derivan, 26; cuando la fe es muy viva llega a la adoración y al amor y nos lo hace descubrir en los misterios de la vida de Jesús; 27; condición de nuestra unión con el Verbo, 49; nos da a conocer los misterios divinos en el Verbo, 50; por ella recibimos al Verbo, 62-63; nos revela la plenitud del ser de Dios, 35; esta plenitud se revela en la Trinidad, 35-37; lo que la fe nos dice de Jesucristo, 56-59; la fe que justifica a los impíos es la que confiesa a Dios en Cristo, 64-65; la que hemos de tener en la grandeza y poder de Cristo como pontífice, 86-87; la misericordia divina estriba en la fe, 98; la fe preparada en la vieja Alianza a recibir las gracias del Salvador, 98-99; en las profecías del antiguo Testamento son una confirmación de nuestra fe, 103; cómo nos habla la fe en la cueva de Belén, 114-116; 141-142; fe con que hemos de contemplar la vida de Jesús, 126; la Virgen modelo de fe, 127; la fe hace invencible al alma, 189; la fe en la divinidad de Jesús es lo que Dios exige sobre todo de nosotros, 198-199; imperfecciones y perfección que llegó a tener en los apóstoles, 321-322; tiene el lugar principal en la Eucaristía, 334.

FIDELIDAD. Porque hemos de

ser fieles a las inspiraciones del Espíritu Santo, 331.

FIESTAS CRISTIANAS. Encanto especial de cada una de ellas, 20; su objeto y su eficacia espiritual, 28; virtud que contienen, 104-105.

FILIACIÓN DIVINA. Es necesaria y gratuita, 44; sus consecuencias prácticas, 49; nos une con el Hijo y nos hace partícipes de esta filiación, 49; y así conoceremos los pensamientos y las voluntades del Padre, 50; consecuencias prácticas de esta divina filiación, 49-52.

G

GAY (Mons.). Secreto para llevar una vida cristiana, 28-29.

GENEROSIDAD. La Magdalena y San Pablo estímulos de la nuestra, 138.

GETSEMANÍ. Lugar de dolor y de gloria, 301.

GLORIA. Cómo la de Jesús ha de redundar en la nuestra, 237; 241; la que procuramos a Jesús con las alabanzas a los Santos, 407.

GLORIFICACIÓN. Triunfo magnífico de Cristo en la Ascensión, 297-299; la nuestra es consecuencia de la de Jesús, 302; como miembros del cuerpo místico por el bautismo hemos de participar de la gloria de la Cabeza, 303; la gracia de la glorificación ha de constituir el objeto de nuestras súplicas en la Ascensión, 304; cómo celebra la liturgia la Ascensión de Jesús, 306; regocijo del alma cristiana en esta fiesta, 307.

GOZO del alma en el conocimiento de Dios por Jesús, 9; gozo que comunica al alma el festín eucarístico, 339-340.

GRACIA que se nos comunica por la liturgia, 19-20; la que dimana de los misterios cristianos, 20-24; sólo la gracia del Espíritu Santo puede reproducir en nosotros la verdadera imagen del Hijo, 24; en qué sentido nos hace hijos de Dios, 44; por la gracia santificante nos asemejamos a Dios, 45-46; por ella Dios se complace en nosotros, 45-46; plenitud de la gracia en Jesucristo.

to, 61-62; debemos estar prontos a responder a su llamamiento, 138-139; la gracia como fruto del Espíritu Santo, 329-330; aspiraciones que produce en el alma, 401-402; las gracias que recibió Jesús son para nuestro provecho, 14; debemos dar gracias incesantemente por el beneficio de la fe, 135; gracias que nos procuran las pruebas de esta vida, 406.

H

HIJO DE DIOS. Estado principal de Jesús, 33-34; de aquí proviene su grandeza, 34.

HIJO PRÓDIGO. Enseñanzas de esta parábola, 204-205.

HIPOCRESIA. Objeto de odio por el Salvador, 218-220.

HOMBRE. Lugar que debía tener tener en el plan de la creación, 392; sus relaciones con Dios han de ser sobrenaturales, 394.

HUMANIDAD. Por los misterios de Jesús participamos de su divinidad, 22; la humanidad de Jesús hace a Dios visible, 119-120; también le hace pasible, 121-122; la gloria de la humanidad de Cristo transfigurará la nuestra, 236.

HUMILDAD. Debe compensar nuestra flaqueza, 107; debe ser motivo de aliento, 107; humildad y obediencia admirables de Cristo, 123; lucha ejemplar entre la humanidad de Jesús y de Juan Bautista, 172; junto con la confianza es uno de los fundamentos de nuestra vida espiritual, 398-399.

HUMILLACIÓN. Por ley divina es necesaria para la glorificación, 174.

I

IGLESIA. Forma con Cristo un solo ser, 13; como Jesucristo, es también camino, verdad y vida, 19; su concepto entre los protestantes comparado con el nuestro, 358; la Iglesia considerada como cuerpo místico de Cristo, 387-388.

ILUMINACIÓN. Frutos de ella en las almas de los fieles, 138.

IMITACIÓN DE CRISTO. Dos maneras de imitarlo, 23-24; sólo tiene valor si es sobrenatural, 24. Imitar a Jesús debe ser nuestra ambición, 64.

IMPETRACIÓN de Jesús, 82-83.

IMPOTENCIA. No debe desalentarnos, 399.

INMOLACIÓN. Gracias que nos mereció la de Jesús, 83-87.

INTERCESIÓN. La de Cristo es motivo poderoso de confianza, 16; oración omnipotente de Jesús en favor nuestro, 313-314.

ISAÍAS. Predicciones mesiánicas, 97-98.

ISRAEL. Misión de este pueblo, 96-99.

J

JESUCRISTO. Sus diversos estados se subordinan a su filiación única de Dios, 33-43; sus misterios son también nuestros, 33; su generación humana y divina, 34; la preeminencia de la divinidad en Jesús aparece sobre todo en el Evangelio de San Juan; por qué se le llama Hijo, 36-38; la filiación en la Trinidad y en la humanidad de Jesucristo, 38-39; como el Verbo, Jesús es siempre imagen perfecta del Padre, 3; la misma identidad revelan las perfecciones de Jesús, 4; amor de Jesús al Padre, 41-42; la filiación única de Jesús es causa de nuestra filiación adoptiva, 44; la imitación de la filiación única de Jesucristo es fruto de la gracia santificante, 45-46; así como somos creados por el Verbo, así somos hijos de adopción por Jesucristo, 46-49; nuestra unión con Jesucristo es necesaria, 49; medios para mantener esta unión, 49-52; verdades que hemos de considerar en Jesucristo, 56; es perfecto Dios y perfecto hombre, 56-59; cómo manifiesta su divinidad, 57; participa de cuanto tenemos, excepto el pecado, 58; su humanidad manifestada en su vida, 58-59; valor moral de sus acciones, 60-63; perfección que ve en él el Padre eterno, 61; Jesucristo fue un Dios escondido y una piedra de escándalo, 163; en su bautismo se presenta como caudillo

de una raza pecadora, 171; importancia de la consideración de su humanidad, 65-69; todo lo encontraremos en Jesucristo, 84; tres aspectos que hemos de considerar en su vida pública, 192-193; cómo proclama el Evangelio su divinidad, 193-197; Jesús manifiesta su divinidad para fortalecer nuestra fe, 197; esta manifestación constituye su misión principal, 197-199; es Rey de duzura y de bondad, 202-203; cuánto agrada al Padre la fe en su divinidad, 233; es el primogénito entre muchos hermanos, 234; Pontífice supremo, intercede por nosotros en los cielos, 310-312; Jesucristo Rey es el antídoto de la apostasía del mundo, 378; es proclamado Rey en las sagradas Escrituras, 378-380; es Rey por esencia, por herencia y por conquista, 380-381; es camino y término de la santidad, 395-396; es nuestra luz en esta vida y lo será en el Cielo, 396-397; es nuestro modelo y nuestro único mediador, 408; su imagen en nuestras almas nos da derecho a la gloria, 408.

JUAN (San). Carácter de su Evangelio, 34; su insistencia en la necesidad de la fe, 62-63.

JUDIOS. Lugar que ocupan en el plan redentor, 132.

L

LAICISMO y el reinado de Cristo, 384-385.

LENGUAS DE FUEGO. Significación de las de Pentecostés, 324.

LEY. Jesús vino a cumplirla, pero como Hijo de Dios tenía deberes superiores, 161; Jesús y la ley mosaica, 215-221.

LIBERTAD. Dios exige la libertad humana y angélica como homenaje y como mérito, 178-180; el mismo Jesucristo quiso sujetarse a la prueba de la elección, 180; libertad que hemos de respetar en las almas, 369.

LITURGIA. Cómo nos hace conocer a Jesús, 81; es el gran medio educador de que dispone la Iglesia, 19-20; realidad de sus promesas, 108-109.

M

MAGDALENA. Enseñanzas de su conversión, 208-209.

MAGDALENA DE PAZZIS. Su gozo en el tiempo pascual, 290.

MAGOS. Representan la vocación de los paganos a la fe, 131-135; enseñanzas que nos dan, 136-137; 141-143.

MANA. Sus propiedades figurativas de la Eucaristía, 338-339; su propiedad principal en este sentido, 341.

MARGARITA MARÍA DE ALACQUE. Su correspondencia al Corazón divino, 364.

MARÍA (Santísima). Su pureza incomparable, 106; sentimientos que la animaban antes del nacimiento de Jesús, 109-110; su admirable parto virginal, 124; cómo miraba a Jesús, 127; por su medio se realizó la unión entre Dios y el hombre, 147; es tan inseparable de Jesús que no podemos comprenderle sin comprenderla, 148; es llena de gracia como predestinada a ser Madre de Dios, 149; agradecimiento que le debemos por habernos consentido en la Encarnación, 149-150; fe y amor que inundaron su alma en la Encarnación, 151; fe y amor que demostró en el resto de la vida, 167-168; pureza de su alma e intimidad que tuvo con Dios, 152; María ejemplo de adoración, 151; su pureza perfectísima la une íntimamente con Jesús, 152; es también corredentora, 153-157; pruebas a que fué sometida su fe, 166-167; es para nosotros fuente de alegría espiritual, 168; a su ejemplo hemos de concebir a Jesús en nuestras almas, 168; fué asociada a la pasión de su Hijo, 268-269; 276.

MATILDE. Palabras que esta santa oyó en la comunión, 143.

MEDIADOR. Sentido de esta palabra en Cristo, 74-75; Cristo consumó este oficio en la gloria, 85; 408.

MERCIER (Cardenal). Palabras en las que resume la eficacia del conocimiento de Cristo, 6.

MESÍAS. Su expectación en el Antiguo Testamento, 94; por qué

en la liturgia se simboliza su advenimiento, 102-105.

MISA. Es la participación perfecta del sacrificio de la cruz, 88; es el centro del culto cristiano, 88-89; en ella se perpetúa el sacrificio del calvario, 87-90.

MISERICORDIA. Cómo Dios nos la recompensa, 13; revelaciones de las misericordias divinas, 210-215; supone nuestra miseria, 404; en el cielo seremos testimonios vivos de la misericordia divina, 404.

MISTERIO DE JESÚS. Reside en su sacrificio, 79.

MISTERIOS. Los de Jesús son suyos tanto como nuestros, 10; son misterios de fe, aunque en grados diversos, 333-334.

N

NATIVIDAD de Jesús. Sentimientos que ha de despertar en nuestras almas, 109; los que despertó en María, 110.

NATURALEZA CAIDA. Demuestra la bondad de Dios que quiso incorporársela, 146-147.

NAVIDAD. Significación de sus tres misas, 114-116; vemos en el Niño la unión de las dos naturalezas en el Verbo, 115-116.

NAZARET. Vida oculta de Jesús; enseñanzas que contiene, 162-165; gracias que recibió allí la Virgen María, 166.

NOMBRES DE CRISTO, 70-73.

O

OBLACIÓN. La oblación del altar y la inmolación del Calvario, 345.

OFRECIMIENTO de Jesús en el templo, 154-155; fué un don digno de Dios, 155; fué ofrecido por María, 155-156.

OFRECIMIENTOS. Muchos son los que podemos presentar a Dios continuamente, 143-144.

OFRENDA DE CRISTO. Sus diversos actos, 80-83.

ORACIÓN. Sublimidad de la de Jesús después de la Cena, 6; 82-83; por la de Jesús obtuvimos innumerables gracias, 83-87; relación entre las oraciones de la

misa y los divinos misterios, 344.

ORACIÓN de Jesús. Fué oída y nos mereció innumerables gracias, 83-87.

OPERACIONES del divino artista en las almas, 24, operaciones divinas y humanas en Cristo, 114-116.

ORDENACIÓN. Por ella el sacerdote es otro Cristo, 87-88.

ORGULLO de Adán y anonadamiento de Cristo, 123; el orgullo farisaico y sus causas, 216-217.

P

PABLO (San). Su conocimiento del misterio de Cristo, 3-6; objeto de su misión, 4; sólo predicaba a Jesús crucificado, 4; su contraste con la sociedad pagana, 4; su persuasión de la insignificancia de su persona, 4; oración en que pide la ciencia de Jesucristo para sus discípulos, 4-5; ardor de su celo, 5; este celo no se dirige a unos iniciados, sino a toda la Iglesia, 5; eficacia social que atribuye a la predicación de Cristo crucificado, 5-6; cómo insiste en manifestar la unidad de Cristo con nosotros, 12-15; cómo canta la gloria de Jesús, 23; el sacerdocio y el sacrificio de Cristo, 71; fe que tenía en el amor de Cristo, 354; nos enseña la gloria que nos procuran las tribulaciones, 404-405.

PADRE ETERNO. Nos hace oír su voz para que dirijamos nuestras miradas a Jesucristo, 7.

PAGANOS. Estaban predestinados a la fe al rehusarla los judíos, 132.

PARTICIPACIÓN. Los misterios de Jesús son más nuestros que suyos, 14; frutos que por ella nos producen los santos misterios, 23; participación de la naturaleza divina en Adán, 117; en el nombre redimido, 117-118.

PARUSIA. Opiniones erróneas sobre ella referentes al reinado de Cristo, 384.

PASCUA. Su semejanza con el rito bautismal, 284-286; la gracia pasqual se acrecienta con la fe, 289; sus relaciones con la Eucaristía, 290; la contemplación de

- la gloria de Jesús resucitado acrecienta la fe, el amor y la esperanza, 293-294.
- PASIÓN.** Es la cima de la obra de Jesús, 242; 260; es un misterio inefable, 243; en ella se entregó a la voluntad del Padre, 244-245; Jesús aceptó la Pasión libremente y por amor, 245-246; cómo participaremos de la pasión de Cristo, 253-257; si participamos de la pasión de Jesús también participaremos de su gloria, 258; santificará nuestra muerte, 258-259; fecundidad de la pasión de Jesús, 261-264; en ella resaltan especialmente las virtudes de Cristo, 262; es fuente de gracias para nosotros, 263; la Eucaristía como recuerdo de la pasión, 337-338.
- PECADO.** Su expiación divina, 121-124.
- PECADO ORIGINAL.** Gracia antecedente y gracia posterior de adopción, 117; el pecado original y la redención, 180.
- PECADORES.** Cristo se hizo pecador por nosotros, 81-82; son objeto preferente del Corazón de Cristo, 203-210.
- PEDRO (San).** Le fué revelada la majestad de Jesús, 231.
- PENITENCIA.** Es una condición del perdón de Dios, 213.
- PENTECOSTÉS.** En la Iglesia tiene una realización continua, 328-330.
- PERFECCIÓN** cristiana. No es irrealizable, 53.
- PIEDAD** Debe estribar en la fe, 8.
- PÍO X.** Sus palabras referentes a la dignidad del templo, 23; objeto de las fiestas cristianas, 28.
- PLAN DIVINO** manifestado por el amor de Cristo y sus exigencias para con nosotros, 375.
- PONTÍFICE EXCELENTE.** Lo es Jesús en los cielos, 86-87; esta misión viene indicada por el mismo nombre, Jesucristo, 73; indica el sacerdocio y el sacrificio de Cristo, 73-74; Jesucristo pontífice y mediador supremo, 310-312.
- PREDESTINACIÓN.** Radica en la gracia de Jesucristo, 93-95; Dios nos ha elegido en Jesús para ser un destello de su gloria, 293.
- PRESENTACIÓN** de Jesús en el templo, 153-155; sentimientos de María en esta ocasión; lugar que tuvo en la vida de María, 157.
- PRIMOGENITO.** Jesús lo es entre sus numerosos hermanos, 13.
- PROFECÍAS.** Son causas de la fe, 98-99.
- PROFETA.** En qué sentido lo es Jesucristo, 72.
- PROFETAS.** Sus vaticinios acerca del Mesías futuro, 96-99.
- PROMESAS** bautismales, 177.
- PROPIEDADES** en la Trinidad, 35-37.
- PROVIDENCIA** de Dios. Es inescrutable, 134; cómo varían sus caminos, 134.

R

- RAZÓN.** Es suficiente para conocer a Dios y a sus obras, 130.
- RECOMPENSAS.** Lugar que han de tener en la vida espiritual, 372.
- REDENCIÓN.** Primera promesa a Adán y Eva, 95-96.
- REINO DE CRISTO.** Sus frutos en el individuo, 385; en la familia y en las naciones, 385-386; cómo se logra, 288; cuál es su extensión, 381-383; es sobre todo espiritual, 383-384.
- REINO DE DIOS.** Sentido de esta expresión, 71-72.
- RESURRECCIÓN.** Es el misterio santo por antonomasia, 279-280; en ella se manifiestan la humanidad y la divinidad del Salvador, 280-282; constituye la perfecta glorificación del Padre; por ella Jesús nos asocia a su estado glorioso, 283-286; la de Jesús es un anticipo de la nuestra, 292.
- REVELACIÓN.** En Jesús se nos revela el Padre, 9; los secretos de la divinidad se nos revelan por el amor, 27.
- REY.** Títulos de la realeza en Jesucristo, 71-72. Véase **JESUCRISTO**.

S

- SACERDOCIO.** Cristo inauguró su sacerdocio en la Encarnación, 75-77.
- SACRIFICIO.** El de Cristo es inseparable de su sacerdocio, 78; es total e irrevocable, 78-80; sacrificio eterno de Jesucristo en el cielo, 85-86; perfección del sa-

crifício de Jesús, 246-250; sus frutos santifican nuestras almas, 250-253; infinidad de sus méritos 251; tenemos en él gran motivo de confianza, 252; la Eucaristía como sacrificio nos conserva el recuerdo de Jesús, 335-338.

SAGRADA ESCRITURA. Es un poderoso medio de formación, 19-20; su eficacia en las tentaciones, 190.

SAGRADA FAMILIA. Nos enseña el verdadero valor de la vida, 164.

SAMARITANA. Bondad de Jesús para con ella, 205-208.

SANTIDAD. Consiste en vivir para Dios, 286-287; Jesucristo es su fuente, 295; Dios la exige, 389; también la exige su gloria, 389; ella enaltece la sangre de Jesús, 389-391; cómo hemos de llegar a ella, 391; su carácter esencial, 391-394.

SANTIFICACION. Se obra en la Iglesia y por la liturgia, 19; fué la finalidad de la venida del Espíritu Santo, 323.

SANTOS. Sus ardientes afectos a Jesús, 365; son modelos de humildad y de confianza, 402; debemos invocarlos como mediadores subordinados, 402-403; desean ardientemente nuestro bien, 403; cómo nos asemejaremos a ellos, 403.

SEMEJANZA CON CRISTO. Cómo la lograremos, 24.

SENSIBILIDAD. Su flaqueza en lo que toca a la fe, 8.

SIMEON. Su profecía anunciaba el sacrificio del Calvario, 156.

SOCIEDAD y el reinado de Jesucristo, 382-383.

T

TEMOR. Es propio del Antiguo Testamento y está excluido en el Nuevo, 120; cuando informa la vida espiritual la vuelve muy imperfecta, 371.

TEMPLO DE JERUSALEN. Encuentro de Jesús con sus padres, 158-161; fué una prueba para José y María, 159; Jesús y los doctores.

TENTACION. La de los ángeles, 178-179; la tentación prueba nuestra fidelidad a Dios, 179; la tentación de Adán, 180; la

fe nos hace invulnerables a la tentación, 187-188; la sagrada Escritura nos libra de ella, 190.

TERESA (Santa). Nos enseña la necesidad de considerar la humanidad de Cristo, 65-66; 67; su confianza invencible en la asistencia divina, 190; sus palabras respecto a la eficacia del amor divino, 376.

TESTAMENTO (Antiguo). Está lleno de vaticinios acerca de Jesús, 103.

TÍTULOS que competen a la persona de Cristo, 377.

TRABAJO. Sostén de la fidelidad a Cristo, 354-355.

TRANSFIGURACION. Su sentido oculto, 227-231; en ella resplandeció la divinidad de Jesús, 225; relato de la Transfiguración, 226-227; compensa las humillaciones de Jesús y afianza su divinidad, 230; confirma nuestra fe, 232.

TRIBULACIONES. Cuán necesarias son para la santidad, 404-405.

TRINIDAD. Maravillas que nos descubre, 35-37; explicación de este misterio, 317-318; inefabes comunicaciones entre las personas divinas, 319; operaciones de cada persona, 322-323.

U

UNIDAD de Jesús con nosotros en sus misterios, 12-15.

UNION con el Verbo y sus condiciones, 49-51; unión de las dos naturalezas en Jesús y del alma y cuerpo en el hombre, 59-60; en Jesús se distinguen perfectamente las dos naturalezas, 60; unión admirable de la divinidad y de la humanidad en Cristo, 124-125; la unión con Jesucristo prenda incomparable de santidad, 403.

UNIVERSALIDAD de los frutos de la redención, 15.

UNIVERSO. Plan que presidió a su creación, 392.

V

VENERACION. Importancia en el culto de la Eucaristía, 349-350.

VERBO. Hemos de conocerle, 38; su distinción del Padre, 38; pro-

viene del Padre, 38-39; es su imagen, 39-40; las perfecciones de Jesús también revelan al Padre, 41; su amor al Padre; 41-42; aceptó la voluntad de su Padre, 42; es nuestro modelo, 42-46; operaciones que Dios realiza por él, 47-48; su santa humanidad como instrumento de la gracia, 67-69.

VERDAD. Nos la comunica Cristo, 9.

VENILLA REGIS. 257-258.

VIA CRUCIS. Explanación meditada, 265-277; espíritu con que lo hemos de practicar, 264-265.

VIDA natural y sobrenatural en el hombre redimido, 118; debe predominar en el cristiano la vida sobrenatural, 118-119; la vida cristiana consiste en conocer prácticamente a Jesucristo, 5; secreto para llevar una vida cristiana, 28-29; la vida cristiana

nos da por gracia lo que Jesús tiene por naturaleza, 52; nuestra vida espiritual depende de la idea que nos formamos de Dios, 370; la vida espiritual de muchas almas se asemeja a la de los israelitas, 371; la vida interior constituye el único valor para la eternidad, 164-165; la vida natural consiste en nuestra semejanza con Cristo, 12; la vida eterna consiste en conocer a Jesucristo, 6.

VIRTUDES que debemos imitar en Jesús, 11; han de ser el complemento de la gracia, 46; virtudes de que nos dió ejemplo Cristo, 123-124.

VISION BEATÍFICA. Hacía a Jesús invulnerable al pecado, 186-187; los bienaventurados participan de su plenitud en grados diversos, 187.

Obras de Dom Columba Marmión

JESUCRISTO, VIDA DEL ALMA. Conferencias espirituales. Prólogo del Cardenal Mercier. Con una carta laudatoria de Su Santidad Benedicto XV. 4.^a edición.

«Es el libro espiritual más hermoso de estos últimos tiempos.» P. DONCEUR, S. J.

«Síntesis acabada de la personalidad de Cristo según la mente de San Pablo.» *Revue des Sciences Théologiques*.

JESUCRISTO EN SUS MISTERIOS. Conferencias espirituales litúrgicas. Con una carta laudatoria de Su Santidad Benedicto XV. 3.^a edición.

«Esta obra completa la anterior. Doctrina también rica, exposición también amplia, viviente, siempre límpida.» P. DE GUIBERT, S. J.

«A la luz de estas verdades ha expuesto el autor los principales misterios de Jesús.» DR. VILLAESCUSA.

JESUCRISTO, IDEAL DEL MONJE. Conferencias espirituales sobre la vida religiosa.

«A primera vista parece estar destinada esta obra a monjes benedictinos, pero su alcance es más general, ya que la mayor parte de la misma se dirige a todo el público devoto, especialmente a sacerdotes y religiosos.» V. PIERA.

«Leyendo esta obra se tiene la impresión de asistir a la escuela de un maestro de la vida espiritual saturado de la medula de los mejores ascetas, del Evangelio y de San Pablo.» CH. PARRA, S. J.

SPONSA VERBI. La virgen consagrada a Cristo. Conferencias espirituales.

El nombre de Dom Marmión, colocado por sus anteriores obras entre los mejores maestros de la ascesis, es suficiente

para recomendar este volumen. Partiendo de un texto de San Bernardo, Dom Marmión expone la dignidad eminente y los deberes esenciales de la virgen que se ha consagrado a Jesucristo como esposa con los votos religiosos.

LA UNIÓN CON DIOS según las cartas de dirección de Dom Columba Marmión, por DOM RAMÓN THIBAUT.

«Debemos agradecer al autor el habernos sabido hacer revivir a Dom Marmión tan perfectamente, que parece nos está hablando aún. Su vida nos es actualmente conocida como una admirable ilustración de su doctrina, la de San Pablo y la de la Iglesia: Mi vida es Cristo.» *Revue Lumen*.

«A las otras obras de este autor, famosas desde su aparición, debe añadirse esa otra que las completa y corona, trazponiendo — permítasenos la expresión — esta gran obra doctrinal al orden de doctrina vivida. Haciéndonos entrar tan adelante en la intimidad de un doctor de la vida espiritual como es Dom Marmión, este libro añade a su doctrina una nueva seducción y una nueva fuerza.» H. BREMOND, en *La Vie catholique*.

«Este libro es esencialmente el análisis de un alma y, al propio tiempo, una hermosa página de espiritualidad vivida. Raras son las biografías que ofrezcan una lectura tan atractiva y al mismo tiempo tan elevada. Es la gran alma de Dom Marmión hecha accesible a todos; es la irradiación de esta eminente y simpática personalidad, renovada, continuada, amplificada.» *Revue Ecclésiastique*.

DOM COLUMBA MARMIÓN. Su vida, su doctrina, su irradiación espiritual, por DOM RAMÓN THIBAUT.

El nombre de este moderno maestro de la vida espiritual es ya muy conocido en los países de lengua española. Pero para facilitar aún más su vulgarización se anuncia esta biografía compendiada, que dará una idea clara de aquella magnífica existencia consagrada por entero al servicio de Dios y de las almas.